Hacia una federación de autonomías ibéricas

FELIPE ALÁIZ

Madre Tierra

HACIA UNA FEDERACIÓN DE AUTONOMÍAS IBÉRICAS

HACIA UNA FEDERACIÓN DE AUTONOMÍAS IBÉRICAS

Felipe Alaiz

Ediciones Madre Tierra
Fundación Anselmo Lorenzo de Alicante

Portada: Enrique López Marin

© Para esta edición:
Ediciones Madre Tierra.
Parque Vosa, 12, Bajo.
Tfno. 6143808.
28933 Móstoles/Madrid.

Coedición con:
Asociación cultural **ANSELMO LORENZO** de Alicante.
Apartado de Correos 2051.

Sindicato de Oficios Varios (C.N.T.) Béziers.

Dirección editorial:
Emilio Jara Lázaro.

Maquetación:
Mª. Angélica Nossa.

I.S.B.N.: 84-87169-43-0
Depósito Legal: M. 9.942-1993
Impreso en: Gráficas Rogar, S. A. Fuenlabrada (Madrid)

PRESENTACIÓN

Un libro oportuno y luminoso

Una agrupación de exiliados españoles de Béziers (Francia), en contacto fraterno con la **Asociación-Fundación ANSELMO LORENZO** de Alicante, han tenido la feliz idea de reeditar la enjundiosa obra del pensador y escritor libertario aragonés Felipe Alaiz, intitulada *Hacia una Federación de Autonomías ibéricas*, que vio la luz en el exilio allá por los años de 1945-1947.

Hay obras que al nacer se encuadran, más o menos, en la actualidad socio-cultural del país del que se trate, y después al transcurrir del tiempo, al paso de los años y de los acontecimientos, adquieren un doble valor, una mayor y más fecunda dimensión real en virtud a que el autor estaba en posesión, tenía un genio creador, una intuición peculiarísima que le permitía **adivinar** el futuro, columbrar lo que ha de llegar, a semejanza de aquellos pintorescos profetas o videntes del medievo, con la diferencia esencial de que éstos (adivina adivinanza) se basaban en pueriles inspiraciones divinas, y los otros en lúcidos análisis o intuiciones geniales de la inteligencia humana, que nunca tiene límites.

En este caso se hallaban la obra y el autor que les presentamos. *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas* aparece en el turbulento ruedo ibérico del país, y de los países que nos rodean, en un momento crucial de nuestra historia; quizá el más apasionante y decisivo de todos cuantos hemos vivido desde la desaparición de la Dictadura franquista y el nacimiento de la denominada Monarquía parlamentaria, o el régimen democrático, regentado hoy, a trancas y barrancas, por el PSOE y el nieto de Alfonso XIII.

Estos grandes y apasionantes sucesos históricos, que están a punto de cambiar la fisonomía del mundo —surgida de la II guerra mundial con el triunfo de las democracias liberales burguesas anglosajonas de un lado, y del otro por la Rusia stalininista del Comunismo autoritario—, han sido producidos, sorprendentemente, por la caída estrepitosa del Muro de Berlín, y como exponente de la profunda crisis económica-política, que corroía por dentro la vida de los pueblos del Pacto de Varsovia. Como todo el mundo sabe, estos países estaban regidos por la ideología comunista, que exaltaba la figura del Estado, del autoritarismo y la centralización a las más altas cumbres de la política y la filosofía especulativa, y que tuvieron en el *Manifiesto Comunista* su bandera de lucha y su mensaje doctrinal formativo. Excluimos, de hecho, a los socialistas europeos, y con ellos a los españoles, que, aunque hijos también del pensamiento marxista, optaron, **tácticamente**, por el derrotero democrático y neoliberal de Iglesias, Besteiro, y ahora Felipe González. Mientras que Lenin, enfáticamente, rechazaba el ideal de la LIBERTAD como algo superfluo en las proyecciones políticas del comunismo estatal, los socialistas como Fernando de los Ríos lo consideraban esencial para avanzar en el camino del progreso y la justicia entre los pueblos, aunque naturalmente, dentro del marco de la democracia burguesa al servicio del capitalismo.

En nuestro concepto y análisis, el elemento corrosivo que ha hecho caer el edificio estatal ruso y de los países satélites, es el desprecio absoluto al postulado de la LIBERTAD y del verdadero federalismo, tanto a escala del hombre como de la sociedad y del Estado. Esta inquietud y convicción ya se la espetó el sociólogo libertario ruso Miguel Bakunin a su antagonista Carlos Marx: «Vosotros conquistaréis el Estado, pero el Estado os conquistará a vosotros». En la mente del revolucionario eslavo estas instituciones estaban impregnadas de absolutismo y degradación moral al servicio de la plutocracia y de la iglesia dominante. Los **líderes** comunistas de

la revolución de Octubre no hicieron otra cosa que cambiar la fachada del Estado zarista, dejando intactas las esencias militares, morales y políticas del régimen caído. Sólo que la propiedad en vez de estar en manos de particulares, pasó a las de los Comisarios políticos y a los burócratas del Partido, instaurándose la Dictadura del Proletariado contra el proletariado.

Y en ésa estamos. Y estamos, también, en una falsa interpretación de la crisis de las ideologías iniciadas por el escritor falangista Fernández De la Mora y por el americano de origen japonés Fukuyama, que han sentenciado a muerte la **eternidad** del pensamiento y la condición intelectual del hombre, traducida modernamente en la IDEOLOGÍA. Lo que antiguamente era la religión, son hoy las ideas; y éstas morirán cuando el hombre y la mujer desaparezcan de la Tierra, y nunca antes. Lo que sí es verdad que ha muerto en este siglo son dos ideologías bien caracterizadas y homólogas en su entraña: el nazifascismo y el comunismo autoritario. Pero la ideología liberal, fruto de la revolución cultural y de la Enciclopedia, está vivita y coleando vitalmente en Nueva York, Londres y París. Lo que ocurre es que al liberalismo lo ha hecho suyo la clase burguesa y capitalista de Occidente, asegurando su régimen económico y de explotación, que no es ciertamente muy recomendable. Es lo que se llama un buen principio sirviendo una mala causa. El comunismo, a la inversa, representa un mal principio al servicio de una causa buena, como sin duda ha sido siempre la lucha de los trabajadores y de los humildes por un mundo mejor. Y si el Comunismo (o el mal llamado socialismo real) ha fracasado, es porque despreció y condenó absurdamente el augusto principio de la LIBERTAD, que es fuente de todo progreso y avance en el devenir de las sociedades humanas.

Y eso es lo que hace, o intenta hacer Felipe Alaiz con este libro enjundioso que hoy presentamos a los lectores de habla hispana. En él se reactualizan las teorías filosóficas y sociales del movimiento obrero e intelectual de Europa anterior a la revolución rusa, poniendo en vanguardia el gran postulado de la LIBERTAD del hombre y de los pueblos, asentados en instituciones de raíz popular histórica, como son el FEDERALISMO, la CONFEDERACIÓN, la REGIÓN, la COMARCA y el MUNICIPIO LIBRE. Es sin duda alguna, sobre estos pilares sobre los que ha de levantarse el edificio de una nueva sociedad cultural, social, ética, económica y política, no sólo en España y Portugal, sino en todo el mundo evolucionado.

No vamos a ir más lejos en nuestra presentación editorial que, quizás, la hemos estirado en demasía. Ahora dejemos al lector a solas con el estilo y el pensamiento del autor para que él mismo compruebe la razón o sinrazón, la verdad o la doblez, la luz o la oscuridad de nuestras apreciaciones. ¡Buen viaje mental! ¡Qué haya suerte!

ASOCIACIÓN ANSELMO LORENZO
(Béziers-Alicante)

PRÓLOGO

El tema de este libro es fundamental y valioso por muchas razones. Es posible que, para el lector poco documentado, algún capítulo pueda parecer trivial. Que piense que, el conjunto y la exposición, carecen de plan ilativo o de coherencia. Su propósito, desde luego, era otro, como la lectura atenta puede demostrarlo. Indudablemente, hay páginas más valiosas que otras. En todas ellas, sin embargo, la pluma brillante y el profundo humanismo del autor incitan a la reflexión serena, resaltando su perspicuidad, hasta en las aparentemente superficiales.

Si hay hombres que no necesitan presentación, el autor de este libro es uno de ellos. No importa que para la actual generación, Felipe Alaiz de Pablo, sea un perfecto desconocido. Fue, sin embargo, uno de los más brillantes periodistas de su época y su prosa, y aquí está su libro como testimonio de prueba, tan cristalina como enciclopédicos fueron sus conocimientos.

El tema que se aborda en este libro es esencial por diversos motivos. No es, aunque se suponga otra cosa, un libro polémico. Somos conscientes de que su lectura puede despertar resquemores o abrir heridas aún sin cicatrizar. Mas ni era esa su intención, ni es la del grupo de amigos que hoy asumen su reedición, por consideración a su valía.

Cuando en mayo de 1945 salió de imprenta su primer capítulo, era un libro de actualidad. Pero el hecho de que lo fuera entonces —y lo siga siendo hoy, por los mismos o similares motivos— es ajeno a la voluntad del autor. Alaiz formaba parte de la culta minoría contraria a cualquier clase de dogmatismo, incluído hasta el de, para algunos, la religión de la lógica y la razón.

Se afirma en este libro, con vigor y lucidez, la base teórica consustancial a la Confederación Nacional del Trabajo. Pero, en ningún momento, se cierra la puerta al diálogo, ni los brazos a la fraternidad. Conjunto inapreciable de teoría básica, no trata de adular o adoctrinar, ni pretende ser un catecismo de moral y de conducta. Intenta simplemente platicar e instruir.

Enemigo del aislamiento y la incomunicación, Alaiz abre las puertas a la controversia, consciente de que el peor peligro para una Organización es cerrarse al estudio y a la confrontación de opiniones. Trata simplemente, a través de los hechos observados y comprobables, sin estridencias, de valorizar su congruencia con la iniciativa libre y el acuerdo concertado, sin imposiciones.

Con delicadeza poco común, alude a las divergencias de opinión surgidas en los medios confederales, a partir de noviembre de 1936, provocadas por un complejo proceso de actuaciones confusas y contradictorias. Cuando en 1945, año crucial por múltiples razones, se inicia la publicación de su obra, es porque se ha vuelto a replantear el mismo problema, so pretexto de la inminente eliminación de la dictadura franquista.

En nombre del posibilismo y del practicismo, tan mimados por Horacio M. Prieto y Juan García Oliver, la teoría sobre la fundación de nuevos partidos políticos vuelve a manifestarse con brío. Frente a ésto, Alaiz, por su parte, aduce el valor de la experiencia, que pone en causa la legitimidad de los argumentos que se invocan o se pretextan, contraponiendo las normas y fundamentos esenciales del colectivismo federalista y la voluntad de estar junto a los demás y no sobre los demás.

De lo que se trata, pues, más que de la vanidad de provocar divergencias injustificadas, es de ofrecer perspectivas a los problemas humanos. Alaiz pretende —y lo demuestra sin esfuerzo— que la representación de los partidos políticos es ajena a la democracia pura y a la aplicada, cuyo fundamento esencial ha de ser la gestión directa de los asuntos públicos por parte de todos los interesados. La democracia legítima ha de ser funcional, no delegada, por

intervención directa de todos y cada uno, sin interferencias políticas, de facción o luchas de intereses.

Como él afirma, la nacionalidad evolucionada —ajena a la patriotera de cuentas bancarias— no puede constituirse más que sobre la base de pacto, concertado libremente, federativamente y sin ingerencias extrañas. Es decir, partiendo de la base de la soberanía del individuo, el municipio libre de asamblea abierta, donde el hombre ejerce sus derechos naturales y los deberes aceptados por convenio mutuo, sin coacción.

Implícitamente, la idea fundamental de su exposición se basa en el pacto proudhoniano, sinalagmático, bilateral y conmutativo. El federalismo como unidad de colaboración y de acción orgánica del conjunto, liberado de hipotecas y exclusivas. Como libre manifestación de la voluntad de cada individuo y oposición al monopolio de la propiedad y a la monomanía del poder.

El pacto, para Alaiz, no puede ser otra cosa que la materialización del acuerdo libre entre las partes, sin interferencias de ninguna clase. De ahí que, al hacer el análisis de la capacidad creadora de la Confederación Nacional del Trabajo, ponga particular acento en señalar que ella ha sido solamente efectiva al margen de influencias exteriores y prácticas perniciosas de origen marxista.

Aunque Alaiz pretende que la C.N.T. no es de nadie, porque es de todos, no intenta con ello cerrar el debate, sino aportar un testimonio con validez de prueba. Señala la piedra en la que tropezamos, a fin de evitar la repetición del error, destacando mecanismos y reservas mentales injustificadas, estimuladas por el interés o la falta de información. Su mérito innegable, pues, es el de poner en evidencia los mitos y dejar desnudos a los ídolos con pies de barro

Indudablemente, este libro no es una compilación de máximas o apotegmas, ni un tratado de lecciones de moral o de conducta, sino un conjunto de datos y experiencias. No se pretende en él valorizar ni minimizar nada ni a nadie, se deja al lector la facultad de sacar enseñanzas pertinentes. Se limita, simplemente, a hacer el balance de nuestros errores y de nuestros aciertos, con el propósito de evitar la repetición de la historia negativa.

Desde luego, esta obra es únicamente un testimonio, basado estrictamente en la memoria y la experiencia. Eso sí, una memoria excepcional y una experiencia como pocas, que son las que dan valor científico a las conclusiones.

Cuando estas páginas se escribieron, los archivos estaban cerrados a cal y canto. El del autor y su biblioteca personal habían sido destruidos por el caballo de Atila, carencias que, como tantas otras, sólo pudieron ser superadas por su poderosa cultura y su humanismo preclaro.

Precisamente por esos motivos vino a la C.N.T., en la época en que era un periodista privilegiado. Ingresó en ella, después de pasar por las universidades de Madrid y de París, atraído por las ideas libertarias de Proudhon y Bakunin y, particularmente, por el humanismo de los sabios justos y rebeldes, Kropotkin y Eliseo Reclus.

Bakunin, acostumbraba decir Alaiz, es una tempestad, Reclus un laboratorio ordenado, un observatorio, un plantel de calidades botánicas, un arsenal de mapas y libros, una experiencia elevadora nunca concluyente ni dogmática. Todos los vaivenes en retroceso del movimiento obrero, todas las vicisitudes de la defección que se observan periódicamente en los focos insurgentes se deben al desconocimiento de las ideas reclusianas.

Esas ideas, precisamente, fueron las que atrajeron a Alaiz a la C.N.T. y lo incitaron a perseverar. No vino por idolatría, ni en busca de honores y beneficios, sino por sus ideas y su amor a la libertad. De ahí su desdén por el charlatanismo dogmático y las inútiles proclamas de la estupidez indocumentada.

Polemizó sin virulencias, porque el rechazo del dogmatismo fue la constante de su vida. Compadecía a los que no leen y desdeñaba a los que lo hacen sin saber digerir sus lecturas, deficientes plagiarios de ideas sublimes que no lograron comprender.

Se identificó incondicionalmente con las ideas maduradas por los internacionalistas del siglo XIX, sin dejarse arrastrar al terreno de la demagogia ni a la facilidad, identificándose con la integridad de sus teorías de justicia y la entereza de los hombres. Pudo vivir en la opulencia, por sus méritos personales, y sufrió de agudas privaciones. No conoció más riqueza que su pluma y su inteligencia, ni conoció otra jerarquía que la de los hombres de bien. Su vida fue un ejemplo para los que compartimos su amistad, y ahí está su obra como fuente de enseñanzas.

Francisco Olaya Morales
París, 1992

CAPÍTULO I

Nueva maldición del practicismo

ANTECEDENTES

A principios de siglo vibró España como nunca. Una de las consecuencias de aquella novedad vibrante fue el nacimiento de la Confederación Nacional del Trabajo.

La eficacia sembrada por esclarecidos maestros —especialmente por el inolvidable Anselmo Lorenzo, verdadero abuelo de la Confederación—, produjo extraordinaria resonancia.

Coincidió con ella (sin ser su causa) la revolución rusa. Para los españoles, aquella revolución fue una sugerencia lejana. Inmediatamente después de producirse, nació en España la interpretación diferencial. El español es por esencia crítico. En la Confederación, esta crítica es tan patente que acabó siempre con los líderes. Todos los que tenían idea de serlo, se fueron a la política, es decir, al caos.

El grupo editorial *Tierra y Libertad* y sus afines —de larga historia consecuente y constructiva en los medios avanzados—, marcó el arranque. José Prat, tan seguro en la dialéctica, fue el

promotor más documentado, razonador y práctico de la oposición a la dictadura bolchevique, teoría sin realización social práctica y sin competentes resonantes en España. Recuérdese cómo los primeros dirigentes comunistas de España, como bastantes sucesores, fueron lanzados por los bolcheviques al ostracismo.

Fuera de España, Rodolfo Rocker, Max Nettlau y otros maestros, como Berneri después y los argentinos de la F.O.R.A., marcaron la diferencial crítica con lucidez. Pero en España se debió a Prat principalmente la revisión más seria del socialismo de Estado, implantado en Rusia por un partido político, no por el pueblo ruso.

Es este mismo pueblo ruso en la generación siguiente, y no ningún partido, el que gana ahora la guerra a la barbarie germánica. Ningún partido puede atribuirse la victoria. Si el comunismo partidista ruso ha querido contribuir al triunfo, ha tenido que suprimir su propio Comisariado político en las unidades combatientes. La Confederación Nacional del Trabajo salió indemne, en general, de la influencia rusa. Sus publicaciones dieron, al principio y después, el ejemplo más notorio de interpretación apolítica. Andando el tiempo, la influencia del comunismo partidista se filtró en los medios confederales de manera subrepticia, como en la Unión General de Trabajadores y en grupos intelectuales despistados de clase media, no evolucionados en sentido integral, como lo estaban los obreros apolíticos ya antes de que hubiera Confederación, puesto que por su cuenta y riesgo se habían anticipado a la Internacional, como ha probado Nettlau concluyentemente con documentación irrefutable.

Todo lo dicho y escrito en los medios confederales desde el punto de mira revisionista de retroceso obedeció, desde 1918 hasta hoy, a la sugestión rusa, confederada o no.

Respecto a la conquista del Estado —raíz y base declarada de todos los reformadores sin excepción—, siguen éstos, por instinto, la teoría leniniana. Si se alteran en algunos casos, no es que la olviden, sino que la desconocen.

Recordemos el intento oportunista en Cataluña hacia 1918. Consistía en incorporar automáticamente el grueso de los efectivos confederales a los partidos de izquierda, con censo reducido entonces, precisamente por acumulación maciza de trabajadores en la Confederación. Layret y Companys patrocinaban aquel intento. No tuvo más consecuencia que aumentar la producción de literatura deliberante. Aquellos políticos perdieron la vida víctimas del terrorismo oficial, endémico en España. Con escasa información

auténtica, estaban deslumbrados por los acontecimientos de Rusia. Lo prueba Companys, prisionero del comunismo de partido en Cataluña, singularmente desde 1936; prisionero también, antes y después de 1936, del llamado extremismo catalanista, bolchevizado por la política rusa, favorable nominalmente al nacionalismo irredento.

El treintismo surgió como vaga modalidad reformadora respecto a cualquier idea articulada y constructiva, pero fue violento y extremista contra el titulado extremismo de la Confederación, al que los reformadores adjudicaban gratuitamente, como los comunistas, falta de eficacia realista y olvido de los hechos. El titulado extremismo de la Confederación, nadie ha podido concretarlo todavía. Pero si alguien lo representó fue García Oliver, adversario declarado ahora del extremismo. Que el treintismo tenía solera rusa está demostrado porque se incorporó, de una manera inorgánica y desordenada aunque vehemente, a la política izquierdista de Cataluña y a sus nóminas, como el catalanismo de Esquerra culminó en su entrega al partido de Comorera, oficialmente comunista. García Oliver seguía aferrado a la alianza con los comunistas desde que gobernó con ellos. En el Sindicato de la Madera de Barcelona dio una conferencia en los primeros tiempos de la República defendiendo la conquista del poder. Más tarde, en el 34, representando al grupo «Nosotros», mantuvo controversia cerrada con el grupo «Nervio» —en el local de la calle Mendizábal— defendiendo asimismo su teoría de conquista del poder, que ya le había conquistado a él.

El Partido Sindicalista no ha gobernado todavía. A propósito de él puede establecerse la paradoja de que la Confederación, no organizada ni autorizada por ningún Congreso para gobernar, gobernó tres años —desde 1936 a 1939— cuando el Partido Sindicalista, nacido expresamente para gobernar, según su propia teoría constituyente y textos similares, quedó fuera de todas las situaciones gubernamentales. La sugestión rusa influyó en el Partido Sindicalista, como en todos los intentos divisionistas, nacidos en la intimidad de la Confederación. La teoría de Angel Pestaña, reproducida en documentos de la prensa, consiste esencialmente en dotar a su núcleo de un instrumento de gobierno, inexistente en la Confederación por su carencia de credo sufragista. Esta es la reivindicación permanente, la doctrina invariable, la tesis fija, la consigna principal millares de veces repetida por todos los partidos comunistas del mundo, respecto a lo que llaman éstos «insuficiencia

sindical». La titulada insuficiencia sindical es una fantasía. Tiene unos Estatutos la Confederación. Si consigue realizarlos, ella misma iría, como ya fue, más allá. Mientras no consiga su objetivo, el apoliticismo es el arma segura, probada, no teórica. El prestigio moral de la Confederación se debe a su apoliticismo y a su bibliografía, no igualada por ningún núcleo español.

Las corrientes aliancistas en la Confederación asturiana con afines no meramente sindicales, corrientes añejas en aquella región, ¿no son otra prueba de acuerdo con núcleos sufragistas gubernamentales? Hemos visto en todos los Congresos nacionales de la Confederación la unanimidad aliancista casi completa de los asturianos. Asturiano era el último ministro confederal de la situación republicana presidida por un acumulador de comunismo de tanto relieve como Negrín, a quien los socialistas no perdonaron tanto su carácter dictatorial como lo perdonó la Confederación por boca de sus Comités sin control de la base, base que atacó a los comunistas por autodefensa, a pesar de que la Confederación gobernaba con ellos.

El Comisariado en la guerra civil española fue una institución típicamente soviética a la que se rindieron muchos compañeros deslumbrados inesperadamente, dando nuevos motivos para que la modalidad rusa dominara de hecho en todo el Comisariado. Lo ha probado Indalecio Prieto en la abundante documentación que facilitó para explicar su lanzamiento del Ministerio Negrín. Y pueden probarlo y lo han probado los comisarios no deslumbrados por los galones.

Recordemos ahora lo ocurrido en los medios confederales en plena dictadura de Primo de Rivera. Aquella petulante plataforma de Archinov que surgió en Francia con pretensiones reformadoras y llegó a España, al decir de sus corifeos, como un intento de dotar a la Confederación de coherencia combativa y vitalidad, ¿cómo acabó? Acabó confundiéndose oficialmente Archinov y sus parciales con el comunismo de partido. He aquí otra prueba incontrovertible de lo que representaba el sonsonete posibilista en los medios confederales. La opinión de Archinov no tuvo consecuencias. El pueblo español siguió imperturbablemente adherido, y más la avanzada confederal, a la doctrina concreta experimentada con tanto éxito, del apoliticismo.

La tentativa de Horacio Prieto, como la de García Oliver respecto a organización de partidos, es una confesión palmaria de lo que ambos creyeron insuficiencia sindical. En el fondo coinciden con

Pestaña, después de atacarle García Oliver despiadadamente. Horacio Prieto fue el iniciador del intervencionismo político.

Socialistas y comunistas colaboraron gobernando. Pueden volver a colaborar después de reñir en diversos tonos. Pero de todas suertes colaborarán siempre en nombre de la insuficiencia sindical o gremial tal como ellos la entienden, exactamente igual que la entienden todos los partidos comunistas del planeta.

El P.O.U.M., fue también una sugestión rusa, ya patente en sus fundadores antes de existir el P.O.U.M. Que fuera la inspiración rusa ortodoxa o hecterodoxa es otra cuestión, de pleito interno. Pero siempre se trata de Rusia, de la Rusia que presenció la primera colaboración de Lenin y Trotsky. El P.O.U.M., ya en sus antecedentes de oposición, empleaba los mismos tópicos, la misma literatura olímpica y electorera contra la Confederación que los partidos republicanos y el socialismo colaborador. La Confederación era «el ídolo de los pies de barro» porque no creía en el mandato parlamentario ni en el equívoco político. Si ningún político cree en la política de otro, ¿cómo hemos nosotros de creer en la política de ninguno?

Los participantes confederales en Unión Nacional, ¿acaso no eran asociados entusiastas, no meramente indirectos, del comunismo? Y toda la colaboración confederal en el período de la guerra, ¿no fue supeditada a las directivas de Negrín? La oposición a las colectividades, la ofensiva contra los aragoneses, la disolución del Consejo de Aragón, ¿no se realizaron por unidades armadas comunistas? El cese de los cuatro ministros —Montseny, García Oliver, López y Peiró—, ¿no se debió, depués de los hechos de mayo del 37, a imposición comunista? El comunismo patente de Mantecón, gobernador de Aragón, ¿no privaba en las alturas ejecutivas de allí? Mantecón representaba la orientación comunista de los núcleos de clase media vinculados por deslumbramiento al comunismo de partido, un confesionalismo meramente sentimental aunque en el fondo virulento contra la libre manifestación popular que ensayó con infinitos matices —no todos desacertados como se cree— la economía colectivista.

Casos hay más recientes de influencia comunista en los medios confederales. En puridad aquella influencia consiste en desestimar el factor sindical por supuesta insuficiencia para determinar incluso la vida económica. Se prescindió de los hechos con falta de probidad, como hoy. Se propicia, por ejemplo, la colaboración con partidos que

no se sabe si tendrán electores. Se propicia la formación de unidades militares en el mañana de España, olvidando que la Carta del Atlántico proscribe en su cláusula octava el establecimiento de fuerzas armadas permanentes en todos los países. Se olvida igualmente que la *Constitución Española* del 31 renuncia a la guerra. Podemos atribuir a la solemnidad de las declaraciones políticas de Churchill y Roosevelt, como al texto constitucional del 31, una eficacia abstracta muy relativa y hasta inoperante. Pero si los reformadores aceptan las directrices democráticas, ¿cómo se atreven a patentizar su desacuerdo con Churchill y Roosevelt a la vez que su apartamiento de la *Constitución* de 1931? ¿No quedó ésta por los suelos al disolverse en julio del 36 toda actividad parlamentaria y gubernamental por abandono reiterado de lo que se llama pomposamente prerrogativa del poder? ¿No fue el pueblo quien venció inicialmente al fascismo por un procedimiento activo, directo? ¿No lo vencieron los españoles con las armas arrebatadas a los militares y no con las del Estado? ¿No han probado hasta la saciedad los compañeros del Movimiento Libertario de África, en documento memorable, que aquella *Constitución* del 31 caducó y prescribió en julio del 36? ¿No es razonable abrir en España un período constituyente nuevo con libertad de soluciones y determinación de bases y motivos distintos? ¿No era la *Constitución* del 31 copiada de la socializante tímida de Weimar por Jiménez de Asúa, *Constitución* que ni siquiera las democracias tratan de galvanizar? ¿No estamos viendo que incluso países como los Estados Unidos de América del Norte, en la persona de Roosevelt, se inclinan ante el rendimiento funcional de las Federaciones Industriales Obreras, a las que se debe la victoria contra Hitler por la aportación de potencial de guerra? ¿No es el motorista americano no militar el que vence al militar alemán? ¿No estamos viendo cómo, en la Conferencia de San Francisco, el tema primordial es la posibilidad de preconizar la semana de cuarenta y ocho o sesenta horas para la reconstrucción de Europa? ¿No se advierte con claridad la envergadura de tal cuestión, sobre la que girarán todas las demás?

¿Por qué empeñarnos en resucitar otros problemas artificiales, como el militar? ¿No queda éste pulverizado por la guerra actual? Si incluso países monárquicos y burgueses como Suecia y Dinamarca carecen de ejército, ¿por qué ha de tenerlo la República española?

En alguna República de Europa como Suiza, o de América como el Uruguay no hay ejército, ¿por qué ha de haberlo en España?

América del Norte ha demostrado que no teniendo ejército puede improvisarlo sin sostener en tiempo de paz ninguna carga inútil. Y se trata de un ejército de ataque a Europa, de un ejército triunfante contra Hitler en Europa y África, contra los imperialistas japoneses en el Pacífico. ¿Por qué? Pues porque América es un país no equipado militarmente, sino superindustrializado. La democracia política no interviene en nada.

Por cada combatiente estadounidense fuera del país hay en Estados Unidos quince trabajadores para facilitar equipos, alimentos y material bélico. Los partidos no intervienen en nada de eso, sino los obreros.

Si un país como Estados Unidos puede hacer frente a una guerra ofensiva sin permanente ejército en tiempos de paz, ¿por qué España ha de tener ejército permanente?

¿De qué sirve a Alemania su monstruosa organización militar permanente si se ve derrotada por un país de ejército no permanente como Estados Unidos; por un país sin ejército permanente de tierra, como Inglaterra, y por formaciones de paisanos en la base como los que lucharon en el *maquis* francés hasta agosto de 1944?

¿De qué sirve el ejército permanente alemán frente a los guerrilleros de Tito? ¿Y qué ha sido el ejército fantasma de Mussolini, en larga agonía frente a tropas improvisadas?

Si la ingeniería civil americana puede improvisar una guerra y ganarla contra la ingeniería guerrera profesional permanente de Alemania, ¿qué podemos pensar de los ejércitos permanentes? Pues que los ejércitos permanentes han pasado a la categoría de mito, teniendo en cuenta objetivamente la experiencia de la guerra. Y que una organización industrial potente de paz es la que gana la guerra en todo caso, mientras pierden las densas formaciones permanentes de fuerza militar.

España, quiera o no quiera, carece de recursos para sostener un ejército permanente.

Así, pues, lo mejor parece ser, lógicamente, contar con una potencia industrial española considerable y vincularla a la reconstrucción civil. La oficialidad puede demostrar su aptitud, que nadie duda, para la convivencia civil. Los ingenieros calificados pueden agregarse a los servicios de Obras Públicas. Los artilleros a las industrias siderúrgicas y otras. Infantes y jinetes a los servicios catastrales, a la enseñanza, a la remonta civil, a los servicios técnicos de banca, comercio, etc. Y los reclutas, en vez de perder los mejores

años de su vida en el cuartel, pueden seguir trabajando en despachos, campos, fábricas, talleres y laboratorios, de donde no debieron salir.

Los ejércitos permanentes están en absoluto descrédito. Rehacerlos no puede ser el programa de una política republicana que empezó por renunciar expresamente a la guerra por texto constitucional propio y que permanece adherida a la doctrina de la Carta del Atlántico, adversa rotundamente, categóricamente al ejército fijo.

El General Eisenhower, según información de la prensa, dialoga con un soldado americano en Francia y le dice:

—¿Seguirás en tu granja?

—Sí, contesta el soldado.

—¿Podrás darme un destino en ella cuando llegue la paz?

Como Cincinato, no trata de ocupar plaza militar después de la guerra.

Esta anécdota contrasta con la situación de Alemania, donde se raciona hasta la madera de ataúd, y el militarismo es una profesión en descrédito completo.

Si un general victorioso como Eisenhower piensa abandonar el oficio, ¿con qué derecho los militares españoles, ocasionales o no, aspiran a incrustarse en la nómina militar de manera vitalicia? El país no puede ni quiere soportarlos.

De no tener ejército la República del 31, no hubiera habido levantamiento falangista ni militar. ¿Por qué la República no revisó el problema de los cuadros armados profesionales, incorporándolos a la vida civil, cosa que pudo intentar y hacer, incluso sin colisión con supuestos intereses creados?

Todas estas consideraciones van encaminadas a demostrar que mientras la corriente general del mundo se orienta en sentido favorable al desarme, hay núcleos españoles obreristas en el exilio que propician la organización militar permanente en tiempo de paz y la creación de un ejército. Éste es también un punto de vista soviético que la guerra ha desvalorizado, puesto que el ejército ruso, aun con su cantera inagotable de material humano, nada hubiera podido hacer contra la horda hitleriana sin la industria de guerra de Norteamérica, según demuestra la estadística, reproduciendo los documentos diplomáticos de su política exterior desde 1931 a la época guerrera actual con la firma de Cordell Hull, secretario del Departamento of State (1943).

La información sobre la ayuda americana a Rusia se refirió —a mediados de marzo de 1945— al envío de una fábrica de vehículos en piezas desde América a Rusia. Se montó aquella fábrica cerca del mar Caspio y se transportó después hacia el norte.

El peso total era de siete mil toneladas. ¿Qué organización militar permanente en cualquier país sin industria o con industria deficiente puede hacer la guerra sin apoyo parecido, propio o extraño, pero convertido en tal por el adelanto industrial de la ingeniería de paz?

Clara aparece la influencia soviética en las escisiones confederales. Incluso el léxico de los reformadores coincide textualmente en el ataque con el léxico soviético. Recordemos las admoniciones de André Colomer, que se sirvió en Francia de un veterano portavoz del —*Le Libertaire*— «para camuflar propaganda sovietizante. Lo mismo ocurrió en España. Cuando en las asambleas obreras surgía una voz extremista, algún cuento de miedo, alguna información internacional de consigna melodramática, es que teníamos detrás una oficina soviética o pumista».

En Sevilla, Adame y otros sindicalistas neutros empezaron por querer revisar los fundamentos de la Confederación y el síntoma no falló nunca: los pujos reformadores obedecían al impulso soviético.

Como la esencia de éste va evolucionando hacia la derecha, y la concordia Roma-Moscú parece haber llegado a un punto culminante con la aceptación por Rusia de la religión ortodoxa mientras Stalin conferencia con el patriarca Alexis la ayuda americana a los Soviets y las consignas comunistas favorables en Occidente a las reformas triviales, desbordadas hace medio siglo en los países burgueses de Europa y América, ¿no serán facturas presentadas a los Soviets a cambio de la ayuda para atenuar y hasta suprimir la propaganda soviética, confundida con el reformismo de los burgueses subalternos y favorable a la nacionalización de industrias grandes?

Públicamente abogan los partidos comunistas de Occidente por la nacionalización de las grandes empresas de Servicios Públicos, Banca, Transportes etc. Esta nacionalización es un hecho por lo que respecta a las Comunicaciones en todo el mundo, ya que son éstas monopolio del Estado. Los comunistas olvidan en su afán de reformadores incluso el factor sindical, que menosprecian para fortalecer el Estado y prescindir hasta de la organización de clase. He aquí el sueño dorado de los escisionistas confederales, declarados o

encubiertos, que, procedentes de los medios obreros, se apresuran a desestimar como estadistas delirantes y novatos lo que un núcleo sindical y una Federación de Industrias podrían representar contra el centralismo inepto de los ministerios. La Federación de Industrias está muy lejos de ser la concentración de peones que creen muchos peones.

El lenguaje de los reformadores vacila entre el fácil sarcasmo y la literatura de pretensiones a base de sufragismo y confusa organización política, que suponen estable. Pero la verdad es que en todos los proyectos domina la ausencia más completa de plan articulado, y son un tejido de anacronismos en descrédito incluso dentro del ambiente republicano.

En la importante cuestión de la enseñanza —igual los reformadores que los Soviets—, no creen posible otro patronaje que el del Estado. En este capítulo están los reformadores proletarios mucho más atrás que la Inglaterra imperial con su enseñanza libre de régimen privado. Las célebres universidades de Oxford y Cambridge son libres, y lo son esencialmente los Institutos de segunda enseñanza. En América del Norte, la enseñanza depende de patronatos técnicos, pero no del Estado. Si existe la libertad de asociacion en un país, ¿por qué no ha de haberla para la cultura organizada por los capaces y no por el Estado, que incluso para adjudicar una escuela o una cátedra ha de atenerse, falto de aptitud, al dictamen de los técnicos? ¿No tenemos el ejemplo de la Universidad libre de Bruselas, fundada por Reclus? Aquella Universidad impulsó el movimiento científico del mundo como ningún centro oficial.

En los países fascistas la juventud entraba automáticamente en las escuelas del Estado. En Alemania, en la *Hitler Jugend*. En Italia, en la *Gioventu del Littorio*. Allí se enseñaba la doctrina sangrienta del nazismo y del fascismo, como en la España de Franco se encuadra a los alumnos en formaciones militares. Todo esto es una ignominia. La enseñanza es, por naturaleza, experiencia y principio, ajena a dogmas de Estado y programas de partido, de nación y de secta.

Si España puede tener autonomía integral en cada uno de sus núcleos de población, grandes y pequeños, ¿no aspirará cada uno de éstos a dar forma a sus anhelos de cultura general, técnica o calificada, con opción a ellas según capacidades y no como tradicionalmente, según los medios aleatorios de cada ciudadano para costear estudios?

Decía Guerra Junqueiro que la escuela oficial no dará luz hasta que se queme. Hay que separar del complejo problema los casos abundantes de buena enseñanza; pero está tan intervenida por el Estado que los maestros no pueden contar, si tratan de hacer obra, más que con ellos mismos y sus libres iniciativas. La escuela de Ferrer debió evolucionar metódicamente y evolucionó en parte, pero sin plan concreto de conjunto. La autonomía municipal daría a los maestros, elegidos por el pueblo y no por el automatismo oficial, un campo de vocación estimulante. En los pueblos rurales vivió la enseñanza sin otras perspectivas que las de animosos pedagogos modernos y las del elemento popular, que respeta el maestro —como no le respetan los caciques—, y hasta suple con generosidad el cazurrismo y la tacañería del Estado. La enseñanza no necesita en España, para fomentarse, otro aperitivo que libertad de recursos en los pueblos para atenderla bien y apartarla de los Ayuntamientos oficiales, cuya misión consistió siempre en espiar y martirizar a los maestros inteligentes no rendidos al cacique.

La Confederación Nacional del Trabajo cree acertadamente que la economía es ajena al Estado. ¿Por qué no ha de superar la probada ineficacia de éste en el delicado problema de la enseñanza? La pedagogía está ahora en período evolutivo y llega, sin proponérselo, a conclusiones libertarias, como la llamada ciencia penitenciaria, tan certera ya en tiempos del profesor Dorado Montero. Y cuando estas corrientes de la mentalidad mejor evolucionada sigue un cauce ajeno al monopolio docente del Estado, ¿van a ser precisamente los trabajadores quienes favorezcan los designios de los partidos, que todo lo convierten en materia electoral y fiscal? ¿Van a desoír las enseñanzas de un Herbert Read en su obra *¿The Politics of the impolitical?* El profesor Read, de la Universidad de Edimburgo, crítico de renombre en Inglaterra y director de una revista muy sugestiva y leída —*Burlington*—, preconiza el socialismo de Kropotkin y no el de Marx, abogando por una sociedad que respete la libertad individual y dé hasta al artista un clima de autonomía, seguro como está Read de que —según la clara fórmula del escultor Erik Gill— un artista no es un hombre aparte en el conjunto ciudadano, y de que todo hombre es artista a su manera.

Los que se ríen zafiamente de las barbas de Kropotkin no sabemos que léxico emplearían para contradecir al ilustre profesor de Edimburgo. Si en nombre de Kropotkin los torpes dijeron tantas torpezas, ¿qué culpa tiene aquel maestro? Kropotkin nos da excelente

levadura para que hagamos buen pan. La política nos da pan incomible, pan pintado.

Lo real y lo falso

Para Rousseau, maestro muy discutido y sometido a revisión, pero que de todas maneras pasa por autoridad en algunos medios avanzados, aunque está desbordado por el socialismo humanista en sus manifestaciones dispersas anteriores a él y posteriores, la voluntad general es una suma de voluntades individuales. Para algunos antagonistas de Rousseau, sobre todo para los discípulos de Hegel como de Marx, la suma de individuos se considera como una realidad teórica encarnada en una especie de profeta, realidad que transciende como por arte de magia desde el profeta a los individuos, los cuales ignoran totalmente las conveniencias y oportunidades de cada momento, aplicándose con persistencia el profeta a conseguir —según el propio Hegel en su *Filosofía del Espíritu*— que los individuos, en tanto que individuos, no existen. He aquí el fundamento de la dialéctica hegeliana que Engels más que Marx estableció (aunque con reservas de índole subalterna) como un rebrote de la filosofía de auto-aniquilamiento, tan vieja en el mundo como el Sol. Todas las escuelas, todos los sistemas de política de hoy obedecen —no sólo al comunismo de partido— a aquellas directrices, hegelianas, que su representante personal derivó del viejo complejo autoritario, precisamente de sus corrientes más desviadas de la libre experimentación científica, que se produce por actividad individual libre y colaboración.

A partir de Hegel, pues, y no de Marx; a partir de la dialéctica hegeliana y no de la doctrina marxista; a partir de Hegel, que metodizó el doctrinarismo autoritario de los siglos, cualquier tendencia sociable de base discursiva independiente y práctica emitida en cualquier latitud en contradicción con la doctrina abstracta del auto-aniquilamiento, fue inmediatamente atacada por los dogmáticos hegelianos.

Bakunin fue brevemente hegeliano en la juventud, humanista en la madurez. Pero los que se ríen de las barbazas de Bakunin no han pasado como él por la crisis profunda que representa para un oficial de artillería de carrera y aristócrata ruso, desentenderse, por el razonamiento y la experiencia, del tóxico hegeliano, que instintiva-

mente ataca a los reformadores del peonaje gremial a base de metafísica absolutista que ellos desconocen, pero que está en el confuso subconsciente. Como carecen de argumentos al estilo de Hegel o de cualquier otro estilo, y no han leído el *Discurso del Método* de Descartes, ni siquiera en su parte laica, argumentan y profetizan, muy agarrados a la cuerda floja del practicismo, de los **hechos concretos**, de las circunstancias (determinadas por otros), del oportunismo; en una palabra, de lo que llaman **realidad**. Olvidan que es real el por tantos ignorado movimiento de los astros, la Historia, totalmente ignorada, las tierras profundas y la psicología determinante de la voluntad en la mayor parte de los hechos corrientes. Ignoran toda la aportación cultural que no figura en los manifiestos. Se ignoran a sí mismos. En la interpretación de los fenómenos no han hecho más que difundir doctrina republicana y masónica.

Emiten una teoría de adaptación, y, con nebulosos términos, la propagan por escenarios, revistas y campos deportivos. No saben que el mismo deporte al uso es una consecuencia de la doctrina hegeliana. Quince o veinte mil espectadores presencian un partido de fútbol. Los jugadores se disputan el triunfo, y se dice que la ciudad donde radica el campo de juego es deportiva cuando los quince o veinte mil espectadores no juegan ni se mueven más que para alborotar. Lo que hacen es ver jugar, y por ver jugar no se es deportivo ni se es nada que tenga que ver con el ejercicio, con la expansión del humor, ni con el equilibrio muscular saludable.

El hombre que se tiene por práctico aconseja en resumen a los ciudadanos que sean republicanos. Si conservan la candidez de escucharle, repite que el conjunto social equivale a la multitud deportiva, y que basta con que veintidós jugadores hagan un partido, que lo práctico es aceptar lo que venga y sentarse en una grada. No jugar, no nadar, no trepar montaña arriba es lo que importa. Basta que jugando una minoría entretenga al público, que arme éste de vez en cuando broncas y salga del campo cansado de berrear. Los jugadores —en el partido, como los políticos— lo hacen todo. El público —hegeliano sin saberlo— es un conjunto amorfo incapaz de hacer deporte libre, pero muy capaz de gastarse unas monedas para presenciar el partido, pasando antes, no muy deportivamente por la taquilla y gastándose en comprar entradas lo que tal vez le haría mejor provecho invertido en libros o en víveres. Ahora, que el público es el público endomingado. El pueblo está fuera del campo.

Los reformadores, en su delirante manía, olvidan que los remedios que formulan ya los formularon todos los profetas de la tierra, cultos o incultos, obreristas o burgueses, letrados o leídos. Ya los formularon y hasta practicaron todos los continentes sin más resultado que encender el mundo en guerras y quebrantos, miserias y vergüenzas.

Lo que se supone que deben hacer los demás antes de llegar el momento de hacerlo, no es nada que se parezca a practicismo, a realismo. En nombre de éste no hay ningún derecho a llamarse realista ni práctico, sino ilusionista. Se es simplemente un teorizante, un doctrinario que dictamina a ciegas. En Francia, el partido monárquico Daudet-Maurras se atiene en su doctrina a Augusto Comte, el positivista, y por la pluma del ateo Maurras hasta a Anatole France, el descreído. Pero lo práctico es que Daudet y Maurras fueron inductores del asesinato de Jaurés y que Maurras escribió el más vergonzante de sus libros en alabanza de Franco, de la misma manera que fue, desde 1940, constante delator de dignos franceses anti-hitlerianos. Las teorías de Maurras son de ateo como se declarará él mismo, defendiendo a la vez la vuelta de la monarquía y recurriendo a Augusto Comte. Todo ésto no pasa de ser un sistema doctrinal, cuya exposición, —como la crítica subsiguiente— carece de base objetiva, impregnado Maurras de veneno y de plebeyos resentimientos. Lo práctico es que Maurras fue delator policíaco de Vichy llevando a muchos franceses al patíbulo por no creer ellos en Hitler; que fue inductor, en 1914, del asesinato del gran socialista Jaurés, y que se regocijó con los patíbulos de Franco, después de pasar casi medio siglo atacando a Alemania. Este monstruo —Maurras— es, indudablemente, un hombre práctico. Sus campañas abrían el bolsillo de unas cuantas marquesas apolilladas y, sobre todo, le daban en los medios cavernarios un mítico prestigio de santón. Indujo al asesinato de Jaurés por ser éste partidario, como buen socialista, de la paz franco-alemana en 1914. Treinta años después, en nombre de la paz franco-alemana de Petain, consiguió Maurras que las Juventudes monárquicas francesas arrastraran por las calles el busto de Jaurés. Quien entienda este pragmatismo sanguinario y lo siga, no es más que un terrorista y un antropófago.

Otro caso distinto de practicismo se dio en Francia pocos años antes de la guerra del 39. Viendo los elementos reaccionarios que socialistas y comunistas arreciaban en sus campañas electorales propagando la causa pacifista, idearon la ocurrencia de tolerar el

paso de los socialistas al poder. Una vez adueñado León Blum del poder, las campañas pacifistas cedieron por completo. Auriol, ministro del gabinete Blum, emitió un empréstito enorme de guerra —que no sirvió más que para perderla—. He aquí una maniobra reaccionaria práctica de las derechas cediendo el poder. Las consecuencias son claras y evidentes. Cuando se cede el poder a los desarrapados, no se cede así como así. Se cede para utilizarlos.

Cosa parecida ocurrió en Inglaterra cuando los conservadores e indirectamente los liberales, cedieron el poder a los laboristas, que en la oposición sostenían la nacionalización de grandes empresas públicas. Desde el poder olvidaron su propaganda y hasta aquella nacionalización —que no representaba ningún avance social efectivo, pero que hubiera sido un paso desde el punto de vista laborista de las reformas— quedó en claro. Sí, pues los reformistas en el poder no son siquiera reformistas.

En la República española del 31 los republicanos gobernaron como practicistas consumados con residuos de la monarquía, y confesaron que la política internacional era la misma que la de Alfonso XIII. El propio Azaña lo afirmó solemnemente el 18 de julio del 38 en su sonado discurso de Barcelona. Incluso los militares de la República aplicaron la ley de Jurisdicciones —que era monárquica y estaba derogada por la *Constitución* del 31— contra supuestos delincuentes de la Confederación. El autor de este trabajo fue condenado a cinco años de presidio por un tribunal republicano en la Capitanía General de Barcelona en la época del bienio Azaña, siendo director de *Solidaridad Obrera*, por las justas campañas de este periódico contra la mortífera actividad de la guardia civil, asesinando obreros en Castilblanco, Pasajes, etc., y gratificado, como otros compañeros, con palizas republicanas en la cárcel, cuyo director —el siniestro monárquico Rojas— era sostenido por los republicanos catalanes y castellanos para que nos apalearan los guardias en el interior de la prisión.

En otro orden de consideraciones, los reformadores españoles acumulan pesada literatura de matraca, nos dan golpes en la cabeza y nos dicen que vivimos en las nubes, que no es razonable volver a empezar nuestra lucha, que todo lo pasado no debe volver. Como si ésto dependiera de nuestra voluntad. Como si lo único práctico no fuera integramente unido a la construcción y mejora del mundo, red de comunicaciones y tránsito, alumbramiento de riquezas; flora múltiple; dignificación del trabajo y consideración impuesta en la

calle, en la lucha, en favor del productor. Fuera de ésto y del factor cultural, el más importante de la vida, no hay más que programas políticos sin realización. La paz es un mito, la justicia lo es también, el pan es escaso. Y si los partidos se unen, ahora más que antes, para gobernar, es porque un partido solo no puede ya afrontar la avalancha popular, que quiere un bienestar que no tiene, que aspira a procurárselo por sus propios medios y que recela de programas políticos mil veces fracasados y reproducidos por fracasar de nuevo.

El conjunto español ha desbordado los programas porque ha realizado lo que no estaba en ningún programa. En la España rural había, ya desde 1923, un frente único laborioso contra el monopolio de la propiedad, de la herencia y de la renta. No era un movimiento apoyado por ningún partido, ni siquiera iniciado como táctica por ningún organismo oficial de clase, sino por el agricultor no explotador que se unía a su igual y se ponía de acuerdo con él para dosificar el trabajo. Cuando el propietario territorial vendía un vagón de trigo, lo que obtenía en el mercado equivalía a menos de lo que el mismo propietario desembolsaba en jornales para producirlo. ¿No equivale la práctica dosificadora de trabajo a una constante expropiación invisible que ha desvalorizado la propiedad, que la ha reducido en muchas zonas agrícolas a cero y que determinó, entre otras causas, el levantamiento de los trogloditas españoles en julio del 36? ¿Se olvidan las quejas de Gil Robles en el Parlamento repitiendo que el rendimiento de la cosecha no era remunerador porque no cubría los gastos de cultivo?

Ni la Reforma Agraria ha conseguido nada semejante a la expropiación invisible, ni todas las disposiciones oficiales conseguirán jamás algo parecido. ¿Por qué no inspirarse en las lecciones prácticas que da el pueblo destruyendo por sí mismo como corrosivo los privilegios seculares, remediando su penoso vivir con soluciones inmediatas, tan claras, hacederas y oportunas como ninguna? Se ha modificado hasta el clima con el arbolado y el cultivo directo; se ha castigado la pereza y el atraso de los propietarios, invalidando, herramienta en mano, la filosofía hegeliana y el doctrinarismo marxista, que nunca pudo prever la evolución positiva de los trabajadores por sí mismos, al margen de cualquier ideología ajena, de cualquier fatalismo libresco.

Lo práctico es educar a un hijo, plantar un árbol, escribir un libro. Lo teórico es lanzar desde la altura gubernamental decretos que nadie cumple o cumple por fuerza. Que los que tienen hijos sin

educar, árboles sin regar, libros en almacenaje sin uso, entonen la canción del practicismo, puede aceptarse si se tiene, para interpretarla, algún sentido del humor. Pero que los trabajadores acepten el equívoco, que se entreguen al propio aniquilamiento, que abdiquen de su personalidad como hombres y como productores, que vuelvan a ser instrumentos de cualquier camarilla sufragista, que renuncien a conjugar el verbo ser, el verbo de su laboriosidad y de su vida honorable, el verbo constructivo hecho realidad por su esfuerzo, es y será imposible. Que los animosos confederales, hermanos del taller y de la huerta, de la mina y de la fundición, de los instrumentos más perfectos de la ciencia y del arte, que esos positivos y auténticos constructores acepten la melodía del sosiego y la canción del náufrago, eso no.

Todas las lecciones de la experiencia han de revisarse cuidadosamente. Errores hubo en todas las épocas. Tal vez la furia de las represiones desde las alturas, hundió a los Sindicatos en réplicas estériles. Tal vez se atendió al número con perjuicio de la calidad. Tal vez se llamó a veces revolución lo que era una protesta que ponen en práctica millones de veces, tanto los revolucionarios como los que no lo son. Tal vez a la embriaguez de victorias pasajeras se atribuyó importancia primordial. Tal vez la valentía fue en ocasiones poco o excesivamente empleada. Tal vez la fraseología demagógica turbó la claridad del entendimiento. Tal vez se tuvo a ratos la idolatría mística de la fuerza. Tal vez se despreció el avance ignorado, no buscándolo al aire libre fuera del aire enrarecido de los Comités. Tal vez se corrió excesivamente hacia la tribuna del mitin monstruo. Tal vez la burocracia y el exclusivismo nublaron el caudal amplio de las ideas... Pero todo esto ha de revisarse concretamente sin miras electorales.

En todo conjunto humano se producen errores. En toda asociación los hay, pero en la nuestra no ha podido cegarse el hondo cauce razonable inclinado a la benevolencia con equivocados de buena fe, con los desalentados y los desviados. Los acontecimientos que hoy hacen trepidar al mundo, desbordan a muchos leales compañeros, víctimas más que de su ambición, de la confusión mental, causa del pánico productor de más víctimas que la misma guerra, degenerando en una dispersión de seres y núcleos, unidos antes por fidelidad y hermandad. Reconstruir todas estas dispersiones no puede ser obra del adversario, que trató siempre de inutilizarnos. Ha de ser obra propia y directa nuestra. Pero no adjudiquemos ninguna especie de practicismo a las abstracciones

inoperantes, a los improperios del poder, a las fantasías programáticas sin contenido concreto ninguno, sin ejemplo ni estímulo, sin paz y sin pan, sin escrúpulo y sin realismo.

Tras el largo y áspero temporal de hoy quedará en el espacio como una conmovida atmósfera eléctrica propicia a las sacudidas, a la muerte que causa la alta tensión circulante por cables conductores de energía, pero quedará también un aire que los hombres sin doblez harán respirable. Todos venimos un poco del caos y hemos de negarnos a volver a él. Este designio ha de ser firme para que cese la injusticia que tantas veces nos atenazó sin doblegarnos y nos venció sin disminuirnos.

Pero no queramos ser reformadores de lo que nos han de dejar reformar para inutilizarnos, de lo que no vale la pena de reformar. Nuestra posición firme está en sabernos adversos a cualquier régimen de Estado. El resto tiene infinitas soluciones inmediatas y lejanas, soluciones que, por encima de cualquier contingencia, se nos permitirá explicar y realizar, ya que no planteamos ningún imposible.

¿Es por ventura imposible organizar España como Federación de Municipios Libres? Esto se hizo en parte hace tres siglos en Suiza, donde las leyes municipales son costumbres codificadas y no decretos de altura. ¿Por qué una Asamblea de vecinos no ha de sustraerse en el medio local a la fracasada actuación del Estado, que esclaviza a los pueblos y les chupa la sangre?

Federación de Municipios, libre de la tutela del Estado; Municipios en función de sus Asambleas abiertas según la idea de Proudhon, de larga deliberación en los medios internacionalistas e intelectuales de Europa desde el último tercio del siglo anterior, y siempre en la vida de los Municipios, no intervenidos o intervenidos en vano, en cuya intimidad nacieron, según Proudhon, las ideas emancipadoras en lucha contra el despotismo. ¿Es por ventura imposible en una República llamada de trabajadores, que tiene por teoría y fundamento el sufragio universal, que los españoles todos voten precisamente por sufragio universal, no hombres falibles, sino específicamente obras públicas, servicios y mejoras que el pueblo y no los políticos realizan siempre, pero que no pueden determinar los pueblos porque el Estado se apropia todas las iniciativas?

¿Es por ventura imposible que el pueblo español, por sufragio universal, considere que uno de los servicios públicos de su preferencia consiste en suprimir el monopolio de la propiedad privada? El mismo Estado no reconoce que las carreteras, ni los

canales, ni las bibliotecas sean propiedad privada de nadie. ¿Por qué no ha de inclinarse ante la voluntad del noventa por ciento de los españoles convencidos de que la propiedad privada, que subsiste abusivamente, les obliga a vivir en malas condiciones?

¿No han reconocido los países de régimen burgués la revolución rusa? ¿Es imposible pensar en otra revolución, ya actuante, contra la propiedad privada, incluso contra el capitalismo de Estado? ¿Qué capitalismo de Estado podría caber en una España centrífuga, regenerada de la injusticia monopolizadora y del Estado, si éste se nutre con impuestos, transmisiones de dominio, tráfico colonial, empréstitos e ingreso aduanero, cuando estas recaudaciones quedarían abolidas por la supresión de la propiedad del comercio y de la renta que las justifican?

La propiedad privada no es una entelequia. Es la tierra cautiva del grillete monopolista, la mina vivero de muertes tempranas y de vidas sin sol. Cuando la tierra, la mina y la polea estén socializadas, y no por decreto sino por voluntad múltiple coincidente, el trabajo será un derecho y no un deber. Todas las teorías de todos los Estados caerán por su base. Todas las abstracciones de los partidos que prometen dar lo que no tienen —porque los partidos son conglomerados de clase media pobre— quedarán en el vacío.

El proletariado consiguió ya una vida de la que se iba desterrando la cerrazón mental de ayer, al revés de muchos núcleos no evolucionados de clase media, que siguen, incluso económicamente, en peores condiciones que el proletariado por depender aquellos sectores de clase media, en general, del arbitrio del Estado, que es el peor de los patrones y el más tacaño. Esta es una de las causas de los movimientos fascistas —específicamente mesocráticos— y del salvaje resentimiento falangista contra los obreros. El falangismo español se nutre con el censo de los señoritos inútiles, arruinados en España por la ascensión económica y moral del proletariado, que acabó con la riqueza patrimonial ociosa y superó las nóminas míseras del presupuesto oficial.

En nuestras prácticas quedó el colectivismo, desde 1936 a 1939, —con todos sus inconvenientes— como una divisoria clara y afirmativa ajena y superior al socialismo de Estado. Fue una realidad constructiva vecinal innegable. La teoría era la norma decretal, afortunadamente ignorada o desdeñada. Que el colectivismo no es un ideal absoluto sino superable siempre, ya se ha demostrado. Lo que no se ha demostrado es que sea un retroceso.

Lo práctico ha sido en España las mejoras realizadas. Lo teórico, los diez mil tomos de leyes dictadas e incumplidas, burladas, inútiles.

Lo práctico ha sido la generalización de cultivos intensivos producidos por la ampliación de zonas de regadío. Lo teórico, los planes de mejoras en el papel, sólo iniciadas sin continuidad eficiente, complementadas por el trabajo sin patrono.

Lo práctico ha sido que las obras de carácter público y de cierta envergadura atraían mano de obra, quedando sin mano de obra los propietarios con sus tierras yermas y abandonadas. La teoría ha sido la Reforma Agraria, que se dictó para contrariar el movimiento de expropiación directa emprendida por los pueblos. También se dictó para rescatar el capital del Banco Hipotecario y de los prestamistas privados.

Lo práctico ha sido que en Monegrillo, como en muchos otros pueblos, los labradores ocuparon y labraron un monte sin dueño porque el monte era, por derecho secular inmemorial, tierra cultivable del pueblo. Lo teórico ha sido el constante machacar de las escuelas religiosas y políticas, pretendiendo teorizar sobre el bienestar de los españoles.

Lo práctico ha sido exigir a los propietarios desaprensivos el importe de mejoras no abonadas en sus tierras, importe que en el conjunto de la propiedad española equivale a un cincuenta por ciento de su valor comercial. Lo teórico ha sido predicar en desierto conformidad a los labradores, que prácticamente mejoraban de condición, al no conformarse con el idealismo de funeraria de los gobiernos.

Lo práctico ha sido en la España rural trabajadora, la actividad coincidente con el hecho de que la propiedad está cosida de hipotecas irredimibles y en completa quiebra. Sumando las deudas hipotecarias y las mejoras no abonadas, el total corresponde al precio comercial de la propiedad española. Lo demostraron Gil Robles en el Parlamento, Julio Senador en sus admirables libros y las estadísticas del Banco Hipotecario. Lo teórico es querer que intervenga el Estado en las cuestiones agrarias para embrollar el problema y no resolverlo, cuando los agricultores directos lo resuelven en horas, trabajando solidariamente en cooperativa familiar sin explotados o en colectividad.

Lo práctico es demostrar, como se demostró, que la gran propiedad es producto del robo de tierra a los municipios y la mediana producto de la usura lugareña y bancaria, como de los jornales de hambre. Lo teórico es recetar remedios sin base, como

hacen todos los partidos. Cuando no han podido pagarse jornales de hambre, la gran propiedad se ha desmoronado.

Lo práctico ha sido conseguido por los trabajadores, y lo teórico formulado por los ociosos de todos los partidos en sus programas y en el Parlamento. Entre los españoles hay demagogos que no hacen nada. Los maestros de nuestro socialismo nunca emplean literatura de matadero. Ésta procede de los medios políticos burgueses y de las sociedades secretas, como probó Fabbri. La masonería, con su plañidero sistema democrático, superado incluso por los republicanos no masones, sólo tiene influencia en los individuos no evolucionados culturalmente. La masonería se asimiló muchos militantes de la avanzada social para hacer de ellos vulgares republicanos en expectación de destino.

La tendencia republicana no ganó nada. La avanzada social no perdió nada. Y la República siguió durmiente y roncante, corroída por los funcionarios que se la tragaron viva.

Al unísono con Rocker

Lenin atacó con virulencia a los extremistas de su propio partido, pero si conquistó el poder, lo conquistó por ser extremista.

El extremismo fue calificado por Lenin de «enfermedad infantil», referido a sus molestos amigos, pero lo evidente es que con Kerensky no quiso transigir, y no ciertamente por ser Kerensky extremista del socialismo, sino por demócrata. En ésto Lenin fue auténtico marxista. Kerensky, el demócrata al uso de Occidente, a quien Lenin desembarcó sin contemplaciones de la nave gubernamental con un desparpajo que se nos permitirá calificar de extremista, es un ejemplo del extremismo leninista, como lo es Trotsky, socialista de Estado radiado de Rusia por los socialistas de Estado.

Conviene recordar a nuestros ingenuos reformadores que Lenin fue extremista en la emigración; que lo fue igualmente en la Revolución de Octubre, y que sólo al gobernar fue reformador, en colaboración hoy sus sucesores con el patriarca de la religión cismática, calificada por Lenin de «veneno del pueblo».

Nuestros reformadores quieren, por el contrario, ser reformadores desde la calle y en el destierro, afirmando que en el poder se puede ser revolucionario. Todo esto es tan confuso que

parece inventado por un grupo de charadistas. Nuestros reformadores están descentrados.

Si imitan a Lenin en el hecho de querer conquistar el Estado sin ser políticos como él, no lo imitan en la táctica. Para aquél se imponía la táctica extremista contra Kerensky. Para nuestros reformadores se impone la táctica de colaboración con los Kerensky de la política española.

La base de los partidos no es acumularse para gobernar, sino excluirse. Esto fue lo que hizo triunfar a Lenin, que excluyó a Kerensky. Lo contrario es lo que hacen los colaboradores. No se excluyen entre ellos, al menos abiertamente. Al acumularse los partidos para gobernar, confiesan de manera tácita la insuficiencia de uno solo. Buscan extender y esfumar las responsabilidades gubernamentales, agregándose confusamente unos partidos a otros. Si un solo partido no da nunca explicaciones de lo que hace cuando gobierna, ¿cómo van a darla unos cuantos partidos en perpetua querella entre ellos, y que tratan siempre de acusar a los rivales participantes? Si los partidos coaligados fueran francos, sus propósitos les separarían inmediatamente. Si se unen es porque las insuficiencias tienen tendencias irrefrenables a unirse y a tolerarse.

Si las escisiones o intento de ellas en la Confederación se debieron a la sugestión comunista del Estado, la escisión política —si se consume, lo que es poco posible— habrá de entendérselas con media docena de grupos que querrán participar en el gobieno, contar con millones para la propaganda electoral, oradores parlamentarios, prensa, radio, cine, electoras femeninas, etc. Sobre todo, habrá de tener votos. No es una cosa fácil, por más que se crea. Lo práctico habría de ser, para los reformadores, contar con un censo electoral capaz de votar una mayoría. Lo nebuloso es dar por descontado el sufragismo electoral, siempre esquivo, dependiente de pucherazos, efectismo de tribuna y agentes preparados y estipendiados. El censo electoral español está manipulado por la situación política de gobierno y es ésta la que encasilla candidatos. No se encasillan éstos, ni los electores encasillan a nadie. En el diputado manda todo el mundo menos el elector.

Excesivas complicaciones para despertar el optimismo de los hombres prácticos. Cánovas y Sagasta eran hombres prácticos porque se atribuían, mediante la prestidigitación electoral y por turno, el dominio alterno de la *Gaceta* y de los Presupuestos para contentar a los tibios, atraer a los enemigos y conservar amistades.

Pero eran partidos de turno por acuerdo —el del Pardo al morir Alfonso XII—. Su practicismo evidente consistía en definir la política como «arte de lo posible», es decir, en hacer lo que ellos querían, guiñando un ojo. Cánovas era tuerto. Aquello fracasó por la aparición en España del factor social, disperso aún. Pero mientras gobernaron Cánovas y Sagasta, no lo hicieron confundidos. Lo hicieron sustituyéndose alegre y mutuamente. De confundirse en la misma situación gubernamental hubieran durado menos. Recuérdese cómo las postrimerías del régimen monárquico quedaron calificadas, precisamente por los ministerios de coalición, de fracaso en fracaso por rápido declive. Si el gobierno de un partido es insoportable, ¿cómo no ha de serlo el de varios que riñen constantemente? La coalición de partidos es hoy impropia porque los partidos no quieren partir sucesión entre ellos, sino confusión.

La República del 31 no gobernó más que por núcleos coaligados. Lerrouxistas y catalanistas se unían escandalosamente para gobernar con socialistas y burgueses, instruidos y no instruidos, centralistas y autonomistas, ateos y creyentes, ricos y pobres. No había en la República un partido dispuesto a gobernar por sí solo, sino en confusión con muchos partidos. A este punto de vista parecen responder las concentraciones de políticos y organismos sindicales en el exilio de Francia. Si el comunismo de partido persiste en actuar en compañía del Vaticano, renunciando a la conquista del poder para él solo, el problema resultará tan extraordinariamente complicado que nadie podrá entenderlo y menos si catalanes y vascos siguen el camino irlandés, irreductibles como parecen o intentan parecer ahora. La tragedia de los partidos es que no pueden ya gobernar unidos ni separados.

¿Es éste un panorama agradable? Preguntamos como curiosos espectadores que analizan objetivamente la maraña política española; ¿es este panorama agradable para un practicista confederal? No lo es, francamente. Y esta evidencia contrasta cómicamente con la intención cardinal que supone en los acumuladores de partidos y organismos sindicales el deseo de gobernar. No cabe duda que hay una intención de estabilizar gobiernos fuertes. Empeño inútil. Sólo los pueblos débiles tienen gobiernos fuertes.

No es posible perder el tiempo en replicar a todas las fantasías y explicaciones de nuestros reformadores, tan despistados antes y ahora. Hace años eran los eternos demagogos, los eternos surtidores de interjecciones patéticas. Mientras duró la grotesca y sangrienta

dictadura de Primo de Rivera muchos demagogos huyeron de España y se entretenían desde el exterior en liquidar literariamente la situación política del dictador, insultándole a mil kilómetros de distancia. Hoy son algunos de ellos gubernamentales de afición, reservándose la humildad para los políticos, incluso para los sin partido. Cuando gritaban contra Primo desde el exterior de España estaban bien lejos de suponer que a Primo lo expulsarían de España los militares y los banqueros, no los manifiestos ni las revistas. Algunos bravos pasaron el Pirineo por Vera del Bidasoa; cediendo a sugestiones equívocas, con la vida pagaron su valentía.

Nadie recuerda que incluso en el comunismo ortodoxo hubo un antiparlamentario tan destacado como el italiano Bordiga. Ni Lenin ni Stalin establecieron ningún Parlamento. El marxismo no fue un puntal de la democracia, sino un violento correctivo contra ella. Hoy los marxistas empiezan por olvidar a Marx. Hasta de Pablo Iglesias se olvidan los socialistas españoles. «Los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale aquélla, la burguesía, para dominar al proletariado.» Esta frase lapidaria figura en el Programa Socialista como afirmación de base, y la reprodujo el mismo Pablo Iglesias en sus *Comentarios al Programa Socialista*, página 17 (obra editada en Toulouse por la Secretaría de Propaganda del Partido Socialista Obrero Español, en Francia, febrero, 1945). Los socialistas retroceden con relación a Marx. Como los republicanos con realación a Costa y a Pi. Los catalanes, con relación a Almirall. Los teóricos sindicalistas, con relación a su doctrina clasista, que nunca tuvo tolerancia para el Estado. Los autonomistas vascos retroceden hasta el punto de formar parte de gobiernos unitarios de España, y con todo su separatismo gobiernan a los españoles de jota, de muñeira y hasta los de cante jondo. ¿No es todo esto más propio de un sainete de Arniches que de la ideología Bizcaitarra?

Nadie recuerda que en todos los sectores españoles hubo siempre adversarios de la política sufragista y publicaciones del mismo tipo de vida próspera y asistencia entusiasta.

Nadie recuerda que las ediciones de *La Revista Blanca* tuvieron dilatadas y dignas épocas de propaganda apolítica, como otras Editoriales.

Nadie recuerda que en el Parlamento republicano los diputados obreristas novatos hicieron los más cómicos esfuerzos para quedar de mal en peor, igual que los señores con mandato parlamentario.

Nadie recuerda que en el Parlamento republicano hubo dos diputados ilustres: Besteiro y Ortega y Gasset. Besteiro presidió las

Cortes con una chunga entre galaica y británica, como un distraído que presencia un torneo sin aliciente. Ortega y Gasset disolvió su partido y se alejó de aquel espectáculo, abominando de tanto superávit de confusión y dentelladas de jabalí.

La colaboración sindical con los políticos profesionales durante la guerra civil de España —que todavía ha de aprobar o desaprobar la Confederación completada por los núcleos de toda España en futuro Congreso— no fue resultado único de la gesta de la Confederación, sino de una propaganda colaboracionista apresurada. Lo hecho en julio del 36 por los españoles antifascistas sin dirigentes en la zona adversa a Franco al derrotar a los adversarios, fue una gesta, evidentemente, pero en sentido constructivo; los reformadores colaboracionistas, al revés del pueblo, no crearon doctrinas ni hechos revolucionarios, sino complejos gubernamentales, plazas de mecanógrafa, destinos burocráticos, oficinas, secretarias, surtidores de gasolina y el Comisariado. Este último ha tenido que suprimirse en la U.R.S.S. para ganar la guerra a Hitler, cargado de Comisarios políticos.

Los reformadores harán bien en apearse de sus frases abstractas y de sus improperios, que recuerdan los empleados o los maniqueos, y por los peludos profetas del *Antiguo Testamento.* Expliquen poniéndose de acuerdo unos y otros lo que piensan, por ejemplo, de la autonomía territorial y de su expresión económica.

La autonomía política de los EE.UU. se debió a lucha armada contra Inglaterra, como la de Irlanda. Estas libertades, incompletas desde el punto de vista de autonomía integral (porque ésta no es sólo política ni abarca por límite las fronteras de ninguna nación, grande ni pequeña), nada tienen que ver con el equívoco parlamentario, como tiene que ver el Estatuto de Cataluña, que fue una concesión de Madrid, cediendo Madrid lo que no era suyo. Irlandeses y americanos lucharon contra Inglaterra colonista, como Cuba contra España oficial. La política inglesa no tuvo más remedio que aceptar su derrota como hecho consumado. Pero siempre la relativa autonomía conseguida lo fue por métodos de los llamados extremistas, por nuestros antiguos extremistas.

El practicismo social, tan maltrecho por los anatemas de Rodolfo Rocker en obra reproducida recientemente con oportunidad por esta misma Editorial, no puede tener porvenir en España, donde lo práctico no es gobernar, sino gobernarse, disolver la autoridad y liquidarla sea como sea.

Los más variados procedimientos se han ensayado para ello. Todos han sido relativamente fáciles, contando, como se cuenta siempre, con el descrédito que el Estado propaga constantemente de sí mismo con sus desafueros, agravados de día en día por la acumulación hiperburocrática y también por el monopolio de ingerencia que se atribuye sobre la vida y la economía de los ciudadanos. Todo lo cual fue causa determinante —entre otras— de la epidemia absolutista en Europa, cuyas fuerzas han sido impotentes para aplastar al fascismo, forma novísima de aquel absolutismo. Sin las muchedumbres de la inagotable Rusia asiática y sin la industria americana, es decir, sin el auxilio de promociones y obras proletarias, en realidad extraeuropeas, el fascismo se hubiera adueñado de Europa de manera trágica. Esto es lo que no dirá jamás ningún medio de comunicación de Europa.

Europa, que por contradicciones de sus fuerzas autoritarias creó el fascismo, no ha podido por sí sola, en el área continental, resistir a él. La guerra del 14 incubó el fascismo. Esta guerra lo liquida, pero quedan enormes fuerzas reaccionarias latentes en todos los países. Respecto a España, recordemos que en las elecciones de febrero del 36 se propagaba la necesidad de votar «para aplastar el fascismo», Se votó para aplastar el fascismo, y cinco meses después de aplastado parlamentariamente, el fascismo surgió en la calle con la violencia que se sabe. He aquí una prueba de que el fascismo no puede vencerse con la falacia electoral. Esto lo han comprendido los obreros americanos, que facilitan material de guerra y hacen la guerra a ratos por el procedimiento contundente australiano, a ratos por el de la lucha escocesa, nunca votando ni leyendo manifiestos.

Si se cree que sólo hay realidades vitales en los discursos, y si se cree que con manifiestos con interjecciones puede hacerse frente a un movimiento fascista de la envergadura que hemos visto; si se cree que el problema español no ha de merecer el planteamiento de un nuevo período constituyente libre, del que no esté excluída ninguna opinión sinceramente avanzada; si se cree que basta volver a España gratuitamente desde la emigración y ocupar cargos, ¿qué podemos pensar de semejantes propósitos? Si los cargos han de ser para unos cuantos y las cargas para el resto de los españoles, ¿se nos permitirá que insistamos en demostrar lo que es practicismo?

Abramos un período deliberante con opción a libre plática para apuntar ideas originales sobre la convivencia española. Un período que tenga eco en todos los españoles amigos de la libertad, no

meramente abstracta y programática. Pero desglosándose todos los españoles de sus partidos, en la entraña del pueblo y en las formaciones capaces, que ni faltan ni se ignoran. El partido es exclusivista y no puede determinar sobre los ciudadanos que están fuera de él, apenas por los que están en él hoy y mañana no, siempre como ocasionales transeuntes y tremendos críticos. Ellos deshacen un partido en una tarde electoral, y esto ocurrió en la sucesión de elecciones republicanas desde el 31 al 36. Todos los partidos fueron quedando deshinchados.

El practicismo figura en todos los partidos, no como norma establecida y racional, sino como vacilante *modus vivendi* para improvisar rezagadas e inútiles soluciones. Y esto no es practicismo ni nada. Tal vez pueda decirse del Estado llano de los partidos avanzados españoles, del que no aspira a representarlos en las expansiones del favor, que es una masa confiada y nada maligna, con honradez de base y desinterés.

Muchos españoles figuraron en los partidos republicanos por oposición a la política cesarista de los reyes y sus mandatarios, y hemos visto republicanos militantes que evolucionan magníficamente hacia zonas de más altura, inducidos por el movimiento social contemporáneo y su riqueza evidente de sugestiones desinteresadas. La mayor parte de los republicanos pobres eran anarquistas de temperamento en España.

El socialismo evoluciona también y no faltan en él ejemplos de desinterés y críticas inteligentes, como en los partidos autonómicos y en el federal.

Pero la alianza de estos núcleos no podrá tener efectividad con un organismo de clase de origen humanista como la Confederación, cuya finalidad es conseguir lo que los partidos no pueden dar, ni siquiera plantear sin disolverse y anularse. La Confederación aspira a un objetivo concreto, claro y realizable. Si fuera insuficiente, el organismo obrero no se desacreditaría acudiendo a confundirse con insuficiencias probadas.

El entrometimiento de la Confederación en la zona política es una prueba de inconsecuencia. Lo es también —de inconsecuencia y de incompetencia el entrometimiento de los partidos en la temática confederal—. Si en ésta puede haber insuficiencia, ella misma la remediará porque nada humano le es extraño, y bien lo probó.

Respecto al núcleo sindical distinto, cabe una alianza estrecha con las menos notas oficiosas posibles, y, sobre todo, con una previa

discusión de temas peculiares, no una alianza mitinesca, en la que nada se puede examinar ni resolver. Lo práctico es trabajar por estos puntos de vista, darles vida de altura y procurar ensayos concretos, coincidentes o no, pero cordiales. En el régimen de trabajo, en la cultura, en la socialización de la riqueza, las dos sindicales pueden entenderse, pero no sin llevar ambas un bagage coherente que los tiempos no consienten improvisar ni ostentar a la ligera.

Lo práctico es el ideal realizado que queda con la mirada fija en un más allá. Lo no realizado o sin camino empeñado de realización, no es de lumbre idealista ni de lumbre práctica.

Téngase siempre en cuenta que un buen idealista puede ser un mal zapatero, como un mal idealista buen zapatero. El idealismo consiste en ser buen idealista y buen zapatero a la vez, y en que nadie pueda permitirse la evasiva de decir para ahuyentar a un zapatero de la discusión idealista: «¡Zapatero, a tus zapatos!»

Maldito sea el pájaro carpintero, que nada sabe de la vital alegría de elevarse concienzudamente para que, desde arriba, el árbol no nos oculte la selva con sus tinieblas, su sombra maléfica y su paludismo, que no es adaptación al medio, sino fiebre mortal.

RESUMEN

Hemos visto que para los reformadores habituales de nuestros medios lo práctico es gobernar. Todos los partidos políticos aspiran con fruición a gobernar. Se fundan para gobernar; gobiernan cuando y como pueden, pero su único deseo es gobernar. La fiebre de gobernar les domina hasta un estado de embrujamiento.

Ni la acumulación de dinero, ni los mismos delirios amorosos, ni el juego, dan al hombre insuficiente un embrujamiento tan acusado como la locura de gobernar. El que gobernó, aunque sólo fuera desde una desvencijada silla de Alcalde y tomó en serio su papel, está irremisiblemente perdido. Fuera de tanta manía delirante está el español que quiere gobernarse él mismo. Éste es el español que tiene interés y calidad, el que acabará por triunfar, ya que los gobernantes caminan rápidamente hacia su propio descrédito. El poder desgasta, y más en España, que tiene una tendencia popular corrosiva a disolver partidos y a utilizarlos, incluso cuando les da el voto para que se desacrediten.

Lo práctico para todos los reformadores consiste en gobernar porque creen contar con la impunidad. Esta impunidad acabó ya. Lo práctico tendrá que ser disolver el poder. Las teorías de Montesquieu lo dividieron, pero el propio Montesquieu afirmó la superioridad de la costumbre sobre la ley. Y Montesquieu es el importador, en Francia, de las doctrinas democráticas inglesas.

Los partidos están abiertos a los reformadores obreristas. Vayan éstos con ellos en vez de repetir zafiamente lo que dicen ellos, en vez de intentar servirse de una masa densa que nunca les hará caso.

El delirio de mandar es tan desordenado y ciego que no cree más que en él. Aterrizar obliga a apartarse de las nubes, a afrontar la realidad, a estar con los demás y como los demás. El que no quiera estar con los demás, sino sobre los demás, tendrá que reconocer amargamente su error y su ambición. Cuanto más alto suba, desde más alto caerá. «No ser Sol que se pone», decía Gracián. Todo lo práctico lo hizo el hombre con los demás. Todo lo teórico lo intentó vanamente el hombre encaramándose sobre los demás.

CAPÍTULO II

España social federal

PRIMERAS PALABRAS

La guerra civil de 1936 removió la entraña de España y produjo un complejo de luz y sombra. Los viejos ideales de emancipación, los anhelos de moralidad y justicia surgieron con fuerza trágica.

La guerra civil, perdida momentáneamente por acumulación y coherencia de fuerzas adversas, pudo dispersar a medio millón de españoles por el mundo, pero no los dobló. Pudo someter al pueblo español al látigo de Franco, pero no lo dominó.

Los españoles vencidos, pero no domesticados, dieron en pensar que la guerra civil y la revolución quedaban incompletas y que para un porvenir inmediato les quedaba energía y voluntad intactas.

Surgieron en España y fuera de España iniciativas acordes con aquella voluntad firme de realizar lo que tan cerca de la línea de fuego se había puesto en práctica, acosados los solidarios en la lucha por las potencias de la plutocracia y del fascismo, sin medios aptos de

defensa, a dieta rigurosa y abandonados totalmente por la clase gobernante.

Entre la convulsión mundial todo quedó maltrecho: partidos, organismos, instituciones. Todo menos los anhelos de claridad y justicia no contaminados de sectarismo, ambición de poder o pedantería. El español puro —no el oficioso— se halla descontento siempre contra los que quieren dominar su intimidad, sean los dominadores propios o extraños. Considera que el apetito de dominio convierte automáticamente al dominador en extraño y como extraño lo trata siempre.

Los siglos pasados prueban que el español vence a sus dominadores. A veces muriendo, a veces con cachaza cuando no puede enfrentarse en batalla campal, a veces con picardía, a veces con valor desesperado. Nunca se cree vencido. Al español puro, al furtivo, al que no aspira a prebendas, no se le vence más que haciéndose solidario de su conciencia y de su buen ánimo, que siempre vuelve a empezar lo mal acabado.

El pueblo español en América se fundió por simpatía y laboriosidad con el indígena. Constituyó una etnia ibérica nueva por fusión y efusión, mientras las potestades imperiales sometían América sumisa a la más violenta esclavitud.

El pueblo español convivió con griegos, celtas, romanos, cartagineses, árabes y hebreos, cuando los que llegaban a su suelo abandonaban las armas por los útiles de trabajo. Si los jerarcas de corona establecieron, en el papel, nacionalidades ibéricas, los españoles no tuvieron de hecho otra nacionalidad que la intemperie, la vida en común, la buena vecindad, la miseria y su remedio heroico, el esfuerzo puro sin compensación, el socorrido sol, la injusticia de arriba y la picardía defensiva.

Los españoles fueron creyendo —y no mucho— en ellos y en sus iguales, pero no creen nunca en el papel sellado, en la pragmática, en el decreto ni en la promesa dorada. Jamás pudieron soportar un Estado ni un gobierno y ahora se les ofrecen cinco o seis gobiernos allegadizos para remedio de sus males. Pero recordemos que si el pueblo español escuchó a algún tribuno, tuvo que empezar este tribuno por no pedir votos. Y aún así, aun sin pedir votos, fue puesto en cuarentena.

En este doloroso intervalo de Franco, muchos españoles, exentos de ambición, coinciden esencialmente en estrechar sus acuerdos y atenuar sus desacuerdos. No son estos desacuerdos

graves. Obedecen en buena parte a esa delicada resistencia que siente el español para delatarse a sí mismo como necesitado de concurso ajeno.

Y en cuanto a los acuerdos, se halla excesivamente apabullado por el hecho de que los más variados partidos le dan por inscrito en sus filas, tomándole por Cirineo electoral o por ente pasivo en la vida de relación y trabajo, facilitándole normas fabricadas en una oficina. El español puro, a pesar de todo, no se da por entregado al árbitro interesado de los demás, y está de acuerdo a ratos con sus iguales, no con quien le quiera gobernar o someter. Todos los que intenten imponerle normas, se encontrarán con que no las acepta y que lo discute todo con flema burlona o decidido ímpetu, subversivo éste como es subversiva la flema misma, la pobreza impuesta y la injusticia sufrida sin paciencia.

No estará de más que sinteticemos un modesto repertorio de anhelos vitales comunes al pueblo español, que ha desbordado partidos y organizaciones con su vida de altura, su trabajo constructivo (puesto que todo lo ha construido él), su seguridad crítica, su clarividencia reservada estimulante, su esfuerzo de tolerancia y su mismo humorismo, vivo en nuestra literatura, que por el pueblo es inmortal, no por los magnates ni por las academias.

No pretende este ensayo ninguna finalidad de adulación, ninguna mira personalista, ningún intento de proponer teorías, sectas o partidos. Es una contribución que muchos pueden mejorar y que otros más aptos han iniciado brillantemente en el campo fértil del ambiente social fundado en hechos comparables, experimentados y ejemplares. No siempre el pueblo es ejemplar. Hay una idolatría en favor del pueblo que el mismo pueblo rechaza. Pero el pueblo no siente la idolatría del poder. Y esto es lo importante para que ningún poder pueda vencerle en definitiva.

¿Existe la nación española?

Rodolfo Rocker ha demostrado de manera lograda que la nación no es más que una consecuencia del Estado, una derivación de él, una causa que se convierte en hecho consumado como una granizada o un terremoto.

La nacionalidad se tiene automáticamente según el *jus sanguini* (el derecho llamado de la sangre) por descender de padres que

ostentan la misma nacionalidad; o como en América se tiene —no menos automáticamente— por el llamado derecho del solar o lugar de nacimiento; o bien se adquiere simplemente con una instancia. Si la nacionalidad es cosa automática o, al contrario, puede adquirirse por elección, siempre resulta que no está más que excepcionalmente vinculada a la personalidad humana para elegirla, que se debe al azar en la mayor parte de los casos y no a la voluntad, y que en el trance de adoptarse nacionalidad voluntaria, ésta viene a ser como una prenda de quita y pon, lo que no está muy de acuerdo con la divinización nacionalista ni con el racismo clásico.

La nación no es más que el Estado camuflado para dominar y legislar impunemente en determinada área geográfica, mientras una guerra o cualquier otra causa convencional no altere las fronteras históricas, establecidas por otra guerra.

Todos los Estados modernos se han constituido mediante guerras o uniones entre dinastías. La llamada unidad española es un mito. El portugués dependió de la unidad española mientras una guerra no lo separó de ella. El castellano y el catalán, como el aragonés, se encontraron de la noche a la mañana sometidos a la unidad política, como consecuencia del matrimonio de Isabel de Castilla con Fernando de Antequera, de Sos o de Aragón, político a quien el astuto Gracián consideraba como un maquiavelo coronado.

Godoy vendió a los españoles a Napoleón mediante estipendio, como afirma el historiador francés Madelin, (*Napoleón*, edición Hachette, página 33). ¿Quién era Godoy? Profesional de los tapadillos de alcoba. La unidad española contra Napoleón fue defensa desesperada de todos contra el ataque imperialista. Los españoles dejaron en mal lugar a Godoy y a Napoleón. Éste quedó en la historia, según se deduce de Sthendal (*Napoleón*, edición Hachette) como un torpe extremista imperial. Lo admiraba Sthendal obedeciendo a los mismos motivos que tenía Napoleón para admirar al actor Talma.

El caso de Inglaterra es típico para demostrar el convencionalismo unitario. Inglaterra fue poblada por celtas y transformada por latinos. Cayó entre los siglos VII y X en poder de anglos y sajones, de raza germánica, aunque el país de Gales quedó independiente. Por dos veces al fin del siglo X y a principios del XI, los dinamarqueses se instalaron en Inglaterra. En 1016 un soberano dinamarqués, Kanut, gobernaba Inglaterra, Dinamarca y Noruega. En 1066, unos franceses de origen escandinavo arrojaron de Inglaterra a los descendientes de Kanut y crearon el reino anglo-normando. Los

escoceses autóctonos fueron sometidos entre los siglos VI y VII por los celtas llegados de Irlanda y de Bretaña. Los ingleses ocuparon en el siglo VIII una parte del territorio y los noruegos invadieron en el siglo IX el extremo septentrional de las islas, permaneciendo en el territorio conquistado hasta fines del siglo XI.

Empieza después la guerra entre escoceses e ingleses, que dura hasta el siglo XVIII. Irlanda céltica pasa a poder de los escandinavos. En el siglo XII todavía se habla en Irlanda más noruego que irlandés.

Los invasores anglo-normandos conquistan la isla en 1170, pero son asimilados por los vencidos. A mediados del siglo XVI los protestantes ingleses y escoceses colonizan el noroeste, eliminando a los indígenas, que a su vez arrojaron a los ingleses del sur.

He aquí un cuadro edificante de la unidad inglesa. Cosa parecida puede decirse de la unidad francesa, de la española, de la rusa, etc., sin hablar de otros pretendidos complejos nacionales, como Italia y Alemania. La unidad política data del siglo anterior, tanto en Italia como en Alemania, y es convencional y artificiosa como el racismo.

En España hay un mosaico de razas fundidas en oposición a las fantasías nacionalistas. No hay una raza española originaria, sino un conglomerado con variantes infinitas.

Es imposible conocer nada del pasado de ningún territorio peninsular sin adentrarse por el mundo semita, celta, romano, etc... Hasta que hombres de valía como Codera, Asín, Menéndez Pidal y otros no emprendieron la tarea de descifrar la documentación románica, arábiga y hebrea en sus fuentes auténticas, estuvimos sin saber apenas nada de nada. A pesar de los historiadores frontales, aquellos doctos filólogos nos ofrecieron un panorama transitable. Los hebreos cultos prosiguen como pueden en Jerusalén, en Vilna, en Nueva York y en Buenos Aires —en esta ciudad con la revista *Judaica*— la tarea de reconstrucción histórica al margen de toda confesión religiosa. Los árabes la prosiguen en Egipto, principalmente en la Universidad de Azara, ajena cada día más al fanatismo religioso.

Es una prueba de palurdismo, además de una insensatez, llamarse nacionalista en España. Pasaron unos siglos los eruditos de relumbrón afirmando que la institución del Justicia de Aragón era privativa de aquel país, nacida en la entraña misma baturra. Luego resultó, según testimonio del profesor arabista Ribera, que procedía de los árabes. Lo mismo ocurre con las instituciones catalanas

oficiales, que son árabes, fenicias, romanas o hebreas sobre todo, pero no catalanas.

El mismo rey Jaime, a quien los catalanes elegíacos, incluso los republicanos, consideran jerarca modelo dando importancia definitiva a sus cronistas de cámara, era en realidad un sometido a los judíos, sus banqueros y consejeros. Un judío era su secretario porque Jaime no sabía firmar. Fueron los judíos, incluso, sus prestamistas para la guerra contra los árabes. Los judíos ricos favorecían la titulada Reconquista, prestando dinero a Jaime para tener hegemonía en los países conquistados y en la cámara real.

Sin dinero judío no hubiera habido Reconquista ni tal vez un judío de origen, Colón, hubiera emprendido la expedición a América patrocinado por otro judío —convertido éste–Santángel— tesorero de los reyes Isabel y Fernando. Los judíos pactaron muchas veces con Jaime de igual a igual y carecían de nación.

Todo el renacimiento filosófico y literario de Cataluña, de Castilla, de Andalucía, etc., tiene origen semita. Aristóteles llegó a España por sus traductores y comentadores hebreos y árabes cuando Cataluña, como el resto del país ibérico, vivía en una ignorancia completa de la civilización clásica. Averroes y Maimónides, semitas los dos y en el fondo racionalistas, nutrieron a los pensadores europeos. Hubo averroísmo en el Mediodía de Europa, especialmente en alguna Universidad italiana como la de Bolonia, hasta fines del siglo XVII y principios del XVIII. Según testimonio del historiador Mariana, hasta los sermones en las iglesias se hacían en árabe en España, y en árabe se redactaban los instrumentos públicos, escrituras y contratos incluso después de la época esplendorosa de Córdoba, capital del Califato. El origen de la caballería andante, de la medicina no empírica y de la poesía amatoria es también árabe; y es hebrea, como ha demostrado el profesor Amador de los Ríos, la iniciación de los estudios geográficos experimentales.

Francisco Fernández y González, en su magnífico *Plan de una Biblioteca de Autores árabes españoles*, Madrid, 1863, página 27, afirma que el gran filósofo Raimundo Lulio se formó «en relación con las obras de los maestros de la filosofía oriental», refiriéndose a los árabes. Cuando nació Lulio (1235) había muerto el gran Averroes 37 años antes.

Según Funk-Brentano en su obra *Richelieu*, Portugal debió su independencia política, no a la batalla de Aljubarrota (1385) sino al auxilio de Richelieu (página 54), que la determinó y decidió. En

cuanto a Cataluña, la revuelta secesionista se debió, según el mismo autor, «a los soldados y a los escudos de Richelieu» (página 54), proclamándose rey de Cataluña al de Francia, Luis XIII, que por medio de Richelieu, enemigo acérrimo del poder político de la casa de Austria, ya había derrotado —con los holandeses— a la escuadra española cerca de Douvres en octubre de 1639. La unidad española dependía de los escudos de Richelieu.

En cuanto a la sabiduría oriental, puede leerse en una obra del polígrafo catalán A. Rubió Lluch: «La destrucción de las aljamas andaluzas por los almohades —**invasores trogloditas**— produjo una doble reacción israelita en Castilla y en Cataluña y dos hogares de saber oriental en Toledo y en Barcelona. Si en comparación con Toledo, la escuela judía de Barcelona no fue sino un modesto centro de actividad científica, se adelantó en la iniciativa y fue el primer laboratorio de versiones arábigas al latín. Acudieron a Barcelona, a Lérida y a Tortosa, como a Toledo, algunos extranjeros, entre ellos Platón de Tívoli y Simón de Génova, atraídos por la fama de los sabios rabinos. Se debió principalmente al barcelonés judío Abraham Xija (1065-1136) y después a Arnaldo de Vilanova (1240-1311) el conocimiento de la civilización antigua; y nótese que las traducciones árabes y hebreas de las obras científicas de la antigüedad, representan la única visión que de la cultura antigua tuvo Europa antes del Renacimiento». —A. Rubió Lluch. *Informe sobre els estudis de llengua i literatura rabíniques*— «Anuari del Institut d'Estudis Catalans» (1915-1920), página 51 del informe de 1916.

¿Qué queda, pues, como justificante de calidad autóctona en España? A lo sumo, aproximadas reminiscencias asiáticas primitivas de los iberos. Pero queda la convivencia pacífica de las razas fundidas en la vida laboriosa y el apoyo mutuo como regla de conducta.

Históricamente, las naciones son el radio de acción de los Estados para la impunidad legislativa y ejecutiva, y puede decirse que el Estado no ejecuta el derecho, como afirmaban los epítomes universitarios, sino que ejecuta al derecho.

Las características de la antropología son tan varias entre los españoles, como el clima y la producción. Son variadas, incluso dentro de una misma región, y no pueden justificar ninguna unidad de origen. Tampoco de paz, porque los españoles oficiosos han peleado entre ellos incansablemente más que con el exterior; y cuando no, se han igr orado olímpicamente.

En idioma, España es un verdadero campo abierto a las más variadas experiencias por la multiplicidad de sus lenguas.

La tierra fértil y su geografía en acción, las ideas que circulan por la generalidad de comunicaciones y la moral inconmovible de raíz desinteresada, el cultivo progresivo de especies arbóreas, la extensión creciente del área de la vid y del olivo, dan idea de España y no cualquier rey. El habla, con su trasiego de términos, explica la vida ocupada y comunicativa en la inmediación de los españoles. La importación de modismos y vocablos útiles tiene los mejores atractivos, que pasan inadvertidos para el historiador, siempre con sus muertos a cuestas. La historia de Egipto no es la de los Faraones, sino la del Nilo. El Ebro es una diagonal ibérica más histórica que todas las dinastías juntas. Los pequeños nacionalismos, como los grandes, sólo se explican por la insuficiencia de las comunicaciones.

El habla nos explica la vida de relación de los españoles con ventaja sobre la historia. El habla tiene fonética múltiple y reducido número de gramáticos anexionistas, hermanos éstos de los historiadores, como de los autores de odas patrióticas —Aribau y Quintana— y de los poetas de Juegos Florales, cuyo galardón más señalado es una flor natural, que no es natural ni flor.

Las hablas españolas, venerables monumentos de eterna calidad vital, han existido siempre falsificadas por los gramáticos, anexionistas y asimilistas, como los historiadores. Es el caso de Cataluña, cuya unificación ortográfica, no ha conseguido unificar la fonética. Los gramáticos inventaron el político uniformismo de las reglas, paralelo a la generalización del habla, que se debe al tránsito y al avance cultural como a las artes útiles, y se permitieron imponer arbitrariamente, al compás del transitorio vaivén político, sus normas unitarias, extraídas de cualquier idioma ajeno por desconocimiento del propio, conservado éste con pureza en apartados valles, donde sobrevive la fonética antigua. Si se unificara también ésta, acabaríamos por agotar la exploración del grandioso Mapamundi de las lenguas ibéricas.

Cada lengua es una colisión y un armisticio entre el lenguaje indígena, de más o menos arraigo, y las formas invasoras, no siempre eruditas ni siempre populares.

El estudio de las hablas locales y comarcales —algunas pueden llamarse fluviales por corresponder a la cuenca de un río— nos da con exactitud diferencial una idea aproximada y congruente de lo que

fue la invasión del latín como del árabe, del vasco, del hebreo, del gitano y de los escasos términos trasatlánticos.

Estos últimos se refieren a los naipes, a las bebidas y a las drogas como prueba de las actitudes principales de los conquistadores oficiosos. El gitano tiene en todo el Este peninsular influencia en el lenguaje apicarado y en las ferias. El hebreo queda claro en la patronimia y en la toponimia del Mediterráneo ribereño, un habla de buhoneros en el Ampurdán, en Lérida y Alta Segarra, mientras que el hebreo del Sur, desde Toledo, influyó más en el habla erudita.

El vasco, idioma que parece maravillosamente surgido de un pedernal, verdadero alcaloide del castellano en la fonética, se desparramó por zonas inmediatas al solar propio, Ebro abajo y por sus concavidades marginales, habiendo trasladado su estilo de construcción sincopada al castellano a medida que los vascos se adentraban por Castilla para ejercer el comercio y los oficios de fragua y molinería. Merece el vasco atención especial por su agreste manera de silabear, sus construcciones típicas que todavía quedan en Navarra montañosa y en Aragón occidental. Vero, el río que pasa por Barbastro, equivale a **caliente** en vasco y hay allí en tierras limítrofes modismos vascos: *bai, motilón,* etc., que demuestran la actividad de traslación del vasco hasta cerca de Cataluña y en la toponimia hasta muy arriba de la montaña de Lérida.

Del árabe conservan su fonética Andalucía y Murcia, y los oficios clásicos en casi toda España.

En cuanto al latín, su maternidad respecto a las hablas ibéricas no eruditas, es muy relativa. La influencia celta parece duradera en la orografía del pastoreo; la árabe, en la hidrografía agrícola. Todas estas particularidades se reproducen y conservan con evidencia sorprendente y variedad infinita en la España vecinal.

El nacimiento de la artesanía queda atestiguado por la aparición de léxicos de oficio. La geografía de un término viajero tiene a veces un zig zag tan expresivo, que nos da en esquema su influencia civilizadora en función de la resistencia o de la no resistencia comarcal en aceptarlo o dejarlo pasar. Las construcciones geométricas del habla en el Aragón relativamente llano inmediato al Pirineo y el léxico fluvial costumbrista, nos dan más idea de la persistente influencia vasca que todos los historiadores de dinastías.

Hay acentos suaves y picados y los hay generosos. Como los vinos, saben los acentos comarcales y locales. Sería una insensatez despreciar toda esta varia riqueza vital y documental empapada de

maternidad en los idiomas literarios, unificados sólo ortográficamente; idiomas que no representan oposición ni corrección al hablar popular, sino una transacción y un armisticio, siendo el habla popular el que contribuyó con más fecundidad y generosidad a la fusión.

Tampoco hay unidad en la religión. El español verdaderamente creyente, al margen del interés y de la política, está en ínfima minoría. No hay más que recordar que un **bendito** es, incluso entre devotos, un tonto de capirote, y que «fiate de la virgen y no corras» es un dicho concluyente para calibrar la religiosidad de España. ¿Cómo es posible hablar de catolicismo español, si las raíces antiguas permanentes de éste son la mística aliada con la más profana picaresca? Los santos milagreros no tienen, incluso para un español inculto y devoto, el poder ni la influencia de una bruja o de un curandero. En los últimos años los magnates religiosos y los frailes han abandonado los ayunos y otros ritos rigurosos de antaño.

Los jesuitas han querido superar a los salesianos en la enseñanza de técnicas modernas, como la electricidad y la mecánica; han mantenido excelentes observatorios de física solar; han puesto cuña en la política llamada profana, preconizando periódicos de expresión nada ascética, como *El Debate;* han tolerado el pragmatismo decadente de la aristocracia para seguir aliados de ella y de sus riquezas sin sostener la acritud de antes; ven con buenos ojos la propaganda, no religiosa sino seglar, referida a controversia literaria y hasta deportiva, que difunden los medios de comunicación, como se difunden los anuncios de mercería, quedando los sermones en decadencia; mandan en las bancas suntuosas y no les interesa, ni formulariamente, el reinado de Cristo. En fin, dan la pauta al clero secular, cada día más desorientado, con la seguridad de que a la religión la juventud le vuelve la espalda.

Muchos tonsurados se dedican a ganar plazas en actividades laicas, profesorado, bibliotecas, etc., en vez de ganar el cielo. Y corrientes son los matrimonios bien avenidos entre ateos blasfemos y beatas, como los negocios de licores que sostienen los frailes y la enseñanza universitaria de Deusto.

Las unidades clásicas de patria y religión están en almoneda. España quiere tener un reino habitable en la tierra. Los terrores de ultratumba no asustan ya a nadie. Y respecto a anticlericalismo, nadie es más anticlerical que un sacristán.

No hay unidad religiosa ni patriótica en España, ni siquiera en los profesionales oficiosos de la religión, cuya principal tarea es eternizar el

mundo de los ricos, aunque sean volterianos, con lo que ricos y tonsurados están al caer.

Un mitin anticlerical sería un anacronismo, y los propios tonsurados son partidarios de la separación de la Iglesia del Estado porque el Estado está en completa quiebra, tan desacreditado como la magia religiosa. Los alardes de anticlericalismo en un país evolucionado y descreído como España, más que nada son episodios de sainete. El solar de la Inquisición es un país despierto, y si el ciudadano quiere vivir fuera de la cuadrícula sacramental, puede hacerlo con libertad. La confesión auricular, sobre todo de la grey femenina, tiene más poder que todas las Encíclicas del Vaticano y que el mismo Colegio de Cardenales; pero de cualquier manera, la confesión viene a ser una novela rosa y tiene el final filisteo de todas las novelas del género.

Federalismo social

Si es un mito la unidad religiosa en España, como lo es la unidad histórica, la política, la racial y la idiomática, nos encontramos con que las clásicas bases de la llamada nacionalidad española están pidiendo a gritos una revisión de fondo.

Una revisión, no para construir o reconstruir la vieja nación, sino para destruir sus residuos artificiales.

La nacionalidad evolucionada en sentido integral nuevo y federal social, es decir, el conjunto peninsular de mañana, no puede constituirse más que mediante pacto. No pacto unitario de acuerdo con la fórmula mágica de Rousseau respecto al contrato social en su clave política, que habría de ser, en todo caso, también abstracta y confusa, sino pactos múltiples acordados libremente sin intervención de ningún partido ni organismo, siempre en minoría éstos respecto a la totalidad de los habitantes de España. Encerrar a los españoles en un partido es lo mismo que meter el mar en un tonel. El régimen español anterior a abril del 31 es unitario, y el posterior, hasta la posesión de Franco, lo es también. La República concedió determinadas autonomías muy condicionadas y, sobre todo, otorgadas sin capacidad. Madrid no puede nunca hacer autónoma a Cataluña, que lo es por derecho natural, como lo son antes, por el mismo derecho, los pueblos catalanes todos, y antes los catalanes mismos. Si Madrid no concede a los catalanes derecho a respirar,

¿por qué ha de concederles un régimen especial que sólo los catalanes pueden concederse a sí mismos, y que en resumidas cuentas, importa menos que respirar?

Dentro de cada territorio de los llamados o no autónomos, es decir, dentro de cada región determinada, cada núcleo de población y previamente dentro de éste cada ciudadano, tiene derecho ilegislable, natural y completo, según Pi y Margall, a propiciar el régimen de su preferencia para vivir en buena vecindad individual, familiar, económica, gremial, cultural etc., para pactar con otras localidades una federación comarcal o de región, y finalmente para pactos de mayor radio territorial, nacional e internacional. Todo ésto fuera del Estado, según los pensadores libertarios.

El individuo y la familia son elementos básicos de un conjunto contractual. Después del individuo y de la familia, la localidad, es decir, el Municipio como síntesis, pero un Municipio con fuero propio, establecido únicamente por él mismo, deliberando los vecinos sin distinción y acordando la Carta Municipal, como un Sindicato acuerda sus Estatutos y su actividad funcional.

¿Qué forma de vida común rige para la familia? El pacto. La familia se constituye por pacto, nunca por imposición. A pesar del intervencionismo del Estado en la vida de los ciudadanos, a pesar de que el mismo Estado, como la confesión religiosa, tienen leyes y cánones para actuar como testigos y reconocer la unión de hembra con varón, no la tienen para impedirla ni para condicionarla.

Aun en el caso de ceder los ciudadanos a la ingerencia testifical del Estado o de la Iglesia en el matrimonio, las familias se constituyen por pacto directo anterior y libre de los contrayentes, los cuales pueden contar después de unirse con documentos externos de carácter religioso o civil que registren la unión, pero ésta no se pactó por ningún permiso previo, ajeno a la voluntad de los contrayentes.

Sabemos que la constitución de la familia es muchas veces un pacto leonino, un pacto sin libertad; por ejemplo, entre un viejo rico y una joven pobre. Sabemos que otras veces la unión de hembra y varón es una sociedad en comandita, una coincidencia de intereses, etc. Pero ésto no tiene nada que ver con lo que aquí se debate, puesto que si los contrayentes no son libres para rehuir el interés es porque no quieren, y de todas maneras nos referimos ahora concreta, deliberada y expresamente, a la generalidad de las uniones, que tienen por causa la mutua afección y el mutuo consentimiento para constituir una familia laboriosa y no parasitaria, caso corriente en

España y fuera. Las familias proletarias constituyen el noventa por ciento de las familias españolas.

Así pues, la familia, célula viviente de régimen sociable, verdadero ejemplo de cooperativa moral, cultural y afectiva, donde el interés se pospone al egoísmo, es por sí misma de carácter solidario en todos los siglos, y ampliable al conjunto local por comunidad no legislada ni intervenida desde fuera. El Sindicato no se funda, como tampoco la familia, en ninguna ley, sino en acuerdo mutuo. Lo mismo debe ser el Municipio.

La familia y el oficio son, aun en régimen social imperfecto, instituciones que pueden ellas mismas trazar vida propia. ¿Por qué el Municipio no ha de ser como la familia y el gremio?

El Municipio no habría de ser una reunión de familias federadas como tales, sino ampliar su tono moral formado por el conjunto de individualidades, con o sin familia, que acuerdan en Asamblea abierta lo que juzgan más conveniente para establecer y mejorar todo lo que en la vida inmediata de relación local más extensa que la familia, les atañe. El Municipio así constituido puede entender con capacidad integral en las cuestiones locales colectivas, en los valores imponderables, como la cultura y la libertad de conciencia. ¿Hemos de esperar que un Parlamento nos otorgue la libertad de conciencia que practicamos hace tiempo? ¿Hemos de consentir que unos diputados nos concedan, generosamente, la libertad de ser creyentes o no, si usamos ya de tal libertad sin esperar que figure en ninguna ley?

Una localidad organiza su Municipio y éste es un consejo o Junta de gestión, con sus contables y sus técnicos. La autonomía propia se da por el Municipio, independiente del Estado, una soberanía completa, y no hay en el Municipio representantes personalistas de ningún partido, sino delegados realizadores de obras concretas. Queda descartada la función política abstracta, el uniformismo legislativo y la intromisión partidista. Los delegados temporales del vecindario en el Municipio no son sino mandatarios de la Asamblea vecinal abierta, y al expirar el mandato expira la función. Exactamente igual que una delegación sindical.

El Municipio podría intervenir por sí mismo en todos los problemas locales y federarse por pacto con otros municipios para acordar lo necesario en cada caso, hasta determinar todos los municipios federados de España un acuerdo sobre cuestiones

generales: pesas, medidas, red de comunicaciones, régimen, acuerdos comerciales con el exterior, etc.

El Sindicato o Cooperativa de productores podría federarse también con otros núcleos semejantes de fuera y acordar juntos el régimen social, votándolo como se votaría una obra útil. ¿Qué español podría oponerse a ello? ¿Qué español podría menospreciar un acuerdo de la generalidad del País? Hasta en régimen burgués, ¿no puede un Sindicato acordar la no intervención de la mano de obra en la hacienda de los propietarios? ¿No se hizo ya ésto en régimen monárquico y en régimen republicano, y se consiguió así desvalorizar la propiedad ociosa? Y si el monopolio de la propiedad pudiera insistir en la explotación con la ayuda del amarillismo, ¿no cabría el procedimiento revolucionario del conjunto, no meramente local, sino nacional?

La supresión del salario reducirá a cero las propiedades cultivadas a base de mano de obra ajena. Los municipios, coordinados con los sindicatos o su derivación colectivista, podrían reivindicar de hecho —como se hizo repetidamente ya en régimen monárquico— la accesión a las tierras no trabajadas y sin cultivo. Asimismo cabría la accesión a todas las tierras comunales y baldíos que los propietarios poseen injustamente, incluso desde el punto de vista legal.

El Municipio podrá ser la verdadera base de una vida libre, el fundamento de una solidaridad como fórmula superior sociable, entendiendo en todos los problemas locales o extralocales por pacto y federación; entendiendo asimismo en los imponderables inmediatos o no, en las obras públicas realizables por el elemento productor y cooperador. El Estado recaudador quedaría en huelga forzosa.

Los impuestos podrían establecerse por reparto acordado de prestaciones de trabajo para mejoras comunes. Sería la contribución más justa, adecuada y directamente utilizable sin intermediarios interesados. Para uso de todos se trabajaría entonces.

La codificación civil y penal no podría ya ser materia parlamentaria, sino equivalente a una fórmula de arbitraje. Del *Código Civil* se ha dicho que era el Código de los ricos, y del *Código Penal* el de los pobres. Evidentemente es así. El *Código Civil* reglamenta las herencias, la propiedad, las obligaciones, los capítulos matrimoniales, los contratos, los préstamos, la renta. Todo esto no tendría objeto, y nacería un nuevo derecho al margen de sanciones y obligaciones impuestas. El *Código Penal* es un repertorio de

arbitrariedades. El robo no podría sobrevivir a la sociedad caduca. Se desconoció entre los primitivos pobladores europeos de los territorios americanos libres mientras no llegaron los buscadores de oro, mientras el colonismo no impuso un régimen de trabajo forzado. El homicidio quedaría igualmente fuera de las costumbres cuando desapareciera, con el interés, la acometividad pasional, el juego, el alcohol y la droga. El trabajo fructífero y la condición del estímulo pacífico han desterrado los crímenes en muchas zonas del mundo. El Jurado mismo podría ampliarse, y no habría tribunal tan humano como el popular para interpretar cualquier trasgresión que las leyes no puedan calibrar, prever y menos evitar. Esto lo propagó Dorado Montero en la Universidad de Salamanca sin escándalo de nadie y también Ricardo Mella. Todo esto se ha formulado en cátedras, Ateneos y cursos, incluso oficiales. De todo esto hay pruebas incontestables en el mundo. Hoy mismo existen en Suiza asambleas locales abiertas —*Landsgemeinde*— para la solución de sus problemas sin otra intervención que la vecinal. En España existen también, y en todos los países, asambleas vecinales autónomas, como es autónoma en todo el planeta la producción cultural, la experiencia activa, la cooperativa, el deporte sin taquilla, la excursión, la biblioteca y las costumbres.

En las colonias libres de América y en Palestina hay colectividades sin patrón y hay régimen local directo. A este régimen se debe la prosperidad de aquellas instituciones, aun con los inconvenientes del régimen general, sin afinidad éste con el trabajo solidario.

La familia no ha degenerado en general. Hacer de la vida local un conjunto parecido a la familia fortalecería las costumbres públicas y desvalorizaría los Códigos. Lo mismo un régimen autoritario que otro proscriben la prisión por deudas, como la ley vieja, pero inmediatamente llevan a la cárcel a los que no pueden depositar fianza metálica. ¿No es ésto prisión por deudas?

La guerra y la paz no serían acuerdos parlamentarios, en los que no intervienen los ciudadanos sino los partidos, todos guerreristas. La paz no se alteraría por dogmas nacionales, puesto que la nacionalidad cedería a la solidaridad pacífica. Más que el escarmiento produciría, en una época de emulación progresiva, el régimen de bienestar. Muchos hombres matan y se matan en la guerra porque no saben lo que es vivir bien.

En todas estas previsiones no hay delirio ni invención. El programa de Pi y Margall las contiene taxativamente casi todas, y las que no figuran en él quedan perfectamente como comprobables realizaciones de tiempos posteriores a Pi y Margall en el campo social y en el avance de la cultura. Pi creía en el Parlamento, pero el Parlamento no creía en él.

Si Pi y Margall no realizó nada, y si una vez en el poder se vio impotente para la consecuencia, como afirma razonablemente Anselmo Lorenzo en *El proletariado militante*, queda probado que, desde el poder, no se puede conseguir nada beneficioso para el conjunto, y que todas las formas impositivas merecen ser confundidas definitivamente en el descrédito que han ganado a través de los siglos.

Es preciso tener en cuenta que el régimen de Municipios Libres no puede acordarse más que por los habitantes de ellos, y no por ningún partido, organismo o escuela ideológica del interior ni del exterior. Dentro de cada Municipio no hay más que vecinos. Las cooperativas de consumo y producción, los sindicatos o secciones de industria federada, no tienen nada que ver, desde el punto de vista de la jerarquía con el Municipio Libre, ni éste con aquellas asociaciones. Tienen que ver éstas y aquél con las tareas de coordinación y nada más, sin dependencia recíproca.

La variante geográfica y la desvinculación patrimonial coinciden con la decadencia del nacionalismo

En la reconstrucción de España el factor geográfico se armonizaría, naturalmente, con los pactos concretos entre ciudadanos. Estos pactos han de aclimatar los beneficios de la geografía, negados sistemáticamente por los gobernantes, como se negarán siempre éstos y los partidos, que son, por sus principales militantes, semilleros de oficinistas, a comprender la base de prosperidad que facilita la geografía fértil, opuesta a la historia fronteriza y traumática.

Los ríos carecen aún de aprovechamiento marginal. Carecen de caminos laterales fácilmente accesibles. Dos geógrafos clásicos, el árabe El Edris y el hebreo Benjamín de Tudela, anduvieron por España anotando curiosas experiencias, distancias, costumbres,

particularidades orográficas, fluviales, de comunicación, etc. Por nuestros campos desiertos vieron ya los siglos remotos que la vida aldeana no fue raquítica siempre. Se dio, por ejemplo, un caso ejemplar en las regiones infectadas de régimen de mayorazgo o herencia unipersonal, caso muy elocuente en hechos demostrativos de ruina para aquellos mayorazgos y de prosperidad para los segundones que, pecho a la vida y abandonados por sus hidalgos hermanos, se pusieron a trabajar y consiguieron ampliar los cultivos.

La vinculación de territorios patrimoniales se debió a causas muy variadas, adversas las desconocedoras de la geografía, favorables las que atendieron al factor geográfico y el aumento de arbolado. Veamos muy brevemente las causas de desvinculación patrimonial en España, fenómeno paralelo a las corrientes de autonomía y a la emancipación de los trabajadores.

La primera guerra carlista (1833-1840) exigió una ayuda económica decidida del carlismo rico en tierras navarras, alavesas, guipuzcuanas, vizcaínas, castellanas, aragonesas, catalanas y valencianas montañesas.

El inconveniente de los próceres territoriales carlistas era que, en general, carecían de dinero inmediatamente disponible para costear la guerra. Tuvieron que decidirse a vender buena parte de tierras. El segundo inconveniente no tardó en surgir: ¿Quién las compraba? En los lugares donde radicaban las fincas no había capitales capaces de pagarlas y se vendían a arrieros ricos y ganaderos, únicos lugareños adinerados.

Arrieros y ganaderos revendieron parte de la superficie a trabajadores directos. Pequeñas fincas quedaron en poder de hombres activos que las mejoraron directamente, mientras la parte de suelo que quedaba en manos inactivas seguía semi-yerma.

Aquellas tierras desvinculadas no volvieron ya a figurar en el haber de grandes patrimonios cerrados, sino que entraron en el cultivo como pequeños predios. Algunas tierras procedían de la desamortización de Mendizábal (1835).

Con los próceres abandonaron las tierras otros propietarios de menor cuantía, deseosos de poder demostrar su adhesión al carlismo. El mismo caso se dio en Portugal con sus legitimistas.

Se calcula en los campos del Norte que el treinta por ciento de la propiedad cautiva quedó liberada desde 1833 a 1840 para atender a la guerra con el importe de la venta.

¿Quién no conoce a un aristócrata arruinado por los pleitos? Arruinado cuando los perdía y cuando los ganaba. El amor propio tenía una acción inextinguible. Se peleaban unos terratenientes con otros para demostrar que no cedían. El regocijo de los curiales no tenía límites, y terminaban los pleitos cuando la curia se tragaba a los contendientes, dejándolos reducidos a la última miseria con las fincas parceladas.

La sangría del Estado fiscal producía protestas contínuas en los hacendados, pero en realidad los aumentos que se pagaban por riqueza rústica, el dueño del campo los cargaba al rentero en la cuota, o bien se endosaban al trabajo-salario si se llevaba la tierra por administración.

Blasones y talegas tuvieron siempre una hora oportuna para encontrarse y comprenderse. A cambio de una boda de ventaja, las talegas se aliaban con los blasones y las fincas volvían a representar para los propietarios el medio de figurar en la primera fila de los registros. Pero no duraba el privilegio. La ruina de los grandes patrimonios era inevitable.

La desvinculación de fincas por préstamo ejecutivo forzoso o por ventas coactivas tiene una proporción muy importante. Administradores y mayordomos se iban enriqueciendo, mientras el dueño se arruinaba. No les importaba que murmurara el vecindario. No les importaba que los dueños que vivían alejados de las fincas comprendieran lo que ocurría y aun lo que iba a ocurrir. En su estado de ricos nuevos, gozaban de la confianza de otros propietarios, a la vez que se imponían, si podían, a los labradores. La picaresca legal les ayudaba con decididas colaboraciones, que no eran más que complicidades.

La propiedad desvinculada poco debe como tal a gente tan interesada en sostener la acumulación. Ésta servía a sus intereses y no a los generales. Pero no tardaba en disolverse.

Como la nacionalidad se va disolviendo, se disuelve también su base, la propiedad de renta. Posteriormente la desvinculación se realizó en escala revolucionaria con cadencia progresiva.

Caminos y riegos la impulsaron porque el camino y el agua ahuyentaron al rentista. Aunque parezca paradójico, no lo es. El camino invita a seguirlo, y la juventud lugareña, sin más medios que sus brazos, buscó ocupación relativamente mejor remunerada que en el campo en la ciudad, aparte de que la construcción de carreteras

facilitaba mejor salario que la agricultura patrimonial de empresa labradora.

Los riegos de canal exigen al gran propietario un gasto del cien por cien respecto al valor de la finca para ponerla en condiciones de irrigación. Aquel cien por cien no podían pagarlo los propietarios, y se vieron obligados a parcelar y vender sus tierras, no precisamente a precio de regadío. Los agricultores directos las regeneraban, construyendo zanjas de desagüe, caminos, viviendas y acequias secundarias. Entonces se dedicaron a cultivar el suelo, solos o asociados, desapareciendo la renta y cubriéndose la tierra de árboles. Las talas eran producidas por el salario, las plantaciones por el cultivo libre.

Otro motivo de desvinculación, el principal, fue el determinado por dosificación de trabajo cuando las cosechas equivalían a los trabajos para procurarlas. Lo fue también la negación de renta. La tierra va disolviéndose rápidamente como negocio, y la nación como base política.

Cada familia aristócrata que poseía tierras confiaba en el rendimiento de éstas, pero como mermaba la renta había que acudir a las hipotecas. Los hijos pródigos no hallaban en el solar más que deudas. Hasta las cocotas desertaban de los caserones convertidos en ruinas, y con las fanfarronadas y la rapacidad de los falangistas, se suplió la renta esfumada. El juego no daba ya nada sin capital de reposición, y los viajes ostentosos de otra época se reducían forzosamente. La Iglesia, por sus tonsurados reguladores, se hallaba ante la agria perspectiva de favorecer, con más diligencia que la decreciente renta, la desmedida ambición financiera.

Las condiciones del clima fueron muy favorecidas por la desvinculación patrimonial con la extensión de plantaciones desde el momento en que los yermos se labraron. El árbol es el pararrayos del agua, según Eliseo Reclus.

No hay obra humana en los cien últimos años que tenga la claridad y la firmeza permanentes que vemos en los libros del gran geógrafo y humanista galo.

Reclus rectifica al Rousseau del pacto social y al Rousseau amigo del paisaje literario. El pacto social de Rousseau es un intento fracasado de compaginar la libertad abstracta con la autoridad concreta. La obra de Reclus es un alegato contra la libertad que podríamos llamar vacante, incapaz de fundirse con la libertad

laboriosa y, sobre todo, con la iniciativa; muy capaz, en cambio, de aliarse con el complejo autoritario.

En cuanto el paisaje, Rousseau cantaba sus excelencias, y Reclus era un explorador. Humboldt es el geógrafo europeo de más relieve anterior a Reclus, quien superó también a Humboldt, como superó al explorador Livingstone, el puritano bíblico, y a Stanley, el aventurero con rifle, precursor del colonismo anglosajón.

En la erudición histórica tenemos el caso de Mommsen y Fustel de Coulanges, alemán aquél, francés éste. Trabajaron ambos en la depuración de las edades históricas de Grecia y Roma con verdadera maestría, tal vez no siempre con desinterés. Sus obras son magistrales, y en el fondo pueden tenerse como modélicas, objetivamente por regla general en la colaboración, por encima de particularismos fronterizos. Sin embargo, al surgir la guerra franco-prusiana de 1870 Mommsen y Fustel de Coulanges sostuvieron áspera controversia, preconizando cada uno el respectivo nacionalismo.

Reclus, genio francés, como Humboldt, genio alemán, se complementaron como geógrafos, sin preocuparse por la cuadrícula nacional respectiva. He aquí el ejemplo compensador.

La influencia de Reclus en los medios evolucionados de España es clara, desgraciadamente no muy de relieve en el estamento popular, a pesar de que Reclus es diáfano. Anselmo Lorenzo tradujo admirablemente *El Hombre y la Tierra*, de Reclus. Discípulos de éste fueron tres figuras eminentes de la España despierta: Costa, Gonzalo de Reparaz y Francisco Giner de los Ríos.

Costa no tiene rival en la reivindicación del paisaje español, de su colectivismo histórico, de la poesía celto-hispánica, de la exaltación costumbrista contra la ley, de la autonomía labradora en su ambiente, de la floresta reclusiana. Gonzalo de Reparaz es el geógrafo clarividente, desengañado, como Costa, del partidismo político. Lo propio puede decirse de Francisco Giner de los Ríos. Arranca de éste una de las corrientes de socialismo humanista y pedagógico de altura, la filosofía sin ranciedad y la predilección por el paisaje ibérico, que Giner amaba con delectación. El conocimiento del Guadarrama, a Giner de los Ríos se debe. Enseñó, no a cantar el paisaje como Rousseau, sino a transitarlo como Reclus.

Después de estos maestros reclusianos surgieron obras admirables de geógrafos bien preparados. El profesor Reyes Prósper publicó un libro trascendental y puede decirse que único sobre *Las estepas de España* y su botánica capaz de regeneración. Otro

profesor, Dantin Cereceda, con sus *Regiones naturales de España*, dio un avance extraordinario a los estudios geográficos. El ingeniero Carrión tiene un libro, *Latifundios*, que, de manera ejemplar, suscita magistralmente tema de tan alto interés en España. Sin conocer estas obras de raíz reclusiana, nada se sabrá de los problemas básicos de nuestro país, aun cuando se asista a un mitin cada domingo. No son obras difíciles ni inaccesibles. Son de texto asimilable y lectura estimulante como ninguna. Julio Senador completa esta serie de geniales obras.

La boga de la excursión, las zonas de riego ampliadas, que incluso han modificado el régimen reseco de grandes zonas ibéricas; la utilización racional de comunicaciones y transportes; la desvinculación patrimonial; las monografías de geografía regional que en Cataluña escribió otro maestro —Vila—; la creciente expansión de los estudios alpinistas, que en Grenoble tienen un Instituto de documentación sistemática, en el Guadarrama, en los Picos de Europa y en la Sierra de Ronda centros de actividad acreditada, como en Niza y Mónaco referencias de geografía del mar; la metodología del clima y de los fenómenos sísmicos, como la física solar con la aportación de la espectrografía; todo ésto tiene una raíz reclusiana derivada del esfuerzo gigantesco de Reclus en sus obras. La apertura del Canal de Suez fue suscitada por los estudios reclusianos, como los estudios de la Universidad Libre de Bruselas, fundada por Reclus.

Si Reclus es tan lúcido; si en el Mapamundi no encontramos toponimia ajena a su sabiduría; si la cartografía moderna le considera como el más bueno y sabio de sus abuelos y si se desconocen las enseñanzas de tan preclaro maestro, ¿a qué andar siempre clamando por la incorporación de los intelectuales? Si los elementos responsables de cualquier movimiento popular progresivo desconocen a Reclus totalmente, a pesar de emplear el tiempo que se tardaría en conocer su obra, en escuchar las frivolidades de los medios de comunicación y en jugar al escondite con las circulares, ¿qué podemos pensar? ¿Cómo han de asombrarnos los traspiés y las inconsecuencias?

Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas

La Federación es una fórmula completa de libre acuerdo por pacto. La autonomía es una fórmula perfecta, anterior, superior y opuesta a cualquier dogma de partido político porque significa autodeterminación individual y de ella se deriva toda la vida colectiva, económica, social y cultural. Estos valores —Pacto, Federación y Autonomía— ejercidos por los ciudadanos no privilegiados, pueden ser la base de la futura España: la deseada Iberia.

Es imposible encerrarlos en la estrecha cuadrícula de un partido. En el partido, el individuo abstracto queda anulado por el voto abstracto. En el Municipio Libre, es un vecino de carne y hueso que ejerce por sí mismo todos los derechos naturales y todos los deberes, pactados con sus iguales. No es un ente cuyo voto en favor de un candidato sujeto al partido, cede a este partido la voluntad total.

El Municipio Libre, asociación de vecinos, es un mandatario de éstos para finalidades concretas, como lo es una Junta sindical.

No hay leyes españolas de ningún régimen que consientan estas realizaciones. Han de impulsar los españoles tales realizaciones en un nuevo período constituyente revisionista y darles articulación afirmitiva; que no es fácil determinar por adelantado, pero tampoco imposible, contando con que el período de 1936-39 puede tener, en los ensayos iniciados y continuados entonces, mucha base aprovechable. La tienen también las instituciones populares de muchos países en su vida local y más extensa, no intervenida por el Estado; como la tienen las modalidades cooperadoras económicas; las organizaciones obreras y específicas; las Federaciones de Industria; el costumbrismo solidario, vivo en algunas de nuestras comarcas; el apoyo mutuo de innumerables grupos humanos que tienden y atienden a la administración y no al poder; los planes de mejoras; los informes técnicos sobre Servicios Públicos; la abundante información sobre problemas geográficos, económicos, culturales y pedagógicos; las obras favorables a la supresión del provecho, a la sanidad, a la producción bibliográfica, a la organización de tantos centros de enseñanza como existen sin control del Estado; a las comunicaciones y al tránsito, a la propaganda humanitaria, al arte, al deporte practicado y no meramente presenciado, etc., etc...

La tierra se socializa. La nacionalidad se disuelve. La riqueza territorial también. La autoridad puede disolverse por la autonomía

de núcleos humanos de asociación natural, como los Municipios Libres.

Ningún partido, ningún Estado tiene tantas y tan variadas soluciones como la energía múltiple, que por hechos se manifiesta en el mundo constantemente para creación, transformación y mejora de la vida de altura por el esfuerzo puro.

Estamos cansados de negar

En efecto, estamos cansados de negar y de protestar. La acritud negativa, tan evidente en España, no tiene rival. El hábito de negar está y estuvo siempre tan profundamente arraigado, que el español se niega a sí mismo cuando no puede negar nada. Ciertos ilusos han llegado a creer que España podría tener una posibilidad de reforma afirmativa, encuadrada en política programática. Caro pagarán su error. Incluso en la ortodoxia católica, Menéndez Pelayo demostró que el catolicismo español es la historia de sus rebeldes. Y Menéndez Pelayo no es sospechoso, porque su catolicismo queda patente y claro al trazar el pasado de la heterodoxia ibérica.

El pueblo español sólo cree en afirmaciones contrastadas y procuradas por él mismo. Podrá pertenecer a un partido, pero lo abandona rápidamente. Vota, no por su partido, sino contra el rival. El poder, tan rabiosamente sugestivo para sus profesionales y militantes, es objeto popular de chacota. Toda la literatura de valor permanente es una sangrienta burla contra la autoridad. El romanticismo auténtico de los maestros es una profesión de fe contra los gobernantes. Los sainetes más aplaudidos son alegatos del hombre de la calle contra el hombre del balduque.

Pero el español se cansa de negar. Quiere hechos y está dispuesto a realizarlos como afirmaciones de su propia voluntad. El discurso demagógico le deja insensible. La gesta retórica atrae su peor humor. Las situaciones fáciles que le ofrecen a cambió de obediencia pasiva, le inquietan. Tal vez no sabe lo que quiere, pero sabe lo que no quiere. Y lo que no quiere es seguir uncido a la frivolidad de los partidos.

El exilio no ha sido un acto de contrición para los españoles puros, no contaminados de esa suficiencia, de esa pedantería del poder que observamos en los cargantes profesionales de cargos. El español puro habla mal de los jerarcas, los pone en solfa y los derriba porque quieren

acumular secretos. Opinan los españoles puros que el cargo no ha de convertirse en burladero y en pretensión, y nadie les convencerá de que no se puede vivir sin secretos y sin secretarios.

Pero están cansados de negar. Hay algo en ellos que se siente superior a ellos mismos. Cuando oyen un discurso, lo calibran ahora por cálculo imponderable hasta extremos prodigiosos de matiz, con una lucidez razonable y estimulante.

De ahí que los oradores se pierdan entre frases hechas. Ven los rostros abiertos a una comprensión y a un nuevo espíritu constructivo que tan apenas asoma por las tribunas. El auditorio está por encima de los oradores y de los plumíferos. Esta es la terrible verdad que oradores y plumíferos no quieren comprender. Están por el pueblo, no con el pueblo.

Hay credos y escuelas ideológicas para todos los gustos. En toda norma puede haber apariencia de verdad. Pero los hombres no son apariencias. La incomprensión de esta sencilla y elemental verdad, produce desastres. Un hombre, más un hombre, más un hombre son tres hombres; pero pueden ser tres irrefutables negadores de lo que dice el hombre número cuatro por su cuenta personalista, por su propósito de encaramarse sobre los otros tres. No importa que alegue el hombre número cuatro la ideología que quiera. Los negadores acabarán por derribar al que intente elevarse sobre los demás y lo harán con crueldad, sin el menor remordimiento.

Pero les quedará el dolorido sentir de tener que negar de nuevo, y el dolorido sentir les llevará a veces a negarse a sí mismos. Acortemos todos las fases de tan profunda tragedia, la tragedia española por triste excelencia y experiencia. Así como la socialización de la riqueza es una aspiración general, la disolución del poder lo es también. Las dos han de ir juntas para triunfar y para que el sentimiento de negación ascienda a positivas afirmaciones vitales.

CAPÍTULO III

El municipio español desde la época de Roma

JUSTIFICACIÓN DE ESTE ENSAYO

En el breve ensayo que tiene el lector a la vista se intenta resumir lo que ha sido la vida local española, dependiente e independiente del Estado.

El tema da para más, para mucho más espacio. Pero bastará, por ahora, iniciar con este trabajo la afición al estudio del pasado, esquivando la insuficiencia de los tratados históricos de tipo frontal, tanto como el tono pedante de leyes y decretos.

Hasta que la Historia no se dividió negándose a sí misma como dogma anexionista, la ignorancia de las generaciones fue rigurosa y permanente. Hasta que la Historia adquirió calidad espacial, reflejando costumbres coherentes más que instituciones incoherentes, no pudimos apenas inquirir lo que fueron los siglos. Una batalla no explica lo que es un siglo. Un siglo puede darnos —precisamente por sus insuficiencias— idea aproximada de una batalla. Hay un siglo de

Waterloo. Esta batalla y el Congreso de Viena son dos pórticos del siglo que pudo presenciar ambos acontecimientos. Pero toda la vida activa de Europa queda fuera de ellos. El siglo de Waterloo no es el siglo del Waterloo, sino el siglo de las ideas circulantes, del vapor y de la electricidad.

La vida local española queda fuera del marco oficial en lo que tiene de avance, de relación pacífica, de independencia conseguida más que otorgada, de iniciativa realizada, de moral y de laboriosidad. Los protagonistas de esta evolución han sido siempre hombres decididos que resistieron contra el absolutismo del Estado y que a veces, incluso, quisieron desconocer lo que era el Estado para atender lo razonable y subversivo que encierra el proverbio: «a lo tuyo, tú». Proverbio que los tiempos han acreditado con una enmienda no menos razonable y subversiva: «a lo vuestro, vosotros».

No hay fórmula más revolucionaria que ésta: «a lo vuestro, vosotros». ¿Por qué no han de estudiarse sus antecedentes en el solar ibérico? Sobre todo en las muchedumbres, más o menos densas, que no necesitaron apoyarse en ningún cuerpo de doctrina ajena a su vivir honesto, a su certero instinto para el acuerdo libre y el apoyo mutuo. El constumbrismo popular ha ido acumulando hechos y no teorías. El propósito de estas últimas no puede apartarse de experiencias vividas. Max Nettlau, el historiador más profundo de los fenómenos sociales, ha podido insistir, concluyentemente, en la afirmación de que la libertad deseada sólo puede derivarse de la libertad conseguida por esfuerzo directo y en progresión no interrumpida. Dentro de este cuadro, y no fuera de él, caben todos los movimientos progresivos del mundo. Las mismas revoluciones, de cualquier signo que sean, necesitan adaptarse a aquella progresión permanente, y los que las hagan las harán en vano si condensan la libertad en una norma autoritaria, en vez de inspirarse en el imponente repertorio de hechos comprobables que millones y millones de seres han realizado, a veces, dando la vida sin testigos ni cronistas oficiosos, sin que nadie publicara fotografías ni artículos delirantes llenos de palabrería mágica y rebosantes de santonismo.

La autonomía individual, y en inmediata consecuencia la local, básica de toda otra de carácter colectivo, tiene muchos antecedentes ayer y hoy. Veamos dos de estos antecedentes modernos:

La localidad norteamericana de Wilmington, que es capital del Estado atlántico de Delawars, tiene, como todos los Estados de aquel país, una legislación propia y autonómica. La autoridad oficial del

Estado de Delawars, o mejor dicho, una de sus autoridades, el *attorney Morford*, quería, en marzo de 1941, revisar el Estatuto autónomo de la capital del Estado de Wilmington.

El sentir popular no fue nunca partidario de que ningún poder extraño modificara la ley. Nadie quería ni quiere alterar un texto constitucional, como el de Wilmington, documento histórico que conserva la ciudad como depósito intangible, y que contiene diversos acuerdos y transacciones, pero no imposiciones.

Los primeros ocupantes de la ciudad eran emigrantes puritanos que hace dos siglos —exactamente en 1740—, en ocasión de redactar entre ellos y para ellos la Carta Municipal, convinieron en establecer y respetar el descanso dominical. Empeñada ahora la autoridad en lo que ella llama modernizar la ley, se dirige a los vecinos y les dice: «¿Queréis conservar, como buenos descendientes de puritanos, el precepto de guardar la fiesta dominical? Bien. Podéis hacerlo. Pero conste que la fiesta habrá de ser absolutamente general. Me negáis hoy el derecho a modificar el Estatuto Municipal, pero os aseguro que, mañana mismo, se aplicará íntegramente la ley y no trabajarán ni siquiera los barrenderos de nieve». El domingo fue un día tempestuoso en Wilmington. Desde primera hora de la mañana salieron a la calle en tromba unos cuantos equipos de motoristas policíacos, deteniendo a todos los ciudadanos que se entregaban a cualquier trabajo. Fue arrestado el *druggist*, o farmacéutico, por el delito de vender un periódico a un cliente (sabido es que los farmacéuticos americanos venden de todo). Quedaron detenidos, asimismo, unos cuantos camareros y cocineros, los garagistas, los bailarines, los jugadores de naipes y el hombre que barría la nieve. Fueron conducidos todos al retén, no obteniendo la libertad más que los que pagaron de cuatro a ocho dólares de multa, según las circunstancias particulares de cada caso. Pero los que no pagaban plantearon diversas cuestiones. Dijo uno: «Se nos detiene por no guardar fiesta. ¿Por qué no se detiene a los policías que nos han traído al retén? ¿O es que un policía no trabaja cuando detiene? Ni los agentes ni nosotros guardamos fiesta, y sin embargo, sólo nosotros somos detenidos, no ellos». Se objetó que en todas las localidades del mundo hay patrullas de reserva preparadas para salir a prestar servicios urgentes. «¿Más urgentes que barrer la nieve?» —preguntó un detenido—. Y añadió al punto: «No pago.» Le amenazaron con la cárcel, y replicó: «Que me lleven ahora mismo. Como el domingo que viene se detendrá a los carceleros, me fugo de

la cárcel y se acabó. Fugarse de la cárcel no es trabajar. Guardar a un preso parece que lo es».

En resolución, se liquidó el caso dándose satisfacción a los ciudadanos todos de la localidad, de acuerdo entre ellos para revisar el Estatuto, incorporando las oportunas enmiendas, pero no conformes —y éste era el antagonismo con el *attorney*— en que tales enmiendas las dé por definitivamente establecidas el *attorney* por sí y ante sí, que es lo que éste se había permitido indebidamente. He aquí un sentido de autonomía típicamente anticolonista, como el que caracteriza la civilización anglo-sajona y no por delirios imperialistas de todos los tiempos. El carácter de autonomía conservado por los descendientes de ingleses emigrantes forzosos a América, perseguidos por el poder oficial británico, fue el que determinó que aquellos mismos ingleses, refugiados en América, arrojaran de ésta y radiaran del continente el poderío inglés, dejando de ser colonos. Esta es la mentalidad individualista de Robinson, arquetipo, autodidacta en las escuelas anglosajonas. El temperamento anglosajón tiene a veces —en la vida privada, no en la pública— soluciones ejemplares. ¿Que éstas son incompletas en un régimen de monopolio capitalista? Evidentemente. Por ello hay que perfeccionarlas, extenderlas y ampliarlas, elevando la autonomía a todas las esferas...

Recordemos otro caso muy curioso ocurrido en Toronto, que demuestra la idea autonómica grabada en lo más profundo del carácter de los habitantes, y entorpecido por la ley. En el Canadá hay una ley disponiendo que todo solar cerrado con tapias o abierto, cuyos dueños no edifiquen sobre él, tendrá franquicia tributaria municipal si consiente el dueño que el Municipio convierta el solar de propiedad privada, y a costa del Municipio mismo, en jardín para la infancia. He aquí un buen ejemplo. Como todos los buenos ejemplos, no fue impulsado por la ley, sino recogido por ésta, teniendo origen en la iniciativa de unos ciudadanos que, precisamente, están considerados por la ley como sujetos a tutela.

El acuerdo de los concejales que desgravaron en 1927 los solares dedicados al asueto de la infancia en Toronto, lo hicieron en vista de una graciosa travesura consumada por los niños de la ciudad. Sabido es que la rápida expansión del tránsito y su intensidad en barrios muy densos, como algunos de Toronto, aleja a los niños de la calle. Unos chiquillos rompieron la valla de cierto solar practicando atrevidamente una brecha. Irrumpió por ella el alegre

grupo infantil; pero ante la reclamación del propietario, fueron lanzados los pequeños del solar.

Ya habían empezado ellos, en las dos o tres tardes que los adultos les dejaron libres de espionaje, a preparar una rosaleda, a dividir el solar en sectores deportivos y a repartirse el espacio, que en este caso puede llamarse, con justicia, verdadero espacio vital. Las calles populosas son torrentes de motores y motoristas que corren velozmente durante media hora, atropellando a los viandantes, para estacionarse después dos horas ante un music-hall.

Los niños dieron una pauta a sus incomprensivos tutores, probando de nuevo tener más inteligencia que los concejales. Para desarrugar el ceño de los propietarios, se acordó desgravar los solares y convertirlos en pequeños parques. Pero entonces los menores modificaron el trazado de jardines oficiales, y administraron por su cuenta el espacio, jugando libremente apartados del peligro callejero.

La iniciativa fue copiada en otras ciudades y pueblos del Canadá, debiéndose la idea a los niños. El caso de Wilmington es un ejemplo de autonomía deliberada. El caso de Toronto es un ejemplo de autonomía instintiva. Ambas pueden complementarse en la sociedad. Lo que importa es darle amplitud en todo sentido.

Y con estas notas cerramos la modesta justificación del trabajo presente para demostrar que no hay tierras privilegiadas, sino seres animosos; y que el aldeano español puede, sin necesidad de celebrar asambleas, coincidir con sus hermanos lejanos en un menester de justicia cuyo motor no fueron nunca las asambleas.

Desde la época romana, el pueblo español, sin partido, adoptó una actitud adversa al poder y quiso la administración constructiva y cooperadora, no el mando

Escribe Posada Herrera que hacia el año 260 de la fundación de Roma, tenían los Municipios unos tribunos especiales con la misión de proteger ciertos derechos, que el mismo Posada llama **plebeyos**, como opuestos al patriciado. Añade que había, además, unos ediles ejercientes, tutores de la plebe y de sus derechos comunales. Estas tutelas no sólo sirvieron para consolidar la arbitrariedad, sino que los tutores acabaron por acaparar casi todo el suelo comunal y colonizarlo. La tradición colonial romana anterior a la conquista de

España por los Césares, tuvo continuidad en nuestra Península. Por lo que respecta a la renta.

Coexistieron en distintas épocas la renta imperial, obtenida en forma de impuesto o tributo, la quiritaria o de la nobleza, generalmente militar ésta, y la establecida por los ediles convertidos en propietarios.

Antes de existir estas tres clases de renta, en Occidente se daba el cultivo desgravado y el trabajo solidario, familiar o más extenso, de la tribu o de la gentilidad, pero sin dominación. Consumada la conquista, aparecían los tribunos militares y los centuriones. Unos y otros se apropiaban parte del sueldo laborable y constituían una clase dueña de los tributos, pagados a título de colonato. Contentaban al César dándole parte del botín y dominaban el Municipio, cuyos ediles representaban la acción imperial contra la libertad popular renunciada y la renta contra el cultivo sin empresa.

Era padrón de ignominia pertenecer a la burocracia municipal desde que se inició la decadencia de las primitivas asociaciones comunales de la vieja Roma. Los municipios se convirtieron en Lonjas o Depósitos de productos agrícolas —especialmente trigo, vino y aceite— y los ediles administraron, sin grandes escrúpulos, tanto la riqueza pública como la privada.

Consolidados los tribunos augustales, quiritarios y edilicios, no quedaba apenas tierra libre. Tal era el municipio primitivo desde que empezó a estar intervenido. El emperador y sus legionarios quedaron tan lejos y tan en vilo, tan entretenidos con las conquistas, que los propietarios acababan por apropiarse el término casi en su totalidad.

Muy viejos quedaban los tiempos de la vetusta República romana en sus inicios con su tradición comunal-vecinal.

Las localidades de tipo romano en España dividían los habitantes de cada Municipio en tres clases: vecinos (*cives*), domiciliados (*incolas*), y transeuntes (*hospites, adventores*).

Las dos primeras clases formaban el *pópulus*. Para ciertos fines políticos y administrativos, se constituían en la Asamblea, acerca de los intereses generales de la ciudad, magistrados o primeros jerarcas del Municipio. Deliberaba la Asamblea acerca de los intereses generales de la ciudad, y tomaba acuerdos, que eran obligatorios.

Cuatro eran los magistrados municipales: dos llamados *duunvirus* y otros dos *ediles*. Los primeros tenían funciones administrativas, judiciales y militares. Los ediles se encargaban de la policía urbana y del orden público. El tesorero-contador se llamaba

cuestor. Los encargados de formalizar el censo, se llamaban *quinquenales*. Había, además, un Consejo Municipal (*Curia*), pero no elegida por el pueblo, sino por los magistrados.

Cuando se fundaba una colonia o Municipio, se redactaba el Estatuto correspondiente, quedando éste grabado en bronce, según costumbre romana, y se exponía al público. Han llegado hasta nosotros las leyes de algunos municipios españoles de la época romana, como Osuna, Málaga, y Salpensa. Respecto a Málaga romana, García Berlanga publicó un estudio muy documentado.

Los pequeños municipios rurales (*vicus*) tenían ley propia. Aunque dependían en buena parte de los urbanos, las Asambleas vecinales aldeanas deliberaban sobre asuntos de su incumbencia y los resolvían con cierta autonomía. Los ciudadanos romanos de cada provincia se reunían anualmente en Asamblea política y administrativa (*concilio*). Tenía éste atribución fiscalizadora contra las autoridades superiores, y podía denunciarlas. Era necesario por la inmoralidad administrativa que había en las provincias. Aumentó esta inmoralidad por el hecho de que las instituciones municipales que respondían al bien general, iban transformándose en concentraciones burocráticas. Poco a poco fue mermándose la autonomía de los municipios por el poder central. Se cercenó el derecho de las Asambleas, quedando en poder del Emperador. Para dominarlas, delegaba éste especialmente a sus incondicionales (curadores, prefectos). Todo se subordinaba al aumento de ingresos y a agravar la cuantía del tributo.

Se llegó a hacer responsables de las faltas de pago a los miembros de la Curia. Esta medida apartó a muchas gentes de la apetencia de cargos. El poder imperial hizo entonces obligatorio y hereditario el empleo de curial, siempre que fuera éste titular de riqueza, responsable económicamente para el cobro de impuestos.

A medida que los ciudadanos esquivaban la tiranía fiscal, las leyes eran más restrictivas. Lo que había sido un honor se convirtió de hecho en una pena, desapareciendo el interés y la probidad en los cargos públicos.

Menguaban las libertades civiles. Se obligaba a los menestrales a organizarse en Corporaciones, intervenidas por el Estado y sujetas por muchas gabelas.

Crecía la desigualdad económica, acentuándose la dependencia y la miseria de las clases menesterosas. Ante la amenaza de invasión de los bárbaros en el siglo IV, cuando iban aquellos penetrando en territorios de Roma, quisieron los emperadores reanimar el espíritu

público. Crearon cargos nuevos, nominalmente protectores de las clases desheredadas, pero la decadencia se impuso finalmente y triunfó por completo.

Estos datos que hemos extraído, en parte, del libro de Rafael de Altamira, *Historia de la civilización española*, (Espasa-Calpe, Madrid, 1935, páginas 44-48), demuestran que la autonomía del municipio romano, aun siendo relativa, tuvo un final desastroso por intromisión del poder absoluto.

Algunas tribus y ciudades habían gozado de autonomías. Las localidades llamadas **estipendiarias** estaban sometidas a los gobernadores; pero las exentas de tributos eran llamadas **inmunes**; las independientes eran, de hecho y de derecho, **libres y federadas**, como Lérida. Estas últimas, sólo ayudaban a Roma, excepcionalmente, con soldados y barcos.

Las grandes obras públicas —termas, viaductos, necrópolis, anfiteatros, mansiones, circos, estatuas, torres, arcos, vías, acueductos, monumentos, murallas, puentes—, que tanta solidez alcanzaron en tiempo de los romanos, se construían en ocasiones con mano de obra forzosa, pero en la parte de España, no intervenida de hecho por los emperadores, se efectuaban obras locales y comarcales de utilidad pública por prestación personal y voluntaria de los interesados, con derecho de iniciativa. Esta tradición se conservó hasta nuestros días en pueblos evolucionados, que saben subvenir a sus necesidades y que tienen poco desnivel económico.

En la Roma imperial, los pequeños propietarios que trabajaban directamente sus tierras, llegaron a ser tributarios de los dueños de la riqueza. Vivían aplastados literalmente por éstos, que poseían inmensos latifundios en Asia y en África. Disponían de jueces muy duchos en despachar procesos de incautación. Además de apropiarse lo mejor del botín en las guerras, el emperador Trajano contaba con todo Egipto como posesión personal.

Desde la posición económica del emperador a la de los magnates, y desde la de éstos a las clases que podríamos llamar medias, había una diferencia tan grande como de estas últimas a las clases populares. La disparidad de clases se acusa, según el erudito Carcopino en su obra *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire* (Edición Hachette, 1939, página 89), en la distribución de mano de obra forzosa, tan abundante en grandes centros urbanos donde de hecho existía la escalvitud, siendo ésta atenuada o desconocida en las regiones aisladas.

Según la obra de Carcopino a que nos referimos más arriba, puede seguirse la vida romana en su mayor parte con textos de escritores españoles. Sabido es que Séneca y Lucano eran cordobeses. Quintiliano era de Calahorra y Marcial, de Calatayud. El mismo Trajano era sevillano.

En algunas regiones de España perdura Roma en la antropología de muchos tipos de españoles que conservan rasgos fisonómicos de modelos romanos clásicos. Por ejemplo, en Extremadura y en Andalucía olivarera; en la Cataluña tarraconense litoral; en las tierras bajas del Ebro, entre el mar y Mora; en las Garrigas, comarcas leridanas entre el Segre y las cercanías del mar; en las riberas de los ríos que descienden del Pirineo hacia Oriente, etc.

La segunda época del municipio oficial se caracteriza por el predominio del pastoreo sobre la agricultura y la entrega de tierras comunales a los magnates, mientras los agricultores constituían Municipios Libres y cooperativas de producción

La segunda época del Municipio representa igualmente la destrucción de individualidades y comunidades libres, radicadas esta vez en tierra alejada de las rutas seguidas por los conquistadores, suelo ajeno a contiendas de ejércitos y dinastías. Cuando del monocultivo cerealista pasaba la tierra al arbolado y al viñedo, las necesidades de apoyo mutuo hacían necesaria la construcción de caminos. Espesas masas armadas llegaban a no tardar y se apoderaban de las tierras. Este fenómeno cesó un tanto en la época de las Cruzadas. Mientras Oriente contagiaba sus vicios ostentosos a los cruzados, en Occidente se cultivaban grandes extensiones sin renta, lejos del estruendo de las batallas.

El labrador no sometido al tributo se asociaba o no con sus iguales después de establecerse, como primer ocupante, en una tierra elegida sin sujeción a tarifa jornal, patrono ni impuesto. Las asociaciones llegaron a tener importancia excepcional como gerentes de riqueza no acumulada. Más que por impuestos, tributaban los agricultores empleándose en obras de utilidad común. Pero el cultivo de la tierra no contentaba a los especuladores, que calculaban el beneficio extraordinario de la ganadería como caso de prosperidad

comercial envidiable. La ganadería fue trashumante en cuanto tenía base de rebaño espeso. No sólo era la ganadería enemiga de renuevos destruídos por el ganado, sino enemiga también de la explotación ganadera familiar. Ésta quería completar el cultivo y ayudarse con abonos de establo y majada, aparte de que la producción ganadera extendía entre cultivadores, que eran, al propio tiempo, pequeños ganaderos, las posibilidades de intercambio con la artesanía.

La lucha entre agricultores libres y traficantes de ganado en grande duró siglos y siglos. Puede decirse que dura aún en España. A veces tuvieron que destruir los agricultores caminos y veredas para vivir en paz en el fondo de apartados valles o al borde de pequeños ríos. Cuando entre guerra y guerra las extensiones de cultivo libre se ensanchaban, eran invadidas por la ganadería y decaía el cultivo. Los agricultores no fundaban siempre municipios, sino asociaciones cuyo carácter más destacado era el llamado **campo común**, es decir, el campo de todos, mientras que los ganaderos nómadas se servían de la riqueza sonante para actuar de prestamistas, negociar con la carne que hacía depreciar la producción de hortalizas y frutas, favoreciendo en cambio los instintos sanguinarios con su complemento de bebidas fuertes. A la vez difundía la afición a la moneda circulante y al ocio pastoril. La feria ganadera era antecedente del municipio oficial, y no el trabajo individual o colectivo. Los ganaderos imperaban en el municipio oficial con sus mayorales, acabando por imponerse y consiguiendo que el **campo común** se convirtiera en tierra de pastos, aunque no siempre.

La existencia del **campo común** la hallamos en la tradición documental, y, sobre todo, en la oral popular superviviente en España. Para expresar el concepto de extensión dilatada y considerable, queda en los poblados rurales una frase elocuente: «Es tan grande como un campo común»; aparte de que hay partidas que se llaman así en muchos pueblos. El **campo común** no era el *ager publicus* oficial e intervenido de los romanos. Era la tierra intransferible, invendible, vinculada al uso de los cultivadores y nunca a la propiedad de renta ni al decreto.

Fue precisamente el **campo común** un apoyo histórico del verdadero Municipio Libre. El Fuero de León, uno de los más antiguos que se conocen —data de 1020— establece el laboreo directo por turnos, la supresión de la propiedad, la autodeterminación o autonomía local y la exención de tributos. ¡Hace nueve siglos! Y puede leerse en el fuero de Sepúlveda, de la misma época: «Quien vendiera raíz de Concejo,

penche tanta a tal raíz al Concejo; e quien la comprare, pierda el precio e deje la heredat». Es decir, que identifica la venta con el robo. Costa en su *Colectivismo Agrario*, presenta casos semejantes en tan elevado número que nos autoriza para atribuir al colectivismo español un carácter bastante general. Sólo la ignorancia cree que la asociación laboriosa es una invención moderna. Es una experiencia secular, ignorada por Santillán, el fracasado teórico de lo que ya estaba en práctica hace nueve siglos en su propio país, en León.

Las guerras y sus consecuencias, el antagonismo político y religioso destruyeron aquellas asociaciones, de la misma manera que el Estado destruyó los pósitos, apoderándose de la riqueza de éstos, que era de los labradores, para fundar el que fue posteriormente Banco de España. Las viejas Cortes apenas se reunían más que para obligar a pagar impuestos. Las Germanías de Valencia representan —sobre todo al principio— una revolución popular. Los Comuneros de Castilla dejaron que se apoderara en parte del movimiento el partido de los labradores acomodados contra los palatinos de Carlos V, enemigos de las franquicias municipales y de la labranza independiente.

Las libertades populares municipales no quedaron abolidas en Villalar por Carlos V y los flamencos contra los Comuneros, como dicen los epítomes; quedaron abolidas cuando toleraron los pueblos que el territorio comunal se convirtiera en finca de colonato; cuando pagaron renta, abandonando la prestación personal solidaria; cuando en vez de luchar contra el César y contra tanto pequeño César como perjudicaba a los labradores en los pueblos, se desparramaron los españoles no laboriosos por América para establecer la esclavitud, apoderarse del oro limpio, adquirir hábitos de holganza y dejar convertida a España en yermo inmenso.

El Estado invalidó el derecho tradicional de **campo común** con la consiguiente divinización de la renta y del privilegio ganadero, que gozaba incluso de veredas especiales propias; delegó en el Municipio la facultad de reclutar soldados —que era tradicionalmente la aristocracia—, explotar al vecindario y causarle molestias.

Agricultores y artesanos integraron contra el municipio recaudador el verdadero renacimiento local y comarcal de España. Las razas se cruzaron. Se fundieron más que se soldaron. El hortelano árabe, el hebreo experto en artes industriales y el cristiano viejo simpatizaban con el indiferente. Tal vez, más que tolerarse unas confesiones y otras, se tenían los habitantes de España en sus poblados por ciudadanos indiferentes para toda religión que no fuera

el trabajo inteligente y constructivo. El trabajo une a los que no piensan igual, y acaba por hermanarlos, mientras que el ocio separa y divide hasta a ociosos afines.

La expansión hebrea seguía los ríos sin remontarlos y gustaba la paz en su orilla. Temía la persecución de los jerarcas de las regiones rivales y del poder oficial. Estas circunstancias tan adversas contribuyeron, por parte de los judíos, hacendosos, más amigos de trabajar sin empresa que de asistir a las sinagogas, a crear un clima local cultural y una artesanía inteligente.

Dice el historiador peruano Ulloa que un tonsurado alemán católico como el impresor Botel, producía libros hebreos en los albores de la imprenta en Cataluña. Según el profesor Gonzáles Palencia, los árabes eran excelentes cultivadores de viñas. A pesar de que su religión abomina del vino, enseñaron particularidades del cultivo de la viña a los judíos, a los cristianos y a los que no tenían ninguna religión. Y según los viejos cronicones, en Muel —pueblo aragonés de bella tradición en la industria de la cerámica—, después de la expulsión de los moriscos consumada por los antecesores imperiales del General Franco, no quedaban más que «tres cristianos viejos: el escribano, el tabernero y el sacristán». El pueblo tiene muchos habitantes, ceramistas, moriscos, propulsores de una industria típica como la de Muel, que exportaba azulejos a Nápoles, como Holanda exporta tulipanes y Bulgaria esencias florales.

Así como la primera época del Municipio se caracteriza por la reducción de la convivencia local al tributo de colonización y renta, la segunda queda señalada por el predominio del pastoreo sobre la agricultura; la expulsión de judíos y moriscos; la entrega de fincas comunales a magnates de espada o tonsura; la destrucción de pequeños gremios aldeanos, lugareños y comarcales; la supervivencia del colonato y la desaparición de los pueblos, arrasados y saqueados por masas armadas que se repartían el botín.

Si en localidades como Muel sólo había «tres cristianos viejos» —el tabernero, el escribano y el sacristán—, y el resto de los moradores eran moriscos, ¿qué vida local quedaría después de la expulsión de aquellos tan diestros en el arte de la tierra cocida?

Respecto a los pequeños gremios aldeanos y comarcales, recordaremos que, en un conjunto, llegaron a tener infinitamente más importancia que los gremios ciudadanos. Eran pequeños focos de iniciativa y trabajo, en realidad dinastía de artesanos que no soñaban en aumentar el caudal y trabajaban en régimen de

cooperativa familiar, cambiando los objetos que construían por productos de la tierra, procurando, ante todo, mejorar incesantemente la obra bien hecha y perfeccionar el aprendizaje, lo mismo que la solidez y el estilo del trabajo. A estos héroes se debe la conservación del barroco en la carpintería en épocas posteriores a la boga del barroco ciudadano. Como con la expulsión de moriscos y judíos quedó España reducida en población tan considerablemente, casi desaparecieron los oficios al hacerse imposible la vida de relación.

Las guerras contribuyeron a la despoblación de España y a la destrucción de los pequeños núcleos locales, que ya se sostenían difícilmente en régimen de colonato, mucho más difícilmente en cuanto los grandes rebaños entretenían la tierra yerma con una lamentable capacidad para incubar plagas, tan endémicas en tierras ganaderas, como la langosta. Está por describir metódicamente el pasado de España en sus siglos de trabajo, arte, cultura, pensamiento y convivencia pacífica. Conocemos todo lo que hicieron las dinastías belicosas para arruinar a España. Lo conocemos también en detalles de contraste por el esfuerzo de algunos especialistas, no desprovistos de humanidad, que han descubierto las lacras del pasado. Y conocemos también, gracias a investigadores laboriosos, el pasado cultural y civilizador de España para sus escuelas de ciencia y cultura. Pero apenas se conoce la vida española, *roman paladino*, tal como vecino habla con vecino. La literatura animada sustituye por fortuna el reseco relato histórico, que tiene una solemnidad hueca y es una invitación al bostezo. La literatura refleja delirios místicos; pero también nos pinta, de mano maestra por cierto, un animado cuadro de la España varia, comarcal, regional, vecinal y costumbrista, que vivía de espaldas a los personajes. Era una España furtiva que tenía destreza y acertada inventiva; una España de excepción que no cayó toda ella en la fosa cavada por el imperialismo ganadero y conquistador.

Ha sido bastante estudiada la pugna entre pastores y agricultores. Magistralmente, en algún aspecto objetivo, por el alemán Oppenheimer y por Julio Senador. Éste la interpretó de manera más certera que Costa y que Pedro Corominas, autor, el último, de una obra de tesis titulada *El sentimiento de la riqueza en Castilla*, con excesiva atención para textos magistrales y olvido de la tradición costumbrista, viva aún hoy en la España seca, y también en la España húmeda. Sobre ganadería y sobre el Consejo de la Messta, la obra de Klein es definitiva como documentación.

Las tribus pastoriles nómadas representaban la movilidad ociosa; el ejercicio de las armas como continuación de la guerra convertida en caza, escaramuza y rapiña, El merodeo en busca de la **tierra de promisión**, que se supone fértil en pastos sin esfuerzo; el concepto suntuario de la riqueza, el juego de azar, la picardía de buhonero y la truculencia carnívora; más que nada, el espíritu antilocal.

No es un azar que los documentos episcopales se llamen pastorales y los obispos pastores; que el instrumento más acabado de autoridad sea en los obispos el báculo, que es un cetro de mayoral; ni que el cordero sea una figura pascual, y los borregos del Padre Claret feligreses perfectos con su alfalfa de sermón; ni que el pueblo elegido en la mítica de Moisés fuera en sus inicios esencialmente pastoril; ni que el pastor Abel fuese asesinado por el agricultor Caín, que no tenía, según expresan los textos llamados sagrados, el favor de la divinidad; ni que el nacimiento de la figura central del retablo de Belén sea una acabada escena de aprisco. Estos antecedentes, a los que cabría añadir la imagen del Buen Pastor, guardián de la oveja descarriada, estuvieron siempre contrapuestos al cultivo de la tierra, que sólo se concibe como oposición a la vida errante de los pastores.

¿Y no hay en los mataderos israelitas un matarife ritual? Hasta hace pocos años se observaba en muchos pueblos españoles de tierra baja, a entradas de otoño, una escena típica. Nos referimos a pueblos de término extenso, con tierras aprovechables para el pastoreo de ganado montañés. Descendía éste de las altas majadas nevadas y pasaba los meses crudos en la llanura de clima relativamente benigno. Al llegar el rebaño a su cuartel de invierno, salían a recibirlo, arma al brazo, guardamontes y alguaciles, no abandonándolo mientras atravesaba la zona vestida de árboles. Así se demostraba la oposición entre cayado y arado. A principios de verano se vendían las crías y volvía el ganado a las altas cimas, libres ya éstas de nieve. Los pastores no eran asalariados, sino asociados ganaderos. Hoy, el merodeo de rebaños es incompatible con el aumento de superficie dedicada a cultivo, que crece de día en día.

La tercera época del municipio oficial centraliza los impuestos por la ley de 1877 y da a los pueblos un régimen colonial

La tercera época del Municipio puede considerarse iniciada en 1877. En tiempos de Roma, la tierra que se apropiaba el conquistador quedaba gravada con canon, dando lugar al llamado señorío imperial, copiado posteriormente por el Estado hiperburocrático. Hacia 1877, el Estado español cifraba sus ilusiones en imponer a los españoles sin recursos el mismo régimen que imponía a blancos y negros en Cuba. Como el Estado aumentaba las cuotas de impuesto a los dueños de esclavos, los dueños exigían mayor rendimiento de trabajo a los negros. Podían éstos soportar mejor que los blacos el rigor del clima, y por ello tenían preferencia para el esclavista.

Un capitán general de Cuba, Valdés, había dictado ya en 1843 un Reglamento de Esclavos, como Prim dictó otro semejante en 1847 en Puerto Rico, siendo capitán general. El Reglamento de Valdés establecía un régimen servil respecto a la autoridad única, que era el entorchado; detallaba las condiciones para comprar y vender esclavos; especificaba las penas que podían aplicarse a éstos, que eran castigados y hasta agredidos y muertos por los capataces sin la menor responsabilidad; se ocupaba el Reglamento incluso del **tiempo muerto**, es decir, del no comprendido en las labores de zafra o cosecha azucarera, señalando que los negros habían de rezar y asistir a solemnidades religiosas, besamanos, etc.

El Reglamento de Esclavos de 1843, que empezó a regir setenta y nueve años después de abolida la esclavitud, teóricamente, por las Cortes de Cádiz, fue copiado en ley impuesta a los municipios españoles en 1877. El paralelismo es impresionante. Lo que era trata de negros en Cuba, era en España trata de blancos aldeanos, comprados y vendidos por hacendados, diputados y oficinistas. Así como en Cuba se aumentaban las cargas a los negreros para que la mano de obra de color tuviera que trabajar más de lo que trabajaba, el Estado español exigió a los propietarios de tierras impuestos mucho más crecidos. Con la ley del 77, el municipio español, subalterno rendido del Estado, convirtió los pueblos en cárceles, prestándose los municipios a ser un retén, una patrulla de asalto contra los campesinos. Al centralizar los tributos la ley del 77, los

dejó prácticamente en manos de los concejales para que éstos les dominaran como mandatarios del Estado.

Algunos eriales se habían convertido en vegas, y se estimuló el abuso de los propietarios del campo, que exigieron mayores rentas por mejoras, debidas exclusivamente a iniciativas y trabajo de los agricultores.

A pesar de todo, habían vuelto a trabajar éstos muchos yermos haciendo plantaciones y aprovechando sotos, dehesas boyales, latifundios abandonados en parte, baldíos alejados de poblado, terrenos ganados a los ríos por desviación de corriente, laderas y vertientes adaptadas a la viticultura o trozos regables gracias a pequeños embalses vecinales; se había impuesto el aprovechamiento de pastos ganaderos, y también se luchó por el derecho de leña, de mata baja. Este derecho recuerda, con el de pastos veraniegos, las antiguas costumbres sobre disfrute en común de la tierra. Pero como los dueños del suelo eran los dueños del Municipio, aunque vivieran a cien leguas de distancia, se consumó el apoyo cerrado del Estado a los propietarios.

Del régimen comunal sólo quedó, en partidas de vega —no todas— el dragado anual de molinas o acequias madres y algún soto ganadero, más la tala de matas bajas en los montes y el pastoreo veraniego en ellos. Por cierto, que mientras tuvieron los municipios la gestión y ordenación del riego al hacerse, como se decía y dice aún en los pueblos, el dragado **a comuna**, contribuía con un jornal el vecino que poseía cincuenta hectáreas, lo mismo que el que sólo contaba con unos palmos cuadrados regables. Los campesinos trabaron lucha abierta contra el abuso, pidiendo que los municipios se inhibieran en las cuestiones de riego, y que si se pagaba la alfarda o cuota por uso de agua común según la cabida de la tierra regable, se pagara igualmente el dragado a prorrateo, dando trabajo a los aldeanos que no lo tenían. Sólo consiguieron su propósito los pueblos cuando tuvo que inhibirse el Municipio por presión de los regantes efectivos.

Siempre vivieron los trabajadores en pugna con el Municipio. Labradores robustos y bravos que no tenían miedo a los osos en la montaña nevada, temblaban ante un desmedrado secretario rural que les hablaba en lenguaje cifrado para darse aires de superioridad. Es tan exacta la semejanza entre el régimen municipal y el colonial, que perdidas las colonias, los gobernantes se valieron de los distritos municipales y de las Diputaciones —presidios en potencia, según Costa— para intervenir en el tablado rural exactamente igual que en

las colonias, cuyos propietarios de esclavos formaban la verdadera plana mayor de los territorios ultramarinos asimilados.

Mientras España dominó en Flandes, los más insanos pantanos, como recuerda Taine, fueron institución nacional. Mientras España dominó en Cuba, la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales constituyeron instituciones nacionales intangibles, como la lotería y la renta del tabaco. En el período de mayor esplendor español, se dijo de España que era un país cuyos habitantes se dividían en dos sectores: el sector que bendecía y el sector rascaba. Un poco exagerada resulta la afirmación. Pero de todas maneras hay un fondo incuestionable de verdad, si bendecir y rascar se atribuye a la España oficial y a la que vivía apegada a ella sin iniciativa propia.

Respecto a América, había que distinguir entre el español conquistador o instrumento de los conquistadores para la empresa colonizadora cesarista, de los españoles que se ponían a trabajar.

James Burne en su obra *A cronological history of the voyages and discoveries in the South sea or Pacific Ocean*, Londres 1816 (tomo cuarto), acusa a Colón de cazar hombres con perros de presa para someterlos a esclavitud. Pero esto era consecuencia del régimen colonial establecido por los monarcas, de acuerdo con Alejandro VI, el pontífice romano, quien por bula de 4 de mayo de 1493, repartió entre España y Portugal el territorio descubierto y hasta por descubrir. Trazó una línea de polo a polo que pasaba al Oeste de las Azores y Cabo Verde. A Occidente de la línea, lo descubierto o por descubrir se adjudicaba a los reyes de España; a Oriente se adjudicaba a Portugal.

La tiara y las coronas disponían de todo y Colón quería ser traficante de esclavos. Al volver del segundo viaje, quinientos indios cazados en América fueron expuestos por él en el mercado de Sevilla para venderlos. La Iglesia quiso canonizar a Colón sin dar importancia al tráfico negrero, tan escandaloso, que fue prohibido por la reina Isabel; y si no se le canonizó (setecientos obispos firmaron la propuesta) fue porque hiciera tráfico negrero. La propuesta para hacer santo a Colón fue hecha en 1873, y los trámites duraron hasta 1877.

Cuba fue conquistada por los españoles en 1511. Cierto indígena rebelde fue quemado vivo por los conquistadores. Un clérigo se acercó al pobre indígena y le habló de la gloria del cielo y del paraíso.

Y respondió el indígena:

«Si hay españoles en ese paraíso, no seré yo quien ponga los pies».

Esto lo explica Funck-Brentano en las páginas 25-26 de su obra *L'Ile de la Tortue.*

Todas estas pruebas de colonismo traumático están contrarrestadas por la vida de los españoles que aclimataron la raza caballar en América, que escribieron obras fundamentales para conocer los estragos de la conquista, que dedicaron su esfuerzo al trabajo de la tierra, a la construcción de caminos, a la exploración de cuencas fluviales, a la artesanía; a tareas, en fin, de vida de altura. El español hacendoso se fundió con la raza indígena, al revés de lo que hace aún hoy el colonismo europeo de conquista, y se produjo el hombre americano, que dará de sí lo mejor de la fusión de razas, en vez de aplastar a las de arraigo en el país.

La servidumbre del municipio oficial hasta julio de 1936

El Municipio español no cesó de sufrir los peores ultrajes de sus amos en la cuarta época de su agonía constante. A pesar de todo, siguió las directivas de aquellos amos con una fidelidad cargante de siervo azotado y leal. El Estatuto Municipal de Primo de Rivera, decretado por los amanuenses de éste en marzo de 1924, define el Municipio como «asociación natural», pero en realidad sólo autoriza a la **asociación natural** para practicar cosas artificiales. Así como a un preso se le deja en libertad dentro de la celda, dejaba Primo de Rivera en libertad a los municipios. Después de exprimirles la bolsa y la vida, los dejaba en absoluta libertad.

Toda la novedad del Estatuto de Primo de Rivera, cuyo autor fue Calvo Sotelo, consistía en dividir el sufragio para elección de concejales en universal y condicionado. Este último había de ejercerse por las Corporaciones locales. El proyecto reproducía el de la Administración Local de Maura (1906).

En esta cuarta época del municipio rural se supeditó éste totalmente a la arbitrariedad gubernativa, como se supeditó la población incondicional de las colonias.

Hacienda imponía la cuota global de tributos contra una localidad, teniendo en cuenta la riqueza registrada o amillarada del término. Era una riqueza que fijaban geómetras y peritos agrónomos oficiales, sin que concejales u otros vecinos pudieran ejercitar recurso

alguno más que para pedir rebaja de cuota, después del reparto de cargas que hacía el amanuense valiéndose del burócrata municipal. Aún en el caso poco frecuente de reconocer la procedencia de la rebaja particular, el Estado no perdía un solo céntimo, puesto que el pueblo —solidaria y mancomunadamente— se veía obligado a abonar la cuota exigida.

Pero el contribuyente no productor, el que sólo era consumidor, ¿qué pagaba en realidad, aun siendo titular de todos los recibos por impuestos? Nada. El consumidor no productor endosaba los impuestos en su totalidad al cultivador, que los pagaba en esfuerzo, alquiler, compras y renta. El Estado también auxiliaba a los propietarios con las restricciones aduaneras. El técnico Flores de Lemus demostró en *The Times* que la propiedad rural dedicada al cultivo cerealista pagaba anualmente doscientos millones de pesetas de contribución territorial, y que la bonificación que suponía en el precio alto del trigo indígena la protección aduanera, equivalía también al año a doscientos millones de pesetas. Así, pues, los propietarios no pagaban contribución. Y respecto a las cargas por consumo, se hacía el reparto a base del consumo mismo, como a base de utilidades; tanto si pagaba como si no pagaba el hacendado forastero; tanto si eran muchos o pocos los arbitrios. El que pagaba en realidad era quien producía y no quien poseía. El Municipio, organizado por una ley uniformemente expoliadora, de cumplimiento forzoso y patrón extraño, ley que desconocía la voluntad de los pueblos, no podía alterar aquellos hechos aunque tuviera la mejor voluntad del mundo.

Llegaba el período ejecutivo para el cobro de tributos. Coincidía, generalmente, con el momento de levantar las cosechas. El período ejecutivo era automático con una acumulación de recargos, que en el impuesto de cédulas —documentos inservibles y por consiguiente exigidos— alcanzaba al trescientos por ciento. Tenían que venderse las cosechas precipitadamente a bajo precio a acaparadores y logreros o entregarse forzosamente en especies a los recaudadores, quienes de acuerdo con los usureros del pueblo, compradores de gangas, imponían tasas bajas. La recaudación se hacía flanqueada de pelotones de guardias y se consumaban embargos fulminantes. El Municipio nada podía contra todas estas maniobras de carácter absolutamente colonial. Para recaudar tributos se amenazaba a los aldeanos con el embargo. Y por si algún vecino se ausentaba del pueblo dejando la puerta cerrada de su vivienda, el alguacil,

mediante público pregón, gritaba como un desaforado: «Las puertas que no estén abiertas se abrirán con las llaves del rey.» Las llaves del rey eran ganzúas.

La cantidad que cobraba anualmente el secretario, como la que cobraba el médico para atender a los llamados pobres de solemnidad, y la que correspondía a otros facultativos en concepto de **iguala**, no la fijaba el Municipio ni los vecinos que la desembolsaban, sino una voluntad ajena y arbitraria. ¿Qué podían hacer los concejales si la cuantía se decretaba a rajatabla a cientos de kilómetros del pueblo? Los facultativos se imponían para fijar la cuantía de la titular. No pocas veces la imposición era corporativa, sindical, es decir, acordada por los Colegios facultativos con aprobación del Estado.

Era el Municipio un cero a la izquierda en su propio término, en su propia casa y en sus propios asuntos. El cupo de quintos lo pasaportaba el Municipio enviando a la ciudad soldados forzosos y espiando a éstos para que no desertaran.

Si cualquier vecino se proponía edificar en terreno inmediato a la carretera, aunque el terreno fuera propio y se tratara de edificar una choza, el Municipio no podía evitar la exigencia previa de permiso que las Oficinas de Obras Públicas concedían a los particulares, prescindiendo del Municipio. La superioridad burocrática decidía, a doscientos kilómetros de distancia, lo que no podía decidir en su propia jurisdicción ni el Municipio ni el usuario del edificio.

Las pesas y medidas eran revisadas y controladas por la incansable superioridad, sin intervención del Municipio ni de los vecinos. De la ciudad llegaban los subalternos del fiel contraste, como los inspectores de rentas del alcohol o del timbre, y los carabineros. Todas estas andanzas se hacían a espaldas del Municipio, al que se exigía la confección de censos de espionaje para los tributos.

El registro fiscal o inventario de riqueza urbana, se fijaba, controlaba y revisaba por la olímpica superioridad, sin que el Municipio pudiera tener la menor iniciativa, limitándose al papel de encubridor de vecinos ricos y delator de pobres.

La superioridad podía suspender, aprobar, sancionar, y condicionar cualquier acuerdo del Municipio. Las cédulas llegaban de la capital estampilladas e inventariadas cuidadosamente por la superioridad. El Municipio las distribuía con la inconsciencia de un mal dentista delegado que distribuye dolores de muelas. ¿Cobraba una comisión el Municipio? En efecto: una comisión sobre la cuota de

la Hacienda, no una comisión a la Hacienda. El Municipio era criado gratuito del Estado al cobrar por éste, y a los particulares les imponía una comisión por cobrarles.

Los maestros llegaban al pueblo rural no elegidos por éste, sino facturados por la superioridad, sin tener en cuenta las necesidades del vecindario, la psicología del campo, las costumbres, los locales, el censo escolar, las circunstancias de higiene y modernidad, la elección de los padres ni la de los escolares. Era un enviado desde el firmamento, infalible, tonante y delirante. Un padre podía elegir sastre o zapatero, pero no podía elegir maestro. ¿Edificios para escuelas? Estratagema electoral. Pero en el mejor caso, con cien mil pesetas en impuestos que sorbía al pueblo anualmente el vampiro del Estado, ¿sería razonable creer que daba algo, si después de tragarse el Estado dos millones en dos siglos, entregaba para los mismos doscientos años la cuarta parte de lo que sorbía en un año?

En parecida proporción puede evaluarse lo que gastaba el Estado para construir carreteras y puentes. Corresponden a prorrateo al pueblo objeto de este ensayo, por escuelas, carreteras y puentes en dos siglos, cincuenta mil pesetas. Lo sorbido por el Estado en igual tiempo equivale a dos millones de pesetas.

En todo momento se entrometía la autoridad gubernativa en el Municipio, que no podía siquiera señalar fecha para una feria sin permiso de la superioridad. Ésta conminaba al Municipio cuando pasaban tropas por el pueblo para molestar a los vecinos útiles, imponiendo forzosamente alojamientos, prestación personal, bagajería y exacciones. El municipio oficial nada podía hacer sino someterse. En las guerras civiles los pueblos eran desvalijados sucesivamente por los dos bandos. Entre unos y otros se llevaban hasta las cazuelas y los clavos. En la guerra de Sucesión se llegó a imponer la siega del trigo verde para pienso del ganado.

En litigios de riego intervenían los gobernadores y, posteriormente, las Confederaciones Hidrográficas, no los municipios ni siempre los Sindicatos regantes. Las cuestiones forestales tenían jurisdicción superior, como las ganaderas civiles y penales. En las llamadas cuestiones de orden, la autoridad no era el Municipio, como consta nominalmente en la ley, sino el oficial de la guardia civil del distrito o de la provincia. Cuando el Municipio quería sostener un hospital, no trataba de curar enfermedades sino de propagarlas. Un Municipio se gobernaba desde arriba con la misma ley que se gobernaba otro: Fueran los vecinos nerviosos o linfáticos se les

atropellaba de la misma manera o con el mismo papel sellado. Las leyes que afectaban al Municipio se incubaban en Madrid, sin que intervinieran los municipios, que no podían hacer su propia ley, como podía hacerla redactando los correspondientes Estatutos una sociedad de baile. Se les aplicaba la ley a los municipios como quien aplica un suero deteriorado o como quien propina un cachete. Los sectarios del sistema representativo pueden objetar que las leyes nacían en el Parlamento y que los españoles votaban a sus representantes, pero ésto era una broma pesada. Las leyes eran confeccionadas mediante la imposición automática, no del Parlamento, ni siquiera de una fracción mayoritaria de éste, sino de la iniciativa incontrovertible del equipo gubernamental que gozaba del término y tenía el monopolio, también incontrovertible, de la *Gaceta*. Además, las autoridades gubernativas, cuyo nombramiento no se debía al sufragio, estaban por encima de los concejales electos. Esto tampoco es muy democrático que digamos.

¿Qué autonomía quedaba para el Municipio? Podía intervenir por sí mismo, con plena potestad, en los siguientes asuntos: nombrar campanero, sereno, alguacil y enterrador; asistir a solemnidades de relumbrón, religiosas y laicas; ir en corporación a recibir al Obispo, y otras cosas por el estilo.

A pesar de todo lo que no hacía el Municipio, cuando se le antojaba a un gobernador que podía tener aquél arte o parte en movimientos sociales, lo destituía de una plumada y encarcelaba a los supuestos rebeldes.

¿De qué servía votar concejales obreros, si se veían éstos obligados a acogotar a sus convecinos?

Este Municipio, sin Hacienda propia y sin recursos, arrastró su parálisis hasta el mismo 19 de julio de 1936. Al quedar dividida España en dos sectores irreconciliables, la zona fascista siguió con sus municipios intervenidos. En la zona antifascista, la guerra fue lo primero, y los municipios tuvieron que atender urgentemente a la economía improvisada más que a la economía de paz. De momento quedó destruída, en la zona antifascista, la uniformidad; pero los gobernantes quisieron reivindicar el control de la administración municipal. En bastantes casos lo consiguieron. Incluso se constituyeron apresuradamente partidos de urgencia, que consistían en listas con nombres de ocasión para tener derecho a la proporcionalidad de lugares previstos. En realidad, el municipio antifascista fue superado en ocasiones por la colectividad y por la

cooperativa. Hasta fue anulado el Municipio en casi todos los casos por estos organismos de carácter económico en la producción y en la distribución. Las necesidades de cada momento se complicaron con el semillero de cuestiones de jurisdicción; con el abastecimiento y el transporte en colapso constante; la falta de brazos jóvenes incorporados a los frentes; la baja sensible en la producción, las operaciones militares con graves incidencias y las colisiones entre distintos sectores del conglomerado antifascista. Dentro de cada sector había también colisiones. El terror de la aviación fascista destruía los pueblos, provocando el éxodo. Las competencias de vanguardia y retaguardia entre unidades militares, agravaban la situación.

Los municipios, en la medida de sus fuerzas, podían atender, a veces con más buena fe que eficacia, las necesidades de la guerra. No tuvieron apenas vida propia. No trataron de darse fuero directo, intentando una organización vecinal de iguales con Asamblea abierta y plebiscitaria que decidiera sobre asuntos concretos, evolucionando respecto a partidos y Sindicatos, superando el período constituyente y deliberante de estos núcleos, fijando la calidad de productor útil como antecedente de ciudadanía y remediando, con la Federación y el referéndum, la insuficiencia de las improvisaciones. Cabía, además, olvidar las miserables y eternas rencillas lugareñas.

El buen espíritu local existió como ejemplo a lo largo de los siglos. Culminó en julio del 36, con todo lo que había en él de generosidad y ánimo entre los no contaminados por la mitología truculenta ni por el ocio. Pero la guerra daba a la vida local una inseguridad, muchas veces trágica. Había que apresurar el éxodo en plena desorganización del transporte por la guerra, abandonar la tierra, cargar con impedimenta, superar las graves circunstancias del avance enemigo, agravado por el terror de la aviación. Había que atender, antes que nada, a la circulación humana, a la asistencia de heridos, enfermos, viejos, menores. El desastre de la guerra, desastre cuyas causas no pueden ahondarse en este trabajo, destinado al estudio de capacidades constructivas, demostradas o posibles, en la vida local, ahuyentó de España a millares de sus habitantes, que emprendieron el camino del exilio, dominados por la psicosis del vencido.

CAPÍTULO IV

La federación local es el Municipio

ANTECEDENTES

Cualquier sistema de convivencia social, como cualquier idea, no traspondrá la vía muerta de la teoría si no coincide ampliamente con tendencias y aspiraciones de la vida misma.

Sólo un número limitado de hombres siente el imperativo de las actividades abstractas. Sólo a una minoría muy reducida es dable apartarse de la realidad. Los religiosos se entregaban antaño a una vida interior intensa. Se proponían renunciar a lo real. Querían, ante todo, dar valor a argumentos celestiales.

Las ideas sociales se convirtieron a menudo, incluso para sus mejores y más abnegados teóricos, en una abstracción de anacoreta muy semejante a la religiosa. Pero así como el pueblo no aceptó nunca la religión en el sentido de los anacoretas, y no siguió a éstos ni les hizo caso, tampoco seguirá a los teóricos de tipo social si hablan en tono perentorio y concluyente del porvenir, que no conocen ni pueden profetizar. Aunque los hombres acepten y aun deseen

momentáneamente realizaciones maravillosas sin ejercitar más que la servidumbre voluntaria, no tardan en desengañarse y se apresuran a correr con el mismo paso desatinado tras sugestiones abstractas, y no experimentadas, de otra clase.

No podrá satisfacer al pueblo despierto ni al pueblo no despierto, ningún teórico, aunque el pueblo se asimile la doctrina. En general, se aspira a mejorar la vida, a ver realizada la equidad. Estas ideas, tan gratas a los hombres activistas, no se fundan en relatos de vida mejor, en historias de santos ni en futurismo agradable. Se fundan en lo que cada hombre realiza por él mismo, en el ejemplo de esta misma realización para cualquier retina curiosa acostumbrada al aprendizaje de mirar y hacer. Fuera de ésto, aun con la mejor voluntad del mundo, no hay más que divagación.

La mayor parte del pasado de la humanidad, decenas de millones de años en número desconocido, escapan por completo a nuestras posibilidades de observación y estudio. Pero un hecho histórico muy repetido se nos ofrece en los tiempos que nos preceden: hubo pueblos sedentarios y pueblos nómadas. Hubo pueblos conquistadores y pueblos conquistados. La inseguridad llegó a ser primer factor de dispersión, aunque a la larga, o no tan a la larga, las invasiones fueran alguna vez fusiones pacíficas con la población indígena.

La autonomía era reprimida en general por las razas conquistadoras, sobre todo si la conquista seguía curso acelerado. Pero aquella autonomía, contrariada o no, era una aspiración natural reflejada inicialmente en usos y costumbres.

Ampliando brevemente estas consideraciones, recordemos que, en remotos tiempos, hubo extensas comarcas españolas que tuvieron autonomía. Ésta fue destruída a veces por sucesivas invasiones, lo cual desniveló las autonomías en períodos de recobramiento. La conquista contra los árabes partió de grandes focos: Noroeste asturcastellano; marca hispánica y condado de Barcelona; pero en los últimos siglos de la Edad Media la voluntad anexionista se impuso casi con generalidad. La despoblación española a consecuencia de la ocupación de grandes territorios americanos en el siglo XVI y las múltiples guerras europeas de los siglos XVI, XVII y XVIII, tuvieron mucha parte de pérdida de autonomías locales y comarcales.

España y Europa

Rica la España oficial en colonias, más o menos obligada a vivir a la defensiva en Europa y en los mares; unificada artificiosa pero férreamente por el catolicismo y el cesarismo, asistió a la expansión de autonomías locales en aquellos siglos, pero no se produjo una eclosión general, amplia y potente de autonomía. Sin embargo, las rivalidades interiores de España se relacionaron posteriormente con la autonomía.

Al perder España en el primer cuarto del siglo XIX la mayor parte de las colonias, se entregó a un esfuerzo liberal con largos episodios cruentos y raros intérvalos de liberalismo precario. Pero en plena represión, como en momentos excepcionales de relativa libertad, el esfuerzo liberal, más tarde socialista, no cesó nunca. Y por ello pudieron tener más ambiente las ideas federativas y autonomistas en España que en el resto de Europa.

No olvidemos que la situación de grandes núcleos territoriales de Europa difería en ciertas épocas, esencialmente, de la situación en España.

Proudhon, tan admirado en España por los republicanos federales, era un horror para el jacobinismo centralista francés. En Italia, los pocos federalistas —Ferrari, Cattaneo, Pissacane, etcétera— fueron impotentes frente al unitarismo de Mazzini y al de los demás animadores del *Risorgimiento*. En Alemania, el federalismo se distrazaba de tal en pequeños y grandes principados, arbitraria y mezquinamente gobernados. Cualquier tendencia unitaria, como la que representó, por ejemplo, el *Zollevrein*, respecto al asimilismo monetario, pesas, medidas y Aduanas, se recibía como don celeste. La cuestión de la autonomía de Irlanda fue piedra de toque del federalismo más elemental. Se debatió en el consejo de la Internacional. Marx y Engels estuvieron con los irlandeses, pero varios de los miembros ingleses se opusieron con saña a la autonomía de Irlanda.

Muchos países organizados federativamente prefirieron una guerra civil a dar por buena una secesión: guerra del Sonderbund (1847) y guerra civil americana (1861-65). La secesión que deseaban los Estados del Sur en la guerra civil americana se identificaba con el partido esclavista, y la unidad de los antagonistas con el antiesclavismo; pero, en realidad, los esclavistas eran unitarios como

tales esclavistas. Lo sustantivo era en ellos la continuación del régimen esclavista.

La autonomía era, en general en Europa, una tendencia regresiva. En Austria, los políticos que deseaban conservar influencia en los distritos rezagados, se llamaban autonomistas. Los autonomistas polacos contra Rusia tenían espíritu feudal como la Rusia del zar.

Federalismo

España significaba lo contrario. La obra de Pi y Margall lo demuestra. Había republicanos centralistas, evidentemente. Éstos querían, sobre todo, un gobierno de los que se llaman fuertes, olvidando que sólo los pueblos débiles tienen gobiernos fuertes.

La presencia de centralistas en el campo republicano fue, desde 1868 a 1874, mucho más fatal de lo que hubiera podido ser su presencia en el campo monárquico. Impotentes para crear por su esfuerzo nada permanente y duradero, no hicieron más que paralizar el federalismo y arruinarlo por completo en 1873. Escribe Ricardo Mella —que se llamaba discípulo de Pi— en la *Huelga General* (Barcelona, 5 febrero, 1903), hablando de sus propios recuerdos sobre la alegría general al proclamarse la República el día 11 de febrero de 1873: «De aquella poderosísima masa federalista, legión de republicanos que no se arredraba ante las soluciones del socialismo de Pi, Salmerón, Figueras, Chao, Cala, Salvochea, Suñer y tantos otros, no quedó nada o casi nada ante la osadía de la reacción. El federalismo se deshizo. Los republicanos se dividieron en mil fracciones y matices diversos. Sólo quedó en pie, firme y resuelto, a pesar de sus errores, una figura (Pi), que ha sido después como la imagen de la honradez. El partido republicano se redujo a un grupo de contemplativos del ideal (los federales) y cien grupitos doctrinarios, conservadores unos hasta la saciedad, motinescos otros hasta la cursilería. La impotencia manifiesta los tiene hoy moribundo... Soy adversario de los republicanos. No obstante, quisiera que los de ahora fueran de aquella buena cepa del 73, que lucharon por ideales más que por el poder; que se acercaron al pueblo más para defenderlo que para encaramarse sobre sus espaldas».

Ricardo Mella fue un técnico de la industria que hasta 1925, fecha en que murió, representó el federalismo y el colectivismo de la

avanzada obrera. Contradictor triunfante de Lombroso en los medios intelectuales, alcanzó merecido renombre, sobre todo por su obra cumbre *La coacción moral*. Sería muy difícil hallar otra obra en el ambiente español tan digna de su siglo y de todos los siglos.

Prólogo de la Internacional

El mayor número de militantes se componía, antes de la Internacional, de republicanos sin cargos, sindicatos, cooperadores, proudhonianos, hombres activos y despiertos. Los obreros españoles no habían entrado en la Internacional desde 1864 a 1868, pero por los textos que siguen puede verse que pensaban como sus afines de otros países, siendo entre éstos los más evolucionados en algunas secciones: Bélgica, Londres y Suiza.

En el artículo titulado «La Asociación Internacional», publicado en *El Obrero*, semanario de Barcelona (18 de marzo del año 1868), puede leerse: «De todos los medios propuestos para llegar al mejoramiento de la clase obrera, ninguno es tan fuerte y poderoso, ni tan fecundo en resultados positivos como el pensamiento de una gran Asociación de Trabajadores. Su objeto es reunir, en un solo grupo, obreros de todas las profesiones y países, y formar una sola familia. Con la Internacional no será ya el mundo un páramo desierto para nosotros, sino que donde quiera que nos lance la suerte, estaremos seguros de encontrar amigos de la misma sociedad. Puede constituirse a la vez el crédito mutuo sobre el trabajo, el Banco de previsión para las enfermedades e inutilidad, estableciendo una mutua relación entre todas las Secciones».

En *La Asociación* (Barcelona, 3 de junio de 1868), puede leerse: «El movimiento de asociación se muestra vigoroso en Cataluña. En Reus es donde la sociabilidad se halla más de manifiesto. (Se refiere a un término de comparaciones respecto a cooperativas de otros países). Tejedores, albañiles, cerrajeros, fundidores, carpinteros, curtidores, cordeleros, etc., tienen su asociación respectiva. Hasta los labradores han formado una. Existe lo que podríamos llamar **pacto federal** entre todas ellas. La mutualidad de servicios está produciendo resultados positivos. Ejemplo de ello: el taller-bazar cooperativo que acaban de establecer los obreros de la piel. El espíritu de asociación crece cada día entre los catalanes. Creemos que en el próximo Congreso de Barcelona ha de prevalecer la opinión favorable a

las cooperativas. Las organizaciones de Reus han tomado la iniciativa en este sentido».

Cuarenta cooperativas reunidas en Congreso (diciembre 1865), votaron el deseo de que se federaran las sociedades obreras para protección mutua, sin tocar a la autonomía de ninguna.

Poco importa que se trate aquí de cooperativas. No había entonces núcleos de carácter socialista en Cataluña ni en la mayor parte de los otros países. Fue precisamente por aquella misma fecha cuando Eliseo Reclus dedicó su mejor esfuerzo a propagar el *crédit au travail*, y redactó las normas abiertas de **L'Association**, que debió inspirar el título de *La Asociación* de Barcelona, aparecida el día primero de abril de 1866.

Afinidades

Existían círculos de ideas políticas avanzadas que trataban igualmente de unirse entre sí. En la reunión general del Fomento de las Artes de Madrid (31 diciembre, 1864), según *El Obrero* (22 enero, 1865), informó en los siguientes términos la Junta: «Hemos procurado establecer relaciones con sociedades de provincias, hermanas, por su espíritu, del Fomento de las Artes. Tenemos la satisfacción de hallarnos en perfecta armonía con la **Filantrópica Artística** (Valladolid), **El Porvenir** (Zaragoza), el **Círculo de Artesanos** (Alicante), el **Círculo de Artesanos** (Cáceres) y el **Casino Artístico** (Albacete)».

Existía por entonces en Barcelona el Ateneo Catalán de la Clase Obrera; pero como observa *El Obrero*, no había establecido las relaciones que el Fomento deseaba.

En *Tierra y Libertad* (Madrid, 19 julio, 1902), cuenta Fermín Salvochea que hacia 1862-63 «en la fotografía que Guillén y Bartorelo tenían en Cádiz se reunían habitualmente Ramón de Cala, Bohorques, Garrido (cuando estaba en Cádiz) con otros fourieristas y algunos amigos que, sin ser falansterianos (como a mí me sucedía), aspiraban a la transformación de la sociedad»

El mismo Salvochea manifiesta en carta dirigida a Federico Urales y publicada en *La Revista Blanca* (1 noviembre, 1902), que mientras estuvo en Inglaterra se había empapado de las ideas de Tomás Paine, Owen y Bradlaugh.

Anselmo Lorenzo, en *La Revista Blanca* (15 febrero, 1905), se refiere a algunas traducciones de Fourier y al famoso *Viaje a Icaria* de Cabet, aparecidas todas estas obras desde 1840 a 1850. «Tales libros —afirma— eran muy conocidos en toda Andalucía». Se inclina a derivar de la influencia de aquellos libros las tendencias de los movimientos republicanos, hablando del de Loja (1856). No es probable que los movimientos republicanos se debieran a teorías leídas sino a la oposición compartida por muchos españoles que se llamaban republicanos —en son de protesta contra las injusticias imperantes—, no adjudicando a la República una calidad de etiqueta diferencial meramente política.

A pesar de las simpatías tan difundidas y de la defensa del socialismo por Garrido, Sixto Cámara, Narciso Monturiol y otros muchos, como el mismo Pi y Margall con su memorable polémica en *La Discusión* contra Castelar (1864), el socialismo español no pudo adquirir existencia separada y específica hasta 1868. La polémica entre Castelar y Pi recuerda la que sostuvieron en *La Libertad* (París, 1848) Bastiat y Proudhon; Bastiat quedó derrotado en Francia como Castelar en España.

Dada la boga del federalismo después de 1868, el socialismo no arraigó inmediatamente. Todos los políticos pedían el apoyo obrero para la República Federal y les ofrecían «la libre asociación de las clases populares», como dice José Anselmo Clavé en *La Vanguardia*, artículo «El partido republicano y los obreros» (Barcelona, 6 noviembre, 1868).

Primera Internacional

Todo parecía desarrollarse en pro de la incorporación de los obreros al federalismo político. Pero llegó entonces a España Fanelli. Fanelli participó a Tomás González Morago, en Madrid, lo que se proponía la Internacional. Intervino activamente Rafael Farga Pellicer en Barcelona en el mismo sentido. Eran aquellos hombres inteligentes y abnegados como López Montenegro, Pellicer Paraire, Albarracín y tantos otros. Puede considerárseles como fundadores o propagadores del socialismo en España, tal como Bakunin lo preconizaba ya en otoño de 1868, es decir, federalista, «partidario acérrimo de la autonomía local» como consecuencia de la individual,

de la mutualidad inmediata y del movimiento obrero independiente, contra el centralismo de Marx.

El 26 de junio de 1870 se clausuró en Barcelona el Congreso iniciado el 19 del mismo mes por los internacionalistas. Una Memoria bastante completa permite seguir con fruto sus deliberaciones en *La Federación* (Barcelona, 26 junio–7 agosto, 1870).

Fueron vencidos muchos obstáculos. La oposición electoral sostenida por los políticos, muchos de apelativo federal, no comprendió el colectivismo ni las ideas autonómicas de los obreros evolucionados; ni siquiera comprendió la cooperación libre. Se advierte la incomprensión en *El Nivel* (Barcelona), que se decía órgano de la Asociación Nacional de Trabajadores y se publicó desde el 25 de noviembre de 1871.

La Internacional, fundada en el mencionado Congreso como Federación Regional Española, tuvo campo abierto a partir de aquella fecha. Veamos ahora cómo acentuó sus convicciones de federalismo íntegro. España se consideraba como Región en el lenguaje de los internacionalistas.

El segundo Congreso español de la Internacional tuvo que reunirse en 1871 clandestinamente. En 1872 los delegados españoles al Congreso de La Haya se alzaron contra los métodos dictatoriales de Carlos Marx. Ya habían demostrado su disconformidad con el Consejo Central de Londres, que no tenía ninguna preocupación ajena a la política. En otro Congreso (Córdoba, 1873), hubo representación de trescientos mil obreros.

Durante la primera República española, en 1873, los obreros apolíticos organizados no dejaron de insistir en sus puntos de vista. En 1874 la Internacional quedó oficialmente al margen de la ley. Siete años vivió el movimiento obrero en completa clandestinidad.

Los socialistas unitarios creyeron fácil difundir sus teorías, pero consiguieron escasa eficacia. En vano anduvo por España un yerno de Marx para reanimar las huestes del socialismo centralista, cuyo grupo inicial se fundó en Madrid en 1871.

Con Francisco Mora creó Iglesias la nueva Federación Madrileña. No duró mucho tiempo. En 1879 se reconstruyó un grupo con el nombre de Agrupación Socialista.

Motivos permanentes

Había iniciado la vida española, ya en tiempos remotos, no una evolución frontal y en bloque, sino plural y varia. En sus aspectos constructivos se debió aquella evolución a la costumbre, al pensamiento de individualidades independientes y activas, destacadas o no; a la iniciativa y al trabajo inteligente como a la buena vecindad y al apoyo mutuo; a la conducta sobre todo, que es la vecindad más efectiva y depende estrechamente de la opinión que unos españoles tienen de otros.

Fue siempre la costumbre marginal del Estado la que tuvo arranque y eficacia. El andamiaje de todos los partidos ensayó en España las más heterogéneas modalidades, consiguiendo tan sólo nutrir y ampliar la lista de una tradicional fe de erratas con erratas nuevas. Lo mismo el Estado que el rito confesional y la sociología de ingerencia, desconocieron o deprimieron las manifestaciones de cualquier avance debido al esfuerzo puro y al acuerdo libre.

La diversidad de clima y paisaje; la relación, tan distinta en comarcas alejadas entre sí y hasta en comarcas inmediatas; el huerto a poca distancia de la estepa; la influencia de invasiones y éxodos al determinar —por convivencia laboriosa las primeras y por aislamiento los segundos— consecuencias diferenciadas en espacio, época y calidad, ayudan a interpretar las realidades en su congruencia vital.

El carácter español, cocido al sol del Sahara y enfriado por la galerna atlántica, tiene y tuvo su clima moral, ajeno al uso y al abuso del poder. La riqueza acumulativa y la cultura neutral o amoral no tuvieron arte ni parte como calidades variadas, porque el carácter logró, aparte de aquéllas, resultados estimables por colaboración sociable.

Socialismo naciente

Tanto en la vida varia, ajena a los grandes movimientos de carácter internacional, como en las organizaciones internacionalistas, estaba España, hacia 1885, en plena evolución por lo que respecta a los problemas generales, evolución iniciada en 1868, que por cierto no era la primera. Veamos lo que ocurría en los medios obreros.

El Congreso de Sevilla (24 y 26 de septiembre de 1882) constató la existencia de diez Comarcales, ciento nueve Federaciones Locales y seiscientas treinta y dos Federaciones gremiales de oficio, adheridas a la Internacional.

La distribución de miembros era desigual: trece mil ciento ochenta y uno en Cataluña; diecisiete mil veintiuno y trece mil veintiseis en Andalucía-Este y Andalucía-Oeste respectivamente; dos mil trescientos cincuencta y cinco en la comarca de Valencia; seiscientos ochenta y nueve en Aragón; mil quinientos cincuenta y uno en ambas Castillas; ochocientos cuarenta y siete en Galicia; setecientos diez en Vizcaya y doscientos sesenta y cinco en Murcia.

Cataluña, Andalucía y Valencia tenían focos de cierta densidad. No difieren mucho estas cifras de las que expresan el número de adherentes a los Congresos de la Internacional celebrados desde el año 1870. Todo lo cual prueba que había afinidad entre agricultores y obreros industriales; Cataluña representaba a estos últimos y Andalucía en mayor proporción numérica, aunque no relativa, a los campesinos. Desde 1885 cundió la expansión de doctrinas con más eco que antes. Hay, más que libros, bibliotecas enteras desconocidas por la aparatosa suficiencia del doctrinarismo.

El Centro de Amigos de Reus publicó dos volúmenes. El más antiguo se titula: *Primer Certamen Socialista* (Reus, Centro de Amigos, impreso en Barcelona 1887, segunda edición). El siguiente: *Segundo Certamen Socialista*, reseñando el que tuvo lugar el 10 de noviembre de 1889 en el Palacio de Bellas Artes, se publicó también en Barcelona (1890).

El origen del *Primer Certamen* se debió a pura casualidad.

José Llunas, nativo de Reus, había participado en un congreso del Centro de Lectura, no consiguiendo premio —según el jurado— porque la parte doctrinal de su trabajo no correspondía a la expositiva.

El nombre de Certamen Socialista se explica tratándose de antagonistas del socialismo nominal, porque aquéllos querían reivindicar el contenido primitivo del socialismo y no su derivación sufragista. No querían conservar el crédito inicial del socialismo llamado utópico, sino del experimentado en cooperativas, vida de relación, ayuda y solidaridad, cultura autodidacta, sociedades de resistencia y, también, en el intercambio campesino.

En el fondo, estas convicciones estaban de acuerdo con la gran sentencia de Montesquieu: «No hay que pedir a las leyes lo que puede

obtenerse por las costumbres». Por entonces, Eliseo Reclus propagaba el socialismo integral. Había hecho honor a la mejor costumbre, siendo animador del estudio y de la ciencia geográfica. Tantos frutos consiguió que, condenado a deportación perpetua como participante en la comuna de 1870-1871 (movimiento en el fondo y al principio municipalista contra los poderes extraños al Municipio), la condena determinó una protesta del mundo intelectual de la época, encabezada por Darwin y que tuvo resultados eficaces.

Susceptibilidad contra las ingerencias

En otro orden de consideraciones, diremos que el obrerismo se situó también con puntillosa susceptibilidad contra las ingerencias. Véase cómo describe Federico Urales su paso por las sociedades obreras en 1887. Se celebró en aquella fecha, en Barcelona, su Congreso Comarcal, al que asistió como delegado de Reus:

«La Comisión Federal se componía de un representante de cada comarca. Eran Comarcas los antiguos reinos: Aragón, Andalucía, Galicia, Cataluña, etc. La Comisión Federal residía en los pueblos que designaban los Congresos Regionales. Cuando yo ingresé en sus Secciones, estaba en Valladolid y era secretario Indalecio Cuadrado. Comúnmente los delegados comarcales en la Comisión Federal residían en las comarcas mismas, pero estaban representados constantemente en aquella Comisión por un delegado de la localidad. La Comisión Federal no tenía presidente, ni gozaba de facultades ejecutivas, ni su secretario percibía sueldo alguno. Tenía, como los demás individuos en delegación o comisión, un sueldo equivalente a los jornales que perdía. Todos los trabajos se realizan después de la jornada diaria, y cada delegado comarcal en la Comisión Federal despachaba por turno los asuntos comarcales. Así se simplificaba la labor del secretario general».

Añade Urales: «Es de advertir que dentro de la Federación Regional Española había Federaciones gremiales que se movían autónomamente y que tenían juntas propias y seguían el mismo sistema federal que se explica. Se celebraban Congresos Regionales (no se olvide que España era una Región para la Internacional) y Congresos comarcales luego de los Regionales; pero ningún acuerdo era válido en tanto no lo refrendaran con su voto, no ya la Federación

de cada pueblo, sino las Secciones (oficios) de que tales Federaciones Locales se componían».

Y sigue diciendo: «Los temas de los Congresos Regionales y Comarcales seguían el siguiente trámite: La sección (oficio), se reunía y todos los afiliados tenían derecho a proponer temas. Los que eran aprobados pasaban a la Comisión Local, la cual los remitía a la Comisión Comarcal y ésta a la Federal.

»En poder de la Comisión Federal los temas que habían aprobado las Secciones, aquella Comisión formaba e imprimía el orden del día que había de discutirse. En poder de las Secciones el orden del día, era discutido y, conforme a los acuerdos que recaían, se daba al delegado que había de representarlo en el Congreso lo que llamaremos el mandato. El delegado se convertía en un mandatario, porque quien iniciaba en todo momento era la Sección y dentro de la Sección el individuo. Pero todo estaba previsto. El delegado no era una correa de transmisión. Tenía criterio propio que podía exponer. En todos los congresos se proponía un tema: **Asuntos Generales**. Los delegados eran libres de proponer y discutir. Celebrado el Congreso, los acuerdos se enviaban a las Secciones, siguiendo el mismo camino que los temas. Los aprobados se ponían en vigor. De suerte que ni aun los Congresos eran ejecutivos. Lo era el individuo, unido a otros por su oficio».

Concluye Urales: «Un régimen tan descentralizado y autónomo, tan federalista y libre, necesita un régimen de amplitud, una amplitud que España apenas gozó políticamente. Entre falta de libertades para practicar un régimen societario de verdadera autonomía, o tenerlo dictatorial como el régimen político del país, es mejor no tener ninguno. Peor que la desorganización obrera, pero con sentido solidario, es la intervenida» (*La Revista Blanca*, 1 de septiembre, 1928).

Federico Urales, autor de una obra sobre posibilidades de autonomía sin adjetivos, *El Municipio Libre* (1932), era nativo de Reus, como Llunas, Constantí y otros adalides. Es evidente que aquella susceptibilidad, aquel pundonor funcional, tenía su raíz en las costumbres secularmente anteriores a la Internacional y supervivientes a ésta.

Un foco expansivo: Reus

La actitud del Centro de Lectura de Reus fue injusta con Llunas. Éste y sus amigos apresuraron la convocatoria del Certamen Socialista por el Centro de Amigos. Se propusieron dieciséis temas, elegidos por los grupos, que ofrecieron premios. Algunos de los temas debatidos:

1. Organización y aspiraciones de los trabajadores de la región Española. (Propuesto por el Centro de Amigos de Reus).

2. El trabajo colectivo agrícola e industrial; derechos y deberes del individuo y de la colectividad en la producción y distribución de productos. (Propuesto por el Consejo Local de las Secciones Obreras de Igualada).

Había otros temas. El Ateneo Obrero de Sabadell, el Consejo Local de Barcelona y la Sección Varia de la misma ciudad propusieron estudios sobre colectivismo, idea que por entonces interesaba a los medios obreros tanto como la autonomía. **El Cosmopolita** de Valladolid pidió que se discutiera el cosmopolitismo sobre bases de leyes natulares. Llunas fue ponente del tema que figura en primer lugar; Tarrida del Mármol, Ricardo Mella y otros internacionalistas, Constantí (también de Reus), desarrollaron otros temas de interés.

José Llunas Pujals, muerto en 1905 en Barcelona, tipógrafo muy experto, internacionalista de primera hora (desde 1870), figuró en la redacción de *La Tramuntana*, hoja periódica en catalán. Según sus obras —el tema aludido, su libro *Estudios filosóficos sociales* y algunos ensayos reimpresos en *El Corsario* de La Coruña en 1891—, debió comprender muy bien el carácter íntimo que animaba a la Federación de Trabajadores de la Región Española. Que una preocupación de envergadura por entonces era la libertad local, es evidente. Bastará para demostrarlo reproducir el llamamiento que aquella Federación suscribió públicamente en julio de 1881, citando a los afines para el Congreso constitutivo que tuvo lugar en septiembre del mismo año:

«Todos los que consideráis los derechos individuales imprescriptibles e ilegislables, todos los que sois partidarios de la autonomía del individuo, del oficio, del Municipio, de la Comarca y de la Región, y que consideráis el pacto sinalagmático, comunicativo y

bilateral, única fórmula para establecer la gran Federación del Trabajo, quedáis citados a un Congreso Obrero Regional que tendrá lugar en Barcelona los días 24 y 25 de septiembre...» Incluso la terminología es federal. Pero no se trata de federalismo teórico, sino experimentado en las sociedades obreras.

Lo que quedaba aún de la Internacional y las nuevas organizaciones constituídas, integraron la Federación de Trabajadores de la Región Española, que se consolidó en los años siguientes. (Congresos de Sevilla 24 y 26 de septiembre de 1882, de Valencia 4-8 octubre 1883). La serie de Congresos se interrumpió un tanto. Desde 1882 por las persecusiones contra la llamada **Mano Negra**, descalificada por la federación. En 1884, por el cólera.

La Federación Local es el Municipio

La *Crónica de los Trabajadores de la Región Española* de 1882 (Barcelona) y, sobre todo, la *Revista Social* de 1881-84 (Madrid), continuada desde el 15 de enero de 1885 en Sans; *La Federación Igualadina* (Igualada, 9 febrero 1883-85) y *La Bandera Social* (Madrid 1885-86), informan sobre el primer período. Una Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Federal, 1887 a 1889 (sin lugar de publicación 16 pág. junio 1889) y el órgano *La Justicia Humana* (Barcelona, 1886), muestran las dificultades del segundo período.

Hacia otoño de 1893 se abrió la serie de grandes represiones, ya inaugurada en 1891-92 en Barcelona y Jerez, y continuada posteriormente. En Madrid, en La Coruña sobre todo, los periódicos pudieron mantenerse, a pesar de todo, aunque con limitaciones.

Explicando Llunas los antecedentes de la Federación, muestra que estaba dividida en dos grandes entidades. Formando parte a la vez de ella todos los federados, se dedica cada una a distintas funciones. La primera de estas suborganizaciones está basada en el concepto que tiene la Federación de la humanidad del porvenir. He aquí una síntesis: «La Federación Local es el Municipio. Los representantes elegidos directamente por las Secciones, suplirán lo que hoy llamamos Ayuntamientos, pero sin otra misión que administrar tanto en las sociedades interiores como en sus relaciones con el exterior, puesto que son representantes de la localidad. La voluntad permanente de las Secciones podría a todas horas destituir, cambiar o exigir prontamente estrecha cuenta a los administradores. Las

Secciones de Servicios Públicos atenderán cada uno a su especialidad.» Nótese cómo se deja la administración municipal estrictamente acotada a su función. El Municipio administra, y nada más.

Todas estas ideas representan un socialismo federalista y contractual que implica la aceptación voluntaria de obligaciones exigibles con estricta puntualidad, y que pueden ser onerosas, pero siempre han de entenderse libremente consentidas.

Ricardo Mella en la obra *Diferencia entre el comunismo (autoritario) y el colectivismo* páginas 205-51 del «Primer Certamen Socialista», escribe lo siguiente: «El ejercicio de la libertad implica mutualidad y respeto de unos hacia otros, reciprocidad de garantías y transición natural de lo propio a lo ajeno, de lo uno a lo vario, de lo particular a lo general; y todo esto no puede existir sin igualdad. Donde ésta falta, predomina el privilegio, la jerarquía social, el poder del más fuerte, la invasión de lo propio en lo ajeno; y recíprocamente la insolidaridad y la guerra, cosas todas que implican negación o anulación de la libertad. Toda sociedad en que estos dos principios no entren como factores principales de su organización, es viciosa e injusta» (página 227).

Añade Mella: «El colectivismo rechaza como principio, aunque pueda aceptarla como fin, **la igualdad absoluta**, y adopta como instrumento necesario el desenvolvimiento del individuo y de la sociedad. A la vez, los colectivistas toman por principio la igualdad de los medios y condiciones económicas que no superponen el derecho social al del individuo ni anteponen éste a aquél, sino que consagra la coexistencia de ambos, los impulsa por la libertad y por la libertad los armoniza. El individuo dispone libérrimamente de lo suyo; la agrupación de oficio decide en su seno, sin intervención alguna, todo lo que a ella concierne; lo mismo hacen el Municipio y la región; lo mismo cuantas colectividades puedan existir y existan de hecho. La Confederación es de vario carácter: económica, social y política. Se organiza y entienden entre sí las diferentes agrupaciones de oficio de todos los países. Lo mismo se relacionan las entidades políticas o sociales, como son el Municipio, la Comarca, la Región, etc.»

Véase cómo Ricardo Mella quería hacer compatible el colectivismo con la autonomía: «En el seno de todas las agrupaciones —escribía— será ésto objeto de discusión; pero de ella surgirá definitivamente lo que hoy empieza a determinarse, aunque de un modo incompleto, el valor justo de cada trabajo especial; y así este extremo no ocupará mucho tiempo a los asociados, porque las oscilaciones

serán insignificantes, conocidas de todos y por todos apreciadas. El talento y el trabajo vuelven a la ciencia; el combate por la vida mantiene al hombre en el estímulo, empuja al progreso, fomenta la civilización y nos encontramos de nuevo en eterno movimiento. Vivimos para mengua de la utopía y de los utopistas.»

Realiza Mella un esfuerzo serio y sincero encontrando garantías de la libertad para el hombre que entra en usufructo de una parte de la riqueza social.

En *El hijo del proletariado militante*, obra de Ramón Constantí, de Reus, los lazos entre la Federación de Trabajadores y el mañana son esmeradamente precisados como organización administrativa. El consejo Local de las Secciones es el prólogo del Municipio futuro. Toda la organización que esboza, hasta la Federación Internacional y cosmopolita «es vivo reflejo de la sociedad del porvenir en la que todos los seres humanos serán productores y consumidores a la vez».

Celso Gómis, secretario en Ginebra de la Sección de la Alianza de la Democracia Socialista, cuando estuvo refugiado allí (comienzos de 1870) expresa un pensamiento semejante en rotundos versos catalanes.

Las ideas que preconizaba en 1881 la Federación de Trabajadores de la Región Española, cayeron en olvido algunos años después. No por ser solución infalible y única convenía propagarlas, sino porque habría sido prudente extender la amplia base adquirida por ellas, más amplia que en cualquier país entonces, y no minada ni atenuada por las sutilidades de la crítica.

Notemos que en estas notas breves hemos podido subrayar el movimiento obrero español internacionalista sin necesitar apenas más que una alusión local: Reus. Reus, con todo, no era una excepción. En Castilla y en Galicia había pequeñas localidades de autonomía municipal secular. Fue una lástima que el movimiento obrero no se fijara en tales excepciones respecto al unitarismo del Estado, y en muchas ocasiones imitara a éste.

Democracia es convivencia

El movimiento obrero empleaba alguna vez la palabra **política**. La empleaba precisamente para referirse al Municipio como convivencia normal de vecindad. El Estado es una abstracción, el Municipio una realidad. El Estado tiene definición doctrinal. Hay Estado socialista, Estado presidencialista, Estado total, Estado democrático no presidencialista. El Municipio tiene un sentido indestructible de comunidad de vecinos. Todo lo que en él se ventila y acuerda se refiere a servicios públicos, a mejoras de urbanización, a bienestar, a tránsito o control de circulación, a pavimentos, a alumbrado, a reformas de saneamiento, a edificaciones escolares; a todo lo que hace al hombre sociable, vecinal, creyente en la moral activa, educadora y progresiva, fortalecida por el ejemplo y la conducta visibles de sus convecinos.

Sobre cualquiera de estos apartados, todos los vecinos opinan. Pero la estructura centralista de la Administración les obliga a opinar únicamente con el voto. El voto es una profesión de fe en un partido. Como existen diversos partidos, todos ellos antagónicos, las elecciones dividen al vecindario. ¿Propone el Municipio la apertura de calles saneadas mediante el plebiscito? No. El voto del vecindario respecto a la higiene pública estaría todo él con los higienistas, con los técnicos sanitarios. No habría división. Como la hay, y a muerte, es pidiendo votos a porfía los partidos, no para tener piscinas y parques, sino para tener concejales.

Esto es antidemocrático. La democracia pura y la aplicada se relacionan, esencialmente, con la gestión directa de los asuntos públicos por parte de todos —plebiscito—, y no con la representación de los partidos —sufragio—. El vecindario no es un mosaico de partidos, como lo es el municipio oficial. Un buen servicio de aguas —canalización moderna, piscinas, abundante dotación de precioso caudal potable. etc.— interesa al vecindario en general. A los partidos interesa tan sólo como programa electoral, y a las empresas como negocio. Ganadas las elecciones, no se acuerdan los concejales del problema del agua, que está por resolver democráticamente en todos los municipios españoles después de un siglo de democracia sufragista. Pero aún sin resolver, el problema del agua es el mejor negocio en España para colocar capitales.

El municipalismo sufragista no ha resuelto el problema del suministro de agua. Los banqueros lo han resuelto pésimamente al intervenir como negociantes en un servicio público, cuya gestión compete directamente al vecindario y a la Sanidad, no a los banqueros. La democracia de sufragio es, pues, una oposición a la democracia plebiscitaria. Los higienistas no están conformes con que el agua sea mala. El vecindario —deduciendo los privilegiados que pueden beber agua mineral— no está conforme en que el agua sea malsana y escasa. El Estado es tan mal administrador del agua como los municipios. Lo prueba la dotación insuficiente de los establecimientos llamados penitenciarios. Cuando los reclusos quieren bañarse se les castiga como si propusieran la comisión de un delito. En cambio deja el Estado que millones de toneladas de agua causen estragos en las tierras y en las florestas, estragos torrenciales que equivalen a verdaderas catástrofes cuando sobreviene un temporal. La previsión forestal tiene a mano procedimientos para evitar el desenfreno de los temporales. El Estado, gestor de todo, lo abandona todo. Lo que hacen algunos técnicos modernos es producto de la iniciativa de éstos y lo hacen contra el Estado, que todo lo convierte en expedientes interminables.

Los pueblos resolvieron el problema del agua para riegos y usos domésticos cuando la proximidad de ríos y otros cauces favoreció la solución. Incluso se valieron de embalses, cisternas, pozos artesianos, pantanos y fuentes para tener agua. Si encomendaron al sufragio asuntos tan vitales, el sufragio los desnaturalizó y el vecindario tuvo discursos, pero no tuvo agua.

Democracia falsificada

Democracia es paz y no lucha de opiniones por intervención de partidos de apelativo democrático o no en el sufragio. La verdadera democracia es funcional. Democracia es votar plebiscitariamente un servicio público y no un concejal que intervenga como gestor de todos los servicios públicos.

No puede un sistema político aspirar a la paz cuando separa a los que conviven pacíficamente en grupos irreductibles. El voto de un servicio público no divide a los ciudadanos, beneficiarios todos de él y que puede condicionarlo al bienestar general. El plebiscito que se pide a un país para declarar la guerra, significa (si hay división de

opiniones) que la guerra han de hacerla exclusivamente los que la votan. Los estrategas de café, como los inútiles por defecto físico, los cretinos, los sordomudos, etc., no tendrán voto para decidir sobre la guerra en un régimen sensato.

En cuanto a la democracia falsificada, puede advertirse también una contradicción respecto a la economía. Recuérdese que la organización económica americana, ideada por Roosevelt, no pudo tener efecto cuando cayó vertiginosamente el dólar en 1933. Y no pudo tener efecto porque las fuerzas económicas de América y el mismo Tribunal Federal se opusieron resueltamente. Caso curioso el de aquel político. Primer magistrado de una República presidencialista y democrática por voto mayoritario, no pudo obtener mayoría para controlar y presidir la economía del país.

Tránsito de la autonomía obrera al Municipio

En el movimiento obrero federalista sus animadores tenían la experiencia de la asociación propia. Cada Sección usaba completa autonomía como tal. Una actitud determinada no se decretaba caprichosamente, sino que se acordaba con audiencia de sus autores (individualmente) y como adherentes a la Sección. Las deliberaciones de ésta con otra tenían trabazón prevista en un órgano inmediato y concreto, si lo tenían por conveniente, sin recibirlo nunca de lo alto. El representante de un taller era nombrado por los operarios del mismo y no obedecía a ninguna junta exterior. La jurisdicción se reducía a relación.

Aquellos operarios veían en el Municipio una ampliación de sus prácticas. No veían en el Municipio un coto cerrado gremial a la manera de los florentinos del tiempo del Dante, quienes obligaron a éste a ingresar en el gremio de boticarios para poder ser ciudadano florentino. Los operarios del movimiento a que antes nos referimos supusieron acertadamente que el municipio español carecía de tradición como organismo oficial, y quisieron darle, de acuerdo con la vida, siempre varia, una base ajena a la delegación indirecta del voto abstracto y burocrático. Querían determinar realizaciones concretas. Eran consumidores y productores. Se habían elevado sobre su insuficiencia cultural. Anselmo Lorenzo fue buen ejemplo de ello. Siendo tipógrafo, adquirió, como muchos otros, cultura elevada. Tradujo la espléndida obra de Reclus *El hombre y la tierra.*

En los talleres, los mejores operarios eran hombres de integridad moral y técnica, amigos de la obra bien hecha y del federalismo funcional que Pi y Margall derivó de Proudhon, al que tradujo, pero olvidó como gobernante, lo que determinó la disidencia de uno de los pensadores más agudos de su tiempo: Salvochea (1842-1907). Éste estaba, desde la juventud, saturado de la doctrina de Pi y Margall. Se había educado en Inglaterra, tierra de Burke y de su *Vindication of natural society* (1756), tan anterior a la prosa de los doctrinarios franceses de 1789-93. La influencia de Owen, Tomás Paine y Godwin; la del humanismo liberal y cultural, no de intereses; sobre todo, su contacto con el mundo del trabajo español más evolucionado, le mantuvo alejado de la falacia que da derecho de sufragio a un cretino. Había sido alcalde de Cádiz con la primera República, pero su apartamiento de los manifiestos electorales fue completo después, coincidiendo con el formidable movimiento intelectual europeo, tan bien representado por los hermanos Reclus, convencidos federalistas que hicieron de la Geografía la más sugestiva y social de las ciencias.

Boga del Sindicato

El principio de nuestro siglo se caracterizó en España, apenas restaurados los Borbones y terminada la última guerra carlista, por el intervencionismo del Estado en los conflictos sociales. Aquel intervencionismo fue tímido y aleatorio al principio. Perdidas las colonias se intensificó extraordinariamente favorecido por el socialismo colaborador, mientras la vieja tendencia obrera apolítica se iba afirmando como oposición, dispersa hasta 1911, activa desde 1911 a 1917, y tan acelerada con el Sindicato Único desde aquella fecha, que sobrepasa en proporción al desarrollo de cualquier movimiento del exterior español.

Quisieron los políticos intervenir en los movimientos obreros para reprimirlos, puesto que no los comprendían. No consiguieron reprimirlos nunca del todo ni comprenderlos en lo más mínimo. Todos ellos fueron partidarios de arbitrajes, coaliciones, normas de huelga, leyes de las llamadas protectoras del obrero, etc. Éstas procedían de la Alemania de Bismarck, que las negoció con el socialista político Lasalle.

Lo más europeo de los gobiernos españoles era, para éstos, adaptar a España las modalidades de beneficiencia que iban implantándose fuera de España para las masas trabajadoras. No se enfrentaban los gobernantes con ningún problema de fondo. Agravaban todos los problemas, sin resolverlos, con un intervencionismo que se daba a veces aires paternales, e inmediatamente después, recurrían a represiones cruentas. En reralidad, los conflictos sociales eran un engorro para el poder oficial, ataques a la comodidad y al interés acumulativo.

Intervencionismo del Estado

Poco antes de fin de siglo la sociología había llegado a España, empapada de humedad del Támesis. Gumersindo de Azcárate fue el sociólogo de cátedra que la representó en nuestro país.

No es difícil hallar en Azcárate abundante información sobre el conceptismo de su tiempo acerca del régimen de propiedad. En la célebre *Minuta de un testamento* demuestra una sencillez rosada insinuante, severa, a ratos elegíaca.

En 1875 había sido desterrado Azcárate, ya profesor, a Cáceres, porque se enfrentó con el ultramontano ministro Orovio, siendo repuesto después Azcárate por Albareda.

Mientras adquiría fama como profesor de disciplinas constitucionales, se extinguía el romanticismo costumbrista y literario y empezaba a alcanzar crédito la dínamo. Pasaba Echegaray por ser un portentoso genio en vista de que explicaba en un artículo lo que era la dínamo. Si explicar la dínamo representaba una novedad extraordinaria; si un tema familiar a los mecánicos más modestos era como un misterio para el lector medio, ¿qué no serían las teorías de cátedra de Azcárate?

Si apenas ningún español sabía nada de la dínamo, ¿cómo iba a enterarse de lo que podía ser el *self-government*? Azcárate lo explicaba. Pero así como de la explicación de Echegaray se deducía la definición de una dínamo, de la explicación de Azcárate no se deducía lo que podía ser el *self-government*. Al parecer, no quería Azcárate, con el *self-government* referirse al *self-command*, terminología también británica que equivale a dominio sobre sí mismo; quería referirse probablemente al deseo de que los hombres todos se gobernaran políticamente. Muchos millones de españoles estaban por entonces gobernando su actividad en las industrias, en la tierra, en los oficios,

en la artesanía, en las minas, en los andamios y en el mar; también en las altas regiones de la investigación pura y del arte. Trataremos de despejar la incógnita del *self-government* y del *self-command.*

En 1881 se publicó un curioso libro de 261 páginas. Autor: Gumersindo de Azcárate. Título: *Resumen de un debate sobre el problema social.* Es una explicación comentada de los debates que se desarrollaron en el Ateneo de Madrid —curso de 1877 a 1878— y que tienen en Azcárate cronista y comentador..

El problema social es una aspiración a la armonía, según dictamen de uno de los doctrinarios que intervienen en el debate; un anhelo de igualdad, según otro de los interventores; una ecuación entre las aspiraciones y la posibilidad de satisfacerlas, según el tercer conferenciante. Y pregunta Azcárate en vista de que no hay armonía social, igualdad ni ecuación entre aspiraciones y realidades: «¿Son estas esperanzas imposibles por razón de vicios o defectos de la organización social?»

Tras una serie de consideraciones doctrinales destinadas a justificar el uso de la libertad como medio, dice Azcárate: «Se cae en la cuenta de que la libertad abstracta y el individualismo atomístico no pueden resolver la cuestión y aparece aquella serie de proyectos más o menos utópicos de organización social distintos en cuanto unos pretenden que el Estado ha de ser fundamento de ella mientras que otros rechazan el Estado, pero coinciden en aspirar a una igualdad real a costa de la libertad individual». Estas palabras son graves en un profesor, en un jurista. Ya hemos visto que la España más modesta, dentro del avance general de costumbres, interpretaba con lucidez la realidad social.

Había pasado más de un lustro desde la Comuna de París; era una realidad en muchas grandes zonas de Europa y América la vida armónica, la reciprocidad, la mutualidad cultural y económica; Costa trazaba por entonces, con precisión, el mapa del pasado colectivista del campo; la costumbre tenía bellas matizaciones en todo el mundo; los internacionalistas como Salvochea y Eduardo Benot, que fueron contemporáneos de Azcárate, estando empapados ambos de cultura británica como Azcárate, habían dignificado las luchas obreras apartándolas precisamente del totalismo gremialista. Y salía de pronto Azcárate reprochando a la lucha social su ilegitimidad por ser, según él, contraria a la libertad individual, como si ésta no fuera el primer motivo de reivindicación en el socialismo no sufragista.

En el libro a que nos venimos refiriendo se dice, copiando discursos del debate en el Ateneo: «La propiedad es una condición virgen, no una inmoralidad en sí». Pero, ¿qué tope fija la frontera entre la propiedad virgen y la propiedad abusiva? Los internacionalistas hubieran contestado unánimemente: «¡El salario!». En el debate del Ateneo el problema quedó intacto. Véase lo que dice Azcárate: «La propiedad es la relación esencial, sustantiva y total. El derecho de propiedad es el conjunto de condiciones necesarias para que aquella relación esencial, sustantiva y total, pueda realizarse y cumplirse». Relación entre hombres y cosas, naturalmente. Pero hombres en abstracto, en serie, como los productos manufacturados.

La propiedad se confunde con la herencia en las palabras de Azcárate. Lo mismo es para él propiedad un latifundio de mil hectáreas que se trabaja a jornal, como una huerta que se trabaja a renta o un pequeño fundo heredado por el mismo que lo cultiva. La propiedad es una idea para Azcárate. No es una tierra, ni una máquina, ni una casa de vecindad. Los hombres son abstracciones. La carne y el hueso —como para Kempis— categorías perecederas. El agricultor que lucha un cuarto de siglo para que sus hijos puedan cultivar tierra propia equivale, según Azcárate, al que hereda una finca y no trabaja sino que hace trabajar —si puede— a los demás. Es decir que la propiedad en sí puede ser un instrumento de dominio y un instrumento de trabajo directo. Los sociólogos del Ateneo no discriminan, no separan con una frontera la legitimidad del trabajo y la ilegitimidad de mercantilizarlo. En los medios obreros esta separación estaba ya hecha. Los doctrinarios no sabían hacerla.

La democracia tiene muchas versiones, como las tiene la palabra «organización». Hay organización capitalista y organización obrera. Puede ser demócrata el partido del plebiscito para votar servicios, obras, no candidatos. Se puede ser demócrata y se puede ser liberal sin necesidad de tener fe en el censo electoral manipulado por los partidos, coaligados o no.

El ciudadano se define por sus designios en la ciudadanía directa. En la democracia al servicio de los partidos sufragistas el ciudadano se define precisamente por su abdicación ante las realizaciones. El voto, en la democracia indirecta, tiene una especie de infalibilidad totalitaria en lo que es específicamente parcial: el partido; mientras que en la ciudadanía activista y directa, el voto es condicionado; no condicionado a hombres a candidatos o ideologías particularistas en pugna, sino a la construcción de escuelas,

carreteras, bibliotecas, libertad de conciencia, opción por un sistema económico o por otro, etc., designios todos realizables por los mismos que lo formularon y no por ningún candidato.

No se trata de ninguna novedad ni siquiera de ninguna invención. Se trata de comparar el sufragio irreparable e irresponsable de la democracia indirecta con el sufragio realizable, constructivo y reparador que podemos ver en la vida corriente. Cuando los ciudadanos de un Sindicato de Riegos votan, por ejemplo, decisiones convenientes para todos, o cuando en una asamblea de cooperadores se decide un problema de transporte, el sufragio es legítimo y útil porque se refiere a una voluntad deliberada sobre un problema concreto.

La Huelga Santa de Maura

Decía Cánovas, soñador de imposibles: «Política es el arte de lo posible». Maura no creía más que en imposibles.

En Maura se dio uno de los casos más contradictorios de España. Quiso acumular esencias conservadoras, pero como conservador no tenía tradición, porque nada había tenido nunca para conservar. Descendía de una familia pobre. Pobre llegó a Madrid, y como pobre se situó en la fila de los servidores de un despacho. Desde la fila pasó a la categoría de cuñado de Gamazo. Pobre fue la aportación de Maura a la doctrina política. «La autoridad —decía— es una sugestión espiritual que introduce en el ánimo del súbdito la presunción de la rectitud y nos lo trae a la obediencia». Así: «nos lo trae». Como si se tratara de un loco que, de golpe y porrazo «nos lo trae» el psiquiatra a la visita.

En realida, lo que hizo Maura fue adornarse con tópicos fáciles. Era —teóricamente— un defensor entusiasta de la huelga, y la definía así: «Ejercicio elemental incontestable del operario sobre su trabajo, forma de asociación en la que aporta el operario su actividad, como los capitalistas sus ahorros, sus pesetas.» Y añadía: «¿Hay cosa más elemental, más intrínsecamente legítima, más santa?» Este hombre que calificaba la huelga de santa, hacía ametrallar a los huelguistas antes de saber lo que pedían sin escándalo.

No creía en la pena de muerte. «Tengo, lo confieso, poquísima fe en la ejemplaridad de la pena de muerte.» Este hombre, que no creía en la pena de muerte, la hacía aplicar inexorablemente.

Era —teóricamente también— partidario de la descentralización no reducida «a la transferencia de cuidados», sino empleada para «reconstruir, reorganizar, infundir nueva vida a los organismos locales».

Todo bajaba de lo alto. Leed la definición maurista de la amnistía: «Es como el arco iris que anuncia un acto de clemencia, el más excelso de los atributos de la soberanía y de la majestad, porque en la clemencia se manifiesta el poder y se sirve a la justicia, declarándose el amor que engendra otros amores; esa es la clemencia que viene de lo alto.» Véase cómo este párrafo condensa la granujienta teoría del poder como privilegio de perdonar para ser perdonado.

Los conservadores poco enterados consideraron en cierta época a Maura como una especie de gallo mallorquín que se atrevía a replicar al rey. Todo fue una leyenda. «Consideramos —decía— que el monarca es el árbitro supremo. Aunque nos pareciese que se equivoca, seríamos necios si no entendiéramos que él, más imparcial y más alto, acertaba y nosotros no; y porque, además, no hay régimen posible sin jefatura suprema, y esa es la del monarca.» Esto no es más que magia.

Los textos de Maura se copian literalmente del Libro de J. Paulis y F. de Sorel, *Maura ante el pueblo* (Librería Beltrán, Madrid, 1935). Se trata de un panegírico vehemente.

El índice de leyes promovidas por Maura es aterrador. Leer todos los textos sería someterse a una prueba difícilmente tolerable.

Curioso sería tal vez, aunque difícil, imaginar la actitud de Maura ante un problema concreto. Si se pregunta a cualquier maurista lo que pensaba Maura del problema catalán, contestará: «Era partidario de la descentralización.» Un datista agregará a renglón seguido: «Pero Dato concedió por Decreto la Mancomunidad catalana.» Y un maurista distinto del primero, cerrará el florilegio diciendo: «El proyecto de Administración Local era más regionalista que el regionalismo, pues éste resultaba centralista.» Nada se imaginó nunca tan centralista para los municipios como el proyecto de Maura. La pobre vida local española quedaba encuadrada entre centinelas del Estado que espiaban por cuenta del Estado, que recaudaban para aquella insaciable máquina tragaperras que es el Estado. Lo que intentó Maura con su proyecto fue dar relieve al corporativismo, que fue después una obsesión para el fascismo, y desde 1923 para Calvo Sotelo y Primo de Rivera.

Las energías vitales de España se desenvolvieron siempre por oposición a los gobernantes y hasta por oposición a los que aspiran a gobernar, pero vegetan en régimen de inercia propia. Maura suscitó por oposición aquella energía inicial de los mejores españoles. Era esta energía creadora, ordenada y profundamente progresista. Pero es una cosa muy sintomática que sean conservadores como Maura muchos españoles que nada tienen que conservar. Los ricos conservadores son, en cambio, dilapidadores.

Son Maura y Azcárate dos intervencionistas en el mundo obrero. Confundiéndose o sucediéndose, marcan la hora social no sólo con retraso respecto a los obreros federalistas, sino que la marcan con impericia y aun con cierta impaciencia, pues Maura fue un impaciente y un resentido, lo que equivale a resentimiento doble y a impaciencia doble, además de lindar con la veleidad.

El fundamento de la Asamblea abierta

En la época de la guerra civil, muchos pueblos de la zona antifascista costituyeron Municipios Libres. Con todos los inconvenientes del caso, el elemento laborioso afecto a la C.N.T. pudo persuadir a los convecinos no menos laboriosos de que urgía dar estructura a la convivencia local del acuerdo referente a una de las ideas fundamentales de los promotores y que se relaciona con la corriente autonómica ajena al Estado en un pueblo de Aragón:

«***Acuerdo 1º.*** —La Asamblea abierta de todos los vecinos capaces acuerda constituir el Municipio Libre y darle el Estatuto correspondiente, que toma el nombre de Carta Municipal. Son vecinos capaces los no sometidos a tutela, dentro de esta capacidad, sin limitación de sexo, oficio, raza, nacionalidad, color, idioma o religión, los cabezas de familia, los mayores de veinte años y los menores cuya capacidad se acuerde por la Asamblea misma.»

Esta Asamblea es evidentemente posible. Los vecinos de una localidad no pueden estar en situación inferior a los accionistas de un negocio ni los participantes de un Sindicato.

Todos los sindicatos convocan asambleas entre sus adherentes para constituirse. Las convocan muchos pueblos aun dentro de la legalidad más cerrada, para cuestiones de interés vital, como disfrute de antiguos derechos, construcción de caminos, reparto de beneficios obtenidos por aprovechamiento de industrias resineras, compras y ventas en común, molinos vecinales, dragados de acequias, edificaciones escolares, etc. Todo ésto se hizo siempre y se hizo bien.

Al principio, la costumbre de reunirse los pueblos en asambleas para resolver los problemas que a todos los vecinos atañen, produjo y produciría seguramente muchos recelos. Pero cuando los aldeanos vean que no interviene la idea de lucro, y que a nadie le es posible aprovechar ninguna ocasión para lucirse como orador; cuando vean que todos pueden exponer libremente su opinión como la exponen en confianza cuando departen voluntariamente entre allegados; cuando vean que no se pierde el tiempo confundiendo la Asamblea con el mitin; cuando comprueben que los acuerdos se llevan a la práctica obteniéndose resultados positivos, el régimen de Asamblea abierta dará sus frutos. Los dio ya en casos parecidos.

Se habló en exceso de la ignorancia de los lugareños. Ninguno de éstos deja de resolver, en su propia casa y en su propia tierra, problemas de convivencia directa. Para extender su curiosidad a la vida local que tanto interesa, basta hacerla asequible a sus entendederas, no apabullándole con retórica, y presentando los temas de discusión como los presenta él. Su ingenuidad, tan puesta en evidencia por escritores y dramaturgos, es un mito. Si adopta una desconfianza sistemática es porque, sistemáticamente, se desconfió de él. Todos los partidos, todos los credos sociales le consideran como una cosa. Hablan en su lugar y hasta le atropellan en nombre de su propia convivencia, cuando podría disponer de todos los recursos que le expropia el Estado.

La instrucción general habría de dar al censo aldeano un avance extraordinario, como también la exposición en textos sencillos de los resultados comparables obtenidos por el libre juego de la autonomía local, del trabajo y de la asociación para finalidades concretas, cuya mejor propaganda está en realizarlas.

Se ha puesto en pugna la ciudadanía de urbe grande con la pequeña ciudadanía vecinal porque entre ambas juega la ignorancia, el interés o la coacción de aldeanos engreídos en su propio atraso, y ciudadanos que se tienen a sí mismos por seres de categoría superior. No vamos a aceptar la idea de que la ciudad es parasitaria

del campo. Una de las peores consignas del cazurrismo es decir que en la ciudad se vive tendido a la bartola, que en ella no se produce nada necesario, etc. Sin la ciudad, el campo sería un desierto. Sin el campo la ciudad sería una estepa. Tal vez la cuestión neurálgica más espinosa de España, el antagonismo más intransigente y más irreductible, resida en la falta de verdadero diálogo entre el campo y la ciudad.

La ciudad echa en cara al campo su caciquismo, como si la ciudad estuviera libre de él. El campo echa en cara a la ciudad su falta de laboriosidad, olvidando que en las ciudades murieron de fatiga muchos trabajadores más en proporción que en el campo, y en éste existe también a veces escasa afición al trabajo. La disidencia entre el campo y la ciudad es un separatismo cerril que inutiliza obras posiblemente duraderas y ejemplares. La consigna de reintegrar al paisaje elementos desprendidos de él es hoy por hoy la de todos los partidos. Pero éstos consideran que la aldea es mucho más manejable que el censo obrero ciudadano. No exaltan la vuelta a la aldea como resultado de una grave crisis de crecimiento; no la exaltan respondiendo a una especie de convivencia general distributiva de tareas bien empleadas, sino porque suponen que el peonaje de la ciudad habría de ser, en la aldea, obediente y pasivo.

Masas densas de campesinos nutrieron, más que en brazos en prole abundante, las tres ciudades acumulativas de España, respecto a mano de obra de peonaje —Barcelona, Madrid, Bilbao—, dando aquellas masas al censo de las tres urbes un excedente que determinó sus conflictos más agudos. Pero obsérvese que los territorios de origen de los emigrantes campesinos que se instalaron en Barcelona eran yermos aragoneses, murcianos y valencianos. Los primeros pasan hoy por un período evolutivo del mayor interés, y el trasiego de mano de obra ha quedado paralizado por el hecho de que las zonas de procedencia de aquella mano de obra se han cultivado prescindiendo del jornal y hasta algunas se han industrializado con el establecimiento de azucareras, fábricas de harina, de conservas vegetales, etc. Se desvincularon de grandes propiedades, y los labradores se repartieron la tierra de riego nuevo, haciendo plantaciones y dedicando las parcelas a forraje, frutales, hortalizas, viñedo y olivar.

La desvinculación fue rápidamente producida por el riego. El riego ahuyenta a los grandes propietarios porque éstos no pueden poner sus fincas en condiciones de regar. El Estado construye el

canal, pero no las obras; los propietarios tampoco están en condiciones de llevarlas a cabo porque necesitan para ello gastar el triple de lo que vale la finca. En vista de ésto abandonan las tierras a precio de secano porque los labradores juzgan que las mejoras indispensables para regar eficazmente pueden hacerlas ellos por su cuenta, y las hacen en común, imponiendo de hecho y con generalidad el desahucio de los grandes propietarios. Se ha dado el caso de pagar con dos años de riego el importe de la tierra.

Si los labradores han podido idear y llevar a efecto esta evolución, ¿no ha de suponérseles competencia para ampliar las experiencias progresivas de su vida? En la desvinculación de tierras patrimoniales se entendieron todos ellos. Formaron un frente único sin el menor boquete, un frente único indestructible. La muchedumbre que vivía pésimamente sometida al jornal, se libertó de éste, emprendió con denuedo el cultivo de la tierra trabajándola bien. Sobre todo prescindió del monocultivo cerealista. Hizo plantaciones que acabaron con la miseria secular. En casos de presumible eficiencia colectiva se asoció con el vecino y emprendió su regeneración cultural en el trabajo y en la escuela.

Frente a estos resultados, ¿qué puede representar el centralismo acumulativo urbano?

Madrileñismo y barcelonismo son enfermedades ajenas al espíritu de Madrid y Barcelona. Responden a una afición clara por el exhibicionismo. El madrileñismo es invención de provincianos y el barcelonismo también. El madrileño de arraigo es distinto del allegadizo. El barcelonés de arraigo es distinto del advenedizo. Éste inventa por deslumbramiento. Compara la aldea con la ciudad y se caldea su aldeanería. Da en la manía de creerse un ser excepcional, sólo porque vive en la ciudad. Adquiere la fonética ciudadana, exagerada por los provincianos que viven en ella. No tarda en deformarla y en deformarse. Cuando vuelve ocasionalmente al medio de origen, se presenta como ciudadano de pro. El nativo de la ciudad no tiene término de comparación para su vida normal. El de adopción, si carece de cultura, se satura de pretensiones. El nativo de la ciudad es sencillo, generalmente liso y llano. No se avergüenza de parecer extraño en la aldea. El de adopción aspira a deslumbrar a los aldeanos a fuerza de fanfarronadas. Es improvisador para todo lo que no requiere improvisación y cachazudo para las resoluciones rápidas. Vive en un tugurio, pero enseña con orgullo al aldeano los palacios de

la ciudad. Come mal, pero presenta al aldeano que va a la ciudad los hoteles donde se come bien. Se viste con apuros y presenta al aldeano los grandes almacenes donde hacen buenos trajes. No cambia de ideas porque no tiene ninguna idea, y nadie puede cambiar un duro sin tenerlo. Acompaña al aldeano al teatro y se pavonea allí como si la obra se debiera a él. Su picardía tiene el mismo origen que su inocencia; parálisis mental. Su pueblo es un corral de vacas según él, pero en la ciudad vive como una vaca. Ni la cultura ni el arte de la ciudad le interesan. Le interesan las grandes aglomeraciones por grandes. Le interesa la procesión, el mitin, la bullanga callejera, el espectáculo deportivo y hasta el entierro espectacular. Sin embargo, no hace deporte directo. Si ahorra es a costa de la salud, de la instrucción, del bienestar, de la vida progresiva. No tiene pavimentación, ni apenas luz, ni agua, ni higiene, ni teléfono, ni comodidades; pero toda su manía consiste en presumir de ciudadano, enseñando el pavimento y las comodidades exteriores de la ciudad y exaltando la grandeza exterior de los palacios. Sus hijos, si no evolucionan, permanecen como él y se ríen de él. Si le hacen concejal queda electrocutado de vanidad. Todo lo que le mandan hace. Por sí mismo no es nada. Confía siempre en algún figurón y presume de influencia porque él no influye en ninguna parte. Con un puro en la boca es una locomotora. Ocurra lo que ocurra, el aldeano endomingado ya lo había previsto: «¡Ya lo decía yo!», pero él no había dicho nunca nada. Su cazurrismo es inconmensurable. De él se deriva la política de todos los matices. El aldeano endiosado de la ciudad se acostumbra a los vicios con facilidad. Los vicios fáciles le dan patente de hombre moderno. No sabe escribir una carta, pero tiene soluciones rápidas para todo. En un santiamén arregla el mundo. Se cree feliz porque tiene aparato de radio para molestar a los vecinos. Su amor propio carece de límites para todo lo insignificante. Su indiferencia quebradiza carece de límites para lo no insignificante.

El acuerdo sobre Asamblea abierta tuvo justificación clara. Lo que expresa es tan racional que en realidad no determinó discusión. El derecho de reunirse en Asamblea no puede estar contrariado. Tampoco el hecho de que a la asamblea concurran los vecinos todos. El tope de veinte años que parece una limitación, no lo es en realidad, puesto que la Asamblea capacita al menor en caso de creerlo necesario.

Las reuniones fructíferas tienen duración prevista, como duración indefinida las reuniones infructuosas. Se vio a menudo en asambleas corrientes de partidos y sindicatos al profesional que trata de acapararlas con actitudes exhibicionistas para atraerse al público. Pero si se piensa bien en este fenómeno, se verá que, generalmente, el tribuno acaparador de turnos oratorios cuenta, más que con su elocuencia —que es nula—, con el concurso ciego de los incondicionales y fanáticos, con las apelaciones a la demagogia, que son las que entusiasman a los asambleistas menos evolucionados. Toda la demagogia oral de los tribunos tienen relación estrecha con el cargo apetecido, puesto que una vez conseguido éste el demagogo se convierte en el hombre contemporizador y pregona contra los otros demagogos nada menos que el exterminio.

Si no puede aceptarse la apropiación del aire que es de todos, ni la de un puente, que es igualmente de todos, tampoco puede aceptarse la apropiación del tiempo, que no es propiedad de ningún orador. No es fácil que prefieran los pueblos en sus asambleas la divulgación a la competencia, al buen sentido y a la cordura que dominan en sus conversaciones no envenenadas por el partidismo.

Planteando adecuadamente el problema rural, queda planteado uno de los problemas básicos de España. Resolverlo es mucho más difícil que plantearlo. Pero tanto plantear su intimidad como resolverlo es tarea que no puede comprenderse sin el concurso de los pueblos dueños de sus destinos, aunque indefensos hasta ahora en parte, ante la captación política, las grandes voces y las imposiciones asimilistas que un autor moderno equipara a la sugestión hipnótica.

Los grandes inventos —prensa, televisión— colaboran con los peores designios anexionistas, contribuyendo a enturbiar con míseras pugnas políticas las perspectivas más claras del porvenir. Los pueblos no padecen aún todos intoxicación política. Cualquier camino, cualquier vereda que desemboca en prácticos resultados, tiene en los pueblos adhesión última y eficacia inmediata, incluso tolerancia de prueba y asistencias estimables.

La Asamblea abierta puede suscitar iniciativas y mejorarlas cordialmente, superando el órgano con el ejercicio de la función creadora y sus rectificaciones en vez de aspirar eternamente a un órgano perfecto imposible. España es un país de variedades sorprendentes. El aldeano galaico es tan distinto del cortijero andaluz, como un pescador noruego de un gondolero veneciano. En el paisaje, hallamos dentro de una misma comarca como Guadix, en

tierras granadinas, la flora alpina en las cimas de Sierra Nevada y la caña de azúcar al pie de la misma sierra. Un vasco se parece a un georgiano más que a un levantino. Los pueblos españoles tienen instituciones propias de ayuda mutua, y un costumbrismo degradado por la literatura regional de concurso, pero subsistente con relieves sugestivos en nuestros valles.

CAPÍTULO V

El Municipio mandatario de su Asamblea abierta

ANTECEDENTES

Desde julio de 1936 a 1939 en la fecha del éxodo, muchos pueblos de zona adversa a Franco constituyeron de hecho, sin atenerse a ninguna directiva gubernamental, pequeños núcleos de administración local libre, cooperativas y colectividades.

Ya antes de 1936, muchos pueblos ensayaron, en un terreno menos favorable, la manera de vivir burlando o inutilizando las cortapisas del Estado.

De estas últimas experiencias y de las recogidas desde 1936 a 1939, se deriva este fiel reflejo de hechos optimistas, que se presenta a manera de estímulo y prueba. Algunos anteceden al 18 de julio del 36, otros son posteriores; pero todos pueden registrarse y se registran como una demostración de los beneficios que puede reportar el acuerdo libre y el apoyo mutuo de conjuntos laboriosos, decididos a obrar por su cuenta y no para precipitar soluciones catastróficas,

sino para dar señalada muestra de eficacia, de labor razonable y de buena vecindad.

Se trata de un Municipio libre, como han de serlo, para bien común, todos los de España. Será inútil buscar en el mapa el nombre del pueblo en cuestión porque no existe respecto a la total expresión de las deliberaciones y acuerdos que vais a leer. Pero todas las deliberaciones y todos los acuerdos se han dado en realidad en el conjunto de la zona española libertada del absolutismo franquista. Esto basta para el intento del autor.

Cuando querían los escultores griegos modelar en una figura la belleza suprema, no podían servirse de modelo único. La mujer de proporciones perfectas tenía una nariz poco escultórica. El rostro sin tacha de otra mujer hermosa correspondía a un cuerpo defectuoso. Otra mujer bella y bien formada en general, tenía pies y manos grandes en exceso. En fin, los escultores se veían obligados a buscar distintos modelos, con cuyas bellezas, parciales pero indudables, componían la escultura definitiva.

El autor ha hecho algo semejante y se disculpa de no concluirlo con genialidad, como los escultores de la Grecia inmortal; pero, desde luego, emplea una probidad que el lector puede observar cuando quiera. Muchos de los lectores han sido seguramente actores de una renovación social y costumbrista que España entera pudo presenciar con el creciente desarrollo de sus fuerzas vitales, desde los primeros años de nuestro siglo.

Motivo de este trabajo

El reportero es invitado a presenciar una Asamblea abierta. El reportero acepta. Quiere reflejar la función deliberante, los acuerdos. Quiere reflejar, sobre todo, lo que en la Asamblea tiene estado de opinión por contraste de hechos realizados y consecuencias.

Calidad de la Asamblea

Asiste el pueblo entero. Apenas hay vecino sin representación directa. Mujeres y hombres, viejos y jóvenes. Ambiente de curiosidad intensa. Preside el Alcalde con los adjuntos elegidos en carácter

permanente y que, con el secretario, también permanente, constituyen el núcleo encargado de la administración municipal.

Orden del día

El Alcalde abre la sesión, una vez leída y aprobada el acta de la Asamblea anterior, diciendo que van a tratarse asuntos de interés para la vida de la localidad. Discurso breve, sin floreos literarios, que dura apenas un minuto. Recomienda templanza en los debates, y lee unas cuartillas donde figuran los apartados del orden del día, que tiene un corto antecedente-convocatoria.

—¿Se aprueban los temas o apartados para deliberar en la sesión? — pregunta.
Contestación: un sí unánime.
—He aquí los temas:

Orden del día

1º. Nombramiento de nuevo secretario del Municipio.
2º. Trabajo para la construcción de un camino vecinal.
3º. Reclamación por litigio de riegos.
4º. Establecimiento de un molino oleario común.
5º. Organización de la Biblioteca Municipal.
6º. Examen de una petición del pueblo vecino sobre pastoreo de abuso.
7º. Informe del médico sobre paludismo y remedios.
8º. Cultivo del lino.
9º. Sobre turismo.
10º. Asuntos generales.

1º. Nombramiento de nuevo secretario del Municipio:

Habla el Alcalde:

—Sabéis todos, por la Asamblea anterior, que el secretario del Municipio dimitió públicamente a causa de su marcha de este pueblo, requerido por sus familiares que viven en otra región y a los que ha de reunirse por conveniencias de economía doméstica.

Perfecto derecho tiene, y no podemos discutirlo. Así pues, ¿damos la dimisión por aceptada?

La Asamblea: —Sí.

El Alcalde: —Perfectamente. Ahora un ruego al secretario. Mientras no contemos con el substituto, ¿podría atender, como hasta ahora, las obligaciones del cargo?

El secretario: —¿Cuánto tiempo?

El Alcalde: —Un mes.

El secretario: —De acuerdo.

El Alcalde: —Y ahora unas palabras de agradecimiento. Merecidas, por supuesto. En todo momento trabajó activamente. Ya lo sabéis. Los secretarios del antiguo régimen eran funcionarios de enlace entre lo que se llamaba poder central y los pueblos constituídos en Municipio mediatizado. Como ahora no hay poder central, sino relación de unos núcleos locales con otros, el secretario es un enlace delegado por nosotros, como lo es un contable, sin tener funciones ejecutivas, sino mandato de carácter previsto, sin engorro burocrático. El secretario saliente ha organizado el servicio de estadística de cosechas con celo y probidad, que cualquiera puede comprobar; ha estado en su puesto con puntualidad y ha servido nuestros intereses morales y materiales como el suyo propio, a satisfacción de todos. Por ello, deseamos que lleve un buen recuerdo del pueblo. ¿Estáis de acuerdo con lo que digo?

La Asamblea: —Sí.

Un vecino: —Querría decir unas palabras.

El Alcalde: —Diga.

El vecino: —El secretario saliente introdujo en el pueblo la costumbre, un poco olvidada ya, del juego de pelota, deporte sano que cuenta aquí con muchos entusiastas, como sabéis, y que ha sustituído al fútbol, que es deporte forastero.

El secretario: —No hay ningún deporte forastero. El fútbol, bien jugado con espíritu perfecto de equipo, merece todos los honores, tenga el origen que tenga. Pero el fútbol se jugaba aquí en taquilla, y la pelota es de intervención libre. Los que presenciaban el partido de fútbol, pagaban y no jugaban. Y eso no es deporte. El deporte es activo o no es deporte. Si tenemos en España un campeón mundial de natación, ¿de qué puede servir, si en general, nadie sabe nadar? Hay que socializar el deporte, como la instrucción y la riqueza... Y ahora, unas breves palabras de agradecimiento. Siempre recordaré

con simpatía mi paso por el pueblo, y donde quiera que esté, estaré con vosotros.

La Asamblea: —Bien.

El Alcalde: —Sabéis ya que el nuevo secretario será propuesto por vosotros y que sois vosotros quienes aprobaréis el nombramiento; y sabéis que podéis proponerlo todos o cada uno de vosotros, ahora o después. Ha de probar competencia y laboriosidad, como también moralidad incuestionable. Para la próxima Asamblea regular, que es la mensual, tendremos candidato y lo propondremos; candidato probado ya en la secretaría y aleccionado por el saliente. Vosotros diréis, pues.

Un vecino: —Confianza tenéis para eso.

El Alcalde: —¿Pasamos a otro apartado?

La Asamblea: —Sí.

2°. Trabajos para la construcción de un camino vecinal:

El Alcalde (al secretario). —¿Quiere dar conocimiento de lo que proponemos respecto a los trabajos para el camino vecinal?

El secretario: —Ahora mismo. Aquí tengo, a prevención, el plano y el presupuesto. Desde luego, el camino es necesario y ha sido decidido hace un mes por la Asamblea. Hay en el norte un grupo de carboneros. Trabajan éstos a unos tres kilómetros y pico del poblado. El carbón se deposita en la cooperativa de distribución, como sabéis, a disposición de los consumidores; pero el transporte es penoso porque no hay camino fácil. Se pueden empezar los trabajos inmediatamente. Examinad el plano expuesto en el tablón de anuncios, y cuyo original tenemos aquí repetido. El plano está hecho por el técnico que está a disposición de los pueblos para estos menesteres, y se ha formalizado, a nuestro juicio, con entero acierto, aprovechándose la parte de llano inmediato al pueblo y la carretera de la Sarda. Del kilómetro 1°. de ésta partirá el camino que, hasta las carboneras, tendrá poco más de tres kilómetros. El transporte podrá hacerse en carro o en camión; el de la cooperativa de distribución, por ejemplo.

El Alcalde: —¿Y el presupuesto?

El secretario: —De acuerdo con nuestro Estatuto Municipal, se ha hecho un reparto de mano de obra y yuntas, incluyendo por turno

riguroso los vecinos y colectividades que no han realizado trabajos públicos en la tanda actual. Aquí está la lista (la lee).

El Alcalde: —¿Conformes?

La Asamblea: —Sí.

El secretario: —Se calcula que los trabajos durarán mes y medio. La piedra está en la cantera, y la cal y el cemento en la Cooperativa de Obras Públicas, que cuenta con existencia suficiente. Proponemos que las obras empiecen pasado mañana. La organización del trabajo está prevista como de costumbre. El técnico dirigirá las obras, como de costumbre también. A trabajar, pues.

El Alcalde: —Esperamos que la obra tendrá buenos obreros para realizarla en los nombrados, y que, como en el dragado de molinas, el pueblo podrá quedar satisfecho con la realización, que representa una mejora importante, realizada por cooperación. Tened en cuenta que el camino podrá ser utilizado por los vecinos que trabajan tierras de difícil acceso hoy para transporte de leña, mies etc.; que el camino bien construído, casi como una carretera, requerirá obras de defensa para contener las torrenteras en caso de temporal; que la circulación aumentará con las facilidades de tránsito; que podrá ser realidad un proyecto viejo casi de un siglo, pero que los municipios sin recurso no podían construir, aun contando con la mejor voluntad del mundo; y, sobre todo, daremos la sensación, como los pueblos vecinos, de que atendemos directamente a nuestros intereses y que, en vez de contar con proyectos, contamos con realidades. El mejor discurso, vecinos todos, es la obra bien hecha por cooperación. La prestación personal se estableció aquí de manera equitativa. Ya lo sabéis. De manera equitativa, porque para confeccionar el censo se partió de esa base: cada vecino útil, diez jornales de trabajo para obras públicas al año, y cada yunta, cinco. Del censo se van utilizando, por turno, los que están en descubierto, y hasta ahora no ha habido ninguna protesta individual ni colectiva. Hicimos la fuente, el lavadero y las escuelas sin jornales. Los materiales son de la cooperativa, nutrida igualmente por el rendimiento de ladrilleros, trabajadores de la cal, transportistas, etc., y adquiridas las primeras materias a cambio de venta de residuos forestales, excedente de fruta, etc.; todo intervenido por vosotros en el trabajo, en el rendimiento, en las Asambleas, en las cuentas, con publicidad completa y, en fin, en el destino e iniciativa de los proyectos... Sólo falta ahora que los vecinos individuales, familiares o colectividades que cultivan tierras afectadas por el camino, acepten la

utilización de la parte correspondiente para una obra de beneficio general, sin indemnización, tal como está previsto en casos semejantes. ¿Están presentes los interesados?

El secretario: —Sí.

El Alcalde: —Que digan si tienen algo que alegar... Permitidme, antes, unas palabras para concretar el tema que tratamos. Antes, el Estado expropiaba a los particulares de manera automática forzosa. Bien es verdad que daba una indemnización al propietario. Esta indemnización se pagaba en metálico, en moneda corriente. Bien. Pero, ¿no aumentaban las fincas el valor comercial por el hecho de pasar el camino? ¿Y no se debía este aumento de precio al hecho **social** y no al particular? El tránsito por aquel camino daba facilidades al propietario para que su finca valiera doble a los cinco años de construido el camino. Y todavía pagaba al propietario, que se enriquecía con el concurso **de todos** sin poner un céntimo. Nosotros pensamos de otra manera porque vivimos en un régimen de orientación cooperadora incesante, y si nos beneficiamos **todos** con una mejora, ¿qué mejor indemnización que esa, repartida **entre todos**? Entre las fincas que atraviesa la carretera hay una de cultivo particular, que es propiedad de uso y no de renta; una superficie laborable en la que su dueño trabaja él y los suyos en régimen familiar de cooperación sin asalariados ni renteros. No le concede el Municipio indemnización porque la tierra gana, y lo que gana en facilidad de tránsito ha de aprovechar al cultivador directo, a los vecinos todos y aun a los de fuera. Lo mismo puedo decir de los otros cultivadores en colectividad, que ven sus tierras afectadas por la mejora del camino que hemos acordado construir. Así pues, los interesados tienen la palabra.

El vecino afectado: —Conforme de todo punto con lo dicho. Sólo desearía que en el trazado del camino se respetara una encina grande, que por el proyecto veo que desaparece. Creo que podría hacerse el trazado definitivo sin tocar la encina, una de las mejores del término, como sabéis.

El Alcalde: —¿Qué os parece?

Voces: —Que se respete la encina.

—El Alcalde: —Desde luego, abatir un árbol es un perjuicio por muchas razones. Nuestros antepasados talaban bosques sin necesidad y así destruyeron buena parte de la riqueza pública; perjudicaron el suelo limitándole fuerza para la defensa contra los temporales; se hicieron culpables de que el clima fuera más

desfavorable, porque el árbol es el pararrayos benéfico del agua, y disminuyeron la producción útil abatiendo nuestros hermosos encinares que atemperaban la crudeza del invierno y atenuaban el vigor del calor. Bien. Todo esto es evidente. Una variante de cuatro o cinco metros en el camino significa poco. ¿Os parece bien, pues, que se insinúe al técnico?

Voces: —Sí, sí...

El Alcalde: —Se hará así hoy mismo... y se habrá probado que el respeto al árbol queda como ejemplo simbólico de nuestros nuevos métodos. ¿Tienen algo que alegar el resto de los interesados, participantes en una colectividad o cooperativa productora?

El delegado de ésta: —No. El camino ha de darnos beneficio indudable, y nada tenemos que alegar.

El Alcalde: —¿Hay algún asambleísta que tenga algo que objetar?

Silencio.

El Alcalde: —A otro tema.

3°. Reclamaciones por litigio de riego

El secretario: —Unas palabras previas. Este tema viene a la Asamblea procedente de la Junta de Regantes del término, que tiene fuero propio y estableció su régimen de riego. Como sabéis, la Junta de Regantes es un conjunto de cultivadores de la Cooperativa de producción, y ha resuelto siempre con equidad y por el procedimiento de arbitraje sin sanción, o mejor dicho, sin otra sanción que la moral (tan beneficiosa, como vemos, en la práctica) para los casos de divergencia. Al principio quería imponerse por algunos un sistema de multas. No prosperó, porque las multas son injustas e inoperantes, aun en el caso de no existir mala fe. Sin existir ésta, en caso de negligencia, la negligencia es más remediable por el buen ejemplo ajeno que por la teoría del escarmiento. Si a los que abusan del riego o lo emplean mal, en vez de enseñarles cordialmente el buen camino, se les confunde con un castigo, interviene el puntillo de amor propio y se favorecen los personalismos, resultando un tejemaneje de luchas sin fin, luchas en las que lo de menos es el asunto inicial. Aquí no se trata de litigio de riego propiamente dicho. Se trata de que el agua de riego, por descuido de un regante, descuido sin mala intención ni mala fe, inundó los bajos de una casa y produjo desperfectos...

Un vecino: —Propongo que la Brigada de Obras Públicas del pueblo remedie los desperfectos, y no se hable más del asunto.

El causante del perjuicio: —Yo ayudaré trabajando en el equipo.

La Asamblea: —Bien.

El Alcalde: —Pero no es un castigo. Es una noble reparación que remediaremos todos. Y en adelante, que no haya descuido. Afortunadamente van siendo cada vez menos. El agua es muy buena y muy mala. La dominamos para que no cause perjuicios, sino beneficios. En vez de dominar a los hombres, los hombres han de dominar a los elementos... A otra cosa, que el tiempo vale más que el oro.

4°. Establecimiento de un molino oleario moderno

El Alcalde: —Asunto de primera importancia. Hasta ahora, ya sabéis que teníamos dos molinos viejos con prensas montadas hace setenta años, cuando la cosecha de aceitunas era escasa. Se molía el fruto con un ruejo. La pasta se acondicionaba en esteras redondas que iban colocándose unas sobre otras. La prensa oprimía aquella masa una vez escaldada convenientemente con agua hirviendo, y separada el agua del aceite en los depósitos, se daba fin al trabajo. Resulta ahora que estos procedimientos son inadecuados porque la cosecha aumentó en diez años en más de trescientos por cien, siendo la calidad del aceite superior a la antigua. No bastan las prensas viejas, y el fruto se deteriora por fermento en los algorices o depósitos de aceitunas en espera de turno para la molienda. En vista de ésto la Cooperativa de Cultivadores, y los cultivadores individuales, que ya sabéis forman cooperativas familiares sin asalariados, han expuesto al Municipio la necesidad de establecer un molino moderno que funcione sin interrupción mientras dure la campaña o temporada. A ver, proposiciones.

Un vecino: —El orujo no se aprovechaba bien. El aceite era poco apetecible. El grado de acidez era muy alto, sobre todo en la aceituna de huerta, lo que disminuía la calidad. Los nuevos procedimientos, ¿remediarían estos inconvenientes?

Otro vecino: —Evidentemente.

Otro: —¿Y se cuenta con medios para llevar adelante la obra?

El Alcalde: —Se trata de proponerlos y encontrarlos. ¿Estáis conformes con que se construya y monte el molino?

La Asamblea: —Sí.

Un vecino: —Es de suponer que la obra se hará en la forma que se hacen todas... Y en este supuesto no sabemos cómo podremos hacernos con los elementos necesarios. Aquí no se producen máquinas.

El Alcalde: —Pero tenemos corriente eléctrica. Y tenemos excedente de producción disponible para el intercambio con las cooperativas industriales de la ciudad, las cuales están constituídas por productores de máquinas; como nosotros, tales productores consumen aceite, uno de los elementos básicos de la economía del organismo. Nuestra reserva de aceite de la última campaña tal vez no baste para el trueque por máquinas; pero podemos añadir un par de toneladas de harina, reserva también aprovechable porque es excedente de cosecha, una vez satisfechas las necesidades del pueblo con holgura y las que nos imponen (con nuestra aceptación voluntaria) la Federación de Municipios y de Organismos Económicos, tanto de producción como de distribución. Con aceite y harina podemos adquirir el potencial mecánico necesario, y nuestros camaradas de la ciudad tendrán aceite y harina de excelente calidad, en vez de los productos adulterados con que contaban antes, cuando la economía era un caso de negocio para pocos y no de bienestar para todos... El dinero...

Un vecino: —No está suprimido del todo...

El Alcalde: —Aún no, pero la única manera de suprimirlo es prescindir de él poco a poco o de mucho a mucho, pero sin retroceder. Esto de no retroceder sobre el terreno ganado, es la verdadera cuestión medular de principio, de base, de avance, de seguridad, de convicción y, en definitiva, de victoria. Evitemos la acumulación de signos metálicos, puesto que acumulación es sustracción y medio de dominio, ocultación, injusticia, corriente bancaria. Evitemos ésto como evitamos el jornal, que es un procedimiento para no poner ni saber. Seamos gerentes de nuestra economía; seamos cada día más instruídos sobre lo que ocurre en el mundo; consigamos el bienestar por nuestros propios medios y por colaboración, próxima o lejana, de los que piensan lo mismo. No se compra la familia, ni el afecto, ni el hijo, ni la amistad, ni el saber, ni nada de lo que realmente vale. Un millonario dejaba heredero al hijo mediante una simple firma. Un hombre culto no puede dejar en herencia su cultura al hijo, sino que éste ha de adquirirla por esfuerzo directo. ¿Y por qué hemos de comprar una máquina, si el

que la construye necesita la harina y el aceite que nosotros tenemos sin compra?

¿Y por qué los trabajadores industriales han de comprar harina, si nosotros se la ofrecemos sin intermediarios que obtienen un escandaloso beneficio antieconómico? No es que tengamos la preocupación de suprimir la moneda que sea signo de trabajo y, por consiguiente, inacumulable para explotar al prójimo. Si se suprime la moneda corriente y se reemplaza por vales, los vales moneda son. Vales o monedas son meros signos. Lo esencial es el signo de trabajo... Bueno, a lo que íbamos. El molino moderno es una posibilidad inmediata, tal como hemos planteado la cuestión hace unos momentos, y va a entrar en vías de realización. El personal de la industria habrá de ser previamente adiestrado por los técnicos, y estarán toda la temporada los mismos, de no haber impedimentos extraños al trabajo. El equipo será voluntario dentro del censo que tenemos vigente y por el orden mismo, orden que ya mereció aprobación en asambleas pasadas, por éstas y, también, como es justo, por los interesados. Respecto a los dos edificios viejos donde estaban instalados los molinos, hemos pensado construir en ellos un pavimento adecuado y al nivel, para que sean almacenes de la Cooperativa, un poco deficiente en locales.

Un vecino: —¿Y la madera sobrante?

El Alcalde: —Se harán astillas para el horno. También se repasarán los tejados, y no hay que decir que las pilas o recipientes de piedra de una pieza podrán utilizarse en la Industria Nueva, como se utilizaban antes tales recipientes, para depósito. Y ahora, esperamos, para uno de estos días, la llegada de una Comisión de obreros industriales colectivizados en la ciudad, con la que trataremos la cuestión de intercambio de harinas y aceite por máquinas. La correspondencia entre oferta y demanda se establecerá por la junta comarcal de valoraciones, y la solución se`os someterá, bien estudiada, para que la consideréis y aprobéis, en su caso, con todas las garantías y asesoramientos, y como siempre, con publicidad y libertad de crítica. Estamos en octubre y creemos que la próxima campaña, que empieza en diciembre, podrá hacerse en el molino nuevo. La aceituna del suelo que se vaya recogiendo se puede deshacer en uno de los molinos viejos por esta temporada. ¿Estáis de acuerdo con lo expuesto, y se inicia la obra?

Voces: —Sí.

El Alcalde: —A otro asunto.

5°. Organización de una biblioteca municipal

El Alcalde: —¿Puede el maestro, que asiste a la Asamblea, informarnos, si lo tiene a bien, del proyecto que comunicó hace pocos días sobre organización de una Biblioteca Municipal.

El maestro: —En efecto, los maestros de la localidad habíamos acordado someter al pueblo, en Asamblea, la organización de una Biblioteca Municipal que, es justo reconocer, responde a la iniciativa de la juventud. Esta juventud se nos acercó repetidas veces y nos interesó respecto al plan general, aunque sin detalles. Reunidos los maestros con los jóvenes, la mayoría de éstos, de quince a veinticinco años, presentes casi todos, estuvimos tres o cuatro veladas discutiendo todo lo referente a libros y a organización del plan más conveniente. De aquellas conversaciones, de las sugestiones apuntadas por unos y otros, surgió el proyecto que os sometemos. Todos podéis mejorarlo y llevarlo a la práctica, que es, en definitiva, lo que nos importa. En primer lugar, el proyecto previene el principio fundamental de una Biblioteca, que no es acumulación de obras sino selección. Dentro de esta idea de selección caben muchos procedimientos. Nosotros nos decidimos por el más práctico y, a la vez, ideal. Consiste en que la biblioteca sea preferentemente funcional, desprendida de automatismo. Pedir un libro es cosa fácil. Darlo, también, si está en el estante correspondiente. Pero el lector que pide un libro, a veces no sabe lo que pide. Leer y pensar con el autor; entregar la curiosidad a los estímulos apuntados por el mismo, buscar arma intelectual; investigar; recrearse; es decir, volverse a crear; saturarse de ciencia comprobable; suscitar las actividades más nobles, contemplar las obras de arte reproducidas con probidad; obtener facilidades para poner en marcha y mejorar la industria aplicada, estudiar los establecimientos agrícolas de técnica avanzada; entregarse a las ciencias puras, aventuras de intrépidos viajeros; buscar en la geografía un guión humano y una comunicación civilizada; comprobar en el pasado los acontecimientos de relieve y los que, sin ser de relieve, puedan tener tal carácter. Leer es todo ésto y muchas cosas más. Pero nada tan indigesto como la ingestión mental, leer sin un sistema progresivo, leer desordenadamente. Así pues, las lecturas habrán de ser ordenadas, disciplinando la curiosidad al mismo tiempo que actúa ésta convenientemente, puesto que la instrucción no necesita otro operativo que la instrucción misma,

cuando se adquiere por elaboración y no pedantescamente por contagio. Hay una mitología de la cultura, un punto de vista que atribuye a la cultura beneficios de milagro; pero lo cierto es que la cultura es todo lo contrario de los milagros, ya que su posesión significa labor directa. No puede heredarse la cultura como una casa o un campo, sin esfuerzo. Hay que esforzarse, estudiar. Estudiar es trabajar, amigos, no almacenar conocimientos. El cerebro no es almacén, sino fábrica. En los últimos diez años el pueblo ha tenido las escuelas necesarias, incluso la de adultos, sostenidas todas por el Municipio, sin auxilio ajeno. Ya no quedan analfabetos menores de cuarenta años. Todo lo que digo, hace diez años no se hubiera comprendido. Hoy se comprende en general este lenguaje, que ya no es de majada, prueba evidente del avance conseguido en este terreno. Vamos, pues, a organizar la biblioteca, empezando por adquirir trescientos libros seleccionados, libros que circularán por todos los hogares como préstamo o estarán en el local de la biblioteca a disposición de quien los pida. La mitad en obras literarias o reproducciones artísticas, y la otra mitad, en libros de técnica elemental. Habrá lecturas comentadas, en una sala de conferencias, los días más convenientes. Todos los libros estarán encuadernados, y no queremos suponer que nadie quiera perderlos o deteriorarlos. La petición de libros, libre será; aunque interviniendo el consejo experimentado del bibliotecario, que será uno de los jóvenes más evolucionados de la localidad; si lo tenéis a bien, uno de los jóvenes que aprendió a leer leyendo, como sólo andando se aprende a andar, aunque a veces se caiga. Una batalla no resume un siglo; un libro puede resumirlo. Se leerá en alta voz el *Quijote* y se comentarán sus capítulos. Se leerá en alta voz *El libro Del Buen Amor*, de Juan Ruiz, el *Poema del Cid*, las obras de la picaresca, las de costumbrismo, etc. Desfilarán ante vuestra curiosidad maravillada los maestros ilustres del pensamiento y del habla, de la vida con todas sus enseñanzas, y hasta con todas sus contradicciones. Y todo ésto, mientras llega el momento de agregar a la biblioteca un pequeño museo local, un teatrillo y un cine educativo que complementarán, con los talleres modelos y los laboratorios instalados ya y en pleno rendimiento, más la pequeña imprenta proyectada, el programa de realizaciones modernas, abierto siempre a cualquier innovación que se proponga. La asistencia a la biblioteca, abierta los domingos por la mañana y dos horas y media por la noche a diario, habrá de merecer por parte de los lectores, el decoro y el aseo debido, con el silencio también

debido. Se instalarán pupitres en los que no estén ausentes el arte, la solidez, ni la comodidad. Cada lector tendrá un cuaderno donde anotará sus impresiones de lectura, si lo juzga necesario o útil; sus reacciones, su manera de ver crítica. Sabéis que el local está dispuesto, que los carpinteros terminan los estantes y pupitres, como los cajones que han de servir de fichero y los asientos. Hemos adquirido un mapamundi grande que ocupará toda una pared de la biblioteca. Lo que no podemos adquirir son las ganas de leer, que cada uno habrá de aportar por su cuenta. Nada más.

El Alcalde: —¿Hay algo que objetar?

Una vecina: —El maestro que acaba de hablar merece y tiene la confianza de todos. Ya desde los primeros momentos la mereció cuando propuso que la admisión de los maestros fuera determinada en buena parte por los escolares. Hasta hace poco, el maestro era impuesto al pueblo desde fuera. Ahora lo elegimos los padres, pero, ¿qué competencia tenemos para la elección? El maestro que acaba de hablar nos dijo, apenas llegado al pueblo: «Los escolares son los que más capacidad tienen para elegir su maestro. No hay ningún tribunal, ninguna universidad, que pueda dar al maestro vocación para su oficio. Si la tiene y se adapta al ambiente, los escolares le demuestran simpatía, y en otro caso, no. Muchas veces un carácter de escolar perezoso o torpe es una adversa opinión sobre el maestro que no sabe hacerse estimar. Creada por el maestro la simpatía, atrae la del niño, y la enseñanza se desarrolla bien. Si el maestro es antipático, sea inteligente o no el niño, se ve tan contrariado éste que pierde todas las buenas disposiciones. Respecto a la capacidad de enseñar, el niño presiente, y no sólo presiente, sino que comprueba, a su manera —cada niño en la suya, porque no hay tantos niños *standar* como hombres *standar*— las disponibilidades y recursos pedagógicos del preceptor. Es infalible en ésto. No se equivoca nunca.» Esto es lo que el maestro nos dijo, y ha quedado probado. Todos los escolares van con gusto a la escuela y aprovechan el tiempo. Si tuvieran que elegir maestro, elegirían el que tienen...

Otra vecina: —Hay algunos chicos que son muy malos.

El maestro: —No son malos ni buenos: son chicos. No se les puede pedir imposibles, y su pretendida maldad —como dice la vecina— es reflejo, a menudo, de lo que ven, muchas veces, en su propia casa. ¿Cómo es que ahora los niños del pueblo no matan ni martirizan a los pájaros? Antes, les sacaban los ojos en vivo y les arrancaban las alas; ahora, si caen en sus manos, los llevan a una

jaula grande que hay en la escuela y se les suelta cuando se han reunido unos cuantos. Antes, los padres se reían cuando veían en el hijo un acto de crueldad, y decían: «lo mismo hacía yo»; ahora ningún padre se ríe ante ningún acto de crueldad del hijo, y el hijo se educa. No halla contradicción entre lo que le dicen en la escuela y lo que le dicen en casa.

El Alcalde: —No quiero interrumpir al maestro porque habla bien y es escuchado con merecido agrado por el auditorio; pero me permito recordar que esta Asamblea termina a las doce, y tenemos bastantes temas a tratar hasta esa hora. ¿Quedamos de acuerdo en la fecha de inauguración de la biblioteca? Lo que falta, incluso los libros por encuadernar, ¿puede terminarse hasta fin de año?

El maestro carpintero: —Evidentemente, por lo que toca a la obra.

El maestro encuadernador: —Por mi parte, a mediados de diciembre estará todo hecho.

El Alcalde: —El primero de enero del próximo año se inaugurará la biblioteca.

Un vecino: —¿Cómo?

El Alcalde: —Leyendo. Creo que nos conviene prescindir de solemnidades y fiestas. La Fiesta del Libro ha de celebrarse leyendo. Creo interpretar el deseo de todos: pasando a otro tema: El 1º. de enero iremos a leer, los que queramos, un par de horas por la noche. Inauguración de lectura: a las siete y media en punto. El horario ya se conoce.

6º. Examen de una petición del pueblo vecino sobre pastoreo de abuso

El Alcalde: —Del pueblo vecino se quejan, en una comunicación recibida ayer mismo, que un hato ganadero de aquí ha penetrado en su término.

Un vecino: —Son las cabras de casa que se desmandaron un momento, y fueron a un olivar. ¿Hubo perjuicios? Creo que no muchos. Los olivos eran jóvenes, ¿es verdad?, y media docena fueron **radidos** por las cabras, que son unos diablos y engullen los brotes tiernos.

El Alcalde: —Los perjudicados no piden indemnización, pero advierten que deben evitarse los abusos en adelante. Nunca nos hemos visto en el caso de hacer reclamaciones por el estilo. Conviene

que haya reciprocidad y buena vecindad. Ténganse todos por avisados, y el vecino que acaba de hablar procure, por todos los medios, no reincidir, como procura, no echar agua a la leche. Nuestra producción lechera ha llegado, en calidad, a tener el crédito que se merece, y lo sabemos perfectamente por el análisis, al no echar agua en la leche. Ya que vivimos fuera del comercio de especulación, y la leche adulterada que antes se vendía en perjuicio de los consumidores, se vende ahora pura y sin tacha. Vamos ganando tiempo hoy. Así deben ser todas las asambleas. ¿Qué tema sigue?

7º. Informe del médico sobre paludismo y remedios

El secretario: —El médico titular está ausente en el ejercicio de su profesión, que ya sabéis tiene exigencias inaplazables; pero nos ha entregado un breve resumen de sus experiencias respecto a la total desaparición de fiebres palúdicas en la localidad. A los efectos de estadística de este Archivo Municipal, el informe quedará depositado y se enviará copia a los archivos sanitarios de mayor jurisdicción territorial, como es costumbre, además de solicitarse la publicación en los Boletines de Sanidad y en la Prensa de Información, sin descuidar la comunicación correspondiente, que se enviará a los centros de sanidad de radio internacional. Dos afirmaciones resaltan especialmente en el informe facultativo:

1º. Afirma éste que decreció la epidemia palúdica cuando se desecaron los dos pantanos inmediatos al pueblo, tal como el médico había previsto hace ya tres años.

2º. Las fiebres palúdicas tenían aquí carácter endémico, en largas temporadas, verdaderamente grave, y hoy sin manifestaciones más que en un caso, cuyo carácter venial se va acentuando favorablemente.

Creo, pues, que nos cabe la satisfacción de favorecer prácticamente la sanidad pública, ya que podemos prescindir de la quinina, tan estragadora. Siglos y siglos el pueblo se vio perjudicado extraordinariamente por la plaga palúdica. Ni el Estado ni sus instituciones subalternas hicieron nada por atajarla. El remedio estaba en nuestras manos, y lo hemos puesto enérgicamente. En siete semanas se han cegado dos pantanos, y ahora podrá dedicarse la superficie ganada

equivalente a siete hectáreas a diversos cultivos, viéndonos libres del azote y de sus terribles consecuencias. Un detalle de la estadística: Hace diez años hubo ciento treinta y dos casos en una localidad de trescientos habitantes, como es la nuestra. Hace nueve, ciento ventiuno. Hace ocho, ciento setenta y dos. Hace siete, ciento treinta. Hace seis descendió a cuarenta y nueve por ser año muy seco. Hace dos, cifra record, ciento setenta y seis casos. El año pasado hubo cincuenta casos porque los pantanos fueron desecados en partes, y este año hubo seis casos, quedando únicamente uno muy benigno. Podemos, pues, afirmar que el paludismo ha desaparecido del pueblo gracias al celo de todos, sostenido por el médico, digno de elogio por su esfuerzo constante en favor de la sanidad pública.

Un vecino: —Es su deber.

El Alcalde: —Y el nuestro. Otro asunto nos espera.

8º. Cultivo del lino

El secretario: —Un compañero de la localidad solicitó, días pasados, que incluyéramos en el orden del día para la Asamblea abierta de hoy su proposición, ya conocida, porque la vida de relación es fraternal aquí; su proposición, digo, favorable a intensificar el cultivo del lino. El compañero interesado tiene la palabra.

El vecino: —Todos recordaréis que en este pueblo se cultivaba el lino. Lo recordaréis los viejos como yo. Los que no son tan viejos, y los jóvenes, no pueden recordarlo, pero han oído hablar de eso a sus padres. También había aquí muchas moreras. Sabéis que la hoja de la morera es el alimento para el gusano de seda... En fin, yo hablo hoy porque pensaba proponeros que volviéramos a tener moreras, pero me he decidido por preferir la proposición de intensificar el cultivo del lino.

Un vecino: —¿Por qué esa preferencia?

El de la proposición del lino: —Sencillamente porque es más útil, y más cómodo, y más práctico, vestirse de lino tejido que de seda. En primer lugar, el lino se produce bien aquí. Ya lo recordaréis. El abuelo de la comadre machacaba el lino con unos palitroques redondos de madera. El lino tieso se ponía sobre una losa de piedra que aún se ve en la plaza del convento, desaparecido en 1835. El abuelo de la comadre se colocaba en un hondón, y el lino quedaba sobre la losa a la altura de la cintura. Con el mazo golpeaba pequeños

fajos de lino hasta que este quedaba flexible. También sabéis que había dos tejedoras. Ellas hacían toallas, camisas y sábanas que duraban mucho. Las de ahora no duran tanto. El algodón viene aún de Norteamérica o de Egipto; ha de adquirirse en dólares o en libras, y en los países de origen del algodón se cultiva a base de mano de obra esclava. Así como la remolacha produce azúcar a veinte kilómetros del pueblo, podría producirse aquí mismo lino en abundancia y montar una fábrica, de acuerdo con los técnicos y con los cultivadores de lino de la comarca o de la Región. Todo lo que se fabrica lejos a base de fibras, podría producirse aquí mismo, interesando a la Federación correspondiente de la industria. El lino puede dar buen rendimiento, según nos enseñan las estadísticas de cosechas recientes; estadísticas nutridas por nosotros mismos y no copiadas de ningún manual que refleja hechos que no podemos comprobar, dudosos en todo caso.

—Otro vecino: —A ese paso habría que montar aquí talleres de relojería. No podemos tener todo lo que necesitamos. No podemos fabricarlo todo aquí mismo.

El de la proposición del lino: —Ciertamente, pero si aquí se da el lino fácilmente, ¿por qué no ensayar? Los materiales para la relojería no se dan aquí con la facilidad que puede cultivarse el lino. En Cuba se produce azúcar con facilidad, y también con mano de obra esclava; pero el hecho de que llegara azúcar de Cuba no impidió que se montaran muchas fábricas en estas comarcas. La mano de obra esclava va desapareciendo en todo el mundo, y aquí hemos de procurar la máxima expansión de la utilidad del trabajo, y el rendimiento mejorado a base de una mano de obra que ya no es esclava como antes y que necesita las horas que la burguesía obligaba a trabajar, para cultura y expansión. No es cosa de volver a los pequeños obradores caseros y a los tejedores de hace medio siglo. La Asamblea podrá determinar una vez conocido el dictamen de los técnicos de la Federación de Industria competente, de los servicios agrícolas del cultivo del lino, de los elementos productores de la posible zona del cultivo, etc., y todo coordinado servirá para articular un plan racional.

El Alcalde: —¿Se toma en consideración la iniciativa?

Respuesta afirmativa unánime.

Un vecino, viejo cultivador de lino en su mocedad: —Me permitiré hacer presente que el lino podría llamarse planta desinfectante. Yo tengo probado que si en un bancal de judías se ponen entremedio

de las ringleras unas matas de lino, las judías no se ven atacadas por ninguna infección. El alfaez deja la tierra abonada y el maíz será después, con abundancia, de buena calidad. Y en el trozo de monte de secano de los pueblos que aún lo tienen, hemos visto que las rutinas antiguas de labrar rascando la tierra con aladros que ahondaban en la labor poco más que un peine, eran la ruina de los labradores, que decían: «Si el labrador contara, nunca sembrara.» No sabían que la naturaleza da, junto a un elemento dañino, un elemento favorable. La estepa estaba cubierta de una costra salina, más o menos diluída la sal, pero siempre presente. Cuando llovía poco, la sal no era disuelta y la cosecha era casi nula. Cuando llovía mucho, penetraba la sal a gran profundidad, y la potasa de muy abajo subía como elemento fertilizante natural, matando el efecto de la sal y produciendo buena cosecha. Pero ésta era muy rara, dándose escasamente cada diez años. Si en vez de aladros romanos y tiro de yunta pobre hubiera habido tractores, la potasa hubiera subido siempre a matar la sal. Nosotros hemos establecido el régimen cooperativo de tractores, y ya sabéis lo bien que nos va. Los burgueses no podrían comprender estas cosas, ni siquiera para enriquecerse. Nosotros las hemos puesto en práctica para bien general, sin cúmulo particular. Hemos multiplicado las plantas a razón de cien nuevas por una vieja, y nuestro término está convirtiéndose en vega; se desconoce la miseria tanto como el parasitismo; decrece la mortalidad, no hay analfabetos ni desocupados; se atiende bien a inválidos y viejos; se educan los niños como primera preocupación de padres y maestros, no sólo de padres o de maestros, y en fin ...

El secretario: —La hora va pasando y el compañero que habla, aunque lo hace bien, no va ha dejarnos lugar para el resto de temas que faltan.

El anterior orador: —Bien, bien... tiene razón... Nada en el pueblo se hizo con mítines, sino trabajando de firme.

9°. Sobre turismo

El secretario: —Se ha recibido, hace pocos días, una comunicación de Madrid, procedente de un centro de turismo que solicita atentamente unos datos sobre la situación de monumentos históricos del término, condiciones de hospedaje, etc.

Un vecino: —¿Se puede saber qué turistas son?

El secretario: —No se trata de aquellos turistas que andaban antes por el mundo para distraer su aburrimiento y cambiar de aires con displicencia, no haciendo nada en ninguna parte, más que dar trabajo. Éstos llegan en un *car*. Son obreros y empleados de industria que tienen quince días de vacaciones y quieren aprovecharlos aquí. Los monumentos históricos apenas existen. Sólo a treinta kilómetros hay un monasterio con esculturas y pinturas notables, aunque sin monjas ya. Les he contestado que en el país hay bellezas naturales de interés, y mucho que ver y comparar en el aspecto social. Todo lo conocerán aquí directamente y de todo podrán dar razón bien documentada y comprobable en todo momento. Y puesto que se trata de vacaciones, tenemos aquí una comunicación de los operarios de la fábrica de harinas en la que nos notifican el acuerdo de establecer dos turnos nuevos en el trabajo porque, los que están allí ahora, salen pasado mañana con un mes de vacaciones. Van a visitar los pantanos del Pirineo y el Museo del Prado. A la vuelta nos explicarán lo que han visto. En el Pirineo les acompañarán los técnicos de las obras, y cuando visiten el Museo, un compañero experto de Madrid. Es una manera de sacar provecho. Para comprender bien el Museo del Prado se ha de visitar muchas veces, dividiendo el tiempo de la visita para contemplar, en cada una, las obras de una sala o de una escuela. A Goya hay que dedicarle un par de días. Ya conoceréis las principales obras, que están reproducidas en la pequeña biblioteca de la escuela. También visitarán los excursionistas una de las imprentas que se consideren como modélicas en Madrid. Si nadie tiene más que decir sobre el particular, están terminados los temas por hoy.

10º. Asuntos generales

Un vecino: —Todos recordaréis que en este pueblo se suprimió el jornalero y el jornal. Fue la supresión una base y un principio de economía y de dignidad. Al prohibir terminantemente que nadie pudiera utilizar a nadie como instrumento de explotación, la propiedad quedó desvalorizada y no tardó en reducirse a cero. El acuerdo de suprimir el jornal, con ser tan conveniente, no se impuso a rajatabla; no se impuso de una manera que pudiéramos llamar decretal, autoritaria. Se impuso por razonamiento y por pruebas evidentes de que el jornal era la ruina. El proceso de la supresión del

jornal tuvo dos fases. La primera consistió en dosificar el tiempo. Antiguamente se trabajaba doce horas en el campo, y nosotros los cultivadores impusimos la jornada de ocho. Con esta simple táctica la propiedad empezó a desmoronarse. Si existía antes la propiedad, si ésta se sostenía, era porque la diferencia de ocho horas a doce representaba un beneficio equivalente al privilegio de poseer indebidamente, sirviéndose de brazos ajenos. Al dosificar la jornada, las cosechas no rendían. Pero después vino otra dosificación: la del trabajo. Las cosechas no sólo rendían el menor interés, sino que el negocio de la labranza era deficitario; y cuando un propietario vendía un vagón de trigo por siete mil pesetas en el mercado, había tenido que desembolsar, para que le produjeran los asalariados, más de ocho mil. La quiebra fue rápida y a esa quiebra se debió el encono de la gran propiedad al situarse en posición franquista. La prueba es que la parte de España no liberada de Franco, desde el 36 al 39, era la de los latifundios castellanos y andaluces, cuyos dueños iban rápidamente a la deriva, y estaban cosidos de deudas hipotecarias y de todas clases. El empujón del 19 de julio no hizo, en realidad, más que completar la obra iniciada en luchas anteriores.

Otro vecino: —¿A qué viene ahora hacer historia del pasado?

El que hablaba antes: —Para dejar bien sentado en el acta que el 19 de julio no constituyó una revolución contra la propiedad, sino una continuidad en la insurrección expropiadora de monopolios que habíamos iniciado mucho antes: Contra el comercio, nuestra cooperativa, que arruinó a los que traficaban con el hambre; contra la propiedad, dosificando el trabajo como táctica permanente; contra la escuela oficial, acreditando la nuestra; contra las diversiones banales, propagando libros. Nuestros inolvidables muertos no cayeron por una obra recién iniciada, sino por una acción llevada por nosotros hace más de un cuarto de siglo con entereza y consecuencia, con método, y a ratos, con más paciencia que Job. Y antes de nosotros, ya hubo rebeldía. Este pueblo es la negación del fatalismo económico, teoría muy adecuada para pueblos indolentes que esperan que la breva les caiga madura en la boca o, cuando más, precipitar su caída. Pero lo interesante no es coger el higo, sino plantar la higuera. En realidad podemos decir que el relativo bienestar del pueblo, o de parte de él en épocas pasadas, se debe a los segundones y no a los herederos; se debe a los que, pecho a la vida, hacían frente a la adversidad y la vencían trabajando, mientras los herederos pasaban la tarde en el café o en conciliambulos

políticos. Los segundones mejoraron sus cultivos, supieron iniciar la lucha social, negar las rentas, dosificar el trabajo y arruinar a los petulantes herederos de instinto fascista, que no admitían la base moral del incorformismo popular. Nuestros padres fueron como fueron. En el primitivo centro obrero se jugaba al guiñote, pero los hijos no juegan. Tosca tocaba el guitarro, pero sus hijos supieron asociarse. Se empezó a leer. Cada libro era una chispa y el conjunto de chispas proyectó la hoguera. Había ya, hace veinte años, el convencimiento que sólo la instrucción hace a los hombres conscientes y les capacita para las grandes transformaciones sociales. Me cabe la satisfacción de ser, hace más de veinte años, uno de tantos animadores anónimos de aquel movimiento inicial, verdaderamente revolucionario, cuyos resultados nos son bien conocidos. Nuestros viejos todo lo perderán, la casa, la tierra, el hijo, la compañera, y no tienen una queja para los más jóvenes, sino maldiciones para Franco. No tienen una queja para los que empezamos a luchar, sino un gran abrazo, y sin grandes extremos afectivos...

La palabra fácil del orador interesa tanto que nadie piensa en salir... Hasta que la hora se impone para reintegrarse al hogar, los asuntos generales que habían de tratarse —detalles, cuestiones pequeñas de trámite— quedan postergados para una sesión próxima. La que se celebra termina bajo el signo del optimismo y de la verdadera, la franca fraternidad invencible.

PALABRAS FINALES

Como ya se indica al principio de este capítulo, todo cuanto en él se delibera fue oído y anotado en el ambiente campesino español antes y después de 1936.

La literatura de tipo rural es la más defectuosa porque es, precisamente, la más falsa. No es que los aldeanos hayan evolucionado todos; pero los que evolucionaron hiciéronlo magníficamente, si supieron libertarse de cualquier compadrazgo o tutela. Igual el estilo patriarcal que otro, se reducía a propagar la abdicación de lo sano en

aras de lo enfermizo, resultando un españolismo superpuesto, mezquino y precario.

El regionalismo costumbrista de salón de actos, de fiesta mayor, concurso o festival, era una burla. Todas las tendencias reaccionarias preconizaban, por ejemplo, en suelo baturro el calzón. Pero, en realidad, lo que deseaban era, no que hubiera calzones sino **calzonazos**. Un **calzonazos** era el concejal clásico, el típico desdichado labrador que los caciques designaban como cabeza de turco para asistir a las sesiones, firmar los documentos más barrocos de la administración; oir al secretario como si fuera un oráculo y ser cómplices de las mayores botaratadas contra los vecinos.

El ambiente que refleja el anterior estudio es distinto y opuesto. Ya la política había prescrito, como había prescrito el chascarrillo regional, el tristemente famoso chascarrillo de calendario, inventado por el elemento más retardatario que es, por regla general, el tosco aldeano que presume de no ser tosco ni aldeano por haber visto en el teatro una de esas obras plagadas de chocarrerías que merecían para públicos, autores y actores la pública lapidación.

Jamás hallaréis en ninguna aldea aldeanos de teatro, ni en ningún teatro aldeanos auténticos. Los criados que véis en el teatro, drama o zarzuela, revista o sainete, son aldeanos de receta. A lo mejor un guardamonte o un arriero; un leñador o un espolique echa a hablar como filósofo consumado. Tan retorcidas frases usan, tan complicadas y enrevesadas maneras prodigan, tan grosero estilo emplean, y tan afectada mímica, que el juicioso abandona el espectáculo para siempre.

En el anterior estudio la aldeanería había quedado no sólo atenuada, sino curada. La evolución se había producido siguiendo un proceso del más alto interés. En parte por la mayor expansión del espíritu sociable que dan los viajes y favorecen las comunicaciones; en parte por el buen ejemplo de los idealistas cuya vida digna no está en contradicción con sus palabras; en parte por el curso libre del pensamiento emancipador; en parte por el desengaño integral respecto a cualquier sistema gubernamental o gubernativo; en parte por las pruebas que facilita la iniciativa al servicio de quien la emplea y se aficiona a ella, prevenido para la dificultad y ávido si se trata de reanudar la prueba tras el fracaso momentáneo.

Y luego la emulación, la generosidad, el buen deseo de acertar, la abulia disipada y superada, y esa consigna genial de Reclus: «*le malheur guéri par le travail*», «la desventura aliviada por el trabajo».

Quien haya visto rota la vida por un hondo pesar, ¡con qué íntima y bondadosa serenidad afronta la desgracia si la llena de altos afanes!

Nuestros aldeanos ladearon las viejas rutinas y las antiguas patrañas. Entonces sintieron la esperanzadora alegría del hombre que vence su dolor inútil y queda dueño de su propio destino, confiado tantas veces a los ignorantes, a los desaprensivos y hasta a los atacados de delirio de grandeza.

CAPÍTULO VI

Excursión reclusiana por la España fluvial

REPERTORIO DE HECHOS

Los capítulos anteriores de esta obra contienen antecedentes históricos adversos al poder constituído y a su permanente desorden. Contienen asimismo un modesto repertorio de consideraciones destinadas a demostrar y propagar la urgencia de que España tenga convivencia propia por Federación de seres e instituciones autodeterminantes de su libertad concreta para mejorar la vida.

Todas las escuelas autoritarias, todos los credos políticos establecen la libertad como principio. Pero la libertad que establecen es una teoría, un proyecto, una abstracción. Cuando se trata, no ya de establecer, sino de respetar o aceptar la libertad concreta, retroceden escandalosamente los que la tienen monopolizada y no la quieren para los demás.

Reclus representa, como tal vez ninguna figura de su siglo, una réplica adecuada de la libertad concreta, atareada y metódica, a las fantasías del poder y a los programas redentoristas. Una excursión por la España fluvial puede ser conveniente para neutralizar la desazón virulenta o mansa del poder y dar a la sensatez constructiva del pueblo evolucionado el contraste de su profundidad con la frívola impostura de la ley en todas sus dimensiones.

Ningún guía tan probo y paciente como Reclus para advertir en los valles y llanuras fluviales el avance de sus moradores. Avance conseguido muchas veces con heroísmo, siempre con buen ánimo. Avance que nos da base y orientación para la continuidad y la mejora. Avance sin retroceso, sin retórica y no traducido en hechos, sino de hechos.

La libertad en desuso, la libertad vacante y ociosa, la libertad no aplicada, la que se dan unos hombres para progresar y otros para estacionarse en la abulia o en la servidumbre voluntaria, necesita racionalizarse y metodizarse, eliminando en la libertad que se tiene ya —poca o mucha— el fatalismo desmoralizador. Que no se tiene toda la libertad, que a veces no se tiene nada de libertad, es evidente. Pero si la que se tiene no se usa, nunca podrá convencernos el supuesto sediento de libertad del buen empleo que piensa hacer de la que le den o se permita usar él mismo. La libertad se toma. Este capítulo es un estímulo para la toma de libertad concreta, no un himno a la libertad delirante o inédita.

Caminemos del brazo de Reclus por los vericuetos y las llanuras fluviales de España. Reclus amaba la tierra fértil y la fronda. Amaba la comunicativa expansión del río, cuya corriente parece un reguero de luz. Reclus nos acompaña con su retina incansable, con su sabiduría riente como la de Han Ryner y con un gesto de peregrino laico curtido por la intemperie.

La claridad del río y su poder creador

En una escuela rural. Época reciente. El maestro explica lo que, siguiendo la magia de pretendidos evangelistas, era el paraíso terrenal.

—Figuraos —dice— un campo con árboles cargados de frutos. Cielo azul. Ambiente tan embalsamado, que respirar es placer más que necesidad. Flores por doquier, brotes y renuevos. El río inmedia-

to, las fuentes en abundancia, los regatos saltando por una y otra parte con suave rumor...

Escuchan los discípulos en silencio.

—Todo era paz y contento en aquel paisaje, muchachos. Los pájaros volaban con algazara y alegría de presos que salen al campo libre. A poca distancia una colmena, una viña de dorado fruto, un olivar verdeplata, una colina, una pradera, una pequeña cueva entre laureles y rosales. Mariposas de colores espléndidos revolotean entre los arbustos. No hay cuadro comparable con el del paraíso terrenal, su fauna amiga y su inefable grandeza. Jamás podrá contemplar el hombre un paisaje semejante, una espesura tan llena de atractivos.

—Así es la nuestra Fuenclara— interrumpió uno de los zagales.

La nuestra Fuenclara era la tierra familiar cultivada sin explotación, atendida como hija predilecta, abonada, propicia al cultivo intensivo, regada por agua derivada del río en sus tramos altos gracias al desnivel del terreno. Aquel reclusiano en ciernes era un cultivador incipiente. Años después fue combatiente social y reclusiano convencido.

La exclamación del discípulo da a entender:

1º. Capacidad espontánea de ver en la Fuenclara lo que el maestro, a quien era familiar la huerta, veía nada más con la imaginación, influída por relatos literarios.

2º. Prontitud para comprender que el maestro debió recurrir para la explicación al ejemplo visible y no a un discurso compuesto por artificio, según enseñan los epítomes de preceptiva.

3º. Legítimo amor propio al referirse a una huerta en la que el zagal trabajaba según sus fuerzas, ayudando a los familiares.

4º. Desparpajo para la réplica, compatible con todos los respetos al maestro, pero que no es frecuente en las escuelas.

5º. Brevedad en la interpretación de términos conceptuosos dando, en una frase corta a todos los oyentes, expresión más viva que el maestro, y más completa.

La sesión quedó cerrada por la exclamación del colegial. Gusto por lo concreto demostraba éste, como seriedad y agilidad de pensamiento, y una compenetración con el río que Reclus hubiera saludado con alborozo.

Aquel escolar murió en la guerra de España convertido en hombre, llevando un pequeño libro de Reclus en el bolsillo. Combatiente sin apología, tu recuerdo nos conmueve virilmente.

Una diagonal ibérica: El Ebro

Desde cerca del Cantábrico al Mediterráneo, el Ebro desciende en diagonal. El Ebro, como todos los ríos —caminos andantes— tiene un nombre. El río es, por el nombre, siempre el mismo río, pero su caudal es siempre distinto. En las montañas cantábricas, el nacimiento del Ebro es como la eternización maternal de Reinosa.

Los hombres han sabido, en el curso de los siglos, trazar penosa y lentamente caminos de mar a mar. El Ebro es un camino que transita entre estepas y oasis floridos, montes y huertas. Sólo depende de la autonomía de sus vecinos aprovecharlo mejor y hacerlo navegable.

La zona fluvial del Ebro es una extensión quebrada y a ratos llanera, abrupta o fragosa y a veces asequible. Como si quisiera ser un trazo de hermandad entre dos mares, transita por tierras blandas y por tierras duras y nos dice que pasa en vano por muchos parajes.

En el Ebro, muy cerca de él, situó Cervantes las inmortales andanzas de Don Quijote y Sancho en la ínsula Barataria. Ya se recordará que, siendo Sancho gobernador, se sentó a una mesa bien provista, y con un apetito voraaz; que el doctor Pedro Recio, de Tirteafuera, le impidió comer; que teniendo Sancho todos los derechos, se le impedía saciar el apetito. He aquí una imagen de lo que representa la concesión de todos los derechos no conquistados directamente, porque el que no los conquista directamente no puede comer. Por el Ebro navegó la rústica barca donde Alonso Quijano el Bueno cree bogar por un mar sin orillas, lejos del terruño manchego, de la pedantería del bachiller y de la chabacanería de los duques.

Cataluña tiene tres bases vitales: el Mediterráneo, el Pirineo y el Ebro. Tres bases compartidas, no particularistas. Sobre estos tres valores eternos, no exclusivos de Cataluña, se asienta su prosperidad material y también la espiritualidad de aquella tierra.

Sin el Pirineo, guión de un mar a otro, como el Ebro; sin este río que fue corriente civilizadora por sí y por sus caminos laterales; sin el Mediterráneo mismo, prólogo de otros mares y de otras tierras, Cataluña con sus dinastías y sus cronistas, con sus historiadores y sus penachos, no sería la Cataluña civilizada que es, ni su bello idioma un vehículo de cultura. Tenemos, pues, resumido un punto de vista reclusiano que identifica la civilización con un factor marítimo y fluvial por el tránsito y las comunicaciones.

Ni el Pirineo, ni el Mediterráneo, ni el Ebro fueron temas de discusión en el Compromiso de Caspe ni en la guerra de Sucesión. Y hoy mismo, un montañés del Pirineo catalán se parece más a un montañés del Pirineo navarro que a un cosechero de avellanas del campo de Tarragona. La montaña crea en los hombres un costumbrismo no meramente pasivo ni de copia sino de acuerdo con el destino del hombre en la tierra, sin cuadrículas históricas.

El Ebro, el Pirineo y el Mediterráneo no son instituciones políticas ni tienen nada que ver con la estampilla. Existen sin decretos ni leyes. Los hombres someten a ellos mismos aquellas tres invitaciones de fertilidad, pero las someten empezando por someterse ellos a su grandeza y a su utilidad en potencia. Los hombres hacen transitables mares, ríos y montañas.

El Ebro, el Mediterráneo y el Pirineo habrían de bastar para esquivar cualquier veleidad de nacionalismo histórico.

El Ebro, ese caudal excesivamente apacible aún y poco afectado por la revolución de la dinamo; ese surco vital de solera ibérica que no duerme ya como antaño a la sombra del Pirineo; ese rondavalles que es el Ebro entre dos mares, primogénito, tal vez hoy en la familia fluvial de España para afanes de renovación, expansión de cultivos, idealismo de base y paisajes recién creados, ha de ser fecundador de la España que viene, solidaria en su labor de rescate y libertada de malandrines.

La atmósfera del Ebro es sana cuando las aguas se emplean, no cuando descienden por un lecho de ocio. Al contrario de la llanura andaluza, abierta en la zona del Guadalquivir a la influencia del Atlántico, la cuenca del Ebro es casi hermética, honda a trechos, esquiva al parecer. La circundan montañas. La lluvia no es generosa. Sea cualquiera la dirección del viento, la evaporación deriva hacia corrientes externas. Con mucho territorio de la Mancha y de la Tierra de Campos, la superficie vecina del Ebro, desde la Rioja hasta las

puertas de Cataluña, constituye, en sus dos orillas, el muestrario de las estepas.

Pero el Ebro, con sus afluentes y canales, tiene compensación en los paisajes húmedos por su afluencia, en pequeñas y grandes huertas notables por la calidad del fruto y la belleza del panorama. Y crea también las vegas magnas ibéricas del vino y del aceite: Rioja, Tudela, Zaragoza, Caspe. Cerca del mar el Ebro es también el río del arroz. En gran parte de su curso, padre de un mundo vegetal de pequeños tránsitos empalmados. Pero el Gran Canal en germen será, en la España del Ebro, no sólo triguera, un ejemplo progresivo.

Los vientos del mar no tienen acceso a la cuenca del Ebro más que débilmente en los últimos tramos por el boquete estrecho de la montaña costera catalana.

El Jalón es el río de la fruta, según la etimología árabe del nombre. El Piedra, afluente del Jalón, baja de las Parameras de Molina. Cuando el Jalón se une al Ebro sólo lleva las tres octavas partes de su caudal de Calatayud. El resto se emplea para la irrigación. El Huerva, cuyo nombre significa río del aceite, es origen de admirables huertas.

El Isuela y el Flumen, ríos de escasa corriente y el último río por antonomasia en la terminología latina, son, por lo chicos y alegres, como cintas de bazar. Los nombres de los ríos dan el matiz de la vida laboriosa ajena a las contiendas guerreras. El Martín, afluente del Ebro, entre el Gállego y el Jalón, tiene primacía para la fruta.

El Alcanadre fue bautizado por sus ribereños de río **matapanizos** por la intermitencia de riegos, incapaz de atender los cultivos de verano. El Cinca tiene como una grandeza de epopeya, sobre todo en su ribera baja. Allí nació Costa —en Monzón— y de aquellos densos paisajes derivó Costa su pasión por el arbolado, solidaria con Reclus.

El Ega, el Arga y el Aragón llevan al Ebro las aguas del Pirineo, y según la sentencia popular lo hacen varón. Los canales y molinos de todos los ríos, como los pantanos, empiezan a dar a la Región un aire moderno. Sólo el Gállego es padre de siete centrales eléctricas: Panticosa, Escarrilla, Biescas, Anzanigo, Carcavilla, la que da agua a Huesca, y además Marracos. El agua sobrante se vierte por Tormos en el Gran Canal.

Azucareras y alcoholeras han nacido a lo ancho y a lo largo de la cuenca del Ebro, como industrias harineras y conserveras. El

pantano mayor de España estará en Tiermas: doscientos millones de metros cúbicos de agua.

El Segre, que se vierte en el bajo Ebro, es un río sangrado por las industrias eléctricas y deja a su paso los productos más dignos de exportación, sobre todo por los riegos viejos y, también, por los del canal de Urgel, rivalizando todos con Valencia, Toro, el Llobregat y Aranjuez.

El arbolado en la cuenca alta del Ebro aumenta a razón de dos millones de plantas por año, y está modificando el clima, a la vez que desvaloriza la propiedad ociosa, pasando a mano de cultivadores directos.

He aquí una rápida muestra de lo que un surco fluvial tan hondo como el Ebro puede ser en la España de mañana. El esfuerzo de sus ribereños ha conseguido hacer de él uno de los guiones de la Iberia limpia, bella y atareada que nos espera.

Más de medio millón de hectáreas podrán dedicarse a cultivos de variedad y calidad. La miseria endémica y la sed habrán pasado a una fosa histórica, como otras tantas ignominias. El Ebro será el excelente abuelo que con tanta pasión amamos los reclusianos curtidos por el cierzo y el anhelo de justicia.

En los pueblos no alejados del Ebro con mucha parte de secano —singularmente entre el Ebro y el Cinca—, conocedores de los beneficios del riego clásico por acequias en la parte baja del término, la batalla contra los patrimonios señoriales de montes redondos fue muy empeñada, aunque atenuada la injusticia de arriba por una perfecta solidaridad entre los labradores.

Recordemos el caso del conde de Ballobar, expropiado por sus propios colonos y otros campesinos de la localidad. Ningún tribunal dejó de aceptar el hecho consumado de la expropiación, muy anterior a la República. El propietario no tenía siquiera título legal, caso frecuente en toda España, cuya ley hipotecaria da, además, facilidades para quedarse con tierras del común de vecinos y baldíos mediante un simple expediente llamado posesorio, que se tramita con brevedad, pagándose al amanuense del Juzgado Municipal y a los testigos falsos unas monedas o una jarra de vino. Basta declarar y firmar que se han visto ejercer actos de dominio sobre tal o cual finca.

El acceso a las tierras de regadío nuevo procurada y realizada por los labradores sin control ni consejo de ningún organismo oficial ni sindical, fue lo que impulsó en Aragón los cultivos industriales en las zonas húmedas. Algunos ingenieros de la Escuela de Agricultura

de Zaragoza propagaron, a fines del siglo pasado, la producción remolachera. El mayor rendimiento del suelo produjo el establecimiento de harineras y fábricas de conservas en tierras inmediatas al Canal de Aragón y Cataluña, que con el de grandes Riegos, el llamado Imperial —al que se opusieron tenazmente los propietarios—, el de Tauste y los cauces de irrigación clásica, constituyen, con los pantanos, las zonas húmedas capaces de aventajar en breve a California dentro de la proporción de los respectivos territorios.

En España, la mayor extensión de los cultivos introdujo, incluso, el gusto del paisaje en la literatura y en la pintura, gusto relativamente reciente, pues data de la segunda mitad del siglo anterior.

Había antes de tal época paisajes en libros y cuadros, evidentemente, pero en proporción reducida, como limitado ambiente de una figura. Era ésta la que interesaba sobre todo. Cervantes mismo no describe paisajes más que de paso y apresuradamente: «Una arboleda que allí junto estaba.» Nada más. Una arboleda era igual a otra y una colina igual a otra.

Escritores y pintores en plena época romántica se entregan de pronto al paisaje, lo describen, lo copian, lo exaltan, y hasta lo falsifican.

Ocurría que el romanticismo necesitaba oxígeno para sus figuras expirantes; que los viajes a través de mares y continentes iban siendo más frecuentes; que las descripciones clásicas iban a comprobarse directamente al campo; que el alpinismo, ajeno a los concursos, y el excursionismo iban adquiriendo renombre; que las comunicaciones se generalizaban; en fin, y ésto es lo más importante, que los habituales del paisaje, familiarizados con la herramienta de labor y conservadores del árbol, demostraban progresivamente su apego al río.

El romanticismo que podíamos llamar forestal, tan distinto del pasional, se deriva de la botánica varia, creada más que cantada. Ya se ha demostrado que las descripciones de América enviadas a Europa dieron contraste vital a escritores y a pintores del viejo Continente plagado de guerras, dinastías asmáticas en pugna y conflictos fronterizos que se iban eternizando.

América era la sugestión tropical: horizontes, selvas insondables, ríos inmensos, ausencia de propiedad intervenida, frutos de almíbar, maderas de valor, vida al aire libre, moral comunicativa y libertad de tránsito. Aquella fruición de aislamiento en la naturaleza

para practicar la virtud se ve en el poema *Pablo y Virginia*, matriz del romanticismo pasional sosegado por el paisaje.

Aquella fruición romántica por el paisaje, aquella vehemencia nacida al calor de las descripciones de tierras lejanas, no tiene más alta calidad en nadie como en Reclus, que se sintió atraído por la sugestión de América y la transitó como geógrafo y caballero errante, mientras Europa, solar de imperios y tronos tambaleantes, se retorcía en inacabables colisiones cubierta de harapos.

Los ríos de España fueron valorizados. Lo serán más porque sus ribereños van viendo en ellos un Potosí al alcance de la mano y están curados de cualquier desfallecimiento romántico de tipo lacrimoso.

El romanticismo literario gustaba de las ruinas, de los monasterios solitarios y de las abadías abandonadas. Recuérdese a Bécquer. En los paisajes fluviales estos elementos de escenografía satanesca, estos castillos en el aire no existen más que para la demolición. Existe solamente en los espacios sin río, como si junto a éste no pudiera verse nada decadente ni crepuscular.

Se observa en los pueblos fluviales escasa o nula influencia de superstición. Los fantasmas que se citan a media noche, las campanadas maléficas, los trasgos, las brujas con pingajos y escoba campan por regiones desérticas. Parece que el río facilita el humor, a veces en tromba de fiesta y algazara bulliciosa —Ribera de Navarra, tierras fluviales de Levante, etc.—, y es más amigo de ahuyentar que de congregar fantasmas. Incluso en los pueblos que tienen cultivo de regadío y de secano, los labradores, casi exclusivos de secano, son más reconcentrados y ásperos que los hortelanos. Los barqueros, en su vida tan cerca del río antes de construirse puentes, eran chistosos y decidores. Los arrieros que hasta hace cuarenta años vivían la mayor parte del tiempo en el secano, parecían menos expansivos que sus convecinos de huerta.

La Meseta y sus bordes hasta el mar

La literatura de salón se refiere comúnmente al yermo castellano y extremeño como si se tratara de una llanura uniforme con pueblos diseminados, corroídos por siglos de polvo. Jamás ocurre nada en ellos. Son aldeas terrosas que van gastando los siglos, envueltas en una especie de sudario. Pero Castilla no deja de tener

bosques. Castilla es resinera y forestal. Sus ríos no saltan. Discurren con poca placidez, verdaderamente, por cuencas profundas, a veces no tan profundas. En ocasiones, se oculta algún río como queriendo decir que no sirve para nada.

Se cree que en Burgos y en Madrid hay nueve meses de invierno y tres de infierno. Todo esto es en parte cierto. Pero el Duero bebe agua del Pisuerga, que viene del Norte, y del Adaja, procedente del Sur. Las pendientes disminuyen hacia Portugal y la corriente principal no baja en cañón.

El Duero separa el país del pan (Tierra de Campos) al Norte del país del vino y de la producción meridional, que está al Sur. Del Pisuerga sale agua para regar más de cuarenta mil hectáreas.

Los ríos de la Meseta constituyen tres zonas hidrográficas. El Duero, con sus afluentes rasca la meseta septentrional. El Tajo y el Guadiana discurren por la otra mitad. El Tajo está canalizado en las cercanías de Aranjuez, y se ha dicho, más como profecía que como experiencia, que sus arenas son auríferas. No lo son sus arenas, como sería aurífera su agua preciosa en el balance de la riqueza.

En el Valle del Tiétar, afluente éste importante del Tajo, se ven, según J. P. Vera, plantas de todos los climas. Las altas cimas de la sierra de Gredos, donde nace el Tiétar, ofrecen al botánico el liquen polar, mientras en los valles abrigados del curso inferior se encuentra la viña, también la morera y hasta el naranjo.

El Guadiana produce una flora espléndida. Mérida y Badajoz tienen reputación merecida y creciente de buena producción.

En el País Vasco, en Asturias, en Galicia, los ríos saltan jugando algunos con los golfos. El Nervión, el Bidasoa y el Nalón son cortos y rápidos, como el Bolívar.

Al Noroeste de Galicia los pequeños ríos se entregan a las rías. El Miño nace entre copiosas lluvias. El Sil es el más importante de los cuarenta y ocho afluyentes. Se dice que el Miño lleva la fama y el Sil el agua.

En Cataluña, los ríos descienden muy utilizados. El Besós y el Llobregat, entre remolinos industriales. Sus últimos tramos abarcan la cosmopolita Barcelona y son vegas exportadoras en grande, a pesar del enorme consumo de la capital catalana.

El Anoia es un arroyo grande; el Ter, el Freser y el Cardoner son industriales y hortícolas; el Galligans ha tenido desbordes trágicos; el Francolí es río poético, pero bien aprovechado, y el Fluviá casi es un mar antes de ir al mar.

Los ríos que caminan hacia el Mediterráneo, excepto el Ebro, son de pequeño curso, al revés de los que van hacia Poniente. El nacimiento de los ríos que se dirigen al Atlántico está situado, aproximadamente, a la misma altura que la de los que van al Mediterráneo, siendo en éstos el desnivel más pronunciado. En los primeros tramos hay unos bordes abruptos, en gran parte sin bosque, provocándose graves inundaciones. En 1879 cinco pueblos fueron inundados en Murcia y catorce en la provincia de Alicante. Las periódicas inundaciones de Murcia han causado días de luto y verdadederas conmociones fraternas de solidaridad en toda España.

El Turia naranjero es el río de los himnos, y baja encañonado. Sangrando hasta quedar seco en las proximidades del mar, da riqueza extraordinaria a la huerta valenciana, diciéndose de él que cada gota de agua vale una gota de oro.

Al Júcar se deben los riegos de Carcagente y Alcira y los extensos arrozales entre Alcira y el mar.

El Vinalapó es inseparable de Elche y sus palmeras, como el Segura de Cieza y Murcia, y el Serpis de Gandía, con sus veintinueve pueblos hortelanos. El Mijares tiene una modestia de pariente pobre que da riqueza antes de morir, al revés de los parientes ricos.

Se ha llegado a tal extremo de perfección en el riego de Levante, según el holandés Gescher, que bien puede calificarse de sobrehumano el esfuerzo realizado para aumentar la superficie cultivable en algunos pueblos, como Villarreal: «En la región de secano —escribe— concibieron unos hombres enérgicos el proyecto de utilizar el agua subterránea. Con increíble paciencia empezaron por construir un pozo de sesenta metros de profundidad. El agua surgió en abundancia, pero tuvo que nivelarse el terreno, lo que, según los labradores valencianos, es condición indispensable para que el riego dé buenos resultados. Volaron las rocas valiéndose de dinamita, y consiguieron un espesor de tierra transportada de cincuenta centímetros. El terreno conseguido así fue llamado *hort dels atrevits* a la manera del país (huerto de los atrevidos). Siguió la construcción de pozos y la elevación de agua con bombas funcionando a vapor, que llenaban los depósitos y funcionaban sin interrupción día y noche. El agua se conducía por cauces revestidos de cemento armado para que no se perdiera una sola gota. Mil hectáreas se convirtieron así en naranjales y limonares.»

No es extraño que un holandés subraye el interés de los levantinos por el agua. Holanda, tierra ganada en buena parte al mar,

tuvo que hacer enormes esfuerzos, importando hasta los bloques de piedra de los diques.

Según Dantin Cereceda (el profesor ilustre, autor de *Las regiones naturales de España*), la Cordillera Bética es resultado de un empujón producido en dirección Norte o Noroeste, paralelamente al litoral contra la Meseta, formando quebraduras a lo largo del borde meridional de aquella Meseta. La zona llana del Guadalquivir se debe al hecho de que una parte de la Meseta descendió hasta nivel inferior al del mar, lo que permitió que invadiera éste la depresión, emergiendo posteriormente la llanada andaluza, al retroceder el mar a consecuencia del movimiento del suelo al final de la época terciaria.

En Sierra Nevada se encuentran los vientos del Mediterráneo y los del Atlántico. Llueve pocas veces, pero las pocas veces que llueve lo hace a cataratas. Sierra Morena es la Meseta quebrada al Sur, y emergente después. En Andalucía se dan las temperaturas sofocantes, habiendo llegado a cincuenta grados en Sevilla —a la sombra—, a cuarenta y cuatro en Jaén y a cuarenta en San Fernando. El Pico Mulhacen, de tres mil cuatrocientos ochenta y un metros en Sierra Nevada, es un campeón de altura y de nieve perpetua.

El Guadalquivir y sus afluentes, como también los pequeños ríos que podríamos llamar autónomos —Riotinto minero, el Odiel pestilente y el Guadalete—, se pierden en el mar grande. El Guadalquivir no tiene cuna alta. Nace a mil cuatrocientos metros. En el curso superior el lecho es angosto y la pendiente pronunciada hasta el punto de que pasa por Baeza a doscientos cuarenta y ocho metros sobre el nivel del mar, y por Córdoba a cien. Al unirse con el Genil, está a cuarenta y ocho, y sigue curso más sosegado. Sabe que ha de ganarlo y está orgulloso porque sus afluentes desangraron a los del Guadiana. Las corrientes altas de los afluentes del Guadiana traicionan a éste, y van al Guadalquivir. Los ríos tributarios tienen sus caprichos antes de la común confusión en el mar. El Genil, río de la nieve, hijo de Sierra Nevada, fue llamado Xenil por los árabes civilizados y considerado como un Nilo ibérico. «Es un dragón reluciente —dice de él un autor árabe— que muerde las colinas a lo largo de dulces vergeles. La frente se ve coronada de flores. A derecha e izquierda se retuercen las serpientes, que rodean el cuello de Granada con un collar de piedras preciosas. Cubre la tierra de lujuriante flora dándole belleza de celeste paraíso cuando sonríe dulcemente enseñando los dientes.»

Los ríos andaluces de predisposición mediterránea tienen erosión intensa y rapidez en deltas convertidas en vegas cerca de Málaga, Motril, Almería y Adra, con ricos cultivos.

Desde Sierra Nevada hacia el Sur se utiliza incluso la nieve cuando se funde, conduciendo el agua por canales apropiados de distribución, teniendo en cuenta la geología de las lomas intermedias permeables.

Entre río y río, entre montaña y montaña, han de cesar los espacios desolados para que la humedad conveniente modere el adusto rigor del termómetro. El cielo tendrá que ser clemente con una tierra que no confía ya en milagros, sino en esfuerzo inteligente y en planes realizables por designio de sus moradores, preocupados obstinadamente en realizar ellos mismos lo que esperaban del cielo, sordo siempre a los desventurados de la tierra que no la conocen ni la quieren.

Se han formulado contra el secano español muchos improperios. No es que el secano sea un ideal para la agricultura ni para la morada humana. Pero hay secanos que no pueden mejorarse con régimen hidráulico, sino con remedios forestales; sobre todo en regiones poco aptas para el maquinismo, apropiadas, en cambio, para experimentos de calidad y aclimatación.

Federación de los ríos

De los ríos españoles, siguen al sol los que van hacia Poniente, como si estuvieran prendados de él. Los que van al Mediterráneo parecen hacerlo con prisa. Unos y otros, enriquecidos por tributos densos, podrían representar un mapa que ya el estado llano inició con voluntaria y esforzada paciencia, y que España necesita ampliar para el bien común.

Los ríos parecen que nos llaman con su grandeza callada, demasiado solemne para que se les tutee de buenas a primeras. Parece que nos dan en vano todos los motivos vivificantes. Unos muestran sus pesquerías descuidadas; otros, sus grandes riberas sin motores, con el agua lastimosamente perdida. Otros, sus arremetidas. Un labrador tenía el huerto pequeño y bien cuidado a la vera del río. Su vecino tenía un huerto contiguo. A los dos convenía construir un muro para resguardar la preciosa tierra de las crecidas desencadenadas de otoño. Uno y otro sostenían pequeñas rencillas de

vecindad aldeana, y ninguno de los dos quería «rebajarse» a proponer al vecino una obra de defensa común; obra de defensa que hubiera sido útil emprendida y realizada por uno solo. En esta inhibición llegó la crecida y se llevó los dos huertos.

¿Pueden federarse los ríos de Iberia como no se federaron aquellos dos campesinos, sólo unidos ante la pérdida de la tierra? Sí. Pueden federarse unos a otros. Pero a usanza eficiente, tal como se acredita, porque es la función la que crea el órgano. Y no sólo crea, sino que perfecciona.

Una Federación de Autonomías Ibéricas habría de comprender, como una de sus primeras preocupaciones, la Federación de Cuencas Hidrográficas para las construcciones de cada caso, proyectadas y realizadas para la técnica de cultivos semejantes. En Extremadura, en Cataluña y en Portugal la industria corcho-taponera tendría federados sus intereses comunes. Los naranjeros también, como los azafraneros y todos los productores de un mismo tipo.

En los años inmediatos a la República se constituyeron Confederaciones Hidrográficas, como la del Ebro. Dependían estrechamente del Estado, y al Estado se debían más que a la voluntad de los participantes en el cultivo. Los plazos para las obras, la técnica, los presupuestos, la iniciativa, todo se debía al Estado, que bien poco hizo para lo que se podía hacer, a pesar del interés de la técnica y de las necesidades en curso, que se aceleraron, mientras la construcción era desesperadamente pausada.

Los pueblos federados como ribereños de un río habrían de ser determinantes de las obras por sus órganos en función. Los pueblos mismos facilitarían mano de obra al conjunto; se eligiría libremente a los técnicos y se aportarían materiales con la prisa conveniente para no tener que esperar medio siglo lo que puede hacerse bien en un quinquenio.

En los canales construídos recientemente los revestimientos eran tenues. Algunas obras tuvieron que hacerse dos y tres veces. Tampoco se tuvo en cuenta, al principio, el arrastre salino sin desagüe, que malogró tres o cuatro cosechas, ahogadas en sal. Ciertos canales, como el llamado Imperial de Aragón, padecen **mal de piedra** que disminuye el caudal hasta el extremo de que ni siquiera con dragados frecuentes se puede conseguir agua bastante para el verano.

Los ríos pueden federarse para hacerlos tributarios de la tierra y no tributarios del mar. En los pactos que hemos observado para las

cuestiones de riego entre varios pueblos, beneficiados todos por turno riguroso en la utilización del agua, se ve ya un principio de lo que, ampliando aquellos pactos, y extendiéndolos convenientemente, serían las Federaciones Hidrográficas, extrañas a la burocracia y al tráfico a que daban lugar las componendas con los empresarios. Éstos se cubrieron de oro en la construcción de ferrocarriles. Se construían de cara a necesidades de tipo militar. La línea ferroviaria del Norte sube Ebro arriba, desde Zaragoza, por la orilla más quebrada del río y no por la relativamente llana, en la que las obras hubieran sido menos costosas y más rápidas. Se construyó la línea para que los carlistas no pudieran tomarla fácimelte. La línea de Lérida a Zaragoza estaba estudiada por Fraga y no por Selgua. Bastó que el caciquismo —que contaba con ventas de rendimiento comercial en Fraga— se opusiera al trazado, para que se hiciera éste con otras directivas. Las líneas ferroviarias en general —de Madrid, centro artificial al mar— no tienen más que sentido radial. En sentido transversal no hay apenas ferrocarril en España, como en Francia la línea Burdeos-Marsella. Y sin embargo, los grandes ríos son transversales en España, excepto el Ebro, que es diagonal. Los ríos necesitan ferrocarriles servidores de su dirección. Además de los trazados laterales, se necesitan trazados de cruce. Hace medio siglo se proyectó una línea del Pirineo a Tortosa que duerme en los archivos ministeriales, siendo un camino de hierro que daría las riquezas del Pirineo al transporte y a la consiguiente expansión circulatoria. Del proyecto Santander-Mediterráneo hemos leído innumerables notas oficiosas y hemos visto sus vías muertas.

Las Federaciones Industriales favorecían la compenetración de las grandes ramas entre ellas. En el régimen oficial, el ingeniero forestal y el de Canales parecen debatirse en el separatismo y en la dispersión. Lo esencial es atender al conjunto y no encastillarse en una especialidad contra otra especialidad.

La hidrografía y la gestión forestal, como la minera, dependen del Estado. Sus adictos son todos oficiantes del Estado y aún puede decirse que están asociados como ingenieros en gremios profesionales. Pero, en realidad, estos gremios profesionales no actúan en sentido coordinado como tales al servicio del Estado porque el Estado no tiene plan ninguno de coordinación.

En el curso de la guerra del 36, las alternativas tan angustiosas de las operaciones hicieron necesario contar con mucha provisión de madera. La Organización de Industrias de la C. N. T. y en el caso que

vamos a exponer, su Comité Regional de Cataluña, estudió el proyecto de facilitar madera de los bosques, madera procedente de los bosques de Tuixent y próximos.

Pero se daba el caso de que Tuixent está a quince kilómetros de Lacoma, a cuyo pueblo, no lejos de Solsona, llega carretera practicable, perdiéndose ésta en Lacoma. El pequeño trayecto de quince kilómetros Lacoma-Tuixent ha de hacerse por senderos de contrabandista. ¿Cómo construir el ramal de carretera que empalmara en Lacoma para que la madera pudiera llevarse en camión, desde Tuixent a Barcelona en tres horas, sin tener que esperarla de la Guinea o del Báltico?

La C.N.T. se puso al habla con los pueblos interesados. Todos, en asamblea memorable, aceptaron la proposición de que la C.N.T. construyera el ramal indispensable y aprovechara la madera de los inagotables bosques de Tuixent a cambio de aquella carretera. El pacto se hizo en forma. Eran los días de la caída y recaída de Teruel. Los técnicos de la Generalidad se pusieron a disposición de los gestores y se comprometieron a facilitar personal técnico lo mismo que todo el utillaje de Obras Públicas. No había manera entonces de sacar la obra a subasta ni tampoco existía empresario posible porque no contaban ya los empresarios; no había intermediarios ni podía haberlos.

La Generalidad, lo mismo que antes el Estado, había prometido la carretera infinidad de veces, especialmente en épocas electorales. Terminadas éstas, no volvía ni siquiera a hablarse de carretera y los pueblos inmediatos a Tuixent se debatían en el aislamiento, la comarca se despoblaba y no quedaba en ella juventud.

La C.N.T. se dispuso a emprender las obras que hubieran representado la redención maderera de Cataluña para construcción, muebles, ferrocarriles, etc.; pero los azares de la guerra y el avance franquista malograron el plan.

He aquí un ejemplo que dio la Madera Socializada. Lo mismo puede hacerse con la riqueza fluvial y con todo lo que permanece sujeto a la rutina y al interés privado.

Casos como éste podrían citarse para demostrar que la velocidad y la prisa racionalizada, musas de nuestro tiempo, no son patrimonio del Estado ni de ninguna de sus instituciones subalternas y, en cambio, los pueblos podrían, en estrecho acuerdo con las formaciones ciudadanas no explotadoras, resolver en semanas lo que el Estado ni la Generalidad han resuelto en siglos.

Desde el río de barca al río motorizado

Aquellas barcas antiguas que atravesaban el río por el procedimiento de la sirga aún las recordamos en la lejanía.

Como recordamos barqueros de fama en los ríos de procedencia pirenaica, barqueros conocidos por la arriería y la buhonería.

Llevaban cinto de estambre blanco y ajustador o chaleco de pana tabaquera. Las abarcas eran fuertes. A pesar de haber cumplido tres inviernos, se retorcían y estiraban bajo los peales recios. El gorro, lanudo, de oveja negra.

—¿Qué color tiene el río? Pregunté un día al barquero.

—Buen color. Los colores del río tienen distinción. Si llueve en la montaña, color royesco. Si nieva arriba, el río baja blanquinoso, agua con tarquín. Otras veces el río es verdoso y otras azulenco. Según el aire que corre, se tinta el agua de cierzo, o de color de invierno. Cuando estás en secano te acuerdas del río azulenco y no sabes si te acomete la sed del color del río que te viene a la cabeza o del aire del tiempo. Algunas tardes de bochorno el río está fosco como el verdete de los candeleros.

Aquel barquero era como el genio del río.

—¿Y conoces el tiempo que viene por el río, barquero?

—Conozco el tiempo que viene por el ruido del río. A menudo se encarraña (se enfada) como un zagal. De los Altos Pirineos bajan las nevadas, y de no tan arriba los navaderos (los tripulantes o navaderos de tramadas). Las madrillas bajan a palladas cuando viene tronada de arriba. El agua del río me saca del río y saca también la barca de paso cuando se le hinchan las narices a la montaña.

—Pero las tronadas, las tronadas...

—El aire antes de las tronadas te barrena la cabeza, en las tronadas te puede matar, después de las tronadas te da respiro. El cierzo riza el río, el bochorno lo aplana, los pájaros pasan por encima a palladas en los primeros días buenos, cuando los árboles de la orilla florecen.

—Pero las tronadas fuertes deben conocerse en el río.

—El río las conoce a ellas y no puede ganar nubes que están tan altas. Aunque nades antes de la tronada, la nube te quita el respiro. El agua, tan baja, no te puede aliviar. El viento gana al agua porque el viento corre más y porque está más alto. La calma, antes de la tronada, no se quita con nada porque la nube lleva fuego, como

decía mi padre y como decía mi abuelo, que ya estaban en esta barca, y en la barca murieron.

—¿De accidente?

—Murieron cuando vieron que ya no tenían fuerza para trabar los carros de los arrieros que pasaban. La barca se les iba de las manos y entonces venía a la barca el hijo joven. El padre se quedaba en casa y se moría porque no podía vivir en la barca. La enfermedad no era esa, pero yo sé que todas las enfermedades de los que pasaron por aquí y tuvieron que dejar ésto, salían de no poder estar en la barca; todas salían de la barca.

El genio del río hablaba lentamente, como un amigo suyo llamado Capuchino, que era el genio de la pradera, el soto comunal del pueblo.

—Esta barca en medio de este rebalsón (remanso) es la barca de los arrieros que vienen de tierra de secano.

—¿Buenas noticias traen?

—Que por allá muy adentro, han de ir a quince kilómetros de camino de herradura a buscar agua al río, agua de beber los labradores. Y eso lo dicen cuando pasan los arrieros con las recuas por esta barca. A dos leguas de aquí no tienen agua, pero tienen vino.

—Buen catavino eres.

—Al pasar la barca me dijo el barquero: «Si llevas buen clarete, dame de beber, vinatero.» Buen catavino soy cuando los arrieros de la ribera convidan.

—Pero también esta barca es la barca de las romerías.

—El cura iba delante, con los gordos y la justicia. ¿Qué venía un invierno seco? A pedir agua al cielo, aunque no tuviera nubes. Pero a mí, que no me vengan... Los herederos de la procesión pedían agua y bebían ron. Más de cuatro veces reparé que el cura volvía de la procesión con el bonete en el tozuelo. La fiesta mayor de la barca es al remate del verano con los que pasan a la feria. La sirga (cable) y el remo se han de apañar cada año. Los del pueblo todos pasan a la feria con la gayata. Aunque no sea más que con una vara, nunca van con los brazos colgando. Todos llevan gayata o vara y picardías en el pensamiento. ¡Cuántos se juegan media onza sin que lo sepa la dueña!

Este sabroso lenguaje se usaba hace medio siglo por el barquero Salas. Todavía pertenecía su barca a un duque. Cada tarde, el barquero llevaba las llaves de amarre al palacio ducal, situado en la plaza. Era un palacio con torreón cuadrado. Sus tierras se han

disuelto en el agua que llegó hasta los montes altos y les vistió de verde.

Salas tuvo una descendencia de combatientes sociales, cuya actividad hizo posible la desvinculación patrimonial cuando desapareció la barca vieja y se construyó un puente, coincidiendo la novedad con el movimiento de un centro obrero edificado cooperativamente. Por parte de la juventud coincidió la desaparición de la vieja barca feudal, cuyo dueño cobraba derecho de paso a los extraños al pueblo, con el crédito de libros y Sindicatos y con el derrumbe de la gran propiedad mucho antes de 1931 y su República retardataria. Coincidió todo este movimiento con la eliminación de fiebres palúdicas y naturalmente con el advenimiento de los tricornios. ¿A qué iban a un pueblo tan evolucionado? ¿A sostener la propiedad? La propiedad estaba siendo reducida a ruinas porque las plantillas de servidumbre oficiosa quedaron suprimidas por voluntad de los jornaleros y porque, ya antes del 31, trabajar para otro era un baldón allí.

En medio de estos beneficios de alcance general, cuando se estaban iniciando precisamente, murió el último barquero. Sus descendientes cumplieron como buenos. Pero no puede evitarse el recuerdo de aquel genio del río, tan afecto a sus brisas y a sus ondas; aquel hombre de bien que decía como los vaqueros vascos riéndose de la superstición astral: «En el cielo hay buenas noticias, ahora y siempre.»

Al barquero profético que llevaba encasquetado un gorro de piel de oveja negra y parecía un ruso; un chaleco como el que he visto llevar a los checos, unas calzas tirolesas y unas abarcas de pastor irlandés, ha sucedido una generación de vanguardia social con motoristas y lectores; una vanguardia que peleó en la guerra del 36, que anda desparramada por el exilio y que guarda para el río los viejos apólogos como depósito de tradición popular, aspirando a motorizar el río, dando al paisaje todos sus valores de modernidad y a la vida todas las sugestiones de altura.

El río fue para el barquero un amigo. Para los descendientes, un amigo también; pero menos diluído en consejas, menos hablador y más aprovechado.

Este paso de la tradición feudal y fluvial a la existencia abierta, tuvo en el río motivo de más fundamento. Aquella superficie movediza del río, tan recordada, aquellos romances viejos del barquero, aquella experiencia de corrientes y avenidas, aquella sabiduría contemplati-

va, aireada por chanzas y veras, ha cedido a las novedades del mundo, y el río cederá su potencia escondida hasta darse todo al mejor porvenir.

Antaño, los labradores jóvenes iban al río en pleno invierno como brigadas de choque del riego para desviar la corriente hacia una acequia. Con frío de enero se sumergían en el río clavaban las estacas y las aseguraban. Había por entoces titulares de proezas —horas y horas en el agua glacial— que aún hoy circulan de boca en boca como relatos de extraordinaria ejemplaridad. Muchas veces he recordado, oyendo tales relatos, lo que dice Rousseau de los habitantes en ciudades lacustres cuando asegura que, a pesar del contacto con el agua, no conocen el reuma. Lo mismo puede decirse de los ribereños de aquel río, que nadaban ágilmente sin asistir a ningún concurso de taquilla, y estaban siempre prestos a pasar un día de invierno sumergidos para conservar y mejorar el riego derivado del río por acequias laterales. He aquí un deporte sin testigos de pago. Recuerda el de los holandeses cuando patinan en la soledad para hacer el pequeño transporte de leche.

Los mismos labradores tenían una sorprendente seguridad experimental en el riego para calcular el tiempo que precisaba la fiula abierta (compuerta) para que llegara hasta el último rincón de un cuadro grande de hortalizas el agua sin malgastarla. Todo el cuadro hortelano quedaba con humedad uniforme, calculada en saturación al centímetro cuadrado.

Tan buenas disposiciones como las apuntadas, viejas de siglos y renovadas por la celeridad de las novedades transformadoras, tienen arranque en la familiaridad con el río, en el abandono de los pánicos celestes y en lo que la emulación consigue sin normas coactivas.

La alegría española tiene muchas veces aire corrosivo y destemplado. Este rigor malsano y deprimente en fases sucesivas, entregado al fulgor estruendoso y enfermizo de verbena, plaza encendida de **afición** o trompetería teatral, representa una de las más tristes realidades españolas, y es una reacción del descontento más pueril contra las dificultades de los días. ¿Cómo se explica que la alegría de los opulentos tenga el mismo aire sulfuroso y desconsiderado? Probablemente la dispersión nerviosa de los desocupados y el desgaste excesivo del trabajo influyen de manera semejante en la generación de la alegría torrencial y del descontento torrencial.

En este clima desigual, ese clima tan ibérico que parece una fuga de los elementos, el sol de invierno se anticipa a veces a la primavera, incluso a la primavera avanzada. Parece que quiere adular, pero es tan poco constante en el anticipo, que lo revierte con saña cuando más deleita. El ibero se caldea y minutos después se hiela. Los elementos danzan en torbellino. La borrasca y el frigorífico se conjugan. El clima influye en el carácter ocioso como tal, en la zona ociosa de éste más bien, haciéndolo desapacible en una fase y predispuesto al rendimiento servil en otra. Y entonces se derrocha irritabilidad como antes se vivió en depresión, naciendo la retórica conmemorativa que cede a la agresiva como el sol alegre de invierno, y los grandes palmoteos ceden a las miradas torvas. Falta, pues, equilibrar el temperamento para superar el humor convulsivo de la fase desapacible y el humor adherente, más bien pegajoso, de la fase servil.

Todas estas desventuras no se deben al clima. Se dan en los mismos lugares los contrasentidos del clima que los contrasentidos del carácter, porque el carácter está ocioso sin prevención de reacciones como el clima mismo. Es decir, que el carácter es también un clima de fatalidad en las variantes, como el clima. Ahora bien: los españoles, que luchan desesperadamente contra la incultura y la miseria, los que dominan la naturaleza ciega sin ser ciegos, están lejos de atraer sobre sí mismos el gravamen fatalmente desapacible o fatalmente conformista, y gozan de un nivel pasional razonable y de un razonamiento apasionado, matizando razón y pasión sin alternarlas por exclusivismo.

Podría hacerse un parangón entre las civilizaciones de área fluvial. Todas las civilizaciones, en mayor o en menor grado, tienen que ver con los ríos, tan alejados éstos del mar en el curso medio cuando las comunicaciones no tenían la importancia que tienen hoy. Se vería en una orilla de cincuenta kilómetros que sus moradores se parecen más entre ellos que los de una y otra orilla, separados por cuatro o cinco kilómetros. Se vería que la desemejanza y la rencilla provienen de la dificultad en atravesar un río, cosa menos hacedera que bordear o recorrer el límite de una sola orilla. Cuando el cruce del río se hace fácil, desaparece la tensión. Hemos visto pedreas entre vecinos de un río. Los de una y otra orilla se atacaban frecuentemente con hondas. Bastó que se construyera un puente para que cesaran las pedreas. El río separaba radicalmente a los contendientes sin que éstos pudieran explicar la antipatía. Los separaba como separa una alta frontera. El túnel en ésta hace el mismo efecto que el puente en el río.

Se trata de reacciones automáticas, de un resentimiento sin base —el más fuerte y áspero—, pero ¿es que la vida primitiva aún en tantos parajes de España no se guía por el resentimiento automático? ¿Acaso este resentimiento automático no es el mismo resentimiento del granizo que cae, implacable, del rayo, de la helada? Estos automatismos del clima, como los automatismos del carácter, necesitan neutralizarse. El clima del río comunicativo, canalizado y con distribución de humedad. El carácter con una eliminación de tóxicos, con la cura del odio, que dijo Falaschi; con la curiosidad activa para sustituir los tóxicos por estimulantes vitales, aclimatándolos con severidad y, si es preciso, con heroísmo íntimo, dando a la trivialidad su aire de pasaje, y no confundiéndola con lo que no es frivolidad y queda como motivo permanente bien enraizado en el carácter.

Y damos fin a este trabajo coincidente con tantos otros afines y, desde luego, con los de esta serie destinada a aclarar y reafirmar lo que en España tiene carta de naturaleza moral, y despertar optimista en una de las épocas de más encontrada pasión que se ha visto, agravada y a la vez favorecida por esa fertilidad escondida que demuestra, en algunas ocasiones, la abundancia de propósitos y enseñanzas, no siempre éstas acordes con aquéllos, y a menudo en contradicción.

Habremos de contar con nosotros en primer término y darnos una seguridad de no estorbarnos mutuamente por el hecho de querer las mismas cosas en teoría, y resultar luego que queríamos cosas distintas.

El gusto por la pelea debe ceder a la coincidencia para trabajar en pelea permanente contra las dificultades que ofrece hoy, no sólo la idea de hacer algo concretamente útil en común, sino la idea de situar frente a nosotros aquellas mismas dificultades. El poder no necesita conspirar contra el ciudadano y, sin embargo, conspira contra él. Desde que terminó la guerra se advierte un engranaje tal de instituciones en germen, que la lectura de periódicos resulta un verdadero tormento.

Hay una confusión tan grande de jurisdicciones; hay un juego tan complicado de alternativas, que el Estado se va convirtiendo en una entidad predestinada a obligar a todos a ser subalternos de él o no ser nada. Para llevar cuenta objetiva de lo que dicen proponer los organismos flamantes, es necesario emplear mucho más tiempo que el que se invertiría en aprender griego o la ingeniería. Y cae todo como

un diluvio sobre las cabezas. La radio actúa sobre el oído, el cine sobre los ojos y la prensa sobre una curiosidad en verdad inapetente para lo que no sea **el acontecimiento del día**.

Los restantes acontecimientos quedan postergados. No importa que **el acontecimiento del día** sea una impostura. Si ésta se descubre, llegará inmediatamente otro **acontecimiento del día**, y en nuestra vida no habrá ya pronto más acontecimientos que los habituales de la nota oficiosa. Nuestros acontecimientos van siendo arrumbados. Y son estos acontecimientos toda nuestra vida afectiva, nuestra vida de aprendizaje, nuestra vida no ficticia, nuestro trabajo y nuestras ideas más estimadas.

Todo lo envuelve el grito del **acontecimiento del día**, que se convierte en grito cotidiano, cada vez más chillón.

Reaccionemos implacablemente, so pena de caer de bruces entre gritos y gestos. Tratemos de afianzar dentro de nosotros mismos lo que queda al margen de la gritería imperante. Sostengamos nuestra autonomía, que no es un valor disgregante sino cohesionador. Lo es en principio, de la misma manera que lo es después y siempre.

El verdadero pasado histórico de España, la sustancia de ella y lo mejor de ella, resultó de sus instituciones populares y de sus ideas hechas realidad. La autonomía es una idea de iguales y nunca de sometidos. Cuando la autonomía no comprendió el sentido igualitario, no fue autonomía.

El pueblo español quiere autonomía igualitaria, no servidumbre. Derriba gobiernos porque se cree capaz de gobernarse él. Y en cuanto a la ordenación de la vida en común, ¿qué dificultad puede haber para conseguirla si lo más difícil, producir y capacitarse, lo hace a lo largo de los siglos?

Que el río nos dé su civilización. Que el gusto por las catástrofes ceda al de evitarlas, el de no contribuir a ellas por lo menos.

Tenemos el ejemplo de la onda marina que no se cansa de empezar; la serenidad grata del río que, siglo tras siglo, nos llama en vano; la trayectoria de los humildes que hacen del ímpetu del río dominio del hombre y no de la fuerza ciega, ímpetu por consiguiente del hombre en sus esponsales con la tierra. Tenemos, después de esta excursión por España, un pequeño mapa de realidades que comentar, un plan que mejorar, unos retrocesos que remediar; sobre todo manos para acercarlas a una labor común, y mentes para inclinarse con fatiga, pero sólo cuando la fatiga quede superada por

su equivalente en rendimiento y tenga continuadores del mismo temple.

De nada nos servirá la fácil adhesión a convencionales remedios sin precedentes en los hechos. De nada nos servirá lo que no queda permanente en el patrimonio intangible de los hombres que vivieron y murieron sin gloria, pero creando la habitabilidad del mundo.

Apartemos el pesimismo mejor o peor fundado para fundar, sin dar rienda al desengaño, algo que sea mejor y no haga pesimistas.

Todo lo demás se nos dará por y con añadidura de nuestra pasión y de nuestra mente. Nada habrá en una España libertada que nosotros no sepamos dar de nosotros mismos. Nada habrá en la España de mañana que no responda a la libertad compartida y buscada, dando a la intersección de ella con otras libertades un horizonte visible y limpio con frondas, hijas predilectas del río.

CAPÍTULO VII

Excursión reclusiana por la España árida

UNA PIRÁMIDE DE PIEDRAS, MONUMENTO SIN ESCULTOR

Andando, andando por la España fluvial y desviándonos de la orilla del río entramos en una calva extensa de costra un tanto salina. Íbamos monte arriba, cara al páramo que se extiende a ambos lados del Ebro, desde Alfaro a Mequinenza.

Terreno reseco más que seco, sin otra agua que la cocida al sol en pequeños embalses rocosos al descubierto. Sólo agua escasa del cielo en una tierra de infierno.

Contraste de la España fluvial con la estepa inmediata al río. Lluvia intermitente, escasa o torrencial. Llanuras áridas. De vez en cuando, montículos. A lo lejos, la sierra de Alcubierre **rodeada de soledad**. Monegros. En el siglo XVII, Montes Negros por la saludable fronda que contenían y que tanto atrae la lluvia. El salvajismo de la

tala dejó la tierra estéril precisamente en el siglo XVIII, que fue todo un foco renacentista de estudios botánicos.

En el monte que transitábamos, escaseaba hasta el tomillo. Reinaba la piedra como solera de una geología sin humedad. Dominaban las piedras, esas piedras amarillentas —tan distintas de las azuladas o grises que se ven en la margen del río—; piedras pequeñas, asimétricas y esquinadas, que cubren el suelo casi por completo y caben en la mano semicerrada; piedras fatales, tan enemigas del sementero y de la planta como adversas compañeras de otras plagas: langosta y sequía. Piedras de toque del desierto. Entre ellas crecían las raquíticas flores esteparias —rojizas, amarillas, moradas— y no era difícil asimilar aquella flora ardiente y sin matiz al tono de color plano en los zagalejos de la indumentaria campesina en las zonas esteparias de los Balcanes, Rusia y España. Piedras o guijarros —mejor dicho, *glerizos*, según la terminología comarcal—; piedras castizas que podrían sustituir rústicamente a las castañuelas en una danza pastoril ancestral; piedras que matan los pastos y auyentan al rebaño. Parecen desparramadas por alguna potencia vengativa y cruel, las piedras maléficas de la Edad de Piedra.

Esta invocación no se hace en vano, porque las piedras de aquel paisaje lunar a cinco kilómetros de la vega, tuvieron dos héroes reclusianos capaces de eliminarlas del suelo para violar la virginidad de éste. El suelo había sido abandonado hasta por la grey pajaril. Las golondrinas pasaban de largo, y también los cuervos. Pero los dos héroes reclusianos se quedaron entre las piedras en un retiro construido por ellos mismos, oyendo cantar muy de tarde en tarde, a lo lejos, al transeúnte mochuelo, filósofo de los secarrales.

Cinco hectáreas cubiertas de *glerizos*. Vieja heredad que no interesaba, al parecer, más que una parcela del Sahara. Y sin embargo, debajo de los *glerizos* había un torrente de vino generoso en espera de aliviar su irredentismo y de suprimirlo.

Tras largos y desapacibles meses de empecinado trabajo, la marea de piedra fue reducida a la nada. Los dueños de la tierra eran pobres. Vivían trabajosamente de sus brazos tensos, pero tenían más de un millón de piedras. Eran millonarios en *glerizos* y quisieron verlos acumulados, no dispersos. Quisieron verlos en una pirámide. Desde todos los parajes llevaron a mano montones de glerizos a un depósito piramidal —cuarenta y nueve metros cuadrados de base por quince de altura lineal—. Hasta la cúspide los *glerizos* se amontonaron con arte rudo pero sólido, en líneas sin gran perfección

geométrica, pero con visualidad de obra robusta. Tozudez en los constructores se advertía, tozudez y noble ambición. Aquellas piedras liberadoras resultaron sin profecía, pero con esfuerzo, verdaderas piedras preciosas.

Uso de libertad en el ocio obligado del invierno, manutención sumaria aunque densa de féculas hortelanas y productos de lejana caza —a garrotazo limpio, como en tiempos prehistóricos—, abrigos de mantas tejidas en obradores caseros con lana hilada en rueca, telar primitivo y lanzadera reluciente guardada con membrillos, sábanas de lino y hierbabuena.

Los héroes reclusianos espontáneos estaban allí de bruces o como fuera necesario, empleando su libertad, su pequeña libertad, en descubrir tierra y en hacerla útil. Abominaban del Estado y de su prestidigitación sufragista, pero trabajaban con un denuedo vital que quiere a todo trance libertarse de la miseria. Eran —padre e hijo— una síntesis del *Hombre y la Tierra.* Eran electores y elegibles, pero preferían laborar con inteligencia para dar a un rincón árido, que no tenía siquiera cotización comercial para la venta, prestancia de tierra vestida.

La pirámide de piedra cedió a un raudal de mosto. La viña fue creciendo a pesar del cierzo ingrato, del frío tardano y de la escasez de lluvia. Para labrar, una yunta estuvo presta a cambio de trabajo de **tornapeón**, sin salario. Y llegó la primera cosecha. Llegó la segunda, más nutrida. La tercera fue favorecida por una poda casi usuraria, con escasez y reducción de brotes, frenando la ambición para alargar la vida del viñedo. Se construyó el lagar y se sucedieron las vendimias. Producto excelente de dieciseis grados. Cinco mil litros de clarete con posibilidad de trueque por todo lo necesario y aun lo no tan necesario para la vida. Libros, libros; y después afán de emplear bien la libertad en las veladas, en las fiestas, en las horas mejor elegidas. Y un contento interior hecho de recompensa merecida y de rendimiento grato. El trabajo, la tierra y el cielo, que se hace benigno y húmedo con las plantas y su atracción de imán verde.

Fuera de aquel ambiente había quejas, discursos, santones de la sociología, manifiestos, mítines y procesiones. Fuera de aquel ambiente silencioso había maldiciones, meteorología reducida a refranes, controversias vanas, improperios, idolatría, españolismo meramente sentimental, elecciones y charangas. Los dos héroes reclusianos, para los que no era extraña ninguna idea de tipo social avanzado, fueron siempre animadores de colectivismo y mucho mejor

dispuestos a propagarlo con el ejemplo que los eternos creyentes en el jornal esclavista. Los héroes reclusianos fueron decididos propagadores de ideas federalistas y cooperadoras. Y la hueste pajaril apareció con su irreductible voracidad.

El monte tuvo más viñas en diez años que en diez siglos. El estímulo de los dos héroes reclusianos había conseguido que una extensa partida de secano se convirtiera en verde campiña. Y entre los pámpanos surgía la gran pirámide votiva de redención. El que no sea capaz de redimirse así, será toda la vida víctima de los redentoristas que le harán ir de oficina en oficina constantemente diciéndole que es libre; en realidad, chupándole la sangre.

Geografía de la aridez superada

Hubo en España muchos especialistas preparados para escribir, y han escrito monografías sobre el suelo arcilloso, el sistema de arterias fluviales, la botánica medicinal, la meteorología de Levante, los lagos del Pirineo, la influencia de los vientos del desierto africano en el régimen premioso —alternando con el torrencial— de lluvias, la clave de un torbellino, la estructura de las nubes, el reparto de humedad y otros temas; pero lo cierto es que los hombres más evolucionados de las zonas áridas emprendieron directamente, con tesón y sin veleidad, costosas obras en el terruño nativo, mejorando las condiciones de producción y hasta el rigor del clima. En vano se buscará en estos ensayos del autor ningún testimonio de pedantería. Los hechos escondidos importa sacarlos a los cuatro vientos. De teorías estamos ahítos, y también de que nos digan la buenaventura para acabar pidiendo, como hacen las gitanas, aunque éstas con más gracia.

La constante labor de los campesinos de Tortosa y del Bajo Aragón al consolidar sus olivares de secano en terreno quebrado construyendo rellanos amurallados para defender las plantas de las lluvias en catarata, es un ejemplo de paciencia y solidez que recuerda la técnica empleada por los romanos en los acueductos. Trabajo es el de constructor de murallas, que tuvo magníficos ejemplos en el curso del último siglo, sobre todo al cesar las guerras carlistas.

Hay verdaderos maestros, completos y perfectos artífices de muros de piedra en los olivares. José Llasat, a quien yo he visitado expresamente en el departamento francés de Aude queriendo exami-

nar su traza de artista para resguardar las tierras desniveladas de los temporales, recuerda en el exilio sus andanzas por los campos españoles. Es en Francia, como fue en España, un extraordinario artista en amurallar bancales. Juega con la piedra sin argamasa con soltura y tino. Millares y millares de olivos le deben la vida en España. Tal vez millones de plantas fueron resguardadas por él, evitando el despeñadero y la ruina. Ya conocéis las obras de Julio Senador, el primer valor cabal y constructivo de España y el más señalado —con el profesor Reyes Prósper— entre todos los entendimientos que en nuestro país han continuado el movimiento cultural iniciado por Reclus. Pues bien: Julio Senador, que clamó tan elocuentemente contra la ruina de la flora ibérica, vería en Llasat, anónimo y abnegado compañero, un héroe reclusiano autodidacta. Habla Llasat de la muralla con una delectación afectiva, con un fervor tan emocionado, con una serenidad tan gustada de dicción y una sencillez, como sólo da la conciencia de la obra bien hecha. Cuando hay tantos heroísmos de certamen y tantas actitudes petulantes, el ejemplo de Llasat es una compensación.

Las realidades geográficas han sido superadas en el anonimato de nuestras comarcas porque para los seres activos y audaces no existe ninguna fatalidad respetable y porque, en definitiva, llegará a no haber más pobres que los pobres de espíritu. Ni la Economía ni la Geografía son imperativos sistemáticos inconmovibles. ¿Quién puede dogmatizar, quién puede determinar acerca de una producción estable, fija y eterna? En las laderas de los Andes hay castaños que apenas nadie hubiera creído aclimatar allí. La patata, ese tubérculo más estimable que el oro, fue llevado a España por unos frailes en 1533, dos siglos antes de nacer Parmentier. Se extendió el cultivo por Inglaterra y Europa Central, llegando a ser una de las primeras bases de la energética. Los puericultores están conformes en atribuir a aquel tubérculo una calidad beneficiosa de primer grado en la fisiología infantil.

A Acosta se debió, según el historiador F. Vera, el primer conocimiento de la patata, a la que llamó **turma de tierra**, con la que los indígenas americanos hacían un pan llamado *chuno* y el guisado *locro* (al que se agrega maíz blanco partido y que aún se consume en la actualidad) que calmó el hambre en Europa, aunque se crea que el introductor de la patata fue el francés Parmentier, nacido en 1737.

En la soledad más completa, los agricultores de tierra seca se pusieron a trabajar de firme. La diversidad geográfica se tuvo en

cuenta para acercar el rendimiento mediocre o seminulo de las tierras áridas al de las buenas. Todo se consiguió alterando el monocultivo cerealista con las plantaciones. Este es un hecho económico primordial, un hecho histórico relevante, y no cualquier batalla. No hay economía cerrada. Nadie puede estacionar las necesidades de un ser humano en evolución ni dejar de contar con lo inesperado.

La viña tiene, en las regiones españolas, una diversidad muy matizada. La filoxera fue, a principios de siglo, un desastre imponente, pero se remediaron sus efectos. Los catalanes fueron a la Rioja a enseñar el arte de los injertos y a propagar la vid americana. Por cierto, que iban a la Rioja a segar y se quedaban una temporada para trabajar en las viñas. Por entonces —hacia 1905— la agricultura cerealista de la Rioja contaba ya con maquinaria. Pero se impuso otra vez el viñedo. Los arrieros llevaban el vino a Burgos y a Bilbao. El vino que podríamos llamar transeúnte, no era apenas nada en cantidad —a pesar de los reincidentes **chiquitos** bilbaínos— comparado con el que se consumía por los cosecheros en el primer solar, con el que estos mismos cosecheros cambiaban por artículos de primera o segunda necesidad y comparado con el que el cosechero guardaba para atenciones o necesidades más o menos próximas de su previsora economía.

Del vino español podrá decirse lo que se quiera menos que es un vino frontal. Ni siquiera tiene surtido de variedades fijas para el interior peninsular. El territorio de origen como etiqueta o marca que podríamos llamar comercial, significa poco. Lo que importa es el cosechero no explotador que mejoró la producción de secano y fue capaz de hacerlo con inteligencia más que con egoísmo.

El mapa de la viña corresponde aproximadamente a mediados del siglo XIX y hoy mismo el mapa idiomático, con sus acentos locales y comarcales. El vino español tenía acento o paladar distinto en cada término y hasta en cada partida de origen. Los métodos bodegoneros no eran todavía, como tampoco la química, buenas ni malas costumbres industriales. La zona dedicada a viñedo en cada región fue ganando espacio lentamente hacia el fin de las guerras de Napoleón gracias a los pequeños cultivadores sin empresa, a plantaciones nuevas que los labradores de año y vez creían actos de temeridad.

Los almacenistas de vino lo aguaban o lo vendían a Francia para reforzar la calidad alcohólica deficiente del vino francés (*coupa-*

ge) hasta que Argelia sustituyó a España en facilitar vinos **cabeceros** que dice el pueblo, ricos en grado.

Se utilizaba para viñedo una tierra generalmente barata. Era la que se vendía fácilmente, estando, por consiguiente, al alcance del modesto cultivador, que trataba de mejorar el producto más que de comercializarlo. Tierra de secano que da caldos altos de grado y agradables al paladar. Como era la uva sin más agua que la de las alturas, resultaban vinos-topacio y vinos-marfil de grado alto y sabor delicado. Málaga y Almería, como otras zonas, dan más uvas de mesa que de lagar. En general, Baco cedió sus fueros en España con la mejora de costumbres y propaganda acertada contra el alcohol abusivo, aumentando extraordinariamente la producción de uva.

¿Qué importancia puede adjudicarse el derecho de propiedad si el trabajo seleccionador superó calidades y las atendió fuera más que dentro del área comercial? Desde 1906 a 1930 la cifra que marca el aumento de superficie destinada a viña supone, para la producción, un salto desde ocho a veintinueve millones de hectólitros. Fue el gran empuje emprendido en el campo, una vez terminadas las guerras de sangría colonial. (*L'Espagne dans le monde*, por B.H. y F.M. Gescher, obra traducida del holandés. Editorial Payot, París, 1937). Estos datos merecen crédito porque están sacados de los estados del Instituto Geográfico y Estadístico, excelente institución entre las pocas solventes de España; no por ser oficial, sino porque sus técnicos tuvieron que remediar la insolvencia del Estado y no se avinieron a desacreditarse personalmente, como el Estado con sus amañadas estadísticas.

Desde luego, el aumento de la superficie destinada a viñedo puede tenerse por sustraída al desastroso sistema de monocultivo cerealista en tierras no regables, o bien a la utilización de yermos completamente abandonados antes de ser dedicados a producción uvera. El avance se debe también a prescindir del jornal porque casi nunca hubo grandes empresas de cultivo de viña. Rioja, Priorato y otros centros catalanes, Jerez, Valdepeñas, los focos importantes de producción, adquieren generalmente uva a cultivadores individuales o colectivos para comercializar el vino sin mejorarlo apenas, aunque manipulando en alza los precios. Pero las actividades verdaderamente selectas están en las bodegas no visitadas por Mercurio el traficante y su falange de acólitos, que son los comisionistas.

Todos estos hechos, originarios de zonas pobres y resecas con población escasa, pueden servir de antecedente y estímulo para que

en el futuro de España las corrientes cooperadoras se consoliden y extiendan, favorecidas por pactos entre productores individuales sin explotación o entidades colectivas. La geografía ibérica, con su variedad y también con su sorprendente vivacidad de motivos y realizaciones, no fue en verdad interpretada ni siquiera conocida como merecía. En todo caso fue, no obstante, comprendida y secundada por muchas gentes honestas que viven en completa y radical oposición a la vida estampillada oficial.

La crónica del trabajo constructivo sin negocio no ha sido muy difundida. Y sin embargo, tiene más importancia y más volumen económico que todos los actos de relumbrón. La faena aislada, la faena de iniciativa elevada, tuvo siempre un ámbito ajeno a las pequeñas y grandes extorsiones que el convencional lenguaje oficioso califica de culminantes y que pueden compararse a las tracas.

La verdadera vida de España no está en la *Gaceta*, sino en la sucesión de actos que se desarrollan sin automatismos, con propósito logrado y comprobable. Estos actos son los que reflejan la vida española. Cuando tratemos de interpretarla tendremos que situarnos en el ángulo de mira del esfuerzo, aislado o no, pero congruente con la progresiva moral inconmovible. Favorecer la vida de relación entre los factores puros es lo que importa. La comunicación y el cambio de ideas preceden al intercambio de todo lo demás. Y recíprocamente, el producto viajero puede ser prólogo y vehículo de intercomunicación mental. Los españoles laboriosos aportaron de América buena parte del costumbrismo cooperador dominante allí. En el Perú y México había instituciones libres y normas favorables a un socialismo anterior en siglos y superior en fondo y en coherencia al de Carlos Marx. De la misma manera que se aportó de América a España la quina que los indios consideraban sagrada, y se aportó el principio de la fusión de metales.

El español de procedencia esteparia en un campo de castigo francés (1943)

Los graves azares de la ocupación alemana de Francia dieron con los molidos huesos de muchos españoles en campos llamados de castigo como el de Vernet d'Ariége. Entre los españoles castigados por el régimen de Vichy y el de Hitler, figuró el autor de este ensayo.

Por las mañanas, poco después de amanecer, nos llamaban a revista. Los internados formábamos en grupos. Una vez formados a la intemperie y con los ojos a medio abrir, oíamos la orden ejecutiva:

—¡*Garde à vous*! (¡Firmes!).

Como casi todos llevábamos zuecos, la madera seca trasera resonaba con el clac unánime.

Se pasaba lista. Generalmente no faltaba más que algún dormilón y se le conducía por los guardias a la fila, al lugar del sacrificio.

—¡*Rompez*! —gritaba el policía—. (¡Rompan fila!).

Casi siempre se equivocaba dos o tres veces en la revista. El miedo a las fugas era tan grande, que a veces el policía contaba mayor número de internados que el que realmente había.

Cada cual corría después a su afán. Aseo, libros, tertulia, provisión de leña para la estufa, trabajo de limpieza en las veredas, etc...

Gregorio Besedowsky, diplomático ruso originario de Ukrania y técnico forestal, dialogaba con un minero polaco. Un sevillano, medio muerto de frío, iba a la cantina cuando apenas se había encendido el fuego, buscando lo que no le podían dar. Los italianos discutían con calor napolitano, en pleno invierno, junto a la alambrada.

Un microcosmos era el campo de Vernet con su millar de internados, todos extranjeros en Francia.

Todas las lenguas del planeta se habían citado allí: cualquier dialecto de los Cárpatos; el inglés gangoso de California; el silesiano germanizado; el baturrazo de las Cinco Villas; el navarro ribereño; el catalán abierto del Bajo Ebro; el ceceante cordobés; el italiano insinuante de Bérgamo; el *sardagnolo* puro; el vasco de los caseríos; el extremeño pastoso con referencias a Olivenza y a la damajuana; el tudesco áspero de Zurich en labios de algún transeúnte apátrida por Suiza; el porteño pegajoso de tango; el galaico con superávit gutural atenuado; el colorido castellano quijotesco de los judíos expulsados por la España imperial; en fin, todas las lenguas del Danubio y del Vístula y de los ríos de todos los continentes.

Alternaban el anamita con el mallorquín y con el barcelonés del Born; se oía el canario con acento de plátano, marcando el tránsito entre Cádiz y la charla habanera; allí el altoaragonés con sonoridades de Romancero; el alcarreño, casto y llano; los dialectos del Pacífico; el catalán *mullat* de Ibiza; el *cantaire* del Fluviá, cercano al mar; el léxico alegre del Francolí; el rico idioma guayabero de Matanzas; el

criollo de Mendoza con su sosegada corrección; el brasileño alejado del portugués y disuelto en Santos dentro de un complejo de amplitud siciliana; el checo adusto de esçasas disponibilidades en Vernet y el maltés britanizado a medias, ejemplo de dicción endiablada.

El griego de Esmirna nos recordaba el incienso ortodoxo; el inglés mestizo de Jamaica sabía a ron y azúcar quemado; había lituanos que tenían la pretensión de expresarse en sánscrito; se oían términos georgianos, hermanos de nuestro vasco inmortal, tan rondamundos con Ipaguirre; no faltaban restos del *lemosín*, conservado en las montañas subpirenáicas; había allí un negro que empleaba para su inglés estilo sincopado de jaz-band; un argentino que se expresaba en los idiomas de mayor circulación, menos en el suyo, y un ukraniano que se entendía con todos los internados menos con los ukranianos.

—El tiempo abonanza agora— nos dijo una tarde un judío de Salónica.

Se llamaba Béjar. Había sido turco antes de 1918 y griego después porque la guerra del 14 cambió la nacionalidad de Salónica. Béjar recordaba su vida apacible en Pamplona, donde había estado muchos años sin que nadie sospechara allí que era evadido del *Antiguo Testamento*. Conocía a Melchor, el vendedor de prensa confederal en Pamplona, y evocaba los paseos por la ciudad navarra con más delectación que una vuelta por Jerusalén.

El cancionero de Vernet era espléndido. Se oían coros cosacos; se oía cante jondo; se oían sardanas, melodías de Siberia y jotas altaneras. Me daba cuenta del tono gregoriano que hay en «Los sirgadores del Volga», canto oído en Vernet a los rusos cuando recordaban su tradición lírica tomando té. Y surgía de vez en cuando la canción napolitana cosida de bemoles o un auténtico *trinklieder*, brindis de estudiantes que habían pasado por las aulas germánicas. Todos los compases de Chopin surgían de las gargantas polacas. Con «El noi de la mare» y el «Canto a la Primavera» de Wagner nos arañaba muchas tardes los oídos un fundidor del Clot, que imitaba a los oradores conocidos de mitin con verdadera gracia. Un vasco de Erandio cantaba canciones de taberna, y un ferrolano fandanguillos.

Todos los oficios tenían representación en Vernet: ingeniería, arte de curar, sastrería de armenios y hebreos, periodismo, ciencia astronómica, deporte, barbería, abogacía, buhonería, comercio bancario y labranza española de secano. Esta tenía mucha y buena representación allí.

Hallaba yo en Vernet un observatorio reclusiano abierto al universalismo. A pocos kilómetros del Pirineo, junto a un prado de verdes apagados, aquel microcosmos, aquel mundo de trotaglobos, aquel conjunto abigarrado era muestrario de tierras y mares, complejo internacionalista, *bric-a-brac* o tenderete de razas dispersas, concurso de resistentes y refractarios a pan y agua, resaca de guerras y éxodos. Europa entera se había citado allí.

Dibujantes y pintores jugaban con la propia genialidad sin grandes preocupaciones académicas. El arte era gratuito como la intemperie, los baños de sol y el alquiler.

La *polenta* era un banquete para italianos y no italianos. Recuerdo que una noche invité al ukraniano Besedowsky a comer un guisote español clásico, hecho con huevos duros comprados milagrosamente a un judío de Hamburgo, salsa espesa trabada con harina de un alicantino y ajos comprados a un judío de Braila, puerto fluvial triguero rumano cerca del mar Negro. Los judíos nos vendían su pan ritual sin levadura como quien proporciona un manjar de calidad.

Pero estos lujos eran excepción en Vernet. Como la religión. Los protestantes acudían a ganar adeptos de circunstancias, como hacen en todo el mundo, repartiendo calcetines y golosinas. Los israelitas internados renunciaban a la opologética y vivían en su departamento disputando y comerciando sin cesar, con el convencimiento de que ya había en Vernet judíos en exceso. Los católicos acudían a misa sin devoción para servirse del cura como cartero clandestino, porque la correspondencia legal estaba muy condicionada y se censuraba por la policía. Los cismáticos tenían un pope barbudo, del que hacían tanto caso como del cisma. Estaban en mayoría los descreídos integrales. Budha y Confuccio eran divisiones reservadas, como el opio de sus fieles, muy escasos en Vernet.

Lo esencial era el menosprecio de fronteras, la fraternidad generosa entre afines, el culto a la geografía transitada y al canto nivelador.

Cada raza buscaba el contraste de otra. Un piamontés daba lecciones para confeccionar alpargatas de cáñamo sin cáñamo. Había un profesor de inglés que pronunciaba las palabras como si mordiera porque era irlandés, y un profesor de matemáticas muy capaz de hacer juegos de manos con las ecuaciones y de hallar una incógnita por ciento cincuenta gramos de pan. El pan era la incógnita por excelencia en Vernet.

Muchos hablaban de sus amoríos lejanos. Los más hacían el amor a las estrellas. Alguno recordaba a su madre dolorida, y en aquel silencio nocturno, mientras pasaba por el exterior la ronda de vigilancia, algunos disipados jugaban al poker, en espera del piquete alemán que acudía de vez en cuando a Vernet en busca de carne macerada.

Pero yo llamaba a un labrador de Tardienta para hablar —a veces toda la noche— en un ángulo de la barraca. Era un aragonés de sorprendente agilidad crítica y de incomparable agudeza para percibir lo que se oculta a tantos españoles infortunados: su propio, su verdadero, efectivo y auténtico infortunio, que consiste en no remediarlo.

Todo lo había perdido en la guerra, menos la costumbre de mirar cara a cara a la realidad. Hombre experimentado como pocos en la agricultura de terreno árido, satisfacía mi curiosidad de hechos y pruebas. Convencido y pausado, dialogaba conmigo horas y horas hasta el amanecer en las noches, un poco ácidas, de la primavera.

—No hay remedio para la propiedad —decía—, para la renta ni para la herencia. Años atrás, la cosecha de trigo se llevaba en España al granero por cuatro cuartos y la siembra se hacía por algo menos de nada. Las ocho horas en el cultivo de secano han arruinado los patrimonios. No hay vuelta de hoja, ni paliativo, ni viraje ni remedio, ni cambio de postura. Las grandes fincas estaban, ya antes de 1936, cosidas de hipotecas. Por el déficit creciente, las hipotecas resultan prácticamente irremisibles. El propietario pudo abandonar el cultivo de cereal y emprender plantaciones en grande, pero carecía de recursos tanto como de comprensión. El paso de la agricultura cerealista al arbolado sólo puede hacerlo el agricultor individual por su cuenta o el asociado colectivamente con sus iguales. Lo mismo puede decirse de la mecanización de la agricultura y del aprovechamiento del riego.

—¿Y el capital bancario?— pregunté yo.

—Imposible. Los Bancos prefieren rendimientos altos por descuentos de letras o intervención en industrias y servicios llamados públicos. La agricultura no está industrializada, y menos la de secano. Los Bancos operan cubriendo empréstitos con dinero ajeno en depósito, dedicándose al agio de los cambios, a las comisiones de guillete, a titular concesiones oficiales, a pedir y obtener adjudicaciones escandalosas. ¿Cómo pueden apoyar empresas ruinosas como son todas las patrimoniales? En este cuaderno traigo el balance de

un año de labranza seca. Déficit subido. Ningún propietario puede resistir la acumulación de fallos de cinco o seis cosechas, aunque éstas rindan normalmente a razón de ocho o nueve simientes al año, promedio optimista calculado en diez cosechas con régimen lluvioso, también optimista, todo lo cual es ya excesivo optimismo. En el mejor caso, sobreviene la ruina de la empresa labradora seca. De no contar el propietario con sólidos recursos ganaderos, de no tener empleos o ingresos ajenos a la venta de grano, su negocio sigue un curso acelerado de parálisis. En junio del 36 el proceso de la bancarrota patrimonial estaba alcanzando su punto culminante porque los jornaleros habituales de los pueblos habían abandonado el trabajo a jornal: unos, por tener tierra propia no abandonada ya como hasta poco antes; otros, porque en canales y carreteras ganaban más y con relativa independencia, que no tenían siendo mozos de labranza y peones contratados por años o temporeros; otros, porque emigraban a la ciudad para trabajar en las industrias o aprender un oficio; otros porque preferían incluso morir de hambre sin trabajar a morir de hambre trabajando a jornal; otros, por introducirse en los variados menesteres de la artesanía lugareña; otros, por dedicarse a la mecánica del transporte, etc... Pero todos estaban en un frente único contra la gran propiedad. Las sociedades de resistencia y después los Sindicatos de la C.N.T., desde la época de Primo de Rivera sobre todo, fueron para la gran propiedad de toda España una verdadera catástrofe. El 19 de julio del 36 fue una protesta violenta contra todo eso. Zaragoza, Valladolid, Sevilla, Burgos, núcleos de propiedad seca, fueron los principales baluartess del absolutismo falangista.

En Vernet hallaba yo al habitual del secano con entendederas y dignidad equilibrada, al hombre del yermo acostumbrado a labrar y a trillar que advierte en los hechos económicos su línea determinante y los juzga sin preconcebida ventolera de tesis doctrinal ni sectarismo pedante. Me parecía oír en nuestro paisaje familiar de España la palabra convencida de tantos trabajadores despiertos que no aceptan ya la rutina. Y estábamos él y yo mano a mano dentro de una empalizada erizada de fusiles, controlada por los alemanes invasores, sin freno por entonces en Francia.

—La C.N.T. —continuó el labrador— ignora la mayor parte de sus hazañas, el volumen y la calidad de lo que ha obtenido en el campo. Su crisis única es de crecimiento. Los que abandonan la C.N.T. lo hacen por no tener capacidad de comprensión para contemplar cara a cara lo que hay ya conseguido en el haber, haber que no está

en sus comités ni en sus asambleas, sino en la base. La base ha dicho a la burguesía territorial: ¡Alto! Y el alto se ha producido, quedando desvalorizada la gran propiedad. Si la C.N.T. elabora un método constructivo; recoge hechos en vez de teorías en sus ponencias; si continúa marcando la línea apolítica, desdichadamente quebrada en la guerra del 36, lo que determinó en buena parte el fracaso del 39; si fija la mirada en el campo, incluso los conflictos de la industria quedarán bien planteados por la solución integral, puesto que todo el malestar en el censo proletario de las ciudades en los últimos veinticinco años depende casi por completo de la acumulación excesiva de mano de obra procedente del campo por no contar allí con vida aceptable. Los peones procedentes del medio campesino que llegaban a la ciudad con un saco al hombro y no evolucionaron culturalmente, se hicieron lerrouxistas hacia 1906; la generación siguiente, una parte mínima se hizo repentinamente bakuniniana de oídas, pero evolucionó hacia el palurdismo lerrouxista porque no es lo mismo hablar de Bakunin que sentirlo. La gran masa emigrante fue leal sin ambiciones. En el campo, la evolución no tuvo retroceso, y la generación activa que permaneció allí luchando arruinó a los propietarios sin necesidad de asistir a ningún mitin. La C.N.T. está en terreno propio interviniendo en el mundo económico, pero es fácil ver que no saldría de su papel patrocinando un movimiento en pro de las libertades locales manumitidas del Estado y otro movimiento de regeneración cultural, independiente, asimismo, del Estado. Para administrar a los distintos millones de españoles, previamente desposeídos de su personalidad, es preciso contar con una burocracia tan densa, con un cuerpo militar y policíaco tan espeso, que se lo traga todo, lo engulle todo y lo que no engulle lo mancha de tinta. En los yermos vemos estas cosas con claridad y tal vez por ello nos llaman cazurros, maromos, pardillos, matracos, catetos, grullos, isidros, baturros, y palurdos... A veces lo somos, pero tenemos que curarnos y nos curamos.

Palabras que no vacilo en calificar de memorables. Palabras de un hombre de agro sin doblez ni reticencia, me dieron la medida de un nuevo reclusiano espontáneo en otra excursión por la España árida, no tan árida como dicen los sociólogos que sólo ven en el campo caciquismo y negación.

Cierta mañana los guardianes de Vernet hallaron a un ruso blanco muerto. Se había ahorcado por la noche. Todos los internados formamos para contemplar el paso del entierro.

—Un estepario menos— dijo el labrador de Tardienta.
—Y un chivato menos— concluyó un italiano.
El ruso blanco no pudo soportar el clima universalista de Vernet, y se ahorcó.

Jeroglífico del clima ibérico

Los vientos en el Noroeste son del Norte y del Noreste casi todo el año. En el Suroeste los vientos del Sureste dominan por entero. En el Sureste, Noroeste en verano Suroeste en invierno. En la meseta Norte como en la Sur la dirección de los vientos va hacia el centro. Jeroglífico de vientos.

La lluvia en el Noroeste alcanza desde 700 mm. a 1.750. En el Suroeste, máxima de 750. En el Sureste la máxima es de 500 o poco más. En las mesetas Norte y Sur, 400 y 350 respectivamente. La época lluviosa en el Noroeste es casi permanentemente invernal en el Suroeste, primaveral y otoñal en el Sureste, como en las mesetas. Mínimun de lluvia en el Noroeste, durante el mes de agosto. En el Suroeste hay cuatro meses secos en verano, y en el Sureste, cinco. En las mesetas, tres. Jeroglífico del agua del cielo.

Respecto a la temperatura, da saltos de acrobacia y el promedio es incoercible prácticamente, lo mismo en la estepa que en la llanada propicia al esparto; lo mismo en tierra de centeno o maíz que de regadío; en ramblas o riachuelos secos en verano, que en regiones de vegetación subtropical. Jeroglífico térmico.

Si Levante y Sur cuentan con clima de cierta permanencia benigna en invierno cerca del mar, a tres o cuatro leguas de la costa el cercano interior tiene repentinos y bruscos cambios, sobre todo cuando desde el mar se interponen montañas. En Cataluña la *marinada* fresca de las mañanas veraniegas llega a la región inmediatamente próxima a los llanos del Urgel, donde precisamente empieza el clima continental, suavizado por las enormes masas de arbolado del Canal, que han disuelto en los últimos cincuenta años la espesura de la niebla, pertinaz antes, haciéndola más permeable al sol y consiguiendo que el suelo sea apto para cultivos intensivos. La gran propiedad se disolvió mientras se disolvía la niebla y el se abría al cultivador inteligente, cuya producción ha ido apartándose de acaparadores, almacenistas y corrientes de moneda bancaria para aprovechar el productor directo, sin explotados en general, renovando

los procedimientos antiguos. Los llanos de Urgel son la gran reserva de Cataluña, que dio a toda la zona regada un impulso muy estimable. La industria del aceite tiene calidades sobresalientes sin acidez. Pero las heladas rezagadas persisten por tener vecindad árida. Hortalizas, forraje, vino, aceite y fruta se dan con relativa abundancia en todos los terrenos del Canal, rodeados de secanos cerealistas en la Segarra, y de olivares de secano en las Garrigas.

El jeroglífico del clima ibérico y de la producción es impresionante.

Bierzo es la comarca típica leonesa inmediata a Galicia, con dos cosechas al año. En Ronda, los peros alcanzan fama universal. Ochenta gramos de simiente por grano dan, cada quince años en una sola cosecha terrenos semiesteparios. La patata montañesa, sin cultivo apenas en tierras comunales y sin más agua que la del cielo, produce clases excelentes en Orgaña. Valencia no da tan exquisitos melones, ni tampoco Coimbra, como la estepa por un método de enterramiento abonado convenientemente. El agua quemada de las balsas del yermo es medicinal en grado tan acusado que se receta acertadamente para enfermos inapetentes y convalecientes, y cuece las alubias mejor que ninguna. El aire seco del rastrojo, la atmósfera diáfana del monte, sus crepúsculos ardientes aunque templados y sosegados, dan placidez al sistema nervioso y el reposo que requiere la vida de los centros urbanos. La química aromática de secano puede destilar, valiéndose de un sencillo alambique de circunstancias —como lo hice yo con latas de carburo— los aromas de más concentración: tomillo, romero, espliego, etc. La estepa da tierras compactas como ninguna otra para la cerámica. El almendro de secano es el más buscado para la repostería. Seguramente la flora esteparia bien preparada regeneraría las pastas que emplean los pintores, y daría al color permanencia que no se consigue con la química industrial. Los cuadros más espléndidos hoy de colorido serán dentro de media centuria de tono uniformemente desteñido dentro de los Museos. En Peñalba, secano entre secano, se elabora el vidrio como en el siglo XIV y se producen piezas maestras que serán catalogadas en los mejores museos del siglo que viene y de todos los siglos. Las flores de Holanda sabido es que proceden de terrenos áridos, como las de Bulgaria.

El trigo-semilla para siembra de la huerta ha de buscarse en secano, y tiene una riqueza extraordinaria de gluten. Como la naturaleza no ofrece un producto sin su complemento y es malgastadora, da en la estepa un enorme superávit de sal superficial, pero a no mucha profundidad está la potasa que asciende como

elemento fertilizante natural cuando llueve mucho. Una zona de sal va en España a perderse en suelo de riego viejo y nuevo desde las cuencas altas del Llobregat pasando por Gerri de la Sal, Peralta de la Sal y Naval de la Sal. La miel es producto del suelo semiestepario. Cerca de Berbegal, entre este pueblo y El Tormillo, se da una producción tan abundante de miel que se guarda ésta en recipientes de capacidad equivalente al de las mayores cubas jerezanas.

Los vinos de grado y aroma proceden de tierras no regadas más que por las nubes. El aceite de monte bien extraído apenas necesita pasar por las refinerías, sobre todo el de la especie **arbequin**. En Valladolid la fruta exquisita no es la más regada. Galicia dedica sus pastos a la producción de granja casera y sus hortalizas a la ganadería de cerda, pero las hortalizas, si carecen de grasa, son deficientes porque el agua de las alturas es allí superabundante.

Mapa de un pueblo tradicional de secano

Amigos de interpretar hechos metódicos para enunciar teorías seguras y de no inventar o repetir teorías para postergar hechos o desnaturalizarlos, queremos trazar el mapa geográfico y social de un pueblo de secano —Sieso—, situado cerca de la Sierra de Güara, contrafuerte del Pirineo en pleno Somontano.

Cuatrocientos habitantes. Unos ochenta hogares. Tierra, en general, llana. Algún cerro. Flora dominante: encina y almendro. Sobre todo, olivar y viña; ésta nueva en su mayor parte. Cereal sobrante secularmente, como vino y aceite, cosechas casi siempre socorridas.

Un solo hacendado grande con yermos en eterna reserva. Pequeños propietarios de mayorazgo pobre.

Agua de pozo a un metro y menos de la superficie. Paradoja de Sieso: cuando llueve abundantemente la cosecha es escasa porque la tierra es fresca y no necesita mucha lluvia para el cereal. En cambio la necesita para el olivar, algo menos para la viña. Caso frecuente en el calumniado secano.

El avance social de Sieso se debió a la desaparición gradual del salario. A principios de siglo la mitad de la mano de obra agrícola disponible era jornalera. En 1936 había apenas mano de obra jornalera. El jornalero no aspira más que a vivir, a mal vivir al día. No tiene casi nunca perspectiva ni visión de lo que puede ser un

conjunto cooperador y solidario de producción. El labrador que no va a jornal y que no quiere de ninguna manera disponer de mano de obra ajena, aunque carezca de tierra, se la procura trabajando, y trabajando la valoriza. Su individualismo, cuando no alcanza proporciones tibetanas ni está rebajado por el sectarismo político, se ve predestinado a la asociación entre iguales, la comprende y la favorece con entusiasmo. Lo hemos observado frecuentemente. El empuje colectivista mejor preparado lo dieron desde el 36 al 39 labradores emancipados del jornal, y no jornaleros tradicionalmente vinculados a la servidumbre de la propiedad territorial.

Cerca de un siglo llevaba el pueblo esperando un pantano —más favorable para Angüés y otros términos próximos que para Sieso—, prometido por los electoreros de la llamada política hidráulica. El pantano abarca, en el proyecto, los términos de Aguas, Labata, Ibieca, Sieso, Casbas, Junzano y Angüés, El pantano llamado de Calcón había de acumular aguas derivadas de la sierra de Güara, y su capacidad no alcanzaba a facilitar más de tres riegos al año.

Los labradores emancipados del jornal nivelaron el terreno y lo trabajaron mejor que los propietarios, dueños anteriores del suelo que se veían en la precisión de ceder o vender más que arrendar en vista de que el jornalero iba esquivando el alquiler de sus brazos y prefería la faena para sí y sus familiares.

Fue visible la mejora en el régimen de lluvias cuando se hicieron plantaciones, sobre todo de viña y almendro. Los emancipados del jornal atacaron de frente para los almendros la desdicha de las heladas posibles (sabido es que el almendro es el árbol que florece primero y el más expuesto a las heladas rezagadas, y frecuentes en la comarca) y plantaron almendros tipo **desmayo**, cuya flor nace vuelta hacia abajo.

Coincidió la época de la emancipación del jornal con las plantaciones y con el cese de la emigración. Coincidió también con la desaparición de un centro de apelativo radical socialista y con la constitución poco posterior de un Sindicato de tipo confederal. Coincidió asimismo con el desmoronamiento de la gran propiedad. Véase cómo hay también hechos sintomáticos en los pueblos, verdaderos hechos históricos, dignos de crónica puntual y comentario optimista, porque los beneficios que reporta por contraste son beneficiosos sin posible retroceso ya. Jamás volverá a contar Sieso con un casino radical socialista. Siempre, en cambio, contará ya con una cooperación labradora sin retroceso. Siempre tendrá una agricultura en alza, inde-

pendiente del jornal, y un censo permanente de población sin apego a la veleidad migratoria. No volverá la gran propiedad a reservar yermos ni a archivar escrituras. La magia religiosa, tan asimilada antaño a la brujería más desastrada, ha cesado de aterrorizar a los aldeanos, apareciendo las Juventudes con su bagaje de altas preocupaciones culturales y la generalización del tránsito, no ya meramente pasivo.

Una de las características de Sieso —coincidente con la de millares y millares de pueblos españoles de secano o semisecano regenerados por autodeterminación en su economía y en su vida— consistió en la completa ausencia de directivos, jefes y líderes. Éstos no son, por regla general, más que incondicionales de lo peor de la ciudad, y actúan a manera de caciques. En Sieso no cabrá ningún caciquismo social o político desde el momento en que los trabajadores sabrán atender a sus problemas, planteándolos por su propia cuenta y consiguiendo, por colaboración entre iguales, lo que individualmente no se puede conseguir. Es imposible que el autor de iniciativas progresistas, el cansado de vivir arrumbado sobre la abulia tradicional, ceda su fuero a ninguna arbitrariedad ajena, a ninguna intervención que no responda al sentimiento igualitario demostrado en la relación vecinal, no consignado en manifiestos ni en discursos, sino visto por todos y por todos apreciado.

Estos datos proceden de un leñador de Sieso, Antonio Zapater, a quien fuí a hacer una visita en el bosque del Ariège, donde trabajaba para la economía francesa, y me habló largamente de sus desventuras de la guerra en los episodios de Estrecho Quinto, situado en la carretera que va allí desde Angüés pasando por Casbas, Sieso, Labata, Aguas, Molinos de Sipan y Loporzano.

Tragedia de la estepa irredenta

¿Quién dirá que en el período de la guerra del 36 al 39 la estepa de Almería pudo resolver con su despreciada flora el problema del jabón en toda España?

Hay allí una pequeña aunque abundante especie herbórea, en la que cierto químico avisado descubrió, con experiencias hechas sobre el terreno mismo y a velocidad requerida por las dificultades de la falta de jabón, una cantidad de sosa cáustica tan considerable que, obtenida en grande por ignición, hubiera bastado para resolver el problema del jabón en toda España.

Las estadísticas de algunos centros de carácter científico, ajenos al Estado, han podido demostrar que los pueblos intoxicados por el fascismo eran los que consumían menos jabón. Antes de la expansión comercial de la industria jabonera, los pueblos productores de aceite utilizaban residuos y posos de sus molinos de prensa primitiva para hacer jabón. Era éste de calidad superior por la materia vegetal obtenida con el nombre de **morca**. Los productos complementarios para el jabón, sosa y resina, empleada esta última como aglutinante, se hallaban en el mercado sin dificultad. Ahora podrá tratarse la flora esteparia, de la estepa irreductible se entiende, para dar a la industria jabonera el progreso que necesita. La limpieza es uno de los primeros valores sociables de calidad, el primero entre los indiscutibles.

En cierta época, hacia 1917, hice una excursión por la estepa aragonesa —de Sariñena a Fraga por Candasnos—. Iba conmigo el novelista Pío Baroja, que relata aquella excursión en su libro *Horas Solitarias*, demostrando que mi compañía sólo representaba para él la pérdida de un distrito electoral. Tenía Baroja la pequeña vanidad de ser diputado, y yo creía que era el mayor de los disparates aquel deseo. Conocido entonces el escritor en los medios intelectuales de España por tremendo demoledor, aspiraba a ser diputado sin electores, sin propaganda y sin que el llamado cuerpo electoral le conociera siquiera. Le acompañaba yo como reporter de *El Sol* para certificar la derrota. La excursión dio fin retirando Baroja su nombre de la candidatura, y celebramos el acontecimiento en el Castillo de Urganda la Desconocida, con Bagaria, compañero de *El Sol*, el formidable escultor Julio Antonio y el pintor Viladrich, célebre después por la venta de sus cuadros a precio de oro en América dolariana.

Baroja acabó siendo académico y éste es su voluntario y mayor castigo. Acabó también su triste y reumática rebeldía empadronándose en el régimen franquista después de llamarse refractario a burgueses y mandones con una prosa de matadero.

Pero la excursión esteparia con Baroja tuvo lances muy curiosos. Íbamos en un carromato tan decadente como el jamelgo que lo conducía. La excursión duró dos días. Al finalizar el primero tuvimos que pernoctar en una venta o posada. Llegamos a la cocina: Arrieros, buhoneros de pobres ferias, caminantes eventuales estaban sentados cerca del fuego en anchos bancos.

Se hablaba de un crimen recientemente cometido allí. Un energúmeno había dado muerte a sus padres, rematándolos a hachazos

para hacerse con dos centenares de duros que los viejos guardaban como ahorro de toda una vida de trabajo y privaciones.

—¡Qué ahorquen a ese criminal en medio de la plaza!

—¡Qué lo hagan a cachos! ¡El trozo más pequeño, la oreja!

—¡Qué lo cuelguen, y pueda yo tirar de los pies!

Las frases en la cocina eran por el estilo. El criminal había producido verdadero horror. El horror estaba justificado contra el doble parricida, naturalmente. Pero tenía un aire tan feroz que cualquiera de aquellos aldeanos hubiera sustituído de buena gana al verdugo.

A la mañana siguiente quisimos asearnos al empezar de nuevo la excursión.

—¡Por los clavos de Cristo, no pidan agua porque no la hay, ni jabón— nos dijo el ventero.

—Ni misericordia, ni agua, ni jabón, en la estepa— dijo Baroja.

Pero aquel 1917 estaba ya lejano en 1936. Los pueblos esteparios que, en general, vieron en sus campos las primeras máquinas cuando tronó la guerra, habían reaccionado socialmente. La mano de obra esclava se había libertado del jornal, como hemos señalado con respecto a otras comarcas. Los campesinos habrían recorrido otros parajes de España, y en la labranza de empresa sólo se habían integrado para arruinarla. Este es el fenómeno tantas veces señalado en esta serie de trabajos, el caso verdaderamente original en la labranza española de negocio, que sucumbió como tal, sobre todo en el secano, cuando el horario se adecentó.

Los propietarios se vieron impotentes para contrapesar el déficit con esquirolaje. Entonces se unieron para «revalorizar la cosecha», como decían. Todos los argumentos de Gil Robles fueron impotentes porque la producción individual de trigo, extraña a los acaparadores y utilizada directamente por los labradores sueltos sin jornaleros, fue una contrapartida reparadora. Ya el labrador que labra podía guardar su producción para intercambio, consumo y siembra. La estepa empezaba a libertarse del irredentismo fúnebre, y acudía a las comarcas de riego a cambiar vino por hortalizas, trigo-semilla de secano por trigo-semilla de huerta, más apto éste para tierras secas que el cereal indígena de secano. La asociación extendía sus redes entre los participantes de comarcales tipo C.N.T., cuyo centro era a veces hortícola y comprendía una docena de términos de secano. En la guerra, las colectividades dentro de las dificultades del momento, supieron entenderse estableciendo pactos. Los productos del país

húmedo y la ganadería de secano se complementaron de manera adecuada. El desastroso desarrollo de la guerra mató aquel principio solidario espontáneo, pero no mató la supervivencia en las mentes de una convicción experimentada de trato sociable. Todas estas iniciativas, ¿no pueden completarse y mejorarse por pacto y federación de quienes las llevaron a cabo en un ambiente hostil? Si consiguieron poner en pie la decadente economía labradora de secano, ¿qué progreso no serían capaces de conseguir, apoyados los campesinos por el proletariado industrial y dueños de sus determinaciones para realizar programas de obras públicas valiéndose de un sistema cooperador?

Tres raíces vitales de la estepa: Estoicismo, Pundonor, Voluntariedad

Respecto a la moral estoica, Ganivet, en su *Ideario español*, la cree con razón una de las raíces de la vida ibérica reseca. En ella se condensa tanto el apartamiento del centralismo, como la autodeterminación y el desdén por leyes y convencionalismos.

No se debieron los distintos avances de la España austera y regional a ninguna doctrina sistemática, propia o ajena. Se debieron a los españoles hacendosos y no a los hacendados; a la práctica de apoyo rural y artesano de los pequeños poblados y de las villas.

Al enfrentarse el heredero ocioso y el segundón, tan diestro éste en ganar la vida de cara a la intemperie, se impuso personalmente un severo ascetismo, aunque preventivo, que desconocían y desconocen los ascetas de cogulla. Así perduró en la moral hispánica el estoicismo. Hay un libro de Luís López Allué, publicado a fines del siglo pasado, que lo demuestra. Se titula *Idilios Montañeses.*

Se trata de una serie de narraciones. La más característica, *Pedro y Juana*, reproduce cierto episodio de la vida aldeana, cuya autenticidad hemos comprobado, y da idea de la fría, de la impasible fortaleza de carácter que se conserva a veces en el campo. Juana y Pedro se ponen de acuerdo para unirse. Los dos representan el medio labrador activo y evolucionado. Hacia 1890 vivían Pedro y Juana en la España montaraz adusta, trabajando de firme para propagar el cultivo de plantas y mejorarlo, mientras abandonaban la ruinosa cerealicultura de sus abuelos.

Pedro y Juana procedían de generaciones rutinarias. Los padres de ambos se habían arruinado por no hacer caso de aquella sentencia que dice: «Si el labrador contara, nunca sembrara». Quería Pedro emplear bien la tierra; pero la había heredado con tales echas, con tal cúmulo de cargas y débitos que necesitó apresurar la boda para hallar una ayuda desinteresada en la dura vida que iba a empezar para él. Quería nada menos que regenerar el suelo, hacer que produjera para vivir sin azares ni contratiempos graves.

No podía ya recurrir al crédito. La capacidad de garantía de sus pequeñas tierras estaba extinguida. Se casó con Juana, moza acostumbrada ya a tareas rudas. El matrimonio hizo un plan implacable de trabajo: jornadas de doce y más horas, veladas cortas de descanso, establecimiento de una granja casera y noches blancas sin rendimiento sexual. Sus acreedores eran aldeanos pobres a los que no se podía decepcionar. Había que pagar deudas de honor mientras se ponía la tierra en condiciones nuevas de producción. De entregarse el matrimonio a la luna de miel y a la crianza de la prole, el trabajo hubiera desmerecido, decreciendo por consiguiente el rendimiento de las tierras. Tres años heroicos pasaron. Se pagaron las deudas, se puso la tierra en adecuada forma. La viña dio sus frutos. El olivar tardó algo más en darlos. A los nueve meses justos de pagar las deudas nació la primicia de aquella unión.

En la vida auténtica se ha visto que el estoicismo representaba, en repetidas ocasiones, una convivencia normativa más que una regla teórica. Aquellos campesinos cordobeses de Fernán-Núñez tenían una especie de corresponsalía comarcal que facilitaba libros a sus afines.

Para el ajuste de cuentas con la Editorial correspondiente de la ciudad, los campesinos de Fernán-Núñez no llevaban ninguna especie de contabilidad. Confiaban en la Editorial y periódicamente pedían el detalle de sus débitos al administrador para girar la cantidad adeudada.

En cierta ocasión enviaron la suma que como débito el administrador acreditaba, pero dejando de cuenta ochenta céntimos. Se les remitió a correo seguido el comprobante de ingreso sin tener en cuenta los céntimos, es decir, dando éstos por cobrados, como el resto del débito. Pasaron tres semanas y el administrador recibió en sellos los ochenta céntimos no pagados con una nota que decía textualmente: «Hemos estado estas semanas procurando los ochenta

céntimos que faltaban, y por suscripción los hemos recaudado en tres sábados seguidos, por lo que nos apresuramos a remitirlos para que veáis que no queremos malversar nada.»

Esta severidad moral tan detallista deja entrever lo que aquellos hombres serían capaces de hacer, libertados de su pobreza. Podrá objetarse que se trata de pequeñas cuestiones. Los profetas sociales no dan ninguna importancia a estos detalles, y, sin embargo, son estos pequeños detalles los que hacen caer de bruces a todos los profetas.

El carácter español agreste de la estepa es muy propicio al resentimiento. Se sitúa frecuentemente con puntillosa acometividad en posición cerrada frontal.

Acabamos de ver un fragmento costumbrista de literatura fiel a sus modelos: el episodio descrito por Luís López Allué. Se trata precisamente de un autor provincial, entendiendo este término en su significación más digna. Bosquejada la figura de López Allué puede darnos, en sus trazos esenciales, una idea muy aproximada del temperamento español que sabe servirse de la susceptibilidad a la manera pedagógica y cachazuda de los hombres avisados para crear un clima habitable.

Entre los escritores peninsulares de habla castellana destacados modernamente hay cuatro casos interesantes de apego al terruño, de resistencia al Madrid asimilista: Pereda, González Anaya, Gabriel y Galán y López Allué.

Valera, Galdós y otros maestros, como Unamuno en Salamanca, no fueron nunca asimilados por las modas literarias del centro. Lo fue en cambio Blasco Ibañez en sus obras no valencianas. Las obras valencianas de Blasco son universales precisamente por su localismo. Las obras con pretensiones cosmopolitas de Blasco son rurales como interpretación.

Los cuatro escritores nombrados crearon a su manera, en las respectivas regiones, tipos universales, mientras el asimilismo del centro no hacía más que reproducir modas literarias. A fines del siglo anterior y a principios de éste, José María de Pereda escribía en Cantabria; González Anaya, en la Andalucía mediterránea; Gabriel y Galán, en las dehesas de Poniente; Luís López Allué vivía en las colinas del Somontano ibérico. Como un hidalgo inquieto y pobre, fue un disecador del pundonor de la estepa.

Tal vez sintió en algún momento el vértigo de Madrid, pero lo resistió. ¿Por comodidad, por abulia? No. En el fondo se parecía López Allué al personaje descrito por René Bazin, que apetece pocas cosas, pero estas pocas cosas que apetece, las apetece poco.

El caso fue que López Allué, tipo bohemio que no deseaba nada para sí, se vio un día sorprendido con el cargo de juez. En los años mozos había saludado en la Universidad la sombra de Justiniano.

—De paz soy juez— decía López Allué en su pequeña ciudad sertoriana.

—¿Puede haber un juez de paz siendo la ley atizaguerras?— le preguntó un amigo leído.

—¡Ya lo creo! —contestó el juez—. Cuando pleitean dos convecinos y acuden al Juzgado, no tardo en descubrir el móvil oculto de guerra civil que los lleva hacia mi potestad. Y como me sirvo del amor propio de los dos, acaban por hacerse amigos en el Juzgado mismo.

—Pero habrá que soltar la espita del Código contra algún moroso...

—¡Nunca! ¡Qué atrocidad! El que tiene su crédito vencido pierde el tiempo acudiendo a mi Juzgado si quiere cobrar.

—¿Y si hay disconformidad? ¿Y si apelan los litigantes?

—¿Cómo van a apelar una sentencia si no hay sentencia? El que apela de buenas a primeras soy yo. Apelo a esa categoría española que algunos llaman hidalguía o pundonor, y que no es privativa de los hidalgos sino de muchos españoles... Exceptuando a los fementidos. No hay quien deje de aceptar una transacción propuesta por el juez, siempre que empiece éste por apearse inteligentemente del cargo. En vez de excitar la tozudez de los españoles, que es peligrosa; mucho más cruel que la del toro, lo que hay que excitar, inopinadamente y sin previo aviso, es su generosidad. Aunque no sean generosos los españoles por naturaleza, lo son cuando se enfrentan con la generosidad ajena. «A mí no me achicas tú», dicen. Y echan la casa por la ventana. Los litigantes me confían sus cuitas. Empiezo por quitar importancia a lo que dicen, a la vez que doy importancia a cada uno de ellos en otros aspectos, sin desdeñar los sentimentales. A veces actúa el sentimiento como un motor de explosión, el carro empantanado sigue al motor y la tracción da sus frutos inmediatamente. Hay pleitos que acabaron pagando yo una cena al acreedor y al deudor para reconciliarlos. Ellos me invitaron a cenar quince o veinte veces después de reconciliados, y acabaron por hacer alguna boda en su respectiva parentela. Y conste que las

familias llevaban más de medio siglo desafiándose porque ninguna de ellas quería dar su brazo a torcer. Los gobernantes son tan torpes que en vez de estimular el pundonor español, han estimulado la tendencia de los españoles a la cornada, que no es una tendencia flamenca, sino bovina.

Verdadera imagen de voluntariedad se ve en España sin choques sentimentalistas. La capacidad afectiva es inmensa. La capacidad mental y activista es ilimitada. Heine se burlaba del sentimentalismo que hace llorar porque se parece a las cebollas.

El sentimentalismo como obsesión ha sido suficientemente analizado por los neurólogos como inhibición antivital. Por un acto voluntarioso de conocer, inquirir, experimentar o comprobar, el hombre no puede abarcar más que una reducida parcela del mundo.

La eficacia constructiva de la vida española estuvo en realizaciones inmediatas debidas a iniciativa más que a incidencias sentimentales de rango extenso. Pude decirse que los hombres que abrieron túneles y seguían caminos marítimos, hacían tanto por la convivencia internacional como los internacionalistas cuyas luchas han tenido un epílogo desastroso porque no se asentaron sobre bases inconmovibles.

El propio Bakunin se vio sometido desde 1848 —época de su intervención en el movimiento de Dresde— hasta 1860 a cierta sugestión hegeliana conceptista ajena a la geografía, que no es sólo un conjunto de mapas sino una serie congruente de experimentos.

Dependía estrechamente el internacionalismo del nacionalismo y precisamente de lo que en este último es incompatible con aquél. Lasalle, jefe socialista alemán, fue en ciertos momentos aliado de Bismarck, como el católico Francisco I de Francia había sido aliado de los turcos contra los católicos. Bakunin fue aliado del unitarismo italiano de Garibaldi y del nacionalismo polaco antizarista, del internacionalismo no permanente de la masonería y del paneslavismo popular agrario. Malatesta, internacionalista y heredero de la doctrina de Bakunin, fue aliado de los nacionalistas italianos. Después del movimiento, animado por Malatesta con abnegación pura, el luchador italiano iba a la cárcel y sus aliados al Parlamento.

La voluntariedad española ha sido calificada a veces de tozudería. Alguna región tiene por ello el sambenito autocalificando la tozudería como talismán capaz de conseguirlo todo.

Fuera de estas franquicias de la tozudería indígena y castiza, existente a ratos con evidencia innegable, y no sólo en tal o cual

región; fuera también de la excesiva libertad que se permiten unos españoles para adjudicar a otros la tozudería, como la sordidez o la exageración, es visible que la tozudería, templada por directivas elevadas, no es más que la voluntad y carácter para llevarlas a buen término.

Entonces no se trata ya de tozudería degradante sino de voluntariedad, deseable en cualquier ocasión y en cualquier parte. Con voluntariedad más que con incivil tozudería, muchos españoles quieren unirse y federarse. Con voluntariedad y sin tozudería hay en España un índice de excelentes obras, primerizas muchas veces porque todo lo bueno estaba hasta hace poco por hacer y todo lo malo por deshacer, costando más limpiar un camino que andarlo. Con voluntariedad y sin tozudería, tal vez con una paciencia increíble empleada a pequeñas dosis, estamos abordando para nuestro mejor provecho los españoles la era de los desengaños definitivos. La época nueva cuyo especial carácter consiste en disminuir las proporciones del miedo a los cuentos del miedo repetidos incansablemente por empresarios y corredores de miedo que calculan, en la vida económica y en la vida política, la defección del súbdito como una crisis pasajera remediable con nuevos cuentos de miedo.

La voluntariedad española querría evidentemente adaptarse a sus mejores designios. Para ello no tiene más que prescindir de los partidos porque los partidos quieren hombres elaborados en serie, todos iguales, sin que ninguno pueda querer ni desear más que lo que el partido quiere y desea. Con esta mentalidad, con este deseo tan equiparable a cualquier elaboración *standar*, se destruye la voluntariedad y se mata la iniciativa. La **consigna**, esa orden a rajatabla tan de hoy, no es más que una proyección de las determinaciones tomadas por hombres *standar* para otros hombres *standar* con temas elaborados por procedimiento *standar*.

Estoicismo, pundonor y voluntariedad, he aquí tres virtudes de la España esteparia. Estas tres virtudes son como piezas maestras, pilares de la nueva vida ya en marcha tras las tremendas convulsiones recientes. Son, además, valores de coherencia y, sobre todo, rasgos de individualidad virgen de interés acumulativo y autoridad. El estoicismo puede convertirse en un principio confortable de sabiduría riente —como dice Han Ryner— con la solución del problema económico. El pundonor tiene un campo extenso regenerador porque es antítesis del atroz picarismo español. La voluntariedad se opone a

la abulia. Si el español oficioso es el que guarda, sin desarrollar virtudes como las que señalamos, y desarrolla, en cambio, hasta el delirio sus vicios opuestos; el español furtivo de todo control ajeno, pero que es estoico, pundonoroso y voluntarioso, ha tenido su raíz en el terruño estepario, y ensancha sus costumbres contrastándolas con otras no menos morales, pero distintas, para integrar un conjunto español digno del mejor porvenir sin sequía en los cerebros ni en la tierra.

RESUMEN

Hemos visto en este cuaderno cómo se supera la aridez española con las plantas que atraen el agua. Hemos visto que el jeroglífico del clima ibérico es un complejo del que los elementos laboriosos se defienden heroicamente, dando el pecho a la intemperie y al trabajo denodado, destruyendo la fatalidad adversa, por deducción de valores, de aquel complejo siniestro y consiguiente tratamiento inteligente por separado.

Esto representa una institución de la teoría de Spencer, para quien la civilización es una separación de lo concreto heterogéneo vital y posiblemente concordante con otros factores que se oponen a lo concordante homogéneo,, antivital y abstracto del complejo total nebuloso.

Hemos visto que la tragedia de la estepa tiene raíces hondas de estoicismo y pundonor, de voluntariedad y afán aireado; que tiene capacidad de mejora sin desprecio para las virtudes fundamentales y capacidad de libertad y autonomía, federable con otras autonomías ibéricas diferenciadas. Y lo que importa y urge es dar cauce a estas sugestiones.

CAPÍTULO VIII

Las costas de la península ibérica

PALABRAS DE ROCKER

«Fourier, Proudhon, Pi y Margall y otros creían que el siglo XIX traería la disolución de las grandes formaciones de gremios y municipios libres que, según sus puntos de vista, deberían abrir un nuevo capítulo en la historia de los pueblos de Europa. Se engañaron en cuanto al tiempo, pero acertaron en sus concepciones, puesto que la centralización estatal ha alcanzado hoy tal amplitud que aun a los más despreocupados les llena de secretos temores por lo que respecta al porvenir de Europa y del mundo. Solamente una constitución social federalista, apoyada en el interés común de todos y fundamentada en el acuerdo mutuo de todas las agrupaciones humanas, nos pueden salvar de la maldición de la máquina política, que se nutre con la carne y con la sangre del pueblo.

»El federalismo es la colaboración orgánica de todas las fuerzas sociales de abajo arriba, para la obtención de una finalidad común cimentada en el libre acuerdo. El federalismo no es la disgregación de

la actividad productora, ni el desbarajuste caótico, sino el trabajo y la prosperidad generales. Es la unidad de la acción que nace de la convicción íntima y encuentra su expresión en la solidaridad vital de todos. Es el espíritu de la voluntad libre, que opera de dentro afuera y no se agota en una estúpida imitación de formas pasadas, que no pueden dar origen a ninguna iniciativa personal. Paralelamente al monopolio de la propiedad, debe desaparecer el monopolio del poder para que se aparte de la humanidad esa pesadilla que gravita sobre nuestras almas como una montaña, y corta el vuelo de nuestro espíritu.

»¡Hay que liberar del capitalismo a la economía! ¡Hay que liberar del Estado a la sociedad! Bajo estos símbolos se librarán, en un futuro próximo, las luchas sociales que abrirán el camino a una nueva era de libertad, justicia y solidaridad. Cada movimiento que sacuda al capitalismo en sus núcleos esenciales y tienda a liberar la economía de la tiranía de los monopolios; cada iniciativa que dispute al Estado su actividad y, quitándole eficacia, tienda a que el poder pase a depender directamente de la vida social, es un paso más hacia la libertad y hacia el advenimiento de una nueva era. Todo lo que tienda a una meta contraria, llámese como se llame, afirma consciente o inconscientemente los baluartes de la reacción política, económica y social, más amenazadora hoy que nunca.

»Con el Estado desaparecerá también la nación, la cual es sólo un pueblo del Estado; la idea humana recibirá nuevo sentido. Éste se manifestará en cada una de las partes y extraerá su conjunto de la rica y polifónica variedad de la vida.

»El sentimiento de la dependencia de un poder superior, ese manantial de toda sumisión religiosa y política, que en el pasado encadenó siempre al hombre obstruyéndole el paso hacia un nuevo futuro, cederá al nuevo conocimiento que hará al hombre señor de su propio destino.»

«Aquí cuadra también la frase de Nietzsche: «¡Vuestro honor no depende de donde venís, sino de donde vais! ¡Lo que constituirá vuestro nuevo honor es la voluntad y los pasos que os impulsen hacia adelante!»

Hasta aquí el maestro. «Vuestro honor —dice con Nietzsche— no depende de **donde venís** sino de **donde vais**.»

En un sentido de Geografía humana, el honor del explorador, del navegante, consiste en su pasión viajera, en el destino que quiere

seguir guiado por los astros y no por itinerarios fronterizos. He aquí una modesta carta marina del litoral español, un repertorio de sugestiones inspiradas por nuestra gente de mar, cuyo honor, como dijo el filósofo, consiste en la lejanía que se quiere ganar y que no espera en vano a los corazones enardecidos.

Pleno Internacionalista

Nos reuníamos en cierto café de la Barceloneta los domingos por la tarde unos cuantos compañeros, veteranos todos del campo social.

Era en tiempos de la República abrileña, en los cortos intervalos que se nos dejaba en libertad, siempre condicional.

Allí acudía Tomás Herreros, uno de los animadores del antiguo grupo Tierra y Libertad. Corpulento, riojano, con su faz ancha y su conocimiento de la librería, nos hablaba de novedades editoriales, como al visitarle en su barraca de Atarazanas o encontrarle en la cárcel.

Allí acudía el viejo Saavedra con su barbaza blanca y su prestancia andaluza. También se veía frecuentemente su yerno Iglesias, que nos hablaba de Cuba como los judíos hablan de la tierra de promisión; pero una tierra de promisión con guayaba, plátano-manzana, chirimoya y aguacate. Iglesias y Saavedra conversaban con amenidad. Se relacionaban con todos los compañeros de Cuba por haber vivido allí, y tenían perfecto conocimiento de las sangrientas arbitrariedades de Machado y sus tiburones en el mar caribe.

Jaime Aragó lucía un bigote a lo portugués de la época manuelina, colonial y feudal. Le decíamos que el bigote de hacendado de Mozambique no se lo dejaba más que para ahorrar la bufanda. Estaba muy lejos de sospechar que sería concejal de Barcelona después de vender buñuelos por las esquinas, aunque los Ayuntamientos no han sido en todas las épocas más que malas buñolerías.

Martorell, el navegante de vapores petroleros como su intrépido **León**, hablaba de la mar en femenino como todos los mareantes y suspiraba por Benidorm, con sus clases pasivas del mar.

Bruno Lladó llegaba de Sabadell. Como sordo que era, hablaba sin escuchar a los demás. Siempre decía cosas de interés recordando su viaje a la Rusia de los Soviets.

La tertulia se agrandaba con marineros recién llegados de América o de Canarias, pañoleros, pescadores de altura en espera de reembarcar, fogoneros, personal de cámara, pilotos de alto bordo y maquinistas. Patricio Navarro nos presentaba la flor y nata de la marinería confederal como si los presentados fueran sobrinos o así.

Se hablaba de todo, contra ésto, aquéllo y lo de más allá. Allí se discutían los más variados temas, pero el mar y los viajes tenían prioridad. Los hermanos Ortí y el ferroviario Gallego eran como los vigías de la Barceloneta. Del Prado relataba sus viajes por el Atlántico. Juanillo era un metalúrgico agregado a las tripulaciones, muy amigo de la marinería.

Al atardecer, Aragó nos guiaba por el rompeolas hasta la farola relatando sus viajes de palero de vapores carboneros que salían de Cardif o de otro puerto cualquiera, navegando siempre entre humo y carbón.

Era aquel un pleno de internacionalistas a orilla del mar en la memorable Barceloneta marinera y metalúrgica del Vulcano y de la Maquinista que tantos recuerdos guarda de peleas, de pescadores almerienses y de pulpos baratos. Aquella Barceloneta es inolvidable con sus fondas playeras donde, el pequeño gran Paulino daba tres platos fuertes o semi fuertes por diez reales, y se pasaba un domingo veraniego grato nadando en el mar por la mañana, conversando con los amigos por la tarde y esperando un tranvía rezagado para regresar al hogar.

De vez en cuando aparecían en la tertulia esos españoles parsimoniosos de dicción medio lunfarda que han luchado en los rangos de la FORA. Siempre llegaban a tiempo de atenuar el tono de las controversias con cierta suavidad porteña o mendocina. Hablaban del 5º. Congreso, de la dictadura argentina y del formidable González Pacheco, verdadero hidalgo romántico irreductible y amigo de todas horas, arquetipo de una raza universalista refinada, de sangre ibérica y lealtad gaucha. Hablaban de Simón Radowitzky y de sus veinte años en el presidio de Tierra de Fuego, allá en el lejano extremo que dobló Magallanes en su viaje de vuelta al mundo. Hablaban de Kurt Wilkens, el romántico vengador llegado de la lejana Alemania, con sus ojos azules y su gran corazón. Hablaban de la Patagonia trágica con sus tumbas trazadas a la línea y en trinchera, trazadas por los propios condenados bajo el fusil vigilante de los milicos que los segarían sobre la tierra fresca. Hablaban de los cuerpos allí hacinados y quemados con gasolina. Hablaban con fruición de la Patagonia, tierra histórica que recorrió Ameghino, un reclusiano

de tierra desértica, oteador incansable de humanas inquietudes, genio de la ciencia natural e investigador incansable en la busca de los orígenes de la vida humana. Hablaban del **Chaco**, aquel barco argentino que, cargado de deportados internacionales e internacionalistas, apátridas de todas las latitudes y oriundos de todas las razas, navegó a la deriva, meses y meses, en busca de puerto propicio, cual errantes judíos marinos o raza apestada a la que se mantenía en continuada **cuarentena** por todos los mares del globo, alejadas de la sociedad de los hombres por el dictadorzuelo argentino y por el uso de falsas fronteras morales, fronteras sin puerto ni agua pura. Nunca se expresó mejor la amargura de las fronteras. Nunca se amó con más gratitud al mar acogedor, al gran remanso de tono azul. Hablaban los argentinos como cosmopolitas del Plata, sin aire de tango ni suspiros de bandoneón. Hablaban como linyeras, operarios de frigorífico, navegantes clandestinos, vendedores de periódicos y estudiantes en la Universidad casi popular del Uruguay. Todo eso habían sido. Hablaban como bohemios de mar y tierra, y nos recordaban con viveza un libro de Bruno Traven, *El Barco de los Muertos*, con los mismos pasillos cómicos en los consulados, sobresaltos tomados a broma y singladuras parsimoniosas en la bodega, entre toneles y fardos. Bravos argentinos de poca estable adopción, huidizos de arremetidas policíacas, combatientes sin pertrechos de boca, acostumbrados a climas con ceño, doctores en ayunos y en generosidad, lectores impenitentes idealistas con sombrero y traje de almacén, que las auras marineras os sean propicias en vuestro eterno navegar.

Un judío polaco, sastre en París y sionista donde se encontrara, vino a la tertulia de la Barceloneta con cierta humildad mansa, como acostumbrado a sufrir. En los argentinos halló cordiales contrincantes para disputar. Los argentinos habían tratado en Buenos Aires a los emigrantes de todos los puntos cardinales. El judío polaco les parecía menos desenvuelto que los judíos radicales en la Argentina.

En la tertulia había incluso un alemán, digno por su peligrosa escapatoria de la mazmorra hitleriana, de ser acogido con fraternidad. Vivía en la Barceloneta trabajando en pequeñas urgencias de transporte. Era rubio, macizo y amable. Simpatizaba con el judío polaco y con otro alemán, silesiano éste, huído de su país dejando atrás la jauría de Hitler.

Las conversaciones se generalizaban como un torneo para afirmar el internacionalismo, común denominador de los contertulios.

Un lituano alto y rubicundo aparecía de vez en cuando. Representante del Báltico, estudiante y estudioso, integrante de grupos juveniles en su país, había tenido que huir de Lituania perseguido por la dictadura de Voldemaras. Nacido en Norteamérica, su madre era rusa, conocía el ruso y el alemán, además del inglés y del castellano. Peso fuerte del internacionalismo, viajero sin gran aparato de maletas, sabía dar al mar un atractivo familiar, como si viajando hubiera aprendido a tutearlo.

—El mar no es desde tierra urbanizada más que un juego del escondite —dijo el lituano Oscar—. Siempre hay entre tierra y mar un Club de Regatas, un bar, unos depósitos comerciales, un Montepío, unas casetas de baño, un retén de carabineros, una oficina de Sanidad Exterior, un Comisariado policíaco, un merendero con toldos grandes, un monumento, un tobogan, una torre blindada, una estación. A veces hay hasta un barco.

—Puedes exceptuar al Salvamento de Náufragos— observó Aragó.

—Bien —continuó Oscar—, queda exceptuado, pero lo cierto es que la burocracia de tierra sale al encuentro del mar. Hasta la Sanidad. Sin embargo, haría buena obra sanitaria visitando las sentinas de esos montones de chatarra donde los pescadores de altura van arrumbados en tan pésimas condiciones para la salud y el descanso. En un tribunal de salubridad pública, los empresarios de pesca, esos mismos empresarios que devuelven al mar grandes masas de pescado para que no haya barato, serían tal vez condenados a las mismas penas que apresuran ellos con la muerte de un personal atado a la miseria.

—Los pescadores más modestos del litoral remedian la carestía— dijo un motorista de barca de pesca nativo de Villajoyosa.

—Pero también son de empresa —continuó Oscar— y sufren más bandazos de ella que del mar.

Así iba pasando la tarde. Todos los mares tenían allí sus profesionales de tránsito, todos los mares contaban por entonces en la Barceloneta con sus cónsules espontáneos, sus delegados de confianza.

—El Atlántico pide la palabra— profería un piloto vasco.

—El Pacífico, para aclarar— decía un mestizo de razas acostumbrado a cruzar el Canal de Panamá.

—Una proposición del modesto Mediterráneo— saltaba desde un rincón Raba, que había hecho muchos viajes en pequeños vapores de carga por el litoral desde Gibraltar a Génova y los recordaba como excursiones de placer por un lago.

Todas las proposiciones y aclaraciones en aquella tertulia se referían a la vida marinera penosa, al olvido que se tiene del mar en un país esencialmente marítimo como España; a incidentes del nomadismo social, a inesperadas aventuras y desventuras en los puertos. Los contertulios no profesionales del mar nos creíamos todos navegantes, y la Barceloneta nos cubría con su prestigio de pasquines, tinglados y anclas, invitándonos a esos viajes deseados toda la vida y toda la vida malogrados, viajes renunciados con pena cuando leemos obras de referencia viajera y cuando olemos alquitrán. En ninguna parte nos enardecíamos por los relatos sin elocuencia literaria como en aquel Pleno internacionalista de la Barceloneta con tantas noticias del Báltico y del Indico, con tantos chascarrillos al pasar el Ecuador, y tantos temporales a palo seco.

Menéndez, el marino canario, se exaltaba hablando de sus islas.

—Afortunadas son —decía—. Los griegos hallaron en ellas un paraíso. Los fenicios pudieron abordarlas en sus viajes de exploración, cuando contorneaban África. Los cartagineses ocuparon una isla; ya en 1402, Betancurt, un normando, se apoderó de todas después de reducir a los indígenas. Queda sin embargo, la solera indígena allí, medio africana, medio europea, medio americana, pero sobre todo indígena. Se dice que son los canarios de origen bereber. ¡Bah! El origen es lo de menos. Tengo un pariente en Madrid que se dedica a escarbar por las bibliotecas y que afirma muy serio una verdad evidente: los canarios son hijos del mar andaluz y de los pantanales isleños. Son desinteresados y enemigos de acumular dinero. Viven casi de milagro. Hablas con un canario y te da la sensación de que nunca se le ocurrirá amontonar plata. Acostumbrados los canarios a los viajes de tránsito y al trabajo temporal en las Antillas, al clima espléndido, a la visión de las montañas volcánicas, a los campos de lava como desiertos lunares entre jardines, parecen extasiados por la vida al aire libre y los horizontes sin límites. La influencia del Océano modera los extremos y los vientos dominantes purifican constantemente la atmósfera. En las Palmas, la temperatura media es de diecisiete grados en enero y de veinticinco en agosto. Salvo en las altas cimas, no se sabe lo que es la nieve. Falta agua. En el sur dominan los vientos del Este y producen la lluvia cuando se elevan a causa de las montañas o de la costa rocosa. Las cisternas son típicas. Pero lo reseco de algunos parajes no tiene nada que ver con los canarios, la gente menos reseca del planeta. La montaña de fuego de Lanzarote evoca las erupciones del siglo XVIII que duraron seis años,

desde 1730 a 1736, pero los canarios no son volcánicos sino templados y suaves. Volcanes apagados son los de Canarias porque los cráteres se han fosilizado. En buena parte de la costa, primavera perpetua y vegetación tropical. Olvido del interés, amistades románticas, vega inolvidable del Teide... Pero el Sahara es adusto y nos envía aire de rescoldo.

Menéndez parecía un verdadero enamorado del mar canario. Navegante del Atlántico, veía en sus islas una vida de libertad que los barcos reducían a estancias limitadas, contrariadas por horas precisas de tripulante y obligaciones penosas. Quedarse en un recodo costero para siempre era su constante deseo. En nuestras tertulias de la Barceloneta nos hacía sentir la fiebre marinera como nadie porque la sentía él con sus treinta años «pasados por agua», como decía Menéndez. Era hijo de un santanderino emigrado a Cádiz, que vivió en Canarias desde la primera juventud y se casó allí con una insular hija de padre gaditano y madre canaria, hija esta última de padres cubanos blancos. Los mares ibéricos y el mar Caribe, la procedencia celta paterna y mucho más atrás por la solera canaria y cubana, razas de trasiego. Cruces recientes en plena plétora del romanticismo, en aquellos años de La familia del marino, de Valeriano Bécquer, hermano del poeta Gustavo Adolfo.

Menéndez era un romántico delicadamente pausado pero bien impuesto en el romanticismo eterno que no depende de épocas sino de genios desinteresados en todos los tiempos. Agravada la guerra del 36, murió valientemente combatiendo en el mar. El deseo de dormir el sueño eterno en una de las islas Afortunadas, se rompió trágicamente y su recuerdo es sagrado para nosotros por su vida noblemente comunicativa, su amistad incomparable y su fuerte carácter que jamás descendía ni siquiera a lo mediocre.

Veía Menéndez la realidad española como una especie de armonía grandiosa de tierras y mares. Una armonía en la libertad.

—Pero la libertad —decía— ha de ser un poco más húmeda y vital en España, con más yodo y más sal desinfectante, y ha de templarse y refinarse con otras libertades. España es un pequeño mundo, demasiado seco porque vive de espaldas al mar y, por consiguiente, de espaldas al resto del planeta. Al ocre de las estepas españolas le falta el azul marino.

He aquí una expresión feliz de aquel hombre verdaderamente grande, que vivió y murió con una dignidad acrisolada y una bondad

siempre cordial. Tenía razón. Al ocre de las estepas españolas le falta el azul marino.

En el solar galaico, el tono húmedo de la tierra alejada de las estepas, busca el mar y las tierras nuevas. Una emigración de cara al mar y de espaldas a la miseria, que nadie remedia en América más que en la cuadrícula de los negocios. Las bellas costas de Galicia reciben el canto adusto del pescador, que tiene en el mar su porvenir y su tumba. Factor olvidado de riqueza costera, héroe desconocido en su lucha abierta contra los elementos y contra el monopolio explotador de la pesca. En un paisaje rico de rocas y mariscos, matizado por alegres montañas y por verdes praderas, se abren sus bahías hermosas, tránsito de todos los mares y de todos los Continentes, puerta por donde escapa la inquietud ibérica, ávida de pan y de libertad, y por donde vuelve con una imagen grandiosa de azul y el cuadro de repetidas injusticias y de amargas experiencias. Costas que recuerdan arriesgadas fugas en barcas sin brújula, a vela y a remo, o a pequeño motor a escasa ración de esencia, que el galaico irredento empleó para tomar contacto con su hermano exiliado, alcanzando puertos de Inglaterra o de Francia, o terminando su vida sin testigos de vista y sin historiador de relumbrón que apuntara esta página ilustre del pundonor ibérico en busca de horizontes de libertad.

Gibraltar-Portugal-Pirineo

La tertulia de la Barceloneta se reproducía otras tardes, pero más limitada, reducida a un Pleno marinero de nuestro gran mar, desde Gibraltar al Pirineo por el Oeste marítimo.

El piloto vasco era un concienzudo, un intransigente posibilista de los destinos del mar. Muy amigo de su tierra, muy vasco, se expresaba en castellano a saltos, con dicción espaciada. La calidad de vasco no le impedía ser internacionalista de convicción. Era de esa especie de seres descontentadizos, aunque no atrabiliarios, que hallan poca exactitud en todo, incluso en la ciencia matemática; pero que desean a toda costa, contra viento y marea, que las cosas se planteen y se inicien bien para dar resultado estimables. Su fuerte era el estudio de las exploraciones marinas.

—Ni los astros movimientos uniformes tienen —dijo un día—. He leído un trabajo del astrónomo Mineur. Dice que desde el ritmo

biológico que se observó entre un paso humano y otro y entre una palpitación a otra del corazón para medir el tiempo al tiempo solar, medían quince siglos cronometrados, podríamos decir, con relojes de arena. Los hombres preclaros no podían servirse del tiempo solar porque no resultó exacto. Se sirvieron del día sideral, intervalo uniforme de los pasajes de una misma estrella por el meridiano. Posteriormente se averiguó que hay diferencias entre la aceleración calculada y la observada de ciertos astros, resultando que el día sideral difiere del mecánico. El residuo de cuarenta y tres segundos de arco hallado por Leverrier en el movimiento del perihelio de Mercurio, constituyó después la mejor prueba del relativismo de Einstein. La uniformidad de los períodos temporales se observó con posterioridad a Leverrier, alternada por las intermitencias del frote de mareas al influir sobre la rotación terrestre. Siguieron nuevas observaciones, como la del tiempo electro-magnético y la idea del espacio y tiempo en conjunto. Nueva complejidad interpuesta, que hubo de superar analíticamente. Se creía en la puntualidad de los astros y resultó muy relativa. Si la puntualidad de los astros ha tenido que ser tantas veces puesta en tela de juicio, ¿qué podemos pensar de la uniformidad histórica elaborada tan en bloque? La felicidad del género humano es un programa irrealizable copiado de los credos. No sabemos si el género humano puede ser feliz. Si pudiera serlo, probablemente sobrevendría el aniquilamiento y la muerte. Sabemos que nadie hace la felicidad de los demás, y menos la de todo el género humano. La técnica no es más que una resultante mecánica para suprimir el esfuerzo servil, una inventiva por sí misma incompleta y en permanente transformación, una manera de trabajar mejor y un relativismo siempre revisable para disminuir la faena penosa, pero no es una norma autosuficiente. La etimología del término **mística** viene de **secreto**, y de la técnica se quiere hacer una mística nueva tajante y secreta como todas las místicas. Pero todo el progreso humano, aun dentro de su relatividad —el fuego, el número, la rueda, el árbol, el arte— se funda en el descubrimiento de secretos. La civilización no es más que una lucha para descubrir secretos, porque vivimos más amarrados a la cadena perpetua de los secretos abordables que a ningún fatalismo económico, político o técnico.

—Piloto Olavarrieta —dije yo— eres el fénix en nuestros decadentes días y tienes bien merecida una jarra de cerveza fresca. Que te la traigan.

—Ya escampa —siguió el piloto—. De la Iberia inclinada al Atlántico surgueron muchos navegantes y muchos conquistadores para descubrir y colonizar. Buena parte de los tripulantes de las carabelas de Colón eran presos libertados a condición de embarcar hacia el infinito. Pero Colón no cabía en el infinito. Creyó Colón que el agua y la tierra formaban una esfera que podía rodearse de Oriente a Occidente. Los errores de la astronomía antigua hicieron posible que en el proyecto de Colón —llegar a las Indias por el camino de Occidente— se cumplieran los cálculos; sobre todo al recordar su estancia en las islas portuguesas, en Porto Santo especialmente, donde se hablaba de cierta carabela que, arrastrada por el viento, llegó a una tierra desconocida, navegando mucho después la carabela hasta Madeira con tres o cuatro tripulantes y el piloto. Murieron todos a los pocos días. El piloto, ¿sería andaluz, vizcaíno o portugués? No se sabe. Sólo se sabe que murió en casa de Colón. En poder de éste quedaron las escrituras de la carabela misteriosa y la relación del viaje, con la altura de las tierras nuevas. El mundo se ensanchó. Díaz de Solís llegó a Río Plata. Hernández de Córdoba a las costas de Yucatán, Ponce de León a la Florida, y Balboa al Pacífico. Colón quería encontrar el paraíso terrenal. Magallanes, el portugués españolizado por despecho, intentó dar la vuelta al mundo, terminada por mi paisano el piloto Elcano. Los conquistadores no fueron más que marmitones de los navegantes. Los conquistadores se entendían con la corona, y los navegantes con los astros. Los conquistadores buscaban oro y poder; los navegantes, tierra firme y caminos seguros. Los conquistadores llevaban armas de fuego y traían esclavos, los navegantes llevaban instrumentos náuticos cada vez más precisos y traían experiencias. Hernán Cortés, Pizarro, Valdivia, los conquistadores, siempre querían un más allá: minas, países de milagro, especiería, selvas de rica madera, servidores deslumbrados por los arcabuces, frutos exquisitos, ríos auríferos. Desde California a la Tierra del Fuego los conquistadores buscaban provecho y mando; los navegantes, horizontes. Procedían los conquistadores de tierras ibéricas secas, sin contraste de humedad. Los navegantes de la Andalucía inquieta y fértil, de Portugal con sus saludables vertientes marinas y sus geógrafos universales, de las dulces rías galaicas, de la montaña cantábrica confundida con el País Vasco, calado hasta los huesos por el agua del cielo y del mar. Todo el Atlántico Ibérico, con su esquina galaica, era un apogeo de expediciones. Los conquistadores embarcaban llegando de las tierras yermas. Los navegantes pro-

cedían del litoral azotado por los vientos acuosos. En el Mediterráneo se entrecruzaban Oriente y Occidente. En la costa Atlántica privaba también el ardor de los marineros de las clásicas islas griegas que cantaban en medio de las tempestades y veían en su mar la tentación irrefrenable de vencerlo, a veces en navíos poco más capaces que un ataúd.

—Elocuente está hoy nuestro piloto Olavarrieta— apuntó un contertulio entusiasmado.

—Ya escampa —repitió el piloto con sorna—. Todos los grandes problemas de España, al menos como los interpreta este piloto, se relacionan con nuestros mares, desiertos para la navegación libre, porque el tráfico y el tránsito no son libres y porque las cifras de nuestro comercio están sujetas a torpes balances. Además, porque se desconoce el mar. Los españoles que lo conocen, más bien lo sufren.

A veces sólo se quiere con delirio lo que hace sufrir. Las sirenas únicas del mar para el poder y la riqueza, son mujeres descocadas que nadan y guardan la ropa mientras profetizan vulgares negocios. El mar «a quien nadie impuso leyes», según Espronceda, está cruzado de reglamentos para dificultar la navegación y ser un recurso de los peores cocodrilos de tierra adentro. El mando del mar ibérico está en la Mancha, y eso lo dice todo.

—Para Olavarrieta el mar o la mar es una especie de novia— dijo alguien.

—De viuda— rectificó Olavarrieta.

—¿Viuda?— preguntó el otro.

—Viuda de Olavarrieta —confirmó el piloto—. No navego ahora, sino que doy lecciones de cálculo a los futuros pilotos. Lo que yo querría es difícil decirlo. Querría ir a un barco de esos que cumplen misiones científicas. La navegación decae porque el adelanto náutico se estanca al quedar en manos de naciones coloniales que enjugan todo su déficit con el tránsito marítimo, y lo guardan celosamente para ellas solas. Cuando sobreviene una guerra, la navegación entra en período activo de aplicación de inventos y relación, pero la vida se achica inmediatamente después de firmarse la paz. Los marinos de paz quedamos en huelga forzosa y los marinos de guerra en actividad burocrática. España habría de tener una marina civil gestora, con otros servicios, del movimiento del mar; desde la enseñanza al control profesional portuario, desde el laboratorio pesquero a la cartografía, desde la seguridad del navegante a la estadística, desde la técnica constructora a la gestión adecuada para establecer rutas y escalas;

desde la relación con afines en todo el mundo a la propaganda racional de las sugestiones del mar. Habrían de federarse las industrias marítimas con todas las demás. El transporte marítimo ya tiene adalides; los tiene también cada organización sindical de puerto y la especialidad conservera. Todo este complejo necesita integrarse en un todo funcional, que recordará el poema de *Los Trabajadores del Mar*, probablemente la obra más meditada de Victor Hugo y la de menos penacho; el friso más impresionante de su siglo. Los ingleses y los americanos del Norte han escrito obras más apreciables que podrían mejorarse con datos ajenos a cualquier nacionalismo hasta completar una posible «Historia Universal del Mar.» En realidad, un texto histórico semejante sería una «Geografía Universal del Mar.» En Reclus se hallarían materiales formidables. España podría dar su pasado limpio de intereses. Tiene un Archivo de Indias en Sevilla que está apenas explorado. En los archivos de Madrid y Barcelona hay también documentación muy aprovechable, poco aprovechada hasta hoy. Todos habrían de contribuir al empeño: doctos, prácticos, torreros de faro, calafates y constructores de lanchas, navegantes, ingenieros, matemáticos, geógrafos. Se contaría con diarios de navegación de antes de la apertura del Canal de Suez, cuando se iba a Filipinas a vela por el cabo de Buena Esperanza. Se contaría hasta con las expediciones de los piratas. España y Portugal podrían dar magníficos reflejos de sus costas, de sus hombres estudiosos. La óptica moderna aportaría nuevo y más perfeccionado utillaje de investigación. La física solar, que no entra en comunicación con el hombre de la calle más que para anunciar terremotos y epicentros de terremoto, saldría del mutismo, como saldrían los observatorios todos. Poco a poco el gusto por el mar y sus afines sugestiones hallaría eco y se organizarían expediciones científicas más realizables que la del Amazonas, que la República va dejando en el panteón de sus programas, mientras atiende a la empleomanía, cumpliendo con ella su programa único. Habría, sobre todo, que contar con la variedad del litoral, con sus historiales típicos. El hecho de que los alicantinos sean tan inteligentes se debe, en buena parte, a que descienden de piratas africanos.

El piloto Olavarrieta se mostraba elocuente de veras aquella tarde. Elocuente y apasionado, nos comunicaba su entusiasmo y hasta su humor. Tan provechosa y elevada charla desbordaba cualquier tema de café. Estábamos todos seguros de que a aquella misma hora, hecha inolvidable por el piloto Olavarrieta, en ningún

paraje de la ciudad se hablaría con tan acabada, con tan integral competencia y ambiente acogedor como en aquel modesto café marinero, cátedra improvisada del piloto vasco, cuyas ideas merecen esta crónica puntual.

—A cenar nos vamos— advirtió Olavarrieta viendo que el reloj, implacable, conquistaba en favor de la dispersión.

—¿Vendremos el domingo siguiente?— preguntó un entusiasta.

—Ya escampa— dijo Olavarrieta.

(Quería decir que sí).

—El domingo que viene estaré yo en Málaga— dijo un pañolero de la Transmediterránea.

—Y yo en Valencia— saltó un tripulante de cabotaje.

—En Palma estaré yo— concluyó otro contertulio que descansaba unos días pasando con la familia sus cortas vacaciones del mar.

—Así, pues, el único marino que no embarca es el piloto Olavarrieta — dije yo.

Aquellas palabras sumieron a nuestro amigo en una depresión evidente. Pero el hombre, fuerte y acostumbrado a domar emociones, se adentró por el derivativo del humor —cosa más explicable en un vasco—, y empezó a bromear para disimular su nostalgia del mar.

Le acompañé por el paseo de Colón hasta las Ramblas. Era una de esas noches barcelonesas primaverales con tantos focos y tanta bonanza de clima, un poco húmedo sin embargo.

—Has estado hoy como siempre, Olavarrieta— le dije.

—Preferiría oir que he hablado como nunca —contestó a media risa burlona Olavarrieta—. Con la marinería del café había media docena de amigos que no tenían obligaciones a bordo de ningún barco, entre ellos tú. Tampoco yo tengo barco ni brújula. Apenas me queda el impermeable de mi vida pasada, aireado por los cuatro cuadrantes. No sé si marcharme al Pacífico, para navegar entre sus islas. En España se vive siempre en una situación interina. El mundo desorbitado y convencional de los acontecimientos políticos aplasta un poco las vidas, o las obliga a someterse a su vaivén. El vaivén tiene un movimiento de corta duración, el indispensable para que se vea sucedido por otro vaivén. Estás pensando en mañana y los políticos te meten en el ayer. Recuerdas el ayer y te meten en la cárcel como ayer. Esperas algo nuevo y te destierran. No esperas nada malo y te gratifican con pequeñas esperas para que renuncies a esperar cosas grandes. Entre espera y espera van pasando los años y

empalmándose las situaciones interinas. De ahí que los españoles tengamos algo de interinos en el oficio, en la vida y en todo.

—Pesimismo se llama eso.

—No lo es. Sólo querría que los españoles trazaran ellos mismos una divisoria entre los períodos interinos a que les obligan, y una vida nueva determinada por ellos mismos sin la interinidad de estos períodos de ahora, períodos sueltos que no se corresponden en ninguna sucesión congruente. Tenemos una República flamante que nos comunica un día sí y otro también lo que piensan sus protagonistas, ministros y jefes de partido. Pero, en realidad, sus comunicaciones expresan lo que no piensan. No expresan lo que piensan, porque no piensan nada.

—Principio de pesimismo, amigo Olavarrieta; pesimismo cuyo origen está en tu apartamiento del mar.

—Es posible que tengas razón. A última hora mi estancia en tierra es una interinidad, tal vez un contagio con la pequeñez de las cosas de tierra. En el mar gobiernan los astros. Al mar quiero volver, no sé a qué mar, pero al mar. En esos Plenos de la Barceloneta todos los mares tienen delegados. Yo no tengo mar, y quiero tenerlo porque me debato en un mar, evidentemente, pero de confusiones.

—Y, sin embargo, querido Olavarrieta —concluí yo con un afecto deferente y merecido momentos antes de separarnos—, acabas de darnos a todos una lección de seguridad y de serenidad.

Y era cierto. ¡Extraño ingenio ibérico, que hallaba más divertida la mecánica celeste que la mecánica de los grandes —y tan pequeños— acontecimientos!

El Mediterráneo

Demostrada la esfericidad de la tierra —dice Francisco Vera—, la alianza matemático-astronómica aplicó la Geometría a nuestro planeta considerado como globo suspendido en el espacio, lo que dio lugar al nacimiento de la ciencia náutica.

Se divulgaron entonces los conocimientos adquiridos en fuentes árabes, especialmente en los Elementos astronómicos de Alfagrano. Juan de Sacro-Bosco admite ya la habitabilidad de la zona tórrida, excepto en la faja limitada por la línea equinoccial y el paralelo 16. Beauvais escribe su famosa *Specula*, en la que no hay duda sobre la forma real de la tierra. Alfonso X habla de etíopes y como moradores

del hemisferio austral. Por cierto que Alfonso X se valía de sabios judíos y árabes para revisar los cálculos tradicionales, e interesó a Abenragel, Alcabit, Abenmusio, Abufali, Abuma, Abenmosca y Abenzagut. Bacón aporta noticias sobre el interior de Asia. El Dante dice que la Tierra ocupa apenas un hemifesferio, otro hemisferio el mar, y que más allá de las columnas de Hércules había regiones protegidas contra la audacia de los navegantes.

El siglo XIII fue de gran movimiento, y más los siguientes, en las costas catalanas, mallorquinas y Levante hacia Siria, Egipto, Chipre y Rodas; a Ragusa, a Berbería, Túnez, Trípoli y Argel; a las costas de Portugal a Sicilia, a Languedoc y Provenza, a Inglaterra y a Escandinavia.

Aparece la carta náutica; luego la aguja de marear, invento éste de Raimundo Lulio, y la ballestilla del judío catalán Levi Abengerson. Según Vera, tales inventos dieron a la ciencia el dominio de los mares, derribando las columnas de Hércules y las estatuas de cien codos que en las islas Afortunadas advertían al navegante que no podía violar el mar tenebroso.

Todo ésto es una maravilla de invención y audacia. Atribuirla absolutamente a egoísmo comercial o a codicia y deseo de dominio, constituye una insensatez. Las corrientes humanistas, los conocimientos astronómicos, geográficos y matemáticos se desentumecían y propagaban con la prosperidad de la vida comunicativa permanente en las riberas del Mediterráneo, tan intensa desde los tiempos de las colonias griegas y de las invasiones. El clima benigno, la feracidad del suelo en amplias zonas, los progresos de la mecánica y de la artesanía, más que las peleas navales entre pequeños Estados, fomentaron la comunicación comercial, que si estaba sometida en general a fuero de ganancia, no siempre obedecía a él, sino a menudo a las crecientes necesidades de los núcleos humanos. A medida que sacuden éstos su precario vivir, desean estar mejor. A medida que avanzan, a medida que cesa el estancamiento y el aislamiento, se tratan semejantes de diversas procedencias, religiones y razas. Ven que los habitantes de la confesión rival no tienen rabo y que son capaces de convivir pacíficamente en todos los climas. Observan la novedad de indumentaria y costumbres, de productos exóticos, de lenguas, de artefactos útiles, de cultura aplicada. Se entrecruzan intereses —no siempre, ni mucho menos, valiéndose de moneda—, se pactan acuerdos y compromisos, empieza a tener relieve el factor afectivo y las razas se funden, desa-

pareciendo la rudeza de la espada para trabajar en común. Esto ocurrió también en el litoral ibérico, desde Gibraltar al cabo de Creus.

Mientras príncipes y magnates hacían pelear a los súbditos para asegurar un predominio político o económico; mientras estos predominios permanecían más o menos tambaleantes, nunca consolidados ni del todo aceptados, la costa era foco de factorías y astilleros, transacciones y coincidencias de orden material y moral, gremial sobre todo en la medida que el gremio representó en cada época predominio de menestralía o de técnica, tal como estudia Campmany, y como el gremialismo de las repúblicas italianas, que llegó a enfrentarse con los poderes del dinero y de la preeminencia de los Médicis, banqueros y traficantes de origen griego que se incorporaron a las dinastías reinantes por el camino del agio y del préstamo.

Todos estos antecedentes tienen valor primordial porque de acuerdo entre seres y núcleos activos no hubiera podido darse sin su federación, más o menos expresa pero firme en los contratos. En Cataluña hemos visto un cuarto de siglo de movimiento cooperador que responde a una tradición derivada de aquellos hechos. Los cosecheros de vino tenían sus cooperativas, muchas veces de cultivadores sueltos o asociados. Aquellas cooperativas, en la técnica de elaboración y en abonos sobre todo, consiguieron beneficios comunes cuando no fueron desbordadas por el gran negocio. Los municipios catalanes, en cambio, intervenidos precisamente por los mismos elementos que actuaban en la Cooperativa, fueron administrados por un sistema político de esencia no solidaria, forzosos obedientes a un patrón extraño, a normas ajenas, a leyes sin control popular, y no representaron más que un triste producto de la arbitrariedad de arriba. La solidaridad en el cultivo y aprovechamiento de los productos de la tierra fue en buena parte consecuencia del gremialismo sociable del mar. Sobre todo de las transacciones que aportaron al litoral ibérico del Mediterráneo los productos de Oriente y su arte, que podríamos llamar transeúnte, mientras por tierra llegaban planos de catedrales y absolutismo político cesarista.

Los hombres del mar sienten la solidaridad en la audacia y en el peligro. La sienten igualmente en la ayuda mutua. Recientemente nos hemos enterado de que los navíos pesqueros que van desde las costas bretonas a Islandia reparten los beneficios de la industria entre sus habituales y, además, consideran con equidad generosa, habituales del beneficio a las viudas y huérfanos de las víctimas del mar y de la guerra contra el nazismo. Innumerables casos semejantes se

dan entre los pescadores de todos los mares. En España, las cofradías de mareantes tuvieron siempre una liberalidad benéfica para las víctimas de la galerna, de la misma manera que se ayudaron en las tareas de su azarosa vida y de sus iniciativas industriosas.

El mar tuvo industrias preponderantes en su literal Mediterráneo en largos siglos. La construcción naval, la pesca, las redes, el material fabricado en la costa alicantina, las salazones, los embalajes, las lonas para el velamen y otras particularidades indispensables de provisión, fueron siempre, antes de la industrialización generalizada y de la boga del vapor, florecientes en el Mediterráneo. Sus puertos tuvieron buenas épocas a pesar del monopolio de comercio de América, atribuído a Cádiz desde los inicios de la época colonial.

Modernamente los puertos del Mediterráneo ibérico fueron amarre de la corriente del mar interior hacia América. El Estado español parecía vengarse de su establecimiento en la meseta castellana para dificultar la navegación y favorecer, hasta los más escandalosos extremos, suculentos negocios navieros.

Se complacía en su absolutismo inconmovible para que España careciera de caminos y canales. Así se evitaba que los productos españoles existieran en grande y que la comunicación con el Oriente próximo fuera de recaída en recaída.

La exportación más en boga era la de emigrantes. Ya Ricardo Mella estudió este problema con clarividencia, denunciando la explotación del emigrante desde los puertos del Atlántico en el Noroeste de España. En el Mediterráneo se cultivaba más bien al turista y se cultivaba el transporte de productos canarios, importados mediante concesiones exclusivas al capital naviero.

Pero Cataluña tiene excesivos glosadores hasta el delirio para sus códigos y sus príncipes. Incluso después de la República del 31, como antes, el republicanismo catalán parece deslumbrado ante la mística condal. Se promulgaron los *Usatges* en el siglo XI. En realidad daban estado legal al costumbrismo permanente, pero no lo creaban. Daban libertad religiosa y de estancia porque el costumbrismo las había generalizado, pero los *Usatges* no las inspiraban. Las Cartas Municipales no fueron incompatibles con las malas costumbres feudales, verdadera y secular ignominia de Cataluña y de tantas zonas ibéricas hasta bien entrado el siglo XVIII y aún en el siglo XIX.

La libertad costumbrista de Cataluña se debió al mar y a las tierras que, en buena parte, tenían influencia de comunicación por el mar, como también se debió a los usos de pacto libre en el interior.

Lérida, por ejemplo, tuvo épocas en las que podía considerarse como la Atenas del Poniente catalán. La industria de curtidos era tan perfecta que los curtidores fabricaban guantes de uso normal para adultos, y los guantes cabían en una cáscara de nuez. El Segre, verdadero padre de los huertos feraces del Segriá, tenía sus bordes muy transitados hacia Mequinenza y Tortosa. La imprenta tuvo admirable prioridad en Lérida con Botel. Fernando Colón, hijo del descubridor de América, fue a Lérida buscando libros que no encontraba en parte alguna. La Universidad de Lérida competía con la Sorbona. Los incunables más preciados de la Universidad de Jerusalén proceden de la infancia de la imprenta de Lérida. Ya en tiempo de Roma, Lérida era lugar de destierro para los súbditos inconformistas. El propio Cicerón apostrofaba a un contricante diciéndole: «*Ilerdam videas*» («¡Que te veas en Lérida!») Era lugar de descontentos de Roma, y César tuvo que ir allí a pelear con Pompeyo para vencerlo. Lérida tenía un prestigio de vida solidaria, y a pesar de las luchas religiosas, sobre todo contra los judíos, éstos obligaron a Jaime I a convenir pactos de tolerancia. La Seo Vieja, que más parece ideada por mahometanos y hebreos, puede decirse que fue construída por árabes, judíos y cristianos.

De distintas comarcas y ciudades catalanas podría decirse tanto y más. Cataluña tiene una toponimia expresiva. El Museo de Gerona, junto al Galligans, es una de las estaciones del mundo para la epigrafía hebráica. Y la patronimia catalana es mayoritaria en apellidos hebreos. Ya Rahola, el erudito gerundense de mérito —sacrificado por cierto al falangismo más salvaje—, como otros conocedores del pasado, han dado luz y documentación a la vida hebrea de Cataluña. Por preocupaciones dogmáticas, aquella documentación ha permanecido en secreto hasta hace poco. Un compañero catalán me decía que estando en Anvers y en Roterdam en contacto con judíos diamantistas, se había creído rodeado de Rebecas catalanas contemplando los rostros de las hijas de aquellos negociantes. Barcelona tiene su Montjuich, y hay un pueblo gerundense, Villajuiga, que es Villajuiva. Los hebreos convertidos son una de las soleras de Cataluña. Dicho sea desde el punto de vista más ajeno a la intención denigrante.

Las razas se han fundido por el tránsito y el clima, por el trabajo, por la vida abierta al inmigrante y lazos afectivos derivados de una relación más fuerte que la convencional de guerras y negocios. El mar ha sido todo lo contrario de aislante para Cataluña.

El mar es un vehículo de ideas y éstas tienen más acción que cualquier fatalismo de tipo económico en la vida individual y colectiva sin coacción.

Tarragona tiene una tradición romana y de todos los tiempos. En su solar, la industria de la madera tuvo un prestigio técnico y artístico muy merecido. A fines del siglo XVIII su Escuela de Artes fue un centro de enseñanza superior. Los artesanos de vecindad inmediata al Mediterráneo conservaron hasta nuestro tiempo estilos de transición en los muebles, como se conservó el mudéjar en la madera de construcción —puertas y ventanas— tierra adentro, y brilló la cerrajería artística en muchas comarcas de Cataluña, la azulejería, el grabado en madera que aún admiramos hoy en las viejas viñetas, el vidrio bien trabajado y la seda tejida.

Martí, el gran químico de fama universal, tan modesto como sabio, fue nativo de Altafulla, a la vista de Tarragona. El Colegio de San Carlos —Facultad de Medicina— de Madrid fue fundado por Gimbernat, alumno de Cervera y después de Cádiz, nativo de Cambrils, muy cerca de Tarragona. Dos casos notables que podrían ser ampliados para demostrar que Cataluña vivió siempre un Renacimiento comarcal y local no puesto en claro hasta tiempos modernos, cuando las monografías de erudición desinteresada emprendieron la tarea de rectificar los epítomes frontales y unitarios.

El historial de la construcción naval en todo el litoral mediterráneo —conocido fragmentariamente— encierra verdaderas hazañas pacientes de solidez y belleza, como el Arte Mayor de la Seda en Valencia y Cataluña, el estudio de variedades fruteras, que en el siglo XIX alcanzó proporciones impresionantes en las fajas uveras de Málaga y Almería, las industrias reposteras de Alicante y sus salazones en frío. Las comarcas alicantinas son verdaderas reposterías, y alcanzan hoy un porvenir tan importante que cuando se generalicen, todas las ampliaciones imaginables serán posibles. Fenómeno extraño: las comarcas alicantinas se parecen a primera vista a Palestina seca con pequeños oasis como Elche y otros más capaces, pero incomparables para la calidad todos.

El mar, esa cavidad comunicante y fraternal, agradecida y ya universalmente transitable, guarda el porvenir esplendoroso de una España federada para la riqueza de todos y el saber de todos.

El mar, agente descentralizador

El mar disolvió los sueños imperiales de Napoleón. Mientras las huestes de Bonaparte guerrearon tierra adentro, ganaron batallas; Trafalgar fue para Napoleón el anuncio del ocaso definitivo. Su excursión al Oriente próximo es una prueba de que Napoleón era extraño al mar. Egipto, San Juan de Acre sobre todo, fallos evidentes. El empeño de conquistar con mariscales Portugal y España y sus extensos litorales fue otro fallo. En realidad, los ejércitos imperiales fueron ahogados por los mares circundantes de Iberia. El plan de invadir Inglaterra con lanchas fue una locura sólo explicable en un desconocedor del mar como Napoleón, en un refractario al mar. Y Napoleón había nacido en una isla como Córcega. Todo está dominado en ella por el mar, desde la luz cegadora, como en Mahón, a la nostalgia, y desde las tradiciones familiares a la superstición. Se puede jugar con cualquier territorio conquistado por sorpresa. Esto fue lo que hizo Napoleón casi siempre. Pero no se puede jugar con el mar así como así. Inglaterra no juega con el mar, sino aliada con él. Y ahora quiere aliarse incluso con el dólar, hacerlo servidor del imperialismo laborista, nave gerente universal de las libras de la City.

Si nos remontamos a la guerra de Troya, advertimos ya en ella un principio de lucha marítima. Los confederados griegos llevan nueve años peleando en el sitio de Troya. El motivo que invocan es de honor: el rapto de Helena. Peró, en realidad, los griegos no querían ver contrariado su ímpetu hacia Asia, y la guerra de Troya constituye ya el intento de navegar libremente por los Estrechos. Troya se halla en una planicie pantanosa con poblados pesqueros y comerciantes. No posee puerto ni flota. Los griegos tienen detrás el mar y muchos navíos. No parecen muy apresurados en guerrear. Recurren al bloqueo, y triunfan. La caída de Troya permite a Grecia dominar desde el mar de Azov a la desembocadura del Nilo. Un autor francés, L. Gabriel Bobinet, subraya en su obra *Le Blocus à travers l'Histoire* (Marsella, 1943) las repercusiones del bloqueo en la guerra de Troya: crisis financiera (Troya vende el oro y la plata que posee), desarrollo de unas empresas en detrimento de otras (el comercio griego elimina al troyano) y utilización de inventos (el caballo de Troya).

En el ímpetu de Grecia hacia Asia no es posible ver motivos únicos de preponderancia comercial. El comercio es tangente muchas veces al interés acumulativo y tiene más resultados extraños a él que

coincidentes con él, máxime tratándose de Grecia que, aun conquistada por Roma, conquistó con su civilización a los romanos.

Napoleón decidió que las mercancías obtenidas por su bloqueo continental fueran quemadas públicamente. El resultado consistió en paralizar parcialmente el comercio británico, pero sobre todo aumentar el precio de la vida y hacer que cundiera el descontento, según E. de Raulin Le Blocus, 1928. No consiguió Napoleón tener política marítima en el bloqueo como la tenía Inglaterra, y ello fue la ruina de Napoleón. El mar será la ruina de Inglaterra, y lo hubiera sido ya si los súbditos ingleses forzosos supieran navegar, aunque no supieran lo que es la pólvora ni el cañón.

El mar es disolvente de centralismo. Inglaterra conserva su centralismo imperial, atenuado por cierto, más que por el nacionalismo contricante por el despertar de pueblos distantes, algunos dormidos aún por pequeños centralismos mágicos. Pero Inglaterra no oficial cuenta con una red comunicativa con meridianos no oficiales que no son protectorados ni colonias.

La España cesarista se vio en completo derrumbe por creer que el mar no significaba nada en el separatismo americano. Como Inglaterra, al ser expulsada de América. El mar es agente descentralizador, más aún que las escuadras y los submarinos. Una vez llegamos al litoral de España desde el centro, sentimos, como en ninguna parte, la separación oficial palpable de la periferia. En Cataluña y en el País Vasco no han nacido hogares de autonomía más que en su relativo desgregue político y convencional de la Puerta del Sol. Pero han nacido, sobre todo en Cataluña, movimientos obreros de separación integral de base económica centrífuga y movimientos reivindicadores de cultura propia, autónoma y bien elaborada.

Todas las gamas de autonomía existen en Cataluña. En primer lugar, la autonomía y cultivo de valores permanentes: idioma, literatura, ciencia, costumbres y, en cierto modo, aunque con evidente deformación, los estudios económicos de tipo frontal catalán.

De apelar Cataluña en su autonomía deseada a los restantes territorios peninsulares para que el uso autonomista ahogara el estadizo asimilismo del centro, se hubiera visto éste en completa invalidez de reacción. Para ello hubiera sido preciso que en Cataluña subsistiera el federalismo de Pi; que este federalismo contuviera amplitud y profundidad favorables a la autonomía integral, y que se completara con factores no políticos o sufragistas, sino económicos,

geográficos, costumbristas y en general descongestivos. Cataluña planteaba a Madrid su pleito político y Madrid se valía de territorios no trabajados por la autonomía de ningún signo para invocar la ley de mayorías supuestamente unificadas, cuando la unificación era una falsedad. Madrid hacía las elecciones a su antojo. No sólo votaban los muertos, sino que el censo electoral era el tránsito de millares de muertos. Como muertos se manejaba a los electores con vida.

El caso de autonomías ahogando al centro hubiera sido preferible a todo lo que dio de sí el período de la República del 31. El catalanismo injertó fuerza a Madrid, pidiendo que Madrid diera lo que no era suyo. Había duplicidad parlamentaria por lo que respecta a Cataluña y, sobre todo, los políticos catalanes no aspiraban, ni siquiera como los irlandeses en Irlanda, a gobernar en Cataluña, sino que tenían representación en el gobierno central. Catalanes y vascos tenían, desde Madrid, jurisdicción unitaria sobre andaluces, aragoneses, castellanos, etc., lo que resultaba un contrasentido dentro de las normas del propio autonomismo político. Como también resultaba paradójico que el catalanismo, que estaba a matar con el lerrouxismo en Cataluña, se reconciliara con él en las situaciones gubernamentales de coalición.

Estos hechos tenían fundamento en una autonomía de concesión a Cataluña, no de pacto. El tope de la autonomía para Cataluña era el texto parlamentario, no estando autorizado ningún catalán autonomista a sobrepasar la autonomía concedida por un Estatuto votado difícilmente y con un texto que difería enteramente del primitivo. Estos contrasentidos sólo pueden remediarse con las autonomías locales, federables a partir del ciudadano y del Municipio libre.

En un frente de opinión española marítima contra Madrid, Madrid sucumbe políticamente. Para ese frente, incluso el obrerismo apolítico se hubiera puesto en pie, lo mismo que todos los creyentes en la economía de gestión proletaria, todos los partidarios del Municipio libre del Estado, todos los entendimientos preclaros habituados a no esperar nada del amarre a la España del Escorial, todos los federales de la Economía y de la instrucción, todos los amigos de las libertades locales. Entonces sería posible substituir el voto personalista de los partidos por el voto de obras, servicios y mejoras útiles, dándose voluntariamente a cada territorio derecho a disponer de sus destinos y a federarse para ello las distintas libertades en un período constituyente nuevo y original. Con la abstracción del voto personalista, con el sufragismo irresponsable en

el que lo emite y en el que lo acumula, la política sigue siendo abstracción y no traspasa la rutina de las notas oficiosas plagadas de augurios felices, no confirmados nunca.

Los españoles federados por territorios y aspiraciones económicas, tendrían voz, tendrían voto auténtico y conjugarían el verbo **ser** siendo y haciendo sin ningún patronato paternalista y sin más trabas que las superables que nacen naturalmente en todo conjunto humano, aun en el más evolucionado.

En Galicia la redención de foros ha llenado de improperios un siglo. Pero la cuestión de los foros se resolvería con autonomía local y económica respecto al Estado, como la emigración por miseria, lo mismo que el deportismo de los pazos señoriales coordinando la autonomía con las corrientes de la nueva economía y sus Federaciones funcionales.

El mar puede tener en la regeneración ibérica un papel preponderante. El mar disolvió las fantasías más aparentemente victoriosas, mientras contribuyó a dar estimación a lo que los hombres consiguen por ellos mismos cuando cruzan sus ondas, cuando buscan una satisfacción que no hallan en sus tierras nativas.

El mar atrae de lejanos países usos y máquinas; es una reserva de salud, un yodo disperso y una vitalidad salina. ¡Quién sabe si será el mejor depósito de energía utilizable prácticamente en porvenir no lejano!

Ángulos de mira congruentes y exaltación razonada del mar

Esta serie de trabajos se encamina a propagar la necesidad de ver los problemas de España desde un ángulo de mira realista sin la menor concesión a ningún realismo de balance acumulativo, sin ninguna licencia para la autoridad ni para los programas de futurismo burocrático, Se habrá notado que los motivos esenciales se apoyan en estos razonamientos:

1. Los hechos observados y la congruencia que ofrecen los que responden a iniciativa libre y laboriosa, a pactos con independencia de sus actores, a acuerdo mutuo, a apoyo sin jerarquías, a sentimientos de equidad, a fraternidad popular y a resultados comprobables. Todo fuera del Estado, de su tendencia centralizadora y

regresiva —sea nominalmente proletario o no—, y todo con independencia del monopolio de la riqueza y de sus privilegios de casta. En la tierra como en el mar, aspiración adversa a las fronteras.

2. La evidencia de que cualquier libertad superior deseable sólo puede tener realización si la libertad deseable está latente en otra libertad conseguida, tangible. Todas las mejoras sociales, culturales y económicas, negadas sistemáticamente por la burguesía y el Estado, han sido iniciadas por los pueblos sin Estado en sus instituciones, de acuerdo libre y de apoyo mutuo luchando contra la codicia y la autoridad tomándose los pueblos, los organismos o las individualidades, la libertad de realización, muchas veces por un procedimiento revolucionario. El avance se vio siempre contrariado por la fuerza, pero siempre tuvo origen en la segura convicción que da como resultado práctico la libertad empleada. La asociación obrera es un ejemplo patente. Desde mediados del siglo XIX los trabajadores españoles comprobaban en la realidad los beneficios de la asociación formada por ellos al usar de una libertad que nadie les daba, sino que se tomaban ellos mismos directamente. Los trabajadores asociados ganaron después el respeto en los talleres, como ganaban otras mejoras, porque seguían usando de su libertad ascendente. En los presidios consiguieron la desaparición de los cabos de vara. En el mar se impuso muchas veces la moral equitativa. En la agricultura desvalorizaron los cultivadores la propiedad con la dosificación del trabajo, lo que determinó una especie de expropiación invisible, anulando en realidad la herencia y la renta. Este formidable avance, sin precedente en el mundo occidental; esta mejora efectiva y palpable que arruinó a los señores territoriales, fue la principal base del alzamiento de la caverna falangista en julio del 36. De quedar vencida la caverna en el 1939, el uso de libertades sucesivas de iniciativa realizada hubiera representado nada menos que la capacitación revolucionaria en la gerencia de la economía sin monopolios. Desde mediados del siglo XIX a julio del 36, los trabajadores no cejaron en el empeño de ampliar el repertorio de sus libertades **usadas**, no eternamente teóricas, ganando el derecho intangible que tienen a ser integralmente libres. Estos trabajos no son más que reseñas de un testigo de vista que anda por el mismo camino que los trabajadores evolucionados, no creyente en el Estado, y describe lo que ve y oye sin alterar ni desnaturalizar nada.

3. El Estado ha de ser descongestionado por el municipio federal, y la burguesía disuelta por la federación de trabajadores como tales. Rocker lo afirma. Los hechos lo confirman concluyentemente. El Municipio **común de vecinos**, asiento natural de la personalidad humana y de la actividad de sus imponderables como de sus apremiantes necesidades inmediatas. Se coordina sin coacción con la Economía federable y con la cultura federada. El porvenir de España no puede ser otro en la tierra y en el mar.

Y para terminar, refiriéndonos ahora al mar ibérico, podemos afirmar que ningún camino tan saludable, tan abierto a climas y meridianos, tan civilizador y progresivo como el de la onda marina. Los viajes, tan contrariados ahora, cuando medio mundo se refugia en el área de otro medio mundo y la prestidigitación de fronteras aisla a los hombres del mar y éste se ve reglamentado por los oficinistas, las expediciones de animosa aventura y heroico ardor, todo lo que es grande, activo, desinteresado y aleccionador en los viajes, podrá tener en una España, recobrada y purificada, una significación bien distinta del viaje forzado para cambiar de grillete.

El mar descentralizador, camino reducido ya por la ciencia de navegar, tendrá que ser una de las primeras preocupaciones de la España mejor, de la nueva. El litoral ibérico, todo él, habrá de ser arranque de seres y productos, factoría múltiple sin capataces, escala grata de llegada y tránsito, muestrario de progreso sociable. Habrá de quedar el extenso umbral ibérico sin divorcio con el interior porque las comunicaciones acercan un mar a otro y todas las tierras al mar, y cuando los mares estén federados no habrán nacionalismos. Ser nacionalista es olvidarse del mar, que acerca los continentes. «Viniendo del mar —dice Maragall— jamás serán esclavos los hombres». Profecía humanista que nos recuerda la gracia pura de Oriente, llegada por mar con hálito civilizador; la compenetración de hemisferios, el fragor del Atlántico, invitación de universalidad; la inmensidad del Pacífico con sus islas predilectas y su entera, vital y suave intemperie de paraíso, a salvo aún de los colonistas y de sus rifles.

«¡Hablad al español del mar! ¡Habladle del mar, hermanos!» Tal es la invocación de Maragall, como si el mar hermanara a los seres, como si el mar hiciera olvidar las tétricas fronteras y enseñara a contemplar los astros, eternos testigos de la insensatez humana, eternas luminarias para los corazones audaces y las metas limpias.

CAPÍTULO IX

Cultura metódica de base funcional

PRÓLOGO DE GORELIK

Ofrecemos al lector, como antecedente, una página selecta de Gorelik sobre la educación integral:

«El niño no puede pertenecer a nadie, ni a la familia, ni a la Iglesia, ni a la sociedad, ni al Estado. Se pertenece a sí mismo.

»Tiene derecho al alimento, al desarrollo físico, intelectual y moral, al de sus sentimientos, instintos y capacidad.

»La enseñanza ha de ser, ante todo, de la vida misma sin definiciones o clasificaciones, que son cosas muertas y matan en el menor el deseo de saber, trabajar y crear. El método habrá de ser visual y práctico para implantar en el niño capacidad de expresión en todas las formas que haya de aprovechar luego en la vida real.

»La educación consiste en el valor que tiene para el desarrollo de las capacidades físicas, intelectuales y morales del niño. Como la ciencia es la única posible demostración de los hechos, así la educación no merecerá su nombre hasta que no se libre de todo

dogmatismo, hasta que no deje al niño elegir el camino para su desarrollo.

»El maestro influye por medio de la sugestión, de la violencia y de la coacción. El verdadero educador jamás recurre a tales métodos, jamás impone al niño sus conceptos y su voluntad. Apela exclusiva y únicamente a las propias fuerzas del niño, a sus capacidades y a su voluntad.

»El problema de la educación no abarca únicamente a los niños de edad escolar. En realidad, la educación del niño empieza desde los primeros días de su nacimiento.

»Los gérmenes de la educación se siembran ya en la tierna infancia del niño, en el momento que empieza a conocer la vida. Justamente estos primeros gérmenes son los que se desarrollan luego y toman formas definidas de desarrollo e inclinaciones.

»Pero ese período, que es el más importante por la influencia educativa de los padres, es el más ignorado y del que menos se ocupan ahora mismo.

»La higiene y la medicina han dedicado mucha atención al desarrollo físico y fisiológico del niño. Pero la pedagogía ha dedicado muy poca atención a la influencia educativa de los padres y de la familia en los primeros tiempos de la vida del niño. El educador recibe para su cuidado educativo una flor ya madura... El educador no tiene posibilidades de cuidar el desarrollo del niño desde su nacimiento. Y la mayor parte de su educación debe dedicarse a exterminar y desarraigar normalidades.

»¿Quién cultiva flores, plantas o frutales, sin conocer cómo cuidarlas y sin saber lo que les hace falta?

Pero para criar y educar seres humanos —la obligación más difícil y de más responsabilidad— cada uno se cree capaz únicamente porque es padre de familia.

»Y realmente es extraño. Un hombre y una mujer se han unido; traen al mundo un niño y ya se creen educadores, sin saber lo más elemental del arte de la educación.

»Unos cien años atrás, Víctor Considerant, en su obra *Teoría de la educación natural*, planteó este mismo problema.»

«¿Qué jardinero no nota que una de sus plantas exige más sombra, otras más sol y otras más aire? ¿Quién dedica a todas ellas la misma atención y el mismo tiempo, las poda de la misma manera con el mismo método y en la misma época del año? ¿Quién injerta todas las arboledas de la misma y única manera? ¿Es posible que la

naturaleza humana —dice Considerant— merezca menos atención que la naturaleza vegetal o animal?»

«¿Por qué los hombres están tan acostumbrados a buscar lejos lo que tienen bajo mano si lo quieren ver y estudiar? Las cosas en general son simples; son los hombres los que las complican y las hacen difíciles.

»Cosas y hechos no menos simples y maravillosos sobre la educación fueron dichas y expresados por dos pensadores: Fourier y Robert Owen. Especialmente el último, quien, en su experimento con la colonia fabril de New Lanark, que impresionó tan hondamente a todo el mundo de su tiempo y que demostró prácticamente cómo puede reformarse toda una colectividad si se aplica el método de libertad y de respeto a la personalidad humana, fundada sobre las bases puramente pedagógicas.

»Basándose en la psicología y en la mentalidad de la personalidad humana, que Owen desarrolló maravillosamente en su obra *Formación del Carácter*, consiguió resultados (con hombres ignorantes) que han asombrado al mundo y que han hecho más para la obra de la reconstrucción de la vida social que muchas organizaciones políticas y económicas y hasta algunas revoluciones.

»Con hechos reales Owen demostró a los enemigos más cerrados de la humanidad que una sociedad mejor y más humanitaria es posible, si los hombres vivieran libres y pudieran desarrollarse en condiciones normales.

»Desgraciadamente muchos pensamientos sobre educación, de estos grandes pensadores, igual que sus conceptos sobre la educación en el desarrollo de la vida social son ignorados, desconocidos o bien olvidados.

»Muchos conceptos de estas conciencias humanas son de una claridad desconocida, maravillosa por su simplicidad y su contenido. Pero no han de asombrar, si se comprende que todos ellos sacaban conclusiones de la naturaleza animada y viva, los bebían en las fuentes mismas de la vida universal.

»Lo que han previsto estos genios durante los últimos siglos, todo ha cristalizado en la educación moderna y libre y ha tomado formas concretas convirtiéndose en realidades palpables y bellas. La libertad y el respeto a la personalidad del niño se han convertido en los puntos de partida de la educación humanitaria en marcha.»

«Se debe dar al niño la enseñanza cuando el niño la quiere —dice Domela en su *Freiheit in der Erzihung*—. Cualquier programa escolar igual para todos los niños de un país resulta absurdo.»

«Ha de tener el maestro libertad de disponer la enseñanza de acuerdo con su deseo y el de sus alumnos. La misma porción para todos los estómagos, la misma porción para todas las capacidades, la misma porción para todos los desarrollos, las mismas ocupaciones, los mismos trabajos... Mejor es adaptarnos a la naturaleza, y seguramente cometeremos menos errores. La pedagogía oficial debe dejar su lugar a la pedagogía individualizada.

»Elena Key deseaba que un diluvio ahogara a todos los pedagogos. Y si el arco iris salvara solamente a Montaigne, Rousseau y Spencer, entonces sería posible que pudiéramos progresar un poco. Los hombres no construirían más escuelas, sino que plantarían viñas. Y el problema del maestro sería sostener las uvas a una altura tal que los alumnos las podrían alcanzar con sus labios, en lugar de lo que sucede ahora, cuando el alumno, después de ingerir el vino de nuestra cultura, ya no quiere probar las uvas.

»Los educadores que quieran conseguir resultados verdaderos han de obrar de acuerdo con la naturaleza. Jamás se equivocarán de camino y siempre llegarán a los fines aspirados de educar hombres sanos.

»El uso y la aplicación del exceso de energía vital, es una necesidad moral inherente a cada ser vivo, y cuando se da a los niños la libertad de expresarse libremente, éstos, inmediatamente, se dirigen a alguna actividad, algún trabajo, algún juego.

»El juego y el trabajo son las bases de expresión de la vida en el hombre. El grito es la primera señal de la superabundancia de vida en el recién nacido. El movimiento es su primera expresión. El organismo del niño crece y se desarrolla. El exceso de actividad de su cerebro crea fantasías. La fantasía busca expresiones practicadas. El juego y el trabajo son sus resultados y consecuencias prácticas. Jugando el niño crea y trabaja.

»La misma naturaleza del niño indica, a los educadores y a los maestros, que el juego y el trabajo son necesidades vitales para todo ser humano. Y muchos pedagogos, en todos los países del mundo, han empezado a poner el juego y el trabajo en la base de la educación.

»El aula dejó de ser un templo y se convirtió en un laboratorio donde el maestro y los alumnos hacen los más grandes descubrimientos y los inventos más geniales.

»El juego y el trabajo, como base de la educación y de la instrucción, se convirtieron en un campo en el cual se han realizado los experimentos más notables del último medio siglo.

»La idea de la unificación de niños en colectividades y comunas de trabajo se predice y se practica en los últimos decenios por los mejores pedagogos, entre los cuales se destaca Tagore y otros.

»Es indudable que toda la educación moderna ha puesto en su base el principio de libertad, y reconoció, como mejor método, el desarrollo natural e instintivo, libre, individual y de trabajo del niño mismo.

»Pero no basta educar al niño, convirtiéndolo en un hombre libre, sino también en una personalidad armónicamente desarrollada, y lo que es más importante, en un futuro creador.

»Es necesario libertar al niño no solamente de las percepciones coercitivas impuestas al hombre, sino también de la influencia de un ambiente artificial, de antemano creado y preparado.

»La ausencia de este ambiente artificial empuja e induce a los niños a crear, a construir y a formar un ambiente propio, personal —individual y colectivo—, y los acostumbra a la independencia de los hombres y de las cosas que les rodean.

»Les acostumbra a trabajar y formar su propio ambiente, lo que lleva al desarrollo de la fantasía, de la iniciativa y de la creación constructiva.

»La educación del pasado fue didáctica, impositiva y coercitiva. La educación moderna debe ser natural, individual, integral, voluntaria y creativa.»

Hasta aquí los razonamientos de Anatole Gorelik, que pueden recomendarse como principios experimentados de pedagogía.

La educación es un servicio mutual

Las universidades y demás centros de cultura habrán de ser autónomos y federables entre sí, consultivos para sus disciplinas científicas e independientes de toda traba oficial, contando con medios propios respecto a su vida económica, procedente de los usuarios de la enseñanza, así como de donaciones y subvenciones voluntarias. Conferirán títulos profesionales, pero su principal misión será experimentar e investigar originalmente y relacionarse con otros focos de cultura de cualquier latitud.

En América del Norte las universidades tienen, aun con sus inconvenientes, algunos graves, ganada solvencia como productoras de ciencia experimentada. En el aspecto generalizador de cultura van a la cabeza de todos los países. No nos referimos, naturalmente, a la inhumana repulsión que se tiene allí en los clubs estudiantiles a los estudiantes de color, ni al deporte universitario, cuyo impulsivismo antideportivo es patente. Nos referimos al hecho de que en las universidades norteamericanas no interviene el Estado como tutor, patrono, tesorero ni administrador.

En tiempo de vacaciones libres, por ejemplo, van los estudiantes a California y a otros Estados fruteros, dedicándose a la recolección y obteniendo los dólares sobreros necesarios para costear el invierno universitario, manutención, viajes, matrículas, libros, etc. Este hecho es el primer determinante de la generalización cultural americana. Los municipios podrán ayudar a sus administrados en el mismo sentido hasta tanto que la cultura fuera una necesidad directa, subvencionando centros regionales o comarcales de ciencia aplicada al cultivo. Toda la agricultura moderna depende de la física más que de la química comercial. El aumento de profundidad en las labores hallaría, a veces, a distancia del suelo inaccesible hoy el arado romano, elementos fertilizantes.

El otro capítulo importante de la agricultura es la emisión de ondas que en ciertas condiciones destruyen los gérmenes de infección de las plantas. Todo ésto se practica en extensas zonas americanas y es por consiguiente hacedero.

Si la sociedad se empeña en seguir haciendo víctimas inocentes en vez de corregir las propias imperfecciones, la enseñanza será una manera de no conseguir nada. Pero si a la enseñanza se da la primera importancia, que es la que merece, ha de empezar por ser ésta un deber primordial de los padres más que de las autoridades, a las que no interesa la educación integral de los pequeños ciudadanos. El sectarismo de las escuelas confesionales y el de las escuelas llamadas libres, que no son a veces libres ni siquiera escuelas, aunque puedan presentarse honorablemente en ocasiones, es un veneno para los niños.

La escuela no ha de ser muy poblada ni concurrida. Necesita tener poco censo escolar y grados bien establecidos. Ha de ser clara, limpia y funcional, adecuada al fin y motivo que tiene. No hace falta contar con grandes edificios escolares de aspecto monumental. La escuela mejor es la que no se esquiva. Cuando el menor huye de la

escuela, generalmente tiene razón, porque el pedagogo no sabe ni quiere serlo. Es, pues, inútil apelar a castigos para hacerse estimar lo que en justicia no estima. Obligarle a seguir unas directivas determinadas es querer imposibles. La mejor pedagogía es la de intercambio. Los niños enseñan a la vez que aprenden. Si no enseñan nada es que no aprenden nada.

El poder educador de los niños es extraordinario. Había un maestro que lo era por vocación. Pero empezó a serlo a los cuarenta años. Decepcionado en su vida, pareció ver abierta la perspectiva más agradable del mundo al contemplar una escuela.

Las decepciones de aquel hombre, muy bien preparado por cierto para la enseñanza, quedaron tras la puerta de la clase. Pero por más que trataba de superar al pasado, el pasado le tenía como preso. No podía evitar que las viejas decepciones pasaran por su nueva vida, y no como transeúntes. Los niños, con su espontaneidad —a la que el maestro daba libre curso—, empezaron por hacer caso omiso de la tragedia interior del maestro. No la comprendían, y si la comprendían carecía para ellos de importancia.

Como los niños tenían libertad, la empleaban forjando un pequeño mundo lleno de descubrimientos que hacían solos o en colaboración con el maestro. Esta colaboración les obligaba a estrechar a preguntas al mentor.

—¿Por qué no se cae el Sol?

—¿Por qué vuelan los gorriones de manera distinta a las golondrinas?

—¿Por qué llueve o no llueve?

El mundo iba siendo descubierto a trozos en la escuela todos los días. El maestro empezó a olvidar sus desventuras. Por cada día las desdeñaba más. Desdeñarlas equivalía a no desdeñarse él. Y cuando más interés tenía en colaborar con los chavales en el descubrimiento del mundo, más grande era el mundo. Más grande y más bello. Total: que el intercambio de preocupaciones domó al maestro haciéndole perder su aire corrosivo y destemplado de los primeros tiempos. El contacto con la niñez hizo comprender al maestro que hasta entonces había sido un perfecto inútil. Los niños fueron sus educadores.

Quien conozca el ambiente de las escuelas rurales habrá podido observar casos de vocación pedagógica. Aun existiendo, ésta ha tenido que diluirse muchas veces entre la rutina de los padres y la de las autoridades.

Pero no conviene aceptar de plano las exageraciones propagadas acerca del martirologio de los maestros en los pueblos. Si no han ingresado en algún gremio partidista, se les ha mirado con respeto, se les ha considerado dignos. Maestros buenos son maestros a prueba. El mejor tribunal para juzgar a un maestro son los propios escolares. Nadie como ellos sentencia inapelablemente al que les enseña. Los tribunales de oposición no son nada si se comparan con el tribunal de la chiquillería, que no tiene necesidad de sentenciar para ser implacable. Por ello el buen maestro sabe que su mejor crítico —benévolo y rígido en maravillosa síntesis— es el discípulo.

En las escuelas llamadas libres toleradas por el Estado, al revés de lo que decían los mendaces, y en libertad para usar de esta libertad bien o mal, no siempre brilló la aptitud de los pedagogos. Con la excusa de la libertad había escuelas que no hacían ninguna labor práctica, y se entregaban a la demagogia delirante con los mismos aspavientos que se propagaban en la escuelas parroquiales.

El fenómeno de constitución de una escuela de las llamadas libres era, poco más o menos, el siguiente: Los padres veían que, en general, las escuelas públicas no tenían mucha eficacia, que no enseñaban apenas nada. Aun contando con la mejor voluntad del mundo, resultaba imposible que un maestro pudiera atender a sesenta y más escolares sin material apropiado.

Reunidos los padres en su centro, que era generalmente una Sociedad Obrera o pequeña Cooperativa, trataban de llamar un maestro para sus hijos. No tardaban en encontrarlo en la ciudad. Llegado el maestro al pueblo, se contrataban sus servicios a base de marchas forzadas. Seis horas diarias y un par nocturnas. Ocho horas diarias enseñando son tantas horas que el maestro había de resentirse. Su salud sufría casi siempre. Los campesinos —los que entre ellos eran más inteligentes y bien intencionados— se daban cuenta de que la vida del maestro era un constante sacrificio.

La enseñanza no puede separarse de los padres. Es un servicio útil y no ha de estar supeditada a ningún partido, a ninguna religión, a ninguna secta. Es no solamente un servicio público, sino el primero, el más necesario y delicado de los servicios públicos. Una escuela es una escuela. No es una iglesia ni tampoco un sindicato, ni un baluarte de tragacuras. El niño merece respeto y el primer respeto es mantenerle aparte de los delirios de los mayores. Para ello, sería necesario que los mayores adquirieran el conocimiento que perdieron

o que una generación joven no contaminada con estas trabas, diera con su ejemplo una lección a todos.

Las diez condiciones de la escuela

Cuando se habla de organizar la enseñanza, surgen distintos criterios. No sabemos qué criterio es el mejor si no lo referimos a hechos concretos. En el terreno de la teoría, un tribuno disertaría incansablemente sobre el sistema cíclico y sobre Pestalozzi; sobre los procedimientos germánicos para medir la atención; sobre la enseñanza especializada y sobre los casos de retraso mental. Todo ésto resulta completamente hipotético y cabe aceptarlo únicamente a beneficio de inventario, nunca con los ojos cerrados. Cabe aceptarlo cuando hay un programa realizado, cuando las teorías han sido contrastadas rigurosamente por el experimento inatacable de resultados patentes para la evidencia. En otro caso se trata de teorías y sólo de teorías.

No hay lo que podríamos llamar Estatuto fijo de enseñanza en la niñez. Hay ejemplos que pueden darnos su apoyo fijo, y luego se apartan de todas las normas porque en su valoración probada son normas por sí. Estos son los ejemplos que nos interesan: los ejemplos traducidos en pruebas.

Hay métodos bien conocidos y experimentados que, sin embargo, conviene revisar razonablemente. El que se conoce con el nombre de Montessori tiene indudables ventajas. Pero nos recuerda un poco las carreras de bicicletas. Al empezar éstas acuden corredores perfectamente equipados y bien entrenados con la requerida lentitud. Son los profesionales que tratan de acreditar una marca para el comercio. Junto a estos privilegiados de la industria del pedal, acuden los no profesionales sin haber tenido tiempo de acompasar un entrenamiento gradual porque generalmente trabajan. Además cuentan generalmente con máquinas deficientes. La carrera ha de ser ganada necesariamente por los profesionales, y entre éstos por el que se halle en mejores condiciones de correr. Montessori hacía sus pruebas con escaso número de escolares.

Montessori formula para los escolares el paulatino desarrollo de la actividad sensorial, eliminando los gritos. ¿No habeis visto cómo en un hogar alguna pareja —madre y padre— gritan sin cesar? ¿Y no habéis advertido cómo el hijo de tres o cuatro años ha de gritar más

que sus progenitores para ser oído? De ello resulta que el menor es un gritón, y los padres atribuyen al hijo una mala cualidad, de la que le dan permanente ejemplo. No comprenden que son ellos los que acostumbran al chiquillo a dar voces, que no son las voces expansivas requeridas por el temperamento que requiere derivativos.

Pestalozzi actuaba sólo con escasos escolares. Y, en general, las experiencias de renombre se hicieron de manera parecida. Cierto marqués francés despertaba a su único alumno —para no inspirarle sobresaltos— a los acordes de una delicada melodía.

Entre los procedimientos difundidos por los partidarios del método Pestalozzi figura el de colocar a los alumnos ante una suculenta taza de chocolate y una canastilla de bizcochos, dejándoles libremente que coman. Pero además del chocolate y de los bizcochos, tienen los escolares ante ellos un espejo. Si no comen con cierta corrección —cosa imposible— se manchan la cara y aun los carrillos y las manos. El espejo delata todas las extralimitaciones, y si los golosos se contemplan en el espejo ellos mismos corren a lavarse sin que se les diga.

Todo ésto más parece entretenimiento pueril que nada. De un escritor alemán, Schmidt, se publicó hace años cierta pequeña obra maestra, traducida, por cierto magistralmente al castellano, con este título: *Memorias de un niño de pecho.* Es una diatriba profundamente humorística de la educación tradicional. Todos los padres habrían de leerla.

El Estado debe ser recusado como pedagogo. Si hubo profesores eficientes en todos los apartados de la cultura, no fue porque estos profesores recibieran investidura pedagógica del Estado. Fue porque ellos se evadieron de la férula del Estado, investigando por cuenta propia, creando viveros de saber y viveros de querer al margen de la cátedra, entendiéndose para el experimento libre con centros acreditados por la propia actividad, acudiendo a congresos internacionales a los que el Estado sólo aporta la solemnidad de algún ministro indocto o el discurso de algún político indocumentado.

No es doctores lo que interesa tener, sino extensión y ampliación del estudio y de las vocaciones. La autonomía se nutre de aportaciones privadas en España. En Norteamérica las universidades se desenvuelven por uso de la respectiva autonomía, sin el Estado. En los pueblos de España, fuera de la enseñanza oficial, hay siempre casos estimables de aplicación. Los pequeños inventores y los artesanos que aprenden la maestría de los oficios en el taller; los técnicos que lo son por vocación y disposición personal; el analfabetismo que deja de serlo

por impulso directo; los avances en el cultivo y en el uso de la maquinaria; los viajes instructivos; la experiencia diluida en hechos; los grupos de afinidad, que han llevado a buen término la organización de escuelas y publicaciones que sostiene sin ayuda ajena, y las mejores disposiciones para la propaganda ideal, que es la propaganda por la conducta. Todo ésto es mucho más importante de lo que parece a primera vista. En el fondo, estas actividades son las que sostienen, en la variedad que trabaja, la relación que hace posible todas las mejoras.

Quien construye y conduce un motor; quien navega con sus propios recursos de inteligencia; quien produce la variedad de frutos que da la tierra, quien teje y funde, ¿cómo ha de ser incapaz de resolver sus problemas de acuerdo con el vecino o el amigo? Problemas son éstos que por lo que se refiere a la vida de relación, resultan mucho más fáciles de resolver que el problema de construir un motor, conducir una nave, cultivar un huerto, tejer y fundir. Y estos ciudadanos que transforman lo inerte en inútil, ¿no han de resolver el problema de la enseñanza de sus hijos y el propio?

Diez condiciones pueden establecerse ordenadamente como base y síntesis de una cultura primaria funcional:

1. Sentirla por vocación probada.

2. Apartarla de toda secta, de todo nacionalismo, de todo anticipo desorientador, de toda tutela autoritaria.

3. Atender primordialmente a la opinión de los escolares respecto al maestro, y tolerar tan sólo a éste cuando sea elegido tácitamente por la única clientela y tribunal posible: los niños. Si hay oposición entre maestros, que sea oposición en la escuela ante los escolares. Que vayan turnando los pedagogos y el que enseñe más será el que se adapte al mundo infantil. Nadie como los discípulos puede ser capaz de poner las peras a cuarto al maestro, obligándole a estudiar lo que no sabe para satisfacer la curiosidad de los colegiales. Que el maestro dé libertad a los pequeños para preguntar.

4. Claridad característica de taller. Una imprenta elemental es más provechosa que todos los discursos. Que los chiquillos puedan componer pequeños textos, que aprendan a hacer grabados sobre

linoleum, y que saquen una hoja de vez en cuando redactada sencillamente con gráficos.

5. Emplear la magia del cine. Todo lo que se diga en elogio de este invento resulta pálido comparado con la realidad. Los grandes viajes —en edad conveniente—, los descubrimientos geográficos, las manufacturas, las costumbres, los procedimientos industriales quedarían maravillosamente explicados por la pantalla.

6. Gráficos de casa al natural. El dibujo, el mapa animado, el cartel, son elementos de primera fuerza.

7. Escuela-campo y escuela-deporte, cuidando que éste no se convierta en pugilato demoledor de la salud y de la moral. Que el campo deportivo no se convierta en reñidero.

8. Supresión de textos *a priori*. En vez de éstos, cuadernos de trabajo y material escolar apropiado para las lecciones de cosas.

9. Supresión de castigos. La emulación produce mejores efectos que el castigo. La creencia del padre o del maestro en la mentira de una acusación —aunque sea verdad— evita la reincidencia.

10. Fomentar la camaradería en la escuela.

Con treinta millares de educadores formados por este sistema, la enseñanza quedaría regenerada, y no volveríamos a oir exclamación tras exclamación contra el analfabetismo que, en realidad, subsiste porque los analfabetos quieren. En tres meses un analfabeto puede por él mismo dejar de serlo. Si se obstina en continuar por el camino de siempre, es él el primer culpable.

La plaga del semianalfabeto es tan perjudicial como la negación pura y simple de instrucción.

Leer y entender

Nuestra larga y penosa experiencia de un cuarto de siglo en publicaciones populares, nos da el derecho de decir que los que no leen se hacen daño a sí mismos. Pero los que leen con mentalidad distraída y juzgan lo no leído por el criterio de los que no leen tampoco o leen sin enterarse de lo que leen, ha convertido las publicaciones refractarias al poder y al interés en gritos en medio de un desierto, sin apenas más estímulo que el de la contrapartida anónima de los que, no aprobando ni criticando a ciegas, leen sencillamente.

Y respecto a los que escriben, creemos llegada la hora de decir que no caben ya más exposiciones de doctrina. El verdadero hombre de ideas, la verdadera pluma, la digna de tenerse en cuenta no es la que repite tales o cuales ideas ya expuestas brillantemente por otros, sino la que interpreta un hecho real y un acontecimiento público o no público como una afirmación más, como un justificante más de aquellas ideas; o la que ofrece pruebas patentes y realizadas sobre la verdad de aquellas ideas; o la que sabe ligar, trabar, cohesionar y matizar tantos millones de hechos que a primera vista no tienen enlace y, sin embargo, están en una relación que puede ser y es muchas veces transcendente.

Tenemos, por ejemplo, la crítica del Estado. Ésta fue hecha por Bakunin de manera perfecta. Pero el crítico del Estado no será propiamente si repite lo que dijo Bakunin. Y la prueba la tenemos en que muchos plagiarios de Bakunin, que han repetido y copiado las consideraciones de aquel maestro como la copiaría una placa de gramófono, han ido a parar por el circunstancialismo que juzgan ellos —y por el que adversamente juzgó Bakunin juzgando a ellos— a una posición absolutamente antípoda de la de Bakunin. Esto ocurre frecuentemente con los plagiarios, pero no ocurre nunca con los que vieron en aquel profesor de energía un ímpetu creador, pero no sagrado. Desde Bakunin a hoy el Estado ha seguido facilitando nuevas pruebas de su descrédito. Y los antiguos plagiarios se hallan enteramente incapacitados para ver semejante descrédito. En el fondo los plagiarios creen que hoy Bakunin tendría un deseo frenético de ser ministro de Puertas y Ventanas. El plagiario plagia a Bakunin para demostrarnos que no lo conoce ni jamás se interesó por él.

Inconveniente de leer a Bakunin sin tener personalidad. Inconvenientes de leer las páginas de Bakunin como se lee un novelón policíaco.

Tenemos un caso distinto en el de Nietzsche. Todos los deficientes de voluntad adoran a Nietzsche precisamente porque Nietzsche alardeaba de potencia, y ellos son débiles. Ningún hombre, física y moralmente fuerte, adora a Nietzsche. El hombre normalmente moral y físico se interesa por el débil para que deje de serlo. El débil adora al fuerte porque la adoración es un signo de decrepitud, de debilidad, de impotencia. Toda predisposición reverencial es un síntoma inequívoco de nulidad. Y toda sensiblería demuestra inhibición cerebral, voluntaria o forzosa, pero siempre caminante hacia el espasmo de cualquier magia.

Nos extendemos sobre esta materia porque al lector no puede servirle de nada la escuela que le enseñó a leer, sea la escuela que sea, sin estimular ésta las cualidades más nobles y sin favorecerlas. Arrancar de sí la úlcera sensiblera, el gemido cargado de toxinas es dar a la mente una vida ácida a veces, pero digna. Lo contrario es, aunque no se tenga ninguna fe, convertir el mundo en valle de lágrimas.

Lo primero que necesita la escuela es no tener tantos exaltadores. Todos los analfabetos han cantado himnos a la escuela, pero jamás aprendieron nada por sí mismos, lo que viene a ser la verdadera escuela. Si fueron a ella, asciende a mucho más lo que no tienen que olvidar, porque nunca lo supieron, que lo que verdaderamente desearon aprender. Y si hablan sentenciosa y pedantescamente, peor. Los hombres —decía un filósofo— no han de hablar como libros abiertos, sino que los libros abiertos han de hablar como los hombres.

Cuando contemplamos esos niños de ocho, de nueve años que van a la escuela levantándose para ello a las siete de la mañana en invierno; cuando vemos que llevan una cartera colgando de la mano con una carga de libros que pesa tanto como ellos; cuando advertimos que hablan de las guerras y del Cid o Napoleón, repitiendo temas históricos que no han dilucidado los más cachazudos y estudiosos académicos de ochenta años; cuando vemos sus piernas de esqueleto que parecen próximas a quebrarse, sus ojeras, su risa triste, pensamos que carecen de padres, que sus padres son émulos de Herodes, o que a veces es tan criminal dar una vida como quitarla. Pensamos muchas cosas más. Pero lo que pensamos, sobre todo, es que los padres de tantas inocentes víctimas son analfabetos integrales.

La escuela es muchas veces hija del analfabetismo paternal al facilitar éste a los hijos un tormento diario creyendo que la ignorancia de los padres será remediada por el maestro. No. La verdad es que con padres enterados de los rudimentos más elementales del saber, no habría escuelas así. No es que éstas sean siempre incubadoras fatales de instrucción pegajosa porque el temperamento despierto las rechaza. Pero, ¿y la penuria filosófica? El niño más despierto de inteligencia se ve derrotado por la economía deficitaria, patente en todos los detalles de su vida, de sus pasos, de su conversación, de su mirada y de su palidez.

Sólo leyendo se aprende a escribir, pero a condición de no imitar, llegando a lo que creemos suprema aspiración: el arte de escribir sin arte. Contra esta gustosa aventura de conseguir el arte de escribir sin arte conspiran las escuelas generalmente, los padres y maestros tanto como los propagandistas con sus pirámides de frases hechas. Y también conspiran todos contra la afición a leer, ya que la sensibilidad se embota con tantas batallas y tantas dinastías, acabando por odiar toda lectura, buena o mala.

La geografía se encierra en la nación legal sin empezar por el río del pueblo y la montaña cercana. Se prefiere el alarde histórico: muertos, más muertos, reyes, tratados, desastres. Cualquier niño aprende más geografía útil viajando tres o cuatro días en compañía de un familiar inteligente que recitando los textos de la escuela. Y en la propia casa, un par de horas de juego bien dosificado, sería el estudio mejor. Pero entonces los padres se verían descubiertos en su vergonzosa desnudez y en su analfabetismo risueño para tener mayor grado de cómica acidez.

Casos observados

Un pequeño huerto regado con agua del río. Cruza los bancales un brazal. El huerto está cerrado con tapias de tierra.

El pequeño X va al huerto y se sitúa cómodamente cerca de unos arbustos para leer una revista infantil, pasto de sus diez años escasos. Es hijo del dueño del huerto.

Al poco rato de empezar la lectura, ve que alguien penetra en el huerto saltando por la tapia.

Ya se figura quien puede ser: un vecino que tiene aproximadamente la misma edad. Y como es época veraniega temprana —fines de

junio— y hay manzanas tempranas en el huerto, el vecino quiere comerlas.

El visitante del huerto que penetra por la tapia y no por la puerta, se dirige al borde de un camino interior, se planta delante de un manzano enano y empieza a hacerse con manzanas. Las va metiendo en el bolsillo y también entre pecho y cinturón.

Lo observa todo sin moverse y cuando el visitante, que entró por la tapia y no por la puerta, se dispone a marchar, X se hace rápidamente el encontradizo con él.

No puede correr el visitante furtivo del huerto porque X es más fuerte y le pone la mano encima.

El terrible conflicto se resuelve de manera inesperada para el furtivo, porque X le dice sencillamente:

—Eres un tonto. Las mejores manzanas te las dejas en aquella senda de allá.

Y quedan más amigos que nunca. El padre había desenvuelto en X el instinto fraternal entre la chiquillería.

En una gran ciudad industrial un pequeño héroe dio prueba de serenidad entre el desconcierto de los mayores.

Era época de represión social. Una familia bien avenida celebraba con dominguera comida la reunión de los hijos dispersos por la represión. Uno de los hijos, combatiente muy buscado por la policía, acudía excepcionalmente a casa de la madre, pobre vieja que había sufrido muchos sobresaltos.

Sentáronse a la mesa los abuelos. Con ellos estaban dos matrimonios. El primero —hijo de los viejos, el padre— con sus cuatro chiquillos; el segundo —hijo igualmente de los viejos, el cabeza de familia— con un pequeño de ocho años. El padre de éste era precisamente el que andaba a salto de mata ocultándose para no ser detenido.

Servido el plato primero, se produjeron unos golpes violentos en el exterior de la vivienda. La policía se presentaba de improviso.

El chiquillo de ocho años se dio cuenta rápidamente de lo que iba a ocurrir allí. Con una decisión maravillosa se hizo con el próximo plato lleno de arroz y lo ocultó en un armario inmediato. El padre escapó por una ventana interior de la habitación. Entraron los agentes por la puerta abierta, y mientras éstos andaban por el pasillo, el chiquillo de ocho años se sentó tranquilamente en la silla

de su padre, después de apartar la suya y de cerrar la ventana. Los restantes familiares estaban aterrorizados por el dramatismo del momento. El menor hizo frente a la situación con ingenio y prontitud que hubieran admirado a un director de escena.

Los agentes vieron que la familia estaba allí, que los platos correspondían a los comensales exactamente, y que estando la ventana cerrada, nadie había podido saltar por ella. No se preocuparon, pues, de la ausencia del que buscaban, aunque hicieron un registro muy detenido y sometieron a todos a minucioso interrogatorio. Si el hijo no cierra la ventana después de apartar la silla del padre, y si no se pone a comer en el plato de éste, la policía se da cuenta de la escapatoria y detiene al que huía.

El niño estaba acostumbrado a oir hablar siempre de la policía que se presenta inesperadamente, y salvó la situación con un golpe de audacia.

He aquí el caso del hijo que salva al padre. Y en efecto, lo salvó porque el mismo padre había educado al hijo en una vida azarosa, sacando partido y recurso de todo, al estimular la lucidez del menor y no la inhibición sentimentalista ni la reacción del pánico.

En muchos pueblos las costumbres no habían alcanzado aún recientemente ese grado de humanidad que templa los instintos feroces. Se martirizaba a los pájaros, se les arrancaba la cola, se les vaciaba los ojos, se les recluía en jaulas, etc... Y he aquí que hallé una especie de tutor de gorriones y engaña pastores, que compraba a real y medio los pájaros sacados de los nidos. Los curaba pacientemente y los conservaba en convalecencia confortable en una jaula junto con los comprados sin estropicio, y en un día fijo los soltaba a todos, que salían en alegre bandada a gozar de libertad. Al año siguiente ya no tenía que comprar pájaros el tutor porque se los regalaban sanos y buenos. Transcurrió otro año y los pájaros quedaron en sus nidos. Entonces se quemó la jaula.

En una aldea rural el maestro enseña a los escolares a razonar la división, y pasa al ejemplo en el encerado:

—Tenemos cuarenta naranjas —dice— y hemos de distribuirlas entre veinte chicos. Hemos de dividirlas entre ellos de manera que a todos corresponda el mismo número de naranjas.

Toca el turno del encerado a uno de los discípulos más distraídos. Escribe con mano segura el dividendo y a continuación, separado por el consabido ángulo, pone el divisor. Pero el cociente permanece en la tiza.

El muchacho mira al maestro como planteándole una pregunta muda.

El maestro gusta de hacerse estimar más que de hacerse temer.

No comprende la pregunta muda.

Y entonces el colegial se atreve a soltar la pregunta apicarada.

—¿Dónde están las naranjas?

El maestro no puede reprimir la risa y dice.

—Arriba.

Va por las naranjas y las distribuye.

—¿Cuántas doy a cada uno?

—¡Dos!— gritan todos.

—Esperad —objeta el maestro—. ¿Preferís que os dé hoy dos naranjas o mañana cuatro?

—¡Dos ahora!

—¡Dos!

—¡Dos!

—¡Dos!

Todos gritan. Como todos, los niños prefieren hoy un pequeño reparto seguro que no reparto mayor mañana, sea o no sea hipotético.

Convendría que hubiera naranjas abundantes para todos los niños, pero éstos prefieren hoy las naranjas que haya a las que les dicen que pueden repartirse mañana. A su manera, los chicos educan a los adultos.

El pequeño apenas ha salido de esa dignidad tragona que demuestran los bebés. Tiene tres años. Rompe todos los platos que puede, vierte vasos llenos de agua y hasta tinteros. No le importa que el mantel esté limpio. Tira de él y, si le es posible, lo arrastra por el suelo. Es una pequeña furia. Cuando estaba en la época comprometida de la dentición buscaba palabras que tuvieran muchas tes, porque el choque de la lengua con la hilera interior de los dientes era un alivio para el dolor más que nada. O pedía que le llevaran a la cocina, en cuya espetera estaban colgados unos cacharros reluciendo-

tes. Los miraba con una delectación y una vivacidad que le hacían olvidar las encías irritadas.

El invitado a una cena comenta las travesuras del chico que arremete contra botellas de vino, copas y platos. No hay manera de que esté quieto. Es un torbellino desencadenado. Se desprende de los molestos zapatos, golpea a una hermana mayor.

—¿Cómo se llama ese pequeño diablillo?

—Idilio— contesta su madre con orgullo.

El niño contempla un cuadro: Adán y Eva.

—¿Quién es Adán?— pregunta otro niño dándoselas de enterado.

—Pues no sé— contesta el primero.

—¿Cómo?

—¿No ves que no van vestidos?

Perico es muy malo —dice la madre—. Hoy ha hecho ésto, aquéllo, lo de más allá.

Todo cosas graves al decir de la madre y en ausencia del padre. El chico tiene doce años y mucho amor propio.

—Vamos a ver, vamos a ver— inquiere el padre.

El chico calla obstinadamente.

—No creo que haya hecho lo que dices— afirma el padre muy convencido.

El chiquillo sigue callando obstinadamente. La madre entra en fuego:

—Ha provocado al vecino para reñir y le ha dado unos cuantos golpes aprovechándose de que el otro es menor.

—¡Imposible!— asegura el padre muy serio.

—Se ha comido el pastel que guardaba para su hermana.

—¡Imposible! No te creo. Perico es incapaz de todo eso. Incapaz. Me dices lo que me dices porque quieres hacer una broma pesada. Perico es incapaz de comerse el pastel de su hermana, y también incapaz de pegar al vecino que tiene dos años menos. Sería una vergüenza que eso pudiera ocurrir, y como sería una vergüenza, no ha ocurrido.

—Eres un padrazo y todo se lo dejas pasar.

—No. Perico no se atreverá nunca a hacer eso que me cuentas de él.

Pero la madre decía la verdad. Perico había golpeado al vecino y se había comido el pastel de la hermana. Sin embargo, nada conseguía ni consigue ninguna madre con castigos y reprimendas. Todo lo conseguía aquel padre, estimulando el amor propio de Perico, que no vuelve a pegar al vecino ni a apoderarse de una golosina destinada a la hermana. El amor propio bien conducido puede tener seguros efectos pedagógicos. No los tienen ni el ceño ni el discurso moralista, pero poco inteligente de la madre.

No importa que Perico vea que el padre disimula la verdad. Lo que importa es el resultado de la experiencia consistente en servirse del amor propio de un menor como palanca para educar.

Las experiencias acaban por convencer a la madre. Poco a poco la guerra casera se aplaca y sobreviene la paz. Muchas veces la paz doméstica depende de esa pequeñez que los seres poco avisados llaman inteligencia.

Aquel joven, huérfano de padre, hijo único de un matrimonio inteligente, visitaba a su madre todas las tardes en la escuela.

Su madre era maestra rural. El hijo tenía catorce años y la madre cuarenta. Era una viuda bien parecida.

Cada visita del hijo a la madre empezaba invariablemente por un beso. Las niñas lo veían con un poco de estupor porque en el campo no hay besuqueo. Y todas las pequeñas colegialas explicaban en sus casas que el hijo besaba a la madre.

—Eso no está miaja bien— observaban las madres de las pequeñas colegialas.

Iba cundiendo por el pueblo la nueva, y llegó a tomar cierto aire de escándalo. Era ya el corro el que decía unánime:

—Eso no está miaja bien.

Cosa curiosa. La psicología de laboratorio nos ha dado abundantes explicaciones acerca del llamado **complejo de Edipo**. En aquel pueblo el sentir general parecía adivinarlo en un beso filial y maternal. Sea lo que fuere, la madre tuvo noticia de lo que se decía y dejó de besar al hijo en la escuela por no suscitar y no irritar el pudor espartano de las educandas.

Había un pedagogo, que no vacilamos en calificar de genial, porque definía así la pedagogía: «Pedagogía es un libro que me hicieron comprar cuando estudiaba en la Normal y que me costó cuatro pesetas.»

Pero la genialidad mayor del pedagogo está en la frase que dedicó a dos de sus alumnos, uno de familia rica y otro de familia pobre.

Disputaban ambos acaloradamente y con frecuencia por cualquier motivo. En realidad, el instinto de clase hacía de su relación en la escuela un antagonismo permanente, erizado de insultos. El rico era altanero, insolente y provocador. El pobre dedicaba a su rival epítetos violentos. Y un día los llamó el maestro:

—Veo que reñís con frecuencia.

—Me llama **harto de ajos**— alegó el pobre.

—Me llama **cara de chica**— saltó el rico

El pedagogo pronunció entonces estas palabras:

—Voy a deciros la diferencia que hay entre los dos, la que os separa. Tú y los tuyos (al rico) producís y no tocais montones de basura. Tú y los tuyos (al pobre) los sacais. Tú y los tuyos (al rico) manchais la ropa. Tú y los tuyos (al pobre) la limpiais.

Se acabaron las riñas. Cada cual sabía ya a que atenerse. El pedagogo no había aprendido en ningún libro a ser genial.

Se han divulgado los métodos modernos —relativamente— que guían al maestro para medir en lo posible la inteligencia escolar. Lo cierto es que el buen pedagogo ha de aceptarlos como una experiencia estimable a veces, no definitiva.

Lo que se mide no es la inteligencia, sino el grado de atención del discípulo en un momento determinado de su asombrosa vida.

Asombrosa es la vida infantil, asombrosa, impresionante de veras. No es raro que un deficiente mental tenga en un minuto cortos atisbos, adivinaciones, intuiciones de mayor interés. Ni es raro que una inteligencia infantil de las que se tiene por normales y aun por privilegiadas, nos dé las más acabadas muestras de retroceso.

El díscolo, ¿por qué es díscolo? El sumiso, ¿por qué es sumiso? Seguramente lo son por algo. El psicoanálisis profesionalista se ocupa poco de los niños. Y resulta absoluta insensatez que la carrera de maestro se estudie en tres o cuatro años, mientras que la de ingeniero necesite doce o catorce. El ingeniero ha de conocer, en doce

o catorce años, la ciencia de su profesión: manera de construir caminos y puentes, canales y puertos, técnica de minería, forestal, eléctrica, química, etc. Es decir, manejo de piedras, árboles, minerales, máquinas. El maestro no maneja minerales, sino que se enfrenta con esa potencia infinitamente más complicada que una central eléctrica, que un andamio, que un puente: se enfrenta con el niño.

Cada niño es un mundo. Por él sabemos medir con cierto rigor la inteligencia de los adultos sirviéndonos del parangón entre una frase infantil y una frase de persona adulta, equivalentes ambas frases como reacción ante un tren, un grabado, un cuadro. El adulto que conserva el infantilismo intacto se parece, en la mayor parte de su vida, al niño. Por ello decía el gran holandés Duwes Dekker que el mundo no ha pasado de la edad pueril.

El niño es a ratos refinado hipócrita, como el hombre. A ratos no quiere que lo sean los demás con él, como el hombre. A ratos juega con fuego, como el hombre. Pero es muy difícil que el niño tropiece dos veces en la misma piedra, como tropiezan el hombre y la mujer.

La pequeña Margarita es muy inteligente. Todos están de acuerdo en que lo es: maestros, padres, vecinos y amigos. Incluso las propias niñas de su escuela parecen reconocerlo tácitamente. Y en efecto, la pequeña Margarita parece ser muy inteligente. Seguramente lo es.

La pequeña Margarita tiene un padre muy amigo de leer. A veces el padre lee en alta voz ante un auditorio tan poco numeroso que se reduce a la madre de Margarita y a ésta. Lee, desde luego, páginas maestras de la literatura que una niña de siete años, como la pequeña Margarita, no puede comprender.

Margarita interrumpe la lectura haciendo preguntas que los padres consideran intempestivas y se enfadan con la pequeña. Hacen mal. No se puede leer el *Quijote* ante una menor que no comprende nada del *Quijote*. Como tampoco se puede cenar o comer en una mesa con menores, hablando de cosas ajenas a ellos. Los niños han de acaparar la conversación con sus temas o han de estar en la cama a la hora de cenar, en otra parte a la hora de comer, o bien han de estar todos los comensales sumisos al menor en la charla general.

El padre lee otro día en alta voz. La pequeña Margarita vuelve a hacer preguntas.

—Parece imposible —dice la madre— que siendo tan inteligente no comprendas que nos estás desazonando hablándonos de tu muñeca.

Calla la pequeña Margarita. ¿Está convencida de que los padres son inteligentes? No lo está. Y tiene razón. Aunque lean el *Quijote.*

Esta otra niña se llama Blanca, y es morena. Otra niña se llama Armonía, y es chillona y revoltosa como ella sola. Blanca no es revoltosa. Tiene veintiseis meses. Pongo ante su vista un libro de grabados en colores. Allí hay ranas pintadas a todo color. Blanca desconoce lo que es una rana, y pregunta. La contestación es poco satisfactoria para ella. Ninguna especie de oratoria sirve tanto como una rana viva para explicar lo que es una rana.

Blanca olvida el discurso, intrigada por un conejo pintado. —Es de la señora Ric— dice por todo comentario.

Sabe lo que es un conejo. Llama burro al caballo. Conoce las prendas de vestir. Distingue mujeres de hombres. Ante un grabado que representa dos niñas jugando en el mar, ve Blanca que una de ellas está inclinada con las manos en los ojos para que no sigan mojados.

—Se ha caido y llora— dice Blanca, sin creer lo que sus padres explican.

Enseño a la pequeña una muñeca de madera con la nariz muy larga. Después de algún titubeo se da cuenta de que la prolongación deforme y pinchante es una nariz. Ya convencida, mira a la nariz de su madre, que es considerable. No dice nada.

Es muy decidida. No deja de preguntar. Siente inclinación por las prendas de vestir. Principio de coquetería femenina.

Todas estas observaciones, con el peso y la estatura de cada período largo o corto, habrían de interesar a los padres para describir en un cuaderno la infancia de Blanca. Se irían marcando las fases del desarrollo mental y físico, pero sin dar a las experiencias mentales más que el carácter relativo que tienen, y, sobre todo, con una probidad ejemplar para relacionar una fase con otra sin concesiones a la bobaliconería maternal.

Helios es un diminuto español. Tiene siete años. Muy inteligente en la escuela, y más fuera de ella. Razona las tres primeras operaciones de la Aritmética. Su memoria es fácil y despierta.

Dibuja prodigiosamente. Nada como el dibujo libre, sin copia de estampa, para desarrollar gusto, iniciativa y, sobre todo, sentido de proporción.

Habla con soltura el francés y el castellano. El francés como un francés, el castellano con ciertas graciosas pausas, pero con léxico amplio y construcciones adecuadas. En inglés, podría hacerse entender para saludar y también para sostener un diálogo infantil. Hemos oído a Helios sostener, en treinta y cinco minutos, una conversación con tres personas a las que contestaba correctamente: a una en castellano, a otra en francés y a otra en inglés.

Los conocimientos de la Geografía rudimentaria son familiares a esta criatura excepcional guiada por un instinto de curiosidad exigente. Selecciona Helios su curiosidad hasta el punto de no embarullar los temas, adjudicando a uno todo el interés. Mientras no agota la curiosidad sobre un asunto, no pasa a otro. ¡Admirable conciencia selecta!

En la conversación, Helios tiene ocurrencias muy ingeniosas. Por ejemplo, se habla en una velada familiar de los cuentos de hadas, y dice la madre de Helios, que es una maestra de profesión:

—Creo que es un error dar a los niños libros de cuentos con temas de hadas, princesas y reyes. Lo maravilloso, lo extraordinario, lo más excepcional que inventa la imaginación calenturienta, toda la milagrería celestial o terrestre queda en mantillas si se compara con el nacimiento tan explicable de una flor, con el funcionamiento de una caja de música, con el relato explicado de una bella fábula de animales.

Helios interrumpe a su madre y dice lentamente:

—¿Animales que hablan? ¿Por qué en la fábula todos los animales hablan, y en la granja no?

Helios supone contrasentido en el hecho de que los animales hablen en las fábulas y no en la granja.

—Los animales hablan en las fábulas porque dicen lo que las personas no quieren decir— observa la madre.

—¿Y por qué no quieren decir las personas lo que hacen decir a los animales? El pollino le dice al perro que es un gandul.

—Pero al hombre no se le puede decir.

—¿Aunque sea verdad?

—A veces aunque sea verdad.

—No comprendo. Tú me dices que hay que decir la verdad siempre.

—Sí. Pero un gandul empieza por no decirla él. Casi siempre (bien podemos decir siempre) el gandul es embustero, desastrado, impertinente y sucio. Necesita todo el tiempo para inventar mentiras y no le queda media hora para trabajar ni para lavarse, ni para pensar si lo que va a decir es una impertinencia.

—Entonces a los embusteros y a los gandules, ¿no se les puede decir nada?

—Más que decirles hay que ponerles en compañía de gentes que sean veraces y limpias. Una vez, en mi escuela de pequeño pueblo español, en la montaña, había doce niñas. Una de ellas era poco aseada y charlatana. Las restantes eran limpias y calladas. Al verse la niña sucia entre amigas limpias, no tuvo más remedio que ser limpia. Al verse entre compañeras de escuela poco habladoras, no tuvo más remedio que aprender a callar. Y en las fábulas casi siempre se hace conversar a los animales para que los hombres se den por enterados, aunque no se les nombre al tenerles que reprender.

—Bien, bien— concluye Helios.

Y se pone a dibujar con los cinco sentidos.

Helios es un niño precoz. Y se da en él la circunstancia de que su salud es excelente. Casi siempre, la precocidad se da en niños de salud escasa. No escasa por cualquier contratiempo pasajero, sino deficiencia de base, de nacimiento, de constitución. Helios tiene el cuerpo sano. Toda la fisiología es perfecta en Helios. El equilibrio del temperamento se aviene con el sueño, nunca retardatario. La vista es normal, como los otros sentidos. Come sin afán ni parsimonia. Tritura los alimentos convenientemente. No ingiere bebidas perturbadoras, como café o vino. Se acuesta temprano, después de cenar con frugalidad. No está presente cuando los mayores hablan de sus tonterías. No fue acostumbrado a ninguna práctica religiosa, y para él, educado sin la menor concesión al resentimiento, la religión es como otro cuento de hadas, del que no hay que hacer caso, una cosa mágica sobre la que no hay que estar constantemente en acecho. Porque el acecho —según su madre— convierte a los hombres en espías de los demás, cuando han de ser más bien espías de sí mismos o convertirse en bárbaros.

Ninguna predisposición morbosa, ninguna inclinación irracional tienta a Helios. Sus lecciones son excursiones de placer, y no las prolonga más allá del límite aconsejable para sus pocos años.

Pasa sin peligro por ese trance terrible de ser hijo único. Las parejas que tienen hijo único, generalmente son una calamidad. Los padres del hijo único parecen ponerse de acuerdo para educarlo con una blandura enfermiza, con un superávit de besuqueo y babeo; con esa hinchazón sentimental que mata en la infancia lo que podría ser carácter, matiz y vitalidad, prolongando en la juventud el mimo de todas horas hasta dar al traste con toda posibilidad educadora. El hijo único habla con gangosidad insufrible; quiere manejar a los familiares con el despotismo que emplea con el caballo de cartón; se entromete en las insípidas conversaciones de los adultos para dar pruebas de insipidez y fisgonería. Acostumbrado a la molicie, al desuso de iniciativas, a la pasividad más voluble, cuando se halla ya solo y adulto ante las contrariedades de la vida, fracasa indefectiblemente.

Todos los hombres acobardados y machacados por la vida, todos los débiles morales han sido niños mimados y, casi todos, hijos únicos. Helios ha podido superar tan graves contrariedades, y es, sin pretensiones ni pedantería, un pequeño Robinson. No es presentado jamás como niño prodigio ni como preciosidad de cromo. Para él, una pelota, con sus alegres colores, tiene más atractivos que la presencia en cualquier tertulia de adultos que se dedican a arreglar el mundo, mientras en su casa todo está desarreglado, hasta el despertador.

—Vamos hoy a pasar el día al campo— dice la madre de Helios una luminosa mañana primaveral.

Helios acompaña a su madre como un pequeño galán.

Pero a cien metros de la casa, la madre se da cuenta de que entre los útiles puestos en el bolso faltan los lentes que empleará ella para leer debajo de una encina en pleno sol.

—Voy a buscar tus lentes a casa —dice Helios—. Sé que están en la repisa de la chimenea.

La madre consiente y espera en el camino.

Helios va corriendo en busca de los lentes. Los encuentra en el sitio que sabe, porque en casa de Helios están las cosas en su sitio, menos la suciedad, que no está en ninguna parte, y el agua que está en todas partes.

Vuelve en busca de su madre con los lentes, pero con atolondramiento se encamina por una calle distinta de la que conduce al lugar donde espera la madre. Ésta calcula que la tardanza es excesiva, se desazona y va a casa. Helios anda por otras calles. Media hora transcurre sin encontrarse los dos.

Pregunta la madre al encontrar al hijo:

—¿Qué te pasó, Helios?

Helios no sabe contestar. Al volver al camino tomó otra dirección. ¿Fenómeno inexplicable? No. La precocidad, la demostración de inteligencia, alta y viva, no se da en una sensibilidad infantil sin producir paralelamente como un apagón de las facultades más elementales de orientación, tan despiertas en niños que son precoces y hasta en niños francamente deficientes.

La mejor educación de los menores fracasará si no se tienen en cuenta estos contrastes, que pueden alcanzar consecuencias graves y hasta accidentes irreparables.

Helios —conducido delicadamente por su madre y maestra—, necesita ser frenado en cualquier expansión de tipo elevado, en cualquier ejercicio mental que demuestre capacidad eminente y precocidad. Hay que dar importancia a los humildes menesteres de la vida, a la exactitud horaria para un pequeño trabajo; al sentido de orientación que tienen, por ejemplo, las atolondradas golondrinas; hay que contraer y limitar el vuelo de la mente bien evolucionada para la comprensión y la observación, haciendo aterrizar al niño y poniéndole plomo en las alas en vez de empujarle hacia arriba para que caiga con mayor quebranto, o para que se desvanezca en las alturas.

Hay que hacerle comprender la alegría reposada de la puntualidad, la inutilidad del esfuerzo más allá de las aptitudes recomendables; la gloria sin himnos, la gloria sencilla de callar o jugar mientras los adultos gritan en desorden manicomial. Hay que decirle que de nada sirve la precocidad, porque los niños precoces no son precoces, sino tontos casi siempre en la adolescencia y de remate en la edad adulta. Y todo ésto hay que decírselo sin amontonar reglas, sino con ejemplos patentes.

De la misma manera se puede soñar en altas justicias teóricas y en magnos problemas de altura que enamorarse de los propios sueños, sin más consecuencia que volver y volver a soñar. Helios tiene aptitudes precoces, maravillosas, pero se equivoca de camino. Sabe seguir un diálogo en inglés, en francés y en español; pero a veces anda por la calle desorbitado porque va a jugar, simplemente a jugar, cuando los niños más rezagados van sin excitación ninguna. Sabe precisar los límites de la zona tropical y los de la zona templada; pero una tarde perdió cierta bolsa de cuero de mucho valor artístico porque andaba distraído tras una cabalgata callejera de Carnaval

compuesta de mamarrachos. Helios perdió la bolsa de cuero repujado, y otros niños menos inteligentes agarran la bolsa con los cinco dedos y no la pierden ni por casualidad, no la sueltan. Es de una gracia enorme la mano niña agarrando con fruición lo que no quiere perder.

Helios, pequeño gran tesoro, infante de rostro sano y movilidad serena que te bañas en el río apacible sin profundidad los días de sol; que sabes cantar aquel aire inglés «My queen, my queen, my little queen»; que recitas poesías francesas con una gracia que no se ve en los escenarios; que hablas un español pausado y claro, como un avispado chicuelo de Salamanca; que aprendes a callar cuando todos hablan; que dibujas para hacer hablar al lápiz más que a la lengua; que sabes hacer la caricatura del maestro, poniendo una pirámide de libros sobre la cabeza; Helios, huérfano de la guerra de España, crecido como en una tierra espartana en el drama del exilio; hijo de un héroe tan bueno y tan digno; Helios, inteligencia precoz que te pierdes en los caminos, atiende a las pequeñas cosas. Los españoles sueñan en grandes cosas y no ven que se los venden los pequeños traficantes. De cara al cielo sin ver la tierra, tropiezan en la piedra y caen allá en profundidades de las que no se sale. El corazón magnánimo les lleva a la lucha, y para los mandones la lucha es una feria. Helios, por favor, procura ser un poco estúpido.

Aquel niño de la narración rusa —época zarista— era nervioso, un tanto enfermizo y muy mimado, como todos los hijos únicos.

El niño ruso vive con su madre en un palacio señorial. El palacio está rodeado de chozas donde habitan los campesinos que cultivan la propiedad. El niño no tiene padre. Se cría con muchas contemplaciones. Siempre rodeado de criados, entre el lujo y la severidad religiosa a la vez, el niño no sabe ya ni qué desear porque todo lo tiene, menos libertad.

Si corre un día hacia la choza próxima, la institutriz sale a cazar al pequeño Iván. Si quiere visitar a un enfermo de su edad, el desdichado Iván es cazado por un criado, que lo devuelve al regazo maternal. Preso vive en el palacio el niño de diez años.

Cuando come con la madre, Ivan pide siempre algo para los *mujiks* y sus hijos: juguetes, zapatos, golosinas.

—No está bien que se aficionen a tanto— dice la madre con aire de majestad ultrajada.

El niño padece. Aquella austeridad hipócrita de la señora, que no se priva de nada, es un martirio lento para Iván. No comprende que los chicos de las chozas no lleven zapatos ni sepan lo que es un pastel de crema ni un caballo de cartón.

El pope visita a la gran dama ceremoniosamente.

—Iván es un maniático —dice su madre—. No calla, pidiéndome lo primero que se le ocurre para los *mujiks*.

—Deja que tu madre tenga la iniciativa— observa gravemente el pope. No te creas capaz de disponer de una herencia que todavía no es tuya.

Iván mueve la cabeza. También el pope está de acuerdo con la gran dama en que los niños de la choza no lleven zapatos.

Decae la salud de Iván. Nadie sabe lo que tiene. Ni él mismo podría explicarlo. Dejadez, ensimismamiento, mirada ardiente, fiebre algunas veces, pesadillas.

La madre empieza a alarmarse.

—¿No vas a estar bien para la noche de Navidad? Iremos a la iglesia con todos los *mujiks*.

Estas palabras animan un tanto a Iván.

—¿Por qué no viene a verme Basilio?— pregunta el enfermo.

—Vendrá luego— promete la madre para que el hijo esté contento.

Llega Basilio, llamado por la gran dama, y charla con Iván unos minutos en presencia de aquélla. Los dos se prometen asistir con sus madres a la misa solemne.

El pope sube al púlpito y pronuncia el sermón ritual:

—Ha nacido el libertador, hijos de la santa Rusia. Por él y para él todos somos iguales. Amor entre nosotros, amor sin límites al prójimo, amor a los torturados, a los deficientes, a los miserables. Llama de amor vivo que encienda nuestros corazones en esta santa noche de Belén... La verdad viene al mundo...

Iván oye aquellas frases desencajado. La madre, naturalmente, no comprende que se pueda desfallecer de rubor, de vergüenza.

—La fiebre otra vez— dice, sofocada por el canto al amor que acaba de oir.

Se llevan al niño. Tienen que desnudarlo y que acostarlo precipitadamente las camareras. Delira. Su madre se agita de un lado para otro sin saber qué hacer.

Los *mujiks* corren en busca del médico.

—¡La verdad, la verdad!— suspira Iván.

—¡Va a perder la razón!— grita la madre.

—¡La verdad, la verdad! ¡La verdad ha venido al mundo!— sigue suspirando muy quedo Iván.

Se incorpora el niño. Levanta la almohada.

—¿Qué buscas, hijo mío?

—¡La verdad, la verdad!

Llega el médico, un viejo vestido como los *mujiks* y con gafas. Tampoco comprende nada. Como el pope, que llega también apresurado al palacio.

Iván no mira a nadie. Mira al ventanal. Frontero al lecho, el ventanal grande tiene abiertos los postigos. De pronto aparece la luna, una luna llena, grande, blanca.

—¡La verdad!— grita Iván juntando las manos sin mover el cuerpo.

Todos están sobrecogidos de terror.

—¡La verdad!— grita Iván con dulzura, mirando a la luna.

Y el pobre Iván queda muerto.

Esta narración, que traducimos extractada de un libro de Sienkiewitz, puede cerrar con un epílogo de circunstancias la serie de notas que anteceden, destinadas a insinuar un repertorio vario de hechos para que muchos padres sacudan su infantilismo demoledor de los hijos, educándose ellos antes de modelar a los retoños. Hay padres que, sin ser señores feudales, son tan incomprensivos como la madre de Iván para el mundo interior de sus hijos, mundo complicado extraordinariamente a veces o no complicado otras, pero atrayente siempre para los carácteres opuestos a la frivolidad que inunda al mundo y alcanza a los niños desgraciadamente con peores efectos que la epidemia infantil más grave, que la misma crueldad de Herodes con su degollina de inocentes.

La cultura es federable en la autonomía

En una Federación de Autonomías Ibéricas, el primer valor federable y autónomo por esencia, principio y experiencia, es la cultura. Los hombres se diferencian unos de otros por lo que podríamos llamar moral inteligente o inteligencia moral. Hay una moral aislante, no por ser moral, sino por ser desapacible y sectaria. Hay una inteligencia aislante, no por ser inteligencia, sino por creerse autosuficiente y privilegiada. La moral, lo mismo que la inteligencia, han de ser

sociables y comunicativas, supliendo con generosidad las insuficiencias propias o ajenas y respondiendo a un objetivo de eficiencia. Más hace por cultura el que enseña a leer a un adulto que el que da doscientas conferencias propagando la necesidad de cultivar la mente.

La otra cultura ha tenido execivos exaltadores teóricos. Ha llegado a ser como una categoría sagrada incluso para gentes incultas, desganadas para el estudio. Recuerdo haber tenido un profesor de Geometría en el Instituto que invertía una hora el primer día de curso alabando, en términos vibrantes, la necesidad de entusiasmarse con el teorema de Pitágoras, añadiendo que la Geometría ayudaba a resolver problemas prácticos para medir una superficie, calcular una distancia desconocida en función de otras conocidas, etc. Pero nunca salía del encerado aquel profesor. Sus reflexiones eran **de cátedra**, como artículos de fe. Sólo en el campo, al querer comprobar si un rectángulo de tierra tenía dos hectáreas o dos y fracción, comprendíamos la utilidad de la Geometría. Cuando los familiares no pueden facilitar la **puesta en práctica** de las teorías de cátedra, el alumno se atiborra de conocimientos, y pasa su vida repitiéndolos como un papagayo. De ahí que sea necesario dar a la instrucción una generalidad que no tiene cuando no alcanza a los progenitores del estudioso. No se trata de un problema complicado. Si el alumno comprueba que sus allegados y familiares son analfabetos, y en vez de ayudarle a vivir teorías de cátedra, permanecen en el más tranquilo analfabetismo, acabará por creerse superior a ellos y los despreciará. Un labrador, medianamente despierto, puede comprender la Geometría elemental en quince o veinte horas de atención, aunque apenas sepa leer. El alumno emplea un curso de ocho meses en aprender lo más esencial en teoría.

La cultura aprovecha su autonomía por la razón misma de existir. La circunferencia tiene 360 grados en Australia como en Chile, y el entendimiento se hace riguroso y generalizador cuando se asimila una verdad independiente de autoridades, dogmas y fronteras. La autonomía es deseable dentro de las evidencias para comprobarlas y extenderlas porque la graduación de la curva cerrada, que llamamos circunferencia, no es un decreto; es un recurso ingenioso, muy útil para hacer posible y visible el cálculo mediante los recursos gráficos. Todo el mundo, formidablemente ordenado por la Geometría, ha sido descubierto por la autonomía activa y ocupada, por el trabajo apasionado dentro de la libertad de investigar, no por

ninguna autoridad. Los hombres todos pueden acrecentar el patrimonio universal de la Geometría, cualquiera que sea su nación o su raza, porque la Geometría es un país sin fronteras y sólo se nutre de aportaciones elaboradas por un trabajo con autonomía y, dentro de ésta, con probidad.

La integración de unas demostraciones geométricas con otras, la mejora de los procedimientos para la enseñanza de esta ciencia, la racionalización práctica de sus aplicaciones, los acuerdos de congresos internacionales y la bibliografía competente, ¿no representan, de manera acabada, una federación espontánea de valores intelectuales en actividad permanente, ajenos a cualquier dictadura, a cualquier absolutismo, a cualquier norma infalible?

Autonomía y Federación son piedras angulares de la ciencia. Sin ellas, no podría subsistir. De ellas se deriva la maravilla de la métrica celeste. Cuando no sea ésta una ciencia oculta para la mayoría de los hombres, podrá dar a éstos una seguridad de interpretación, una bella y matizada firmeza de carácter descontentadizo para la dogmática religiosa o política. Si esta última dogmática domina a la inmensa muchedumbre, es porque no cuenta ésta con sugestiones propias o por que de estas sugestiones propias abdica en favor de los que quieren dominar, y que a todo trance aspiran a tenerlas congeladas. La sumisión rusa a sus gobernantes no podría explicarse sin la sumisión secular rusa a otros gobernantes. El súbdito pasa desde una servidumbre a otra, pero no se liberta de la sumisión sin una revolución íntima integral, que sería un movimiento irrefrenable de conciencias en pro de su propia autonomía, y también de la fusión y efusión de autonomías concordantes, federadas entre sí.

Mientras la comunicación entre los hombres siga camino opuesto a la comunicación de experiencias científicas —autónomas y federables espontáneamente, como valores funcionables y no meramente orgánicos—, la sociología será una manera de no conseguir nada estimable. En sentido funcional, esta obra, *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*, intenta dar confianza merecida a todo lo que puede federarse en libertad para regenerar y mejorar la vida.

CAPÍTULO X

Economía federable

REFERENCIA DEL DÓLAR VERTIGINOSO

Destaquemos un episodio de la economía del dólar para interpretar lo que en el universalismo de la moneda representa ésta verdaderamente y sus referencias a España. Fijémonos en la catástrofe que siguió a los planes dictatoriales no realizados en el inmenso territorio que se extiende desde el Canadá hasta México entre el Atlántico y el Pacífico hacia 1934. Ejemplo de imposible Economía Federable.

Hay dos economías antípodas: totalitaria y federal. La primera es centrípeta y acumulativa, y la segunda centrífuga y federable. Lo que caracteriza una Economía, lo que verdaderamente hace de ella un valor positivo, es la moral comunicativa y sociable, nunca la manera de construir o repartir tornillos, ni la velocidad empleada en montar tractores. Los economistas multiplican hombres por cosas como consecuencia de su deficiencia para consentir que se federen hombres con hombres, y resulta un producto de cosas, sacrificando a

los hombres. Esto es injusto, tanto si lo hace un proletario nominal como si lo hace un burgués o un técnico.

El único y exclusivo elemento de la producción, el único factor decisivo de ella es el hombre. Las primeras materias, el utillaje grande o pequeño, el transporte, las manufacturas, todo es obra del hombre y no de quien multiplica hombres por toneladas, y resultan toneladas. Ni tampoco es obra de ningún capitán de los llamados de industria, ya que el capitán de industria no produce nada más que programas de trabajo para los demás.

El hombre, sólo el hombre y nada más que el hombre, es autor de todo, constructor de todo, transformador de todo. Cuanto le atañe ha de ser obra suya propia, coordinada a otras, no supeditada. Norteamérica, 1928. La abundancia de parados en el Continente del dólar determinó el ensayo de economía dictatorial ideado por Roosevelt y sus consejeros. Desde 1918 a 1928 un mecánico ganaba en Norteamérica de setenta a cien dólares por semana. Era aquella una época llamada de prosperidad, aunque ésta resultó artificial, privativa de los propietarios y también del trabajo que acostumbra a llamarse calificado por el hecho de que se retribuye mejor. El mecánico que ganaba de setenta a cien dólares ahorraba, tenía casa propia en el campo, automóvil y piano. Tenía una sirvienta generalmente negra y jugaba a la Bolsa.

En 1931 se acentuó la crisis. Había quince millones de parados. El mecánico que ganaba de setenta a cien dólares tuvo que hipotecar la casa, despidió a la sirvienta, se deshizo del coche. Y sale de pronto Roosevelt fijando un salario para el mecánico, salario cuya cuantía semanal equivalía a lo ganado por el mismo mecánico en un día unos años antes.

Pero el mecánico recurrió entonces a la subclase, formada en términos generales por inmigrantes del peonaje, además de la población negra, amarilla y mestiza, constituyendo en conjunto la masa, tan desdeñada por el endiosado mecánico como por el más torpe burgués.

El trabajador calificado puso el grito en el cielo. Se creía una grandeza caída y tenía que vender las joyas para vivir. En vez de ayudar al calificado peón, se alzó sobre él. Las organizaciones obreras cayeron, o mejor recayeron, en la sima autoritaria y se sintieron —aunque levemente— atraídos en parte por la sugestión de Moscú. Capataces y contramaestres, como otros pequeños técnicos que habían abandonado siempre a los operarios de salario reducido,

empezaron a plantear huelgas, de la misma manera que antes las reprimían o las malograban con su espionaje policíaco, ayudando a la policía de las empresas.

La tragedia, la verdadera tragedia era que en el proletariado había clase y subclase. Este problema, que será preciso afrontar resueltamente en todo el mundo, se ocultó oficiosamente y se revistió de papel con planes hechos en el papel. Pero la verdad era que la subclase iba a ser reducida a una casta de parias más aún que en el régimen corriente y que la clase obrera calificada trataría, por todos los medios, de volver a tener una criada negra.

El plan Roosevelt no tenía más objeto que reducir la vida general al mínimun, valiéndose de parados y famélicos, masas de maniobra manipuladas por la finanza y su derivación política en todo el mundo.

¿Cómo se hizo? Hay que consignar ordenadamente unos hechos de clave. Hagámoslo por apartados en serie.

1. En los años inmediatamente anteriores a la guerra del 14, el próspero maquinismo acumuló superproducción de trust, sin salida por el déficit alimenticio de la subclase.

2. Desde que los Estados Unidos entraron en la guerra del 14 hasta el armisticio, se produjo en el país del dólar siete veces más para los acaparadores de lo que representaba el aprovisionamiento de los ejércitos aliados, que comían bien mientras ayunaba la subclase.

3. El régimen aduanero proteccionista y la política mundial de contingentes —Norteamérica sometía a severo contingente hasta la inmigración— produjeron otro amontonamiento de mercancías a disposición del acaparador americano. Estas mercancías no podía utilizarlas la subclase por carecer de medios adquisitivos.

4. Los deudores de Europa con Washington tuvieron que pedir moratoria o pagar a pequeñas dosis —muchas veces dosis de promesas—, representando los cobros en todo caso una equivalencia inferior a los réditos vencidos. Las deudas quedaron, pues, sin amortizar. Según la falacia oficial, faltaron millones de dólares para obras públicas, lo que determinó obligada congestión de productos y de parados, continuando el hambre en la subclase.

5. Al no comprar en los almacenes de los acaparadores unos millones de trabajadores del Oeste por valerse de su propia producción intercambiable directamente, los grandes almacenes rebosaron aún más, siguiendo con caracteres trágicos la economía deficitaria de la subclase.

6. Se produjeron quiebras bancarias.

a) Por derrumbamiento de la renta urbana, ya que al no pagarse los alquileres y aumentar los impuestos, quedó bloqueada la propiedad, no pudiendo nutrir los caseros sus cuentas corrientes.

b) Porque a pesar de la presuntuosa política financiera, de nada sirve el oro, ni siquiera en régimen burgués, cuando los que lo poseen son los mismos que poseen la gerencia absoluta de los instrumentos de producción y estancan ésta.

c) Porque la economía norteamericana centrífuga salió del colapso y quedó descongestionada en parte con la producción no controlada por las firmas de los acaparadores —casi todos banqueros o agentes de éstos—, sin que los depósitos pertenecientes a la economía concéntrica o de *trust* pudieran venderse, ni tampoco, en general, quedar afectos a garantía de préstamos, puesto que los prestamistas hubieran tenido que ser los mismos dueños de la producción almacenada y paralizada, prestándose dinero a sí mismos.

d) La abundancia de mano de obra fue causa de reducción de salarios y aumento de horario de jornada, produciéndose al mismo tiempo una plétora tal de negociantes improvisados y advenedizos, que los Bancos tuvieron la necesidad de frenar la especulación, limitando y dificultando la concesión de créditos, aunque frenaron con retraso, y no pudo evitarse ni atenuarse la quiebra. Ésta fue un negocio, a pesar de todo, por la baja artificiosa de valores, compensada después por una contrapartida de juego de Bolsa. Antes de la racha de quiebras que afectaron a tres mil sociedades financieras, los imponentes o acreedores pudieron rescatar mil millones de dólares que Roosevelt quiso absorber, proponiendo que se

invirtiesen en acciones de la N.R.A., o sea, del plan dictatorial totalitario. El presidente no logró movilizar aquellos mil millones, que estaban en las Cajas de Ahorro Postal. Las quiebras bancarias eran productoras de renovado parasitismo. Había financieros que quebraban dos, tres y cuatro veces, con distintos nombres. Había incluso especialistas en quiebras, entre ellos algunos gangsters. Éstos imitaban una marca comercial muy distribuída y rebajaban el producto en un cincuenta por ciento, aumentando el precio del corretaje. El mercado se veía invadido por el producto falsificado. Los primeros fabricantes quebraban y los gangsters se presentaban antes de la quiebra para comprar a precios tirados lo que el fabricante no podía ya colocar. Los falsificadores tenían la ventaja de no pagar impuestos ni propaganda —apartado éste considerable en América—, y se permitían rebajar el producto. Luego, otros gangsters hacían quebrar a sus rivales, los suprimían a tiro limpio, los delataban, etc.

7. Los rivales políticos de Roosevelt, como Wichersham, ministro de Hover y presidente de la Comisión Reconstructora Industrial en la etapa administrativa anterior, calificaron el plan Roosevelt de dictadura socialista y anticonstitucional, engrosando el grupo enemigo del proyecto presidencial. Además de Wichersham y de Ford, estaba contra Roosevelt, R. Lamón, gerente de la Patronal Metalúrgica. No estaba contra el presidente porque éste fuera socialista. No lo era. Estaba contra el presidente porque los productos de la industria metalúrgica no se colocan al por menor —al menos en su mayor volumen—, y los clientes que podríamos llamar de alta frecuencia por la cuantía de las demandas, eran elementos conservadores desde el punto de vista industrial y político, estando contra Roosevelt como el que juega para ver quien consigue conservar más.

8. ¿Aumentar los salarios? Parcial y raquíticamente. ¿Con qué objeto? Se preguntaban los reformadores: «¿Destinarán los obreros el aumento de salarios y el salario mismo a multiplicar las compras o bien a amortizar las deudas contraídas?» El plan no era más que el intento de subir los precios. Lo que antes del plan se adquiría por doce dólares costaba, después del plan dieciseis. El aumento de salario de cuatro dólares quedaba en manos del comercio, sin dar éste más víveres.

9. Seguían los fracasos económicos. Norteamérica tenía cerrados los mercados del Pacífico por Inglaterra y, sobre todo, en algunos aspectos, por el Japón, con su economía de producción carcelaria a base de jornales consistentes en poco más de un plato de arroz. A los únicos países que podían enviar los Estados Unidos tantos productos como deseaba, era a las Repúblicas Latinas de América, pero sin cobrar los precios sino que importaban de aquellos países mercancías de cuantía equivalente. Los subsidios para la exportación no son permanentes en América y, en último término, gravan lo que se exporta y lo que se importa, constituyendo los anticipos un recurso del Estado que empeora la crisis.

10. La prohibición legalista, no observada, de guardar oro, vigente en el país del dólar, es inútil para los que no pueden guardar ni cobre. Pero lo que se propone el Estado al mantener la prohibición, es fomentar las compras, mimar al comercio. He aquí lo que venía a decir Roosevelt: «Comprad mercancías y guardadlas, en vez de guardar dinero. Guardar dólares es ponerlos en riesgo de que mañana valgan menos por disminuir la capacidad adquisitiva. Por el contrario, los precios de las mercancías tienden a elevarse y el ahorro invertido en mercancías proporciona ganancias. Un dólar es hoy algo, mañana puede ser casi nada. Cuarenta metros de tejido o dos sacos de azúcar, son siempre cuarenta metros de tejidos y dos sacos de azúcar». ¿Se ve claro cómo Roosevelt quería beneficiar al comercio? Nótese, además, que al hablar como lo hacía, establecía en realidad que el dinero es una mentira más o menos dorada y que el signo de transacciones queda determinado por los productos y no al revés, como cree la economía rezagada. La confianza en el dólar era infantil, incluso en los medios financieros y en los antros especulativos. Al ponerse sobre el tapete la cuestión del nuevo régimen, subió artificiosamente el dólar en alas del optimismo. Bastó que un personaje tan adicto a Roosevelt, su tutor y consejero, el general Johnson, señalara levemente la posibilidad de una depresión —calificada por él de crisis momentánea sin serlo— para que cundiera el pánico con la misma rapidez de la confianza anterior, y el mercado de valores cayera rampa abajo casi verticalmente.

11. ¿Qué signos adversos se notaban contra la política totalitaria y pragmática del dólar?

a) Los granjeros del Oeste que trabajaban según diversas modalidades cooperadoras, sin vivir todos pendientes de anticipos, de alzas y bajas provocadas por los carceleros de productos que sistemáticamente los retienen almacenados para que aumenten de precio, no eran los que el Estado socorrió pagándoles hipotecas y otras deudas, además de favorecer a otros privilegiados con lo que se llama revalorización de cosechas, que es el arte de cacarear artículos de primera necesidad. Eran los granjeros cooperadores productores directos que sustraen su vida a la acumulación centrípeta del *trust*, y saben organizar entre ellos el intercambio sin recurrir al Estado, al Banco ni al salario.

b) Las colonias sin empresa tienen, y no sólo en el Oeste, cooperadores que son en buena parte procedentes de Rusia, Baleares, Polonia, Ukrania y litoral del Mediterráneo oriental. Muchos, judíos de raza, aunque no siempre de rito. También estas colonias van minando la economía del dólar, mientras la economía artificial sigue aferrada a la circulación monetaria.

c) Los ciudadanos que en vez de crear necesidades artificiales, suprimen artificios dañinos como el tabaco, el alcohol, la procreación sin control y la confesión religiosa.

d) Los que aprovechan solidariamente las modernas transformaciones útiles de energía: transporte a motor, alimentación racional, química sintética que, por ejemplo, extrae el nitrógeno —para abono— de la atmósfera; empleo de tractores potentes para sustituir los abonos de aluvión industrial por elementos fertilizantes a profundidad considerable, etc.

e) Los que por esfuerzo de autoeducación se asimilan la cultura libre, y la juventud despierta capaz de iniciativa.

Mientras ascienden lentamente estos valores, ¿qué quedó del plan Roosevelt? La N.R.A. (National Reconstruction Act) no fue más que el programa patrocinado por las Cámaras de Comercio. Fueron

rechazadas sus normas incluso por los tribunales del país. En realidad lo que hizo la N.R.A. fue limitar la producción artificialmente para encarecerla, aumentando el paro. Exactamente el programa de Gil Robles en España.

Respecto a los seguros de vejez, establecidos oficialmente en Norteamérica sobre el papel, prueban que nadie tiene una garantía para el pan de la vejez. En resumen, se establecen los seguros, imponiendo gravamen sobre el salario, tal como hizo Bismarck hace más de medio siglo en Alemania, y quiso hacer Primo de Rivera en España en 1928.

Tres millones de propietarios agrícolas recibieron del Estado en Norteamérica, en 1934, setecientos setenta y siete millones de dólares para sustraer a la producción dieciocho millones de hectáreas. Mientras ocurría todo ésto, la Administración pública norteamericana nos hacía saber, por medio de sus Boletines, que de cada cinco escolares, dos consumían ración muy inferior a la normal requerida por el organismo, o sea, que iban expirando lentamente por falta de alimento. En Carolina del Sur y en otros Estados seguía de hecho el régimen esclavista. La superficie destinada al cultivo de algodón quedó reducida a un veintiocho por ciento en 1935, aumentando el paro.

El Estado norteamericano se considera subsidiario de propietarios y banqueros arruinados. Prestó noventa y tres millones de dólares a la Banca Dawes de Chicago. También se vieron socorridas las empresas ferroviarias y los dueños de grandes negocios. La artificiosa mejora de los negocios en Norteamérica se debió a que el Estado derramó millones y millones sobre los traficantes.

Además, había allí Campos de Concentración (Civil Conservation Camps). Seiscientos mil jóvenes empleados en trabajos forzados vegetaban allí. Eran hijos de indigentes. Cobraban treinta dólares al mes y la comida, pero del sueldo enviaban veinticinco dólares a los familiares próximos. Cuarenta y nueve millones de norteamericanos vivían del socorro limitado del Estado, o bien sin socorro en absoluto, y quince millones caminaban hacia la pobreza. Sin embargo, abundaban como nunca los dólares, lo que prueba que el dólar, como toda moneda, es incompatible con el bienestar.

Los datos que anteceden bastan para probar los estragos de la economía a base de salario en América, los estragos de la mentalidad de subclase y los estragos de la economía totalitaria.

Única economía intangible

En España, la Economía apenas tuvo oficiantes claros. Cuando apareció el marxismo, coincidiendo su teoría con los planes desordenados, aunque de tendencia unitaria, de gremios políticos y grandes intereses industriales con patronales desorientadas por el movimiento obrero de fondo, apenas se habló de economía dirigida y unitaria. Los grandes patrones se unificaron para la represión, no para el avance técnico.

Los textos de Economía Política de las universidades eran pequeños y elementales tratados rutinarios. En algunos de ellos se afirmaba que el socialismo es una utopía y que, por consiguiente, resulta completamente desplazado ocuparse de socialismo. La didáctica alemana apareció de pronto hacia 1918 en cierta parte del profesorado universitario con caprichosas estadísticas, reparto de primeras materias en el papel, trasiego de productos mediante una geografía económica de cariz colonial y directivas doctorales en las que el productor quedaba reducido al papel pasivo y hasta reverencial, cuando no era una cosa.

Economía convencional, atiborrada de cuadros sinópticos, partidaria de renovar métodos y estilos, pero con desdén absolutista para el productor y soluciones cada vez más inclinadas al monopolio de ingerencia del Estado y de su divinización monstruosa. De este complejo nació la teoría de los espacios vitales, el nazismo —procedente del profesorado alemán, oficial y pésimamente asimilado por Hitler—, el régimen de tasas, la intervención de los estadistas subalternos en la producción y en el arbitraje, y la disciplina impuesta a los ciudadanos pobres de la ciudad como consumidores. Nació, sobre todo, una gavilla de reformadores que creían en las estadísticas oficiales y las copiaban sin la menor responsabilidad, resultando el español un pobre de solemnidad. Fuera del aire que respira no cuenta, según los improvisados estadistas con nada, absolutamente con nada. Al hablar, por ejemplo de la producción de trigo, resultaba la España reciente, poco anterior a 1936, por debajo de cualquier otro país, y era necesario importar trigo temporalmente. Pero las importaciones se debían al agio de los comisionistas y a la especulación de harineros y almacenistas, acostumbrados todos antaño a comprar granjas y a contabilizarlas en su exclusivo provecho. Las

cosechas no fueron nunca declaradas —con verdad ni siquiera aproximada—. Las calidades no se declaraban tampoco.

El trigo bastó sin importación para la masa rural desde el momento en que esta masa rural abrió nuevos y más productivos surcos, y se puso a trabajar para ella. Lo que hacían los acaparadores con el trigo español era, sencillamente, sustraer masas de cereal sobrante en el campo y procedente de la propiedad arruinada o decadente para lanzarlo a la corriente del consumo de la ciudad, incapaz ésta de bastarse con los productos directos del agro. Y el trigo importado desaparecía en manos de millonarios titulares de privilegios —como por ejemplo el abastecimiento de las tropas en África— cuando no se perdía como ocurrió en 1921 en el muelle de Alicante. La masa de trigo fermentó y se pudrió allí. Había sido importada de la Argentina y ni los acaparadores la aceptaron al llegar, porque los negocios iban en alza con el trigo español de los propietarios que vendían como podían la cosecha, y cuando podían, en vísperas de arruinarse, cosidos de hipotecas y otros créditos apremiantes, acuciados por el Estado fiscal insaciable. Sobre todo puestos en razón por los campesinos esquivos al jornal servil o dosificadores de renta.

Los propietarios recurrían al Estado, se quejaban de las tasas bajas y aspiraban, como los de América, —y en Francia los propietarios con el vino— a que el Estado autorice precios altos para el trigo comercial. Pero fuera del comercio y de las estadísticas ministeriales existía cada año mayor volumen de trigo furtivo, aprovechado directamente por los productores para hacer intercambio. Y ésto podía observarse contemplando, expresa y divertidamente como hice yo, en los pueblos, los honorables recursos infinitos de los labradores para engañar al Fisco, aleccionados muchas veces por el amanuense municipal que les daba pautas de tapadillo para el engaño y la ocultación. Quien dé fe a las estadísticas gubernativas, no conoce la vida rural y nutre su ostentosa estilográfica con tinta quebrada.

Las mismas Aduanas —cuyas estadísticas son tan copiosas como caprichosas— controlan mucho menos volumen de productos que el que dejan de controlar. Se puede en España ir vestido y fumar sin espionaje aduanero, y se hace concienzudamente para baldón de los fanáticos que copian las estadísticas oficiales y deducen las conclusiones más cómicas con una fe que sólo podría servirles para ingresar en el Limbo, donde no hallarán, por cierto, a los que les facilitaron a sabiendas material averiado.

El progreso económico de España se debe a la subclase despierta, desertora del salario. Ella ha dado normalidad al desequilibrio fisiológico tradicional. El fenómeno característico ha sido el derrumbe de la propiedad territorial por cese de jornal no remunerativo ni compensador. Vitalizar la unidad productora, dar confianza a los trabajadores para que su producto sea intangible, es lo que importa. Intangible para que, luego, los productores mismos —asociados o no, pero sin explotación— pacten intercambios y no sufran requisas. El paso del trabajo-jornal en el campo a la libre disposición de tiempo y espacio empleados en iniciativa, marcó en España un alivio considerable, incluso en el tremendo censo de la demografía negra.

Las muertes por hambre, según el doctor Augusto Pi Suñer, profesor de Fisiología en la Universidad de Barcelona, investigador de crédito en su especialidad, ascendían en España —por lo que respecta a la época inmediatamente posterior a las guerras coloniales de 1898— al setenta y cinco por ciento de la cifra total de defunciones. De cada cien españoles que abandonaban el mundo, setenta y cinco morían de hambre. La papeleta de defunción no determinaba ciertamente la causa, claro está. Pero es que el hambre tiene infinitas variantes. Lo mismo muere de hambre el menor raquítico engendrado y desarrollado en pésimas condiciones de pobreza fisiológica generadora de meningitis, que el adulto roído por un esfuerzo agotador no compensado por alimentos sanos, el tuberculoso desnutrido, el atacado por todos los síntomas deficitarios, la madre postrada por partos o vicisitudes consiguientes sin neutralizar el desgaste, el vicioso recalcitrante, sin contrapartida ni abstención, el disipado adolescente que no sabe frenar sus ímpetus cuando éstos le llevan al cementerio de hora en hora entre privaciones, las víctimas de la guerra y del bloqueo, etc. Mientras duró la contienda de 1914-18 murieron muchos más ciudadanos del elemento civil que combatientes en las batallas por choque traumático. Lo prueba también el doctor Pi Suñer en su pequeña obra maestra *El hambre en los pueblos*. ¿Qué podremos decir ahora tras la continuada serie de guerras en todo el planeta?

Demuestra en la misma obra el doctor Pi Suñer que el setenta y cinco por ciento de muertes por hambre siguió a las guerras coloniales. Éstas cerraron el siglo anterior y sus años inmediatos con la generación engendrada por los soldados que volvieron, esqueletos repatriados.

La generación repatriada murió sin gloria ni provecho. Los repatriados eran en su noventa y cinco por ciento jóvenes de familias pobres sometidos forzosamente al servicio de las armas. No podían ser redimidos con unos cuantos cientos de pesetas por sus allegados, y exceptuando los bravos desertores y prófugos que esquivaron las inhumanas levas, se veían obligados a secundar las órdenes del régimen colonial y a arrastrarse por la manigua sin pan ni calzado, con fiebre amarilla y de todo color. Ramón y Cajal, ese español de pro, había ido a Cuba como médico militar y huyó de aquel infierno en el que la disentería, el hambre y el trato infamante a españoles y cubanos colaboraban con el cetro de los reyes. La generación hija de los repatriados era pobre. Sobre ella se cebaron los estigmas de insuficiencia fisiológica. No alcanzaron éstos a otras clases que habían quedado en la Península dando vivas a la España de cripta, a la España cirial. Y estas clases patrióticas nutrieron el curso activo de los partidos. Eran fuertes y poco les costó dominar. Las clases populares se vieron frente a un panorama lúgubre. La generación llamada del 98 disparó su literatura de protesta airada, pero esta protesta airada sólo tenía fondo trivial, de cañamazo para bordar sobre él consignas de Nietzsche o una pomposa y vacua desesperación de profeta hebraico. Azorín se hizo ciervista, después franquista. Baroja alborotó el cotarro literario unos años, pero acabó en el osario de la Academia bendiciendo el yugo y las flechas de Falange. El extremismo de ambos fue una postura de negador que conoce la capacidad ibérica sin evolución para incurrir en el deslumbramiento. Atemorizaron a los pocos españoles que leen y escriben y les dieron algún sobresalto, pero las muchedumbres no tenían noticias de ellos.

La subclase reaccionó contra aquella España espectral, iniciando con el trabajo y la rebeldía sistemática una era nueva, y apartándose de la pelea electoral. Las elecciones eran, sin embargo, como puntos de partida o arranque de cada situación gubernamental, pero en realidad las listas oficiales de votantes eran manipuladas por el caciquismo, que consumaba pucherazos por contrato de dominio alterno con el partido rival. Nada tenían las elecciones de consulta. El resultado estaba siempre previsto. Los balances definitivos se hacían en el Ministerio y en los gobiernos llamados civiles.

Superó la subclase los estigmas fisiológicos de las guerras, y la cifra negra de setenta y cinco por ciento de defunciones por hambre se redujo tan considerablemente que, al proclamarse la República de 1931, el setenta y cinco por ciento se había reducido a la tercera

parte gracias a la única economía intangible que consiste en producir y consumir después de eliminar los factores retardatarios con una verdadera, con una formidable expropiación invisible, como es la negación de jornal y renta.

En la América del dólar hemos visto que sus poderes políticos y económicos fueron incapaces, en 1934, de contener la caída de la moneda. ¿Qué vemos hoy? Millares y millares de trabajadores se agitan allí descontentos contra una operación confabulada de las distintas alturas. Los trabajadores norteamericanos han ganado la partida a Hitler, no los generales ni los políticos. Y ahora, esos mismos trabajadores que facilitaron armas, municiones, vestido, material de tránsito y víveres, van a ser manejados por los negociantes de la guerra para cargar al trabajo de subclase las consecuencias del paso de una economía de guerra a la sucesora llamada de paz. El propio Stettinius reconoce en un libro, historiando las oscilaciones de la economía de guerra, como las del régimen de préstamo y arriendo —que según él la ganó—; que los Estados Unidos fueron banqueros universales y que la titulada victoria no fue sino una operación bancaria, felizmente planificada y realizada contra la insolvencia de Inglaterra.

Los grandes depósitos de producción almacenada por cálculo de guerra van a representar en América dolariana un conjunto no comerciable inmediatamente. El excedente avivará el malestar entre las masas productoras de la subclase, incapaces de hacer frente a la situación por carencia de recursos adquisitivos, bloqueados en realidad los trabajadores por la vuelta a los jornales exiguos y el comercio internacional. En España, no está tan generalizada la economía acumulativa porque la subclase dejó de ser tal cuando huyó del salario, y disolvió la gran propiedad. Esta es la norma ejemplar, la incuestionable, la que ya no puede hacer más que avanzar por relación de los focos aislados y por el acuerdo de la agricultura con la industria. La agricultura no debe ni puede ser en el porvenir una rama suelta, sino una Industria con aptitud para el maquinismo, aliada a las Federaciones Industriales propiamente dichas.

Las constantes luchas contra el monopolio apartaron lamentablemente a las organizaciones obreras, a veces, de su más urgente necesidad que consistió y consiste en dar a las Federaciones de Industria, más que una planificación orgánica, un ritmo funcional. La concentración capitalista no comprendió nunca más que a la manera

pendular y aleatoria de su régimen, la vida industrial española, que está desvertebrada.

Y sin embargo, los obreros españoles del motor demostraron, en el curso de la guerra del 36, tal preparación, actitud y riqueza de inventiva, que la ingeniería encontró en los talleres muchos técnicos colaboradores de valía. En una Federación de Industria serían de alta utilidad para acreditarla, a la vez que para socializarla y relacionarla acertadamente con otros apartados. Era la guerra contra Franco un compromiso para aquellos habituales del taller. Un compromiso honroso a pesar del fallo de los servicios de aprovisionamiento en víveres, y a pesar de que el Estado no atendió nada de lo que se relacionaba con la guerra más que para perderla, de síncope en síncope.

Por lo que atañe al complejo económico, la peseta es su pobre exponente en España, como en América lo es el dólar. Los financieros y los políticos decían que la peseta estaba enferma cuando ellos la veían remisa y perezosa, cuando circulaba poco y con remilgos, cuando el impulso de los negocios quedaba paralizado cuando no se exportaba, cuando los presupuestos se saldaban con apuro y déficit —siempre falsificado éste con excepcionales maniobras y expedientes de recambio—, cuando se propagaba una huelga de contribuyentes, cuando se retraía el capital de inversión industrial y se convertía en capital ciego de empréstito, cuando el cupón remplazaba a la renta territorial, cuando los conflictos de tipo social eran pretexto de abstención para los adinerados, cuando el montante de gastos improductivos descubría los hilos de la farsa oficial, cuando los designios más torpes y ruinosos tenían curso y las obras de carácter público continuaban de manera precaria. Aquella peseta no podía traducirse holgadamente en ninguna frontera ni en ninguna divisa, y entonces se decía que estaba enferma. En realidad, existían las mismas pesetas que cuando no se decía que estuvieran enfermas. La enfermedad de la peseta consistía en que la peseta no salía de casa.

¿Quién la cubría con lana, quién la escondía, quién la camuflaba? El que la tenía más o menos abundante. ¿Por qué? Sospechaba que convertida en depósito seguro, —al decir del dueño— deuda del Estado, hipotecas saneadas, participación personal en claros negocios locales vigilados estrechamente, hucha casera, etc., no corría ningún riesgo ni estaba sujeta a ningún vaivén. Pero entonces surgieron los propagandistas de nuevas sociedades anónimas, y en la guerra del 14 los corredores de gangas. La sociedad anónima es un imán para el capitalista medio, y el comisionismo un imán para el

audaz desdinerado con ambiciones. La alta finanza utilizó a los desdinerados y al capitalista medio, y tuvo unos años de pesca próspera de pesetas, no ya tan enfermas. El contrabandista de millones nadó en el mar de pesetas. Los Bancos rebosaron. Los corredores de Bolsa pudieron seleccionar clientes conspicuos y hacer operaciones por cable con desparpajo. La peseta procedente del ahorro y de la herencia se había vuelto callejera, a ratos juerguista. Todo el mundo no habituado a trabajar para vivir, aspiraba a hacer negocios. Iba a un Banco a solicitar dinero a cuenta de una inversión fantástica y de un rendimiento manicomial. El Banco negaba crédito contante y sonante a base de interés usual, pero lo otorgaba si el solicitante estaba respaldado por algún consejero que avalaba al desdinerado a cambio de una participación del cincuenta por ciento en los beneficios.

El consejero obtenía su cincuenta por ciento bajo mano, pero el Banco no reembolsaba su crédito, y quebraba. Esta es la historia de muchas quiebras. ¿Qué idea federativa, qué idea decente podía deducirse de una economía así? La oposición era ni más ni menos que la moral.

Por lo que respecta a las sociedades anónimas, cuando se constituían con todos los requisitos legales, su promotor hacía un llamamiento al capital medio. El alto es muy avisado y no cae fácilmente en la trampa. El capital medio desenfundaba sus pesetas enfermas. Suponía que iba a airearlas y a sacudirlas para que de cada una surgieran dos o tres. Obtenido el capital necesario, se montaba un negocio espectacular. Altos Hornos, por ejemplo, y empezaban los trabajos. A los seis meses, los trabajos quedaban paralizados inesperadamente, y las acciones se cotizaban en baja. Las venden al sesenta, lo que tal vez dos meses después podrían verse obligados a vender al cuarenta. Seguía la suspensión de trabajos. Los accionistas, desorientados por los gerentes de la empresa, endosaban la culpa de lo que ocurría a los Sindicatos, a las huelgas. Pero éstas se debían casi siempre a despidos, de cuya iniciativa la misma empresa era la única causante. Dábase, pues, el caso de que los tenedores de acciones culpaban a los operarios del colapso en el trabajo, cuando el colapso era producido exclusivamente por la gerencia. Las acciones seguían cotizándose en baja, y entonces se valía el negociante de agentes incondicionales para comprar, regateando a bajo precio las acciones depreciadas, con lo que los trabajos emprendían una marcha a gran tren, resultando el ochenta por ciento y más del capital de ingenuas acciones, ingresando en la caja del negocio y su dueño árbitro absoluto de los beneficios.

social, habría de empezar por tener independencia de cualquier gestor privado que carece prácticamente de correctivo, y habría de ofrecer a los valores de producción y a los usuarios de ella, como a su destino y mejora, el testimonio permanente del mundo del trabajo solidario.

Las pesetas enfermas tenían, pues, diestros doctores para el diagnóstico, doctores engullidores de pesetas enfermas, saneadas ávidamente por acumulación. Cuando el promotor de tan reiterados diagnósticos no podía engullirlas en bloque, la sociedad anónima se veía frecuentemente en el caso de ampliar su capital, lo que equivale a alterar posiblemente los dividendos a ver enterrar el azar de competir encarnizadamente con negocios rivales mejor atendidos por el Estado, a correr el albur de verse postergadas unas acciones por otras, a tener la trama de un complot político y la probable competencia de géneros extranjeros, la crisis provocada o no, el paro obligado o no.

La única economía intangible ha de ser razonablemente:

1. Independiente de la presión del Estado, que es el absolutismo represivo, fiscal y aduanero.

2. Independiente del capital porque éste es, por definición, exclusivista del beneficio privado y no atiende al público.

3. Organizada por toda la técnica congruente, desde el ingeniero —cuya ciencia va diluyéndose en aptitudes diferenciadas y coherentes— al peón cuya calidad va desapareciendo por elevación y dignidad.

4. Relacionada con los restantes sectores, tanto en las primeras materias como en su transporte, producción, transformación, distribución, cambio, destino, mejora, etc.

5. Federable, hasta contar con un estamento nacional e internacional de tipo cooperador por pacto.

6. Intervenida solidariamente por los usuarios del producto elaborado, productores a su vez o participantes directos en servicios públicos.

7. Coordinada con las Federaciones de municipios, independientes de la tutela del Estado, como son las Federaciones de Industria y las Cooperativas de Distribución.

8. Sostenida desde el punto de vista del avance en todo sentido —moral, general y técnico— por instituciones culturales de libre determinación, relacionadas estrechamente con la economía propiamente dicha.

9. Graduada respecto a la compensación de esfuerzo por las necesidades en progresión del operario, y en tiempo compatible con el desarrollo integral del productor, que no es una máquina, sino un ser capaz de participar en la gerencia de su porvenir, cosa menos difícil que producir y ser carne de cañón en la tierra.

10. Ordenada, sin atribución de categorías artificiales y sólo por equidad, hasta llegar a atenuar y borrar posibles antagonismos por el procedimiento del arbitraje.

He aquí las bases de toda economía intangible en una Federación de Autonomías Ibéricas. La Economía puede ser una Autonomía conseguida federable con otras —la Cultura, el Municipio Libre y la Cooperativa de Distribución—, contribuyendo todas, en el conjunto funcional y cada una en su cometido, a remediar los graves inconvenientes de la autoridad y del interés que hasta ahora han malogrado las mejores disposiciones de los hombres.

Todo lo moralmente estable, todo lo racionalmente incontrovertible se ha conseguido, aun con oposición y represiones en vilo, por el valor de unas autonomías coordinadas con otras por intercomunicación de esfuerzos desinteresados, por insurrección y expansión del humanismo y del anhelo justiciero, por contraste de experiencias con experiencias, por vuluntariedad y pasión de trabajo, por ayuda cordial y apoyo pacífico, por tránsito de ideas a través de fronteras y mares, por relación libre de preferencias, por afinidad y sincero sentimiento afectivo, por el arte que eleva, como la ciencia, el bienestar posible y la amistad, por buena vecindad, por pedagogía comunicativa, por ejemplos y estímulos, por inquietudes compartidas noblemente, no disueltas en literatura banal ni en improperios inoperantes. Todo ésto, que es en la vida lo mejor de la vida, no lo debemos

a ninguna institución autoritaria, ni al azar, ni a ningún milagro. Lo debemos al hombre libertado de taras ancestrales que descubre secretos y se descubre él mismo nada menos que como todo un hombre.

La Economía no puede ser ofrecimiento de lo que no se tiene

En efecto. La Economía no puede ser ofrecimiento de lo que no se tiene. El Estado no tiene nada más que lo que absorbe como esponja, sometiendo a los súbditos, multiplicando una intervención desatentada en la vida y en todos sus aspectos. El Estado ha de ser expropiado de su insaciable afición al ejercicio de la arbitrariedad. La etimología de la palabra **autoridad** deriva de **autor**. El autor de una obra traducida en beneficio colectivo no quiere autoridad sobre aquella obra. Quiere apartarla de la molicie y del predominio exclusivo que se atribuye sobre ella una casta, un individuo o una secta sobre cosas en las que la casta, el individuo o la secta, no tienen derecho de autor.

No puede el Estado ofrecer la riqueza a los autores de la riqueza, de la misma manera que no puede ofrecer permiso para respirar a los ciudadanos, que respiran ya sin ningún permiso. La riqueza es para el Estado un medio de fijar impuestos, un gravamen en la transmisión de dominio que equivale a quedarse con el valor total de las fincas que cambian de mano frecuentemente por herencia de inmediatos descendientes; una imposición aduanera llamada proteccionista, pero que en realidad no proteje más que a la burocracia de las fronteras y a los capitalistas; un sobreprecio a la producción industrial y agrícola, que se derrama sobre mercancías manufacturadas y artículos del campo, encareciéndolos y dificultando su circulación; una cuota sobre el viaje, la diversión, el carburante, la luz, la prostitución misma, las profesiones; una cuota sobre todo. Cobra el barato igual que un rufián. Como patrono, es el gran tacaño por excelencia.

¿Qué puede ofrecer el Estado? No puede ofrecer absolutamente nada. Los súbditos son los que han de convivir rectamente y prescindir del Estado, nueva divinidad cuando otras divinidades caminan hacia el ocaso, nuevo dogma cuando otros dogmas se esfuman y desaparecen.

El Estado es antifederal por principio y práctica secular. El Estado no quiere que los pueblos reivindiquen sus derechos más elementales. El centralismo detonante se resume en el fascismo, centralismo total acaparador, del que irán copiando instituciones, en

más o menos grado, todos los Estados. La Economía que se llama dirigida es hijuela del Estado. Como el Estado y con el Estado la Economía dirigida no admite ni acepta la libre determinación, sino el decreto y la imposición de régimen sin equidad, tarifas forzosas y servicios que sólo requiere el inválido, el incapacitado, el menor y el rezagado mental que carece de discernimiento.

En la Economía el Estado va adueñándose de sucesivos monopolios: el monopolio de la emisión del papel-moneda, el del comercio exterior, el de las divisas, el del transporte. No tardará en apropiarse la Banca. No para abaratar y facilitar descuentos, sino para quedarse con la ganancia.

El impuesto fue siempre un procedimiento muy socorrido para expropiar. Los medios que tiene el Estado para aumentar ingresos son muchos: lotería, empréstitos, bloqueo de divisas, desvalorización monetaria una vez obtenidas grandes masas de dinero, etc. Las Aduanas han sido verdaderos paños de lágrimas de los gobernantes. El Estado fomenta la lotería y prohibe el juego.

A medida que el Estado desciende por la curva de su desnivel aprieta las clavijas valiéndose de la dictadura fiscal.

Recientemente los empréstitos surgían de un medio bancario. No los cubrían los ciudadanos directamente, sino las empresas bancarias con ahorro particular.

El Estado correspondía atribuyendo a las Bancas privilegios inaccesibles a los particulares. No nos referimos al privilegio de emisión del Banco de España, cuyo tráfico fue descubierto por el profesor Olariaga en la Revista *España* hacia 1917 como uno de los gigantescos negocios del mundo. Nos referimos a cierto privilegio que podríamos llamar de bonificación dispersa, tan aprovechado por los Bancos.

Un servicio tan útil como el giro postal no pudo establecerse en España diez años antes de lo que se estableció —en la primera decena del siglo— porque lo impidió la Banca, confabulada con los gobernantes todos contra el interés público. Los Bancos no querían verse suplantados por un servicio que tan aceptable es a pesar de sus inconvenientes, tan cómodo y económico.

El Estado enjugaba el perjuicio que iba haciéndose endémico acudiendo a procedimientos distintos del impuesto y del empréstito, aunque degradaciones de ellos. Se recurría a la inflación (Francia, Alemania); a la requisa y expulsión de judíos millonarios (Alemania); al aprovechamiento de remesas giradas por los emigrantes de América en relativo estado de prosperidad (Italia); a la mítica aurífera

colonial (Inglaterra, y en menor proporción Holanda, Bélgica y Portugal); al destajo de choque (U.R.S.S.); al monopolio del comercio exterior (España republicana orientada hacia el totalitarismo de Hitler, según preconizó el consejero de Economía, Juan P. Fábregas, en conferencia pública en el Coliseum de Barcelona, el 14 de Marzo de 1937); al bloqueo de fondos y a las dificultades para exportar capital a fin de que se invierta en bonos (caso de muchos países en los que abunda el rentista).

El Estado no puede ofrecer una riqueza que no tiene más que por tolerancia revisable. La burguesía, por su parte, ni la ofrece ni la suelta voluntariamente. Los partidos que se llaman avanzados y socializantes no cuentan con riqueza. Sin embargo, en sus tribunas la ofrecen con el gesto de un desheredado que ofreciera el Alcázar de Sevilla o la Sierra de Guadarrama para reembolsar al acreedor.

No sólo se muestra antifederal el Estado en su manera de ser, sino que no tolera ningún federalismo territorial, local ni económico. El caso de Suiza, como el de Norteamérica, son más bien estilos federales que no atentan a la general preponderancia del centralismo económico, aunque pueden citarse en otros aspectos como modélicos dentro de su tradicional constumbrismo local. Suiza es el albergue de enormes masas de dinero de la Europa esquiva para las aventuras financieras. Norteamérica, un ejemplo de elefantiasis económica cerrada.

Los productores avenidos entre ellos, no sólo nacionalmente, podrían evitar que en Norteamérica se cultivara el algodón y se obtuviera petróleo y carbón por métodos esclavistas; y que en Oriente próximo y lejano exista todavía la economía feudal; que en el Danubio se conserven vestigios de compraventa humana; que los trópicos fueran hogueras; que la navegación fuera negocio escandaloso a base de tripulaciones presas; que el caucho tenga una proporción maciza igual a la carne de sus víctimas; que el azúcar excedente no haya conseguido mejorar la suerte de sus operarios del Brasil y de Cuba, y que una economía de rapiña como la de Franco siga siéndolo impunemente unida a la represión policíaca constante contra el sector más despierto de la resistencia española que es la masa proletaria.

El Estado y los capitalistas no darán lo que no tienen, o tienen a título injusto y precario. Aunque lo ofrezcan teóricamente, lo legítimo es dislocar sus engranajes y dar a la Federación su ética y su fuero.

La economía no es una ciencia oculta

Evidentemente. La Economía no es una ciencia oculta. El productor puro, es decir, el que trabaja para vivir en faenas útiles, ha de considerarse integralmente interesado en que parta de él y de sus iguales toda iniciativa de fondo moral y técnico que determine sus propios destinos. Que haya asesorías, es cosa distinta. Asesorías, de igual a igual en el terreno de la discusión amplia y, sobre todo, de información y prueba, puesto que la Economía no es ni puede ser nunca una ciencia oculta. Todos los objetivos tienen expresión en estadísticas, proporciones y sugerencias de las que no está exento ningún productor, sea ingeniero o peón, que considere al prójimo como igual y no como una cosa.

La Economía ha sido tutelada por políticos y capitalistas, cuyo objetivo permanente, invariable, es encumbrarse sobre los productores. Los considera incapaces, eternamente menores de edad, eternamente manejables y absolutamente torpes, destinados a representar una cualidad de cosas. Contra esta ignominia, los trabajadores han reaccionado ya en todo el mundo, y, sobre todo, los que tienen conciencia de repulsa activa, no sólo contra el Estado y todos sus organismos subalternos. Los trabajadores han reaccionado no sólo contra la inmoralidad capitalista, sino también contra cualquier otro signo de opresión. Han reaccionado igualmente contra la mansa intervención de partidos y Estados en el plano de la beneficiencia y del arbitraje, porque aquellos partidos y aquellos Estados se creen tutores únicos y árbitros únicos.

De la misma manera que los trabajadores evolucionados rechazan tales tutelas, rechazan la cerrazón de los sistemas económicos que se les dan hechos por titulados doctores y sociólogos, que pueden a veces tener acierto desde el punto de vista objetivo de lo que conviene hacer en un plan de trabajos públicos, pero no se puede conceder infalibilidad programática a los planificadores en cuestiones que no tienen relación con la técnica, sino con la moral, el destino de la obra, su iniciativa, realización y mejora. Son los productores y los usuarios de productos y servicios públicos los que han de determinar. Toda ingerencia, sea del Estado burgués, del Estado proletario o de la técnica —se tenga ésta o no por infalible— resulta inaceptable, y es obligado luchar implacablemente contra ella. Tal es el sentido de autonomía que propugnamos en este trabajo, cuya base está en el respeto a la

personalidad humana y en la necesidad de faltar al respeto a quién, individualemnte o colectivamente, atente contra aquel derecho. Derecho que, como la función respiratoria, es natural.

Ciencia, conciencia y paciencia de Reclus

Toda la ciencia de Reclus desemboca en un complejo de variantes ponderables o imponderables, pero sociales siempre. Decía Francisco Giner de los Ríos que la misma ciencia es cosa de conciencia, o sea, que no hay ciencia sin conciencia. La ciencia permanece en un panteón cuando no se extiende, cuando no se pone a libre disposición de los preocupados. ¿Quién como Reclus dio a la ciencia antropológica y a la del planeta un contenido de perspectivas sociables? Bakunin es una tempestad, Reclus es un laboratorio ordenado, un observatorio, un plantel de calidades botánicas, un arsenal de mapas y libros, una experiencia elevadora, nunca concluyente ni dogmática. Todos los vaivenes en retroceso del movimiento obrero, todas las vicisitudes de la defección que se observan periódicamente en los focos insurgentes, se deben al desconocimiento de las ideas reclusianas.

Éstas se desconocen corrientemente, pero no se olvidan si se conocen. Olvidarlas es poco probable porque el ánimo queda prendido en sus referencias de sugestión infinita. Si contemplamos una vertiente montañosa, Reclus nos parece abarcarla con su retina viajera, como si la hubiera descubierto junto a nosotros. Y hallamos en la montaña una maternidad de arroyos y ríos, un prestigio creador, una intemperie saludable, una sazón propicia a maravillosos descubrimientos, una reserva geológica fértil, una vitalidad inolvidable, un depósito de energía, de especies arbóreas.

Los secretos de la montaña nos encadenan a ella con fervor perdurable. Tenemos necesidad de comunicar nuestro alborozo, de comprobar en el pasado, presente y porvenir de la montaña su significación, de dar a laderas y cimas, a flancos y cúspides como carta de naturaleza en nuestra vida más íntima. Y entonces la ciencia de Reclus nos lleva al terreno de los pronósticos sociables. La montaña no es una divisoria, sino una reserva vital comunicativa. La montaña no es una frontera, sino una depositaria de bienes comunes. La montaña no es masa aislante, sino enlace de unos hombres con otros. Montaña y ríos acercan a los seres. Les dan materia de trabajo y civilización, como el mar, las nubes bienhechoras, el árbol y la zoología, compañera de fatigas.

La ciencia de Reclus no es conocida, y el mundo va de abismo en abismo por ello. Los más petulantes doctrinarios los más engolados y vacuos teóricos interpretan la innegable aspiración sociable de los hombres como un episodio fatal de evolución hacia el dominio político de minorías encumbradas. Reclus apartó su ciencia de toda profecía. Se fijó en las sociedades primitivas, no atosigadas por la autoridad, y vio que mientras no entraba en ellas, en las capas maleables de ellas, la mística del provecho y del dogma, el todo avanzaba en paz laboriosa. Pero lo que hizo, sobre todo Reclus, fue evadirse de todos los salones de actos y de todas las solemnidades para vivir alejado de la disputa por el poder, y darle a la vez profundas lanzadas como un Quijote cuya Dulcinea podría representarse modelando una bella estatua de Venus inmortal coronada de flores y espigas.

La ciencia de Reclus está unida a su conciencia con el imperdible del desinterés, y también con otro imperdible, precioso y raro en verdad: la paciencia. Sin ésta, los hombres rezagados y doloridos, los desorientados por la desaprensión dirigente, por los pésimos ejemplos, por las hecatombes que se suceden en serie, por las mentiras aduladoras y un poco por la fácil desmoralización sin contrariar ni atajar, se entregan a la desesperación pasiva y al descontento vacuo. Tal es el caso de España, de la España oficiosa, esperanzada momentáneamente y en trance de dar paso a cualquier redentorismo espectacular. Reclus puede curar esa comezón con su paciencia animosa para comprender las reacciones del coraje, no atemperado por una idea firme, sino sofocado por desengaños que el genio reclusiano, hermano de Epicteto, considera intranscendentes hijos del pensamiento y manos en vacaciones, de contagios que pueden esquivarse bravamente con querer metódico, saber procurado y hacer eficiente.

El español insuficiente no puede remediar su insuficiencia con ninguna letanía de interjecciones, con ninguna exclamación de ciudadanía estentórea, con ningún mitin monstruo, con ningún precedente de tesis doctrinaria. ¡Unos minutos de silencio, señores de la tribuna! Paciencia para dar, más que normas, ejemplo de alejamiento de las nóminas. Paciencia para templar la desazón ibérica. Paciencia para trazar un buen recorrido hecho, y no para repetir directivas de obediencia recordando los trayectos hasta el abismo, al que tantos fuísteis alegremente, al revés del pueblo, que rodó y sucumbió después de exponer su fisiología al hambre, su pecho a las balas, sus familiares a la muerte, su pobre ajuar a la dispersión, su desengaño a nuevos desengaños, su cuerpo al horno crematorio en los campos de

exterminio. ¡Unos minutos de silencio, gobernantes en ciernes; señores monstruos del mitin monstruo!

España está cansada de monstruos. Tal vez no tarde en convencerse de que todo lo que obtenga ha de ser obra suya, bordeando las tragedias inútiles y buscando en el semejante, próximo o lejano, al hermano perdido entre laberintos y encrucijadas de partido. España superó el concepto totalitario de su Economía, y podrá vivir sin tutoría cuando pueda y quiera gestar sus destinos sin cruzarse de brazos. España será capaz de una Economía Federable alejada de los círculos viciosos concéntricos, y destructora de secretos de Estado y consignas jerárquicas. Ya inició con éxito sus pasos acertados, seguros, bien encaminados, previsores. En las soledades de la estepa, en las vegas, entre poleas, en el fondo de la mina, en los navíos, en el estudio un tanto desordenado, pero con afán de curar el desorden —reflejo confuso entre textos confusos—; en el acercamiento a la hermandad afín, en la información puntual de novedades edificantes, en el mismo exilio desapacible, el español ha buscado al español de su oficio, de su tierra nativa, de su idea, de su trabajo, de su vecindad actual. Federación espontánea con episodios memorables, con penalidades en común, y también con satisfacción emotiva en medio de todas las incertidumbres de la hora y de todos los compases de espera.

En este entreacto del exilio, la consecuencia y la lealtad se han afirmado y consolidado a pesar de todo. En España ha de dar sus frutos la fidelidad pura a las ideas para completarla con apasionadas y concienzudas tareas de renovación.

La sociabilidad del exilio, depurada y reafirmada, no podrá menos de minimizar en España sus resquemores y hasta inutilizarlos cuando los resquemores obedezcan a pequeños motivos de controversia. Los otros motivos, los fundamentales, los que ya nos separaron siempre y fundamentalmente de los delirios del poder, tendrán un período concluyente de repulsa y no merecerán que se altere mucho tiempo nuestra marcha, reanudada y seguida insistentemente sin lastre de tinteros.

Ha sido la Economía española, renaciente mañana, un campo de hechos vivos que esperan su integración en amplitud federativa, regenerados por el aliento que da la autonomía bien ganada. Que la sombra benéfica de Reclus nos sea propicia desde los Campos Elíseos, eterna morada del genio.

CAPÍTULO XI

Sentido actual de la Cooperativa

EL EQUÍVOCO DE LA COOPERATIVA DE DISTRIBUCIÓN

La Cooperativa de Distribución ya ha merecido muchas críticas, para que nos paremos a reproducirlas. Lo que se ha dicho en sentido adverso de las Cooperativas está puesto en razón en sentido general: su obligada o voluntaria dependencia de los grandes proveedores; la falta de producción obtenida cooperativamente para alimentar la distribución; los limitados recursos de cooperadores pobres, que no pueden superar la competencia ajena, mejor dotada económicamente; las crisis periódicas de trabajo que desnivelan la capacidad adquisitiva de los consumidores; la sorda oposición de los adversarios; las dificultades para el crédito; la solidaridad de los Bancos con el comercio de especulación; las anormalidades del transporte, que no siendo propio de la Cooperativa, ha de someterse a tarifas abusivas, etc.

Todos estos inconvenientes bastan para rechazar la idea de pequeñas cooperativas de distribución que, en régimen de privilegio,

pueden vivir en todo caso difícilmente sin grandes perspectivas de eficiencia.

Nótese, además, que cuando las cooperativas han tenido determinadas, y no por cierto muy prolongadas épocas de prosperidad, las Juntas han emprendido obras improductivas, como la construcción ostentosa de grandes salas de reunión. Este desembolso inútil gravitó siempre sobre los balances y contribuyó a hacerlos deficitarios, porque el gasto improductivo fue ya un punto muerto y agravó todas las recaídas, cuando no las precipitó o las empalmó con otros fracasos, imputables, aun dentro de un régimen deficiente, a la conversión de la Cooperativa en centro de diversión, café, teatro, etc.

Una Cooperativa no puede apartarse de su misión estricta: suprimir intermediarios. Todo lo demás producirá el consiguiente trastorno. Si las cooperativas fueron muchas veces honorables refugios para los trabajadores resistentes contra el capital; si gracias a las cooperativas, las familias proletarias no perecían de hambre porque otorgaban créditos a huelguistas, familias de presos, viudas, etc.; y si todo eso justifica la existencia de las cooperativas, sería una insensatez no extenderlas para que el beneficio solidario tuviera más efecto y más capacidad de ayuda. Pero ocurre que las cooperativas han de ceñirse a sus créditos para cobrarlos, o en otro caso, quebrar; que entre ellas no hubo verdadera federación capaz de atenuar el déficit por partidas fallidas; que se multiplicaron las épocas de impulso político y social, y que, en definitiva, las cooperativas no podían cooperar más que en la exposición de mutuas vicisitudes y mutuas dificultades. El clima burgués es implacable. No puede establecerse el régimen cooperador sin dolorosas alternativas entre fracasos parciales, y la serie de éstos con el fracaso definitivo.

Todo se ha conllevado en España con generosidad, pero es preciso convencerse de que la Cooperativa de distribución está siempre a merced de sus enemigos más que a merced de los cooperadores, por buenas intenciones que tengan.

Las pequeñas cooperativas de pueblo no pueden sostener al que vende. Las cooperativas de la ciudad, con medios más holgados, se encuentran, a menudo, en el caso de sostenerse gracias al aporte de medios nuevos. Ni aún así pueden superar la competencia del comercio privado, con más recursos de guerra y ciertamente con menos aprensiones morales, pero con más ayuda efectiva.

Es, pues, urgente decidirse por la transformación de aquellas Cooperativas de pueblo o barriada urbana, que no pudieron nunca

desenvolverse sin trabas, y que el vendaval de la guerra y los episodios cruentos de ella aventaron definitivamente. Muchas cooperativas tenían inspiración política, y otras no; pero en todo caso las cooperativas han tenido su época de prueba desbordada por un nuevo sentido de la cooperación, inseparable de otros sentidos nuevos de la vida.

La pequeña Cooperativa de pueblo no fracasó cuando precisamente alcanzó poca expansión y limitó su radio de acción a pequeñas distribuciones de géneros y de indumentaria que no entretienen personal, o repartió artículos alimenticios que no se adquieren al menudeo. Tampoco han fracasado, a su manera, las grandes cooperativas organizadas con medios en Suecia y Bélgica. En España misma, a base de aporte de medios, las cooperativas compiten con el comercio privado o una sociedad por acciones. Pero el problema, también básico, de los géneros de calidad monopolizados de hecho por consumidores adinerados, no se resuelve mediante cooperativas limitadas.

Veamos si hay medios de sistematizar y metodizar unos puntos de vista prácticos sobre el problema de las cooperativas. Veamos el caso excepcional de la Cooperativa que acudió preferentemente a los productores directos.

Una Cooperativa próspera, aunque superable, sin dependientes y sin local en régimen burgués

La Cooperativa tiene, para muchos de nosotros, una fuerte simpatía, un recuerdo vivo y sentimental. En las cooperativas barcelonesas hemos pasado horas febriles en épocas represivas. Allí hemos discutido incansablemente todas las cuestiones candentes de la lucha, todos los problemas grandes y chicos. En las cooperativas conocimos y tratamos excelentes compañeros de ideal. En las cooperativas hallamos siempre, sobre todo los sábados por la noche, aquellos coros entusiastas de las viriles notas de Clavé. Allí estaban los inconformistas; allí se celebraban las salidas de la cárcel; allí se citaba al amigo; allí funcionaba una espontánea Bolsa del trabajo; de allí partían los excursionistas a la montaña; allí se iniciaba la organización de huelgas; allí se leía, se hablaba de idealismo, de malthusianismo, de internacionalismo, de naturismo. Las cuestiones de familia quedaban aplazadas en la Cooperativa porque la Cooperativa era algo así como la escapatoria del reducido cuchitril casero, su derivativo para las cuestiones públicas.

Pero, sobre todo, la Cooperativa era lo que podríamos llamar un cazadero de simpatizantes para la idea. El simpatizante es a veces un amigo preventivo y aun entusiasta mientras no se oye ningún trueno gordo. Pero a veces es un idealista que se desconoce a sí mismo. Y el idealista en potencia parecía esperar que se abriera la Cooperativa para avanzar por su escala de simpatizantes. En el trabajo no había simpatizantes del trabajo, sino trabajadores; en el Sindicato, lo mismo, como en los Ateneos y en la cárcel.

Todos estos parajes eran nuestros, íntegra y definitivamente nuestros, como las tertulias en plena calle hacían de la calle algo nuestro, de la misma manera que las montañas parecían nuestras cuando las invadíamos a centenares en aquellas inolvidables mañanas primaverales a la vista del Mediterráneo, que a ratos también creíamos nuestro, como el sol, compañero naturista probado.

La Cooperativa era otra cosa. Allí no estábamos solos. Acudían los gruñones del barrio; los no convencidos; los timoratos; las novias dudosas de amoríos dudosos, con sus cuñados y sobrinos; los pequeños funcionarios; el vigilante, que había sido lerrouxista; unos cuantos federales de toda la vida; deportistas neutrales y algún catalanista sentimental que hacía poesías, pero hacía mucho mejor el lazo de la corbata. Allí llegaba la chiquillería con ganas de jugar *a lladres i serenos*. Allí acudían dependientes de farmacia; viejos que ya no podían trabajar; vendedores ambulantes de plátanos; murcianos recién llegados; actores de afición; entusiastas del cine y, a última hora —una última hora temprana— las compañeras, generalmente voluminosas y poco sonrientes, si veían al marido enzarzado en disputas. Con aquel mundillo alternaban muchos simpatizantes. Les hablábamos con crudeza cuando veíamos el caso fácil, y con amabilidad en las peores ocasiones. La táctica no era muy inteligente que digamos, y la cosecha escasa. Pero a veces nos sorprendía una conversión en el simpatizante más tibio y una deserción en el entusiasta. Más nos sorprendía aún cuando se perdía una huelga, y el simpatizante dudoso llegaba a nosotros con los brazos abiertos. De todas maneras, los simpatizantes andaban en ocasiones con el agua hasta el cuello porque la novia y el Sindicato eran dos imanes dispares en fuerza, y el simpatizante adoptaba una actitud preventiva que nos desesperaba, multiplicando los expedientes dilatorios.

Entonces apelábamos a recursos heroicos, como regalar folletos de propaganda, repartir pitillos a los no fumadores, pero que sabíamos agradecidos; acompañar a los neófitos hasta su casa pagándoles

el tranvía, guardar sellos para atraernos a los filatélicos y costear alguna sesión de cine. En general, todas estas tácticas combinadas no nos daban tanto crédito como la oratoria. Ante la oratoria, el simpatizante se rendía; y como muchos de nosotros teníamos tanto de oradores como de cartujos, nos veíamos obligados a buscar pequeños campeones de oratoria de café que sabían animar una tertulia con esa gracia del implacablemente convencido y sin posible vuelta atrás, conocedor de la astucia y de la ferocidad de la burguesía de la barriada. Eran oradores ocurrentes, con esa inteligencia hábil que no tienen los tribunos. Empezaban por convencer a las mujeres. En ésto estribaba su mérito de oradores.

Los simpatizantes iban aumentando, y muchos de nosotros quedábamos satisfechos de su condición primeriza. Pero no les dábamos el espaldarazo de compañeros hasta que se exponían a ir a la cárcel con nosotros. La cárcel nos parecía un doctorado indispensable para entrar con casi todos los derechos en nuestro grupo. «No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes», —decíamos como los internacionalistas—. Ir a la cárcel lo considerábamos como un derecho; salir huyendo de ella, como un deber.

En fin, los simpatizantes dejaban su condición preventiva. Su fiebre social subía en proporción a la nuestra.

Una noche nos encontrábamos con unos cuantos simpatizantes que acababan de pasar el Rubicón, entrando de lleno en nuestros rangos. Para dar prueba de dinamismo nos propusieron organizar una Cooperativa nueva de diez compañeros. La proposición se hacía en la vieja Cooperativa pero uno de los convertidos no tuvo reparo en explicarnos que todo iba de mal en peor en la Cooperativa vieja, que los administradores eran honrados, aunque se veían en completa impotencia para luchar ventajosamente contra los drogueros de la barriada, especuladores de balanza y de partido, ricos políticos y burgueses enemigos jurados nuestros, vampiros y todo lo demás que se decía entonces.

—Esta Cooperativa está bien llevada —dijo uno—, pero sin salir de la idea podemos nosotros diez hacer otra mejor para nosotros y nuestras familias. En esta Cooperativa los anaqueles están vacíos. Vamos a empezar por poco.

—Bueno, ¿pero qué te propones? Concreta...

En todas las reuniones salía siempre alguien a pedir que el orador concretara. Era cosa de echarse a temblar. Para discriminar y separar lo que era concreto y lo que no era concreto, estábamos tres

horas hasta que la reunión acababa por aburrimiento en vista de que nadie concretaba lo que era de concretar y lo que no era de concretar.

Pero el promotor de la aún ignota Cooperativa de diez, no se anduvo por las ramas, y recuerdo que nos dio una lección práctica verdaderamente notable.

—Fijáos bien —dijo—. Como todos nosotros somos familiares de esta Cooperativa, venimos aquí todos los días con verdadero entusiasmo. A veces nos echan porque queremos trasnochar en este salón para arreglar el mundo, y el camarero del café tiene una mujer gorda que prefiere ver el mundo desarreglado antes de alterar el horario del cierre.

—Al grano— dijo alguien.

—Ahora mismo. Estamos empapados de la idea cooperadora que hemos aprendido aquí, y tratamos de mejorar este sistema absurdo de la mayor parte de los socios, que se empeñan en comprar café de veinte céntimos. Vamos a fundar una Cooperativa nueva.

—¿Con quién?

—Nosotros diez.

—¿Y local?

—No es necesario.

—¿Cómo que no?

—Escuchad. Podemos ponernos al habla con los productores directos y comprar de una vez lo que necesitemos para seis meses. A pocos kilómetros se produce aceite excelente. Los campesinos nos lo cederán. ¿No lo venden a los acaparadores? Los productores directos son compañeros. No nos darán mal aceite ni nos engañarán en el peso. Nos lo traerá a casa el recadero, de una vez. El precio será razonable. Contaremos en primer lugar con la calidad. El droguero vende aceite muy manipulado, casi siempre con exceso de acidez. Los campesinos nos lo enviarán puro. Tened en cuenta que el aceite es el primer producto necesario y que, más que condimento, es base de casi todo lo que se vende. Pase o no por el fuego. La mayor parte de las enfermedades, el estrago de la desnutrición, la poca flexibilidad de los intestinos, proceden de no tener buen aceite. En esta Cooperativa dan el que tienen, y el que tienen se compra a los almacenistas que conocen todos los juegos de la prestidigitación para malear las calidades y encarecerlas. Lo que digo del aceite puedo decirlo de las legumbres secas, de fruta como higos y orejones, almendras, avellanas, nueces, miel. Excepto el pan y el pescado, casi todo podemos buscarlo en los pueblos. Este sentido de cooperación, que no requiere loca-

les, ni contables, ni dependientes expendedores ni fisgonería fiscal, podría ser la base para derrotar al comercio más que las cooperativas insuficientes que se proveen en centros burgueses acaparadores. ¿Por qué los trabajadores, y más los organizados en sindicatos, no atienden a estos problemas? El obrero compra cuando puede y menos de lo que necesita. Lo compra después de pasar el producto por cien intermediarios. Un tercio del valor se lo llevan estos intermediarios, y eso es una vergüenza. Si se generaliza este sistema que propongo, el obrero de la ciudad y su prole, que no es escasa como lo es en los medios burgueses, vivirán mejor que si ganan una huelga y el comercio se les come el aumento. Viviendo mejor, no lo dudéis, serán más luchadores. La miseria remediada en lo posible, da valor. La miseria fatalista no da más que desesperación. Los campesinos tendrían, siendo nuestros proveedores directos, un precio más compensador y se libertarían de comisionistas y acaparadores. Si decís que ésto no es un procedimiento revolucionario, os equivocáis. ¿Acaso cada huelga es una revolución? No lo es. Y sin embargo la hacemos. Y aparte de todo eso, ¿no podríamos cambiar productos de la ciudad por productos de la tierra? Productos de la ciudad que podríamos nosotros hacer y ceder por intercambio. El sistema es el mejor entrenamiento para obtener beneficios más extensos, y creo que para acreditar rápidamente lo que queremos hacer: que la economía sea un conjunto de productores federados ayudándose y avanzando todos. La revolución que se apoya en una mentalidad práctica ascendente no puede fracasar, y fracasa siempre desembocando en sistemas autoritarios. Lo que el mayor número deja a la arbitrariedad ajena, es su vida. La economía es un complejo. Cualquier dirección que tome, ajena a todos, se convertirá en un sistema contra todos. Una Cooperativa de diez puede ser mañana una Federación de Cooperativas importante. Se pueden establecer cooperativas por lugares de trabajo preferentemente, por barrios o calles, por ramas de familia, y todo vendría sin escalas desde el productor al consumidor. Empecemos a dar el ejemplo, y el ejemplo será la mejor propaganda, la más eficaz y convicente.

—Queda un cabo suelto —observó un amigo—. Hay que especificar bien que se trata de artículos de primera necesidad.

—Desde luego otro cabo suelto —apuntó un oyente—. ¿Cómo nos la arreglaremos para pagar al contado y por anticipado el importe de los productos?

—Los campesinos nos otorgarían, si es necesario, un crédito de la mitad al hacer la compra.

—¿Y si no pueden?

—Empeñaremos el reloj y las sábanas; iremos al campo a ayudarles a cuenta de la factura; pediremos prestado a los allegados. Con lo que se nos queda el comercio, podemos hacer frente a todo, no recurriendo nunca al comerciante. Y después de todo, el trabajo lo fiamos una semana al patrono, el alquiler lo pagamos por anticipado un mes o tres al propietario, compramos un traje un mes antes de estrenarlo. ¿Vamos a ser tacaños contra nosotros mismos no facilitando este sistema de provisión?

Los reparos iban surgiendo como surgen siempre cuando se trata de salir de la rutina.

—¿Y crees —preguntó un curioso— que pueden encargarse de ello los sindicatos?

—¡No! —saltó el promotor con presteza—. Los sindicatos ya tienen bastante con atender constantemente a las urgencias de la lucha. Estas cooperativas que propongo tendrían una administración sencilla, sin ninguna complicación, a cargo de un delegado nombrado por los participantes, cuyo trabajo quedaría cumplido en tres o cuatro horas por año. Si no queremos echar mano a lo sencillo, ¿cómo podremos resolver lo complicado? Y lo complicado llega siempre, no lo dudéis, para resolverse siempre también, en contra nuestra. Estamos acostumbrados a inhibirnos como consumidores. El comercio nos explota tanto como el resto de los privilegiados, tanto como el burgués más rapaz y tanto como el Estado. No se trata con mi proyecto de resolver el problema social a rajatabla. No se trata de competir con nadie que gane la vida como nosotros. No se trata de poner pleito al sol. Se trata, sencillamente, de prescindir del comercio para hacernos con buenos productos de primera necesidad. Se trata de hacer lo que ya se hace con los libros, editándolos sin intervención de patronos. Si estáis de acuerdo, manos a la obra. Conozco y conocemos todos grupos productores que están dispuestos a un acuerdo con nosotros. Ellos y nosotros partimos de la base de toda Cooperativa: suprimir el comercio especulativo y servirse directamente de la producción.

El simpatizante hablaba con viveza, y sus argumentos nos parecieron convincentes. En una semana se puso en marcha la Cooperativa **Los Diez**.

Tuvo un resultado magnífico desde 1932 a 1936. Tan estimulante era, que la iniciativa mereció ser imitada por muchos compañeros hasta que el vendaval de la guerra nos aisló a unos de otros, y el Estado se salió con la suya organizando el hambre nacional y el desastre de más envergadura que han presenciado los siglos.

He aquí un paso ejemplar que merece ser divulgado y mejorado, pero no olvidado.

La Cooperativa en la socialización

La Cooperativa modélica, y en general cualquier sistema de cooperación sin retrocesos, necesita tener perfectamente delimitada su función.

El principio cooperador es indiscutible lo mismo en la Economía que en todo. El progreso de ciencias y artes se debe a la cooperación, que es un antídoto de la autoridad. La cooperación familiar desinteresada es el baluarte más firme contra la arbitrariedad de arriba. Si los poblados españoles sintieron la idea cooperadora, avanzaron. Cuando abandonaron la cooperación, que es hermandad de iguales, retrocedieron y dejaron en manos del Estado todos los resortes, sobreviniendo guerras y desastres. Si se unieron estrechamente, obtuvieron mejoras efectivas.

La resistencia proletaria, ¿qué es sino un contacto cooperador? En España el movimiento de cooperativas se anticipó a la Internacional.

Tomando por base un poblado agrícola calculado en diez mil habitantes, todo lo que afecta a la vida de éstos como seres humanos, a sus ponderables y a sus imponderables, a la cultura, a la vida de relación, a los servicios públicos, a la mejora de costumbres, a las obras de utilidad general, a la salubridad, a la asistencia de enfermos, menores y ancianos; todo lo que tiene calidad, todo lo que alcanza importancia, puede contar con la asociación correspondiente capaz de realización.

El vecino necesita tener pavimento, alumbrado, piscinas, lavaderos, salas de espectáculos, campos deportivos, escuelas, caminos, servicio de agua, luz, Ateneos de expansión cultural, centros de recreo, parques, habitación sana, transportes para el tránsito, menesteres de limpieza, higiene, facilidad de comunicaciones, etc. Necesita asimismo gozar de todas las libertades que las llamadas leyes fundamentales prometen y no dan: libertad de conciencia, de reunión, de

imprenta, de tránsito, y necesita, finalmente, el apoyo general del vecindario para pactar y realizar con otros pueblos lo que pueda beneficiar a unos y otros hasta el radio más lejano.

Todo esto puede realizarlo el Municipio Libre, el Municipio desligado del Estado y federado con otros. Hasta ahora, la gestión que atribuimos al Municipio no tiene nada que ver con la Economía al por mayor del pueblo en cuanto productor de lo que necesita y consume, o en cuanto a consumidor a usuario de lo que no tiene, pero puede procurarse con el excedente de su producción.

La producción en grande necesita gestores, necesita iniciativas, necesita mejoras. ¿Quién puede promoverlas y realizarlas mejor que el productor mismo? ¿Quién más capacitado —con los asesores convenientes— que otra Asamblea abierta de productores como tales, en una Cooperativa de producción o Federación Local de cooperativas productoras?

La técnica aplicada a la producción típica o nueva, el aprendizaje, el destino de los productos, todo lo que la burguesía se atribuye indebidamente, lo resuelven los trabajadores en sus Asambleas, incluso la compensación por el trabajo y el régimen de éste. Desde luego, estas cooperativas de producción están federadas con sus afines sin limitación, de la misma manera que se federan los Municipios Libres entre ellos.

Éstos representan la abolición del Estado, y las cooperativas de producción la abolición de la burguesía. Veamos ahora cómo las cooperativas de distribución y cambio pueden eliminar el comercio.

El productor es consumidor también. A la Cooperativa de Producción no compete la distribución de productos, sino que compete a la cooperativa distribuidora. Exactamente igual que hace el comercio en provecho de la caja de caudales, puede hacer la cooperativa distribuidora respondiendo al bien general con otra Asamblea abierta. Y, naturalmente, la cooperativa distribuidora se federa con sus iguales para intercambios y trueques, de la misma manera que el Consejo Peninsular de Municipios Libres está coordinado con el de cooperativas de producción y con las cooperativas de distribución.

El Municipio: ponderables inmediatos que podríamos llamar; y además, categorías imponderables. La Cooperativa de Producción: trabajo organizado y destino de los productos, retribución con régimen de horario, Cooperativa de Distribución y cambio: facilitar los productos tanto indígenas como no, transportarles, manufacturarles,

servirlos en estado conveniente, cambiarlos. He aquí el esquema que puede ser como epitafio de las viejas instituciones autoritarias y burguesas. Todos los conflictos podrían resolverse por arbitraje. El voto personalista, preconizado por los partidos, quedaría en ruinas puesto que se votarían obras y servicios, no candidatos, y puesto que sería imposible especular por interés privado en detrimento del general. La burocracia quedaría en ruinas con la estadística y la contabilidad precisa, y estarían todas las necesidades atendidas en progresión.

Ya se escribió y habló abundantemente sobre estos temas. Pero lo cierto es que todo lo que se formula como deseable, todo lo que representa mejora, está realizado en principio y luchando con los inconvenientes más graves. El Estado cree que construye carreteras, pero el Estado no construye nada. Si hay caminos y calles y viviendas y pan, el mundo del trabajo lo hace todo. Si hay enseñanza difundida se debe al esfuerzo de quien aprende y enseña, no al Estado que burocratiza la enseñanza y la explota adjudicándose una tutoría que los maestros dignos rechazan. Si los ciudadanos se bañan, si abandonan la creencia en misterios, si contra todas las leyes imponen la libertad de creencia y de tránsito; si se organizan para adecentar las condiciones de trabajo, todo lo consiguen no por el Estado ni con el Estado, sino contra el Estado y a pesar de él.

El Estado es una abstracción cuando promete y un garrote cuando castiga a los desmandados. El Estado es anticooperador por excelencia. Se sirve de la autoridad, de los tribunales, de la fuerza, de toda especie de coacción, y la coacción es una antítesis de la cooperación, de la voluntariedad y del espíritu solidario.

Un sistema de cooperativas federadas pondría en circulación los productos más lejanos; impulsaría su transformación y su calidad saludable; favorecería el trueque; estudiaría el establecimiento de industrias nuevas con reducción de esfuerzo inútil; si en un pueblo hay facilidad para cultivar el lino o la remolacha azucarera, o el cáñamo o las hortalizas más propias para la conservación, la Cooperativa de Distribución, coordinada con la de producción, se haría intérprete del interés general, sin choques ni disidencias.

Atribuir a los hombres una posición negativa y obtusa es una insensatez porque los hombres se entienden ya entre ellos teniéndose por iguales. Cuando no se entienden es precisamente cuando unos quieren cabalgar sobre otros, cuando, por la causa que sea, desaparece el interés cooperador, el libre juego de iniciativas y la emulación. Entonces es cuando no se entienden.

La Cooperativa tiene un papel preponderante en la socialización. Las colectividades españolas desde el 36 al 39 no contaron, no pudieron contar con tiempo ni espacio para deliberar sobre estos temas primordiales. El tiempo corría como marcado por un calendario que profetiza catástrofes y acierta. El espacio se iba achicando entre angustias y reveses; el Estado guardaba el oro y los víveres para los oficinistas, y dejaba en blanco a los combatientes. (El mejor aliado tácito de los trogloditas franquistas era el Estado, cargado de oro y de ignominia).

La Cooperativa es uno de los primeros elementos estabilizadores de la revolución. La Cooperativa atiende a las necesidades materiales, sin cuya satisfacción no hay régimen social posible. El hambre dificulta cualquier idea constructiva y elevada. No hay, no puede haber excusa contra el hambre. Desaparecido el régimen de monopolio, las cooperativas no pueden decir que falta transporte o que faltan alimentos. Tienen que responder a su carácter, y no es lícita la disculpa. Tampoco es lícita la inhibición ni la abulia, ni el desorden. Todas estas lacras del régimen burgués no pueden reaparecer.

Y no se trata de organizar a todo trapo la abundancia y el jolgorio, la demanda de objetos supérfluos o la disipación. Se trata de destruir todos esos resabios de un mundo sin equidad. El sentido cooperador no proclama gollerías. Sabe que si hay sacrificios ha de haberlos para todos, pero sin seguir haciendo de la vida un camino de sacrificios.

Lo que debería sorprender a los gruñones en un movimiento de conmoción tan profundo como el de 1936, no es la pasajera claudicación, sino la buena voluntad general empeñada en superar los trances más graves y dispuesta a perderlo todo antes de aceptar el yugo de Franco. Lo que habría de contrarrestar todos los improperios tendría que ser la serenidad de los españoles del estado llano que transponían la frontera que muchos no volverían a pasar. Una frontera con autos de turismo que se abría difícilmente. Tras ella había una República que facilitó a los españoles cárceles y campos de castigos; un Frente Popular que, salvo dignas excepciones de solidaridad privada, consideró a los españoles como delincuentes.

El sentido cooperador no murió en España entre los españoles. Siguió en Francia en la defensa común contra tantos adversarios, con mucha y arriesgada ayuda en el peligro, con predisposición decidida al contacto. El ideal ha unido a los españoles en el destierro. La

ambición ha desgajado a los ambiciosos y está poniéndoles unos frente a otros.

No es la cooperación una expendeduría. La cooperación se extiende a infinitos aspectos de la vida, a menesteres y necesidades de alto rango moral. La cooperación es un resultado de la propia modestia ocupada. De este sentimiento de ser útiles a los demás es consecuencia lo que en el mundo económico parece insoluble sin serlo, porque se ve todo con ojos interesados y con cierto altruísmo nominal que no resiste ni siquiera la primera prueba. Pero el buen ánimo no sólo atenúa las dificultades sino que las suprime.

Hemos presenciado casos de cooperación verdaderamente ejemplares; cooperativas rurales sostenidas a fuerza de horas de velar y trabajar, edificios que se han construído heroicamente dando de lado cualquier consideración de orden egoista; y estos ejemplos los dieron siempre, con una frecuencia compensadora, los más modestos y anónimos. Cuando cayó algún preso en la resistencia obrera, las familias no quedaron desamparadas sin necesidad de publicar ninguna lista de donativos.

Estos casos se dieron siempre a millares y aun a millones. ¿Por qué fijarse únicamente en los casos contrarios?

Sin necesidad de atribuir al afin una cualidad inmejorable; sin ninguna idolatría y sin ningún resentimiento, tampoco, es justo registrar los casos de cooperación y ponerlos de manifiesto para acallar tanto el cacareo de los pesimistas como el de los aduladores. El adulador es el que dice sin pensar lo que el adulado piensa sin decir.

En Italia, Mussolini destruyó las cooperativas. En España hubo cooperadores entusiastas contra viento y marea. A veces se reunían cincuenta compañeros, iban al campo a buscar legumbres secas, las compraban y se disponían a repartirlas entre ellos. Surgía una huelga y los productos se repartían sin pagarse. Los campesinos lo daban todo por cobrado. ¿Puede darse más generosidad?

A veces se organizaban talleres de pequeña mecánica por sistema cooperador sin patrono para comprar máquinas de coser, bicicletas y artefactos caseros. También había ebanistas que trabajan por su cuenta. Todo dio resultado magnífico hasta el mismo 19 de Julio de 1936.

Ahora que los españoles han aprendido en el exilio a hacer jabón, alpargatas y tantas otras mecánicas de pequeña utilidad, la cooperación que ya tenía raíces profundas podrá tener una expansión más firme.

Hay un interés legítimo en la cooperación porque ésta, al fin y al cabo, reside en el interés de uno hacia todos y de todos por uno. Pero ningún interés colectivo puede entrar en colisión con otro interés colectivo. Si chocan ambos, la solución no está en eternizar la contienda, sino en el arbitraje. Un arbitraje nunca podrá poner de acuerdo a los antípodas. El arbitraje se entiende para el detalle, para la mejora, para la superación. Hay distintas interpretaciones del colectivismo y todas pueden mejorarse; sin embargo, no puede haber arbitraje en pro del colectivismo entre colectivistas y no colectivistas.

La Cooperativa de Distribución es capaz de lo que no ha sido ni puede ser el comercio. Es capaz de dar a la distribución un carácter de simpatía y cordialidad. En un régimen de novedad y de optimismo constructivo, en un régimen moral, la Cooperativa es la producción dispuesta para llenar todas las necesidades.

Si el Municipio atiende a los imponderables y a las necesidades que podemos llamar vecinales inmediatas; si la cooperativa productora atiende a la producción propiamente dicha, la cooperativa distribuidora atiende a todos los cauces, a todos los destinatarios del provecho moral y material, no quedando reducida a facilitar pan y arroz, sino libros también. Todo lo que el comercio hace mal y a costa de moneda, puede hacerlo la Cooperativa de Distribución compensando con géneros la condición útil del hombre.

Los procedimientos son infinitos y están en contraposición con la moneda. El cálculo de base monetaria, en realidad, opera sobre enormes conjuntos humanos que producen sin iniciativa, consumiendo con inhumana limitación. Esto contradice el régimen burgués, y bastaría para calificarlo de inmoral. Los mineros —fracción más despreciada del todo laborioso— son números para los monopolizadores del subsuelo. Un minero es igual a otro para ellos. La única diferencia que atribuyen a un minero respecto de otro es el mayor o menor rendimiento, es decir, una cifra. Como si los hombres fueran cifras. Como consumidores no todos los números son iguales.

Unos tienen familia, otros no. Unos tienen más necesidades que otros y, desde luego, todos viven en déficit fisiológico con sus familiares, en un déficit fisiológico tan imperioso como la inseguridad en el trabajo y el horario, que no se duda en calificar de criminal de derecho común.

La moneda puede sustituirse humanamente por normas referidas no sólo al tiempo sino a la satisfacción en un trabajo regenerado, al mayor rendimiento que produce un utillaje adecuado, a la exclu-

sión del esfuerzo penoso que las máquinas hacen innecesario, y a la desaparición del interés acumulativo que amontona moneda sin escrúpulos.

Del hombre, considerado como consumidor, puede decirse lo propio. La limitación del medio adquisitivo es virulenta, más virulenta que el procedimiento revolucionario de mayor violencia. En la cooperativa distribuidora las necesidades de todos están previstas por todos y cada uno de los adherentes, y remediadas, igualmente sin daño para nadie. Es una zafiedad decir que a un metalúrgico se le ocurrirá pedir faisanes, piñas de Cuba, caviar ruso y salmón de Noruega para el desayuno. Todo ésto significa que los problemas esenciales del mundo se tratan con mentalidad de cabaret para desacreditar las ideas de equidad, interponiendo el capricho como norma de vida, tal como practican, sin propaganda, los grandes y pequeños carceleros de la riqueza pública.

Pro y contra de la cooperativa americana

En plena guerra pasada, las cooperativas americanas, según Arnold Bónfeld, se asociaron a las restantes del mundo para conmemorar el centenario de la primera Cooperativa de Rochdale, Inglaterra.

Aquella modesta Cooperativa inició un movimiento que antes de estallar la guerra tenía setenta y tres millones de adherentes en treinta y nueve países.

El movimiento cooperativo de los Estado Unidos tiene más miembros y mayor movimiento que el de Suecia, aunque abarca menos del cuatro por ciento del pueblo americano.

Cuenta con pozos de petróleo, Bancos, fábricas de maquinaria agrícola, aserradoras, imprentas, librerías, fábricas de conservas, molinos harineros, refinerías de petróleo, tostaderos de café, elevadores de cereal, panaderías, lecherías, etc., etc...

La ciudad de Burkhandt es una Cooperativa que tiene una fábrica y cultiva cincuenta y cinco hectáreas, conservando la gestión administrativa de casas y tiendas.

Una buena parte de la expansión de productos agrícolas se efectúa por mediación de las cooperativas. Éstas ayudan al labrador a tener lo que necesita para su granja: piensos, semillas, abonos, combustible. También ponen al tanto de sus adelantos técnicos al adherente en materia de adquisición de piensos para el ganado y

abonos. Así se reducen los precios de adquisición en un promedio de cincuenta millones de dólares el año. Cooperativamente se electrifican las granjas. Se prevé aumento de cooperativas para la venta al por menor en toda América.

El Sindicato del Automóvil ha establecido un núcleo de consumidores para estudiar la posibilidad de fundar cooperativas entre las secciones locales. La Federación Americana del Trabajo, en su Estatuto de 1944, resolvió establecer una Sección de Cooperativas para propagar la idea entre los obreros, especialmente con respecto a cooperativas urbanas.

Mientras las compras y ventas se generalizaba entre los agricultores americanos, se intentó fundar cooperativas en centros urbanos. En Europa, este movimiento fue iniciado por los Sindicatos obreros, y antes por las Sociedades de resistencia. Un año después de fundarse la histórica Cooperativa de Rochdale, un sastre de Boston, Kaulback, organizó un club de compras que más tarde se convirtió en Unión Protectora de Obreros. La idea se propagó rápidamente en Nueva Inglaterra y otros Estados, y el número de tiendas llegó a ser de unas cuatrocientas. Más adelante varios Sindicatos emprendieron experimentos de cooperación en las comunidades industriales, pero tropezaron con tantas dificultades, que a fines del siglo pasado muchas habían fracasado.

Algunas de las cooperativas más prósperas son las que, fundadas a principios del siglo en Finlandia, Checoeslovaquia y otros países, fueron a establecerse en los Estados Unidos y ya conocían los métodos empleados en su propia tierra. Las tiendas que abrieron en pequeñas comunidades americanas típicas —Maynard (Massachussetts), Waukeegan (Illinois) y Dillonville (Ohio)— son las mayores y mejores de esa clase en los Estados Unidos, y sirven de ejemplo e inspiración para el incremento del movimiento.

En Suecia, las ventas de tipo cooperativo representan el quince por cien con respecto al total del comercio al por menor, y en Inglaterra al trece, mientras que en los Estados Unidos no llega al dos por ciento.

Es muy difícil organizar estas sociedades entre obreros que a menudo se trasladan de un sitio a otro en busca de trabajo mejor remunerado. A parte de eso, las grandes tiendas de sucursales múltiples están tan bien administradas, que las cooperativas urbanas no pueden realizar para sus socios los importantes ahorros que las cooperativas agrícolas y petroleras proporcionan a los suyos.

Todos estos datos demuestran que la Cooperativa puede progresar en todos los órdenes si amplía las operaciones de adquisición y distribución de productos en cooperación directa, sin empresa ni intermediarios.

Si una Cooperativa concede crédito para un empresario que ha de explotar mano de obra y no lo concede para una cooperativa de productos sin empresario, contradice el principio de cooperación. Las cooperativas americanas adolecen del defecto de los dividendos o beneficios repartidos como los reparte una Sociedad Anónima, y también adolecen del defecto de ser soportes de muchos granjeros explotadores del suelo y del ganado mediante asalariados sin el menor carácter de cooperación. Todo ésto puede superarse, y debe superarse atendiendo al bien general y con el convencimiento de que la ayuda de cien campesinos que trabajan fraternalmente para fundar una Cooperativa de Distribución es más eficaz que el auxilio pecuniario del Estado, del que se valen muchos granjeros para ampliar sus negocios, y no para fundar ninguna práctica de cooperación.

Bases concretas de la Cooperativa Socializada

1. No se puede socializar la distribución sin socializar previamente la producción. En las regiones que tenían el vino como producción preferente, hay grandes cooperativas. Están organizadas con automatismo comercial completo. Para nada rozan el concepto de propiedad. Todo cosechero lleva a ellas la uva y dispone del vino correspondiente. Lo mismo da que el cosechero haya obtenido la uva por su esfuerzo exclusivo o con asalariados. El participante de tales cooperativas obtenía ventajas para la venta en regulares condiciones, para adquirir drogas desinfectantes y abonos, para tener algún crédito, etc., pero había de atenerse exclusivamente a su haber como cosechero, sin compensación a menudo con sus verdaderas necesidades. Sólo el hacendado grande las llenaba a satisfacción y con superávit. Para remediar estos inconvenientes se requiere la socialización de productos.

2. En una Cooperativa Socializada se incluye todo movimiento, toda gestión de carácter funcional, que se relaciona:

a) Con el almacenaje y conservación.
b) Con la distribución propiamente dicha.
c) Con el tránsito.
d) Con la transformación.
e) Con el intercambio.
f) Con la exposición periódica de productos selectos.

Así pues, la Cooperativa tendría almacenes apropiados, frigoríficos, expendedurías, material de transporte, fábricas y talleres, métodos de intercambio establecidos por los adherentes presentes o lejanos y las de exposición. No es la cooperativa ideal una tienda, sino un vasto complejo en el que cabe todo lo que facilita productos dispuestos para uso y consumo,no sólo productos que podríamos llamar en bruto, sino a disposición inmediata del adherente.

3. La Cooperativa Socializada no sólo es emisora, sino receptora y agente de trueque. En este aspecto es obligada su coordinación con las Federaciones de Industria y la más estrecha relación con el transporte, piedra angular de la Cooperativa.

El transporte en España iba evolucionando rápidamente desde que el caucho y el motor de explosión transformaron la economía y la relación de los pueblos, acercándolos unos otros, más que todos los decretos y disposiciones aglutinantes de la Administración. El ferrocarril tenía tarifas tan inabordables para las mercancías, que no pudo distribuir el pescado desde las costas al interior de la Península, encargándose de tal menester el motor de explosión. En grandes coches llegaba el pescado del Cantábrico a los pueblos y ciudades de tierra adentro; sin perjuicio de la conservación y en pocas horas podía estar y estaba en todas las manos, lo que, en medio de todos los inconvenientes, facilitaba el consumo de aquel producto con relativa baratura. Compárese esta mejora que, en pocos años desde 1928, cambió la alimentación de los hogares populares, bajando el consumo de carne que llegaba en pesados, tardos y poco higiénicos vagones en diagonal desde Galicia al Mediterráneo. Y compárese con las maniobras de los patrones de pesca de altura que arrojaban cargamentos enteros de pescado al mar para que no fuera barato. El motor de explosión llevó los productos del mar a las aldeas en vehículos adecuados. Los pesados y lentos trenes de mercancías, con vía única, encarecían la carne y la

llevaban a los lugares de distribución con lentitud casi bovina. Los viejos armatostes que la burguesía pesquera utilizaba para proveer el mercado eran como catafalcos para el personal y no cumplían ni remotamente la misión que se proponían. Hay un paralelismo evidente entre el transporte caduco y el que sus empresarios dan a los trabajadores de él. Ferroviarios y pescadores de altura eran tratados y retribuidos como verdaderos parias. En relación con los servicios que prestaban, los transportistas de frigoríficos de pescado hacían un servicio muy beneficioso, y eran mejor atendidos. En el porvenir, las expediciones de pescado, dependientes administrativamente de la Federación de tal ramo, tendrán relación con los núcleos de tierra adentro que tengan a su cargo la demanda de pescado, en una región determinada, y si en pleno régimen de privilegio se obtuvo beneficio realativo para la población, cuando desaparezca la empresa el beneficio se acrecentará extraordinariamente con el transporte y la pesca en período de socialización, como la agricultura y las industrias.

4. Autarquía. Este apartado está en relación constante con el auge de las Cooperativas de tipo socializado, puesto que mal se puede distribuir lo que no se tiene, y no puede caber Federación de industria sin Industrias.

Se ha discutido con insistencia, y hasta con pesadez, si España puede establecer un sistema económico de autarquía, es decir, si puede bastarse a sí misma en caso de bloqueo internacional, de una ofensiva de los intereses coaligados de otros países, inmediatos o lejanos. En primer lugar, el supuesto aislamiento podemos considerarlo muy preventivamente desde el punto de vista de la realidad. Mucho más si partimos de bases racionales. Suponer que España, en un régimen de equidad, no podrá disponer del mineral de Riotinto ni del servicio telefónico por el hecho de que hoy dependen de capital no español, es una puerilidad. Incluso entre naciones constituídas artificialmente hoy, y dominadas por todos los apetitos de egoísmo, estos casos tienen una solución oficial inmediata. Ejemplo: la expropiación de acciones petrolíferas norteamericanas en Méjico. Otro ejemplo: la expropiación de tierras de no españoles en España para obras de utilidad general. Otro ejemplo: la nacionalización de empresas acordada recientemente en Francia, a pesar de haber en ellas capital no francés. (Dejamos aparte la crítica de tal sistema, votado

incluso por los partidos conservadores). Otro ejemplo: la reciprocidad comercial entre la U.R.S.S. y distintos Estados rivales, reciprocidad que data de tiempos anteriores a la guerra del 39. Ningún burgués del mundo puede negarse a la expropiación de sus intereses en país distinto del suyo, tanto si la expropiación está decidida sin indemnización por un procedimiento revolucionario —y ésto incluso en su país—, como si está decidida por una nacionalización que indemniza a los acreedores. Francia burguesa había prestado muchos millones al zar de todas las Rusias. Caído el zar, las deudas quedaron anuladas, y hoy Rusia está y estuvo en buenas relaciones con la Francia burguesa. Si los ingleses necesitan cobre, y no son suyas las minas que lo facilitan en España, en España buscarán cobre, tenga España el régimen que tenga; y por lo que respecta a la Telefónica, el negocio de Norteamérica no está como se cree en el rendimiento del capital invertido en acciones, aunque este capital sea voluminoso. Está en que la Telefónica ha de emplear exclusivamente material norteamericano de instalacion, recambio, cables, etc., lo que supone para los Estados Unidos un comercio constante y obligado con España, cosa que seguiría aunque se nacionalizara o socializara la Telefónica, de no destruirse las instalaciones y emplear otros métodos.

España puede tener autarquía si los españoles quieren y sin necesidad de declarar ni soportar un centenar de guerras con un centenar de Estados, cuyos súbditos tienen intereses en España. Los cuentos de miedo son cuentos de miedo, y nada más. Con el sobrante de fruta selecta —después de intensificar la producción—; con el sobrante del mineral —después de humanizar y racionalizar las minas—; con el sobrante de energía hidroeléctrica —después de alumbrar la del Pirineo, suficiente según los técnicos para todas las necesidades industriales de la Europa Occidental a dieta de carbón—; con el sobrante de la conserva pesquera —después de ponerla al día—, todos los productos exóticos irían a manos de la economía española, aunque el proletariado de todo el mundo fuera desafecto y en España no hubiera régimen burgués.

Acerca de la agricultura española, base de innumerables industrias, podemos decir que, eligiendo un pueblo español de producción tenida por insuficiente y deficitaria, lo que representó la apropiación en renta de los señores de la tierra y el latrocinio del Estado hasta que la tierra se desvinculó de manos muertas, equivale ya a una prosperidad. Pude probarse y se probará en el curso de estos

ensayos con número y hechos. (Capítulo XIII «Cifra y prueba de la vida local española.»).

Para comprender la verdadera posibilidad de autarquía económica, bastaba vivir en un puerto y contemplar lo que la rapacidad se llevaba. Tenemos el ejemplo de la potasa. La potasa, tan apropiada como elemento fertilizante, iba desde España al Japón y a Alemania para fabricar explosivos. Los obreros portuarios de la C.N.T. se pronunciaron contra semejante ignominia poco antes de la guerra del 36, y la prensa de aquella organización denunció, con apoyo de los compañeros de Ferrocarriles Catalanes y mineros, la vergüenza del tráfico de las empresas mineras, secundadas por la política central y por la periférica. No será muy difícil demostrar que los bombardeos de la aviación fascista contra las ciudades indefensas de España llevaban materia de Suria. Ni será difícil demostrar que en el archifamoso monopolio de Petróleos de Primo de Rivera jugaba el interés del general jerezano, de su hijo, el fundador de Falange, y de Calvo Sotelo, como el de unos cuantos tiburones, a quienes los Soviets manipularon con no pequeñas dádivas para prestarse a recibir petróleo soviético, nefando petróleo de hoz y martillo.

En una España gobernada por los políticos y burgueses, en comparación de los cuales el labrador más analfabeto que se quema la piel en las eras de Castilla, es un Catón y un Séneca, no se puede hablar de autarquía ni de nada. Y es de justicia incluir en el anatema a los gobernantes republicanos realizadores en España del objetivo de toda política sentida por burgueses pobres o fracasados, que sólo aspiran a ser funcionarios, es decir, a obtener la renta de un capital que no tienen, vegetando toda su vida detras de los tinteros como las arañas, y chupando hasta el papel secante.

Pero el español liso y llano —liso por la miseria, llano de carácter— sabe que sólo su esfuerzo le valió y le valdrá, unido a sus iguales, para desconcertar y destruir la mentira y la injusticia. ¿Cómo no concebir una España con autarquía si los españoles estiman su individualidad precisamente porque la han puesto a prueba toda su vida?

El español sabe que la Economía manejada por pedantes no es una Economía cooperadora, y la razón del español liso y llano es sencillamente ésta: «No soy un número».

Pero incluso en el negociado de los números, el español liso y llano va aprendiendo a contar. En horas preferentes empieza por contar lo que le roban. Luego cuenta lo que él y los otros españoles

lisos y llanos pueden reivindicar, y ve que pueden reivindicarlo todos, unidos por un ideal en el que la Economía no es despreciable, pero tampoco ocupa ese lugar de prioridad y exclusividad que atribuyen a aquella categoría, tan bien avenida con esos eternos centralistas del bienestar y los grandes amortizadores de riqueza ajena.

La idea cooperadora es inmortal porque ha tenido realización en prolongados ensayos, en vidas enteras sin cronistas, en rasgos seguros, en determinaciones constructivas, en las mismas cooperativas arruinadas por dar pan a los menesterosos y refugio a los perseguidos.

¡Qué enorme, qué substancial importancia puede tener en una Federación de Autonomías Ibéricas la Cooperativa radiante! Es la fiesta sosegada después del trabajo, la paternidad sin recelos, el número como la rueda y la máquina en manos del ciudadano sin tutela. Y no una sola Cooperativa, sino la variedad requerida por la vida y los tiempos: la satisfacción de necesidades nuevas; el acercamiento de unos seres a otros porque en la existencia hay atajos como en el suelo; la alegría de ayudar a los menos dotados; la asistencia sin privaciones ni despilfarros; la sorpresa de aprender en horas lo que los pedantes intentan explicar en siglos sin conseguirlo; la otra sorpresa de enseñar sin querer lo que es inolvidable, útil y bello; la dignidad de saber el destino de toda obra humana y la cordura intrépida de iniciativas. Todo ésto, tan profundo, tan optimista y tan sociable, es nuestro.

A nosotros compete extenderlo, enraizarlo, perfeccionarlo sin fatiga, darle impulso y crédito contra los miserables pánicos del miedo.

Alarmante aumento de comerciantes, cooperación en el Municipio Libre y punto de vista de los internacionalistas

En una estadística reciente (octubre, 1946) podemos leer que el número de comerciantes aumentó, en los primeros meses del año, en cien mil (Francia). El comentarista señala el hecho como expresivo del estado patológico de la Economía distributiva. Añade que, hace cien años, el trabajo agrícola ocupaba el cuarenta y ocho por ciento de la población francesa, y en 1930 sólo el treinta y cinco por ciento. Durante el mismo tiempo la proporción entre el número de comerciantes pasó al doble, desde el seis al doce por ciento. ¿Cómo se explica semejante desnivel en una época anémica, tan deficitaria en hombres

y en recursos? Es paradojal que los vendedores aumenten en proporción inversa al volumen de mercancías en venta. Y no deja de ser síntoma decadente el hecho de que más de la mitad de nuevos comerciantes no ejerce su oficio en el comercio sedentario, sino en el movible y clandestino para facilitar víveres y tejidos especialmente.

Estos inconvenientes sólo podrán remediarse mediante la Cooperativa de consumo en el Municipio independiente del Estado tal como preconiza *Le Libertaire* de París del 6 de septiembre de 1946 en un concienzudo trabajo.

«La primera necesidad de todo ser es consumir —se escribe—. La función de productor queda en segundo término. No se puede minimizar el lugar que ocuparán en la organización federalista las cooperativas de producción. Pero las cooperativas de consumo han de representar un papel importante. No puede compararse la cooperativa distribuidora del porvenir a la de hoy. Esta última tiene por objeto permitir a los consumidores asociados (clientes) la compra de comestibles a precios más bajos que en el comercio privado. Pero subsiste la noción de comercio. Los llamados cooperadores no influyen sobre la producción, no la impulsan. Así, pues, la Cooperativa actual no es más que una forma comercial de cambio, y nunca reguladora de la distribución equitativamente organizada. El volumen de compras que afecta al consumidor está subordinado a sus posibilidades financieras».

Se escribe luego: «En el Municipio independiente del Estado la noción de comercio desapareció ya. El establecimiento corriente hoy —comercio al menudeo— se habrá convertido en vehículo de distribución al servicio de un núcleo de consumidores cuya cifra no puede fijarse anticipadamente puesto que ellos mismos la acordarán de acuerdo con sus conveniencias. El radio de acción de la Cooperativa estará subordinado a la densidad de la población y área del barrio donde resida el centro distribuidor. Y los cooperadores apelarán a los productores —ellos mismos a veces, o bien participantes como ellos en la faena común— para gestionar la intervención de las capacidades o competencias».

El articulista se refiere a continuación a la manera de administrar la Cooperativa. «De dos maneras podrá llevarse la administración —escribe—: en principio, por los cooperadores mismos, y después por el Consejo Administrativo, que en cualquier momento revisará la gestión. Este Consejo —cuyos miembros podrán ser revocados en todo tiempo— quedará nombrado en Asamblea abierta, y no será reelegible. Nótese que el Consejo de la Cooperativa no tiene nada que

ver con los gestores y el personal distribuidor. Mientras éstos cumplen una tarea concreta y determinada, el Consejo de la Cooperativa no tiene más misión que la de velar por el cumplimiento de aquélla. Los centros de distribución se agruparán local o regionalmente, constituyéndose Federaciones locales, y más amplias, de consumidores. Este federalismo ha de permitir un conocimiento completo de las necesidades de todos y cada uno de los consumidores, llegándose a fabricar productos aparentes para los usuarios, y favoreciéndose la circulación. No tendrá la producción, agrícola o industrial, ningún motivo de acumulación individual, y el producto circulante responderá a las necesidades. El papel del comerciante no existe en una organización semejante. Ni el Estado. ¿Qué puede éste representar en una Federación de Consumidores?

En la obra *Origen, desarrollo y transcendencia del movimiento sindicalista obrero*, el autor y digno internacionalista Palmiro Marbá nos ofrece, entre los textos del primer Congreso Obrero Español inaugurado el 19 de julio de 1870, unas notas relativas a lo acordado sobre la cooperación de consumo en sentido adverso.

Añade Marbá que en el resumen y conclusiones que se sometieron a la aprobación del Congreso se señalan, sin embargo, algunos puntos de vista favorables a determinados ramos cooperativos «en cuanto tienden a la solidaridad y la hagan extensiva a grandes agrupaciones, huyendo siempre de crear intereses restringidos». Estos puntos de vista coinciden con el criterio de los internacionalistas de Chaux-de-Fonds, adversos a la cooperación de tipo comercial, pero no a la tendencia cooperadora que los internacionalistas propagaron posteriormente en la práctica.

Cooperación familiar y cooperación sociable

La idea de cooperación no fue , en general, bien interpretada, en los años posteriores a 1917. Todo cooperador entusiasta era considerado como iluso.

Injustos eran los críticos. En la crítica hay a veces un absolutismo corrosivo que podríamos equiparar al morbo totalitario. Se dice: todo o nada. Y sólo queda la nada. ¿Qué dejación se puede alegar en el hecho de que unos productores —consumidores de la ciudad se entiendan con otro grupo de productores— consumidores del campo, y que pacten entre todos asistencia mutua?

Los de la ciudad producen muebles; los del pueblo, aceite y arroz. ¿A qué principio se falta intercambiando arroz y aceite por sillas, mesas y camas? Los productores del campo ceden sus artículos, y pueden libertarse así del acaparador, que exige bajas cotizaciones comerciales para las compras que hace.

Los ebanistas pueden libertarse del patrón ensanchando el área territorial de adquisiciones. Unos y otros suprimen inmediatamente, de hecho, la moneda. Respecto a normas de trueque o intercambio, cabe deliberar sobre ellas, ajustarlas a bases humanas por pactos, o cálculos razonados y comprobados, a resultados de experiencia, al tiempo promedio invertido en hacer un mueble o en tener el producto agrícola dispuesto para el uso.

Se dirá que el ebanista necesita moneda para procurarse madera en el comercio. También el labrador ha de procurarse el utillaje y abonos. Pero, ¿no puede extenderse a la provisión de abonos y utillaje el sistema cooperador, como también a la provisión de madera e incluso al transporte? Cinco o seis metalúrgicos pueden trabajar en una comarca cooperativamente para los labradores. La extensión progresiva de estas buenas costumbres, no es ningún estorbo para la revolución. Es, en cambio, el mejor estímulo para acreditarla. Habitúa a todos a resolver problemas propios, a ampliar el sistema cooperador que, en definitiva, es el de la sociedad libre. La relación del agro con la urbe no sería el punto muerto que ha sido secularmente; se conocerían mejor campesinos y mecánicos, desaparecería el resquemor latente entre unos y otros y se multiplicarían las relaciones. La técnica de los grandes talleres tendría para el campo mensajeros capaces de modificar las condiciones rezagadas del cultivo. Más beneficio que todos los mítines espectáculares, daría la escuela práctica de acercamiento de unos productores a otros.

La cuestión de habilitar tractores para el cultivo no es tan complicada como parece. Habilitar la pequeña máquina segadora para cereal y forrajes ya era cosa resuelta por el capital, valiéndose de obreros y no de banqueros. El tiro de bovinos para labrar, más ventajoso que el tiro de ganado mular, ya se ha resuelto por el norte de España, sin empresarios, en la cooperación familiar y vecinal. La ganadería de pastoreo se presta también a la cooperación inmediata; y no digamos los productos de granja y artesanía, el transporte de recadero o cosario, y el más extenso en camiones, cuyo servicio se administra a veces cooperativamente entre los que lo emplean para tránsito de productos.

La cooperación familiar, tratándose de allegados bien avenidos que trabajan y consumen en común, tanto en el campo como en la urbe, es un ejemplo general de honradez, sin intermediarios ni explotadores; en cuanto a la intimidad, un modelo de sacrificio y desvelo para el familiar no productor, por su salud y porvenir. ¿Para qué hacer una apología teórica y pedante de la cooperación más extensa, si podemos apoyarnos en hechos concretos de la familia proletaria, esencialmente cooperadora? El noventa por ciento de los españoles viven cooperativamente entre ellos. No hay más que extender al conjunto social ibérico de veinte millones lo que hacen ya a pesar de los más graves inconvenientes, veintitres millones y medio de productores, y no lo que hacen dos millones y medio de parásitos.

Lo difícil es que se acepten por la pedantería estos datos tan objetivos y comprobados. Pero ahí están. Se podría trabajar con sentido práctico y extenso, adaptando a la comprensión de todos lo que todos hacen ya tantas veces sin darse cuenta. No se trata de ningún cálculo complicado, no se trata de alta y compleja filosofía. Se trata de hechos tan patentes que hasta da un poco de rubor insistir sobre ellos. Que la cooperación familiar no pueda ascender a la comprensión social, es una torpe consigna de la pedantería. Millones de ejemplos se podrían presentar, y no escasean en esta serie de ensayos, destinados a demostrar que en el mosaico ibérico las tendencias cooperadoras estuvieron siempre en el primer plano de actividad, coincidiendo con tales corrientes la interpretación libertaria de los maestros, que apoyaron sus razones en hechos, y de éstos dedujeron la doctrina viable, porque en hechos se funda y no en divagaciones de futurismo programático.

No es utopía conseguir el acuerdo entre cien familias laboriosas cuando los componentes de cada una de las cien familias están ya de acuerdo hace diez o doce siglos, sucediéndose en una vida honorable y útil. Todo lo que se puede alegar contra esta evidencia es banal, insignificante. Lo esencial y básico se tiene ya para que las cien familias se federen con otras, sin crear problemas de autoridad ni de egoísmo. Sin interponer pedantería alguna. Así como una familia no es autosuficiente y llama al médico si hay alguna enfermedad, igual podrá servirse de un técnico para poner en marcha una Cooperativa que produzca conservas vegetales. Pero nunca aceptará que el técnico de un ramo sea superior al técnico de otro ni superior a nadie. Ni aceptará que los técnicos se confabulen para gobernar ni explotar en nombre de nada ni en nombre de nadie.

La familia no tiene leyes ni las necesita. Ella misma cuenta con normas para vivir sin colisión; normas que no están escritas y que responden a la conservación de la familia misma, la cual no tolerará que la gobierne nadie en ningún aspecto, ni lleve sus pleitos, cuando los hay, a ningún tribunal. Si los tribunales civiles se entrometen en el régimen familiar, es en casos de interés, de renta, de propiedad, de reparto de herencia. Estos casos están excluídos de la familia hacendosa que es la que nos interesa, la que, en definitiva, cuenta para apoyar en ello lo mejor de la vida, evadida de la rutina.

Si no es posible operar de conjunto en gran escala, interesa que la iniciativa cooperadora y el mutualismo tengan ya, de momento, existencia en el mayor número posible de pueblos, barriadas, talleres y ciudades, sin esperar acuerdos generales ni constitución de grandes organismos que, en todo caso, tendrían su mayor eficiencia en la relación funcional más que en la burocrática. Cuando las iniciativas locales tengan realización, y por necesidad se relacionen, el movimiento cooperador se acreditará y extenderá por sí mismo con actos. El transporte es el mejor medio de relación expansiva.

Teoría y técnica actual de la cooperación y del consumo.

Gaston Défossé escribió un libro —*La Coopération de Consommation* (Presses Universitaires de France, París, 1942)— que intenta sistematizar el estudio de las realidades mutualistas. Empieza por advertir que, en Francia, el historial de las ideas cooperadoras, gracias, sobre todo, a Charles Gide, es, en general, conocida —aunque imperfectamente—, pero no es tan conocida la cooperación de hecho. Sin embargo, añade Défossé, si hay un sector doctrinario influído por los hechos, es el de la cooperación. En ésto coincide con el Dr. Fauquet. «Las primeras instituciones cooperativas —dice éste— nacieron espontáneamente como necesidad de asociación popular, y no nacieron de la ideología de tal o cual reformador social».

Traza Défossé y desenvuelve el plan de su obra ateniéndose a la cooperación tolerada y hasta favorecida por las leyes —existentes o posibles—, pero dentro siempre de un marco decretal y de su derivación comercial y financiera, norma jurídica, etc. Divide su obra en cuatro grandes apartados, después de señalar que no desconoce lo

que se ha llamado **mística de la Cooperativa**. He aquí los apartados de G. Défossé:

1. Aborda el estudio de la institución cooperativa. Considera lo que convencionalmente se ha llamado **movimiento cooperativo de consumo** como un todo, como entidad económica con fisonomía especial. Es preciso, según el autor, situarla en el conjunto de la organización económica contemporánea, cosa que no es posible sin trazar a grandes líneas el desarrollo de las sociedades cooperativas de consumo en función del medio económico y social en cuya intimidad operan. El autor estudia el cometido de las sociedades cooperativas en el seno de su iniciación y desarrollo entre el complejo de transformaciones económicas actuales.

2. Plan jurídico. Las primeras sociedades cooperativas se adaptaron, bien o menos bien, a las formas jurídicas que la ley ponía a su disposición al nacer. Como poco a poco se separaron del tronco legislativo, el legislador quiso hacer flexibles las leyes existentes.

3. Organización cooperativa de tipo regional.

4. Sociedades cooperativas de consumo. En primer, lugar estudio del problema interno de la sociedad. Entre lo que dura el período de inversiones y la efectividad de los compromisos, ha de haber, según el autor, un cierto equilibrio. Examina los términos de este equilibrio y la manera de obtenerlo y mantenerlo.

Los historiadores discuten todavía el origen de las instituciones fundadas sobre el punto de vista que podríamos llamar esencial en la cooperación corriente: reparto de beneficios a prorrateo o proporción a las compras.

Afirman unos que la primera Cooperativa se constituyó en Inglaterra el 21 de diciembre de 1884 por veintitres obreros tejedores: *The Equitables pionners of Rochdale.*

Por otra parte, Jean Gaumont dedicó dos gruesos volúmenes a demostrar que el iniciador de las Cooperativas había sido Miguel Derrion, creando en Lyon la primera entidad.

Tiene interés la consulta de la obra. He aquí la nota bibliográfica: Jean Gaumont: *Le Commerce véridique et social (1836-1838) et son*

fondateur, Michel Derrion (1803-1850), (Amiens, L'Imprimerie Nouvelle, 1935).

Bastará resumir brevemente el desarrollo de la industria en la época inicial de la Cooperativa.

1840 – Queda renovada la industria textil para el algodón.
1848 – Para la lana.
1857 – Forma definitiva de la máquina de coser.
1861 – Primera instalación de alumbrado eléctrico en Francia en un pequeño pueblo de Saboya: La Roche-sur-Foron.
1838 – Morse y el telégrafo.
1850 – Cable submarino Douvres-Calais.
1850 – Perforadoras de aire comprimido para la industria minera.
1873 – Hay veinticinco mil kilómetros de vías, medio siglo después de la primera concesión en 1823 de la línea del kilómetro 18 desde Saint, Etienne al Loire.
1848 – Punto de partida de grandes negocios bancarios.

Todas aquellas mejoras requerían exportaciones financieras más considerables, y hubo necesidad de buscar comanditas para comprar el costoso utillaje industrial.

Era éste de valor tan subido, que la mano de obra queda disociada del capital. La manufactura sucede a la empresa individual. Cuantos más productos se fabrican, cuanto más rápidamente pasan al comercio, más barato resulta el precio de fabricación.

Y ya tenemos la lucha por el precio de competencia.

El industrial comprime todos los valores que coinciden en el costo porque quiere.

1. Situarse con ventaja respecto a los rivales.
2. Acrecentar el beneficio.
3. Liberarse de las comanditas.

Entonces especula sobre el salario. La época se caracteriza por una miseria espantosa, cuyo origen está en el salario.

Miseria material y moral. Miseria moral en el sentido de que la producción pasa a ser anónima e intercambiable. Desaparece la obra bien hecha. El gusto por el trabajo decrece porque no es voluntario. El oficio era un sostén tradicional del hombre, y la máquina, poco a

poco, desposeía al productor hasta que éste buscó su defensa en la asociación. La segunda mitad del siglo XIX queda dominada por estos problemas de magnitud impresionante, problemas que la expansión de ideas, favorecida por la imprenta y sus maravillosos avances, da carácter universal.

La misma revolución de 1789 no es tan importante como el hecho de que la asociación de iguales, según la doctrina del socialismo no falsificada por el sufragismo, puede sustituir al Estado, que se sostiene precisamente fomentando la desigualdad y el privilegio.

Aquellos defensores de la asociación libre contra el Estado habían visto claro el fenómeno de la competencia comercial. La pelea entre empresas disputándose el beneficio les pareció que tendría un desenlace fúnebre, que produciría todas las guerras y todos los quebrantos que se han ido precipitando, y que sólo la asociación cooperativa puede suprimir.

Robert Owen y Fourier representan esta tendencia cooperativa y de la fiebre de la asociación, que el mismo Fourier llamó *garantisme*. Nótese, pues, que la idea cooperativa, deducida de los hechos por aquellos maestros, no inventada por ellos sino más bien sistematizada, demuestra la receptibilidad del elemento popular, adicto desde la primera hora a la idea de asociación y cooperación, mientras la dialéctica marxista daba al mundo un empujón autoritario del que el mundo se tambalea.

Las primeras sociedades cooperativas nacieron, en España sobre todo, paralelas al federalismo —que es la ciencia de empezar por abajo— y a la Internacional, con el espíritu de asociación y de ayuda mutua. En Francia sufren un eclipse después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Posteriormente, reaparecen. Pero nótese el fenómeno: reaparecen por iniciativa patronal.

De todas maneras, tienen una huella fourierista. Al beneficio dan el nombre de **impuesto mercantil**, terminología falansteriana. Respecto al reparto de beneficios, se prevé el pago de servicios de los empleados, y es exactamente lo que llama Fourier la **remuneración del talento**.

Todo se ve influído a mediados del siglo pasado por la idea cooperadora, incluso en la línea de la lírica.

En 1848, los estatutos de *L'Humanité* estaban concebidos y redactados con aquella mentalidad. Se proponía *L'Humanité* de Lille «hallar el medio de facilitar trabajo a quien no lo tenga; procurar a los trabajadores alimento sano y abundante mucho más barato de lo que

puede costar en el mercado, como vestido y calzado; procurar cobijo para la edad avanzada; ayudar a las víctimas de la adversidad o conseguir que la vida se desarrolle entre el trabajo gustoso y la felicidad que dan los nobles placeres de la fraternidad y de la familia, con el fin de apartar del porvenir inquietudes y penalidades para nuestros hijos».

Este estilo pomposo y florido es el mismo de Fourier, derivado en parte de las tendencias tan favorables a la virtud dominantes en Francia, cansada de los vicios del primer Imperio, y ya antes clara en un poema tan universal como *Pablo y Virginia*, anterior a la Gran Revolución, ya que la primera edición de *Pablo y Virginia* lleva fecha de 1788. La virtud residía en las latitudes tropicales, según el poema, bien ajeno su escenario por cierto a las guerras perpétuas de la Europa manicomial.

El mejor romanticismo asimiló lo esencial de las tendencias a la virtud de *Pablo y Virginia*, y también lo asimiló el espíritu de fraternidad de las asociaciones obreras y la cooperación.

CAPÍTULO XII

Arte accesible

UNIVERSALIDADES, DESINTERÉS

El arte —decía Tolstoi— es emoción. Fuera y dentro de la emoción, el arte tiene normas. Normas objetivas, naturalmente. Objetivas y experimentales todas sin excepción.

Lo fundamental del arte: emoción y experiencia. Esta última preferentemente adquirida por autoeducación. La emoción es un valor imponderable. La experiencia un valor ponderable y ascendente. El tejedor de tapices; el escultor y el pintor; el forjador de hierro; el que canta solo o acompañado; el guitarrista; el cineasta de invención o de representación; el constructor de viviendas; el que escribe novelas o dramas; el compositor, como el orador mismo, necesitan desentrañar de su intimidad lo más selecto de la vehemencia expansiva que todo ser humano guarda para sí mismo, no el mugido por supuesta inspiración. Todo ser humano guarda aquella vehemencia expansiva. La guarda a menudo sin saberlo, y no pocas veces en la cueva del subconsciente. La guarda como un tesoro de

calidad, ignorada o no, pero que pugna irrefrenablemente por salir de la intimidad, airearse, adquirir valor comunicativo y contraste, merecer universalista.

Todas estas expansiones nada tienen que ver con la comercialización del arte ni con su estancamiento en pésimos Museos, salas de espectáculos, librerías, urbanismo privilegiado, escaparates, catedrales, galerías de coleccionista, etc. Son anhelos puros de artista que conserva su temple y produce también obras maestras. Lo mismo da que el artista sea profesional o no, si en las fases de su actividad creadora permanece leal a sí mismo, sin adhesión a estilos, modas, prejuicios de interés o nación. El mismo sastre, el mismo artista, viste a dos clientes con igual corrección. Uno parece que va vestido. Otro parece una percha ambulante. El arte no basta que se dé, que salga de las manos del artista. Ha de saber interpretarse, pero de la misma manera que se interpreta quien sabe llevar un traje sin necesidad de tomar lecciones ni de darlas. No se trata aquí de elegancia de figurín. Se trata de sencillez y naturalidad. Y bien sabido es que ser sencillo y natural es fácil o imposible.

Lo mismo el pastor que, valiéndose de una hosca navaja de alforja, modela en un puño del cayado la figura de un buho que el escultor más depurado de una época floreciente de Grecia, no piensan, si son verdaderos artistas, en contabilizar la obra que producen. Piensan en darla al mundo sin estar al servicio expreso de éste y sin esperar que se les pague.

Piensan en producir. No en acumular producción, sino en depurarla y limitarla. En limitarla precisamente para mejorarla, mejorándose ellos con el trabajo de iniciativa, no en el impuesto, que sólo tiende a crear arte transitorio y deleznable, aunque el esfuerzo puro puede producir obras durables a pesar de todo; a veces, incluso contra la voluntad del propio artista.

La pasión de crear es lo que Tolstoi llama emoción. Puede sentirla el surrealista y también el clásico; el profesional y el que no lo es; el labrador y el artesano; puede sentirla el docto no sumerguido en un mar de confusiones virulentas entre sí por antagonismo de escuelas y épocas, como puede sentirla el hombre de la cueva prehistórica que reproduce una batalla de bisontes o adorna un arpón de pesca.

No consideramos cosa ilegítima que el artista viva de su arte. Lo que consideramos ilegítimo es que el arte entre, como la riqueza, en antros ocultos para adornar el aburrimiento de unos cuantos privile-

giados. Lo que consideramos ilegítimo es que el arte necesite el espaldarazo de ningún fiel contraste o crítico, siempre interesado en hacer del arte una categoría inaccesible, misteriosa y lejana, al servicio del que paga, del Estado, de un Mecenas cualquiera, de una agrupación confesional, de una secta, de un rito imperial.

La emoción de crear, la emoción del arte, puede sentirla el adulto, como también el niño, el loco y el negro del interior de África.

Hay una filosofía de corte moderno, y no por cierto desacertada en sus prevenciones experimentales, que aconseja estudiar con atención las reacciones del hombre de color para comprender las reacciones del hombre pálido. La música del hombre de color se ha impuesto al hombre pálido. Se ha impuesto el tam-tam sobre el parche como eco de terror y superstición dramática. Y se ha impuesto también la danza sincopada como si se hallara en el subconsciente del hombre pálido el poso de todos sus fallos, el resumen de toda su vida desorbitada, atolondrada, banal, sin sugestiones íntimas.

En cuanto a los niños, todos tienen en sus dibujos un aire personal, sobre todo cuando copian objetos o figuras que no están en planos rígidos de estampa; es decir, cuando copian objetos o figuras del natural. Nada como el dibujo de un niño para descubrir su vocación más permanente. La ingenuidad del dibujo infantil es una leyenda, como otra leyenda atribuir en las niñas el juego de muñecas al instinto maternal. Lo que hacen las niñas es practicar pura y simplemente con las muñecas el absolutismo más cerrado. Las acuestan, las visten, las zarandean, las dejan arrumbadas en el pasillo, en la rinconera o cerca del fogón. La muñeca obedece siempre a los más extravagantes caprichos de su patrona, y esta pasividad es la que encanta a las niñas, pasivas forzosas ante progenitores y allegados. La niña querría dominar a todos ellos como domina a sus muñecas. A veces lo intenta, y no pocas lo consigue con destreza perfecta desde el punto de vista dictatorial. ¡Desdichado el que cae en la órbita de una familia sugestionada y embobada por un pequeño dictador, por un consentido y mimado rey absolutista, que no deja hablar ni vivir!

El niño no hace dibujos. Estos le hacen a él. Dibuja para demostrarse a sí mismo que no es ingenio, para recrearse, es decir, volverse a crear, dominado por el instinto de la caricatura, tan propio de las generaciones primitivas. Si reproduce una cara deforme, amplía la deformidad, pero en ocasiones estiliza una figura con el arte

de las cuevas prehistóricas, con el arte de los negros en sus alegorías religiosas, con el arte de los locos.

El loco dibuja con cierta lógica, no siempre febril ni siempre disecada. Es una prueba de invención la suya, y hasta de genio crítico si se tiene en cuenta que el loco, igual que el niño y el hombre de color, son réplicas a la cordura tantas veces falsa del hombre pálido, alegatos contra su oculta sordidez que se disfraza de generosidad y contra su egoísmo exhibicionista que se disfraza de altruismo y de amor, volátil por cierto y tornadizo.

El arte nace y late en la intimidad de los hombres. Es una manera personal de ver, oir, oler, gustar y tocar. También, y sobre todo, de pensar. El arte es un vaivén constante de sugestiones, nunca una obra susceptible de quedar embalsamada y yerta en la fría penumbra de un Museo. El arte no tiene precio, como no lo tiene el sol ni el agua. Si la sociedad, tan afanosa de jerarquías intocables, pone precio a una escultura romana o griega, es porque obedece al criterio reverencial del dinero. También porque una nación o una ciudad aprende todos los grados de fatuidad, atribuyéndose méritos que sólo tentan a veces sus artistas, que no eran fatuos ni habían nacido en tal o cual paraje por propia voluntad. Y también porque en el mundo greco-latino es usual dar a la raza una cualidad eminente creyendo que Goya, por ejemplo, es un producto de la raza latina, cuando Goya tiene influencias asiáticas y holandesas entre otras, y sólo en la pintura religiosa —la menos sugestiva de su paleta— parece dominado por un latinismo epicúreo, muy preventivo de todas maneras y burlón. Si Goya es ibérico, lo es por su universalismo, y por su capacidad de evasión de la aldeanería, por su desdén hacia lo mediocre.

El nacionalismo tiende siempre a vestirse con plumas ajenas. Inventa las más insensatas teorías, y no sólo dando fronteras a una categoría que no las tiene, como el arte, sino cerrando brutalmente las fronteras y destacando a lo largo de ellas carabineros y aduaneros, que son los críticos.

Recuérdese lo que dice Spengler en su *Decadencia de Occidente*. Spengler ha sido uno de los precursores de la moderna pedantería racista, del germanismo resentido de los señores de la guerra. Para Spengler, el Renacimineto es un producto tan germánico como las anilinas. Los indicios del Renacimiento —dice— son góticos, y la postrimería, barroca. Por consiguiente —concluye—, el Renacimiento es germánico porque Alemania creó el gótico y el barroco.

Germania no creó ni el gótico ni el barroco. Lo que hacen sus corifeos, después de adjudicarse el papel de productores gratuitos de nacionalismo o racismo, es dar cédula a tales estilos, creados en realidad por artistas bien ajenos a la ortodoxia germanista. No existía la unidad política germánica al crearse aquellas formas.

Habrá unidad de procedimientos entre unos cuantos artistas, que se ponían de acuerdo, no como germanos, sino como constructores. La resistencia de materiales era una ciencia de Oriente. En lo que podríamos llamar internacionalismo de la construcción, los constructores se entendían aunque procedieran de latitudes apartadas.

El ángulo gótico con el vértice en alto no es un fenómeno tipicamente germánico. Una cabaña construida en país de nieve necesita estar cubierta por tejados que sean planos inclinados en Laponia, como en los Alpes, en el Pirineo o en Canadá, sin lechos paralelos al suelo.

El gótico es propio de países que viven a media luz y bajo cero; un estilo defensivo contra la lluvia y la nieve. Si hay una civilización gótica, sus contructores no son todos germanos de origen; la Italia del Norte como la Francia del Este y buena parte de España, central o no, tienen maestros del gótico. El Rhin lo irradió por sus dos orillas, y la orilla izquierda tiene más área de influencia que la derecha. Lo típico prusiano es el castillo señorial, rechoncho como un tonel.

El arte no tiene patria. El renacimiento florentino tiene mucho de oriental, como el español y el francés. Las Cruzadas, el tránsito por mares y continentes, la permanencia de los árabes cultos en un triángulo como el Cairo-Bagdad-Córdoba, y el descubrimiento de tierras y mares, produjo un intercambio de una fundición y refundición de maneras, una adaptación de procedimientos, una integración de calidades que determinaron múltiples escuelas de arte mestizo. Occidente es tributario de Oriente, del Oriente evolucionado. En cambio, el Occidente no evolucionado llevó a Oriente sus lacras con el colonismo.

El arte occidental, como el oriental, no pueden vincularse a ninguna raza, a ningún marco nacionalista, a ninguna escuela de raíz exclusiva.

Todos los Renacimientos se deben al paréntesis de reposo que dejaban las guerras y las contiendas dinásticas al cesar cierto tiempo y despejar las mentes de la pesadilla bélica. En el Califato de Oriente, fundado en la Meca y llevado a Bagdad por los abásidas, todo lo que no fue guerra del 632 a 1258, fue civilización comunicativa. En cada

núcleo árabe, las cuestiones dinásticas, las sucesiones sobre todo, eran problemas intrincados a causa de la poligamia de reyes y magnates, cuya descendencia, abundante y ambiciosa, se disputaba la corona.

Pero el árabe evolucionado no empuñaba el alfanje, sino la herramienta de trabajo. Lo mismo ocurrió en el Califato de Egipto, fundado por los fatimitas, y que duró desde 909 a 1171. Y lo mismo puede decirse del Califato de Córdoba desde 756 a 1031. El mundo árabe debió esplendor a su arte expansivo y no a sus príncipes; a la habilidad de millares de seres desinteresados del complejo guerrero; a los núcleos de poetas, médicos, constructores, ceramistas, tejedores, cultivadores de moreras para la producción de seda natural. Desde que hay arquitectos no hay arquitectura de arte, sino de *building*.

Todas las artes florecieron en la paz del paisaje ibérico. Cervantes quedó manco en la batalla de Lepanto, y a su invalidez forzosa debemos el *Quijote*, que es una Era de paz tras la tormenta, un responso a la batallera Edad Media, una melancólica oda a los sueños delirantes. Y cerca de las plumas de arte mayor, el pueblo creaba oficios y artes que desafían a los siglos; creaba canciones y trovas, estando medio desnudo vestía la tierra de árboles; compartía la vida con expedicionarios laboriosos; y se unía a hebreas y moras de España, como a indias en América, practicando así un universalismo disolvente; más que disolvente, corrosivo de marinos, razas y castas.

Todos los separatismos, desde el golfo de Méjico al extremo surcontinental, fueron castellanos, extremeños y vascos. Fundidos éstos con los indígenas americanos, no sólo expulsaron de toda América a los reyes del Escorial, sino que enraizaron en América un sentimiento de independencia individual y gremial que dará de sí lo mejor de su contenido humano y extrafronterizo.

Este trasiego de razas equivale al trasiego de estilos en el arte, en las costumbres, en el idioma, en la conversación. Ningún decreto puede crear arte ni improvisar artistas. Ninguna asamblea puede retener el horario de un eclipse. Ningún gobernante puede ordenar que surjan tantos o cuantos artistas geniales. Son éstos por ellos mismos y por el fervor por crear sin formas bajamente reverenciales; son las costumbres evolucionadas; son los imponderables activos los que hacen del arte un valor sin tarifa y un placer para todos.

La primera preocupación de los que quieran socializar el arte es hacerlo asequible y demostrar que las torres de marfil, las guaridas de arte como ciencia oculta, son avanzadillas que destacan los manicomios, porque ya ni en los manicomios caben los solitarios masturbadores.

El arte no es una religión, pero la religión ha sido un arte

Hay profesionales del arte que se empeñan en darle categoría religiosa. Con ellos están los seres privilegiados que tienen en casa un Museo para ellos solos. Con ellos están los pedantes que ponen los ojos en blanco oyendo una sonata y se recogen místicamente ante los demás como las beatas en la iglesia, que hablan y escriben después de oír un concierto, estableciendo una especie de escala de jerarquías más o menos distanciadas unas de otras, pero inaccesibles para las gentes que reputan vulgares. Con ellos están todas las Academias y todos los empleados de los Museos, todos los artistas subvencionados por el favor especial; los públicos endomingados y encaprichados hasta el delirio con tal o cual divo porque es de su pueblo, de su calle, de su familia o de su partido. Con ellos están los ministros de Bellas Artes, que vivirían en una dehesa rezagada, si los Ministerios no fueran las dehesas más rezagadas. Con ellos están los bohemios ricos que disimulan pobreza y los bohemios pobres que querrían ser ricos. Con ellos están los críticos, pagados o no, pero siempre parciales y siempre inclinados a escamotear la explicación de lo que es un cuadro, subiéndose a los cerros de Ubeda de la literatura para no explicar en realidad nada más que su estrechez mental. Con ellos están los Jurados, tribunales amañados, más que nada apéndices de los iletrados ministros para graduar el mérito por centésimas como se gradúa el vino. Con ellos están los familiares de todos los prodigios consagrados por la rutina, los que compran y venden arte, los que lo esconden, los anticuarios y los comisionistas.

Y sin embargo, ved el origen de los hombres que dejaron huella en el mundo. Todos han salido de las capas más despreciadas. Goya era pastor y Gayarre herrero. Cervantes, pobre como una rata, soldado y criado. Cajal, artista de la palabra, artista sociólogo incomparable en sus *Consejos a la Juventud* —no es tan conocido en estos aspectos como en la ciencia histológica— era hijo de un barbero de pueblo. Muchos esclavos en Roma y Grecia eran diestros en artes y oficios, y si podían desarrollar sus dotes, ascendían a las más altas cimas de la celebridad.

Buen número de artistas han inventado genealogías de convencional altura para codearse con gente de pro; pero en general, el artista, el verdadero artista, ha sido el pobre y despreciado en sus

comienzos. Recuérdese la demostración magna que nos facilita Romain Rolland con su *Jean Christophe*. Incluso en la falsa elegancia de salón, la aristocracia inglesa, que guarda las tradiciones de la etiqueta, se vale de viejos criados y mayordomos para aprender a comer y a conducirse. Los mismos reyes en su vida banal se valen de criados para decorar la inmensa vacuidad de las recepciones.

Y por lo que respecta a vivir del arte, francamente, hay una confusión lamentable. España cuenta con ocho o diez mil pintores de los llamados despectivamente de brocha gorda. Todos viven de pintar. ¿Cuántos pintores, cuántos artistas cansados de exponer, viven del arte? Lo que se llama vivir como un pintor de brocha gorda, algunos, muy pocos. Tal vez no más del cinco por ciento. El resto vive peor que un pintor de construcción si no se dedica a la enseñanza, al cartel, a la escenografía, al trazado de planos industriales o a la caricatura, géneros todos tenidos por menores en la ortodoxia —tan superficial— del arte exaltado como una religión.

No es una religión el arte; no es un valer extrahumano, esotérico, intocable, **tabú**. Sus pontífices y hasta sus monaguillos pueden afirmar que el arte es un don de las alturas y un regalo de los dioses. Lo cierto es que una figura como Horacio —tan reverencial para César— llegó a hastiarse de oropel y se permitió decir que en Roma había más dioses que hombres criticando genialmente la manía de endiosar a los artistas. Y al fin y al cabo la etimología que tantos creen sagrada del término **pontífice** viene del hombre diestro y hábil, no en llevar tiara, sino del diestro y hábil artífice constructor de puentes.

Arte es también: construir puentes, como dar al cultivo hortelano un trazado artístico; vestirse con soltura; guisar sin requilorios un plato sustancioso; hablar con pasión dosificada; con humor sin egolatría; tener la casa adecuada, bien dispuesta, funcional, sin inútiles trapos colgantes, sin flores que están mejor en el campo; dibujar sin pretensiones un itinerario, un mueble útil, un pequeño plano de circunstancias; servirse de unos metros de cretona para cubrir una cama; darse a sí mismo una lección de cosas construyendo los propios muebles; oír un concierto sin fiebre pero con atención; dedicar unas horas al pequeño y maravilloso arte de la encuadernación, de la guitarra, de la botánica predilecta, de la filatelia instructiva; escribir las impresiones de una velada, de una representación teatral, de una tertulia, de una prueba deportiva sin taquilla; leer sin locura de acabar; estar pendiente de la hora del alba para acampar en despoblado, en la prade-

ra más bella, en la orilla de un río, en una ladera florida; visitar una exposición sin oir al padrino del que expone; atajar al lenguaraz que intenta acaparar el interés de una reunión; ir al circo con un crío inteligente para contagiarse de su picardía; rellenar las horas de hastío de los demás con ejemplos de laboriosidad apasionada; callar cuando todos hablan; curar las desventuras con trabajo; eliminar de la vida las preocupaciones inútiles; someterse a autodisciplina rigurosa; no creerse héroe, ni guapo, ni indispensable, ni tenerse por ciudadano que siempre está de vuelta y al cabo de la calle; cultivar un minúsculo jardín; preferir las buenas reproducciones a los malos cuadros; decorar sencillamente la vivienda con barcos en miniatura, con fotos expresivas y escasas, con relojes de buen timbre metálico; pasar una tarde contemplando buenos grabados, viñetas, libros bien impresos, vidrios, azulejos, forja, sedería, lana tejida con destreza; seleccionar los perfumes acres y los que no lo son, eliminando los escandalosos.

Todos estos pequeños placeres caben en una educación que tenga por objeto hacer de la propia vida una obra de arte. El que se aparta de tan convenientes prácticas, cae en la nulidad, en el aburrimiento, en la fealdad, en la intemperancia, o lo que es peor, cae en la pedantería trascendental del arte totalista y autosuficiente. Y entonces se advierte por contraste que la religión ha sido un arte envolvente y pérfido que aprovecha las debilidades humanas con arte —arte achicado y destemplado— para rebajar el carácter, infundir terror en vez de inspirar confianza dando a los hombres fe en ellos mismos. Entonces, se ve que el esplendor del rito ortodoxo oriental, la rancia seguridad de las capillas evangélicas, las virulentas jeremiadas de la sinagoga y las iglesias para oídos a café cantante de los jesuitas, son trampas puestas con arte de caza, y no expresiones naturales de fervor. Entonces se ve que las religiones apelan al arte para atribuirse un crédito que no merecen. Apelan al arte de impresionar a los entendimientos incapaces de todo despliegue directo, capaces, en cambio, de replegarse sobre sí mismos en la concha, como un caracol. El jesuita consolida con solemnidades la afición al cabaret; el evangélico, con la frialdad de sus capillas, un puritanismo mendaz, gustoso entreacto para olvidar la pesadumbre de las vidas insulsas, de los tiempos sombríos. El ortodoxo deslumbra al fiel y le hace creer que el templo es el cielo, que los cantos y los iconos bastan para seguir soñando cuando la vida es sueño y se carece de todo método que no sea el de morir soñando. El hebreo abusa de los improperios y de la poesía camal.

El arte de las religiones nos da la mentalidad de su clientela. El jesuita, con su hegemonía total dentro del vaticanismo, abre los sentidos del fiel pegándose como una oblea a todo lo que es exterior y no tanto como se cree a todo lo que es sinuoso. Sobre todo se pega a lo sinuoso transigente con cualquier pecado, a condición de que se confiese, si bien los pecados tácitos, los grandes pecados tácitos, se perdonan tácitamente a cambio de transigencias y pactos callados para los pecados gordos. Los protestantes no tienen más misión que abrir capillas en medio de un mundo que ellos creen entregado a Satanás, gran burgués al que hacen la competencia poniendo miel en los moteles y piel en el resto del tiempo. Los hebreos están cansados unos de otros, endosando los hebreos ricos de Europa y América a Palestina a los hebreos menesterosos. Los ortodoxos están todavía en el siglo XIII. Sus cantos de resurrección, sus lámparas y sus altares enrejados, como su iconografía sobre fondo dorado, no tienen más misión que aturdir a los aturdidos.

No se puede negar que para todas estas manipulaciones se requiere un arte desenvuelto muy acorde con mentalidades frívolas y aterrorizadas por el infierno, sino por el cielo imposible. Las religiones están precisamente ahora pactando un armisticio, cuyo tacto tiene consecuencia única con cosas que en nada se relacionan con ninguna religión, sino con el espíritu conservador, común a todas las religiones en la vida práctica. Stalin pacta con los patriarcas. Vaticanistas y hebreos se daban la mano en Francia en la época de Petain para pedir dinero. Los evangelistas millonarios de Inglaterra proponen a Roma un contacto de codos para estabilizar los partidos de intereses en todo el mundo, contando con la sumisión del laborismo, conseguida a cambio de gobernar. En las iglesias rusas se reza por Stalin. El comunismo en todo el mundo tiende la mano a los católicos. En Lyon se publica un libro intentando demostrar que si el vaticanismo predica el Evangelio, Stalin lo realiza mientras instituye el jazz-band del Estado. El Estado soviético tiene su jazz-band.

El arte no es, no debe de ser una religión; pero la religión se vale de todas las artes del deslumbramiento. La música regala el oído, la estatuaria y el pincel regalan la mirada. La oratoria ensaya los más fluidos pasajes del repertorio. Y se da el caso de que la oratoria política y social está en decadencia como forma de expresión, mientras la oratoria religiosa está más en auge que nunca, impregnada más aún que la social y la política de temas laicos, incluso de temas volteria-

nos y demoníacos, en alabanza de Stalin y hasta del comunismo libertario.

Alerta ante todas estas artes que las religiones están difundiendo sin gran ruido y ganando para disciplinas no religiosas masas de opinión desconcertada. Francia, Italia y Bélgica tienen partidos mayoritarios acordes con el pragmatismo evangélico de Inglaterra imbuido de intereses. La maniobra de gran envergadura consiste en dar a su política internacional un carácter de táctica de diversión y de beneficencia cualquiera para seguir espiando, vendiendo y comprando. Los anglosajones pierden en Oriente y quieren tener el Occidente en la mano.

La descongestión del Museo

El Estado es la más acabada, la más patente calamidad del Universo. Si gana una guerra, resulta que sólo es la ganancía para unos cuantos. Si la pierde, la pierden todos los ciudadanos, menos unos cuantos. Los militares ganan la guerra porque movilizan las industrias civiles y movilizan a los paisanos mientras los militares descansan. Una vez terminada la guerra, los militares entran en ejercicio como civiles y militares. Todo ésto es tan estruendosamente elocuente, tan claro y tan visto, tan trágicamente cómico, tan experimentado, que parece increíble persistir en la continuidad de quebrantos y miserias. Europa está en completa decadencia. La guerra la ganaron las industrias y los contructores americanos, todos paisanos, con la enorme masa asiática movilizada por los Soviets. De contar sólo Europa con sus propias fuerzas, el fascismo se hubiera impuesto con permanencia. Estas verdades no las dirá ningún *speaker* de ningun medio de comunicación.

En una Europa cuya dispersión mental está llegando al paroxismo, entretenida con los tickets de azúcar, baile y pensiones de hambre, ¿qué representan los museos?

Los museos habrían de ser experimentos pedagógicos como lo son para los estudiosos, no un almacén embarullado, muchas veces con valores menos que mediocres.

En España tenemos un Museo del Prado, ante cuya grandeza no hay más que inclinarse. Pero con muchas reservas. Las obras están amontonadas. Goya linda con el Greco sin transición. Los italianos alternan con Zurbarán como si dijéramos mano a mano. Los más opuestos maestros se ven allí juntos por obra y gracia de la bu-

rocracia incompetente y del criterio de acumular muchas obras en poco espacio. Es el mismo criterio de los que administran cementerios y de los propietarios de inmuebles de renta, el mismo criterio de las empresas ferroviarias.

El visitante del Museo recorre la salas y sale con dolor de cabeza. Es como si a un ciudadano le hicieran oir en tres horas un millar de fragmentos de las más variadas óperas.

Podrá objetarse que el Museo hay que visitarlo con detenimiento. Bien. El visitante advertido ya lo hace. Pero este visitante advertido representa una reducida minoría y tampoco sale satisfecho del Museo. Siempre resulta que el Museo no cumple, no llena su finalidad educadora.

El Estado hace del Museo un archivo, nombra funcionarios, manda redactar un catálogo, da credenciales al personal auxiliar, gratifica a unos cuantos restauradores y pone taquilla en la puerta como en la feria se pone taquilla a la entrada de la barraca de los monstruos.

Lo mismo le da al Estado que el Museo sea un lugar de citas, un paseo para las parejas que están en la luna de miel o una serie de salones transitados por aburridos. El Estado tiene su Museo como tiene su oficina de Aduanas.

Al parecer, el Museo habría de representar una necesidad de orden superior y no una curiosidad aplastante, productora de jaqueca, un **número** de la visita a la ciudad. Un **número** como la visita a la Casa de Fieras.

La misma opinión que tiene el Estado del Museo la tiene el visitante aburrido o el recién casado. La mujer se ruboriza viendo desnudeces y no sabe si pasar de largo o pararse ante las matronas de Rubens. El marido sonríe picarescamente y los guardianes guiñan el ojo. No podemos saber si la escena es un vodevil, pero lo parece.

Francamente, estos Museos no tienen razón de ser. Los distraídos igual visitarían un Museo descongestionado que un Museo sin descongestionar; igual visitarían un Museo con luz conveniente que un Museo como el del Prado con sus pésimos efectos de luz.

Los preocupados, en cambio, los que van al Museo a aprender, eligirían el Museo descongestionado de su preferencia por las obras expuestas y por su colocación. Hallarían allí solaz y contento. Sobre todo, hallarían material documental bien expuesto, con separación y no confusión de calidades. Hallarían una copiosa zona de bibliografía competente, un surtido presentable de buenas reproducciones, un

consejero o maestro de crédito para consultar, etc. El Museo descongestionado no tendría visitas intempestivas, o en todo caso se irían reduciendo éstas a medida que la cultura general fuera acreditando sus mejores avances con el establecimiento de Museos especiales o especializados.

Una Casa de Goya apartaría al maestro de Fuendetodos de la horrible promiscuación en que está. En una Casa de Goya amplia, neoclásica para estar acorde con la época, clara, proporcionada, con secciones para cuadros de género, retratos, aguafuertes, cartones o bocetos de tapiz, etc., sería un estímulo para conocer y amar al gran baturro, una escuela permanente y elevada. Paralelamente a los nuevos modos de exponer, alcanzarían solvencia los nuevos modos de enseñar. Una cátedra permanente, cursillos de difusión y documentación, estudios sobre las influencias del pintor, ensayos sobre su predisposición a la caricatura transcendental y a su misma vida, tan colmada de episodios memorables.

Goya es sobradamente conocido por las jácaras y seguidillas, no tan conocido por su obra auténtica y muy poco conocido en su integral significación de hombre y pintor. La Casa de Goya despertaría un magno movimiento de curiosidad primero, y de entusiasmo después. Y las mentes regadas por el entusiasmo justificado, estarían mejor preparadas y asistidas para la vida sociable.

Lo que se dice de Goya podría decirse de otros maestros, o bien de épocas enteras. El Greco merece otra Casa más amplia que la de Toledo. Velázquez y otros pintores, la merecen también, como la merecen la Escuela Romántica, no tan estudiada como habría de ser; los primitivos, los imagineros para un magno museo de la talla; la azulejería con su misterio del fuego; el hierro forjado, el vidrio, los tejidos —no sólo la seda—, el mobiliario, la construcción naval como los oficios, y en fin, las industrias artesanas que guardan su repertorio inestimable de belleza.

La tipografía, el cuero repujado de las encuadernaciones y otros usos, los atalajes, la indumentaria típica, las herramientas —en relación con escuelas y talleres de aprendizaje—, los instrumentos de música, los juguetes, las estampas, las linternas, la orfebrería, los dibujos prehistóricos; todo lo que ha marcado la huella humana en su impulso civilizador habría de tener permanencia y custodia eficiente en museos especializados, ajenos al valor comercial, no limitando el padrón de obras a las consagradas, sino ampliándolo a las modestas y a las anónimas sobre todo, siempre que tuvieran calidad.

¿Es posible soñar siquiera con estos problemas? Nadie puede negar su universalidad, su trascendencia ni su ejemplaridad; pero el mundo vive una era confusa, tal vez a causa de la misma fertilidad. Europa pasa por un período que no parece aventurado calificar de manicomial. Los grandes problemas del arte quedan postergados por otros, artificiosos estos otros, de recambio y de pequeñas soluciones volubles, poco propicios a dar carta de naturaleza y viable existencia a lo que, como el arte, carece de fronteras. Carece de fronteras pero no de empresarios y falsificadores.

Si España puede contar con un porvenir luminoso como creemos firmemente, ¿por qué no dar allí el ejemplo de dignificación del arte? La predisposición ibérica para el arte es innegable. Sus cantos populares; su Romancero; sus artes grandiosas producidas en el anonimato; sus mismas fiestas; su habla trabajada por siglos de elaboración y perfección; sus obras maestras incluso en recelar —recuerdese el Refranero—; su escena variada y viva como ninguna otra; su picardía multiforme; su sentimiento del pundonor; su colorido y su verbo, con cauces infinitos; su rebeldía activa; su cachaza empapada de estoicismo, sus coros; su mezcla de opuestos; sus antítesis imperantes; esa fuerza indestructible en querer y en volver a empezar; todo eso es cálido y seguro, permanente y puro.

En el arte se refugió y reaccionó la destemplanza producida por la injusticia, y brilló a extraordinaria altura. Y si el arte lucía en el libro y en la escena, los motivos no eran librescos ni teatrales en sentido inferior. Eran los motivos mismos del pueblo, que no lee la historia porque la hace, y bien distinta de la que se escribe; que no conoce apenas a los maestros de la pluma y del pincel, aunque los maestros se sirvieron de lo popular, no para expoliar, sino para introducir la vida varia en la inmortalidad con obras universales.

Vale menos escribir que vivir. Pero cuando se describen las vidas paralelas anónimas —y eso es nuestra literatura, nuestra pintura y nuestra maquinería—, se alcanza mayor, inmensamente mayor mérito que Plutarco. La literatura es una revisión y una corrección de los mitos históricos. La Historia es la guerra que se empalma con la guerra y la mentira que se empalma con la mentira. El arte es siempre documental, siempre fuente —en grande— de seguridades ideales y de estímulos elevados. *El Alcalde de Zalamea* es más importante que todas las batallas que ganaron y luego perdieron los Tercios.

Ejemplo del maestro de gubia

Hacia 1922 estaba yo al frente de *Solidaridad Obrera* de Sevilla.

Sabía por contacto de Blas Infante que Andalucía era un muestrario de arte. Lo sabía también por tener ojos.

Blas Infante era nativo de Isla Cristina. Un Costa andaluz,, el hombre que mejor supo ahondar en la raíz bética y el que lanzó con más ardor y conocimiento la aguda frase: «Andalucía para la Humanidad».

Todos los ditirambos en honor de Andalucía se han propagado generalmente por andaluces de lance que cecean sin venir a cuento ni saber cecear, que se entusiasman con el lloriqueo del cante jondo y que atribuyen la máxima representación de Andalucía a la tauromaquia y al vino jerezano.

Quien ha vivido en Andalucía muy cerca del pueblo observa que el ceceo, el cante jondo, los toros, el vino y hasta la exageración y todos los delirios de pandereta, son invenciones que cunden y se propagan con más desenvoltura que la verdad lisa y llana. Son invenciones, y a veces desbordan la invención para servirse de la calumnia.

En el teatro, el andaluz falsificado es una calamidad nacional. No sólo sirve de referencia única o poco menos al no andaluz para desconocer lo que es Andalucía, sino que llena dos o tres actos de esa vivacidad de receta, de esa descosura totalmente ramplona que no se ve en Andalucía y que los no andaluces imitan en sus conversaciones con una pesadez aislante, contagiando también a contados andaluces desteñidos, desambientados, alejados de su medio auténtico, si es que lo vivieron.

El que no vea en la templanza y en la sobriedad de los andaluces un poso de siglos comunicativos, no verá nada de Andalucía. El andaluz parece alimentarse de olores, como si con el olor le bastara. Y luego tiene esa fugacidad enterrada del que pasa y habla o no; pero si habla, no se escucha ni insiste mucho en nada. El andaluz que se escucha es una plaga y el auditorio que se ríe tanto, la masa de langosta.

Andalucía es una de las zonas más interesante del planeta para el observador sin prisa y sin preocupaciones ni jaleo de feria. La gracia andaluza más refinada es anónima y está en una redoma cerrada. Es una sal estoica. Un grano pequeño basta para sazonar un banquete. Los andaluces falsificados nos dan banquetes de gracia, pero es una gracia de sal gruesa, lo que se llama sal por arrobas; un

banquete con platos únicamente llenos de sal, una cosa aburrida y soez como nada puede serlo.

Andalucía es ese afán de encalar las casas, como si se quisiera cambiar de camisa a las cosas. Quien vea en esto una insignificancia no es limpio. Quien no vea una maravilla en ese encalado que hace blanquear hasta el suelo, nada sabrá de Andalucía aunque cante mejor que el niño de Carmona o vaya a la procesión vestido de Nazareno.

Andalucía es dar importancia a la hierbabuena y a la canela más que a los Bancos, y que a los señoritos, y es también comer polvorones y pasas sin atragantarse, despacio.

En la calle de Trajano, de Sevilla, estaba domiciliada hacia 1922 la Confederación Nacional del Trabajo, frente a los jesuitas. Allí tenía su despacho el Comité Regional y lo tenía la Federación Local. Había salas espaciosas para reuniones, asambleas y conferencias. El edificio tenía aire de palacio. Las azulejeras y las aceituneras se congregaban alguna vez en la sala más grande, como los metalúrgicos y los transportistas.

Un hormiguero constante de compañeras y compañeros animaba el palacio de la calle de Trajano. El Comité Regional se reunía a menudo en el bar de Mazón, la histórica casa Cornelio, cañoneada por los artilleros de la República de Trabajadores de todas clases en una época represiva posterior.

El bar Mazón estaba en la calle de Bécquer, al pie del arco de la Macarena, a poca distancia de la famosa calle de la Feria.

Alfonso el Africano, al que la Historia maldecirá llamándole Alfonso número 13, visitó Sevilla por entonces. En una de sus excursiones pasó en coche descubierto por la calle de Trajano y preguntó al gobernador de Sevilla, que iba en el coche acompañando al Africano, por qué las calamidades paseaban a pares por Sevilla y tan apenas se da allí una calamidad sola:

—¿Qué edificio es ese?

—Allí están los de la Confederación— contestó el gobernador.

—¿También hay sindicalistas en Sevilla?— insistió el flamenco coronado, a quien la C.N.T. ponía todos los días en vilo más que los republicanos mismos.

—También. En Sevilla tiene que haber de todo, hasta gracia andaluza a veces.

—Me han dicho que en Granada —insistió el Africano— hay un grupo de tallistas que exportan obras del Renacimiento a América y que todos son de la Confederación.

—Es la pura verdad.

—¿Y cómo se las arreglan para que las tallas parezcan auténticas del Renacimiento?

—¡A perdigonada limpia!— contestó el gobernador.

Esta anécdota fue contada por el gobernador de Sevilla a aquel hombre bueno entre los buenos que se apellidaba Artigas, y que en cárceles y presidios ganó afecto como nadie entre la forzosa clientela confederal, exponiendo Artigas la libertad y hasta la vida como funcionario de Prisiones para favorecer a los reclusos y a sus familiares.

Artigas me contó la anécdota en Madrid, y la reproduzco fielmente como prólogo de la obligada explicación referente a los tallistas granadinos y a su inveterada afición de arremeter contra los retablos a perdigonada limpia.

Nadie como un tallista de vieja estirpe granadina puede darnos las explicaciones pertinentes.

Sabiendo que Manuel Rojas pasó a Francia como refugiado, no me perdoné ninguna gestión hasta dar con él, y averigüé que vivía en Puylaroque, pequeño pueblo del Tarn y Garonne.

Allí fuí a visitar al artista como visito a tantos españoles capaces de orientarme en este retablo ibérico que me empeño en modelar con tozudería, bien asistido por maestros de los que dicen: «Entre todos lo sabemos todo», masa anónima desconocida o poco menos en nuestros medios, excesivamente preocupados por la burocracia y la repetición de textos hasta el infinito.

Navega Rojas por el exilio con la cuarentena a cuestas y un quinquenio de suplemento. Tiene esa corrección pausada y atenta que quiere complacer complaciéndose en espaciar los apartados de un tema para tratarlos bien.

Mentalidad de artista con treinta años de labor hecha pacientemente por un compañero como Rojas, entusiasta de la C.N.T. desde la primera hora.

—Granada es una solera de escultores, tallistas, amigo Rojas. Ya conozco a algunos. Te conocía de nombre.

—Granada y Santiago de Compostela, no tanto Madrid, son cunas de talla, sobre todo renacentista.

—Eso ha sido siempre.

—Sin remontarnos a edades pasadas, te hablaré de tres maestros granadinos de nuestro tiempo: Torres Rada, que se especializó en la figura; Paco Jeromo con Antonio Cuesta en la decoración. El que más y el que menos es discípulo de alguno de ellos y un poco de

todos. En Granada éramos un centenar de tallistas. Nuestro arte es popular por su boga allí, sección del Sindicato de la Madera, por la universalidad de todas sus variantes y por lo que históricamente representa; pero es faena depurada y concienzuda en la ejecución. El aprendizaje dura diez años y más porque nunca se sabe bastante. Requiere vocación, estudios previos de todas las ciencias de proporción y proyecto. Uno de los compañeros de Granada, Angelillo, fue a Madrid. Allí hizo una revolución porque en Madrid hay buenas manos. Luis de Vicente ha sido llamado con justicia «el imagenero del barroco», y murió en 1919. En Santiago se inspiran en el plateresco.

—¿Y cómo definirías el plateresco?

—Es un Renacimiento más menudo— salta Rojas.

—Antes de modelar irías a la Escuela de Artes y Oficios. La de Granada es célebre, aunque la mejor escuela es el taller.

—Sí, sí, el taller; pero íbamos a la Escuela de Bellas Artes antes de modelar, modelando y después de modelar. Muchos de los profesores eran tallistas, y su clase era un taller. Luis de Vicente y Torres Rada estaban entre ellos. Aprendíamos Dibujo Artístico, Modelado y Composición como otras materias y, desde luego, lo fundamental y algo más de la ciencia geométrica; pero lo que no podíamos aprender lo sabían los burgueses tallistas sin estudiar nada.

—¿Qué era?

—Figúrate que un ricacho de Granada compró los techos de la casa del Gran Capitán. El artesonado era sencillo. Lo decoramos con rosetones y otros motivos, vendiéndose el artesonado **puesto al día**, es decir, en época Renacimiento, por más de tres millones de pesetas. Había costado unos centenares de duros. Los anticuarios pagan al comercio y pagan bien para ganar mucho.

—¿Y por qué no podíais vosotros mismos obtener el producto de la venta?

Calla Rojas unos momentos. Sé lo que va a decirme y me anticipo.

—No sabéis lo que es interés. Todo ese trabajo lo haríais por diez pesetas diarias.

—Que optimista eres... Nueve pesetas. Para ganar nueve y media tuvimos que ir a la huelga.

Amigo lector: un tablero decorado, unos medalleros dignos de pasar a la posteridad que el mercado paga en lote a razón de un millón para arriba, los hacían los granadinos en poco tiempo por nueve pesetas de salario. Es indignante. Por desinteresado que sea,

trabajar así es trabajar sin poder vivir. La indignación alcanza también a los tallistas, y me domina a mí hasta contra ellos.

—¿Por qué no trabajábais juntos o aislados? ¿Por qué no teníais una Cooperativa de Producción? ¿Por qué no cedíais la obra directamente? ¿De qué servía el patrono si lo hacíais todo? Erais de la C.N.T. ¿Por qué no trabajábais sin empresario?

Estamos en un punto medular; tal vez es el punto neurálgico entre todos los que se desatienden lamentablemente: la ausencia de iniciativa para extenderse los trabajos sin patrono. Esta desventura multiplica el número de patrones hasta el infinito. Incuba patronos muertos de hambre que se establecen con menos medios de los que tiene un tallista aislado, y con menos medios de los que tiene o puede tener un grupo de tallistas. La talla no necesita capital ni maquinaria, ni local espacioso. Basta un cuarto con luz, madera de nogal y unas gubias bien calibradas. El mercado de talla es universal, con mucha demanda en América dolariana y en Inglaterra. El trabajo sin patrono acostumbraría a estos admirables artistas a la socialización, prepararían y propagarían el porvenir con su ejemplo, y podrían vivir sin la miseria que les cerca. Además, regenerarían el mobiliario popular, entregado hoy a la degeneración, a la falta de solidez y a la fealdad más chabacana. Podría extenderse el aprendizaje con creciente estímulo; se pondría la producción en todas las manos; se ampliarían trazados y estilos sin caer en la acumulación de capital ni en la lucha entre cooperativas productoras puesto que podrían federarse atendiendo el bien común. Y, sobre todo, en lo que respecta al arte puro, podrían multiplicarse los estilos, evadiéndose del exclusivismo del Renacimiento. En Méjico hay tallistas que han acertado a acusar en sus obras los trazos de la antropología azteca. Como nadie, acertaron los tallistas y los tapiceros mejicanos.

Asiente Rojas. ¿Cómo no asentir a estas sugestiones de inmediata y patente realización?

En el campo, lo mismo que en variados menesteres del transporte y de la industria, hubo siempre un espíritu cooperador de raigambre que dio buenos frutos. En Cataluña, prescindiendo de la horrible maquinería religiosa de Olot, hay artistas de la madera que trabajan directamente para la clientela. Los hay en toda España y buenos.

—Después de lo visto en 1936, ¿no podríais trabajar juntos?

—Creo que lo intentaremos. Aquí en Francia intenté yo mismo trabajar y trabajé.

—Además —arguyo—, los tiempos corren, y no despacio, hacia la eliminación de intermediarios y parásitos. Con lo que vale un pantalón o poco más, tienes las gubias que necesitas para modelar, desde calibre de un milímetro a cinco centímetros con distintos **Pasos**: desde la gubia plana a la media caña. El nogal os lo daría el cliente o lo compraría por su cuenta y tendríais el producto de vuestro trabajo. Las mejores gubias, las mejor templadas deben ser inglesas.

—Sí. En España las hay también, pero son preferibles las inglesas.

—¡Qué mosaico de talla es Granada, Manolo!

—Hasta en los prostíbulos hay vestigios, y no sólo vestigios, de arte. En tiempos de la dictadura de Primo de Rivera —ahí tenéis un andaluz ramplón y desastrado— había un alcalde en Granada a quien llamaban «el tío de las seis ges»: Germán García Gil de Gibaja de Gavia Grande. Le entró la manía demoledora hacia 1927, y demolió un prostíbulo que llamaban «La Manigua.» El cónsul de Bélgica en Granada, Mucio Meedma, que por cierto era anticuario, nos hizo decorar el artesonado de «La Manigua.» Había comprado los techos. Nos pagaba como todos, con la única diferencia de obsequiarnos con una sangría.

—¿Todavía os sangraba?

—La sangría en Granada es una especie de ponche o jarabillo frío hecho con vino tinto, melocotón, hielo, azúcar y canela. Todos formábamos un semicírculo con la jarra cerca de la orza que contenía la sangría. El cónsul quería que cantáramos por turno. El que lo hacía mejor, ganaba un premio.

—¿Y Fernando de los Ríos?

—Era amigo nuestro, como lo era Federico García Lorca. Fernando de los Ríos estaba de acuerdo con nosotros en conservar el carácter de los artesonados de Granada, como la decoración de la Alhambra y el palacio de Carlos V. El arquitecto del Estado que tenía a su cargo la conservación de la Alhambra, creía una maravillosa invención reparar la techumbre con tablas pintadas de nogalina. ¡Un crimen!

—¡Siempre el Estado troglodita, Manolo!

—Desde los primeros tiempos de la República del 31 decayó el oficio. Con todos sus aspavientos renovadores, la República no podía querer atender nuestro oficio. Los burgueses no daban trabajo. Su inhibición tenía una intención clara: producir malestar y hambre. La República nada hizo por impedir aquella ofensiva. Teniendo como tenía en su mano los caudales públicos; teniendo regimientos ociosos de profesores y técnicos, dejó a los tallistas granadinos en la calle.

Entonces podíamos ponernos de acuerdo para trabajar como decías antes con razón, por nuestra cuenta y sin empresa; pero unos emigraron sin gran provecho, quedando aislados del vínculo granadino que mantenía la moral del oficio; otros tuvieron que desempeñar destinos del Municipio; los más jóvenes se pusieron a trabajar en el peonaje de Construcción. No era desdoro trabajar con los albañiles. Todos eran compañeros y como tales se comportaban siempre, mucho mejor que la República de Trabajadores de todas clases; mejor que los burgueses y que los anticuarios.

—Naturalmente.

—De nada nos servía admirar a Alonso Cano, el genio escultor, pintor y arquitecto, tan parecido al gran Leonardo de Vinci. De nada nos servía admirar a Berruguete, haber estudiado las obras de la antigüedad, haber atenuado con el espíritu de la C.N.T. las absurdas costumbres de maltratar a los aprendices. Éstos eran, hasta hace treinta años, destinatarios de injurias, bromas pesadas y mojicones. De nada sirvió que los escultores contribuyeran a la mejora de costumbres, que se aplicaran a leer y asistieran a espectáculos de calidad. Cuando yo era aprendiz los oficiales me daban unos cobres para ir al teatro. Durante la República propusimos organizar una Escuela de Aprendices; fue imposible hacer nada en aquel laberinto político de comensales del presupuesto. La República era una República de funcionarios de todas clases, y nosotros no éramos funcionarios.

—Dejemos eso, Rojas, y veamos lo que has hecho en Francia. La República se burlaba, desde sus millones de oficinas, de los españoles que no tenían el propósito de vegetar detrás de un tintero. Veamos lo que has hecho en Francia.

—Una pitillera de nogal— dice Rojas.

Me la enseña porque la lleva en el bolsillo. Miniatura espléndida, estuche decorado por el exterior con gubia calibrada al milímetro. Recuerda en pequeño el estandarte de las Navas de Tolosa que se dejaron arrebatar los moros en aquella batalla. Dos circunferencias tangentes. Estrellas de inscripción difícil, trabajo apretado en nogal, grecas de motivo geométrico. Cada cuadrícula, cada curva, cada estrella, cada alarde de marquetería, un primor.

Un comedor estilo Renacimiento. La ebanistería ha multiplicado este fúnebre estilo de muebles, tal vez en exceso; y en el estilo se generalizó el tono un tanto lúgubre que tienen comedores y dormitorios

renacentistas. En estos últimos parece que no se puede dormir tranquilo, y que sólo faltan las hachas y el catafalco.

Es fúnebre un comedor Renacimiento o un dormitorio por las masas excesivas como vagones que exigen los burgueses sin gusto que han de usarlos; por el color uniformemente oscuro; por los torneados salomónicos que evocan la decoración de la iglesia en un entierro. Cuando el mueble Renacimiento se completa con paños y cirios de tipo ritual, en el salón Renacimiento sólo faltan los moteles de los difuntos y el enterrador. Pero la obra de Rojas es una colección de soberbias tallas. Sueltas éstas, desgajadas del comedor monumental, podrían figurar en un buen Museo de Talla y justificar un viaje desde las antípodas para contemplarlas y admirarlas. Puestas en un despacho ducal, resultan desplazadas. Si en el comedor ducal hay piezas de buen Museo, son las tallas de Manolo. La ebanistería es sólida y está bien pulimentada, pero lo esencial son las tallas.

La obra señera de Rojas es un tablero de dos metros por algo más de uno, reproduciendo nada menos que «La Aurora» de Guido Reni, cuyo original está en un palacio romano.

Decir que el tablero vale medio millón de francos sería tentar a un negociante para comprarlo por la décima parte y venderlo a los coleccionistas por medio millón. Pero Rojas lo regaló a un amigo francés con esa manumisión que sólo sienten los artistas libres con vocación ascética, pasión y pitagorismo. Rojas tiene un quinto del millón en cada dedo y se ríe de los millones en el exilio, viviendo como un leñador. Bravo tipo ibérico que habla del Renacimiento como un buen profesor universitario y tiene la sensibilidad de un artífice del Siglo de Oro.

—El oro no sirve más que para rebajarlo y malograrlo todo, explotar la destreza, amontonar nulidades, decorar filisteos y justificar legalidades, propagando la molicie.

Así hablaba el formidable granadino. Esta es la mística vital, removida, apasionada. Esta es la mística auténtica y no la de los altares. Esta es la riqueza sociable que tiene el mundo del trabajo en sus entrañas. Esta es la razón de Blas Infante, que sin dejar de saber lo que es el Generalife, os dice vehementemente: «Andalucía para la humanidad».

Todo esto achica el cante jondo y lo disuelve. Esto quema la pandereta, el carnaval de las procesiones y la sal por arrobas. Esto hace olvidar la desastrada y decadente tauromaquia. Esto es esfuerzo puro, pasión de alta frecuencia, desprecio de pompas y vanidades.

Esto es sabiduría y al propio tiempo sencillez, llaneza, generosidad, preocupación ideal, romanticismo andaluz creado por las manos y no por la fantasía.

Que salgan ahora los rastacueros de la pedantería literaria presentando retablos de pícaros y danzantes, aristócratas de capirote, desmelenados bohemios, chocarrerías de café cantante y jipíos de almíbar de entierro. Junto a este Rojas, a este hombre de carne y hueso, sólo se puede evocar lo mejor, lo más selecto de nuestros Romancero sin coronas ni coronillas.

—¿De qué lloras, blanca niña?
¿De qué lloras blanca flor?
Lloro que perdí las llaves,
Las llaves de mi cajón.
—Si de plata las perdiste
De oro te las hago yo.
—No quiero plata ni oro.
Las mis llaves quiero yo.

Sólo se puede evocar la sombra gigantesca de Alonso Quijano el Bueno, arquetipo de antipicardía. Al héroe manchego no le entiende el clérigo torpe ni le entiende el pedante bachiller. No le entienden tampoco los duques mastuerzos, pero le entienden los pastores bajo las encinas cuando exalta la Era feliz porque no había tuyo ni mío.

De esta razón universalista es Manuel Rojas. «La Aurora» de Guido Reni en manos de Rojas es la perfección misma, un vuelo hacia la estrella matutina, un silencio conmovedor, un trozo de nogal animado por una gloria pura de trabajo empecinado.

—La ciencia de proporciones y perspectivas, la habilidad la intuición y el saber se coordinan en el retablo, como el empeño y la realización, la dificultad y el aliento para vencerla, la energía y la poesía, la fuerza y la armonía que hay en contenerla. ¡Qué maravillas no harían estos hombres anónimos, estos artistas desinteresados como promotores y animadores de un arte socializado, de un arte ampliado, y puesto ante todas las miradas, enriquecido por la talla que reprodujera el natural!

Todo este torrente de frases que me sugiere «La Aurora» de Guido Reni queda atajado por Manolo, que me dice con risueña lucidez y acento granadino puro de la calle de Herradores:

—Otro pitillo a la salud de Guido Reni.

Estamos en un paisaje de Francia junto a un río apacible. Tarde estival. Para los desterrados equivale a una escapatoria de las crudezas del exilio.

Con su vía muerta y sus improperios en serie y siempre los mismos, el exilio nos intoxica. Las frases hechas no alivian la preocupación ni el dolor. Pero esta claridad de sana intemperie, este bello río reclusiano, estos horizontes de púrpura cuando se pone el sol, esta evocación de Guido Reni, este granadino de tan grata presencia y de tan grata modestia, nos llama a regiones de serenidad, a austeridades, a consecuencia activa, a trabajos y firmeza.

Granada es *Granada la Bella* de Angel Ganivet, con sus tallistas y sus ceramistas de platos de tierra morena con flores azules; sus repujadores de cuero como el maestro Baena, otro granadino del exilio, otro compañero de los buenos; Granada no es García Lorca ni el Albaicín, sino lo que García Lorca y el Albaicín sugieren en las mentes conocedoras de la gitanería tal como es, y no como la pintan los comisionistas de lírica. Granada es Mariana Pineda, con su sacrificio romántico; es Dionysios, nuestro aunque no quiera. Granada es pueblo razonador, humanizado por la más alta sabiduría que es la contemplación y no la verborrea; por la más alta lucidez que no aprende lo inútil y enseña cosas esenciales en siglos por el espíritu senequista sin conocer a Séneca el cordobés. Granada es un enjambre de arpegios de Albéniz y una mirada hacia la Aurora con los mismos ojos sedientos de azul claro de Guido Reni, con el mismo anhelo de equidad que nos une ya para siempre a la simpatía de este maestro de gubia criado entre cármenes.

Al dejar la pradera llega a los labios de Manuel Rojas un deseo de explicar el procedimiento que se emplea en Granada para **fusilar** las tallas.

—Pues nada —dice—, se entierran los tableros y se sacan de tierra, disparándose luego contra ellos perdigones y pólvora. Cada orificio será una **quera** y unos miles de dólares. A perdigonada limpia se escamotean los siglos.

Cierra la noche. El paisaje se condensa y desaparece entre sombras. Los caminantes no son ya más que sombras siguiendo la vereda de su afán imperturbable. Presienten días de paz o de guerra para la paz. En un paisaje francés, las mentes españolas viven la atracción de la Aurora que llegará sin contenerse en ninguna frontera, una Aurora limpia y pura como la de Guido Reni.

Arte funcional visto en ejemplo. Conclusiones de este trabajo

El arte no puede servir de pretexto ni de paparrucha. Es medio de elevación y educación. Es como un baño que tonifica. Al diablo los pedantes, los parapetados en escuelas cerradas y en estilos exclusivos. Y al diablo los que creen que el arte consiste, por ejemplo, en pintar bien para una cofradía o para un conde lo mismo que para el pueblo. En definitiva, la buena pintura reverencial es un documento de época como ninguno y de técnica, pero no es un ideal.

En una catedral española hay cierto capitel que representa una procesión de ratas.

Los antiguos maestros impresores, cuando tenían que hacer el molde de una portada, se valían de una estratagema para quebrar la frialdad de un tomo de leyes y su pesadez. En el ángulo de la portada hacían reproducir un pequeño monstruo. El pequeño monstruo quedaba allí eternamente como una burla para la colección de preceptos de la Justicia. Aquella iniciativa de los impresores era para la justicia lo que es para la catedral una procesión de ratas. El arte inmortal es así.

El versolari vasco no sólo tiene inventiva. Tiene gracia de recitador. Su picardía de intención no es tan improvisada como parece porque es siempre el versolari a medias. En el recitado improvisa la forma, pero no la picardía, que está en toda su vida. El versolari es a veces un genio. Sus versos vuelan. Otra tarde frente al caserío volverá a recitar y serán nuevos versos. Lo inmortal en él es el humor. El arte está en formas infinitas, no en una sola forma.

Los recitadores trágicos habrían de darse un poco de temple. El arte del tragediante palidece ante el hondo sentimiento que producen las tragedias vividas. Quien ha vivido los grandes episodios de guerras y éxodos, quien ha jugado con la muerte y con la vida, oye la tragedia recitada como se oye una dolora intempestiva. Cuando pase el fuego, apagad los fuegos, amigos tragediantes. Los burgueses aman la tragedia porque sólo viven fuera del teatro un vodevil tras otro y un sainete tras otro. La tragedia recitada les gusta para variar de panorama. Les gusta como entreacto de la misma manera que se

provoca o busca un escalofrío cuando se tiene calefacción. Ya tenemos nosotros bastante con las tragedias que hemos de vivir. No lloréis con la garganta ni con los ojos, amigos tragediantes. No malogréis una tarde en la pradera con gorgoritos trágicos.

Cuando se oye a una tiple que canta con estilo antiguo y hace gorgoritos, nadie nos saca de la cabeza el parecido completo que tiene con las gallinas que cacarean antes de poner el huevo. Es mejor que las gallinas se queden en el gallinero.

La jota es formidable cuando no se falsifica y cuando no se exagera el acento. El mejor remedio para que la jota tenga temple, es cantarla a coro. Hay que colectivizar, o mejor, socializar la jota.

Dibujantes, caricaturistas, ¡alerta! No seáis excesivamente generosos en las líneas que os envuelven y os desacreditan. Un solo trazo expresivo basta a veces para impresionar. El detalle buscado con afán hace de cada dibujo un laberinto. Si no sabéis ver las líneas esenciales, romped vuestras obras. La elegancia no es un arte. Mas bien el arte es una elegancia.

La arquitectura evoluciona poco en sentido social. Las casas baratas no son baratas ni casas. En los grandes centros urbanos hay edificios inútiles, y son generalmente los más adornados, mientras los trabajadores viven mal. Barcelona y Madrid son ciudades millonarias en habitantes, pero también en ratas, en tuberculosis y en arquitectura elefantíaca.

Hay tres sugestiones dominantes en la escultura griega clásica: la danza, el teatro y el atletismo. Pero ¡atención!, las tres son esencialmente religiosas, como la mitología. La danza era un vuelo hacia la morada de los dioses. El teatro, un tapadillo de diosas y dioses. El atletismo, un camino de inmortalidad, más que la de los dioses. Los escultores griegos no tenían otra misión que demostrar que los dioses no eran más que hombres que ganan una carrera o mujeres que saben danzar mejor que los dioses, o mujeres y hombres que en el teatro ponen en evidencia a los dioses, siendo más admirados que ellos y sabiéndose mejor el papel que ellos. Ser dios es no saberse el papel de hombre.

Huyamos de la gracia perpetua que es una especie de cadena perpetua. Cuando un artista hace tanta gracia a los espectadores y éstos se entusiasman hasta el delirio, ¡qué poca gracia tendrán ellos! Un artista que está dos horas seguidas sin descansar chorreando gracia como una fuente, carece de gracia. Sólo gusta a públicos rezagados. El mejor actor cómico es el que tiene gracia callando y no convirtiendo el escenario en gimnasio. Vilches era el actor español moderno que mejor comprendió todo ésto.

Cierta gitana recibió una declaración amorosa oral tan acompañada de gestos, que contestó:

—Bien, pero ¿por qué hace gimnasia? ¡Largo de aquí! La gitana era artista.

No hay para el arte materias nobles ni materias bajas. El cáñamo es tan noble como el mármol y el oro. El trabajo de arte ennoblece cualquier materia. Lo que rebaja y vulgariza toda la materia es el manoseo. La tierra cocida es inmortal, si se decora bien. La escultura policromada lo mismo. Pero ¡cuidado!, no atribuyais más valor al retrato que al modelo.

A Dionisio de Siracusa no le bastaba con ser tirano. Quería ser poeta. Llamó a un poeta auténtico y el tirano leyó unos versos propios, inquiriendo con avidez la opinión del verdadero poeta. Éste, por toda opinión y no queriendo adular al tirano, se limitó a decir: Qué me lleven a la cárcel.

Un cuadro puede tener valor en pesetas o en dólares. Esto es evidente porque el cuadro se vende. Si el cuadro se pignora por diez mil pesetas y es un paisaje, un huerto no sólo vale dos mil en el mercado corriente, ¿qué podemos pensar del mercado de huertos y del mercado de cuadros? Podemos pensar que es una cosa convencional y que los cuadros y los huertos no habían de venderse, como tampoco habían de venderse los hijos, aunque a veces se vendan los hijos, los cuadros y los huertos.

Oradores: habríais de ser artistas del habla. En los públicos, el discurso cae a veces como una ducha escocesa, a veces como un baño de vapor, a veces como una granizada. Todo esto es vulgar como lo que cae de las nubes sin necesidad de que las nubes sean artistas.

El mejor orador es el que habla en la tribuna como conversa y agrada cuando está en buena compañía. Ese es el artista y no el que quiera inspirarse en Cicerón y en Demóstenes.

Actores: no lloreis ni canteis el papel, no mireis tanto al público. Si tanto mirais al público, éste se vengará y no os mirará.

Haced que vuestras manos dibujen. Que dibujen bien o mal, pero que dibujen siempre. El dibujo os hace vivir otra vez y acabará por educaros como cien libros.

La música en la infancia y en la adolescencia evoca en los adultos días lejanos como nada, salvo el éter sulfúrico. Quien haya padecido en su juventud un contratiempo cardiaco y haya tenido que aspirar éter verá aspirándolo de nuevo los paisajes de su adolescencia y sentirá los afectos de entonces cerrando los ojos, a los treinta años como a los quince veía con los ojos abiertos.

Fuera del éter, la música. Su poder evocador es enorme. Esto quiere decir que hay una capa receptiva para la música en la sensibilidad y que choca la música con la capa receptiva antes de seleccionar una música de otra el oyente. Y quiere decir también que no hay sensibilidades cerradas. Quiere decir también que una sonata de Bethoven puede servir para recordar lo que no tiene relación con Bethoven, pero también quiere decir que en una melodía popular sin nombre hay sugestión, irradiación. Luego nos enteramos de que Bethoven reproduce en alguna sonata los cantos de los vendimiadores del Rhin, y que el genio de aquel hombre inmenso decía para definirse: «Ciudadano del Rhin». Esta frase vale por una sonata.

En el arte de la juguetería hay un mundo maravilloso. Hay que hacer juguetes en vez de comprarlos. Juguetes útiles. Una tijera puede ser del siglo XVI, puede ser un bello ejemplar. Pero si no corta, no es una tijera.

La Geografía es un vivero incomparable de maravillas para la juguetería, los barcos, los carros, las estrellas. Con papel y cartón, con alambre y tijeras se puede crear el mundo otra vez, y seguramente con mayores probabilidades de acertar.

Estas notas y el trabajo que las precede intentan propagar la evidencia de que el arte no es una categoría misteriosa ni una actividad que pueda desarrollarse mediante recetas o fórmulas; que el

arte es como la sed; para sentirlo y para crearlo, y no un capricho de dioses, reyes y Academias.

En España el arte iba consiguiendo favor en las capas populares. En la España coordinada que vemos sin la menor concesión al ilusionismo ni a ninguna tradición oficial, el arte puede ser vitalizador de la firmeza ibérica diferenciada; puede ser como una concordia desinteresada y sin reservas entre los ciudadanos evolucionados.

En una Federación de Autonomías Ibéricas, el arte podría ser el himno. Podría ser el empeño de hacer de cada vida una obra de arte y de cada arte una vida. El arte es autónomo por naturaleza, por principio y experiencia, por razonamientos y de todas maneras. Su autonomía es integral y bien dispuesta a la unión con otros valores sociables. El arte puede ser nuestro gran reseñador, nuestra amistad de todas horas, nuestra compensación en los días difíciles, siempre nuestro mejor valedor.

CAPITULO XIII

Cifra y prueba de la vida local española

INTRODUCCIÓN

En un poblado español puede estudiarse la realidad con garantías de acierto si se calibra el carácter de sus habitantes evolucionados y el de sus habitantes que podríamos llamar retardatarios.

Unos y otros conviven, a veces chocando, a veces sin choque. Se conocen entre sí de manera tan acabada y con frecuencia tan maliciosa, que el propio Maquiavelo podría aprender en un pueblo más de lo que quiso enseñar a príncipes y estadistas.

Las costumbres de un pueblo nos dan más luz que todas las leyes. Los movimientos de población y sus causas, el afán migratorio, los desplazamientos, la evolución de las ideas, su curso más o menos libre, la relación vecinal, las uniones, el concepto de la herencia y de su riqueza patrimonial, la aparición de industrias, el establecimiento de nuevas vías y nuevos cultivos; todo ese complejo nos facilita una irrecusable documentación, opuesta y antípoda del texto muerto elaborado por los historiadores.

Veamos, pues, lo que representa en la vida del pueblo su evolución inteligente y su estancamiento rutinario.

Vuelta al Campo

Entre los habitantes del pueblo hay —hacia 1930— algunos que volvieron al campo desde la ciudad. Uno de ellos se llama Medina ¿Qué enseñanza tiene Medina de la ciudad? Vamos a averiguarlo.

El concepto de clase obrera divide a veces a sus combatientes a la vez que los concentra en sindicatos urbanos. En el complejo de clase hay superclase, clase y subclase, La superclase vive mejor que la clase propiamente dicha, infinitamente mejor que la subclase.

Medina pertenecía en la ciudad a la superclase. Era corredor de comercio, comisionista o agente de ventas. El Sindicato de Distribución lo tenía por uno de sus adherentes. Era, pues, un sindicado, un clasista afiliado al organismo de resistencia contra la burguesía. Cobraba en proporción a las ventas que realizaba. Lo que ingresaba era el doble de lo que obtenía un bracero o peón en tiempos que podríamos llamar normales para entendernos pronto, es decir, en tiempos de sucesión corriente.

Pero en el Sindicato de Distribución, Medina conocía y trataba a otros comisionistas como él. Medina era corredor, como era corredor de comercio Ugalde, su compañero de Sindicato y de profesión. A pesar del compañerismo, Medina y Ugalde eran rivales.

Cada uno de los dos disputaba a su fraternal compañero de clase las primas de venta. Las disputaban con encarnizamiento, con tendencia al exclusivismo. Ugalde cazaba a un cliente —comercio al detall, familiar— mejorando la oferta de Medina, incluso sacrificando una parte de las ganancias propia. Se valía de todos los matices de la especulación y de todas las insinuaciones de la duplicidad para vencer al rival de la propia clase. Se valía de comerciantes mayoristas bien provistos por ser más ricos, como se valía del tráfico de saldos y dejes de cuenta. Se valía de quiebras, fraudulentas o no, del crédito pecuniario, más abierto a unos comisionistas que a otros, del contrabando, del mercado clandestino, de la parentela, etc.

En el Sindicato, los dos comisionistas eran hermanos, compañeros de clase resistentes en el común empeño de luchar contra el capitalismo. En la vida eran rivales, profundamente rivales. Podrían trabajar solidariamente y compartir la ganancia. No lo hicieron. Pero

Medina, evolucionando socialmente, abandonó el oficio de comisionista. El número de agentes comerciales aumentaba de tal manera, que cada kilo de comestibles era objeto de competencia furiosa. Medina se fue a su pueblo y montó allí una pequeña imprenta, que le daba lo suficiente para vivir. La comarca natal podía tener, y tenía, clientes de papel impreso capaces de mantener una minerva y unas cajas. En el pueblo, Medina se incorporó a labradores y artesanos resistentes contra la renta y el cultivo con fruto de su pequeño huerto.

Otro caso expresivo de las contradicciones que se observan en los grandes centros urbanos de población acumulada, se dio por el mismo tiempo. Existía cierto tejar-ladrillería en la urbe española de censo nutrido. Trabajaban treinta operarios, producían material diverso de construcción. Maquinaria moderna. Horno eléctrico. Trabajo cubierto por demandas normales. Horario hasta cierto punto soportable.

Decrecen de pronto las demandas ¿Motivos? Grandes obras públicas interrumpidas, urbanismo liquidado por crisis. Las grandes obras públicas exigen muchos brazos, pero sólo para un tiempo determinado, quedando la mano de obra forzosamente ociosa al terminar los trabajos, que no continúan porque no hay plan racional de continuidad en ninguna parte. El capital opera sin orden ni concierto. Gusta de dividir a los trabajadores en ociosos y activos para que peleen unos contra otros.

En vista de la crisis, los obreros no cobran nómina entera porque no trabajan los seis días de la semana. Se distribuyen generosamente por turnos el trabajo que hay, según las necesidades de cada cual. Es decir, que un soltero cede parte de lo que gana a un padre de familia que tiene tres hijos, trabajando los dos operarios igual número de horas y al mismo ritmo. Todos los operarios tienen una formación confederal. Sus ideas no están en contradicción con sus prácticas.

Llega un momento penoso. Al patrono le es imposible pagar la reducida nómina mensual. Y como las cosas presentan un mal cariz porque las demandas de material escasean cada vez más, propone el patrono una solución. Reune al personal y dice de buenas a primeras:

—Os podéis quedar con la Industria.

—No tenemos medios para comprarla —contestan los obreros—.

Y dice entonces el patrono:

—Os cedo el tejar, el utillaje, la obra almacenada y no vendida, más los créditos por lo vendido y no cobrado.

Acepta el personal y se constituye una cooperativa de producción en vista de que el patrono se elimina a sí mismo como tal.

—Vamos a plantear el caso con toda franqueza —dice el patrono—. Yo quedo en la calle y querría proponeros una cláusula en el documento de cesión. Estoy muy relacionado con empresarios, arquitectos, aparejadores, oficinas técnicas del Ayuntamiento, por lo que se refiere a nuestro ramo, gerentes de servicios públicos que tienen carácter similar a nuestro oficio y capitalistas que están o pueden estar en el caso de hacernos demandas de material. Os ruego que me permitáis intervenir como corredor. Seré vuestro agente de ventas. No cobraré más que vosotros, pues reduciremos las comisiones a un tope que en ningún caso desbordará lo que cobre cada uno de vosotros.

Dice un obrero:

—La cuestión principal estriba ahora en contar con demandas. Si éstas no consienten un término medio aceptable y un margen de desenvolvimiento deduciendo lo necesario para renovar maquinaria, comprar primeras materias y reservar un fondo de previsión para enfermedades y accidentes principalmente, habrá que emigrar, o, de lo contrario, reducir la plantilla, cobrar poco y vivir mal... Y aún queda lo peor: habrá que entrar en competencia con otros cooperadores sin empresa, que serán nuestros enemigos. Este es el punto neurálgico, contra el que nos estrellaremos fatalmente, aunque tengamos demandas y sigamos en el Sindicato tal como queremos. ¿Qué normas propias tiene el Sindicato, propuestas por nosotros mismos, para la convivencia de cooperativas de producción? El Sindicato preconiza la Federación de Cooperativas. Lo sabemos. No es suficiente, si hay crisis de construcción, es evidente que sólo podremos repartirnos las deudas.

—Lo mejor será estudiar el caso a fondo —observa un ladrillero— para convencernos de que, incluso regalada esta industria, será nuestra ruina. La crisis puede durar muchos años. La construcción es una industria muy aleatoria, con períodos largos de calma y períodos cortos de trabajo intensivo. Vinimos a la ciudad huyendo del surco, y el asfalto se nos traga.

No se acentúa de momento la crisis. El equipo trabaja un semestre con relativa normalidad, dándose el caso de que el ex-patrón gana más como corredor o comisionista de material de construcción

que lo ingresado como patrono. El constante bloqueo de beneficio patronal por los trabajadores evolucionados, había reducido el beneficio.

Sobreviene la crisis grande por cese de obras. Ni siquiera valiéndose los obreros de un utillaje no comprado, puede hacer ladrillos si no se piden ladrillos.

—¡Y pensar —dice un ladrillero— que la mitad de la ciudad habría de ser demolida!

En efecto. Las obras públicas se habían reducido a alardes suntuarios y monumentales. Quedando treinta mil viviendas en la ciudad, que no eran más que pocilgas. Quedaban millares de palacios casi deshabitados.

—No podemos hacer más que volver al campo —sugiere un operario del tejar—. No por estorbar a los burgueses y a los paseantes, sino porque acabaremos por estorbarnos aquí los trabajadores unos a otros, por estorbarnos a muerte. Nada pueden hacer los Ayuntamientos porque son esclavos y deudores de los Bancos. La construcción ciudadana a jornal depende del dinero-renta, mientras que en el campo depende de utilidad no rentable para nadie, que es generalmente la habitación campesina. Por ello, las ciudades gastan tanto en construcciones supérfluas, y los pueblos no. La habitación es, en el pueblo una manera de vivir. En la ciudad, un procedimiento de cobrar renta usuraria. Nosotros contribuímos inconscientemente a estorbarnos unos a otros, acumulándonos en la ciudad y encareciendo por ello el suelo y la vida, mientras residimos en barriadas sin urbanizar y vemos que sólo se urbanizan (con nuestros brazos para mayor burla) los distritos ya urbanizados. En los pueblos no se vive ya aislado como antes. ¿Qué sacamos sacrificándonos unos por otros? Los pueblos ahogarán a las ciudades, a lo peor de ellas.

Estos animosos españoles tan evolucionados, no figuran en las muchedumbres llevadas y traídas de un lado para otro en simulacros políticos. Tales admirables y laboriosos españoles, dos vuelven al terruño. Allí se hermanan con Medina.

En la misma ciudad aludida antes, y en la misma época, una Patronal del Vidrio plano convoca a todos sus operarios:

—El censo de la industria —dice el gerente— tiene trescientos obreros. Todos trabajan y cobran según la tarifa sindical correspondiente. Como vamos a modernizar el utillaje, sobra la mitad del personal. Pero no queremos conflictos. Os reunís uno de estos días y

señaláis vosotros mismos, si lo creéis conveniente, (todos de acuerdo, sin intervención patronal ni oficial) el censo de cada equipo de fábrica que pueda quedar hasta un total de ciento cincuenta. No creo que vosotros ni el Sindicato seáis enemigos de la modernización del utillaje, cosa necesaria para competir con el producto belga. Los trabajadores que voluntariamente abandonen la fábrica, recibirán una indemnización que acordaremos entre todos. Si no podemos reducir el personal a la mitad, cerraremos la fábrica y renunciaremos a comprar máquinas. No queremos provocar un conflicto por despidos. No queremos pelea con el Sindicato porque sabemos que perderíamos. Por otra parte, nos veríamos en un apuro para seleccionar el mejor personal, porque todo es igualmente competente.

Los obreros piden un plazo para reunirse y opinar. Todos se manifiestan después de amigable deliberación, y acuerdan:

1. Proponer la cuantía de la indemnización por abandono voluntario de trabajo, equiparándola a dos años de salario si la propuesta patronal es menor.

2. Abrir una lista de voluntarios que cesarán de trabajar, entendiéndose que los no inscritos en ella piensan continuar en los equipos.

3. Nombrar una comisión de confianza que trate con la patronal de acuerdo con las normas propuestas y determine sobre los detalles, previa consulta a la base de la Industria del Vidrio plano, como al Sindicato correspondiente a los efectos de relación, y con el organismo nacional e internacional al que están adheridos, entendiéndose, en todo caso, que tanto los que abandonan el trabajo como los que queden en los equipos, no renuncian a la lucha social ni a las reivindicaciones revolucionarias.

4. Si el número de los que cesen de trabajar no rebasa la cifra de ciento cincuenta, notificar a la patronal la imposibilidad de atender la propuesta.

5. La indemnización que se acuerde en todo caso tendrá un suplemento del treinta por ciento en favor de los que al cesar de trabajar tengan obligaciones familiares: hijo o hijos, padres no pro-

ductores, como familiares que vivan en el domicilio y no sean útiles para el trabajo.

6. Las indemnizaciones habrán de pagarse al contado y en un solo plazo, como condición previa para cesar en el trabajo.

Estas condiciones se aceptaron por la patronal tras ligera discusión. Se renovó el utillaje y quedó un censo fijo de ciento cincuenta operarios, percibiendo los otros ciento cincuenta la indemnización acordada.

No se trataba de resolver problemas de envergadura. Se trataba de un momento evolutivo del maquinismo, de un episodio que podía tener curso inteligente sin consecuencias graves. Los que dejaron de trabajar emplearon el importe de la indemnización en modalidades de legítimo interés no acumulativo. Dos de los operarios volvieron a su pueblo de origen, el mismo de los ladrilleros y el del corredor de comercio. Allí se unieron todos con los lugareños en el trabajo y en la lucha común contra la explotación.

Véase cómo los tres casos apuntados se relacionan estrechamente con la acumulación de mano de obra en un centro urbano denso, cuyas muchedumbres entran en colisión interior, se destrozan cuando el capital se muestra retraído, y quedan millares de trabajadores en paro forzoso frente a otros millares de trabajadores en activo.

En los tres casos se advierte un impulso razonable de retorno al campo. No se advierte la vuelta obediente a las consignas interesadas de la propaganda política o religiosa, que preconiza la vuelta a la aldea, como si la aldea pudiera manipularse por el caciquismo, la riqueza ociosa o la tonsura.

Evolución del medio rural

¿Qué ambiente hallaron en el medio rural de origen los trabajadores fugitivos de la ciudad?

Fijemos, en primer lugar, la época: 1930. Los años transcurridos, desde principios de siglo, habían sido de prueba, verdaderamente de prueba. Crecía la nueva generación entre novedades extraordinarias. El movimiento social, político y literario, tenía expresiones que bien

podemos calificar de excepcionales: unas, por su vehemente y limpia acritud; otras, por su humor activo; otras, por reflejar contrastes entre miserias y jolgorio; otras, por su profundidad dramática y desesperada.

La juventud se encontraba ante una España invertebrada, dispersa y contradictoria a veces, pero no ante una España callada y resignada. Había nacido un descontento sin precedentes. Agonizaba la podredumbre colonial. Marruecos era una tumba definitiva de fantasías y delirios.

El socialismo sufragista movilizaba sus efectivos, aunque sólo los nutría con votos. Pero el socialismo humanista conseguía verdaderos avances, interesando sus mejores manifestaciones a sectores distanciados por el espacio y la poca vida de relación. Los Ateneos, la población del agro, el obrerismo urbano evolucionado por la acción directa, la cátedra, la investigación y el periodismo tenían o querían tener un camino propio.

Nació y se propagó rápidamente el movimiento sindical en lucha abierta contra el Estado y el capital. Los estudiantes protestaron como nunca contra la mezquindad de la enseñanza oficial. Los pequeños contribuyentes formaban ligas de resistencia para castigar al Estado, negando tributo a la voracidad fiscal.

Tuvo épocas activas, aunque no integrales, de oposición al centralismo, al sentimiento de autonomía regional. La oficialidad militar, constituyó su resistencia contra los gobernantes. La literatura de signos rebeldes tuvo acentos vibrantes contra todo lo viejo y contra todos los viejos. El arte se libertó en buena parte de las Exposiciones de tipo único y ministerial. La Institución Libre de Enseñanza, inspirada por Francisco Giner, ganó muchas libertades. La Escuela Moderna de Ferrer difundió la obra incomparable de Reclus. El teatro fue avanzada de pensamiento libre, hasta el punto de que los jóvenes íbamos a presenciar el estreno de dramas, y hasta de melodramas, como quien va a la barricada. Los años de 1903 e inmediatos, antes y después, con sus grandes huelgas, marcaron, con signo inequívoco, los más altos grados de descontento popular, como 1909 y 1917.

Se entregaba España a una lucha justiciera y viril contra el despotismo secular. Lo hacía con variados estilos y acentos. Pero lo hacía siempre sin grandes preocupaciones de método, sin táctica congruente, sin calcular las reacciones adversas, sin mucha capacidad para prevenirlas. Lo hacía a menudo con frenesí místico y con generosidad, pero sin previsión. La lucha era tan vital y tan permanente

en sus motivos profundos, que desconcertaba a los profetas de la sociología.

La generación que acompasaba su edad a los años del siglo, fue creciendo a medida que el siglo crecía entre tantas arremetidas y movimientos trepidantes contra el viejo armatoste de la España legal, opuesto a la España laboriosa, comarcal y vecinal, estudiosa y mañosa.

Esta España nueva tenía que ser furtiva, necesariamente furtiva contra la oficiosidad de los peores, cuyo despotismo culminaba en el Estado y en la acumulación de provechos y privilegios. Aquella oposición furtiva quiso ser abierta contra el desenfreno del poder. Para ello tuvo el combatiente que renunciar a los viejos anhelos místicos, inconcretos, huidizos, esporádicos a menudo. Hubo que estabilizar el entusiasmo y no convertirlo en humo. La nueva generación es hija de esta realidad tan patente. Hija de una transformación a fondo, operada en la España furtiva, combativa, mística, aunque un poco excesivamente cargada de amor inoperante por falta de coherencia. Iba surgiendo otra España igualmente descontenta, aunque activa moralmente positivista, con afición a la congruencia.

Se comprendía la necesidad de dar eficiencia a la lucha social, apartándola del lagrimeo místico y de la incongruencia. El contraste, la piedra de toque, se dio en el momento del combate contra el absolutismo de Franco el 18 de julio de 1936, rompiendo con el viejo equívoco de las luchas meramente episódicas y de escaramuza que llenaron los veinte años primeros del siglo de rebeldía dispersa, aunque honorable. La guerra del 14 sorprendió a la nueva generación en temprana juventud. Más que la guerra, sus consecuencias. Estas afectaron a los jóvenes desde 1918 y dieron motivos pesimistas, aunque superados. Los beneficios de la paz resultaban nulos a causa de la esterilidad de Europa, como se vio de guerra a guerra, para afrontar por sí misma el peligro fascista en sus arremetidas iniciales, deducidas de la propia guerra.

España había de combatir la primera para malograr aquella especie de maleficio en el que colaboraron, por acción o por omisión, todas las fuerzas plutocráticas del mundo. El sentido revolucionario quedó claro en las resultantes del signo inconformista integral contra la desdichada colaboración en la esfera gubernamental para perderlo todo.

La guerra del 14 fue un revulsivo para los poderes del dinero y para la impunidad autoritaria. Se levantaron protestas airadas contra la psicosis de la fuerza bruta. Los idealistas independientes y los obreros

evolucionados siguieron su camino. La réplica fue contundente, y con poco intérvalo surguieron los movimientos fascistas. Se ha dicho que el baldón fascista era la última trinchera del capitalismo. Evidentemente: la última, pero no la única que queda. A la vez que el fascismo representaba la más incivil de las ingerencias en la vida de los ciudadanos y la peor de las manipulaciones de la riqueza pública, representaba asimismo un estado de guerra permanente y una feroz represión contra el pensamiento.

Reivindiquemos para la nueva generación el pensamiento esencial de combate contra Franco, malogrado por una falta de previsión, previsión que el Estado negaba en los moementos más trágicos, prefiriendo perder una guerra a consentir un movimiento revolucionario profundo. España había de ser combatiente inicial contra el fascismo, y lo fue en bloque beligerante para que el maleficio y la crisis de pavor que inspiraban Mussolini y sus epígonos animaran fuerzas y voluntades, hasta culminar en un movimiento general de repulsa contra el fascismo en Europa y en otras latitudes, movimiento que se purificará, malogrando lo que fuera o dentro del fascismo representa tiranía y explotación.

El medio rural español había conseguido interpretar, desde principios de siglo, la profundidad del problema de vida o muerte planteado en el agro con agritud, y también con ciertas ventajas tácticas. En primer lugar, no luchaban los campesinos con poderosos capitalistas. Lo que se dice del latifundista millonario, es una fantasía. Uno de los propietarios típicos de latifundios, el duque de Solferino, marqués de Centellas, etc., que poseía fincas por valor de quince o veinte millones, fue enterrado casi de limosna. ¿A qué se debió la bancarrota de aquel duque? A varias causas, todas coincidentes:

1. El rendimiento de la tierra quedó rebajado a partir de 1918 por el movimiento espontáneo de negación de renta de colonato.

2. Quedó rebajado en los patrimonios explotados directamente con asalariados al imponerse turnos de trabajo. Cada yunta requería un hombre para la labranza. Con el régimen de trabajos por turnos —sobre todo en la recolección— el término medio de personal para cada yunta era de tres hombres. El presupuesto de gastos de labranza era triple en 1928, comparado con el de 1900. Los campesinos impusieron los nuevos métodos, teniéndo en la seguridad de que no hay propietario que resista

la jornada de ocho horas. Automáticamente va a la más completa ruina. Lo mismo da que cuente la propiedad con yuntas o que cuente con utillaje moderno. Lo mismo da que se trate de tierra de secano o de regadío. La propiedad que se explota por el dueño a base de brazos ajenos, va a la más segura de las bancarrotas desde que los trabajadores imponen la jornada de ocho horas.

3. La burocracia administrativa de la riqueza patrimonial sangraba los beneficios del dueño cuando existían. Al decrecer estos beneficios se descubrió que los más saneados de los patrimonios iban pasando a manos de admninistradores y mayordomos, quienes tuvieron que sufrir la ofensiva de los trabajadores, decidieron recurrir los nuevos dueños a la parcelación y venta de las propiedades. Se valían de instituciones de crédito patrocinadas por el Estado, pero los campesinos invalidaban todas las maniobras negando plazos y réditos y cultivando por su cuenta, con mejoras extraordinarias, la tierra que consideraban liberada, a salvo ya de la renta y jornal.

4. En estas condiciones, el colectivismo de 1936 tuvo buen ambiente. En realidad, se había practicado ya al organizarse trabajos en común y expropiar montes de aprovechamiento vecinal. La ganadería tuvo que ceder al surco, la langosta al arado y el secano a las plantas.

Todas estas mejoras, conseguidas por acción directa, eran pesadilla de la República, cuya legislación agraria, con sus modificaciones, falsos avances y auténticos retrocesos, fue un galimatías expuesto a mofa general.

¿Qué conjunto español puede presentar una hoja de méritos comparable a la que los campesinos acreditan por esfuerzo directo? Si el importe de la siembra y recolección de cereal equivale en moneda al importe de venta del mismo cereal, ¿qué es la propiedad?

Este es el hecho histórico más relevante de Europa y del mundo. El campesinado ibérico que apenas deletrea una carta, que permanece como una esfinge ante los sociólogos pedantes, que se ríe levemente oyendo fantasear a tribunos y estadistas, ese español de pro, hombrón o menudo, nervioso o sanguíneo, semita moreno o celta rubio, descendiente de seguidillas, zortzicos y boleros; ese gran burlón repleto de cachaza, paciente a veces como un contemplativo sene-

quista, nervioso y vibrante otras como una prima de guitarra; ese montaraz tan áspero como reservado, comedido hoy y brincador mañana, ese arrancapinos en Francia, ese hortelano de Levante, ese aragonés de la estepa, ese castellano sosegado a ratos por quince o veinte siglos de filosofía no escrita, ese catalán impaciente y razonador a la vez, ese andaluz de la viña y del olivar, ese vasco cachazudo y reñidor, ese galaico suave; toda la densidad ibérica, que sin dejar los casticismos, mira hacia los nuevos tiempos, ha tenido arte y parte en la verdadera, en la auténtica renovación de España, renovación escondida que hemos visto los que no sólo conocemos el campo por contemplarlo desde el tren, y sabemos que el temperamento ibérico es tan vario que no puede reducirse a una modalidad. Si hay un común denominador de las sugestiones ibéricas, está en el desprecio al adulador, en el recelo contra el repartidor lírico de bienestar. Don Quijote y Sancho fueron dos hombres pero el ibero puro los une y resume en él, los asimila a los dos como si los presintiera, apropiándose un complejo de ideal y de talegas. Cervantes nos dio, con sus dos modelos, al español único. Las variantes se complementan dentro de él, como se complementan en la mujer española la lejana Dulcinea y la labradora Teresa Panza, no la duquesa y la dueña.

El sentimiento regionalista se llamó nacionalismo. Era como todos los nacionalismo, de abolengo histórico y lírico. Tenía modalidades gubernamentales, confundidas éstas con el estilo unitario para dominar a los españoles todos mediante cuadros de mando total y Parlamentos múltiples, como si un sólo Parlamento no fuera ya calamidad suficiente.

Nuestro amigo Medina, el corredor de comercio, nuestros amigos los ladrilleros y los vidrieros, apartados todos voluntariamente de la urbe, hallaron en la comarca natal novedades extraordinarias.

Los viejos que sostenían en el pueblo una rebeldía consecuente, aunque leve, contra los caciques y los propietarios, no estaban solos. La juventud les tenía bloqueados dándoles empujones para que las protestas fueran más efectivas. Nada de elecciones. Nada de concejales. A reducir a los propietarios implacables, a darles su merecido, a castigar su petulancia de ociosos.

Había en el pueblo, mucho antes de llegar los fugitivos de la ciudad, clases muy cerradas. Se advertía en las bodas. No aquilatan con tanta minuciosidad el oro los usureros, como la clase labradora, relativamente acomodada, aquilataba a principios de siglo la hacienda del consorte extraño al tomar estado el hijo, al buscar pareja al

mayorazgo o acomodo fuera de casa al segundón, o al juntarse dos pequeños patrimonios con motivo de boda. Se concertaba ésta con sentido cerrado y materialista del inventario de riqueza patente, con un conocimiento completo de la norma foral, sobre todo en una psicología intuitiva extraordinariamente certera respecto a las condiciones del consorte. En este aspecto las uniones eran condicionadas a reglas y detalles, a tales pactos y excepciones, que ningún dramaturgo ni novelista ahondó jamás con tanta cautela como los aldeanos —**que tenían algo que perder**—.

Pero estos aldeanos —**que tenían algo que perder**— y se creían separados del bracero, como un príncipe indostánico se cree separado del más modesto súbdito tuvieron que sufrir igual que los grandes propietarios la ofensiva de los braceros cuando éstos comprendieron que al jornal despreciado corresponde trabajo de brazos caídos, y que una cosecha no está segura en el granero del pequeño o del gran propietario más que si los braceros la llevan trabajando a lomo caliente.

Los pequeños propietarios se vieron reducidos a trabajar más y a prescindir de jornaleros temporeros. Trabajaban los pequeños propietarios con más ardor que los jornaleros mismos; se mataban de sol a sol sobre el surco y prosperaban de año en año. Esta circunstancia derribó y pulverizó los capítulos matrimoniales y su etiqueta acercando la clase labradora, relativamente acomodada, a la clase de los desheredados. El trabajo quedó dignificado así. Las uniones tenían ya otro estilo. Se iban desviculando las grandes fincas territoriales. Cualquier bracero tenía más tierra que el pequeño propietario clásico, y de mejor rendimiento. La clase media labradora aprendió la lección del trabajo y empezó a dar frutos el sentimiento nivelador. El bracero, emancipado en parte por contar con tierra sin amo, y sobre todo con iniciativa para mejorar el cultivo y convencerse de las ventajas de la asociación, empezó a vivir de manera sobrera, a guardar para sí los cereales y los productos de la granja, a mirar cara a cara a la miseria y a vencerla.

Las barreras entre labradores de hacienda heredada y braceros, cayeron sin remisión. El caciquismo tuvo que batirse en retirada. La gran propiedad se enzarzó en los laberintos hipotecarios, creyendo en vano atenuar y retardar la bancarrota. En la ciudad y en los pueblos seguían los partidos de oposición dando al caciquismo elocuentes lanzadas en el aire, precisamente cuando el caciquismo agonizaba y los propietarios, caciques o no, estaban cosidos de deudas. La Repú-

blica creyó abatir a los caciques, pero los caciques estaban ya en el estertor. El bracero los había inutilizado, no la República, que fue una floración de caciques de reemplazo.

La vida local española tiene aspectos tan sugestivos, que no pueden juzgarse en bloque. Si hay que calibrarlos con acierto, no es posible dar de ellos una interpretación frontal.

En primer lugar anotaremos que los españoles se conocen poco unos a otros. Fuera de los rangos burocráticos, donde el carácter está imbuido de expresiones tan uniformes como la vida oficinesca; fuera del comercio, que tiene normas de patrón convencional; fuera de los estamentos políticos y de los negocios acumulativos, los españoles no han tenido apenas trato sociable entre ellos más que en el trabajo y en la relación cultural.

Estos dos últimos aspectos, tan vitales de la vida sociable, son los que nos interesan. Nos interesan sin achicarlos ni reducirlos. El español iba al cuartel y se encontraba allí con soldados como él. Todas las manifestaciones de lo que se llama vida pública eran por el estilo. El amigo de la lotería alternaba con jugadores. El militar profesional con el militar profesional. El empleado con el empleado. El negociante con el negociante. Eran españoles de patrono único y de designio único. Fuera del negocio o de la función burocrática, fuera de las andanzas del español oficioso, quedaba la inmensa mayoría del español, que podríamos llamar suelto, desprendido del mundo oficial.

Había dos especies únicas de españoles: españoles oficiosos y españoles furtivos. Los oficiosos leían la prensa de partido, querían ser concejales o guardias de la porra, esperaban la emisión de presupuestos y la apertura de Cortes. Creían en la panacea de los gobiernos y vivían a base de notas oficiosas. La guerra era para ellos una plaga, pero inevitable. Su fatalismo les llevaba a confundir hechos y cosas. El día que España fue derrotada por los americanos en Cuba, el español oficioso salía de la plaza ronco de gritar y hasta de mugir, más que el mismo toro.

El español furtivo tenía otra mentalidad y otros propósitos. Se aclimataba difícilmente a la miseria y a la injusticia. Esperaba todas las mejoras de su esfuerzo y su perseverancia. Educaba a los hijos en el trabajo activo. No confiaba más que en sí mismo, y decía siempre: «A lo tuyo tú». Entre decir «A lo tuyo, tú» y «A lo nuestro, nosotros», pasó el siglo XIX y parte del XX. El furtivo propiamente dicho fue desertor en las guerras dinásticas y emigrante en los tiempos difíciles. El furtivo se aplicó a

transformar la economía casera y a entenderse con sus iguales para el mejoramiento común.

Las disidencias entre españoles, las verdaderas disidencias, residen en la significación antípoda del español oficioso y del español furtivo. El oficioso es como una pluma en el viento. El furtivo se vale de todos los procedimientos imaginables por ser él mismo determinante de su vida. El oficioso espera en la providencia de las instituciones gubernamentales. El furtivo cree que nadie le puede dar nada fuera de lo que él mismo consiga. El oficioso no trama nada ni acierta a prevenir nada. La vida transcurre para él pasando de largo por todos los acontecimientos ocultos y vitales, como vuelan las hojas del calendario. El furtivo se burla de todos los planes que no cuentan con él. Es modesto sin dejar de ser atrevido. Además, está seguro de que la amplificación de tragedias públicas y su desarrollo desastroso, viene de que no aumenta en progresión conveniente el censo de españoles furtivos. Y como cree también que no se advierte su propaganda por el hecho y que se le trata de cazurro, adjudicándole otros epítetos parecidos, sigue su vida en espera de que un buen día su desengaño tenga justificación decisiva en desengaños nuevos, pero activos.

Los antagonismos regionales, la diferencia entre unos partidos y otros, las mismas peleas de vecindad que acaloran a las comadres, le hacen sonreir casi imperceptiblemente. El español oficioso, por el contrario, no sabe que hacer ni que decir si previamente no le dan opinión hecha los promotores de españolismo delirante y los negociantes de cúspide, parapetados en órganos de opinión sin opinión, y muy convencidos de que, en definitiva, podrán seguir haciendo su voluntad a través de todas las vicisitudes y de todas las contrariedades.

La renta de la tierra había sido una ignominia. Si había ricos en los pueblos era porque había pobres capaces de ser inhumanos contra ellos mismos. Dosificado el trabajo, la propiedad quedó muerta, y por consiguiente la renta y la herencia. La emigración quedó cortada automáticamente cuando hubo tierra disponible para brazos no disponibles más que para el trabajador.

La evolución del medio rural tuvo estas orientaciones:

1. Se unieron los hombres del agro para agrandar el déficit que se producía en el haber de la riqueza heredada.

2. La emigración cesó automáticamente.

3. La inmigración se produjo sin tardanza, favorecida por el maquinismo agrícola, la necesidad de contar con mecánicos experimentados y la utilización de la tierra para industrias agrícolas.

4. Desapareció el concierto o acuerdo exclusivo para las uniones entre labradores jóvenes y labradores relativamente acomodados, que utilizaban mano de obra temporera, quedando como único valor el trabajo de iniciativa directa y aprovechamiento también directo.

5. La vuelta al campo de obreros evolucionados fuera de él, coincidió con la evolución avanzada de los lugareños tal vez más profunda que en las ciudades. En el campo se leía, en general, proporcionalmente más que en la ciudad, y con más fruto. Las promociones de raíz integral en la lucha social proceden del campo. De la ciudad proceden las desviaciones.

6. Las comunicaciones, más asequibles, favorecieron la circulación de ideas como nada. El camino transitado es siempre conductor de sugestiones más que de fardos.

7. La caída de la riqueza patrimonial favoreció entre los aldeanos la decadencia del sentido reverencial que había para la riqueza acumulada. Se vio claro que un grupo de hombres activos en un pueblo puede ser gestor del transporte general desde que el ferrocarril fue desbordado por el caucho y el motor de explosión. Se vio también con claridad que el concepto de cooperación en el transporte y en el reparto de artículos necesarios para la vida, puede derrocar el comercio privado y a sus intermediarios.

8. El interés legítimo de vivir con progresivo bienestar se vio contrariado por las masas no evolucionadas y sin ninguna aspiración superior más que contrariado por comerciantes, burgueses y caciques, cuyo predominio se exagera torpemente por quienes se sienten incapaces de vencer.

9. La quiebra del respeto a los propietarios determinó, en buena parte, la quiebra del respeto a los tonsurados y a los tricornios.

10. La instrucción doctrinal no avanzó aceleradamente porque los textos de propaganda eran excesivamente declamatorios. Apenas se referían a hechos concretos, a pruebas, a documentación clara. Todas las ponencias y conclusiones emitidas por grandes comicios, reproducen habitualemnte los textos clásicos de la segunda mitad del siglo XIX, textos de admirable lucidez, pero que no podían calibrar la favorable disposición de nuestra época. Hoy, la técnica está en gran parte generalizada. En la segunda mitad del siglo anterior, estaba cautiva. Cincuenta mecánicos especializados pueden responder hoy de la gerencia de una industria, mientras que no podrían responder de ella un equipo de ingenieros sin especializar. En una explotación forestal resinera, diez operarios instruidos, que lleven cuatro años en el trabajo, saben tanto como el ingeniero que la dirige, y más que un ingeniero forestal que no haya intervenido en las prácticas resineras. La ingeniería llega actualmente a bifurcarse, dividirse y subdividirse en tantas especialidades, que en una sola de estas especialidades los conocimientos del operario equivalen a los del técnico titulado. El trazado de un plano de Arquitectura no es más difícil que la ejecución del mismo plano por los constructores.

La fiebre maligna

El paludismo, según E. Sergent, miembro del Instituto Pasteur, es la enfermedad más extendida del mundo. Precipitó la decadencia de Atenas, antes de nuestra Era, y contribuyó a la caída de la vida romana.

En 1841, cuando se hablaba de evacuar Argelia a causa de las fiebres, el General Duvivier escribió esta frase: «Los cementerios son las únicas colonias crecientes con que cuenta Argelia». He aquí una expresión que no salió de la pluma de ningún revolucionario, sino de la pluma de un General. El colonismo queda pintado con vivos colores. ¿Quién remedió, quién cortó la epidemia febril en Argelia? Los agricultores que se instalaron allí y desecaron las charcas, los depósitos de agua muerta, las acumulaciones mortíferas de humedad.

En el Marruecos llamado español, las fiebres endémicas eran tan graves, que en los años 1849 y 1850 el ejército español quedó

casi en cuadro. Había pasado el estrecho de Gibraltar para imponer a los moros el dominio absolutista de Isabel II. No contaba con las fiebres del Estado español. ¡Cómo habría de contar, si en la propia España propagaba el Estado todas las plagas habidas y por haber!

Entre 1936 y 1939, muchos pueblos españoles de la zona libre de Franco remediaron por su cuenta la plaga de las fiebres, de la misma manera que la remediaron los agricultores —muchos de ellos españoles, levantinos— en Argelia. En el capítulo de esta obra, titulado «El Municipio mandatario de su Asamblea abierta», se da una información de cifra y prueba relativa al remedio que puede reducir la fiebre maligna y suprimirla totalmente, suprimiendo así uno de los azotes más contundentes y malignos. Recordamos haber visto, en la primera decena de este siglo, en pueblos españoles de regadío una furiosa y constante epidemia de fiebre. Los campesinos, atacados del mal, salían a tomar el sol y tiritaban de frío, mal cubiertos con una manta leve venteada por la intemperie de medio siglo. Y en las tierras bajas del Ebro, en la comarca de Tortosa, la quinina tenía tal número de clientes forzosos, que lo gastado en comprarla pudo bastar para cortar la causa.

Geografía del nomadismo Ibérico

El número de emigrantes de un poblado se da en proporción a las dificultades que se tienen por insuperables. La emigración que podríamos llamar voluntaria tiene distintas causas que no estamos en el caso de analizar porque no interesan a nuestro propósito. Nos referimos exclusivamente a las causas de emigración forzosa desde el poblado rural a la ciudad y dentro del territorio ibérico, no a la emigración de onda larga que pone el mar de por medio.

El nomadismo ibérico moderno, que insistimos en calificar de forzoso, quedó muy atenuado desde 1920 y cesó casi por entero cinco años después. Cuando cesó, el viaje era de ida y vuelta. Los pueblos iban despertando. El labrador se aclimataba mal a la vida ciudadana a base de jornal, deficiente siempre. La gran propiedad se iba desvinculando a causa del fenómeno de expropiación invisible que hemos registrado en este mismo capítulo. Las corrientes del pensamiento, la inquietud, el descontento, la necesidad de aliviar el estrago de una vida sin grandes perspectivas, el recuerdo del terruño dejado en manos de escaso rendimiento, el cálculo de mejoras posibles, las pruebas de avance que se veían patentes en otras regiones, el ejemplo de

cultivos nuevos, la instrucción avanzada, la buena propaganda escrita más que nada, todo este conjunto realista que no contaba sólo con teorías, sino con realizaciones, influyó en la vuelta al campo, dejando la juventud en la ciudad y acompañando en el medio rural a los llamados **viejos**, que habían iniciado a veces, en un ambiente cargado y recargado de oposición y hasta de represión, un cambio fundamental en la lucha, apartándola de la rutina sufragista, encarándose resueltamente con propietarios y mayordomos, negando tributos y rentas, esquivando la tutela clerical, el absolutismo caciquil y las leyendas de brujerío. Se inutilizaron —muchas veces a tiro limpio— las fanfarronadas de los perdonavidas rurales que servían incondicionalmente a los amos de la tierra y de la autoridad. Incluso los recaudadores y los tricornios tuvieron que batirse en retirada.

Todas las desgracias podían evitarse con el propósito de unión entre productores. Los caciques y los propietarios se unieron para contrarrestar la avalancha popular. Se unieron prescindiendo de toda etiqueta política. Los productores del campo se evadieron también del equívoco político, encontrándose frente a frente en los poblados: de una parte la fracción caciquil, los propietarios unos pocos incondicionales de éstos y unos labradores de los llamados **medianos**, cargados de deudas como propietarios; y de otra parte la jornalería y los pequeños propietarios evolucionados.

La pugna fue memorable, rica en episodios de noble picardía para triunfar, no exenta siempre de equivocaciones, pero constantemente vitalizada y corregida por los nobles ejemplos de austeridad y desinterés, de equidad, de sentimientos humanistas, abnegados y fraternales, de estoicismo laborioso, de trabajo empecinado para mejorar la tierra, hazaña que equivale ni más ni menos que a recuperarla y apartarla de manos muertas.

Esta lucha no tuvo muchos cronistas. Tuvo observadores desinteresados, más atentos a estudiarla y a orientarse por ella que a orientarla.

Contuvo la lucha el nomadismo ibérico y educó a los propietarios, forzándoles a colocarse en segunda y tercera línea, con pérdida diaria de posiciones y de tierras. Los campesinos evolucionados calcularon que las mejoras hechas por ellos mismos en tierra ajena cultivada a renta, es decir, el importe de trabajos no retribuídos, más el montante de créditos de que respondía la propiedad, sumaban ya el precio comercial de la tierra en venta. Esta catástrofe invadió

posteriormente toda la legislación agraria de la República, y desde julio del 36 la redujo a cenizas.

Los gobernantes republicanos y socialistas estaban bien lejos de advertir la evolución del campo. Quisieron manejar a los campesinos, y no consiguieron más que vitalizar el esfuerzo de éstos. El movimiento absolutista del 36 fue una réplica al avance social del campo más que un ataque a la República. Los focos fuertes del franquismo eran ciudades rodeadas de yermos, ciudades con censo de propietarios rurales arruinados por un cuarto de siglo de lucha desde abajo, desvalorizando los jornaleros la propiedad con la dosificación de trabajo, negando renta los colonos, estableciendo turnos de trabajo en la labranza los sindicatos de la C.N.T., abatiendo el dominio secular de la tonsura y del soez caciquismo, y cubriéndose los luchadores populares con una defensa inviolable de realidades promovidas en un medio adverso, que ellos mismos hicieron tambalear.

Nuestro gran barbudo Bakunin ya pudo sospechar que las consciencias más puras sin minorías dirigentes —tal como él quería— se anticiparían a dar motivos realistas a las convicciones libertarias integrales para patetizar que no somos utopistas. La magnífica frase de Ricardo Mella, «hemos nacido para castigo de los utopistas», queda patente de verdad, empapada de hechos y dispuesta a futuras realidades como por ejemplo tangible y no como texto de manifiesto.

Las vertientes morales de la vida local española están pidiendo un conocimiento de sus victorias, tantas veces calladas. Están pidiendo un reajuste al torrente de la mejor propaganda para darle sentido eficaz incontrovertible, ajeno a los improperios y maldiciones que gravan con un superavit sentimentalista las campañas de tribunas y prensa mejor intencionadas. El sentimiento es un imponderable al que es preciso poner freno porque sus disparos resultan a menudo tan infructuosos como los tiros que salen por la culata.

Los caminos abiertos y el cultivo sin empresa que ha repoblado extensas zonas de terreno, han contribuido a reducir el nomadismo y a modificar el clima, concentrándose la vida local más intensa y acorde con el futuro mejor, y unificando convenientemente la lucha al apartar de ella motivos artificiales como el sufragismo, reducto único de la propaganda política. Todos los partidos, sin excepción procuran atraerse clientela en la almoneda electoral. Sólo se pide al cliente, circunstancial como los partidos mismos, una adhesión momentánea. Después de votar, los partidos se ponen todos de acuerdo contra el elector, considerando a éste como menor de edad. Los dirigentes de

cada partido consideran a su vez a los diputados adictos un relleno, y todas las normas emitidas por el Parlamento son obra de dirigentes, no de diputados ni electores.

Estas rutinas quedaron inoperantes en los pueblos, que acudían preferentemente a las realidades de la vida, a la economía auténtica, a forjarse con desvelo permanente una instrucción racional, a hermanarse con los afines.

Entre los campesinos decididos, la rutina política era más bien motivo de humor.

La vida intensa local mejoró el ambiente y contribuyó a hacerlo respirable. Los burgueses rurales recalcitrantes quedaron en el aire cargados de obligaciones incumplidas, de angustiosas deudas y retrasos, sin hallar asalariados. El apoyo de los grandes burgueses de pueblo tuvo que cesar porque tampoco ellos podían ya con las cargas nuevas ni con las que le iban cayendo, ni con las que le tenían en desequilibrio, cada cosecha más inestable.

No hay en la Historia reciente del mundo un repertorio de hechos como el que pueden ostentar los poblados españoles en conjunto por lo que respecta a los diez años anteriores a la República del 31. El federalismo de Pi superado, el colectivismo de Costa superado y el estoicismo de Salmerón superado, fueron practicados concienzudamente por la muchedumbre, mientras el republicanismo oficial vivía entregado a los tópicos literarios y al cultivo de la oficina. Azaña era un oficinista. La supuesta revelación de la República era un empleado del Ministerio de Gracia y Justicia, repleto de acometividad contra fuerzas tan puras como los grupos productores. La República llegó tan retardataria, recatada y con tantos pegotes de balduque, que fuera de éstos no hay en la legislación republicana más que expresiones de pedantería declamatoria. Todo el texto de la *Constitución* del 31 es un exponente de pedantería, de españolismo de mala cátedra, de patriotismo de entretiempo, de doctrina libresca. La vida local había traspuesto en 1931, con hechos, todo lo que la República no sabía ni siquiera expresar lisa y llanamente.

La disidencia entre el poder central y las realizaciones locales eran tan patentes que no pudo sostener el Estado sus reformas. El pueblo iba más allá. Y más allá que entre 1936 y 1939. Y más allá seguirá cuando demuestre, como demostrará, que no necesita guías ni directores, profetas ni patronatos.

CAPÍTULO XIV

Carta municipal acordada

TENDENCIA ANTISOCIALISTA DEL SUFRAGISMO (1947)

El socialismo sufragista decae en el mundo entero, y decae precisamente a consecuencia del sufragio personal, siempre abstracto y siempre antisocialista.

La U.R.S.S. no consiente consultas electorales. Si hubo allí elecciones fueron gubernamentales, sin tolerar, de hecho, más partido que el único, que tenía y tiene todos los resortes de mando. Este partido gobierna, hace elecciones desde las oficinas y patrocina la política internacional de los zares. De la misma manera que los zares libraron a los búlgaros del dominio turco, los Soviets contrapesan ahora en Bulgaria la influencia de los anglosajones. Pero tanto los zares como Stalin van a lo suyo, y en Bulgaria no hay libertad, sino represión contra los núcleos avanzados.

Los gobernantes soviéticos se apropian, en sentido burgués acumulativo y monetario, sin permiso de los productores, todos los recursos de la riqueza pública. El problema soviético más agudo, el

que contrasta con la constante intervención formularia y exhibicionista, en el fondo de los Soviets, en las cuestiones internacionales —que muchas veces son tácticas de diversión—, el verdadero y casi único problema del Estado soviético consiste en que los trabajadores se niegan a ser elementos pasivos en la vida del país, resultando por ello que el rendimiento de la producción no obedece a las consignas oficiales. De ahí la creciente demanda de capital interior con empréstitos —en un país que se llama proletario— y la apelación al dólar prestamista. El trabajo de choque con la racha de castigos a los que producen sin furia no consigue dar rendimiento suficiente a la economía del Estado soviético, y ello será su ruina.

¿Hay socialismo en Rusia? No. Ni el pretendido socialismo de los países occidentales lo es tampoco. Las elecciones se hacen a base de supuestas normas democráticas. Pero el hecho es que la democracia equipara en las elecciones al burgués y al proletario, lo que es una práctica antisocialista. Alemania misma con su régimen de dictadura, sucumbió. No por tener o dejar de tener elecciones, sino porque falló la producción de guerra, que se saboteó por los alemanes mismos y estuvo dirigida militarmente, no industrialmente como en América.

En definitiva, ha sido el motorista americano, el técnico no militar el que ha derrotado al militar alemán profesional. Los soldados alemanes nos pedían tickets para comer pan a los españoles en la época de la ocupación de Francia, mientras los propios españoles sustraían montañas de pan a la Intendencia alemana para la Resistencia franco-española.

Los españoles hemos tenido ocasión de comprobar que la famosa organización Todt, el espionaje gamado, las directivas del doctor Ley —pontífice de la planificación hitleriana—, las normas de Rosemberg, las del petulante Estado Mayor germánico, todas esas patrañas que difundía en España una publicación pedante como *El Debate*, eran simples cuentos de miedo. Hitler era un perfecto cretino, como ha demostrado Jung, eminente profesor de Zurich. Para este profesor, Hitler era un sujeto afecto a la neurología más baja del disparo nervioso con pretensiones demoníacas. Pero el obrero alemán de las industrias de guerra se cruzó de brazos en un momento determinado. La cábila franquista creía en Alemania como cree en el presupuesto y en los piquetes de ejecución. Sin embargo, el metodismo técnico alemán era un verdadero desastre, uno de los más falaces cuentos de miedo que se difundían por el mundo.

¿Por qué se cruzó de brazos el obrero alemán? El motivo ya lo estudiaremos. Pero fuera por el motivo que fuera, lo incuestionable es que se cruzó de brazos, como se cruza de brazos el trabajador en Rusia.

Estos hechos tan evidentes, registrados por las publicaciones alemanas y soviéticas, representan un fenómeno muy elocuente para los trabajadores de Occidente. La militarización de las industrias no representa eficiencia. Esta requiere adelanto industrial, experiencias, tiempo, buenos ejemplos y, sobre todo —oidlo, planificadores que confundís a los hombres con las cosas—, exige que la mano de obra tenga satisfacción interior y no se crea víctima de engaños.

La movilización dominguera y llamativa del elector que vota es sumamente fácil para una temporada. Si el comunismo en Francia, por ejemplo, cree poder movilizar a los productores con la misma facilidad que a los electores, está en un error. Los sufragios del propio partido dejarán a éste en seco si, desde arriba, propaga la consigna de trabajar mucho más cuando no se come. Aunque se coma, el trabajo no es una esclavitud y no lo será.

Véase como el sufragismo da chascos de envergadura a sus propios determinantes. Lo mismo ocurrirá en Inglaterra. El laborismo no tiene nada de socialismo, como tampoco es socialista el régimen de los Soviets. El laborismo es un partido reducido de funcionarios públicos, ex-cargadores de muelle, profesores sin ninguna base socialista, un núcleo doctrinario con mentalidad entre anglicana y altruísta en teoría, pegado como una oblea a los sobres burocráticos.

Su masa de maniobra no es ningún grupo ideológico, sino la muchedumbre productora de las Trade-Unions, muchedumbre honorable porque vive, aunque difícilmente, de su esfuerzo, pero que no intentó jamás ningún movimiento de base socialista, como tampoco lo intentaron sus animadores. Lo único que intentaron éstos, valiéndose de los sufragios de los trabajadores, que no viven del sufragio, fue gobernar.

Es evidente que las Trade-Unions podrían socializar la economía británica sin apartarse de su medio. Al confiar a los dirigentes laboristas el mando político, sólo se consigue que el laborismo en el Poder acometa con aires descompuestos el problema de las nacionalizaciones industriales.

Con la Banca, ¿qué es lo que se hace en Inglaterra? Dar curso a la corriente capitalista, puesto que se revaloriza la riqueza efectiva de las acciones, liberándolas de cualquier riesgo, mientras se sostie-

ne el bloqueo de los salarios para revivir el monopolio de la libra con el régimen colonial traumático y la miseria general. Esto no es más que el programa de Churchill realizado desde el Poder por los laboristas.

¿Qué le importa al capital inglés la nacionalización de la Banca? Al accionista se le dice: «¿Tienes cien libras en acciones? Pues te regalo doscientas y tienes trescientas. Como cobrabas antes de la nacionalización el nueve por ciento de cien libras, ahora te damos el tres por ciento de trescientas libras y cobrarás igual que antes. Lo mismo da colocar un capital de cien libras al nueve por ciento que un capital de trescientas libras al tres por ciento». Esta es la gran maravilla de la nacionalización bancaria en Inglaterra.

Respecto a los beneficios de la Banca, ¿qué le importa al productor que queden en el bolsillo del banquero privado o en la caja del Estado? El Estado vive porque desvaloriza el dinero que le prestan, y consuma así una serie de robos escalonados. Y respecto al comercio y a los traficantes, ¿qué les importa que un préstamo o un descuento de valores comerciales lo haga el banquero privado o el Estado, si uno y otro se quedan con la rapiña de la comisión? ¿es esto socialismo? ¿Es siquiera intento socialista presentable?

Si los mismos trabajadores, que tan inconscientemente llevan al Poder a los laboristas, han de reivindicar el derecho de ganar unos chelines más de salario recurriendo a la huelga —reprimida por el laborismo con el esquirolaje militar—, ¿qué se puede pensar del sufragismo? Pues que sirve para elegir agentes de esquirolaje. ¿Es esto socialismo? ¿Y tiene nada de particular que el laborismo se incline ante Franco, mientras el socialismo sufragista de toda Europa se inclina ante el laborismo?

En Francia, comunistas y laboristas ganaron el Poder mediante sufragio abstracto y personalista, entrando a gobernar desde octubre del 45 con el partido del Vaticano. Una vez en el Poder, socialistas y comunistas han propagado la consigna inhumana y antisocialista de trabajar a marchas forzadas, sin comer, como quiere Stalin y como quería Hitler. Estas consignas, la burguesía no tiene ya ni siquiera necesidad de lanzarlas a los cuatro vientos. ¿Es esto socialismo?

Atribuye éste al conjunto social, sin jerarquías ni monopolios políticos o económicos, y sin potestades de gobierno, la administración de las cosas y no el tráfico con el esfuerzo laborante en provecho de ninguna minoría. Cuando no se tiene la administración de las cosas hay que luchar por tenerla, pero ningún socialista sensato propa-

ga las consignas burguesas ni las hace cumplir a rajatabla. Para llegar a este lastimoso resultado hizo falta que el socialismo se dedicara al cultivo de las urnas y del funcionario. Y la burocracia, que ya desacreditó al régimen burgués, desacreditará a cualquier formación gubernamental que lleve otro nombre, aunque éste sea proletario.

En Italia, socialistas y comunistas gobiernan con otros sectores, todos rivales, algunos vaticanistas, y, desde luego, atentos unos y otros exclusivamente al vaivén sufragista, el más veleidoso del planeta y el más intermitente, como también es más propicio a la decepción. El resultado hemos de verlo pronto: se sucederán escenas manicomiales en las urnas, y el que aspire a gobernar podrá implantar los procedimientos de Mussolini con tal que tenga votantes, cosa no difícil y que está en curso. El recién formado partido **del hombre de la calle** aspira a acorralar a los italianos. Por fortuna, el Movimiento Libertario dará a Italia un porvenir digno.

En los países escandinavos hubo un socialismo evangélico y cuadriculado, que no tardará en confundirse con el sovietismo. Recientemente, el cristianismo soviético francés ha puesto en marcha en Lyon una serie de publicaciones intentando demostrar que Stalin es el realizador del Evangelio de Cristo, mientras que el Vaticano, según el punto de mira de los catequistas protestantes de Lyon, es la negación del Evangelio.

En general, el socialismo político de Europa se redujo a hacer elecciones y a tener destinos, no a impulsar ningún avance social ajeno los programas gubernamentales. Colaboró con las dictaduras y con el imperialismo más tronado. Y en el verano de 1939, Hitler, que se llamaba socialista sin serlo, y Stalin, que tampoco era socialista, se unieron en estrecha alianza militar para aplastar a Polonia.

Los socialistas derivaron el sufragismo de la política burguesa, que concede voto a un banquero, a un traficante, a un incapaz, a un usurero, a una bailarina y hasta a un cretino, lo mismo que a un fundidor o a un geómetra. ¿Es esto socialismo? En vez de impulsar el voto de régimen, el voto de mejoras directas, que no consentiría filtración parasitaria, sólo impulsó el voto de candidatos, voto propugnado por estos mismos candidatos, que se creen hombres providenciales. Si ha gustado la jerarquía del Poder, estos hombres son delirantes y no hay camisa de fuerza que pueda sujetarles. Sólo la inhibición electoral les hará volver en sí y el consiguiente brote de la revolución justiciera.

No sólo se falsifica el socialismo. Se falsifica también la doctrina petulante del cuadro democrático, puesto que en la llamada reconstrucción de Europa se elimina el sufragio calificado de universal, y todo lo resuelven los Grandes comiendo juntos, sin permiso y hasta sin conocimiento del que les paga los banquetes. Alteran fronteras, dictaminan lo que ha de ser el Danubio, lo que ha de pasar o no pasar por los Estrechos, y establecen la dieta rigurosa de más de trescientos millones de europeos, a los que no piden opinión.

No se advierte apenas en la cúspide del socialismo político, ni en sus vertientes ni en su base, el menor vestigio de aquel humanismo —tan atenuado, sin embargo— de Jaurès. Hallamos huellas de humanismo en muchos hombres que no figuran en los núcleos socialistas de partido. o que, figurando en partidos socialistas están desplazados de responsabilidad determinante y de iniciativas. Todo se reduce en los partidos a querer gobernar, aunque sea de manera tripartita, de *ménage à trois*, con los mismos enemigos calificados de infames en la campaña electoral y a pedir dólares prestados para cargar a la masa productora y famélica el peso de las deudas. ¿Es esto socialismo? ¿Qué elector será capaz de soportar tantos contrasentidos? El Parlamento español era una superchería. Pero los que creen en su legitimidad han de cargar con Gil Robles, que es diputado, y con sus amigos. No es Parlamento la minoría reunida en Méjico. Según la Constitución del 31, el Parlamento no es una tertulia de exiliados de buen humor, sino la totalidad de diputados, sean republicanos o gilroblistas.

La clientela obrera clásica del socialismo era ayer no más comunista y pequeño-burguesa. Hubo trasiego de republicanos radicales al socialismo y de socialistas al comunismo, de la misma manera que socialistas de ayer, como Alejandro Varenne, figuran en el M.R.P. francés. Los partidos intermedios han desaparecido, porque la mentalidad de los que cambian ve en el partido, nuevo para ella, lo que hace veinticinco años vio en el partido originario. Y en el caso de Pierre Dumas, por ejemplo, se ve al diputado que confiesa la imposibilidad de atender a veinte pedigüenos electores que solicitan veinte destinos cada día, invocando el voto y convirtiendo a los diputados en una especie de ama de cría bloqueados por el cuerpo electoral en imposibilidad absoluta de complacer a sus amigos. No puede una nodriza alimentar veinte críos cada día. He aquí los resultados de esas campañas electorales con tantos gritos y tantos discursos de aspirante a nodriza. Para quedar mal con todos no hace falta gritar tanto.

Los socialistas reprochan al comunismo la dependencia del **extranjero**, como recuerda estos mismos días *Le Journal de Genève*. Es cierto. Pero la verdad es también que los católicos socializantes —lo que son ahora incluso los animadores de *Témoignage Chrétien*— dependen de Roma y que todo el socialismo occidental está de rodillas ante el laborioso británico, lo que obliga a defender los intereses imperiales particularistas de Inglaterra. ¡Pues no estamos a poca distancia del *Manifiesto Comunista* de Marx!

El carácter londinense del socialismo occidental —llevado éste, como el laborismo, a terreno antisocialista por el sufragio— es evidente y complica la política de manera demencial. Schumacher, dirigente socialista alemán y adversario de la fusión con los comunistas, tiene su cuartel general en la zona británica de Alemania, y hace frecuentes viajes a Londres. Laski, presidente de la que podríamos llamar Ejecutiva del Labour Party está en contacto visible con dirigentes socialistas del Continente, como Attlee con Blum, y ha intervenido Laski en el Congreso Socialista de Florencia, pronunciándose contra la fusión y triunfando en toda la línea. En el mencionado Congreso Socialista italiano de Florencia, Pietro Nenni, jefe socialista y fusionista de relieve, obtuvo sólo el cinco por ciento de votos frente al ala antifusionista de Saragat.

Siete veces consecutivas rechazó el Labour Party la demanda de ingreso de los comunistas. Aunque la tercera parte del censo laborista votó por la colaboración, se advierte en el laborismo y en sus satélites europeos una reacción adversa al comunismo. Si los electores intervienen en todas estas absurdas andanzas, Europa volverá a sufrir guerras más violentas que la pasada, dividiéndose los trabajadores sin cesar de hablar de unión y sin ver que la burguesía anglosajona y el sovietismo juegan con ellos constantemente.

Probablemente, la tendencia Blum-Mayer-Auriol quería gobernar con el M.R.P. Pero el escrutinio de octubre del 46 hizo imposible la iniciativa en Francia.

En Holanda se han unido los socialistas en bloque con otros partidos, excluyendo a los comunistas. Los socialistas españoles, que se insultan gravemente entre ellos, tienen ministros de cada tendencia antagónica en los gobiernos del exilio.

Todo este maremágnum del socialismo europeo se deriva del equívoco sufragista, y tal vez el comunismo perderá posiciones —excepto en los Balcanes— en beneficio de un socialismo que se está gestando y que comprenderá desde las derechas y su confesionalismo

hasta la izquierda socialista adversa al comunismo, empapados todos estos aliados de reformismo ministerial, pero incapaces de hacer nada práctico, ni siquiera de acuerdo con sus programas.

El sufragio —del que no es origen la revolución rusa ni tampoco el socialismo— ha producido una pleamar de confusión para revalorizar, por contraste, las instituciones burguesas, generalmente arruinadas en su zona media y comunizante, mientras lo que podríamos llamar burguesía de alta tensión deja que la pequeña tenga negocios de menor cuantía y los sostenga desde el punto de vista de la explotación con ideología soviética.

Cualquier institución progresiva ajena al Estado —el sistema de Cooperativas aun con todos sus inconvenientes, la organización obrera de tipo independiente, la cultura sin jerarquía oficial, la moralidad de las costumbres, el intercambio de valores de altura, la comunicación de razas, la vida local gerente de sus propios destinos, etc.— consiguió las únicas mejoras auténticas del progreso tangible, del que no tiene vuelta atrás.

Tales instituciones, de pacto libre y signo civilizado, irán creciendo y extendiéndose hasta ahogar la falacia del sufragio, que sólo ha podido desviar a un socialismo que no era socialismo.

En la futura vida de los Municipios libres españoles el sufragio queda abolido, cediendo éste a los acuerdos sobre obras públicas útiles y servicios comunes.

Testimonios irrecusables en pro del Municipio libre

Primer testimonio

«Para preparar una ley destinada a España se estudia el Municipio inglés, el francés, el italiano, el portugués; es decir, todo menos lo único que debiera estudiarse: el Municipio español. Un principio de biología jurídica, confirmado por la experiencia de todos los siglos, declara que la realidad es anterior y superior a la ley; que por consecuencia, el molde de aquélla no es el de ésta, sino al revés; y que cuando la ley se ha vaciado en troqueles distintos y existe incongruencia entre ella y las manifestaciones de la vida para quienes está dada, y no coinciden al superponerse como coincide al calco con su original, semejante ley no se cumple porque es racionalmente imposible que se cumpla y tiene de ley únicamente el nombre, usurpado por ella a aquellas otras normas prác-

ticas que brotan espontáneamente de la entrañas de la realidad misma y que la ley soberbiamente condena y persigue, supliendo su falta de razón con el aparato de oficina. Mirando España a vista de pájaro sobre un mapa, con sus infinitos Municipios y aldeas, y más aún mirando un Municipio sobre una proyección gráfica, las manzanas del casco y los barrios y caseríos del suburbio parecen un tablero de ajedrez, pero no lo parecen considerando que ese tablero tiene alma y que en ésta obran energías potentísimas que no dimanan del Estado.»

JOAQUIN COSTA.

Segundo testimonio

El día primero de agosto de 1941 se celebró el 650 aniversario del nacimiento de Suiza. El territorio suizo actual estaba hace seis siglos y medio incorporado al Imperio alemán, exceptuando los núcleos anexionados al condado de Habsburgo.

Como el conde de Habsburgo se había proclamado emperador en 1273, trató de separar del Imperio alemán las tierras asimiladas y afectas a éste. Tres Cantones se pusieron de acuerdo ya en 1231 para defender su independencia: Uri, Schwitz y Unterwalder.

El día 1 de agosto de 1291 tuvo lugar, mediante pacto o convenio libre, la unión llamada perpetua de aquellos tres Cantones, que constituyeron el núcleo originario de la Confederación Helvética.

El emperador austriaco Alberto I de Habsburgo quiso reducir a los recalcitrantes, llamados desde entonces *eidgenossen* (aliados por juramento). Por cierto que el término *huguenot* (hugonote) se deriva fonéticamente de *eidgenossen.*

El emperador austriaco se apresuró a enviar delegados a gobernadores a los Cantores adversarios. Walter Furst en Uri, Werner Stauffacher en Schwitz y Arnoldo Mechtal en Unterwalder lucharon desde entonces contra el personaje coronado que se proponía gobernar y administrar aquellos tres Cantones como posesión personal. La pelea se veía muy asistida por el estamento popular. El 17 de noviembre de 1307 renovaron todos el compromiso de independencia en el hoy histórico prado de Grutli, que desde una ladera del Seelisberg domina el lago de los Cuatro Cantones.

Reproducimos los términos esenciales del compromiso:

«Juramos salvar a nuestros hermanos, soportarlo todo en común intentarlo todo también unidos y no cometer ni tolerar injusticias. Juramos también no causar alguno, pero juramos ante todo abolir la tiranía de los Habsburgo.»

Siguieron episodios memorables. No los detallamos porque muchos de ellos se confunden con la leyenda. Los Cantones de Schwitz y Uri estaban gobernados por Gessler, cuyo nombre es en Suiza, aún hoy, como el del duque de Alba en Flandes, sinónimo de tiranía. Guillermo Tell fue uno de los protagonistas del movimiento refractario.

Hasta marzo de 1308 no triunfaron los Cantones. Desde entonces el nombre de *schwitzer* (ciudadanos o vecinos de Schwitz, suizos) designa por extensión a los naturales de la Confederación Helvética, agrupados en torno al núcleo territorial originario.

Más por la vida social y comunicativa que por sus instituciones políticas, fue Suiza un símbolo de cordura constructiva. En Suiza no hubo necesidad de abolir ningún título ni privilegio aristocrático porque no existía. Vivía Suiza en paz con vecinos y extraños, rehuyendo contactos bélicos y alianzas de compromiso. En su territorio convivieron razas distintas, religiones distintas, idiomas distintos. Bien podemos decir que pasa por Suiza el meridiano latino-germánico, y que a lo largo de los siglos no chocó dentro del territorio como chocó con tan reiterada violencia fuera de él. «Somos tan modestos —dicen los suizos— que no podemos permitirnos el lujo de tener enemigos». Los emigrantes suizos al centro de Europa y a los países latinos o sajones de América representan todo lo contrario del emigrante iletrado y pasivo.

El Cantón suizo no es propiamente un Estado de funcionarios (*Beamtenstaat*) sino un Estado popular (*Volksstaat*), según la frase de Freiner, rector de la Universidad de Zurich en 1935. Hasta ahora ha sido imposible crear la unidad europea. Suiza ha creado y perfeccionado la unidad. Tiene ésta graves, muy graves imperfecciones. No arranca de verdadera raíz la autonomía suiza como arranca la que nosotros preconizamos. Pero de todas maneras Suiza está probablemente en camino de una variedad dentro de la unidad, conseguida ésta con los elementos mismos; que en el resto de Europa viven en permanente y sangrienta disidencia. Burgueses hay en Suiza y fuera. Pero Suiza no se quema en la hoguera burguesa de la guerra.

El federalismo suizo costumbrista no es en su origen una fórmula abstracta orgánica. Es un federalismo funcional, existente en realidad, tangible y sin normas escritas. Se funda en hábitos libres. El régimen constitucional de Suiza, que data de 1876, en fuente de leyes y se refiere también a la vida propia y de relación de veintidos pequeños territorios. El pueblo interviene, aunque no integralmente, en los problemas que le atañen con el referendum y la iniciativa. Después de la revisión constitucional de 1921 mucho más que antes, los tratados internacionales pueden ser rechazados por los ciudadanos. Esto resulta incompleto. En Francia el referendum de la Constitución de 1793 quedó como página histórica, pero también como letra muerta.

No es que Suiza haya vivido en paz a lo largo de los siglos. Hubo en su interior ásperas luchas, principalmente religiosas, que duraron hasta la paz de Westfalia y se manifestaron después. En siglos enteros careció Suiza de gobernantes. Los Cantones enviaban a la Dieta delegados con mandatos concretos. La Dieta era de hecho el único organismo de conjunto para deliberar sobre problemas comunes. Muchos suizos estaban unidos ya sin ir a la Dieta en la gerencia y aprovechamiento de la tierra en común, fenómeno muy digno de tenerse en cuenta en los países cuyo territorio está formado por praderas y ganadería. Esta vida libre se alteró sensiblemente con la guerras.

La Revolución Francesa influyó en Suiza. En 1798, un ejército del Directorio invadió el territorio suizo, y se proclamó la primera Constitución (19 de abril). Entonces se dividió el territorio en veintidós Cantones, estableciéndose dos cámaras y siguiéndose así la norma nefasta de la preceptiva política importada de Francia.

Federalistas y centralistas políticos demostraron en Suiza sus antagonismos y acabaron por preconizar una especie de dominio alterno autoritario, en el que la autonomía quedaba sangrada más que atenuada, imponiéndose el unitarismo procedente, en realidad, de los Códigos de Napoleón.

Lo prueba también la codificación civil suiza, que no entró en vigor hasta el año 1912 por resistencia de los Cantones. Situada Suiza entre países germánicos y latinos, se vio obligada por los legisladores a una norma civil que no representaba ninguna experiencia propia. En el siglo XIX podían clasificarse los Cantones, respecto a normas de Derecho civil, en cuatro categorías:

Primera: Cantones que adoptaron el Código procedente de la legislación de Bonaparte.

Segunda: Cantones que sirvieron del Código austriaco (1811) para cuestiones civiles.

Tercera: Cantones que adoptaron el Código de Zurich (1853-55), Cuyo autor principal es Bluntschli en lo referente a las instituciones germánicas.

Cuarta: Cantones que habían resistido al movimiento de codificación unitaria, tanto francesa de Bonaparte como germánica, para atenerse a las fuentes de Derecho municipal, según las prescripciones observadas por costumbres, escritas o no.

El 25 de mayo de 1802 se emitió una Constitución de compromiso. Como todas las leyes escritas con criterio transaccional para contentar a dos antagonistas, no satisfizo a nadie. El Acta de Transacción de 1803 (19 de febrero) volvió al antiguo sistema federal, atribuyéndose principalmente la legislación y el régimen fiscal a los Consejos locales, aunque, equivocadamente, se delegaban importantes funciones en un Gobierno central. Paralelamente se suprimieron por primera vez de derecho los privilegios de nacimiento, que en realidad estaban ya suprimidos de hecho.

Caído Napoleón, se promulgó en Suiza el Pacto Federal de 1815; pero en 1830, época de la revolución de Julio, empezó en Suiza la lucha para reformar la Constitución, señaladamente en el régimen interior de los Cantones, aceptándose por cláusula jurídica la igualdad de derechos, igualdad de derechos que estaba ya asegurada y sancionada por las costumbres. En julio de 1833 se rechazó la centralización militar y la de algunos servicios administrativos.

Surgió de nuevo la cuestión religiosa, vieja querella entre protestantes y vaticanistas. Estos últimos querían dar a los jesuitas determinados privilegios en algunos Cantones. El 12 de septiembre de 1848, se estableció, con el triunfo de la situación llamada liberal, un cierto sistema federativo, aunque de todas maneras los gobernantes tenían el control de la política internacional. Deuda pública, Aduanas, pesas y medidas, régimen monetario y Comunicaciones. Los Cantones tenían autonomía administrativa, y entonces se introdujo el sistema de referendum e iniciativa, caso en verdad notable y original en Europa. Los gobernantes federales tenían que someter las

leyes al voto general si lo solicitaban ocho Cantones o cincuenta mil ciudadanos.

En 1874 se revisó la Constitución, introduciéndose el llamado derecho del trabajo. En la vecina Alemania, Bismarck había negociado con Lassalle una especie de *modus vivendi*, aceptando reivindicaciones mínimas, lo cual repercutió en Suiza con más celeridad que en la propia Francia. También se incluyó en la revisión constitucional de 1874 la garantía del *habeas corpus* y otras novedades, especialmente la ilegalidad de residencia de los jesuítas en el país. Esta orientación se observa en el derecho electoral suizo, puesto que sólo son elegibles los laicos.

Finalmente, el primero de enero de 1936 se revisó de nuevo la Constitución, conservándose en sus grandes líneas la de 1848 y la de 1874. Las instituciones suizas ya no responden al punto de vista clásico de delegación directa, y van pasando contra la auténtica vida suiza sin grandes consecuencias.

Los Cantones son más bien comarcas. Las localidades diseminadas se rigen por costumbre más que por ley escrita, y los mismos Cantones, en cuestiones colectivas, hacen lo propio en lo esencial de la Administración pública. Este hecho, que deja en pie la desigualdad social y el privilegio de la riqueza acumulativa, poco significa en el régimen burgués, pues en Suiza no se rehuye obstinadamente la exageración partidista, que eleva lo relativo y convencional a categoría absoluta. Recientemente se vio rodeada Suiza de países beligerantes, y produjo inútilmente tales gastos de movilización, que sus hacendistas declararon la imposibilidad de enjugarlos en menos de tres cuartos de siglo.

De cada cien suizos de los cuatro millones que pueblan el país, setenta hablan alemán, ventidós francés, siete italiano, y uno romando. Todos los idiomas se respetan y usan indistintamente. El estilo suizo de la vida privada, y no tanto de la pública, tiene una tendencia centrífuga. No tiene ambiente el frontismo, tendencia fascista animada por el abogado de Zurich, Rudolf Henne, en medio de la general indiferencia.

Cada uno de los Cantones conserva su Código. Hay muchos años de verdadera prueba para el ciudadano suizo, que ha de acudir siete veces a las urnas para decidir sobre cuestiones determinadas y concretas por referéndum. Existe todavía en algunos Cantones la Asamblea popular (*landsgemeinde*). Deliberan y votan en ella los ciudadanos reunidos en la plaza pública. Ocurre, en ocasiones, que no se vota una ley de previsión requerida por un movimiento ideológico

en sentido general porque los Municipios tienen ya establecidas instituciones propias que responden a la previsión, y la practican hace siglos.

Suiza no tiene colonias ni materias primas. Importa lana, carbón, trigo, legumbres y fruta. En las ramas de cada especialidad, las industrias suizas establecidas desde que se inició la boga del maquinismo son técnicamente modélicas. Tiene Suiza ingresos ordinarios por el avance, y modernidad del turismo, de la industria hotelera, relojería, lápices, industrias derivadas de la leche, bordados y géneros de punto. Hay talleres metalúrgicos como el de Wineerthur, cerca de Zurich, que tiene más de cinco mil operarios. De cada cuatro casas suizas una es hotel o pensión. La enseñanza es en Suiza una verdadera solvencia. Se suprime generalmente en las escuelas la rivalidad de clasificación aspirándose más a la generalización de la cultura útil que al fomento de *records*. Las Universidades nada tienen que envidiar a las más acreditadas de Europa y América.

Nos referimos expresamente a ciertas instituciones de tipo internacional, cuyos organismos rectores residían en Suiza. La Sociedad de Naciones, cualquiera que sea el punto de vista que se tenga de ella, es preciso convenir que representó un fracaso. Sus dirigentes, en el plan internacional, siguieron métodos distintos y aun opuestos a los que sigue el pueblo suizo por su iniciativa.

Bancos de onda internacional radican o radicaron en Suiza. Los que cifran en enormes sumas buena parte del cúmulo monetario de Europa no se relacionan con la prosperidad suiza, sino con los vaivenes de la economía artificial. Se supone que Suiza tiene instituciones durables y por ello se estableció allí el Banco de Lausanne y el B.R.I. (Banque de Reglements Internationaux) de Basilea.

Como consecuencia del plan Joung de 1929, la cuestión de las reparaciones exigió la creación del B.R.I. Pero dos años después, en 1931, la moratoria Hoover interrumpió los pagos que Alemania hacía al B.R.I., y que éste distribuía a prorrateo entre los acreedores. La vida posterior del B.R.I. estuvo dominada por el desesperado intento de evitar que los financieros y los gobernantes emitieran empréstitos fraudulentos simultáneos. Hacia 1937, el B.R.I. era una especie de poder moderador bancario internacional que nada ha podido moderar, ni siquiera la solidaridad de apetitos generadora de la última catástrofe.

Los suizos fueron mercenarios en muchas guerras, pero aprendieron a reservarse desde 1515, fecha de la derrota de Marignan en la guerra de Austria y España contra Francia. Después de Marignan, si los suizos se prestaron a facilitar a los reyes de Francia ejércitos numerosos, se tra-

taba de una obligación aceptada coactivamente después de una derrota. Los naturales de un país alpestre, cuya mitad y más es incultivable, tenían pocas probabilidades de explotar el territorio, y se lanzaron a ganar o a perder guerras secundando iniciativas extrañas. Subsistió la profesión mercenaria militar en Suiza, pero en descenso. La neutralidad de Suiza, que tiene onda extensa, fue, en parte, consecuencia del Congreso de Viena, y tuvo expresión en el Convenio de París el 20 de noviembre de 1815. Convenía a la burguesía internacional una Suiza sosegada, depositaria de caudales.

El apartamiento de la profesión militar mercenaria entró en la vida suiza por la evolución progresiva de ésta. A la misma evolución se debe el crédito en la Cruz Roja y de las instituciones postales que en Suiza tuvieron asiento. El primer arbitraje internacional se firmó en Ginebra.

Durante la guerra americana de secesión, los Estados del Sur, que eran esclavistas, tenían sus barcos bloqueados por las fuerzas navales del Norte, que eran antiesclavistas. Los Estados del Sur encargaron en secreto a Inglaterra la construcción de unidades navales. Los barcos ingleses, con pabellón de los Estados del Sur, consiguieron casi arruinar el comercio de los Estados del Norte. El más tristemente famoso de los barcos ingleses que servía a los esclavistas, el «Alabama», capturó sesenta y siete buques. En un combate del «Alabama» con la fragata de los Estados del Norte, «Kearsarge», ésta hundió al «Alabama» en el Canal de la Mancha el 19 de junio 1864.

Terminada la guerra con la victoria de los Estados antiesclavistas, Norteamérica pidió una fuerte indemnización a Inglaterra por las correrías del «Alabama», siendo condenada a pagar quince millones y medio de dólares por sentencia que el 14 de septiembre de 1872 dictó el primer tribunal de arbitraje entre naciones, que se reunió en Ginebra por aquella fecha.

En el Ayuntamiento de Ginebra existe el Arado de la Paz, fabricado en 1876 en los EE.UU. a propuesta de un granjero americano, Thomas Hatkinson. Éste tuvo la idea de pedir cierto número de espadas a unos cuantos oficiales que habían combatido en los dos bandos de la guerra de secesión. Una vez reunidas, se fabricó con ellas un arado simbólico. El arado se remitió a Ginebra para que sirviera de ejemplo al mundo. No sirvió de nada el arado simbólico.

Después de fundada la Cruz Roja en 1864, se dictó el primer arbitraje en 1872. En 1874 nació la Unión Postal Universal. Todo en

Suiza. En 1887, se fundó en Berna la Unión Internacional para la protección de las obras literarias y artísticas. Hasta principios de la guerra última, trabajó en Ginebra la Institución de Reforma del Calendario. Todas estas instituciones son ciertamente meritorias y estimables, pero la represión del estrago de los estupefacientes, organismo ginebrino hijuela de la Sociedad de Naciones, no logró más que burocratizar el opio. Y la represión de la esclavitud siguió soportando el tráfico de esclavos subsistente en Asia, Africa, Oceanía y Europa. Lo que estas instituciones pueden representar en el avance y en el retroceso del mundo, está en parte en los beneficios del espíritu federativo suizo, postergado por sucesivas intervenciones del autoritarismo.

La Oficina Internacional del Trabajo (B.I.T.) tampoco consiguió beneficios efectivos. Lo único que consiguió fue contabilizar el paro de millones de trabajadores, quedando éstos más parados que nunca. Hay en Suiza instituciones escolares cediendo una familia el hijo, que va a formar parte de otra familia en distinto Cantón, y aceptando ésta la vida en común con el escolar que llega. Así se aprenden idiomas y se aclimatan los escolares a distintos ambientes, sin que las respectivas familias tengan necesidad de hacer ningún desembolso.

La vida helvética, ajena voluntariamente a la política internacional guerrista, ha podido conservar, al revés de los países satélites, una paz laboriosa aun dentro de los inconvenientes del interior y del exterior. Pero téngase en cuenta que la sensatez que podríamos llamar privada de los suizos, puede presidir los puntos de vista del avance interior y de la paz exterior en una Europa libre cuando deje ésta de ser esclava del centralismo económico y político, que origina tantas guerras y tantos quebrantos.

Tercer testimonio

Cuando en los medios sociales avanzados se trata de revalorizar las ventajas de la vida local y de las instituciones municipales, buen número de lectores y comentaristas, sin exceptuar los que en nuestro campo podrían ser llamados observadores, como en la política internacional, claman igual que los profetas y replican que hablar de Municipio y de la libertad local equivale a un alarde de imaginación y de invención, a todas luces inaceptable. Incluso se llega a replicar que el

Municipio libre, como tal, sería desbordado por el complejo de los valores económicos en una localidad determinada. Pero este punto de vista, que sería razonable teniendo en cuenta el complejo económico total de un país en lucha contra un sólo Municipio, pierde su base cuando el Municipio libertado no sea una entidad solitaria.

He aquí una breve exposición de la doctrina difundida incansablemente por el Movimiento Libertario francés, que resume nuestra idea con toda exactitud:

«La Comuna Libre no es una utopía, aunque parece tal a espíritus poco curiosos, porque evoca realizaciones totalmente diferentes de las que un régimen y otro de los que se han sucedido nos acostumbraron a ver. Pero ha sido realizada la Comuna Libertaria en España desde 1936 a 1939, y podemos hoy presentar ejemplos que constituyen experiencias concluyentes. (Véase el capítulo V. de este trabajo, titulado «El Municipio, mandatario de la Asamblea abierta».) Los utopistas son nuestros enemigos, que pretenden aún (¿son sinceros?) solucionar la cuestión social recurriendo invariablemente a procedimientos que probaron y demostraron desde hace millones de años su impotencia. Se podrán rehacer Constituciones y Estados, Monarquías, Repúblicas o Imperios, no importa. Se han ensayado todos los sistemas gubernamentales, y eso ha de pasar a otro plano. Éste no es ya más que el federalismo anarquista, por el cual se convertirá en realidad la gran fraternidad humana en el seno de la Comuna Libertaria».

(*Le Libertaire*, 23 de agosto, 1946.)

Cuarto testimonio

«Como base está el productor de la Comuna, usufructuaria de todas las riquezas naturales de su demarcación política y geográfica.

»La expresión política de nuestra revolución hemos de asentarla sobre esta trilogía: EL INDIVIDUO, LA COMUNA y LA FEDERACIÓN.

»Dentro de un plan de actividades, estructurado en todos los órdenes desde un punto de vista peninsular, la administración será de una manera absoluta de carácter comunal.

»La base de esta administración será, por consiguiente, la Comuna. Estas Comunas serán autónomas y estarán federadas regional y nacionalmente para la realización de los objetivos de carácter general.

En conclusión, proponemos:

»1. La creación de la Comuna como entidad política y administrativa.

»2. Las Comunas se federarán en Comarcales y Regionales, fijando a voluntad sus límites geográficos cuando sea conveniente unir en una sola Comuna pueblos pequeños, aldeas y lugares. El conjunto de estas Comunas constituirá una Confederación Ibérica de Comunas Autónomas Libertarias.

»3. La Comuna deberá ocuparse de lo que interesa al individuo; deberá cuidar de todos los trabajos de ordenación, arreglo y embellecimiento de la población.

»4. Del alojamiento de sus habitantes; de los artículos y productos puestos al servicio por los Sindicatos o Asociaciones de productores.

»5. Se ocupará, asimismo, de la higiene, de la estadística comunal y de las necesidades colectivas. De la enseñanza, de los establecimientos sanitarios y perfeccionamiento de los medios locales de comunicación.

»6. Organizará las relaciones con las demás Comunas y cuidará de estimular todas las actividades artísticas y culturales.

»7. El procedimiento de elección de los Consejos Comunales se determinará con arreglo a un sistema en el que se establezcan las diferencias que aconseje la densidad de población, teniendo en cuenta que se tardará en descentralizar políticamente a las metrópolis, constituyendo con ellas la Federación de Comunas.

»8. Todos estos cargos no tendrán ningún carácter ejecutivo ni burocrático. Aparte los que desempeñen funciones técnicas o simple-

mente de estadística, los demás cumplirán asimismo su misión de productores, reuniéndose en sesiones al terminar la jornada de trabajo para discutir las cuestiones de detalle, que no necesitan el refrendo de las Asambleas Comunales.

»9. Se celebrarán Asambleas tantas veces como lo necesiten los intereses de la Comuna, a petición de los miembros del Consejo de la Comuna o por voluntad de los habitantes de cada una.»

(Dictamen emitido por la Ponencia nombrada en el segundo Congreso Extraordinario de la Confederación Nacional del Trabajo, Zaragoza, 1º. de mayo y siguientes de 1936 sobre «Concepto Confederal del Comunismo Libertario.»)

Quinto testimonio

El 26 de septiembre de 1870 los revolucionarios de Lyon, y entre ellos Bakunin, redactaron una declaración que tiene el carácter más claro y actual de cuantas se han difundido en todos los tiempos. Reproducimos el texto, como ejemplo de conducta en el maremágnum de confusión del mundo, para que los libertarios mediten su contenido y puedan darle realidad. ¿Por qué no incorporar estas sugestiones a nuestro Movimiento Libertario?

«La situación desastrosa del país, la impotencia de los poderes oficiales y la indiferencia de las clases privilegiadas, han puesto la nación al borde del abismo.

»Si el pueblo, organizado para la Revolución, no se apresura a actuar, su porvenir se pierde y la Revolución también. Inspirados en la inmensidad del peligro y considerando que la acción del pueblo no puede postergarse un sólo instante, los delegados de los Comités federados reunidos proponen la adopción inmediata de las siguientes resoluciones:

»1º. La máquina administrativa y gubernamental del Estado queda abolida por ser impotente.

»2º. Todos los Tribunales de jurisdicción criminal y civil quedan suspendidos y sustituidos por la Justicia del Pueblo.

»3º. Se suspende el pago del impuesto y de las hipotecas. El impuesto se sustituye por la aportación de las Comunas federadas, actuando contra las clases ricas en proporción a las necesidades.

»4º. Abolido el Estado, no puede intervenir en el pago de deudas de carácter privado.

»5º. Todos los organismos municipales existentes son suspendidos y sustituidos por Comunas federadas, bajo el control inmediato del Pueblo (Asamblea abierta).

»6º. Cada Comité Departamental nombrará dos delegados para la Convención.

»7º. Ésta se reunirá inmediatamente en la Municipalidad de Lyon, siendo como es la segunda de Francia y estando en condiciones de proveer enérgicamente a la defensa del país».

Hasta aquí el texto de la proclama de Lyon. Su base revolucionaria es perfectamente aplicable a España. Debió serlo el 19 de julio del 36, como el 14 de abril del 31. Podrá serlo en el porvenir. El 18 de julio se olvidó la palabra de Bakunin para dar paso a la literatura ministerial, que no produjo inmediatamente el desastre, pero no supo hacer frente a los falangistas más que con el heroico sacrificio del pueblo, sin otros medios de defensa que los que el pueblo mismo se procuraba desarmando a las tropas y asaltando cuarteles. El poder oficial, lo único que hizo fue guardar el oro y preconizar la lucha con pan o sin pan. Esta consigna fue un signo fatal de derrota y llegó ésta implacablemente, mientras el Estado guardaba montañas de oro.

Las democracias con la U.R.S.S. firmaron el pacto de «No intervención.» Todo lo demás, con la impotencia oficial, fue consecuencia de aquel pacto, incluso la ayuda de Hitler y Mussolini a Franco.

La Federación de Comunas y Municipios es el baluarte de una movilización eficaz en sentido revolucionario. Si Lyon no triunfó fue

porque, en todo el territorio francés, Lyon y París no tuvieron apenas solidaridad. En España, la solidaridad revolucionaria está demostrada, y no será remisa. Pero los combatientes revolucionarios españoles, desde el 19 de julio del 36, no podían vencer el falangismo teniendo como tenían aquellos revolucionarios, en sus propios medios, la constante represión del Estado republicano, sus burocracias y sus traficantes.

Para España, aquellos acontecimientos históricos del 71 tuvieron, tienen y tendrán una sugestión extraordinaria. El principio de las Comunas Federadas queda expresa y ejemplarmente consignado por mano de Bakunin, de la misma manera que en recientes y anteriores acuerdos de los Movimientos Libertarios francés e italiano; en la doctrina permanente de Proudhon y Reclus, como de Rocker; en todos los textos de la Primera Internacional; en todos los Congresos de la Confederación Nacional del Trabajo; en los movimientos populares, ajenos al interés monetario acumulativo y a la autoridad; en lo permanente de la civilización griega, porque Grecia era, para los efectos universalistas y para la expansión del pensamiento y del arte, una federación de ciudadanos más aún que una federación de ciudades; en la rebeldía de los movimientos autonómicos sin centralismos subalternos ni equívoco político; en el florecimiento de las artes del Renacimiento, que pudo ser civilizador y expansivo mientras los Estados y los magnates no interpusieron su absolutismo; en la bravura de los combatientes agrarios y artesanos de las Municipalidades de Iberia contra el Estado cesarista de la Edad Media, como demuestra Rocker en su obra magna *Nacionalismo*, y en los ensayos de libertad municipal al margen del Estado que pudimos observar en España desde julio del 36 a marzo del 39.

Claro es, pues, el camino accesible y práctico que tenemos a la vista. Las libertades locales pueden ser en buena parte determinantes del porvenir ibérico, libertades federadas y coordinadas hasta alcanzar el más amplio sentido internacionalista por los cauces federativos. Municipio Libre, cooperativas de producción y distribución libres; todo ello sin privilegios de sangre, sin autoridad, sin hegemonía de casta ni raza. El sufragio de obras, y no de candidatos, destruye la aplastante ley del número y aniquila el censo electoral, como el tráfico de sufragios invalida las maniobras de los partidos porque invalida a los partidos mismos.

He aquí las bases inmediatamente eficaces y prácticas para que la vida en común no sea la muerte o la molestia en común que ha

sido hasta ahora. Tenemos la corriente. Nos falta sobre todo un método, referencia concreta a hechos y no a abstracciones, cauce propio. El integralismo es eso. Su progresión sería incapaz de dejarse frenar por fuerzas contrarias.

Sexto testimonio

«Hemos empleado en otra parte la expresión **socialismo libertario**, y no ignoro que hará estremecer a más de un lector. ¿Por qué socialismo? Porque dada la bancarrota del individualismo capitalista, restaurando o instaurando colectividades libertadas del yugo del dinero, estarían destinadas a la defensa y a la promoción del bien común.

»¿Por qué libertario? Porque el principio colectivista impuesto desde arriba no suprime la opresión capitalista, sino que la sustituye con otra forma más peligrosa, tal vez, de opresión. Y siendo el hombre el verdadero fin de la sociedad, no liberaremos al hombre más que creando colectividades fundamentales donde se integre y se cumpla su destino, piedra angular y clave de bóveda de todo edificio social.

»Para el socialismo libertario no habrá ni puede haber revolución viable más que por la efectiva liberación de estas Colectividades; más concretamente, por la liberación de la Comuna y del taller.

»El movimiento comunalista procede en Francia de la Edad Media, y reaparece en una u otra forma en todos los vaivenes críticos de la Historia francesa. Y respecto al **taller autónomo**, es la fórmula misma de una aspiración secular obrera, desde el *compagnonage* hasta el sindicalismo revolucionario. De la conjunción de estas dos corrientes surgirá la necesaria revolución.»

Alexandre Marc. *Témoignage chrétien* (Revista orientada por los jesuítas, 19 abril de 1946). Publicamos esta nota para dar testimonio de la duplicidad ignaciana).

Séptimo testimonio

«La genial originalidad de Ignacio de Loyola consistió en introducir la centralización en Europa. Los Estados modernos encontraron espontáneamente su inspiración cuando, al declinar el siglo XVIII, pusieron fin a la dispersión anárquica, herencia del feudalismo. Nos

lamentamos justamente hoy del abuso de una centralización demasiado insistente, pero olvidamos los desórdenes políticos y sociales intolerables para los que, en siglos pasados, fue la centralización un remedio absolutamente indispensable.»

(*Saint Ignace de Loyola et les origines des Jésuites*, par Robert Rouquette, S. J., pág 42. Éditions Albin Michel, 1944).

Este jesuíta expone lo contrario del autor anterior.

Octavo testimonio

«No se puede olvidar la utilidad e interés que reviste la administración comunal, de la que no podemos desentendernos, teniendo en cuenta que dentro del pueblo viven seres de diferentes ideas y conceptos de la vida social, por lo que se impone tolerancia y organización en sentido general.

»Defensores por temperamento y convicción de la autonomía y del federalismo, del acuerdo libre con otros pueblos, consideramos necesario intervenir en el desenvolvimiento de la Comuna, siempre que ésta se rija por autonomía libre, teniendo por única soberana en la vida interior su Asamblea popular. Hay que sentar bien que la administración comunal o municipal es cosa distinta, aunque no opuesta, a todo lo que se refiere a economía productora o distribuidora. Pude existir una coordinación entre el Municipio y las Colectividades con las Cooperativas, pero no dependencia.

»Respecto a autonomía municipal, todos coinciden en que es este un tema importante. Se entiende Municipio Libre, el independiente del Estado por completo, formado por todos los vecinos para resolver sobre los valores humanos como tales, y no únicamente considerado el hombre como productor o como consumidor: ENSEÑANZA, BIBLIOTECA, PROPAGANDA CULTURAL, LIBERTAD DE REUNIÓN, DE CONCIENCIA, DE ASOCIACIÓN, DE IMPRENTA, etc.

»Todo esto es natural que corresponda al Municipio Libre, así como lo que se relaciona con la vida vecinal, sus mejoras y la relación entre otros municipios hasta constituir todos ellos, por pacto y federación, una Federación Nacional para entender en asuntos vitales: Comunicaciones, relaciones, etc.

»Para la producción, está la Colectividad o Cooperativa productora.

»Para la distribución, la Cooperativa de consumidores.

»Para lo imponderable: El Municipio, pero ajeno al Estado, con sus técnicos y administradores, contables, etc. Pero sin concejales. Todos como delegados nombrados para función concreta y voto específico, es decir, de obras y mejoras, no de personas como antes.

»Puede haber delegados, como los había en los Sindicatos; y en este caso, personas, pero **competentes**. Por ejemplo: Se elige un maestro para enseñar. Pero la administración de la escuela, su edificación y régimen compete al Municipio Libre.

»El Municipio Libre no se forma con miembros de partido, sino con delegados directos votados en Asamblea vecinal abierta por todos sin distinción.

»El Municipio Libre tiene autonomía completa natural (no otorgada por ninguna ley) para entender en sus problemas propios y para federarse con otros respecto a los fines que tengan todos por conveniente.

»El Municipio se federa con otros; la Comarcal, a su vez con otras, y las Regiones a su vez entre sí, siempre por pacto federal deliberado y aprobado por las respectivas Asambleas.»

(Fragmento del Acta de la Asamblea de Militantes de la Comarcal Aragonesa de Monzón, en Francia, el 11 de noviembre de 1945 en la Bourse du Travail de Toulouse).

Noveno testimonio

«El mundo, que tenía fijas sus miradas en París, vio con admiración que las ideas de fraternidad de los pueblos proclamadas por la Internacional, se habían convertido en realidad viviente. Lo que literatos y artistas (Eugenio Pelletan en *La Presse)* y Courbet habían pedido en tiempos del Imperio —el derribo de la columna Vendôme—, el pueblo de París la quería efectuar en presencia misma de aquellos a quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita hasta entonces: los vencidos derribaron con estusiasmo el monumento de las antiguas victorias, no para adular vilmente a los

que acababan de vencerlos a su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales a los hermanos.

»Evidentemente, una sociedad nueva que obra en tan completo desacuerdo con la antigua política, no podía suscitar, en el mundo rutinario de las clases gubernamentales, más que un sentimiento universal de horror y reprobación. Los miembros de la Comuna debieron limitar su sueldo a lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido elegidos entre los obreros jornaleros continuaron con los compañeros de trabajo, dejando a sus mujeres y sus hijas en los talleres de costura, en los lavaderos u ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo Gobierno que se respeta, no podía perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París el ejército regular no dejó de aplicar a sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite a todo militar el derecho de muerte sobre todo paisano.

»Algunos días antes de la Comuna, Bismarck, mirando desde la cima de una colina la ciudad de París, que acababa de capitular, la mostraba a sus cortesanos con ademán desdeñoso, diciendo: «¡La bestia está muerta!» Y quizá nunca fue la acción revolucionaria de París tan poderosa en la Historia de la evolución general. A partir del momento de la proclamación de la Comuna, y más aún después de su terrible fin, los oprimidos de todas las naciones, conscientes de solidaridad, se sintieron verdaderamente unidos en un mismo ideal, designado por un mismo término simbólico.

»España especialmente, que se hallaba en estado de revolución permanente desde la expulsión de la reina Isabel II, fue profundamente conmovida por el ejemplo de París, y cuando se proclamó la República española (1873) el movimiento general que se produjo en la mayor parte de las provincias y de los municipios tomó un carácter esencialmente comunalista. El principio de la Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar a punto de triunfar; llegó hasta ser generalmente acogido por cierto tiempo y llevó al Poder a un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pi y Margall, uno de los pocos hombres a quien el ejercicio de la autoridad no pudo corromper. Pero la centralización militar había llegado a ser demasiado poderosa para que dejara la nación, que era su presa, y se suscitó una nueva insurrección carlista que hizo necesario el ejército. Republicanos de ocasión, oradores de palabra altisonante, se prestaron a ese juego para afirmar la

dominación del sable, y el día 3 de enero de 1874, un general, seguido de sus tropas, entró en el salón de sesiones del Congreso, obligando a los diputados a retirarse. No obstante, uno de los municipios federados que había hecho surgir la revolución, la ciudad de Cartagena, se defendía aún valientemente, apoyada por la cintura de fuertes que la rodea y por los barcos de guerra de que se había apoderado. Representado por hombres más conscientes, más lógicos, más resueltos, más tenaces que la mayoría de los revolucionarios de la época, el Municipio de Cartagena se aproximó mucho más que el de París al ideal de igualdad y de fraternidad entre ciudadanos, y atacó con mayor franqueza los problemas sociales. Durante mucho tiempo, los proletarios de Cartagena recordaron sus dichosos días de trabajo y bienestar durante el sitio. Los defensores de la ciudad tomaron muy en serio su misión: no vacilaron en libertar los mil quinientos penados del presidio (julio de 1873) y confiarles la tripulación de la flota; con ellos emprendieron cruceros en pleno Mediterráneo; con ellos libraron un combate naval contra los buques **del orden**, y se presentaron ante Almería y Alicante; después, cuando capituló el fuerte de Cartagena, que resistió el último, atravesaron la línea del bloqueo en el buque acorazado «La Numancia» para entregar a las autoridades francesas en Orán (12 de enero 1874) los personajes revolucionarios que la reacción triunfante hubiera fusilado.»

ELISEO RECLUS.

(*La Comuna de París y el Federalismo Español*).

Décimo testimonio

«El congreso de Carrara opone a la comedia electoral la voluntad de crear las Comunas Libres y autónomas, asociadas entre sí por acuerdos y pactos libremente concertados, funcionando de esta suerte como administraciones y no como gobiernos.»

(Resolución 6ª. del Congreso de Carrara, constitutivo de la Federación Anarquista Italiana. —Septiembre de 1945—.)

Undécimo testimonio

«Comuna, nombre advenedizo, nombre detestable —exclama en su aversión el abate de Nogent—, por tu culpa los censitarios son liberados de toda servidumbre.»

(Pág. 745, tomo 4º. del *Larousse*).

COMENTARIO

Creemos suficientemente probado, con los textos que anteceden, que la importancia que damos en este trabajo a la Comuna Libre está justificada concluyentemente como tradición constructiva y ejemplo digno de nuestra mejor atención.

Vamos ahora a concretar ordenadamente en líneas generales lo que, guiados por las experiencias del 36 al 39, se pude evocar y mejorar, pero no olvidar respecto a las libertades locales. No a su uso porque conceptuamos que cada localidad puede tener y tiene capacidad, no sólo para la libertad, sino para el buen uso de ella. Y bien se demuestra con los acuerdos articulados que vamos a presentar.

No se trata, pues, de dar normas. Se trata, sencillamente, de recoger las normas ya practicadas y dar información de éstas en su calidad de acuerdos tomados en Asamblea deliberante, con opiniones contrastadas. Se trata de un nuevo Derecho social documental y ejemplar que demuestra la capacidad popular para la administración de los intereses públicos en dos aspectos: en el inmediato de la relación vecinal y aprovechamiento común y en el de los imponderables, valores morales éstos que antaño se declaraban y consagraban solemnemente en Constituciones parlamentarias —libertad de asociación, de conciencia, etc—, pero que no tuvieron realización.

Nosotros abominamos, con nuestro maestro Ricardo Mella, de la ley del número, del equívoco de mayorías y minorías que se enfrentan constantemente. Si en una localidad hay seis habitantes enemigos de la libertad de conciencia y dos mil partidarios de la misma libertad de conciencia los seis negadores de libertad de conciencia no son minoría

ni los dos mil mayoría, y los dos mil han de ser absurdamente incapaces de todo avance si no convencen al pequeño resto. Si hay dos mil partidarios en una localidad a término de construir un camino útil de servicio general y doce que no lo son, la coacción moral de los que quieren el camino útil para todos vence a los adversarios cuando los convence. El convencimiento es indefectiblemente seguro.

Así, pues, el sufragio personal queda transformado en determinación sobre cosas de utilidad común, tanto de índole material como moral, y concretamente especificadas en cada caso.

Acuerdos articulados

Acuerdo 1°.

«La Asamblea abierta de todos los vecinos capaces acuerda constituir el Municipio Libre y darle el Estatuto correspondiente, que toma el nombre de Carta Municipal. Son vecinos los no sometidos a tutela, y dentro de esta capacidad, sin limitación de sexo, oficio, raza, nación, color, idioma o religión, los cabezas de familia y sus consortes, con derechos iguales ambos, y en general los mayores de veinte años y los menores cuya capacidad se acuerde por la Asamblea misma.»

Ya se han justificado en el capítulo correspondiente (Capítulo V.) de esta obra las razones que se tuvieron en cuenta para acordar lo que se expresa.

Acuerdo 2°.

«La Asamblea determina libremente con respecto a las libertades personales inalienables de sus adherentes: libertad de conciencia, de reunión, de pensamiento, de acceso, de residencia, de tránsito de secesión, de oficio y de asociación, acordando darlas como efectivas.»

Todas las libertades naturales se ejercieron antes de que hubiera leyes, y en cualquier época con leyes, pero prescindiendo de ellas. Se dice que la ley nace para regular la libertad. En realidad, nace para impedirla o contrariarla. Con todo el aparato público que tienen las leyes, se traman éstas siempre en reuniones privadas de partidos, siendo los Parlamentos meros repetidores o resonadores de lo acordado previamente en privado, y llevado a la *Gaceta* como consecuencia de debates de Ateneo, torneos teóricos, corrientes doctrinarias convencionales en boga, textos universitarios de carácter coactivo, etc.

El acuerdo de diez familias para proveerse de víveres en un centro de producción, suprimiendo intermediarios, es un acuerdo no intervenido por las leyes. La elección de compañera o compañero no está intervenida por las leyes, ni tampoco la lluvia ni el buen tiempo, ni la religión ni la irreligión. El comercio mismo y la cultura obedecen a iniciativas di-

rectas. La educación no reducida a convencionalismos, y los sentimientos humanitarios, no son leyes que figuren en ningún cuerpo legislativo y, sin embargo, se aceptan unánimemente por el cuerpo social.

Hay una ley para el matrimonio en todos los países, y en algunos otra ley para el divorcio. Pero ninguna ley obliga al ciudadano a casarse ni a permanecer soltero. En lo esencial del matrimonio ni en lo esencial del divorcio determina ninguna ley. El acuerdo o desacuerdo entre seres humanos tiene más efectividad, más generalidad y más aceptación que la ley. Todos los casos llamados de jurisdicción voluntaria escapan a la ley. La ley los registra en archivos, los explota como materia fiscal y les da carácter espectacular, exigiendo testigos como si nadie se pudiera fiar del Estado, pero no los promueve ni los determina.

Si todos estos actos, que son los que realmente cuentan en la vida, no obedecen a la ley, tendremos que atribuir a la ley una cualidad de armatoste superpuesto. La ley de afección entre padres e hijos no está escrita en ningún cuerpo legal, y es fielmente observada por los mismos centenares de millones de seres que esquivan la ley. Los llamados tratados de paz, los pactos de no agresión y otros convenios por el estilo son papeles mojados, como también la legislación internacional, que no evitó jamás agresiones armadas.

La libertad de conciencia es tan primordial que sin ella es imposible la vida. La de pensamiento tiene el mismo rango. Todas han sido objeto de complicadas leyes, entrometiéndose el Estado, y cualquier subalterno de él, en exigirlas por procedimientos coactivos.

Un registro oficial de Estatutos o Reglamentos relativos a asociaciones no interviene en la naturaleza de los acuerdos. Por consiguiente, es inútil culpar sólo al Esado si la torpeza de los asociados o su falta de voluntad no consigue ni procura las finalidades propuestas.

El acceso al término municipal para residir o transitar, como la misma residencia originaria, la libertad de oficio y asociaciones tienen referencias objetivas, y su uso no puede lesionar el de otras libertades. Tanto se habla de libertad, que a veces parece ésta la más bella de las deidades, pero durmiente. La libertad no tiene sentido más que aplicada, empleada, utilizada, convertida en resultado de actividad, en lucha contra la naturaleza para dominarla, haciéndose más libres por ello, y no más esclavos. La libertad mereció muchos himnos, y algunos bastante desafinados, pero cuando se quiso usar, muchos hombres tenidos por libres desconocieron la libertad ajena, y

la reprimieron con ferocidad. Lo interesante es ser libre completamente, y sin perjuicio de la libertad ajena. Libertad concreta es libertad usada, puesto que si no se usa no es concreta ni abstracta. La libertad es como un traje, que de nada sirve si no se usa. Sobre la libertad abstracta, la Asamblea del Municipio Libre dice sencillamente: «Vamos a comprar un tractor que nos facilite la manera de vivir más libres trabajando».

Las libertades naturales —se dice— son inalienables. A condición de que sean empleadas, las libertades son todas inalienables. Las libertades usadas son libertades ganadas. Como se tiene la dignidad de ser útil a sí mismo, y no deber la vida más que al propio esfuerzo, se tiene la dignidad de usar la libertad. Sin uso no es nada la libertad, como nada es un tren parado.

Que el Municipio autónomo use de su libertad, y se verá como sólo el uso la perfecciona. No la perfeccionan las soflamas retóricas, los artículos de fondo, los discursos, las leyes, los gobernantes, los conquistadores ni los legisladores.

Si el Municipio usa las libertades concretas, ¿cómo no ha de poder deliberar y estatuir sobre ellas y sobre su uso?

La verdadera tolerancia es difícil de conseguir si son intolerantes los demás, y un escritor inglés llegó a decir que el deber es lo que se espera que hagan los demás. Empezar por ser tolerante es una escuela de tolerancia, a la que ningún ser humano puede ser desafecto.

Había en cierto pueblo un maestro anticlerical que en las tertulias habituales del casino tronaba contra el clérigo, amenazándole cuando estaba ausente, pero no dialogando jamás con él. No iba el maestro a la misa dominical, y el clérigo se valía de las autoridades gubernativas de la provincia para obligar indebidamente al maestro a asistir a misa los domingos, acompañando a los escolares para mayor irrisión. El hecho se debía a una venganza del clérigo. El maestro se plegó a la exigencia del cura. Era esta exigencia inmoral. Era, además, contraria a las leyes y a los cánones. El maestro quedó humillado ante los vecinos. Pero una vez lejos el maestro para ascender en el escalafón de su carrera, llegó al pueblo un maestro devoto, el cual prescindió de acompañar a los escolares a misa, como se acompaña una reata, diciendo que no entraba en sus obligaciones. Lo dijo y practicó sin escándalo del clérigo, quien hacía la vista gorda, incluso cuando el devoto maestro dejaba personalmente de asistir al rito.

Este caso es muy elocuente para comprender lo que es la furia clerical y anticlerical.

La cuestión religiosa, en España, ha tenido variadas alternativas, pero siempre bajo el signo de la intolerancia. Se es intolerable, y luego se es clerical o anticlerical; pero el común denominador de ambos es la intolerancia. Se exageró evidentemente la influencia clerical. Muchos españoles, fundamentalmente laicos, no han tenido choques con la autoridad eclesiástica. Han vivido al margen de ella, considerándola únicamente en actividad frente a ciudadanos débiles y sin convicción. Es insensato suponer que en una ciudad española de censo nutrido los clérigos dominan la vida. Lo que hacen es valerse del reparto de la prendas de vestir y alimentos deteriorados a los pobres para conseguir clientela procesional. Hemos conocido muchos laicos que vivían tranquilamente al margen de todo rito, sin ser inquietados, y haciéndose respetar en todo momento. En 1906, el clérigo Pey Ordeix instó un expediente de matrimonio, sosteniendo que no había ningún precepto de la Iglesia de Roma que pudiera contrariar su propósito de casarse legal y canónicamente.

La burocracia vaticanista, el poder civil, el Juzgado, y hasta el Nuncio, se inhibieron ante los alegatos de Pey Ordeix, que era cura, terminando éste por donde debía empezar, es decir, por unirse tranquilamente a una mujer. Si según su propia conciencia, Pey Ordeix podía encender la antorcha de Himeneo, no tenía más que hacerlo lisa y llanamente, sin participarnos en un folleto sus dramáticas tribulaciones, que a nadie importaba en absoluto, y daban a entender que el propósito de Pey Ordeix era más bien exhibicionista. Si en su nuevo estado no podía ser clérigo o si podía serlo, no interesaba a nadie. Sin intervención de ninguna autoridad civil ni religiosa, hay millares y millares de clérigos que viven sosegadamente **con fembra placentera**, como decía el Arcipreste de Hita.

La actitud de Pey Ordeix halló eco en buen número de españoles, pueriles y furiosamente anticlericales, que se casan canónicamente, que bautizan y confirman a la prole, que muchas veces pasan la vida actuando de tragacuras, y se creerían deshonrados con una esposa laica y muriendo sin sacramentos.

Acuerdo 3º.

«Los poderes que se han considerado básicos no pueden representar, ni representaron nunca, más que supeditación de unos hombres a otros. Por consiguiente, no hay en el Municipio poderes, sino acuerdos.»

1º Sobre relación con otros Municipios.

2º Sobre relación con organismos no específicamente municipales.

Tanto en un caso como en el otro, el Municipio carece de organismos superiores o inferiores ajenos a él, y los que él mismo crea no son permanentes ni jerárquicos.

Sobrevinieron en la vida local tantos desaciertos y tantos desastres por someterse los pueblos a poderes lejanos, o bien a poderes inmediatos, pero aceptados, como los lejanos, sin convicción. El Municipio como asociación natural fundada en la convivencia, también natural, no en la artificiosa, es el que tiene derecho completo de iniciativa y responsabilidad. A lo que acuerden los Municipios en sus funciones ha de atemperarse la vida nacional, en cuanto no desborde el cometido correspondiente. Como la retribución no es necesaria para concurrir a una Asamblea, tampoco puede serlo para representar degradación de ella. Esto no significa que las funciones, concreta y específicamente determinadas, no sean compensadas debidamente por el Municipio. Por ejemplo: el ejercicio de la Medicina, el trazado de planos para el catastro, la contabilidad, el transporte de correspondencia y su distribución, la química, la enseñanza, etc.

Acuerdo 4º.

«Tendrá el Municipio representantes nombrados por la Asamblea, con carácter fijo o menos fijo. Ninguno de ellos tendrá facultades ejecutivas, sino informativas. No percibirán sueldo ni gratificación, salvo en el caso de peritajes por desplazamiento y trabajo para fundamentar un dictamen sobre contabilidad, revisión de cuentas, obras, etc., empleando para ello tiempo y competencia.»

Señalaremos brevemente que entre los cargos retribuidos por los Municipios oficiales, estaba el de secretario. Por la índole de sus actividades, la función del secretario era enteramente inútil puesto que se limitaba a llenar formalidades burocráticas impuestas por el monopolio recaudatorio y otros monopolios del Estado. Hubo secretarios celosos que trataron de atenuar el rigor de las disposiciones oficiales, incluso de invalidarlas. Pero esto era una excepción. El secretario era, en general, un servidor de los caciques.

Hubo funcionarios municipales que resistieron en algún caso la presión caciquil. Pero este caso era excepcional. El secretario servía, por regla general, al interés del menor número. Se aprovechaba para ello de la ignorancia general, muy explicable en todo caso, mucho más después de haber demostrado Joaquín Costa el derecho perfecto que hay a ignorar la ley. Se aprovechaba el secretario, también, del palurdismo de los partidos. Era una especie de enlace entre las autoridades provinciales y las locales, esquilmando entre todos los vecinos.

Como en un régimen federal desaparecen todos estos resabios de épocas superadas, el funcionario del nuevo Municipio habrá de ser hombre de probada competencia en la confección de censos, archivos del registro civil, estadísticas, etc., relacionándose con el exterior y cumpliendo trabajos semejantes sin servirse, como hasta ahora, de influencias ni contactos interesados; desde luego, sin atender a ningún formulismo que el secretario tenía en reserva, valiéndose de impresos llegados de la capital y confeccionados por agencias especializadas en los servicios. El secretario no podrá ser ya instrumento de las agencias de negocios que en la capital le facilitaban impresos y, en realidad, se lo daban todo hecho. Encomendar a los formularios automáticos los documentos de la nueva administración habrá de ser imposible porque la administración no estará confiada nunca a las puerilidades del calco.

No será nunca el secretario inamovible ni víctima de ninguna maniobra política, porque la política dejará de tener ambiente, y estará a disposición del Municipio el secretario, y no al revés, como hasta ahora, el Municipio a disposición del secretario. Hay paridad exacta entre el secretario del Municipio federal y el contable de una Cooperativa, que conoce su oficio y es compensado decorosamente con vistas al deber cumplido con satisfacción interior y aprobación general. Como no habrá leyes complicadas, sino acuerdos expresos, tomados por los mismos que han de cumplirlos, la norma habrá sido elabora-

da sin debate ni colisión. Antiguamente el secretario se llamaba **fiel de fechos**. No tendrá más que ceñirse a ellos escuetamente.

Acuerdo 5°.

«En materia civil, penal y procesal, el Municipio puede acordar lo oportuno con carácter general, poniéndose de acuerdo en los casos pertinentes con otras agrupaciones y federaciones administrativas y culturales, pero sentando el principio como realidad y experiencia de que el trabajo regenerador, la instrucción y la ausencia de sanciones vindicativas, han reducido la delincuencia en países evolucionados, y hasta la han suprimido, sin que la hayan suprimido ni reducido los procedimientos restrictivos ni el régimen llamado penitenciario.»

Por lo que respecta a la penalidad codificada, téngase en cuenta que en países no corroídos por la autoridad y el ocio, desaparece la llamada criminalidad. Recordemos que desde la vertiente atlántica de los Estados Unidos hubo un extenso tránsito muy denso hacia el Oeste. Caravanas de colonizadores sin látigo se instalaron pacíficamente en tierras nuevas. No había allí propiedad, jueces ni delincuentes. Aparecieron unos y otros precisamente al iniciarse la fiebre de los buscadores y acumuladores de oro y la centralización política.

Cuando termina una guerra, tanto en el país vencedor como en el vencido, se advierte una criminalidad que aumenta en el estrago y en el refinamiento. Esta psicosis procede del contagio sangriento y de la psicosis bélica que, según prueban los neurólogos solventes, producen más desastres que la misma guerra. Siempre el avance costumbrista determinó mejoras, y siempre representó el Código una rémora y un precepto rezagado con respecto a la costumbre misma, cuya generalización es lo verdaderamente progresivo. Las grandes estafas están mantenidas y fomentadas por la abundancia ostentosa de moneda acumulada, en contraste con la penuria general. La falsificación de un cheque consumada con éxito es un caso raro que se ve imitado por otros falsificadores diestros, en vista de la prosperidad material que ostenta el primer falsificador. Y después de todo, los grandes falsificadores y ladrones burlan la ley.

En los medios ciudadanos más viciados, en los llamados bajos fondos, se presentan muchos casos de pequeña criminalidad reincidente. Es allí donde la miseria moral, siempre voluntaria ésta, como

no es voluntaria muchas veces la material, tiene sus focos de contagio, pero la masa que vive de su trabajo no da clientela a las listas negras de la delincuencia.

En nuestras largas estancias en cárceles y presidios, hemos podido comprobar que el importe de lo que gasta el Estado en mantener a los presos preventivos acusados de robo, más lo que gasta en presidios con el mismo objeto, es mucho mayor que el importe de lo sustraído.

En las aldeas se destacan a veces tipos criminales cuyo motor es la sordidez y la bestialidad, irremediables si se quieren reducir con cárcel y presidio. La cárcel y el presidio son escuelas de haraganería y de pésimas costumbres.

El Derecho se funda, por confesión de todos los autores, en la adquisición y conservación de riquezas, en proteger las situaciones equívocas de la propiedad. La propiedad no es de origen divino como reconocen todas las Iglesias sin excepción, y la vaticanista reconoce que Adán y Eva murieron *ab-intestato.*

Favorece la norma civil codificada el despotismo del hombre sobre la mujer, de los padres sobre los hijos, de los tutores sobre los incapacitados. Al juez no se le confía la misión de ahondar y sondear en las causas de una pretendida transgresión. No tiene competencia para juzgar la inmoralidad de un préstamo que se otorgó por coacción. Evidentemente, hay derechos contractuales, sobre cuyo texto y alcance no resuelve el juez más que en caso de incumplimiento de obligación, sin analizar ninguna causa. El juez ordena que se ejecute al moroso. Cuando éste se ve privado de los bienes, se le llama ejecutado. La terminología penal, con todas sus pretensiones de tecnología, data de los tiempos de las cavernas con su sadismo ejecutivo. En todos los textos de Derecho, aun en los más modernos, se afirma que la dignidad de las corrientes jurídicas abolió para siempre la prisión por deudas. Pero en contradicción con este principio, el juez obliga al procesado a desembolsar determinada cantidad como fianza si quiere obtener la libertad provisional.

Grandes crímenes se cometieron con agravantes poco claros a primera vista. La prisa de heredar para enriquecerse a costa ajena produjo hechos premeditados largo tiempo, y consumados con sorprendentes olvidos, dada la furia homicida. Una vez en presidio, el autor aprende la manera de disimular las circunstancias desfavorables. Se convence de que se delató él torpemente al declarar en la instrucción del sumario. Cree que el aprendizaje en la **escuela**, como

llama al presidio, había de preceder y no seguir a los hechos. Esto demuestra lo que es el presidio más que cincuenta discursos.

Los crímenes pasionales no son más que el resultado de creerse el hombre propietario de la mujer, exactamente igual que se cree dueño de su estilográfica. Mientras subsista esta mentalidad salvaje, seguirán los crímenes, haya las leyes que haya.

No hay criminalidad en pueblos evolucionados que se sienten ávidos de porvenir y responsables de él. La plaga de los perdonavidas la liquidaron espontáneamente, y en defensa propia, los mozos de los pueblos, a veces contundentemente en los primeros años del siglo actual cuando el costumbrismo fue ascendiendo y no toleró que en cada poblado rural hubiera un valiente de profesión.

Respecto a los delitos impropiamente llamados sociales, la injusticia es siempre patente porque se instruyen y fallan, como repitió algún administrador de justicia, «cerrando los ojos a la razón» y por el más bajo sentimiento de venganza.

La prostitución y el juego son fuentes importantes de ingreso para el Estado. Con la contribución de las desdichadas rameras y el producto de las **timbas** o casas de juego con permiso de jugar, se pagaba el coche del Gobierno de Barcelona en 1908. Las casas de juego cotizaban con patente clandestinidad muy elevada a la autoridad gubernativa de Martínez Anido.

Los Municipios podrían ser ponentes prácticos solidarios contra la inmoralidad. En los medios rurales, como en las barriadas densas de las grandes urbes, todos los vecinos se conocen. La coacción moral, tan bien interpretada por Ricardo Mella, produce frecuentemente inhibiciones y renuncias como reacciones favorables en presuntos delincuentes.

Acuerdo 6º.

«Se equipara la ciudadanía al ejercicio del trabajo y a la condición de trabajador vecinal, no señalándose diferencia alguna de categoría entre el trabajo llamado intelectual y el llamado manual.»

El profesor de Geografía nunca podrá ser tal profesor si desconoce el ejercicio manual, la física del experimento, la cartografía a pulso o con instrumentos adecuados, que nadie ha demostrado poder usar con los pies. El astrónomo no será astrónomo si desconoce el

cálculo que se desarrolla normalmente utilizando determinados signos gráficos, si no sabe montar y desmontar una ecuatorial con las manos. El impresor y el ebanista trabajan manualmente, igual que el litógrafo y el geómetra. Pero todos ellos, lo mismo si se llaman intelectuales que si se llaman manuales, ejercitan el entendimiento en sus respectivas profesiones. Además, el complejo solidario que rige la actividad de percepción y reflejo, el sensorio, tiene, en manuales e intelectuales, una función igualmente creadora y solidaria. Las mismas técnicas y ciencias tenidas por elevadas, como la Filosofía y la Música, han llegado a tener un repertorio tan considerable de justificaciones sensibles, imágenes, contrastes sonoros, etc., que no pueden considerarse como abstracciones puras.

Observemos lo que respecto a herencia psicológica demuestran las leyes de Mendel. Según éstas, que no son inventadas sino experimentadas, no se heredan las cualidades adquiridas, sino las atávicas. Si un heredero de reacciones impulsivas se autoeduca hasta el punto de corregir el atavismo violento, y tiene un descendiente, heredará éste la predisposición violenta, aun cuando haya sido engendrado al decrecer en el padre la acometividad impulsiva.

Así, pues, considerando que la educación y la instrucción son valores adquiridos y no heredados, al revés de la riqueza y del impulsivismo, que se heredan automáticamente; teniendo en cuenta, por otra parte, que el trabajo es la primera condición y la primera garantía para la vida en común, y que la ciudadanía sólo puede fundarse en él sin alegar el lugar de nacimiento, que es enteramente casual; si, además, la fortuna se hereda y ni siquiera esta herencia permanece cuando se invalida por ociosidad; si el trabajo es independiente de la herencia, puesto que un vago puede tener un hijo trabajador, concluiremos afirmando que la autoeducación por el trabajo y el estudio es una tarea voluntarista, esencia de la ciudadanía sin circunstancias aleatorias. Todo lo no voluntario va a la deriva como la pasividad del jornalero sin evolucionar, con su mentalidad retardatoria. Incluso la herencia de cúmulo y especulación, no empleada para vivir más dignamente, se pierde cuando los bienes heredados se convierten en instrumentos de jornal para la explotación y el asalariado se retrae permanentemente.

Acuerdo 7°.

«La propiedad privada no se reconoce en ningún caso. Todas sus circunstancias naturales, usos, cultivos, mejoras, servidumbres de paso y riego, compraventa, permuta, donación, herencia, seguros, apropiación de cosechas y demás características de la legislación clásica, quedan abolidas, de la misma manera que las modalidades que reconocen la propiedad indivisa privada. Todo lo relativo a estos valores cederá a lo acordado en común. Pero siempre se supedita al disfrute de productos, y cualquier episodio incidental de los viejos derechos sucesorios o contractuales al trabajo directo, con supresión de salario y renta.»

Todo el texto de este acuerdo pude justificarse objetivamente por la desaparición del jornal. Éste quedaba ya en el agro español en completa derrota, puesto que representaba el caso más patente de desigualdad entre los hombres, que no se pueden dividir en jornaleros y no jornaleros. La desigualdad entre los hombres es de tipo artificial, como la estatura (que no es voluntaria) o la salud (que generalmente no lo es tampoco), como no lo es la ocasión de capacitarse, contrariada las más de las veces por dificultades de tiempo, medios económicos y malos ejemplos. Sin embargo, existe una desigualdad voluntaria por ausencia de voluntad y de iniciativa, por adaptación a actividades confusas o inútiles y otros inconvenientes que no son expresamente fatales. El acuerdo que comentamos es una aspiración razonada a la equidad y una consecuencia de la abolición del jornal y de la renta.

Las propiedades explotadas con asalariados, la verdad es que habían quebrado o estaban a punto de quebrar. Las tierras de cultivo directo habían sido mejoradas en proporción considerable en cuanto al rendimiento. Procedían de expropiación de renta o dosificación de trabajos, de mejoras, de herencias llevadas o cultivadas directamente por sus laboriosos causahabientes; en pequeña proporción, de compras. Procedían también de expropiaciones inmediatas de montes redondos, dehesas, sotos, etc. El fenómeno característico era, pues, la quiebra de la propiedad, y precisamente por la quiebra del jornal. El paso de trabajo-jornal a la libre disposición del tiempo empleado en beneficio propio y en iniciativa, marcó en España un alivio considerable en el censo de la demografía negra.

Las muertes por hambre, según el doctor A. Pi y Suñer, profesor de Fisiología de la Universidad de Barcelona, investigador cuyo crédito científico desbordó las fronteras, ascendían en España, por lo que respecta a la época inmediatamente posterior a las guerras coloniales de 1898, al setenta y cinco por ciento de la cifra total de defunciones. De cada cien españoles que abandonaban el mundo, setenta y cinco morían de hambre. Claro que la papeleta de defunción no dictaminaba concretamente la causa; pero el hambre, según afirma acertadamente el doctor Pi y Suñer, tiene múltiples variantes. Lo mismo muere de hambre el menor raquítico, engendrado o desarrollado en pésimas condiciones de pobreza fisiológica productora de meningitis, que el adulto roído por un esfuerzo agotador no compensado por alimento sano; el tuberculoso desnutrido, el atacado por todos los estigmas de la neurología deficitaria, la madre postrada por partos y vicisitudes consiguientes sin neutralizar el desgaste; el vicioso recalcitrante que, para atraerse la conmiseración ajena, afirma a menudo carecer de pan, pero no carece de tóxicos para invalidar su fisiología y envenenarla; el disipado adolescente que no sabe frenar sus ímpetus cuando éstos le arrastran al cementerio entre privaciones; la víctima del bloqueo de guerra, etc.

Mientras duró la contienda de 1914-18 murieron muchas más personas del elemento civil a consecuencia de penosas restricciones que combatientes en el campo de batalla por choque traumático. Según prueba también el doctor Pi y Suñer en su obra *El hambre en los pueblos*, el setenta y cinco por ciento de muertes por hambre siguió a las guerras coloniales españolas, que cerraron el siglo anterior y sus años inmediatos posteriores con el advenimiento de una generación engendrada por los soldados que volvían de las Antillas y de Filipinas, aquellos tristes y macilentos esqueletos repatriados por el Estado sádico español.

Ahora bien: desde 1920 fue decreciendo la mortalidad en España, pero entiéndase bien que sólo decreció en las zonas manumitidas del jornal, singularmente en las libertadas de la monocultura cerealista.

Lo demuestran las estadísticas comprobadas de pueblos de secano y de regadío, que rescataron fincas hasta entonces en manos ociosas o muertas, emprendiendo la tarea de hacer plantaciones, produciendo más y mejor y teniendo expansión la ayuda mutua entre labradores.

Se exceptúan de este cuadro honorable los agricultores que abandonaron probabilidades y hasta seguridades de independencia en su terruño, corriendo a confundirse en la ciudad con el peonaje menos evolucionado que pedía mayor salario, pero veía inmediatamente amortizar la mejora, caso de conseguirla, sirviendo como consumidor al monopolio de los viveros e inscribiéndose en la masa de maniobra manipulada por los negociantes y formada por los parados.

En los pueblos, en cambio, el agricultor no soportó la especulación comercial más que de manera atenuada, puesto que en buen número de casos favoreció la organización de cooperativas y mutualidades que contribuyeron a derrotar al comercio.

Acuerdo 8º.

«La base federativa, por lo que respecta al Municipio, está en todo momento abierta sin limitación para concluir pactos con otros Municipios y con instituciones asesoras de tipo económico, cultural y técnico. Las normas de carácter general se establecen por acuerdos entre los participantes y usuarios de servicios, y no por decisiones de ninguna minoría.»

No necesita justificación este acuerdo porque responde íntimamente al punto de vista que sostenemos constantemente en el curso de esta obra.

Acuerdo 9º.

«Las dos funciones esenciales de la Asamblea abierta se refieren:

»1º. A todo lo que constituye la vida moral en la relación inmediata, a los imponderables y a su expansión.

»2º. Todo lo que atañe o represente mejora en la vida individual y de conjunto:

(1) Atender a los peligros de la calle.
(2) Conjunto urbano y paisaje inmediato.
(3) Circunvalación.

(4) Confort térmico.
(5) Cementerios.
(6) Estatuas.
(7) Arcos y obeliscos.
(8) Fuentes.
(9) Orientación y reformas por el clima.
(10) Suministros.
(11) Calles y plazas, circulación.
(12) Alcantarillado.
(13) Comunicaciones y transportes urbanos.
(14) Agua canalizada.
(15) Gas y electricidad en la vivienda.
(16) Pavimento, aceras, esquinas.
(17) Mataderos.
(18) Mercados.
(19) Cooperativas.
(20) Vivienda.
(21) Lavaderos.
(22) Alumbrado público.
(23) Muebles, decoración.
(24) Escuelas.
(25) Deporte, piscinas.
(26) Servicio contra incendios, accidentes, etc.
(27) Asistencia.
(28) Espectáculos.
(29) Focos industriales.
(30) Régimen funcional.

Como en el siguiente estudio (capítulo XV) se justifican todos estos apartados relativos a la convivencia en la localidad, y, por otra parte, lo que se refiere a imponderables no exige ni aconseja limitarlo previamente porque se deja a la deliberación en cada caso, nos limitamos a lo consignado, que responde al principio de organización vecinal en el régimen nuevo.

Acuerdo 10º.

«Fuera o dentro del Municipio mandatario de la Asamblea, nadie puede alterar la Carta Municipal más que la Asamblea misma.»

También se justifica este acuerdo por su mismo carácter y esencia dimanantes de lo que se viene sosteniendo en estos estudios, que no reflejan abstracciones, sino acuerdos, de elemental necesidad en todo régimen federalista de hecho.

Acuerdo 11º.

«Los técnicos al servicio del Municipio no tienen función ejecutiva como tales técnicos, sino que serán colaboradores del conjunto en sus respectivas especialidades.»

La técnica está siendo en nuestro tiempo como la religión antaño: una minoría muy restringida que consigue imponerse a todos los seres, incluso a los que son colaboradores indispensables, pero que se les cree incapaces por la misma técnica.

De la técnica ha querido hacerse, como de la religión primero y de la política después, poder intangible y hermético, mística y teología. Pero lo cierto es que tal absolutismo sólo tiene circulación como teoría y práctica autoritarias en países cuya mayoría de población vive rezagada en todos los aspectos de la técnica. Se explica el hecho porque la técnica exige cada día mayor número de colaboradores pasivos, tanto para construir máquinas como para servirse de ellas. Se viaja sin saber de qué manera juega el vapor para la tracción o la corriente eléctrica. Si la religión y la política operaron mediante enormes masas pasivas asimiladas por las minorías correspondientes, también la técnica hermética aspira al mismo asimilismo.

Ahora bien: el progreso social no se realiza sin deducción de valores heterogéneos que en apariencia permanecían uniformes. Es decir, que cualquier unidad política, cualquier Estado, cualquier complejo político establecido tiene en su interioridad —según Spencer— valores heterogéneos en desacuerdo con el punto de vista acumulativo, centralista y asimilista. De esta idea, que después de Spencer han desarrollado magníficamente los maestros de convicción

libertaria, parte todo el progreso científico, todo el constumbrismo ejemplar, el arte mejor. De la misma idea puede partir el Municipio Libre, pero no considerado éste como una entelequia, sino como una realidad funcional experimentada, comprobados los resultados, como es comprobable la temperatura de fusión de los metales y los efectos de la rotación de los astros.

El centralismo y el asimilismo son centrípetos y actúan por reducción, mientras las corrientes astronómicas son centrífugas y actúan vitalmente por acuerdos, por eliminación de incógnitas, por voluntad de expansión, no de anexión. Esta es la línea dinámica que han seguido las ciencias y las artes, especializadas sin cesar pero no rivales entre sí, como lo son los partidos y las técnicas al servicio de cualquier nacionalismo, raza o empresa.

El Municipio clásico quedó en escombros porque no resistió a la avalancha confusa y turbia del Estado y porque se entregó al equívoco recusable de las delegaciones pasivas. Los pensadores que supieron construir, y sobre todo ayudar a construir los entendimientos que supieron crear, vivían aislados entre ellos. Bacón, Descartes, Reclus, como Wells y Nicolai en nuestro tiempo, inglés y alemán respectivamente, ajenos los dos al Estado respectivo y amigos entre sí por encima de las disidencias que movieron a Hitler y a Churchill, más allá de ellas y contra ellas.

Viven a pesar del Estado estas realidades, y se califican precisamente por su carácter extrafronterizo. Se nutrieron de claridad experimental. Los protagonistas de tan fecunda vida de altura son los verdaderos técnicos, y nunca aspiraron a ninguna nebulosidad, a ningún panteísmo. Siempre creyeron que el Estado es un monolito inamovible.

Contra ellos, ¿qué técnica puede ser exaltada, por el hecho de tener el exaltador una estación receptora de radio, unos carros blindados, unos aviones mortíferos, un teléfono o conmutador cuyo manejo es automático, no habiendo intervenido en la inventiva de estos aparatos, ni siquiera en su construcción standar ni en la selección de su destino?

Acuerdo 12º.

«Hará uso discrecional el Municipio por mandato y a iniciativa de la Asamblea de un sistema electivo, cuya característica será en todos los casos la propuesta, discusión y elaboración de mandatos, adaptándose después de la elaboración del mandato la capacidad del titular aceptada para desempeñar funciones profesionales específicas, previos asesoramientos de rigor. El sufragio llamado universal para diputados a Cortes o Provinciales queda eliminado totalmente, así como el sistema electivo de concejales, estableciéndose en cambio:

»1º. Un repertorio de obras acordadas por la Asamblea, respondiendo al interés local de servicio público.

»2º. Un repertorio más extenso de obras, acordado igualmente por la Asamblea, pero que procede de iniciativas del exterior.»

En el primer caso pueden integrarse todas las aspiraciones de orden cultural, moral y material del territorio administrado por el Municipio, que convengan a sus moradores. En el segundo, caben los problemas de área comarcal, regional, nacional e internacional. La facultad deliberante y fiscalizadora del Parlamento, como su poder legislativo, quedan neutralizados y subtituídos por el Municipio y la Federación de Municipios, teniendo ésta, en su conjunto, fuero de relacion inmediata para organizar y ordenar los asuntos de vida exterior de la nación, su defensa, economía, navegación, comercio, agricultura, industria, administración general, como las comunicaciones y las posibilidades de enseñanza, sobre todo lo que se refiere a esta última. Una resolución cualquiera de los organismos federales, tomada por éstos en ocasión tan urgente que no permita consulta previa, carecerá de validez sin referendum de los municipios por sus Asambleas, de la misma manera que sólo el plebiscito dará legitimidad a una propuesta.

No es este el momento de comparar los sistemas electivos, vigentes o aconsejados. Todos son esencialmente partidarios de la representación indirecta. Se votan personas y no servicios.

Vota un Parlamento la guerra —si es que la vota—, pero los electores, convertidos previamente en combatientes, son en realidad los que pierden o ganan la guerra. Si la pierden los combatientes,

¿qué papel hace el Parlamento después de ordenar una cosa que los electores no quieren hacer? ¿Y cómo puede afirmarse que los diputados tienen la representación de unas gentes a quienes ni a tiros se les hace tirar un tiro? Cuando se gana una guerra, no la gana el Parlamento. La verdad es que no la gana tampoco el ejército, sino la aportación civil en talleres y campos. Sin esta aportación civil ningún ejército puede subsistir, ni siquiera veinticuatro horas.

¿De qué sirve el Parlamento, si tanto en el caso de ganarse una guerra como en el de perderse, no interviene en nada ni determina en nada? El Parlamento es un conglomerado de partidos, de fracciones. Los electores no sólo se ven sorprendidos por leyes de las que no tienen ni tuvieron la menor noticia previa, sino que se ven suplantados en tratados cuyo contenido, cuando deja de ser secreto, se ve que se hizo a espaldas del elector. Se hizo a espaldas del diputado mismo porque éste se ve suplantado a su vez por el jefe de su partido. Los diputados obedecen al votar, de la misma manera que obedecen también los electores.

Si la Constitución es inviolable, ¿por qué se viola inmediatamente después de promulgada, haciendo de ella letra muerta el poder ejecutivo? ¿Por qué los diputados izquierdistas de la República de Abril recibían subvenciones de negociantes italianos establecidos en España, fascistas todos ellos? ¿Por qué los diputados de derecha estaban subvencionados por el gran capital territorial, por los Bancos y por sus agentes financieros? La Telefónica, los industriales mineros y otros magnates del capitalismo enviaban a los diputados unos sobres cerrados.

Si el elector conoce estas maniobras y vuelve a votar, es un deficiente mental. Además, no es ni siquiera elector, sino elegido como parapeto con sus otros colegas de urna. Si se mira bien, el diputado no es un elegido. Lo que hace es elegir a sus víctimas, no darles cuenta de nada, no pedirles parecer sobre nada y atender las peticiones de los votantes para aumentar las partidas fallidas del presupuesto.

La propaganda antiparlamentaria tuvo en España mucha boga, sobre todo en los medios sindicales apolíticos, desde 1917. Pero lo cierto es que en estos mismos medios sindicales se confesaba la necesidad esencial de los trabajadores de ser neutrales en la lucha política. Es decir, que votaban y contribuían a la corrupción general, lo que era aprovechado por los partidos para tener apoyo de las organizaciones obreras apolíticas. Lerroux y Gil Robles, como las izquierdas, se aprovechaban por turno de estos contrasentidos. Así

como en la Alemania republicana de Weimar votaban los comunistas con los nazis contra el socialismo, los obreros españoles votaban contra las derechas, creyéndose todos estadistas en potencia. Se decía que esto evitaría el fascismo. Pero recordemos las elecciones de febrero de 1936. Cuatro meses después de votar los obreros con las izquierdas para aplastar el fascismo, se lanzó éste a la calle.

El régimen político no parlamentario manipula los ciudadanos lo mismo que el régimen de sufragio, pero nada dice esto a favor del parlamentarismo. Por otra parte, hubo en Europa comunistas antiparlamentarios El caso de Bordiga en Italia queda patente para demostrarlo.

Acuerdo 13º.

«Queda abolida toda especie de impuesto, sustituyéndose éste por aportación personal de trabajo previamente acordado por los que hayan de realizarlo.»

El impuesto fue siempre, por parte del Estado y de los poderes delegados, un procedimiento muy socorrido para expropiar a los ciudadanos decentes.

Hubo otros medios de obtener ingresos: lotería, empréstitos, bloqueo de divisas, desvalorización monetaria una vez obtenidas grandes masas de dinero, etc. Las Aduanas han sido verdaderos paños de lágrimas de los gobernantes.

A medida que el Estado desciende por la curva de su desnivel, y a medida que la moneda se resiente como valor adquisitivo por invertirse en obras improductivas, aprieta el Estado las clavijas valiéndose de la dictadura fiscal, que ejerce imperturbablemente aunque se llame democrático y liberal.

¿Cómo se negocian los empréstitos? Recientemente en España los empréstitos surgían de un ambiente de prosperidad relativa. No los nutrían los ciudadanos directamente. Los cubrían los Bancos, depositarios éstos del ahorro particular. Pero lo significativo era que los Bancos facilitaban dinero que no era suyo. Esta liberalidad a base de dinero ajeno era una verdadera ganga para los gobernantes. Ninguna preocupación para entramparse tenía el Estado. Acumulaba millones a la Deuda Pública con una tranquilidad que no nos atrevemos a llamar pasmosa, pero que francamente desborda toda compostura.

El Estado pagaba tan magnánima liberalidad atribuyendo a los Bancos privilegios inaccesibles a los particulares. No nos referimos al privilegio de emisión del Banco de España, cuyo tráfico fue descubierto por el profesor Olariaga en la revista *España* en 1917 como uno de los más gigantescos negocios de Europa. Nos referimos a privilegios que podríamos llamar de bonificación dispersa.

Recordemos que una institución tan útil como el giro postal no pudo establecerse en España diez años antes de que lo que se estableció (en la primera decena del siglo) porque lo impidió la Banca, confabulada con los gobernantes contra el interés público. Los Bancos no querían verse suplantados por un servicio público que tan aceptable es a pesar de sus inconvenientes, tan cómodo y hasta tan económico y seguro.

La opinión sin partido ganó el pleito contra los Bancos y el poder, y se estableció el giro postal.

En Filipinas el gobierno español de la época colonial cobraba un impuesto a los chinos por consentirles que fumaran opio. El impuesto suponía un ingreso por año de medio millón de pesetas sólo en cuatro provincias de Filipinas. En España se cobró siempre a las rameras una contribución por dejar que ejercieran su oficio. El juego fue, como la prostitución, fuente de ingresos. Por un lado el duque de Almodóvar no consentía el juego, y lo prohibió; por otro, se intensificaba el juego de la lotería.

Una vez en la caja de los Bancos el dinero, lo entregaban éstos al Estado, en parte a cambio de privilegios cuya lista negra podría establecerse empezando por el descuento de letras, que supone un interés usurario muy subido. ¿Cómo no tenían los comerciantes una organización mutualista que les libertara de las garras del Banco? El Estado se veía con el dinero del empréstito en su poder, los impuestos dejaban de abonarse con bastante generalidad y aquél aprovechaba el dinero fresco recién ingresado.

¿Sobrevenía depreciación de moneda? El Estado enjugaba el estrago, que iba haciéndose endémico en los países de economía acumulativa, recurriendo a distintos procedimientos ajenos al empréstito y al impuesto, aunque degradaciones de éstos. Se recurría a la inflación (Francia); a la requisa y expulsión de judíos millonarios después de expropiados (Alemania); al aprovechamiento de riqueza girada por los emigrantes en relativo estado de prosperidad (Italia); a la mítica aurífera colonial (Inglaterra y en pequeña proporción

Francia, Holanda, Bélgica y Portugal); al destajo de choque (U.R.S.S.); al monopolio del comercio exterior (España republicana, copiando el totalitarismo de Hitler, según preconizó el consejero de Economía, Juan P. Fábregas, en conferencia pública el 14 de marzo de 1937 en el Coliseum); al bloqueo de fondos y a las dificultades de exportar capital, para que se emplee en bonos (caso de muchos países que tienen rentitas como institución nacional).

El andamio ideado por Roosevelt en Norteamérica cayó principalmente por la oposición de Ford. Al revés de lo que sostiene la General Motors —hijuela de la Banca Morgan—, cree Ford que la prosperidad de una industria no ha de estar supeditada al Banco. Este punto de vista contradice la profecía marxista de la evolución industrial automática hacia la finanza, que es el crédito y la letra de cambio contra la factura inmediatamente cobrable.

Cree Ford que establecer el monopolio del trabajo en Norteamérica equivale a establecer el monopolio del pan, y que el dinero no es un producto sino un subproducto. En 1909 vendió veinte mil coches a novecientos cincuenta dólares, en 1912, ciento sesenta y ocho mil coches a seiscientos dólares, y en 1938 millón y medio de coches a trescientos cincuenta dólares.

En 1920 debía Ford cincuenta y ocho millones y sólo tenía veinte millones en el haber. Rebajó un veinticinco por ciento los precios de venta y siguió rebajando. El primero de agosto de 1921 tenía ochenta y siete millones de beneficios. En vez de buscar crédito en los Bancos, rebajó los precios y ganó comercialmente. Este sistema era opuesto al de Roosevelt que desembocaba en un totalitarismo comercial bancario en el que las empresas podían tener al Estado como cliente y aliado, en vez de tenerlo frente a ellas como beligerante.

El Estado puede fijar el impuesto que quiera. Los grandes negociantes se resarcen del quebranto con el monopolio de los precios. Estos inconvenientes quedarían zanjados con la racionalización de impuestos en un régimen sin secreto y sin filtraciones, con inversiones justificadas y presenciadas por participantes que serían a la vez beneficiarios, como los participantes de una sociedad anónima.

La recaudación por impuestos no representa más que una pequeña aportación en los presupuestos oficiales de todos los países comparada con la cuantía astronómica de sus gastos de guerra,

todos improductivos. El impuesto en España fue siempre abusivo. Se cebaba en las necesidades y no en las ganancias acumulativas, según demostró el técnico Flores de Lemus, que no es precisamente un demoledor y ocupó siempre cargo de asesor en todos los ministerios de Hacienda de España en los últimos veinticinco años.

Sin embargo, no eran los impuestos tan altos en su expresión cifrada como los pagados en sangre. La ausencia de un labrador durante tres años en el terruño para estar en el cuartel o imponer las clásulas de Isabel la Católica en Africa, significaba la muerte, la imposibilidad de compensar el tiempo perdido, el retraso en la salud producido por el hambre y penalidades como la descendencia enclenque, retrocesos y caídas. Mientras, el Banco unitario y monopolizador acumulaba montañas de oro y colaboraba con industriales ricos para menospreciar el trabajo y arruinar a los dueños —tan relativos— de modestos ahorros. Lo prueba el caso de Sagunto en 1920 con sus Altos Hornos, cuyo principal accionista era el bilbaíno Sota.

Los pequeños tenedores de acciones se vieron sorprendidos hacia la fecha indicada con la paralización del trabajo en aquellos Altos Hornos. Se trataba sencillamente de una maniobra para adquirir las acciones a bajo precio contando con el pánico de los accionistas que se desprendieron de los títulos, siendo éstos comprados por los agentes de Sota.

Lo mismo puede decirse de la construcción de los Metros en Barcelona, cuyas obras se paralizaban para adquirir las acciones a precios de saldo por parte de los monopolizadores, recurriéndose incluso a provocar conflictos obreros para justificar la paralización.

El impuesto español comparado con estos negocios era de poca monta, y los gobernantes recurrían a industriales y Bancos para formalizar operaciones de cuyo resultado se resentían gravemente las clases útiles, llegando éstas a abstenerse de pagar impuestos como defensa única. El Municipio rural ha de vivir alejado de toda maniobra envolvente para sus administrados sin prestarse tampoco a ser envuelto por ninguna economía de tapadillo.

La orientación del Estado consiste en reducir la delincuencia del mercado negro, por ejemplo, a multas. He aquí una demostración de que la multa puede comercializarse, contándose con ella por parte del traficante negro para resarcirse de los desembolsos y trasladarlos a la ganancia, de hecho incontrolada.

Acuerdo 14º.

«Las Universidades y demás centros de cultura tienen autonomía por derecho propio. Son federables entre sí, órganos de consulta e independientes de toda traba, contando con medios propios respecto a su vida económica, medios procedentes de los usuarios de la enseñanza y de las instituciones que la promueven y favorecen sin ser específicamente pedagógicas. La principal misión de los centros de cultura es investigar y experimentar, relacionándose con otros focos de cultura de cualquier latitud.»

Como en un capítulo anterior (el IX) se desarrolla el tema, no insistimos sobre él y lo dejamos a la consideración y resolución que proceda en cada caso. Afortunadamente el anhelo cultural permanece vivo en las conciencias, y no necesita más que tener ayuda por parte de todos, en beneficio de todos, dentro de un método.

Acuerdo 15º.

«La libertad concreta, personal o colectiva de acceso al territorio municipal, como la libertad de vecindad, residencia, tránsito y secesión no pueden reprimirse porque son de derecho natural, siempre que no entren en colisión con otras libertades igualmente naturales, aceptándose para cualquier contradicción el arbitraje.»

Sobre la libertad ha podido acumularse un tonelaje exagerado de exaltaciones. La aspiración a la libertad es evidente en los seres humanos, como lo es en otros grados de la escala zoológica. Todo esto es evidente y elemental. No puede negarse. Pero una libertad determinada deja de serlo empleada por una persona o por una reunión de personas **a manera de monopolio** contra otras personas individuales o en colectividad. De la misma manera que no puede una persona o una reunión de personas acaparar el puente por ser de uso general, la reunión de personas no puede reprimir la libertad individual ni el individuo la de los grupos sociales. Ahora bien: ¿cómo podemos creer en la aspiración a la libertad decretal inédita, a la libertad vacante, inconcreta o a la libertad regalada y no conseguida?

Se ha dicho con razón que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. La frase no tendrá sentido si los trabajadores sin emancipar esperan el beneficio de otros trabajadores, que también están sin emancipar perfectamente; teniendo en cuenta que cada trabajador ha de procurar por sí, sumándose a otros que también procuren por sí, pero no procurando unos por otros, no intercediendo unos en favor de otros y dejando vacante en inutilidad de clase pasiva la vida de estos otros.

La libertad sólo puede partir de la libertad. La libertad sólo puede conseguirse de un principio de libertad lograda. Es decir, que la libertad considerada como cosa de uso, no como magia, tiene continuidad en el uso. De aquí se deduce que la libertad absoluta no es racional, porque usar absolutamente la libertad como la usa una vaca, no significa ser liberal ni libre, sino vaca.

La libertad, tan solicitada por los que la tienen y no la emplean, como negada por los que teniéndola tampoco la dejan tener, es un valor de uso y fuera de este uso es incomprensible.

En los tiempos del zar había extensas regiones en Rusia cuyos pueblos tenían una organización colectiva independiente, el mir. Los campesinos aprovechaban casi siempre aquella independencia para perderla enajenando sus iniciativas, permaneciendo en completa abulia y permitiendo que la acumulación comercial traficara con sus vidas y con sus productos. He aquí una libertad vacante que no sirve para nada ni se emplea progresivamente, queriendo ser libre para ser más libre. Se trataba de una libertad sin usar, de una libertad oxidada. Los guardias del zar, los popes o sacerdotes de la religión ortodoxa, los judíos y no judíos dedicados al comercio y los pelotones de recaudadores, manipulaban la economía de los campesinos. Es decir, que empleaban éstos la libertad negativa que tenían en favorecer el retroceso de las costumbres, retroceso insinuado como hemos visto por los mismos campesinos.

Este estado de cosas sostenía una correspondencia nefasta entre la libertad en desuso de los campesinos y la libertad de abuso de sus enemigos. El régimen soviético halló, pues, el terreno muy preparado para atribuirse el despotismo económico, instaurando impunemente un régimen no socialista ni obrero, sino capitalista de Estado. No aspiraba el régimen oficial a la libertad de los campesinos sino al aprovechamiento de éstos como cosas. Tampoco los campesinos, en su modorra secular, habían aspirado apenas a tener libertad,

puesto que menospreciaban, desaprovechaban y no usaban la que tenían. Los intermediarios y traficantes comerciales fueron eliminados como tales por el poder oficial que se atribuyó despóticamente el monopolio del comercio.

Veamos el resultado: los gobernantes no querían dar libertad; los campesinos no apreciaban la propia, que aprovechó Lenin para escapar de las garras policíacas; los intermediarios habían desaparecido, como cualquier tendencia política, fuera la que fuera, desafecta al régimen. ¿Era posible la libertad? Y por lo que respecta a otros campesinos tenidos secularmente como siervos por los señores de la tierra, la servidumbre consentida congelaba cualquier movimiento renovador de fondo.

El mismo terrorismo contra el zar lo demuestra, ya que el terrorista actuó por desesperación en vista de la pasividad colectiva y creyéndola irremediable. Sin prejuzgar nada sobre esta opinión que atañe a la pasividad y que sólo puede aceptarse con justas reservas, hay un resquicio cierto al interpretar los enigmas rusos si se piensa que aquella pasividad, aquella flaqueza de ánimo, aquella desgana popular, evidentemente cierta y que pudo transformarse en dinamismo de haber empezado por quererlo, se había prolongado por el desuso de la libertad, tanto o más que por la ferocidad de las represiones. Los campesinos vivían confinados en la época del zar, bloqueados en sus aldeas por su propia pereza, sin libertad de tránsito porque no transitaban.

El absentismo deliberado de los campesinos en España, cuando abandonan el cultivo por causas razonables, no cabe contrariarlo, pero la localidad de adopción, en todo caso, tendrá que llamarse parte en el asunto. Padeció España con caracteres graves las consecuencias del nomadismo más insensato porque se acumuló mano de obra donde no había empleo o lo había con espaciadas intermitencias, coincidiendo este hecho con la acumulación en los mismos lugares de muchos ociosos voluntarios, de afición o de profesión. Los campesinos dejaban yermas las tierras y aprovechaban en la ciudad, sin luchar, mejoras morales conseguidas penosamente por el habitual censo proletario ciudadano. Aumentado éste con el excedente recién llegado, quedaba la masa total en permanente hipertrofia y escindida en dos sectores: el ocupado y el desocupado. Eran dos sectores irreconciliables a pesar de su unidad nominal, aprovechándose las empresas de la disidencia siempre latente para empeorar la situación,

forjando entre todos, gobernantes y burgueses, capataces y técnicos, banqueros y políticos las tremendas crisis de crecimiento que malograron en Madrid, en Bilbao y en Barcelona los propósitos más elevados. Lo mismo ocurrió en las crisis de crecimiento de América, como demuestra Henry George en su luminosa obra *Progress and Poverty*.

Está muy lejos de ser justa la pretensión de que el ciudadano viva relegado al suelo originario o adoptivo. Esta es precisamente una de las consignas del absolutismo. Pero así como nadie veranea en el Sahara, nadie tendría que cambiar de domicilio para elegir un desierto. Económicamente la ciudad crecida y excedida por concentración rápida no es más que un desierto, y haya el régimen que haya **nunca asimilará excedentes de masa incompatibles con sus disponibilidades**. Los que llegan a ella predestinados a sufrir, pero creyendo equivocadamente en las ventajas del peonaje vitalicio, no tardan en convencerse de que los Estados, los municipios, los partidos y los mismos organismos obreros son tan impotentes como las empresas para resolver los casos más elementales, fracasando con mayor motivo en la solución de conflictos intrincados. Conviene propagar estas evidencias al tiempo que se rechaza la vuelta a la tierra como política de partido, y no es más que un intento para tener en conserva a los campesinos y manipularlos mejor. Para remediar lo hecho hasta ahora tengamos en cuenta que el aislamiento no existe ya más que muy excepcionalmente. El aldeano que necesita acudir a la ciudad como transeúnte suele hacerlo sin grandes dificultades, y sin perder tiempo. Las comunicaciones y el transporte han transformado la conveniencia rápida de ir y volver, también aprovechada por los aldeanos inteligentes.

Los medios de comunicación, cuando no están falseados por propagandas interesadas, son precisamente modalidades centrífugas propicias a la distribución y no a la acumulación. Es el mismo fenómeno que se observa en la vida industrial cuando la electricidad sucede a la caldera de vapor y el cable universalista y viajero, como el salto de agua, no dependiente de concentraciones caprichosas, suceden al origen fijo de la energía, que es la caldera. Estos hechos no pudo captarlos Marx, comentarista elemetal del unitarismo económico, del comercial que dependía indirectamente de la caldera de vapor fija y no del sustitutivo eléctrico, de la misma manera que el inspirador de Marx, el filósofo Hegel, dependía doctrinalmente del concepto unitarista heredero de las viejas unidades abstractas de las religiones monoteístas, pero no del humanismo concreto, continuado en estos

días mismos por la diversidad en todos los aspectos de la vida, que jamás será unitaria desde el punto de vista experimental.

Acuerdo 16º.

«La Comarca, de características geográficas y económicas semejantes, es una realidad natural. Su régimen, acorde con el de los municipios, será establecido libremente por ellos, como se establecerán por los municipios agrupados en comarcas una relación también natural.»

Huelga ampliar los puntos de vista coincidentes con este acuerdo puesto que todo lo que podría afirmarse como favorable queda registrado en el curso de estos estudios.

Acuerdo 17º.

«La Beneficencia, en cualquiera de sus manifestaciones, es evidentemente una injusticia como posición privilegiada del que la practica. Así, pues, sin abandonar los casos graves momentáneos, el Municipio determina rotundamente que ni su destino ni su obligación moral es socorrer a los llamados desamparados, sino evitar las causas de la pobreza.»

La pobreza hace de un hombre digno un hombre menesteroso, y muchas veces de un menesteroso un ser indigno. El que da para evitar teóricamente la miseria, no puede aliviar nada porque la pobreza reproduce y agrava sus estragos constantemente por la reproducción.

El que se tiene por caritativo, lo que hace realmente es fomentar la imprevisión y la pobreza. Se vale de ellas para cotizarse mientras centuplica el orgullo de sí mismo.

La Beneficencia es una de las cosas más desacreditada en el mundo. La Beneficencia, como galantería, nutre el capítulo de la vida ociosa llamada elegante.

La Beneficencia y la caridad ayudan a morir y prolongan la agonía haciéndola más dolorosa. Los gobernantes hicieron de la Asistencia que llaman social el capítulo más escandaloso de sus francachelas.

Premiaron virtudes averiadas y bellezas de certamen. Cuando los distintos gremios españoles útiles organizaron sus montepíos a base de ayuda mutua, el Estado se quedó lisa y llanamente con el dinero, generalizándose así el auxilio que se atribuye al Estado como servicio de oficina, y apartando a los ciudadanos de la obligación de velar ellos mismos por sus necesidades y por su previsión.

El escritor norteamericano Upton Sinclair ya demostró los estragos de la epidemia de la beneficencia en los Estados Unidos, epidemia que llegó a prender místicamente y con trompetera altisonancia en filantrópicos donantes. Los destinatarios pobres rechazaban las prendas de vestir que les daban tan deterioradas, infectas e inservibles, hasta el punto que de aceptarlas quedaban perjudicados más que favorecidos. No querían prendas de vestir ni siquiera regaladas.

Acuerdo 18º.

«Se equipara cualquier caso de Defensa que signifique empleo de fuerza a la defensa revolucionaria.

»Adversarios irreductibles del militarismo, no aceptamos el concepto de Defensa más que en lo que consiste al hecho de realizar la revolución o de completarla y mejorarla una vez consumada.»

Acuerdo 19º.

«Se preconiza el procedimiento de arbitraje para la solución de los antagonismos que pudieran sobrevenir en el régimen de Municipios Libres y su Federación en área geográfica extensa.»

No suponemos que los antagonismos puedan entorpecer la buena marcha de la libertad bien interpretada y ocupada. Suponemos por el contrario que la autonomía tiene en sí misma valores de altura que por ellos mismos favorecen el camino progresivo. Estamos completamente convencidos de que los antagonismos surgen por el interés acumulativo, por la pasión de la propiedad y por la rivalidad en la posesión de la riqueza. Todos estos inconvenientes y el recelo constante de que se rodean desaparece cuando no actúan las causas determinantes.

En todo caso el arbitraje es el procedimiento más racional para reducir cualquier diferencia de interpretación. Los mejores revolucionarios de todos los tiempos no comprenden la justicia más que como un arbitraje cordial, y éste es el sentido del arbitraje.

Acuerdo 20º.

«Teniendo en cuenta que el régimen de Municipios Libres Federados podría estar contrariado por cualquier Estado o interés exterior desde el punto de vista de oposición política diplomática o económica, la Federación de Municipios y organismos afines en la economía productora y distribuidora y en la cultura, coordinados todos, convendrán en aplicar los acuerdos de cada caso que procedan.

La defensa revolucionaria ha de asumir el valor más eficaz, como también en las relaciones internacionales, favorecidas por formaciones afines en todo el mundo, acordes con el régimen nuevo y estimulados por éste de manera permanente.»

Se ha dicho que la burguesía internacional desencadena o puede desencadenar una ofensiva cerrada y solidaria contra cualquier manifestación de régimen libre en un área geográfica determinada. Esto es evidente, y hay que contar siempre con la ofensiva. Pero no es razonable darla por descontada en todos los casos. Desde luego interesa primordialmente contar con elementos de defensa, teniendo en cuenta, sobre todo, que fuera del área geográfica liberada hay, debe haber y habrá seguramente, una solidaridad activa favorable al régimen nuevo.

Sobre todo es preciso tener en cuenta que este régimen nuevo ha de tener su más efectiva defensa en la estabilización y en el crédito de sus instituciones. A este crédito no puede ser insensible el mundo del trabajo; tampoco puede ser insensible la cultura cuyas manifestaciones más honorables no se deben al Estado. Además, el ejemplo de la miseria abolida y de la instrucción socializada nunca será indiferente a los desheredados de todos los países. En el período de 1936 al 39 el Estado republicano se entrometió en la vida popular para contrariarla. No es este el caso que se propone en el curso de estos estudios, puesto que el Estado quedaría aniquilado en su raíz, y todas las voluntades actuantes para el progreso y el avance en todos los órdenes tendrían el poder que no tienen los organismos

políticos y burocráticos; que no tienen tampoco las manifestaciones de fuerza y coacción.

CONCLUSIONES

No hemos insistido en dar a esta exposición sumaria carácter detallista. No se puede prever todo lo que ha de ocurrir. Pero con lo expuesto —que tiene realidad comprobable en los hechos desde 1936 a 1939 en el área española adversa a Franco— hay materia suficiente de observación y estudio. Cerremos, pues, este ensayo con la seguridad de que contiene bases efectivas de ordenación de la vida en común de los españoles no dominados por el interés ni por el estigma autoritario.

Imposible determinar por anticipado ninguna modalidad constructiva de tipo libertario. La vida tiene variedad inmensa y matices infinitos. Los libertarios no pueden cuadricular el futuro como se cuadricula la extensión de un país al trazar un mapa. Pueden, sin embargo, proponer una convivencia en la que participe o pueda participar el pueblo no específicamente libertario, pero cuya vida no está en contradicción con los principios que profesamos.

Innumerables españoles contribuyeron a acordar lo que antecede. La inmensa mayoría no conocía a los maestros libertarios, y se adhirió con la mejor voluntad a las realizaciones más avanzadas. Este hecho es elocuente y determinará seguramente el mejor avance de costumbres, piedra angular de la nueva sociedad sin amos ni esclavos.

CAPÍTULO XV

urbanismo

CRITERIO CENTRÍFUGO DEL URBANISMO

Los puntos de vista del arquitecto inglés Summerson resumen hoy el problema del urbanismo, que podríamos llamar oficial, de manera bastante completa. Del urbanismo acomodado, se entiende. Del que ofrece casas nuevas a ricos nuevos sin abolengo ni solar. En el área de los negocios, ofrece a veces casas nuevas al elemento popular, aunque éste no pueda pagarlas y las ocupen otros inquilinos más afortunados.

El urbanismo de plantilla convenida es el arte parcial que se remonta en ciertos aspectos a la época de Berneni y Fontana en Italia. En Francia, a Luis XIV. Más señaladamente, en tiempo de Napoleón III, a Haussmann, que quiso rehacer París en sentido monumental, consiguiéndolo en parte. París, sin embargo, tiene hoy todavía una circunvalación de barracas hechas con latas. En cierta ocasión, al entrar en París por la cintura ferroviaria el zar de todas las Rusias,

fue llevado por Poincaré al vagón-comedor para que no viera tantas barracas construidas con planchas de lata.

El arquitecto Summersson emite un concepto ajeno ya al monumentalismo, aunque no del todo extraño a él. «Urbanismo —dice— es la reorganización material de un conjunto edificado, de acuerdo con las necesidades de los habitantes». No hay nada que tenga que ver con ciudades de nueva planta. **Reorganización**, para Summerson, equivale a reforma.

La definición no deja de tener interés, aunque es abstracta en exceso. El autor trata de justificarla, añadiendo que encierra principios de orden artístico, a la vez que tiende a una solución que llama **completa**, es decir, a la colaboración de sociólogos, administadores, ingenieros y arquitectos. Se deja en el tintero la colaboración del higienista, y nada menos que la del inquilino. Éste queda siempre excluído de los planes de urbanismo como el muerto de los planos del cementerio.

El problema del urbanismo es una preocupación en todos los países. Más que preocupación, angustia. Europa está en ruinas después de la guerra. Medio mundo trató de refugiarse en otro medio. ¿No perdura todavía la pesadilla del refugio? La única cuestión que pudo desbordar en Inglaterra todas las cuestiones medulares durante la guerra, la única que hizo frente a las demás, fue la del nuevo urbanismo. ¿Cómo encontrar casa en Londres que tiene barrios enteros destruidos por los bombardeos? Cierta revista publicó un número especial dedicado enteramente al tema. La edición se agotó en unas horas. Muy pocas después del bombardeo que destruyó Coventry, se publicó el plano de Coventry como ciudad reconstruída (en el papel). La reconstrucción de Londres ha tenido efecto —también en el papel— por iniciativa del «London County Council», entidad administrativa que preside el Condado o provincia, y tiene técnicos como el arquitecto Forshaw, junto al conocido urbanista Abercrombie. Este último dirigió escuelas de urbanismo en Londres y en Liverpool. Forshaw trazó los planos destinados a grupos mineros de algunas regiones industriales.

Los técnicos de Londres han estudiado los problemas de urbanización patentes en los últimos años. Se inspiran a menudo en la arquitectura continental: en la casa holandesa por ejemplo.

Intentaban destruir el enjambre de calles tortuosas que en Londres fueron trazadas al azar, sin orden ni plan. Las dimensiones enormes de la capital de Inglaterra han creado en el centro una

circulación de plétora. Creen los técnicos que es inseparable el problema de la circulación del problema de la habitación. No andaban desencaminados pensando así.

En líneas generales, han ideado el trazado de numerosas arterias: de contorno unas, subterráneas otras. Se respetan las aglomeraciones excéntricas en pie. Muchas están destruidas. Se tiene en cuenta un detalle psicológico: el apego del londinense a su barrio. Respetado éste raramente por los bombardeos, tiene a menudo arquitectura caduca y evidente falta de previsión, sobre todo para el torrente circulatorio que exige novedad inmediata en sentido funcional.

Hay en los distritos excéntricos de Londres casas individuales en abundancia, inmuebles explotados como capital de rédito, no muchas escuelas, campos deportivos, hospitales poco dotados y centros de reunión. Se conservan los edificios de cierta modernidad y se reforman otros, pero la originalidad del plan reconstructivo consiste visiblemente en reconocer la típica predisposición de los ingleses a vivir en una pequeña casa familiar separada de las otras, no en inmuebles grandes con inquilinos extraños y forzada promiscuidad, entre rellanos y tabiques escasamente aislantes.

Forshaw y Abercrombie quieren reconstruir más bien un Londres periférico que dar importancia al centro. No proponen construcciones de magnitud impresionante. La Real Academia —que para ahorrar disquisiciones llamaremos competente refiriéndonos más que a efectiva competencia o capacidad a autosuficiencia gratuita— hizo público hasta donde pudo y valiéndose de la estampilla oficial, un plan de reconstrucción del centro de Londres para deslumbrar al público con alardes de arquitectura monumental. El plan fue mal recibido y se calificó humorísticamente a sus autores de «tenderos de perspectivas». Buen signo de los tiempos. Buena crítica inteligente contra la ciudad petulante y tentacular.

Hace siglo y medio, los obreros de Londres iniciaron ya la huida del bloque urbano compacto para vivir más a sus anchas en una pequeña casa independiente de las afueras, con su socorrido bancal hortícola. Este fenómeno explica la dilatada extensión de Londres, verdadera provincia edificada. Hace medio siglo que los conjuntos de tipo proletario existen en los barrios exteriores de Londres y de otras urbes inglesas. Cada casa tiene cocina y comedor en la planta baja, con dependencias altas. No falta el minúsculo huerto. Casi todos los ingleses del estado llano son hortelanos, y no siepre del género mediocre. Las emisiones de radio que popularizan prácticas de horti-

cultura son más escuchadas que la literatura oficial, reducida a alinear autobombos y a propagar el imperialismo de metro y balanza.

El anterior rey de Inglaterra asistió en Londres, antes de dejar la corona, a un banquete que le ofrecieron las Asociaciones Públicas de Ingenieros. A los postres estaba el rey un tanto bebido y se le desató la lengua. «Agradezco este homenaje —dijo— que ofrecéis a vuestro monarca, el cual, además de ser la cúspide del Estado, posee abundantes títulos de ingeniería en todas las especialidades. Soy arquitecto, ingeniero de minas, de canales, de artes industriales, etc. etc. Pero os guardaréis de llamarme cuando sobrevenga un escape de gas, cuando se hunda una casa o se queme, cuando se rompa el cauce de un canal o cuando os sorprenda un temblor de tierra. En cualquier momento difícil, mis disponibilidades de ingeniero habrían de quedar en el anonimato, queridos colegas. Tenedlo bien presente, y no contéis con este ingeniero en los trances de compromiso».

He aquí un lenguaje franco y poco protocolario. Los **tenderos de perspectivas** acogieron la palabra imperial, digna de Swift con media risa de circunstancias mojada en licores cabeceros, y la etiqueta quedó sollozando en un rincón. *In vino veritas*, decían los romanos.

Las casas obreras en las afueras de Londres tienen proporciones exiguas: comedor de 4.80 metros por 3.30 metros, con altura escasa de 3 metros. Las restantes habitaciones son casi siempre más reducidas. Pero de todas suertes, no cuentan con mucho más espacio las clases medias que viven en el denso bloque londinense y pagan renta más alta.

No se ve en Londres lo que se ve en Viena, lo que se veía en tiempos inmediatamente anteriores a la unión forzada de Austria con Alemania. Los barrios obreros, con sus jardines y fuentes, ofrecían conjunto agradable en Viena. Todavía más agradable en Estocolmo y en Amsterdam.

Pero Inglaterra está dominada por el criterio práctico, el criterio funcional doméstico, íntimo y recoleto, contra la visualidad exterior de calles y plazas. El cancionero británico abunda en pequeños poemas dedicados al **dulce hogar**. La intemperie adusta influye en el inglés adusto. Tal vez influye también cierto espíritu evangélico y cuáquero, tan opuesto a las expansiones de los pueblos meridionales, que viven en la calle. Decía Galdós que el español salió a la calle en 1808 y que no ha vuelto aún, que no había vuelto a principios de este siglo. ¡Qué no podría decir ahora!

El inglés quiere que su *home*, su retiro, tenga atractivo. Prefiere calefacción en casa que calles peripuestas. Cuando creó el estilo

colonial en América, separó la casa de campo con un templete del género bíblico. Aun siendo la intemperie grata, necesitaba la transición del pórtico.

Observaciones sobre el plan de Londres

Poco más o menos, el plan de reconstrucción de Londres que se acaba de bosquejar, equivale a otros planes ideados en Europa y América con parecido criterio. Nos limitaremos a emitir unas ordenadas observaciones sobre el plan de Londres:

1ª. Resalta el hecho de que los trabajadores iniciaron la descongestión de Londres hace siglo y medio sin esperar ninguna consigna oficial. El principio de la descongestión es básico para resolver de manera racional el problema del urbanismo.

2ª. Las perspectivas monumentales que desde el siglo XVIII constituían el único bagaje del urbanismo copiado de Grecia y Roma en tantos estilos neoclásicos, ceden al urbanismo funcional que se observa en el interior de la familia laboriosa, como en su vida de trabajo y relación, no en las clases ociosas.

3ª. Los obreros de Londres prefieren contar con un huerto cultivable inmediato a la vivienda, que residir en casa-bloque, en *buiding* enorme sin espacio verde asequible.

4ª. El obrero inglés prefiere recargar el alquiler con gastos de locomoción —al vivir lejos del lugar del trabajo— que habitar un tugurio céntrico. Recuérdese la terrible gusanera de enfermedades que es *White Chapel.*

5ª. Opta, si puede, por una casa familiar reducida, sin más inquilinos que los allegados.

6ª. A los estilos arquitectónicos relativamente populares de Viena, Amsterdam y Estocolmo, muy reducidos y limitados, además de excesivamente ornamentales y caros, el obrero inglés prefiere el sentido funcional de la vivienda y la calle sin estorbos.

7ª. Los Municipios ingleses han intervenido en el problema de la vivienda excéntrica, y también han intervenido las empresas que facilitan casas a plazos. Tanto los municipios como las empresas, operan en sentido capitalista y no cooperador, lo mismo que esencialmente los sufragistas del Municipio de Viena y los promotores de urbanismo a pequeñas dosis en Holanda y en Suecia. Pero en realidad, el movimiento descongestivo de los centros urbanos superpoblados nace en los medios obreros. municipios y empresas han tenido en cuenta la creciente demanda de viviendas en las periferias urbanas para colocar capitales de interés llamado remunerativo y cobro fácil. Se trata, pues, de una mejora iniciada e impulsada por los núcleos laboriosos, realizada y pagada por los trabajadores, aunque contabilizada por los negociantes. De la misma manera que hay servicios ferroviarios cómodos, aunque caros, para usuarios que vivan del propio esfuerzo, hay casas para obreros, para una parte mínima del censo obrero, y en contados parajes. Esto no resuelve el problema íntegralmente. El obrero inquilino paga en moneda ganada difícilmente, lo que la moneda fácilmente adquirida y acumulada patrocinó mediante el régimen de empresa.

8ª. Dentro del privilegio capitalista, hay mejoras en el trabajo conseguidas en lucha abierta por la resistencia obrera: mejoras de horario, higiene e intervención en los talleres; y hay mejoras de salario, compensación, indemnización, etc. ¿Cómo no ha de haberlas en la vivienda? Estas últimas responden a inversión de capitales para estabilizar y acrecentar la renta. No tienden a resolver el problema de la vivienda en sí.

9ª. Los gremios políticos especulan con tales mejoras parciales. Aun pagadas usurariamente, sirven para propagar tal o cual partidismo en las elecciones.

10ª. No hay paridad entre los patrocinados de un lado por Estados, Municipios y empresas, y lo conseguido en el lado opuesto, por esfuerzo directo de los trabajadores. Sólo éstos, bien acompañados entre ellos, ayudándose generosamente, construyen pequeñas viviendas. Casos por el estilo se han visto en Londres. Pueden ser ejemplo de posible cooperación más extensa, sin instituciones oficiales ni capitalistas.

11ª. Como la descongestión urbana no ha podido tener ordenación de conjunto ajena al interés, el problema queda sin resolver. Aun viviendo los trabajadores —pocos de ellos— algo mejor en casas alejadas del centro urbano, el importe del alquiler grava la vida de manera excepcional. Tan excepcional, que equivale, en promedio, a la quinta parte de ingresos. Añadiendo a la cuantía estricta del alquiler gastos suplementarios y obligados de locomoción, supone el alquiler la quinta parte del ingreso total en el hogar.

12ª. La lejanía del lugar de trabajo supone, además, esfuerzo de andar. La locomoción, no siempre ni casi nunca ofrece facilidades para el traslado a la parada más cercana de autobús, metro, etc., desde la vivienda. El aislamiento no deja también de ser inconveniente para asistir los hijos a las buenas escuelas céntricas, utilizar hospitales, igualmente céntricos, salas de espectáculos de índole elevada, centros obreros, comedores, mercados, etc.

13ª. La higiene de la vivienda obrera aislada poco puede resolver hoy en la fisiología individual y familiar, fisiología insuficiente deficitaria a todas luces en glóbulos rojos.

14ª. Londres es una metrópoli monstruosa producto de un régimen monstruoso, que consigue agrupar millones de trabajadores dentro de un perímetro determinado para convertirlos en cosas. Londres ha de curar su hinchazón, destruirse. Sus palacios no sirven para una vida decorosa. Sólo podrían servir para colectivizar la instrucción y el espectáculo. Carlos Marx vio Londres como gigantesca Meca del vapor, como enorme caldera fija. Malatesta vio en Londres una posible dispersión. Malatesta era electricista y federalista. Marx ideólogo centralista, sectario de la caldera de vapor elevada a monstruo. Pero la corriente eléctrica ha derrotado, con su movilidad, la fijeza tibetana de la caldera de vapor y la teoría económica centrípeta, dogma del credo marxista. La apertura de una gran arteria nueva al oeste de Londres en 1936 para facilitar el éxodo de los habitantes del centro, ha producido el establecimiento de una cincuentena de fábricas en diez años, según Robert Capot-Rey en su obra *Geographie de la circulation sur les Continents*, París, 1946, pág. 226.

Déficit espacial

Nos proponemos perfilar en este cuaderno un modesto ensayo sobre urbanismo que podríamos llamar funcional, práctico y activo. Después de anotar las consideraciones que preceden, estudiaremos el estado del problema en España y el porvenir posible.

Empezamos por reconocer que el tema está probablemente gastado en exceso. Todos los Estados, todos los organismos de tipo filantrópico, muchos negociantes y no pocas confesiones religiosas, quisieron, desde su posición providencialista, resolver el problema de la vivienda popular. Lo quisieron resolver muchos Ayuntamientos amarrados al dogal del empréstito y al grillete de los partidos. En realidad, no lo resolvió nadie de manera eficiente.

Sólo tuvo alguna solución parcial en las regiones donde abunda la pequeña propiedad agrícola de uso, sin asalariados ni egoísmo acumulativo. El aldeano hereda la casa con las tierras de cultivo propio. La familia tiene su morada tradicional, adaptada más o menos bien a los usos corrientes y a la pequeña explotación ganadera. Al cambiar de estado civil los hijos que no quedan vinculados al caserío matriz, van a vivir a un caserío distinto, o bien amplían el paterno, cuando no construyen, alquilan o adquieren el que necesitan. De todas maneras, en el reparto de bienes de uso —tan distinto del reparto de bienes de renta o suntuarios— hay modalidades muy variadas. La casa es siempre atribución preferente.

Uno de los mayores inconvenientes del medio rural español está en su soledad, en la botánica aislada de la **ancha y espaciosa España** que dijo un pensador. El agricultor vive generalmente en un pueblo que dista mucho de la tierra o de las tierras que cultiva, en vez de vivir en la tierra misma. En algunas comarcas, el esfuerzo de acudir a lejanos parajes desde el poblado, alejados además estos parajes considerablemente unos de otros, equivale en tiempo inútilmente gastado, en fatiga sin objeto y en faena retardada, a la mitad del rendimiento útil.

La vivienda lugareña está muy lejos de justificar optimismo. El cincuenta por ciento de viviendas carece, no ya de confort, sino de comodidad elemental. La previsión y la limpieza, la mañosa inventiva de labradoras y labradores, el mismo parentesco que tiene en los pueblos normas solidarias y representa un conjunto definido precisamente por su tradición de mutualidad, aun tratándose de grados ale-

jados, los variados recursos de ayuda vecinal para construir casas, la relativa facilidad de tener materiales cerca, etc, son medios favorables para edificar. Si los labradores son un tanto remisos, es porque no andan sobrados y tienen un axioma que dice: «Las obras se hacen con las sobras». Antes de generalizarse el seguro especulativo, tenían aseguradas sus casas y pajares mediante una mutualidad local.

Existe en los pueblos de poco o medio vecindario déficit espacial, sobre todo entre la jornalería. Como en las ciudades grandes. La casa proletaria es en ellas antesala del hospital y del cementerio. La niñez se ahoga allí, se amontona en deplorable promiscuidad, sin sol ni agua, sin medios los padres de utilizar servicios públicos que habrían de estar al alcance de todos.

Los municipios tienen sus cajas abiertas, como los banqueros, explotadores éstos y aquéllos del vecindario para urbanizar los distritos suntuosos, que no carecen de nada.

El alumbrado, el adoquinado, todas las mejoras dependientes del municipio oficial, son fantasías para las barriadas populares. Barcelona, por ejemplo, es millonaria en habitantes, pero es también millonaria en ratas, vehículos de infección que merecieron la más inútil de las ofensivas cuando se organizó bastante antes de 1936 una brigada raticida, incapaz de atajar la progresión de roedores procedentes de focos crecientes. Barcelona tiene agua impura, raquitismo crónico, niñez desvalida, aquejada de estigmas graves y de retraso mental. Cuando leemos una oda ditirámbica como la de Verdaguer dedicada puerilmente a Barcelona, pensamos en las calles viejas del distrito V con sus tabernas sin cuento, en su demografía negra y en el tifus que diezma el censo pobre, como la tuberculosis.

De nada sirve, o de poco, la templanza del clima —siempre relativa y expuesta a retrocesos—. De nada sirven las reformas de Ensanche, alabadas por concejales y partidos que requieren empréstitos para que los ricos vivan mejor y los pobres sigan viviendo peor. De nada sirven los grupos llamados de casas baratas, refugios transitorios y aleatorios de poco fácil acceso, alejados de zonas de presencia obligada y que exigen desembolsos —a veces tan cuantiosos como el alquiler— para locomoción. Sólo cobijan tales casas construídas a base de materiales poco durables, el cinco por mil del censo proletario. Si tienen los trabajadores en ellas los domingos unos rayos baratos de sol —rayos de sol que las empresas constructoras subvencionadas ceden gratuitamente a los inquilinos ateridos y sin carbón en un arranque de generosidad—, están tales inquilinos ex-

puestos a lanzamientos, muchas veces colectivos, a espionaje en épocas de ofensiva gubernativa, a cierta vigilancia xenófoba o de tipo colonial, etc. Y no es raro que en cada casa se cobijen por solidaridad generosa, muchos más habitantes de los que normalmente pueden convivir allí.

De nada sirven normas de higiene ni axiomas de salubridad a la población que vive en centros urbanos densos, bloqueados por necesidades perentorias, sin apenas tiempo para pensar en necesidades de altura. De nada sirve presentir que la holgura de espacio saludable da al cerebro y a la vida perspectivas risueñas. Siempre se impone el hacinamiento, la humedad sombría, la estrechez, el óxido y la ventilación más desapacible.

La rapiña del alquiler ha producido millones de muertes, más que las sentencias ejecutadas, más que las plagas y guerras. El malthusianismo, que tiene aspectos estimables, no cabe discutirlo siquiera cuando nos encontramos con rapaces que vinieron al mundo, fuera por lo que fuera, y se encuentran en plena crisis de crecimiento. Hay que salvar a todo trance las vidas en peligro. El hombre que no se conmueve virilmente viendo la niñez retardada, es un monstruo.

Leemos con frecuencia los más vehementes improperios contra la guerra. Todos aquellos improperios están justificados, y sus autores se quedan cortos, ciertamente. Pero las víctimas del terrible déficit espacial, las víctimas de la vivienda-nicho, exceden en número a las de la guerra. Hay que tenerlo presente en toda exposición de motivos que tienda a aclarar y plantear racionalmente el problema de la vivienda, base del urbanismo y nunca negociado de él.

Un oprobio violento es la renta urbana. Está ligado estrechamente al oprobio del capitalismo. El tráfico de espacio de construcción alcanza proporciones imponentes. «Te acuestas en Boston teniendo unos acres de tierra, y te despiertas millonario» —escribe Henry George, el olvidado animador del impuesto único—. En los países cuya población crece aceleradamente, los especuladores se enriquecen en proporción a la demanda de dólares.

En América dolariana; en zonas de rápida urbanización, como parte de Argelia y Marruecos de control francés, especialmente en Casablanca; en protectorados y mandatos explotados a marchas forzadas; en las ciudades industrializadas; en colonias de tránsito frecuente; en las regiones comerciales de tráfico intenso; en las cuencas auríferas del sur de África y de California; incluso en barriadas urba-

nas circundantes —Madrid y sus satélites, *banlieu* de París, de Lyon, etc.— el trasiego de solares fue el peor de los ejemplos de gangas empalmadas.

Upton Sinclair, autor de *¡Oil!*, de *King Coal* y otras obras aleccionadoras, describe con interpretación objetiva la avidez de los corredores y negociantes de espacio vital en América, la sordidez de los titulares de acciones y la tragedia del obrero emigrado desde Europa a la tierra del dólar. Sueña el emigrado en tener una pequeña vivienda propia en la libre América, y acaba siendo juguete de los traficantes de carne humana. Su casa es su tumba. Ni siquiera tumba propia, sino tumba a plazos.

Se disputan las manos rapaces a los vivos para que mueran a plazos, y luego se disputan a los muertos. Toda la política de Europa gira alrededor de los muertos, que unos partidos disputan a otros. «Somos el partido de los fusilados», dicen los comunistas alborozados en el poder y por el poder en Francia.

La emancipación de los inquilinos ha de ser obra de los inquilinos mismos

El aumento de precio de un solar en proporción geométrica, no se debe siquiera a aportación de capital. El que vende espacio, no desembolsa un sólo céntimo para que el solar aumente con rapidez de valor. El aumento se produce automáticamente porque hay muchas demandas. Estas obedecen a acumulación de habitantes que se riñen por la presa cuando en el país hay movimiento promovido por cauces de riego, caminos nuevos, industrias recien instaladas, afluencia minera, manufacturera, etc.

¿Qué pone en todo ello el traficante de espacio? ¿Cómo contribuye este parásito a la cotización comercial del solar? No contribuye absolutamente con nada. El conjunto, que podríamos llamar social o sociable, produce la afluencia de seres, y éstos la afluencia torrencial de moneda.

Se dio el caso, después de 1888 —fecha ésta de una Exposición de reclamo en Barcelona—, de que muchos usureros se retiraron del negocio porque la compra de solares para Ensanche y la construcción de inmuebles de renta producía interés más subido que la misma usura. Por el mismo tiempo era frecuente el fallecimiento de obreros de la Construcción —sobre todo picapedreros—, extenuados

de fatiga, arruinada la salud por el inhumano trabajo a destajo. Aquella amarga experiencia justificó la jornada más reducida de los picapedreros, y desde principios de siglo la constante ofensiva de la Confederación Nacional del Trabajo en favor de la dignificación del salario y en contra del destajo.

Especula siempre el Estado perfilando nuevos impuestos que gravan la vivienda, cargados al alquiler en aumento vertiginosos, y no la caja del casero. Por más que la ley considere alguna vez intocable —teóricamente— al inquilino en determiandas circunstancias, se trata de una solidaridad interesada, de consuegra o compadre. No se trata de una solidaridad con el inquilino propiamente dicho, sino con el inquilino especulador que exige al sucesor una prima clandestina de traspaso, aunque aquel especulador no tuviera que pagarla por su parte.

El Estado y el casero, como inquilino aprovechado, se valen de la buscadiza de casas. Entre todos ponen a remojo al superviviente de excursiones agotadoras, la mayor parte inútiles cuando se trata de hallar un rincón habitable. El Estado emite una ley gravosa y luego otra más gravosa valiéndose del impuesto. La iniciativa para el alza de éste es lo esencial del Estado, su fuerte, su más contumaz y contudente prerrogativa absolutista, ejecutiva y totalitaria. El casero pretexta el aumento de impuestos para alterar en alza desproporcionada la cuantía del alquiler. El inquilino ávido exige prima por abandonar la casa. El dueño del inmueble pretexta obras para conseguir el desahucio, o alega conveniencias propias de alojamiento. Total: que el inquilino es impotente para alquilar el cuarto, y queda éste en manos privilegidas.

En el mejor caso, si consigue el transeúnte forzoso acomodarse en un cuarto, ha de prescindir de reparaciones por exigibles que sean y hacer frente desesperadamente a aumentos y socaliñas que se le piden por motivos ajenos al alquiler, y que no constan en el resguardo, simple fórmula de estraperlo. Se le piden derechos de vertedero y pago de portería, aunque no la haya. Se trafica hasta con puertas y ventanas, realquiler, transeúntes, serenos y vigilantes. Éstos ha de sostenerlos en buena parte el vecindario y no la Administración.

Los casos de arrendamiento que podríamos llamar patriarcal o de confianza, no existen ya. Cuando existían, el inquilino era teóricamente favorecido nada más. Había de pagar en favores y servicios, mediante prestación personal asidua, un suplemento desproporcionado. La quiebra del servicio doméstico, claramente observada en la

España rural, es uno de los fenómenos más optimistas desde 1920 a 1936. Fue una quiebra debida a la dignificación de las costumbres, a la propaganda en el campo de las ideas emancipadadoras y a la generalización de los oficios femeninos. El patriarcalismo de los pueblos tuvo que prescindir de las criadas cuando éstas se negaron a servir en perpetuo régimen esclavista por ningún precio.

¿Quién gradúa la cuantía de la renta? El casero mismo, sin apelación posible. Cuando no es el casero, por sí y ante sí, como rey absoluto, es la Cámara Urbana, patronal de propietarios que goza de impunidad, normas especiales de favor judicial y procedimientos *standard* para desahucios fulminantes. Cuenta con arquitectos, aparejadores, maestros de obras y otros técnicos favorables generalmente a toda clase de componendas. Cuenta con facilidades para cierto mutualismo hipotecario, moratorias de impuestos y réditos, conciertos con la burocracia bien situada, listas negras de inquilinos tenidos por indeseables, papelería adaptada a los formularios, personal complaciente para tasas y peritajes, etc. Cuenta con políticos y hasta con partidos amigos, cobradores de pelo en pecho y un cuerpo de porteros, representantes policíacos de la propiedad y espías de los Comisariados del llamado Orden Público.

¿Quién reajusta el alquiler a una renta equivalente, por ejemplo, a la de valores industriales o papel del Estado?

Éste amillara la riqueza urbana para los impuestos, pero no para los alquileres. Hace el inventario preciso de los edificios —con trampas favorables a los dueños—, pero la renta la fija a su talante el casero. Una casa-renta se compra por cien mil pesetas. El comprador pone a salvo gastos de entretenimiento aunque no los haga, amortización por contribución, y otras pechas; titulación, timbre, arancel notarial, inscripción en el Registro y derechos reales. Carga sobre las cien mil pesetas lo gastado además del precio, cuya cuantía efectiva se ocultaba a veces hasta que el Estado prescindió del precio declarado en la escritura de compraventa para atenerse al valor oficial. Sobre la cifra total, calcula a su gusto el dueño lo que ha de percibir, y no es raro que resulte una carga del veinte y más por ciento limpio sobre las espaldas de los inquilinos. Cada comprador repite la hazaña del anterior y así resulta que va subiendo el precio de los alquileres sin tope posible.

Las hipotecas que se consiguen sobre un edificio a medio construir o apenas iniciada la construcción para ponerlo a renta, gravitan sobre el alquiler de manera tan desorbitada que amortizan el

montante de la hipoteca en pocos años, resultando que la casa se adquiere apenas sin dinero tras el burladero de la hipoteca.

Los Ayuntamientos, con el impuesto de inquilinato, encarecen la vivienda, teniendo interés en que ésta sea cara. Cuanto más cara es la habitación más cobra el Ayuntamiento por inquilinato. De éste quedaban exentos los militares que carecían de pabellones y otras dependencias cuarteleras.

El déficit espacial y el consiguiente tráfico sólo se remedian parcialmente en el campo, no en los pequeños aglomerados rurales. Se remedian parcialmente en el campo, pero en el caserío, no en el conjunto de casas que se agrupan para formar un pueblo. Las casas se apoyan unas en otras. Son ruinas terrosas, verdaderos prodigios de apoyo mutuo de ruinas. En las barriadas obreras de las grandes concentraciones hemos visto muchas casas que también son ruinas prodigiosamente sostenidas. Se advierte con pena allí una chiquillería escuálida que alterna en los juegos callejeros y en la relación diaria con gentes prostibularias y descuideros.

Todas estas consideraciones respecto al tráfico escandaloso de espacio puede ayudar —con otras muchas de sufrimiento general— a establecer la conclusión de que el urbanismo es hoy, en el mejor de los casos, una fantasía veraniega en pleno invierno, un plan ideado por concejales y corredores de gangas, banqueros y técnicos de categoría, en favor de todas las clases, menos de las desheredadas.

En un plan de reconstrucción de España, el problema del urbanismo sería merecedor de actividad y urgencia. No podría resolverse sin empezar por emplear la piqueta demoledora, la tea incendiaria y hasta la aviación, teniendo en cuenta un plan vertebrado y racional de sanidad, renunciando los hombres a la condición de blancos de una trata ejercida por la renta urbana.

Si el Estado fracasó desde el punto de vista equitativo al intentar, no ya resolver, sino plantear el problema de la vivienda, como fracasaron los organismos regionales o locales dependientes del Estado y las ligas de inquilinos; si los núcleos oficiales subalternos se entregaron a arbitristas y banqueros, como el Estado mismo; si las leyes, todas sin excepción, consideran recelosamente al inquilino como enemigo público número uno, especie de guerrillero o francotirador contra el capital de renta urbana después de dedicarle pirámides de ordenanzas y de recluirse en un nicho; si todas las reformas urbanas favorecen únicamente a las clases privilegiadas, habremos

de concluir insistiendo en que la emancipación de los inquilinos ha de ser obra de los inquilinos mismos.

El Municipio libertado y la vivienda sin casero

El hogar se enfría. No es en realidad un hogar. La falta de confort aleja al hombre de su vivienda, nevera en invierno, horno en verano.

La ausencia de confort lleva al hombre banal al bar, al espectáculo banal y al club no menos banal; a la aventura callejera y al chismorreo; a la parada y al festival vulgar; al deporte de taquilla; al casino de partido, que en resolución es un partido de casino, sin más perspectivas que las de tomar café vuelto a cocer. Recuérdese el ambiente de los casinos lerrouxistas. Lo mejor de ellos era el café. Éste, según los propios lerrouxistas, cómplices de los jóvenes bárbaros, resultaba imbebible. Era un café tan recocido y estadizo como la tronada demagogia lerrouxista.

Aléjase de su casa el hombre trivial; aquéllo es un reloj descompuesto, un cromo ahumado, unos retoños pálidos y peor calzados que los carmelitas descalzos, unas camas mal equipadas y tambaleantes, una mujer atareada y doliente a vueltas siempre con la chiquillería. A veces, una suegra gruñona que fuera de su diálogo con el yerno es una malva, una matrona de carácter emoliente.

Huye de casa el cabeza de familia porque hay ruido, pero se acomoda en el bar, donde hay más ruido todavía. En el bar, el ciudadano autosuficiente compone el mundo en quince minutos escasos, dejando descompuesto su reloj. La mujer es más positivista. El cuidado de la prole no admite espera ni descanso, fantasías oratorias, ni sueños bobalicones.

Al hombre banal, autosuficiente y repentista, no se le puede hablar del problema de la vivienda porque no para en ella.

Allá en el cuchitril queda la desdeñada mujer, convencida probablemente de lo que dijo Machado el Bueno:

«En el mar de la mujer,
Pocos naufragan de noche,
Muchos, al amanecer».

El ciudadano autosuficiente sólo va a comer y a dormir a casa. Transita por ella como un sonámbulo al preparar la fiambrera para la jornada y al acostarse. La mujer corre con todo, y resulta que no puede correr con nada, acaparada por pequeñas urgencias y grandes necesidades.

No es la vivienda acogedora. Más bien es aislante. Millones de españoles huyen de casa. Pero huyen por no dejar de ser banales. Se entregan a los rigores de la intemperie y a las delicias de la tertulia en vez de educar al hijo en la velada, en vez de atenuar el infortunio familiar, colaborar con la mujer para subir a los hijos y remediar la triste condición de inquilino casi honorario y vitalicio. No para en casa más que con prisa para abandonarla y endosar los problemas caseros a la mujer.

Estas realidades no pueden ser alteradas por ningún organismo oficial, atento únicamente a producir leyes de golpe y porrazo, quebrantes y estropicios. Sólo puede alterar tan pesarosa realidad el convencimiento de que ya no se puede vivir peor, y el de que todas las cosas, las peores entre ellas, tendrán remedio cuando se comprendan tal como son. Pero aún entonces habrá que ser positivista y activista, sin endosar a las generaciones venideras los asuntos de este tiempo. Decía un político que a los socialistas —tanto rezagados como avanzados— se les podía distinguir en pocos minutos porque siempre hablan en futuro y viven fuera del espacio y del tiempo. Descontando que el opinante se llamaba Clemenceau; descontando que Norman Angell, más inteligente que Clemenceau, probó que los vencedores habían perdido también la guerra del 14; descontando que si Clemenceau ganó la guerra perdió el tiempo, lo cual resulta peor que perder la guerra; descontando que perder el tiempo, según la filosofía pitagórica y según Norman Angell, es un grave accidente imputable a los que creen vivir el presente como guías del pueblo, pero sin llegar a comprender ni un ápice del presente real, ni un rasgo de las muchedumbres de carne y hueso, ni un problema concreto, resulta que Clemenceau perdió la guerra y el tiempo cosas equivalentes, y hasta en gran manera agravantes, respecto al hecho de vivir fuera del tiempo. Sin embargo, hubo muchos titulares de socialismo nominal en 1914 que hicieron caso a Clemenceau el burgués, y no a Jaurès el socialista; a Clemenceau el patriota, y no a Jaurès el entonces internacionalista. No quedó arruinado el socialismo por alistarse cada socialista en el respectivo nacionalismo. Esto fue un efecto. Lo esencial era que el socialismo no

podía claudicar porque no existía; y si los socialistas obedecían a Clemenceau, la cosa estribaba en que no eran socialistas los que se llaman así. Clemenceau se tenía por burgués, y lo era. Los socialistas se tenían por socialistas y no lo eran.

Mucho se habla del porvenir, tal vez demasiado, en los medios sociales que quieren preparar la mejora del presente. Y mucho se habló en sentido futurista a base de repentizar el futuro, de improvisar, de evolucionar, de no reformar, empezando a cortar por lo sano —paradójicamente, puesto que no se trata de cortar por lo sano sino por lo infectado—; pero la verdad es que las grandes hecatombes colectivas se derivan principalmente del descuido en que los hombres tienen la propia existencia, el lar, la prole y la vivienda. La insuficiencia radica en eso, y las insuficiencias se atraen entre sí con tal rapidez que resulta sumamente fácil llamarse socialista sin tener nada de socialista. Las religiones siguieron el mismo camino que el socialismo sufragista. El católico francés degollaba con furia al católico alemán, y el judío alemán al judío francés. La confesión religiosa y el socialismo renegaban de la universalidad. Los judíos franceses se quejaban del probado salvajismo hitleriano que aniquilaba miles de hebreos, pero no recordaban que los judíos franceses habían asesinado en la guerra a los judíos tudescos con tanta ferocidad como Hitler.

La familia laboriosa es, a pesar de todo, distinta de la religión y de la nación. Es una institución voluntaria, solidaria, costumbrista y no legalista. Bien o menos bien, se da a sí misma el régimen que responde mejor a temperamentos y mentalidades de los componentes. Aun contando con la indiferencia preventiva del padre —indiferencia que por fortuna no es general, pues abundan los padres responsables y cuidadosos—, aun contando con la indiferencia del padre o de la madre para plantear bien, con los afines, graves problemas de la vida, que no son exclusivamente privados ni exclusivamente públicos, sino solidarios entre sí, la indiferencia del *pater familias* es la del insatisfecho. El problema de la vivienda le inquieta. Es el que sufre con más continuidad.

No se puede esquivar apartándose de la inmediación. Ni es posible libertarse del alquiler casi nunca construyendo o comprando casa. Sólo las familias obreras bien avenidas, cuyo ingreso total es triple del que corresponde al salario unipersonal, pueden afrontar el azar de procurar casa propia. Los participantes jóvenes, en la compra y en los plazos, han de abandonar la casa muchas veces gravada con

deudas poco menos que irredimibles, dejando su participación extinguida en el inmueble, y encontrándose, a los veinticinco años de edad, con el problema de la vivienda nuevamente en pie al constituir familia, mientras los padres lo han resuelto a medias privándose, por tener casa, de comer, cultivarse y satisfacer otras necesidades elevadas.

El problema de la vivienda cada Municipio puede resolverlo en su término de manera igualitaria y general. Pero se trata del Municipio emancipado del Estado, del Municipio común de vecinos. Común de vecinos como tales, no como electores, no como unidades votantes por ser adherentes a tal o cual partido o secta, sino como individualidades con derecho natural, ilegislable y completo a agruparse para pactar, deliberar, determinar y resolver sobre sus problemas. Para votar en pro de la construcción de una escuela, que pueda edificarse sin necesidad de que haya concejales, no para votar concejales. Para trazar —con las asesorías de rigor— un plan de urbanismo, y realizarlo sin trabas burocráticas ni dilaciones. El urbanismo es un tema eminentemente local. No exclusivamente local de un conjunto local, sino de todas las localidades.

El Municipio emancipado del Estado no es un pequeño Estado, sino una asociación legítima y sociable, natural, de vecinos. Una coincidencia de iguales, gerente de la riqueza del término. No gerente por delegación de sufragio indirecto, sino por mandato expreso, específico, deliberado, elaborado íntegramente sin coacción por los vecinos mismos.

Los gerentes de la cosa pública en el Municipio emancipado del Estado, no son concejales. Son gerentes de sus propios destinos los habitantes de la localidad en Asamblea abierta para nombrar contables, químicos y administradores; es decir, técnicos. La ley electoral está siempre hecha por los partidos, y nunca acordada por los electores.

No hay electores monárquicos ni electores republicanos en un Municipio emancipado del Estado. El viejo Municipio era monárquico y republicano en cuanto a su única expresión, que es coactiva y ejecutiva. El Municipio emancipado con pleno derecho directo, emanante de las individualidades y no de los partidos, que falsifican y suplantan la individualidad, puede intervenir mediante la Asamblea en todo plan de urbanización por mano del conjunto competente destinado a construir, destruir, reparar, decorar o mejorar edificios.

Nadie como el habitante de una localidad puede conocer el déficit espacial de su vivienda y de las viviendas ajenas. Según los principios

elementales de equidad, con eco seguro y comprensión en asambleas que no tienen interés particularista en imponer o tolerar privilegios, el individuo, el grupo social o la familia, determinan con el resto de la población, sin necesidad de contrariar las preferencias de los interesados para contar con una casa de tipo determinado, o construcción adaptada a sus gustos y necesidades.

Creer que los vecinos aspirarán a alojarse en palacios, es una insensatez. Los palacios, las moradas espléndidas no existen en realidad porque las gentes acomodadas disponen de superávit espacial, sino porque tienen a su disposición servidumbre abundante. Cuando quede proscrito el servicio doméstico, residuo vergonzoso de esclavitud; cuando se acredite por elevación y no por depresión el sentido igualitario de la vida; cuando el espacio supérfluo esté vacante de brazos, ¿quién resucitará lo definitivamente muerto? Si nadie puede contar con brazos ajenos, si nadie puede comprarlos ni alquilarlos, ¿cómo sostener un tren de vida en salones inútiles sin visitantes ya ni curiosos; salones que tenían criados para bruñir los muebles, doncellas, mensajeros, lavanderas, cocineras, asistentas, lacayos, mayordomos, jardineros, institutrices, marmitones y muchas otras especies tan inútiles como reverenciales?

Toda esta muchedumbre ha sido, en realidad, un primer sostén de la alta burguesía y de la aristocracia, como de las clases medias enriquecidas y aun de las burocráticas. Lo ha sido más que nada y que nadie. Los servidores ejercerán en el porvenir funciones útiles y no reverenciales. El ornato de los salones, las casas dispuestas para recepciones, fiestas y saraos, la frivolidad solemne y la solemnidad frívola, todas las jornadas de ocio, habrán pasado a mejor vida. La vivienda corriente no será suntuosa, sino limpia, útil, sana, alegre y funcional, sin rigidez de capilla, sin estrechez de camarote y sin pretensiones de Museo.

Con lo que el Municipio tradicional pagaba en cinco años al Estado y a la Diputación sin compensación, es decir, con lo que el Estado y la Diputación desvalijaban, pudo resolverse el problema de la vivienda en los pueblos. El Estado y la burocracia provincial eran incapaces de condonar nada, claro está. Pero de ponerse de acuerdo los vecinos para organizar una huelga de contribuyentes, gastando en construcciones lo que se les exigía para mantener oficinistas, el Estado y la Diputación hubieran caído en entredicho, y hubieran desaparecido las habitaciones semejantes a pocilgas. Incluso muchos trabajadores del medio rural no se habrían separado de él.

De la misma manera puede calcularse que a la vuelta de cinco generaciones, lo que se paga por transmisión de dominio al Estado y a sus fieles edecanes, tales como escribanos, jueces, notarios, registradores y cancerberos del timbre, equivale al precio total de las tierras y edificios de toda España si se añade la capitalización representada por el impuesto. Aun dentro del régimen capitalista resulta que el Estado se lo traga todo, y que si una finca urbana que vale un millón cambia de manos cinco veces, el Estado se la engulle, aunque sea de cemento armado. Si los derechos reales por transmisión de bienes se hubieran pagado en tierra o fincas urbanas, y estas fincas urbanas, como las rústicas, hubieran quedado afectas a un servicio de utilidad o cultivo común sin apropiación privada, sería comunal hoy toda la tierra de España. El Estado es el verdadero, el auténtico monstruo. Transigir con él es condenarse a eterna parálisis.

Pretender que el ciudadano mal alojado, acostumbrado a vivir en pésimas condiciones, ha de apetecer de repente un palacio, cuando precisamente hayan caducado los palacios y los palaciegos, es un argumento manicomial. Más que nada es sentirse incapaz de dignidad. Si en vez de reglamentar los Sindicatos urbanos del servicio doméstico —cosa que a los que disponen de criados a su antojo, sindicados o no, les tiene sin cuidado— propagan a rajatabla la supresión de servidumbre, como se hizo en muchos pueblos rurales que no tenían Sindicato, el sentido reverencial, que es un estigma inferior, recibe un golpe de gracia y las casas se convierten en almacenes de telarañas, como los aposentos suntuosos en gallineros. Esto pudo ocurrir en régimen de propiedad privada. La huelga total del servicio doméstico hubiera dejado en la calle a los privilegiados con sus loros, perros, gatos y cotorras.

El Municipio emancipado tal como se bosqueja en los textos de la Confederación Nacional del Trabajo en su Congreso de Zaragoza (mayo de 1936), el Municipio desligado del Estado y su enterrador, es la célula básica de convivencia. Todas las necesidades vecinales son menos perentorias que vivir decorosamente. Cuando después del 19 de julio de 1936 tantos y tantos titulados antifascistas ocuparon casas suntuosas y cargos de favor —que eran cargas para el resto de los españoles—, no era difícil predecir que la más plebeya manía de grandezas rebajaría la causa que se debatía contra el troglodita Franco y vincularía a los sillones mentalidades sin evolucionar, encuadradas en una patanería similar al franquismo, que no es más

que la patanería endiosada por el terror. Aquella rebatiña de casas condales y ducales fue la piedra de toque de muchos pretendidos idealistas, contagiados desde entonces por la inutilidad de los salones. Se puede y se debe aspirar a vivir bien, pero no a costa de los que viven mal.

La capacidad de iniciativa y resolución para entender en el problema de la vivienda, no puede residir más que en el conjunto popular, cuya expresión está en la Asamblea local. El nervio de un organismo obrero es su Federación Local. El nervio de la venidera convivencia es el núcleo local, su Municipio emancipado y autónomo, federado con otros.

Todo lo que en tal régimen de libertad se puede conseguir y mejorar, es más fácil y práctico que divagar. La guerra ha destruido millones de viviendas. La reconstrucción será un oprobio. En primer lugar, porque los que no carecen de casa, calculan que la reconstrucción durará medio siglo. En segundo lugar, porque en el complejo de la reconstrucción habrá pequeños y grandes empresarios de gangas, que ya trabajaban o hacían trabajar para los alemanes. En tercer lugar, porque el arte de la barraca florecerá como nunca. En cuarto lugar, porque la habitación será cada día más cara, cuando se encuentre. En quinto lugar, porque la reconstrucción se hará a base de enjugar gastos con los alquileres, sea quien sea el que pague salarios y materiales. En sexto lugar, porque a pesar de tantos complejos obreros, no tendrán éstos derecho a tomar obras por contrata sin empresa. En séptimo lugar, porque el régimen de salarios seguirá en constante desproporción con los precios del pan y de otros artículos de primera necesidad.

Las muchedumbres seguirán votando para tener concejales, aunque no tengan pan. Seguirán votando para tener diputados, aunque no tengan casa. Y si un día se municipaliza la vivienda, como se hizo en España en algunas localidades desde 1936 a 1939, sin más estilo ni plan que el recaudatorio, se habrá dado quince y raya a los caseros. Expropiarles los inmuebles está bien, pero sin reducir a moneda lo que sólo los inquilinos pueden determinar, no los alcaldes nombrados más o menos de real orden. Si los partidos y las organizaciones obreras se ponen de acuerdo para repartirse alcaldías y concejalías, lo que hacen es entronizar una dictadura recaudatoria.

Un Sindicato de Construcción produce la quiebra de un Banco

Un Sindicato de Construcción de la Confederación Nacional del Trabajo. Entre represión y represión, se estudia lo primordial de la vida. Época: 1922. Sindicato nutrido: quince mil adherentes. Todos viven en casas malas y caras, casas de alquiler.

Como conocen su oficio, pueden tasar un inmueble y calcular el interés que obtiene el propietario. El albañil, el peón, el yesero, el picapedrero, el decorador, el ladrillero, todas las ramas de la Edificación están en el Sindicato.

Más que la Hacienda, los constructores pueden saber lo que vale una casa como surtidor de renta. Hacen números. Aquel albañil paga tanto y más cuanto de alquiler. El resto de inquilinos paga tanto. Se sabe, pues, lo que da una casa. Deducidos impuestos —y poco más porque las reparaciones son ilusorias cuando no las hace el inquilino por su cuenta— queda un producto neto en moneda. La renta urbana líquida resulta que oscila entre el veinte y el treinta por ciento.

Cuando el procurador llega a cobrar por meses o trimestres anticipados a los domicilios de sus víctimas, el titular del contrato dice poco más o menos:

«Hasta ahora pagué cuando pude. Cuando no pude, me hicieron pagar. Recuerdo que alguna vez tuve que empeñar las sábanas; pagaba una renta exagerada. El valor de este inmueble es tal y el dueño me cobra el veinticinco por ciento por cien. Lo justo sería que el dueño me devolviera lo cobrado de más. Hay casas que son propiedad indivisa de los inquilinos, pero yo no puedo aspirar a poseer una casa con otros ni solo. Si he de someterme al alquiler, no piensen que me someta a la usura. Me hacen vivir en un piso que no tiene presentación ni condiciones higiénicas. Es preciso hacer una novación, una reforma de contrato, ajustando el alquiler al seis por ciento. Si el propietario se aviene a la rebaja, pagaré. Si no se aviene, dejaré de pagar. Y dejarán de pagar quince mil inquilinos. De acuerdo estamos todos».

El procurador queda electrocutado y regresa a la oficina de origen para explicar la novedad. El casero visita a otros compadres que se dedican al mismo negocio. ¡Quince mil desahucios en puerta! No hay chupatintas capaces de despacharlos, no hay jueces para tanto.

Un movimiento de libertad desarticula la ley de Enjuiciamiento, les Procedimientos y hasta los tornillos de la balanza de Temis.

Los caseros no están dispuestos a transigir. La intransigencia propaga la huelga de inquilinos, con lo que se paraliza la provisión de cuentas corrientes en el Banco que guarda los caudales de la renta urbana.

Sabido es que los Bancos invierten el montante de las cuentas corrientes en negocios transeúntes, repetidos y muy lucrativos como descuento de efectos comerciales, verdadero peso fuerte de las operaciones bancarias. El comercio es incapaz de organizar cooperativamente ni siquiera el descuento de las letras de cambio, que por parte de los Bancos representa poner el dinero ajeno, el de las cuentas corrientes y depósitos, a más del cien por cien anual.

Al fallar los ingresos de la riqueza urbana un mes y otro, la caja del Banco va marcando un vaivén, una sospechosa y creciente inestabilidad. Se intentan algunos desahucios por falta de pago. Desahucios que son como sondeos para atisbar la reacción entre los inquilinos. Pero el inquilino desahuciado cuenta con quince mil hombres que apoyan su posición. Los muebles lanzados a la calle vuelven a la habitación.

Se organiza la resistencia por barriadas. Cada una de éstas tiene grupos volantes como núcleos antitanquistas. Contra el tanque casi sollozante que es el alguacil, los grupo tienen poca tarea. Cesan los desahucios.

Al Banco se le van soltando las patas. La Cámara Urbana tiene un ambiente de funeraria. El personal del Juzgado está en la posición de Garibay —ni sube, ni baja, ni está quedo— y temblando. ¿Qué ocurrirá si se intentan quince mil desahucios? La policía, los tricornios, los bomberos, la guarnición entera con cañones y todo, la caballería y hasta los zapadores no bastarán para afrontar el caso de un desahucio total y frontal. Si los desahucios se hacen por entregas con los plazos y requisitos consignados en la ley, habrá que emplear medio siglo en la tramitación.

El Banco, especializado en guardar dinero de los caseros, no puede con sus trampas. Los demás Bancos se llamarán Andana, otro personaje de la mitología costumbrista, compinche del capitán Araña y de Villadiego. Los Bancos rivales descuentan el naufragio del Banco de los caseros y especulan para atraerse nueva clientela.

La crisis del Banco que hace aguas, va en aumento. ¡Qué huelga de inquilinos! Resultaba que los obreros habían sostenido un Ban-

co en plena prosperidad, y que el Banco —esa catedral de la dialéctica socialista— se hundía por acción de unos millares de desarrapados, sin entronque con las profecías de Marx. El movimiento de protesta podía repercutir en la clase media y provocar una verdadera catástrofe.

El Banco cayó finalmente de bruces en el suelo, con la caja vacía y el resuello cortado. Los consejeros quedaron en mansa agonía. Cesó la compra-venta de inmuebles. La gente del Juzgado quedó masticando balduque, chupando tampones color violeta y hasta papel secante por enjuto que estuviera.

No se generalizó el movimiento de resistencia por abulia inexplicable. Probablemente porque no contó la Construcción con otros Sindicatos, excesivamente ocupados en amontonar literatura deliberante. Pero el Banco no resucitó ya.

Ultino grito del Urbanismo: La casa desmontable de acero. Urbanismo de postguerra: La Barraca

Los gobernantes ingleses en plena guerra —la última, la atómica— idearon la manera de entretener a los pacientes súbditos, haciendo construir una casa desmontable y acerada.

La vivienda desmontable recibió el nombre de Casa Churchill. Se tuvo la ocurrencia de ofrecer a la pública curiosidad una casa completa, dispuesta inmediatamente... para visitarla.

Una casa más cara que un automóvil. Sólo los ricos, no carentes por cierto de casa, podían comprarla. Fue una irrisión.

Tenía la casa un solo piso, y contaba con salón, cocina, comedor, dos departamentos más y cuarto de baño. Estaba concebida por obra y gracia de Churchill como mansión provisional destinada a las parejas recién casadas.

Se había construido casi enteramnete en acero. Era como una casa blindada con algo de madera para techo y rellenos. Según los gobernantes, se podía construir como un automóvil. La cocina y el cuarto de baño formaban un solo departamento en acero, conteniendo la bañera, el water y el vertedero o fregadera.

El agua podía tenerse mediante un dispositivo eléctrico. No faltaba el correspondiente horno ni la correspondiente nevera. Muchos estantes.

Desde el momento en que fue solemnemente abierta la casa a la curiosidad general, surgieron las más incisivas críticas. Arquitectos y profanos echaron a vuelo las campanas del humor.

Se decía oficialmente que aquella casa acerada y desmontable era un hallazgo de la técnica nueva, un alarde de construcción original, que se utilizaban los recursos de las industrias metalúrgicas para resolver la terrible pesadilla de la falta de habitación, que la construcción en serie la abarataría, etc. En realidad, no podía adquirirse ni siquiera por la mayoría de parejas dispuestas a unirse mediante el consabido y más o menos indisoluble lazo.

Había que contar con el solar para la casa de acero. Había que desembolsar muchas libras —si el solar quedaba aislado y por consiguiente resultaba relativamente barato— en empalme de servicios convenientes como agua, luz, etc. Y si se situaba la casa en lugar relativamente céntrico, el solar resultaba muy caro. Si se construyen muchas casas como autos agrandados, en definitiva, sólo pueden adquirirlas los adinerados. Ofrecer casas por el estilo equivale ofrecer un pavo trufado a quien no puede pagar una tortilla de medio huevo.

¿No sería más fácil distribuir el espacio muerto de cuarteles, palacios y hoteles entre los que no tienen casa? Aquella distribución remediaría la general angustia y haría más llevadera la situación de los expuestos a las inclemencias del clima.

No es una novedad la casa desmontable. Hemos visto en Inglaterra trenes de lujo, trenes-flechas de turismo, espléndidos coches-dormitorio que seguramente están vacantes o mal empleados, rebosantes de comodidades supérfluas, cuando tantos millones de seres carecen de lo indispensable. Hemos visto casas con ruedas (en los parques de feria), casas que dan envidia con sus dependencias reducidas, pero prácticas. Y hemos visto, como internados en campos de concentración, las más extrañas barracas de madera o mampostería sumaria. En el período de reconstrucción vemos toda una arquitectura de la barraca a precio exorbitante, aunque no pasaría por la prueba de unos cuantos aguaceros.

En los países dotados de madera abundante —Canadá, Escandinavia, Landas del Suroeste francés, zonas tropicales etc—, la casa de madera apropiada está todavía sin metodizar, aunque cuenta muchas veces con existencia secular adaptada al clima. En áreas industrializadas de Europa y América, las colonias de obreros transeúntes se cobijan en barracas de madera hasta que las obras se

dan por terminadas: saltos de agua, acueductos, pantanos, puentes, etc. Tales colonias de barracas no se apartan del estilo, y apenas del régimen de colonias penitenciarias. La barraca es una herencia de los campos de concentración y de la guerra. Europa se ha convertido en barracas y ruinas.

Tendencias del urbanismo socializado

El urbanismo, es decir, la urbe —grande o pequeña— no puede tener un plan normativo cerrado, como no puede tenerlo tampoco la calle ni la morada. Estos problemas se relacionan con infinitos aspectos de la vida, especialmente con la circulación y las migraciones, periódicas o no; con las facilidades de provisión de agua y otros servicios, el carácter sedentario o nómada de los habitantes de una ciudad o de una aldea, su mentalidad y costumbres, el trabajo habitual, la higiene moderna, la calidad de las actividades, etc.

Pero no estará de más anotar un repertorio de sugestiones evidentes de cara a la socialización del urbanismo ideal, que nada tiene de ilusorio ni utópico. En esencia, los avances del urbanismo están conseguidos ya en todo el mundo, realizados y utilizados, aunque por minorías privilegiadas. ¿Es tan difícil conseguir para todos lo conseguido por algunos? ¿Por qué los trabajadores que lo construyen todo —palacios y chozas— no han de contar para ellos con una morada que no sea palacio ni choza, con una inmediación de perspectivas razonables, con edificios para la cultura y el solaz?

Recientemente se supo que la escasez de viviendas en Londres determinó, por parte del elemento popular, una ocupación de hoteles, una expropiación de espacio en mansiones desocupadas de mucha capacidad.

El movimiento de los *squatters* tuvo arranque espontáneo, pero cayó en la órbita de un partido: el comunista. Así nos lo dijo un compañero redactor de la revista *Direct Action*, de Londres. Desde el momento que cualquier movimiento popular queda controlado por un partido, camina hacia el descrédito y hacia la ineficacia.

El partido comunista, no ciertamente denso en Inglaterra, tiene interés en suscitar problemas a los gobernantes, con los cuales está en buenas relaciones. Problemas en los que cuenta primordialmente el interés de partido, no el interés popular. Los comunistas ingleses están en completa disidencia con el laborismo gobernante a causa de

las crisis agudas que despiertan y avivan los problemas de la postguerra, acentuando a diario luchas y conflictos que sitúan a todos los partidos comunistas del planeta, unidos a la U.R.S.S. contra el mundo anglosajón oficial. Los comunistas ingleses vieron en acción a los *squatters*, que no son comunistas, y por oportunismo se aprovecharon de la acción de los *squatters*.

Éstos querían resolver por acción directa el problema angustioso de la falta de viviendas, y esperaban lógicamente el apoyo general. No les llegó el apoyo general, sino el particular, el partidista, el interesado en crear problemas y no en resolverlos, mucho menos por acción directa.

Todo partido cotiza un movimiento que no promueve para adjudicarse bazas de favor en tres puntos inseparables de la estrategia política, huérfana de motivos de altura:

Punto 1º: Reclutar adeptos que no se tienen, aunque más tarde se alejen aburridos.

Punto 2º: Dirigir el movimiento para que no se desborde más allá de una consigna determinada.

Punto 3º: Al llevar la voz cantante del movimiento que tiende a alojar a los que carecen de casa —no a nutrir el censo de un partido—, el líder político se presenta ante los gobernantes como el mandatario de una aspiración determinada, y negocia con ventaja para que el laborismo en el poder ceda en otros puntos de la colisión latente entre laboristas y comunistas, con lo que el movimiento queda paralizado y amortizado.

Aunque el laborismo pueda estar en el secreto de todas las maniobras, cede para librarse del conflicto, resultando, en definitiva, que los gobernantes quedan sosegados cuando empezaban a no estarlo; que los comunistas cazan unas docenas de adherentes poco estables, y que los ingenuos *squatters* han de dormir debajo de un puente o en una bodega.

El problema de la vivienda no está resuelto en Rusia. ¿Cómo es posible que los comunistas británicos, aliados de Hitler antes de generalizarse la guerra, como aliados de todos los comunistas del mundo, y aliados de Churchill, como de la banca del dólar en la

guerra, vean con buenos ojos que unos centenares de *squatters* intentan resolver directamente el caso de la falta de viviendas?

En la localidad de Zeverscappel, en Flandes, un matrimonio joven ocupó una casa vacante. La mujer estaba en meses mayores. Tenía la pareja, además, un hijo de dos años. Carecía la familia de hogar, y se lo procuró. Intrigado el propietario al ver que salía humo por la chimenea de la casa, averiguó que estaba ocupada, y aceptó el hecho consumado. Naturalmente, tuvo favorable opinión popular.

Otro caso típico se dio en la región de Nancy. Cierta familia abandonó su domicilio de Vandoeuvre y se trasladó al Mediodía de Francia en tiempos de la ocupación alemana. En el Mediodía, se entregó la familia al movimiento de la resistencia, siendo deportados por la Gestapo dos familiares. Como la familia había alquilado su casa de Vandoeuvre a condición de recuperarla al regreso, instó al inquilino al momento de regresar para que la desalojara el nuevo ocupante, según la cláusula correspondiente del convenio. El juez dio la razón al inquilino, y la familia resistente se quedó sin casa. Pero un grupo de ex deportados intervino contra la sentencia del juez y —detalle curioso—, con ayuda de cuatro alemanes, pusieron entre todos los muebles del intruso en la calle. Se llevaron después los muebles a una casa vacante del barrio, y se pagó el alquiler de un mes adelantado. La familia resistente se instaló en la casa, apoyada por la población, no por el juez.

Si en Europa y fuera de Europa cundiera el movimiento reivindicador de moradas desocupadas y de moradas ocupadas ostentosamente, podría iniciarse una Era de revolución justiciera.

Gran parte de la clase acomodada abandonó la vivienda ciudadana a causa de los azares de la guerra y también por la inseguridad del régimen político, inestable y tornadizo, en opinión de aquella clase acomodada. Viaja ésta intentando revalorizar el turismo, aunque sea de onda corta y con más dificultades que antes de la guerra, dificultades que puede soportar la incapacidad adquisitiva de la moneda para comprar placeres a pesar de todo, o instalarse en fincas propias en el campo, hoteles, balnearios o pensiones de provincia.

Este absentismo es un hecho muy repetido en ciudades grandes, que tienen millares de departamentos cerrados, mientras el elemento popular no halla cobijo y la hotelería aumenta constantemente

las tarifas, como el servicio ferroviario y los comedores, cuyos dueños han conseguido tener servidores sin pagar, endosando la retribución a la propina forzosa.

A pesar de la carestía de los viajes y la incomodidad del material rodante, chatarra de la guerra, la circulación ferroviaria y la del motor de explosión son densas como nunca. Los desplazamientos son frecuentes, no sólo porque se vive lejos del lugar de trabajo, y los víveres escasean y hay que buscarlos en el campo, sino porque las diversiones y la política espectacular, con el deporte, acaparan el tráfico de viajeros, probablemente más que ningún otro renglón de la vida. Los clientes del tránsito incómodo son hoy más que nunca, en número, pertenecientes a las clases populares. Las clases acomodadas viajan ahora también más que nunca. Parece que la manía viajera refleja la inestabilidad de las instituciones, el vaivén furioso de la moneda en baja, los cambios pendulares de fortuna del rico advenedizo, expuesto a alternativas extremistas, la banalidad ultramovediza del espectáculo y los altibajos de la política. Ésta no tiene variantes de fondo, pero alcanza una confusión, un escándalo y un nerviosismo demencial en la superficie.

En el ajetreo del mundo, la casa no es lo de menos, si bien hay muchos ciudadanos que viven en el tren. Aunque tengan que viajar de pie en el pasillo, emprenden viajes y más viajes, cargados de maletas y proyectos. ¿Fracasa un proyecto? Es igual. El viaje ya está hecho. Siempre queda el alivio de volver a viajar. Hemos conocido refugiados sin casa ni hogar que iban a París desde Marsella a buscar unos cientos de francos para volver a Marsella.

Hay como una serie de obsesiones que hacen vibrar al viajero fugitivo de sí mismo; una serie de planes confusos, pero fuertemente motores de nomadismo y proyectismo. Ante la taquilla de la estación, el cazador, el pescador de caña, el excursionista, el proyectista, el viajero de vocación, están predispuestos a constituir con sus iguales un club ambulante. Contrastan las grandes fachadas y sus balcones cerrados, los patios medio palaciegos, medio conventuales, con la algazara de cruces y lugares estratégicos. La burguesía sigue sus recelosas vacaciones, y guarda la casa cerrada. El torbellino callejero convierte la ciudad en un cuerpo paralítico en los extremos, pletórico en el centro. Casi puede decirse que la casa moderna es un dormitorio con cazuelas, o una cocina con camas decadentes.

Hay muchas particularidades de la circulación y del urbanismo que conviene subrayar como exponentes de nuestro tiempo; tan cargado y recargado de angustias, que la parte anecdótica de ellas parece una burla desplazada. No por bromear, sino para anotar que el humor recurre a todos los medios ingeniosos de expresión en demanda de comprensión y asistencia, recordaremos unos hechos recientes:

En un diario de Nueva York se lee este anuncio: «Siempre me dijo mi madre que me casara por amor. En Washington se me aconseja que me case para hallar una vivienda. Entre los lectores habrá sin duda quien apruebe el consejo de mi madre. Así, pues, el que tenga casa disponible con cuarto de baño, etc. escriba a mi nombre, tal y tal, calle tal».

Otro anuncio americano: «Bebé de 18 meses busca casa para él y los padres, desmovilizados ambos al terminar la guerra. Sólo puedo ver a mis padres un rato cada domingo. Ruego que no contesten a mi petición más que los adultos que hayan sido bebés alguna vez...»

Signo de época atolondrada: En Kansas City, un jurista propone que se suprima el procedimiento de divorcio en vista de las muchas parejas que acuden a los tribunales con sus discordias. Sugiere que al concederse la licencia de matrimonio se marque en el documento un cupón llamado de divorcio para desprenderlo en caso de separación, equiparable a pérdida de casa para uno de los consortes.

Otros hechos: Los *squatters*, veteranos de la guerra en Norteamérica, invaden el Senado. Lo abandonan cuando se les promete resolver la crisis de alojamiento. No la resolverá el Senado. En Francia, las primas de traspaso equivalen a veces al cincuenta por ciento del alquiler, capitalizado al cinco por ciento. Los enlaces matrimoniales están paralizados por falta de habitación. En Marsella, los *squatters* ocupan una residencia de campo en octubre de 1946. En Suecia se ha resuelto con escasa garantía el problema del alojamiento, sobre todo en la capital y en su extrarradio, construyéndose casas en 1946 para un cuarenta por ciento de población —sobre el censo de veinte años atrás—, acumulada en Estocolmo. El Estado ha querido ser prestamista de capital para construcción, precisamente en épocas de paro, protegido por el Estado mismo y los Municipios para emplear dinero con rendimiento alto, encareciendo la vivienda.

Una empresa privada de Nueva York trata de utilizar veinticinco hectáreas de terreno —las que se emplearon para la gran exposición de 1939—, construyendo ahora un conjunto de almacenes,

teatros, cines, guarderías de niños y edificios de parecido destino, con aceras movibles cubiertas y completo confort. Mientras el número de tuberculosos aumenta por vivienda insalubre, la entidad constructora a que nos referimos invertirá dos mil millones de dólares en una ciudad miniatura sin viviendas cerca de Nueva York.

Los patronos de Roubaix-Tourcoing y los Municipios interesados, de acuerdo con las organizaciones obreras, intentan resolver el problema de la habitación popular a base de descuentos sobre la vida de los trabajadores. En septiembre de 1946, el importe de los salarios ascendió en Roubaix-Tourcoing a seiscientos millones. El Estado tratará de instituir un sistema de pensiones para adquirir el operario vivienda o derecho a ella mediante descuento o prestidigitación previa del jornal, resultando que los obreros tendrán casa cuando se impongan sacrificios para pagarla, lo cual no es una novedad. No lo es que los patronos tengan casas confortables sin imponerse ningún sacrificio.

Como en Francia destruyó la guerra mucho más de un millón de casas, un ingeniero, M. Prigent, ex deportado político, concibió una casa modélica que el Ministerio de la Reconstrucción hizo edificar en Binec. Casa de perfecta solidez, con mínimo riesgo de incendio, material duro y no semiduro, como en los países anglosajones. La relativa originalidad consiste en que la piedra hueca de 40 x 32 x 32 centímetros, fabricada en serie con residuos de caolín o arcilla blanca y cuarzo, sirve de cavidad recipiente a la masa de cemento. La casa es una maravilla ministerial que vale setenta y cinco mil francos. Los franceses que pueden adquirir la casa, si son ricos, ya la tienen mejor. Y los que no puedan adquirirla, tendrán que dejarla forzosamente para que los políticos la regalen a sus burócratas en favor de las listas electorales.

No faltan las ideas excéntricas en los planes de urbanismo. En América nació la iniciativa de construir casas en serie, como los aviones o los autos. Hay casas redondeadas de aluminio, parecidas al *iglo* o cueva esquimal; casas suspendidas de un mastil; casas de dormir sin otro destino; casas para despachos, para cocinas, como en todo el mundo. Curiosas novedades se han lanzado a la avidez general. Las casas ambulantes que vemos en circos y ferias con departamentos parecidos a camarotes, tienen aspecto práctico. Encierran, tal vez en gérmen, ya que no la casa del porvenir, una modalidad de ella cuando el nomadismo sea algo más que motivo de feria o circo y se emplee en menesteres de elevación cultural, en

cosas útiles, sencillas y favorables a la casa, más en contacto con el paisaje y lejos de la necesaria descongestión urbana.

La expansión de libros, el teatro educador, la misma pintura y el excursionismo, pueden tener realizaciones sugestivas sirviéndose de la casa ambulante.

Como complemento de estas notas, copiamos un pequeño trabajo, y no procedente por cierto de pluma subversiva, sino conservadora y ultramoderada, sobre aspectos salientes del Municipio madrileño en 1892. Bien puede aplicarse la crítica de Kasabal a los Municipios sucesivos. He aquí el texto:

«¿Qué ha de hacer este desdichado Ayuntamiento de la coronada villa, divorciado de la opinión pública, desconceptuado en el ánimo de las personas formales, acribillado de deudas, desentendido de sus obligaciones, en cuyas manos las rentas municipales bajan y los escándalos aumentan hasta el punto de hacer necesaria la intervención gubernativa?... Todo ésto no sólo demuestra lo que era el Municipio, sino lo que eran los partidos políticos, pues todos y cada uno de los concejales pertenecían a la plana mayor de los partidos, y eran candidatos de los partidos. En cuanto se han colocado en la entrada del Prado las estatuas de yeso de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Francisco Rodríguez de Madrid y de Lope de Vega, ha comenzado a caer sobre ellas una copiosa lluvia que las ha puesto en estado deplorable. Sólo a nuestros ediles se les puede ocurrir idea tan desdichada como la de colocar a la intemperie estatuas de yeso cuando comienza el mal tiempo. Se dirige el Municipio a la prensa y ésta, como si temiera el contagio, se apresura a decir que no quiere nada con el Municipio. Vuelve los ojos al comercio y a la industria para que los gremios le ayuden, y éstos le contestan que más le valdría administrar mejor. Pide a la Intendencia arneses y caballos que necesita para la cabalgata que proyecta, y la Intendencia se niega, temerosa de que vaya a las manos del Municipio lo que con tanto cuidado guarda. Se dirige a las autoridades militares en demanda de socorro, y éstas se lo niegan terminantemente. Y no sabiendo donde volver los angustiados ojos, se dirige a las empresas funerarias y ni aun los que conducen a los muertos quieren hacer nada con ese cadáver insepulto que se llama el Municipio madrileño». —Kasabal. *La Ilustración Ibérica*, Barcelona, 29 octubre, 1892—.

Sugestiones sobre el urbanismo

Peligros de la calle

No pueden esquivarse los peligros de la calle debidos a la plétora circulatoria más que descongestionando la circulación. Hemos tenido muchas conversaciones con transportistas de vehículos a motor de explosión. Entre todos nos han facilitado abundante documentación sobre el viandante distraído. Desde la infancia a la senectud, el viandante es típicamente distraído. El chófer no deja de serlo, aunque en menos proporción. Lo es tanto a veces que en algún accidente de consecuencias graves, el chófer pretende demostrar que el viandante se proponía atropellar al coche. Cierto humorista inglés explica que al atravesar una encrucijada de circulación densa quería seguir leyendo. Para ello se situaba detrás de un peatón aparentemente avispado y seguro de sus pasos. El humorista seguía al peatón, endosando a éste la seguridad de los dos. Pero dio el humorista con cierto guía tan distraído como él, y cayeron ambos bajo las ruedas de un camión, que los dejó lisiados para siempre. Otro peligro de la calle es la ocupación de aceras por tertulias; la falta de cumplimiento de una precaución tan elemental como la de seguir cada cual su derecha; el polvo y los tenderetes y veladores interpuestos en el espacio que habría de ser libre, puesto que el Municipio no puede alquilar la calle que es de todos. La calle no es un club. Sólo ha llegado a serlo, lamentablemente, cuando el club se ha convertido en mentidero callejero. Los servicios de tranvía y autobús son deficientes casi siempre a causa de la penuria de vehículos, creando, con la velocidad obligada, peligros que las empresas no quieren superar. Por ello aumenta la peligrosidad en las horas de mucha circulación.

El conjunto urbano y su paisaje inmediato

El urbanismo racional no ofrece apenas transición sensible entre el bloque urbano y el campo. El bloque urbano tiene inmediación verde. La clave está en el transporte bien organizado, que acorta distancias sin gran menoscabo de tiempo, con regularidad cronometrada en la frecuencia de paso, y alterando aquella frecuencia en horas de prisa. Los reglamentos de circulación serán siempre inoperantes si en los servicios no tienen efectiva intervención

viandantes y transportistas, infinitamente mejor informados que los concejales para regular la circulación y evitar embotellamientos.

Circunvalación

Las avenidas o rondas de circunvalación responden a la necesidad de itinerarios previstos, divididos en trayectos para unir pequeños núcleos de afluencia ajenos al centro. La circunvalación puede ser única o no, pero siempre calculada a base de necesidades crecientes en la periferia de la urbe y con independencia de las actividades congestivas evitadas en el nuevo urbanismo por conjuntos desgajados con vida propia y circulación normal, también propia.

Confort térmico, verano temperado

Estas conveniencias proceden del privilegio de clases bien provistas de defensas contra el frío y el calor. Pero en el urbanismo racional que preconizamos, se alcanzarían mejoras evidentes con generalidad y eficacia. El baño diario y el contacto con la intemperie suprimen mucha impedimenta térmica, como la suprimen las construcciones adecuadas contra los cambios bruscos, el empleo de materias aislantes de humedad o calor, y el cobijo de albañil mampostero, no de sastre contra corrientes coladas. En los países tropicales, el calor excesivo puede evitarse con procedimientos modernos dosificadores del aire a presión o no, más que con ventiladores y frigoríficos. De todas suertes, la sanidad de las viviendas ha de tenerse en cuenta más que nunca en el momento de la construcción. El agua caliente puede proceder de depósitos vecinales, más que caseros. La ventilación es una necesidad y no un lujo. Las temperaturas extremas provocadas no dejan de ser peligrosas, y dan tantos contingentes de enfermos como las extremas naturales.

Cementerios

Los cementerios son verdaderos pegotes en las afueras de los pueblos y ciudades. En ninguna parte como en los cementerios está presente la vanidad y la escenografía tronada. El pudridero inmundo que es el cementerio no tiene defensa más que en la mística egipcia, heredada por la mística vaticanista que proscribe el horno crematorio porque a quemar cadáveres prefirió siempre quemar carne viva.

Estatuas

¿Qué finalidad tienen las estatuas en calles y plazas? Estorbar. Sirven de estorbo. Propagan la vanidad local o regional. Ningún ciudadano, por ilustre que fuera en vida, estaría satisfecho si pudiera verse convertido en perpetuo convidado de piedra, en objeto de curiosidad maligna y bromas pesadas. Pero estaría mucho menos satisfecho si contemplara el concurso de ramplonería que despliegan autoridades y vecinos oficiosos, con timbaleros y heraldos, que parecen sotas de bastos cuando inauguran un monumento de traza babilónica o bien tenoriesca, evocadora de aquel pasillo del cementerio de Zorilla con estatuas y sarcófagos de cartón piedra.

Representa la estatua al patricio insigne, al estadista benemérito, o al guerrero destacado por alguna brutalidad. Pero la verdad es que si en el pueblo hubo un solo patricio insigne, el resto del vecindario no hace más que patentizar su inferioridad al dedicarle una estatua. O bien, si los patricios insignes nacieron en el pueblo sin avisar, como las setas, es injusto y cruel destacar en piedra a un solo patricio. Cada vecino habría de tener su correspondiente estatua.

De todas maneras, la estatuomanía es una irrisión. El personaje de piedra ya era la comidilla de los vecinos cuando molestaba en carne y hueso hasta a los propios allegados y correligionarios. Ya molestaba como el más chabacano de los artistas, el más ladino de los caciques y el más refinado de los usureros.

Que los pájaros y hasta los bípedos implumes conviertan las estatuas en paraderos de toda incontinencia, que llueva y nieve sobre la levita del insigne patricio, son cosas mucho menos grotescas que las comitivas endomingadas y que los discursos solemnemente asmáticos y sincopados que se disparan en el festival de inauguración, entre azucarillos y buñuelos.

Todas las tropelías orales son allí posibles. El escultor no carece a veces de talento, pero cree oportuno ocultarlo, y entrega al pueblo soberano un producto estatuario evocador de la repostería. El ilustre patricio, condenado a perpetuo silencio en el pedestal, no calló en un solo momento de su vida. ¿Por qué no pensar en estatuas parlantes?

Muchas veces presenta la estatua una postura de don Tancredo. Otras veces clama al cielo para que lo saquen de allí. Hay estatuas con sombrero de copa. Las hay sentadas en espera, al parecer, de la llegada de unos compañeros de oficina para jugar al julepe.

Otras veces, la estatua tiende la mano como si quisiera reconciliarse con el ingenuo vecindario, del que se burló constantemente en vida el insigne patricio. En ocasiones, la estatua se parece al vigilante del barrio o a un bravo mozo de cuerda cargado de bultos. No faltan estatuas rodeadas de ondinas, sirenas, figuras guerreras, tambores, cornetas, espadas, oros, copas y bastos, alternando con alegorías de muerte, juicio, infierno y gloria, amén de otras epidemias. En fin, la estatuaria en piedra estaría mucho mejor convertida en adoquines puros y simples que en adoquines con casaca.

El bronce no tiene mejor condición representativa ni mejor destino. En el urbanismo es como la hojalata; envase de figurones cuyo único acierto consistió en morirse, aunque tarde.

Arcos y Obeliscos

El arco procede de la maciza y sádica Roma triunfal. El obelisco, del funerario Egipto. Son elementos decorativos dedicados a la posteridad tolerante.

Si contemplamos desde la parte alta del paseo barcelonés de San Juan el llamado Arco del Triunfo, por debajo de éste veremos el obelisco dedicado al alcalde Rius y Taulet. La perspectiva reproduce el Arco de la Estrella de París y el Obelisco que Napoleón se llevó de Egipto, de la misma manera que el monumento a Colón reproduce en el puerto de Barcelona el de Nelson en Trafalgar Square de Londres. Todo el monumentalismo imperial del primer Napoleón es romano. Los arcos triunfales de Napoleón carecen de sentido. La pretendida gloria bonapartista tuvo un final parecido al del rosario de la Aurora. Napoleón arruinó a Francia. Los franceses le dedicaron monumentos y arcos. Es como si un padre de familia arruina a los hijos, y éstos le dedican un monumento conmemorativo de la propia ruina. No hay necesidad de complicar un panorama ciudadano con exaltaciones históricas cuya verdadera significación es un oprobio.

Fuentes

Una fuente, más que monumental, bien dotada de agua. Una fuente de piedra, con o sin decoración apropiada de azulejos, tiene más importancia que un monumento.

El capítulo de fuentes públicas en una ordenación moderna de urbanismo ha de ser preferente. El agua es la civilización. Más que

himnos, merece piscinas, fuentes, bañeras y duchas, aunque sean éstas escocesas.

El agua hace sentir alegría nueva. Antes de zambullirse en el agua se está pesaroso, inquieto, de mal humor. El agua acrecienta el ánimo y la confianza. La limpieza es la más sociable y estimulante de las virtudes, la más virilmente agradecida, la mejor hermana del sol, la amiga más sencilla y a la vez más refinada. Bebida en el manantial, descargada de impurezas, no tiene parigual en ningún producto de alambique, en ningún licor, por costoso y exótico que sea. Es el agua el verdadero elixir de la larga vida. Los pueblos que se bañan evolucionan de cara a la luz.

El urbanismo tiene en el agua su primera colaboradora de crédito. El problema del agua ha de preceder a toda realización de urbanismo. La frase que refleja civilización superior es esta: «Dime el agua que gastas y te diré quién eres».

Orientación

Cierto concejal pedía, en memorable sesión, que sólo se construyeran escuelas ventiladas; tan ventiladas habían de ser según el concejal las escuelas, que era imprescindible edificar cuidando bien la orientación cardinal; a renglón seguido, pedía el concejal que las cuatro fachadas de cada escuela estuvieran orientadas al norte. No hay que exagerar como el concejal de aquel Municipio político, ni pavimentar una plaza con adoquines que resultaban a veinticinco pesetas cada adoquín, mucho más barato éste, sin embargo, y más útil que los concejales.

Suministros, concesionarios

Los municipios se consideran clientes de grandes negociantes, que se cobijan en las mayorías políticas para ganar mucho dinero, emprendiendo obras inacabables como la paciencia de los ciudadanos. Los concesionarios son ni más ni menos que tiburones de tierra firme.

Pompas fúnebres

Con la vanidad de los entierros, los Municipios trafican escandalosamente, arrendando el servicio o llevándolo por su cuenta. El muerto al hoyo y el Municipio al bollo.

La calle tortuosa

La calle tortuosa y húmeda o no húmeda, la calle clásica de los burgos podridos de clasicismo, la calle fétida y negra tiende felizmente a desaparecer, imponiéndose la geometría rectilínea contra esa pesadumbre tradicional de los anticuarios, casi todos nefríticos, que prefieren un rincón del siglo XV con sus roedores y sus desagües infectos al trazado abierto, sano, luminoso y limpio.

Toda arquitectura de mérito es respetable, por lo menos a título documental para conocer el pasado. Pero nunca habría de servir para vivir en su penumbra. Que se conserven las piedras venerables —lo son hasta cierto punto—, los capiteles, las tallas. Que se conserve todo eso con los máximos honores, aunque sin idolatría. Pero en el Museo correspondiente. No entre un bar y una droguería, entre un almacén de garbanzos y un establo, entre un edificio ruinoso y un solar con estiércol, entre una oficina recaudatoria y un humilladero, entre una ropavejería y un lupanar.

Alcantarillado

La técnica urbana avanzada resuelve el problema del alcantarillado y, en general, el de conducciones y desagües con cemento, hierro, agua socorrida en raudal y material aislante. También con energía eléctrica tensa para destruir útilmente los desperdicios caseros y el superávit residual, convertido en abonos y química esterilizadora. Hay toda una ciencia moderna sobre estos temas. La arquitectura ha podido ser ya excelente colaboradora de la sanidad. Las conducciones han de reducirse forzosamente, sabiendo que no es más limpio el que más limpia, sino el que menos ensucia.

Comunicaciones y transportes urbanos

Capítulo de primera importancia, madriguera de negocios fabulosos. Los tranvías de barrios aristocráticos y zonas adyacentes son rápidos y confortables. Los tranvías de barriadas obreras, intermitentes, tardos y mal dotados. El tiempo de espera en las paradas de estos últimos, desesperante. En cierta ocasión se agolpaba la clientela modesta en el arranque de un servicio tranviario hacia cierta barriada obrera. Entre los clientes que esperaban había un ciudadano bien trajeado que no demostró impaciencia en los cuarenta minutos de espera. Por fin echó a andar el desvencijado y crujiente tranvía. Era época veraniega. Hacía un calor sofocante. El conductor del vehículo paró sin que ningún viajero lo pidiera, y se apeó atosigado por el calor para beber agua de una fuente pública. Entre apearse, beber y volver al vehículo, transcurrieron tres minutos escasos. El viajero que había esperado pacientemente cuarenta minutos por culpa de la empresa en el principio del trayecto, se enfureció porque el conductor empleaba tres minutos en satisfacer una necesidad tan apremiante como la sed. Este contrasentido se explica por el carácter de empresa de los transportes urbanos, indotados para los que llevan prisa, diligentes para los que tienen a su disposición veinticuatro horas al día para perderlas.

Agua canalizada, gas, electricidad

Este apartado está resuelto y archiresuelto por las empresas para sus clientes acomodados, que tienen agua abundante. Pueden usarla a su talante, bebiéndola mineral cuando la del grifo no es sana. El gas y la corriente eléctrica son igualmente fáciles para los más variados usos cuando no hay necesidad de mirar angustiosamente al contador. No hay más que generalizar estos servicios, apartarlos del monopolio en el uso y en la explotación como negocio. La electricidad podría ahuyentar de todos los hogares el frío, las sombras y una serie de faenas serviles de fogón primitivo.

Parques

Hay parques que bien podemos calificar con adjetivos de admiración. Los hay grandes, pequeños y minúsculos. Pero no existe el parque utilizable por todos, porque no existe tiempo racionalmente utilizable por todos. La miseria, provocada tan agudamente por la guerra, convirtió muchos parques y jardines en grandes patatales y hasta en granjas. Signo de los tiempos utilitarios y positivistas. Sin embargo, el positivismo no se manifestó más extenso en la repulsa contra la explotación y la guerra. El parque clásico de la ciudad, el parque para unos cuantos con su zoología superpuesta, y en verdad maloliente, ha de ceder al parque de barrio para grandes y chicos en la ciudad descongestionada.

Pavimento, aceras, esquinas

Bellamy en su obra *El año 2.000* da un avance de urbanismo que podríamos llamar totalitario, tan minuciosamente organizado por la mecánica, que convierte al ser humano en triste autómata. Aceras rodantes, circulación impuesta, edificios grandiosos, máquinas monstruosas, millones de toneladas de cemento y de hierro, bazares gigantescos, pavimento sin boquetes discontínuos, tiempo dosificado para sucesivos relámpagos, silbatos ejecutivos y convivencia de manicomio. Ya Hitler se propuso fundar un mundo germánico con dioses eléctricos, reuniones multitudinarias, tormentos sádicos y magia motorista, como si quisiera dar vida al bosquejo de Bellamy. Pero el mundo tuvo que acorralar a aquel loco de atar. Todavía tiene sugestión el pavimento transitado, la acera de barrio familiar y la esquina traspuesta con afán expansivo, dejando el hogar que espera siempre.

Mataderos, mercados

Las Cooperativas de tipo sociable pueden inutilizar el negocio que sostiene mataderos y mercados en los que cualquier sátrapa municipal preside la manipulación del prójimo, las transacciones amigablemente usurarias entre compadres patrocinados por el partido de turno y la falsificación de géneros alimenticios. Plutón y Mercurio son divinidades edílicas que gozaron de impunidad. Esta impunidad no cesará hasta que los ciudadanos cesen en su pasividad.

La casa y la circulación

Ha tenido la calle hasta nuestros días una calidad publicitaria y atolondrada. Partidos y confesiones religiosas se disputan la calle con intento de acapararla. Pero la calle —que no es propiedad de nadie, como tampoco lo es el camino— tiene mucho de paso obligado y no poco de lugar de tertulia, exhibición y asueto. La casa va perdiendo calidad íntima cuanto más tiempo se vive en la calle y en los lugares de diversión en común. La circulación callejera es superabundante. El espacio ocupado por las salas de espectáculos, hoteles, cafés, comedores, tabernas, palacios, campos deportivos, clubs, iglesias, almacenes y oficinas es el que bien repartido bastaría para dignificar la vivienda y dar a ésta amplitud y probabilidad para hacer indeseable el espectáculo de baja calidad. La circulación está en razón inversa del espacio dedicado a vivienda.

Lavaderos

Los lavaderos públicos han sido ya construídos por la arquitectura sanitaria con sus métodos de desinfección, temperatura elevada del agua, preparados detersivos y mecanización que evita el trabajo penoso de la lavandera, uno de los que malograron más vidas de infelices mujeres maltratadas por la pobreza. Lavar la ropa puede ser un placer, y no una esclavitud sometida al peor rigor.

Alumbrado

Servicio reservado por los Municipios al vecindario calificado de contribuyente, y no a los menesterosos. Estos cuentan con baches y sombras para transitar de noche por las calles desempedradas. Cuando llueve, tales calles son torrentes. En época de sequía, desiertos de polvo. La transformación habrá de consistir en valorizar los servicios públicos haciendo que sean realmente públicos, es decir, para todos. Esto sólo puede conseguirlo el Municipio manumitido, en el que cada vecino disponga por iniciativa propia, con sus iguales, de los servicios de utilidad general. El alumbrado del porvenir no será necesariamente de candilejas, faroles o focos eléctricos diseminados. Cada calle o conjunto de calles podrá determinar sobre sus necesidades. Tal vez la luz penetre desde el exterior de la vivienda con intensidad suficiente para evitar instalaciones particulares.

Muebles, decoración

La ebanistería es ciencia, arte y oficio. Los muebles son sólidos, bellos y útiles, o no lo son. Si lo son, están al servicio de los que cuentan con ejemplares dobles o triples de cada mueble. La cantidad excedente de muebles convierte la vivienda en algo que se parece a una almoneda. Tendencia a la ostentación, a la vida llena de muebles ociosos, aunque sean de Museo. Los muebles grandes achican la vivienda modesta de la manera más absurda, pueblan el espacio limitado con armarios como elefantes y dejan sin respiro al inquilino de pequeño alcance mental y, por consiguiente, con aspiración a vivir entre armatostes que no necesita, y que siendo grandes como tranvías, atropellan al maniático más aún que el tranvía. Tropezar con los muebles es percance diario y hace la vida encogida, más deplorable que tener muebles funcionales de aventura o construidos con miras a menesteres prácticos. La decoración de la vivienda se da a veces por excepción en las familias que odian ejemplarmente el *bibelot*. El *bibelot*, como la jaula con el loro, la mesa de centro, el perro faldero, el gato aunque no sea faldero, las macetas en serie y el niño prodigio, son instrumentos de martirio y pruebas de pésimo gusto. Con cal, cretona y unos colores planos, con fotos directas y buenas, aunque escasas reproducciones, queda el interior apropiado, sin descuidar la biblioteca poco saliente, ni los barcos en miniatura, excluyendo pelendengues, cortinajes empolvados y papel encubridor de las paredes. Sillas sólidas, pequeña cerámica, luz directa, ambiente limpio. La limpieza es el aire respirable. Sin limpieza, el aire mismo es un tóxico. Es preferible el mantel al papel para cubrir la mesa, pero siempre será preferible el papel renovado cada comida, el papel limpio, al mantel sucio.

Escuelas

La escuela ya ha sido sufrida en exceso por los españoles para que nos entretengamos en acumular improperios contra ella, improperios inútiles de no transformarse las escuelas, tan vituperadas por los maldicientes. En el urbanismo, la escuela es sagrada, pero no ha de malograrse la escuela en la morada familiar. Si los padres están a nivel inferior de instrucción respecto a los hijos, la escuela hace de éstos prodigios de campanario, fracasando por carecer de contraste y asistencia familiar. El aislamiento mental entre el escolar y sus pa-

dres, hace del menor más atontado un sabio presuntuoso, mortalmente tonto. Téngase bien en cuenta esta verdad, que explica más que nada el apagón cultural de España y el atontamiento de la política europea, dominada por clases medias aburguesadas rápidamente y educadas en completo aislamiento cultural familiar.

Piscinas, deportes

El deporte habría de carecer de sentido para el simple espectador, cuya actividad deportiva se limita a pasar por la taquilla y pagar el derecho de presenciar hazañas prodigiosas. El club rico compra y vende jugadores y los tiene de calidad con dinero, mientras que el club pobre sólo puede presentar equipos deficientes. Un país deportivo no es el que cuenta con un campeón, sino el que practica con generalidad el deporte. ¿De qué sirve a un país de veinte millones de habitantes tener un campeón de natación si nadie sabe nadar? El *camping* es ejercicio, no presencia quieta en un espectáculo. En una piscina habitual hay nadadores. Aprender a nadar es lo deportivo. Ver nadar es como ver una función de títeres. El urbanismo ha de atender el deporte funcional y activo, no al espectacular y pasivo.

Bomberos

Héroes beneméritos son estos adalides del agua torrencial contra el fuego, estos zapadores sin miedo. Estos bravos y curtidos bienhechores merecerán la jubilación definitiva cuando el hierro y el cemento sustituyan en las construcciones a la madera quebrada y a las cañas empleadas como armazón.

Asistencia

Capítulo descuidado por el Estado y los municipios, que atienden al ramo de la beneficencia, no para evitar enfermedades, sino para propagarlas y multiplicar nóminas de burocracia. El urbanismo racional no puede proceder de la misma manera, sin ponerse a bajo nivel. En la isla de Tristán de Acuña no hay asistencia pública porque la vida está organizada sin gobernantes, jueces ni burgueses. La asistencia oficial es un alarde ostentoso que demuestra la inexistencia de solidaridad directa, única legítima.

Espectáculos

Si el Estado o los Municipios subvencionan los espectáculos, emplean el dinero de los ciudadanos útiles sin consentimiento de éstos. Lo mejor es que los ciudadanos se pongan de acuerdo para divertirse, como para todo, sin padrinos ni tutores.

Focos industriales

La agricultura evolucionada se transforma en industria. Ésta evoluciona a su vez y tiende la mirada al campo, origen de todas las industrias y no paria de ninguna de ellas. El foco industrial no es autosuficiente, sino dependiente de los cultivos y de los minerales del subsuelo. El urbanismo acertado establece el equilibrio entre el surco y la dinamo.

Casa funcional

En este marco de vida funcional, y no meramente orgánica, podemos inscribir la casa más apta para facilitar la vida de relación. Casa soleada, encuadrada por planos verdes. Distribución de espacio, según lo que se hace con holgura o tino, no según lo que privaban de hacer los visitantes, aburridos o no, pero inoportunos.

El rascacielos puede ser habitable adaptado a la vida. Al fin y al cabo el rascacielos puede definirse como lo hizo Le Corbusier diciendo que El Escorial es un rascacielos recostado. Rectángulo apaisado y no empinado puede ser la casa, fuera de toda inmediación sombría, encarada al despejado horizonte, digna de buena vecindad y de los mejores auspicios.

CAPÍTULO XVI

Las ideas universales en el pensamiento español

LA HISTORIA ENFERMA

¿Hay un pensamiento español? ¿Qué definición puede darse de una idea universal? ¿Existe una manera de averiguar, o dar por averiguado, lo que es idea española o lo que es idea italiana? ¿Hay ideas de tal o cual latitud?

Estas preguntas han producido torrentes de filosofía especuladora. El nacionalismo y la religión, los intereses de minoría y el amor propio disfrazado de patriotismo, han querido apropiarse de lo que no les pertenece: el pensamiento.

Después de apropiarse la tierra y el cielo, se apropian lo que dijo tal o cual genio. Si éste nació casualmente en España, lo dicho o escrito por el genio se tiene por típicamente español, castizamente español. Luego resulta que lo más castizo procede de Arabia o de Egipto, y que Arabia y Egipto fueron tierras de tránsito para el casticismo. A última hora el supuesto pensamiento español del supuesto genio, y

este mismo supuesto genio, no son más que patente de exhibición. La inferioridad se ciñe indumentaria de dios ultrajado. El miedo se complace en denuestos y cantos que siempre delatan locura de grandezas. Proceso de congestión sentimental, siglos de literatura vindicativa. Historia enferma, hipertrofia mental, amor a la polilla.

La Historia está enferma porque no deja de matar, y luego lleva los muertos a cuestas. El catalanismo nacionalista calificaba al Cid de capitán de bandoleros. Callaba que en la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente no dejaron éstos allí ni un clavo, porque se lo llevaron todo.

El Cid era un aventurero, ciertamente. Sólo tenía el botín de sus correrías. Pero un jerarca tan exaltado como Jaime el Conquistador por los historiadores catalanes, no tenía tampoco más de lo que se apropiaba sin ser suyo.

Igual que el Cid y que Jaime, condes, caudillos y reyes de todas las épocas no han sido más que salteadores de caminos. Tomar partido por algún conde o algún rey con pretexto de nacionalismo, o con otro pretexto cualquiera, equivale a declararse cómplice de graves latrocinios.

Sobre éstos se estableció el nacionalismo, tanto español como periférico. En el nacionalismo de cualquier signo hay, además, parálisis de piernas en nuestros días. Viven en América Latina nacionalistas de Cataluña cuyos hijos son nacionalistas argentinos, habiendo sido, los abuelos de estos últimos, nacionalistas españoles. En tres generaciones, tres nacionalismos. En una misma familia, tres patriotismos. Después de saltar sobre el mar como si el mar fuera un mostrador, el emigrante nacionalista se ata las piernas con la cuerda de su bolsa. Su padre estaba atado al carromato carlista o isabelino, y el nieto al criollo.

Todo ésto lo vemos a menudo convertido en ideas, en sarcasmos contra el nacionalismo rival, en fanfarronadas tan tronadas y caseras, que orquestadas en himnos suenan a ruido de cazuelas.

El idioma viene a ser otra idea ordeñada. Un mejicano nacionalista, con sangre azteca y gallega, es separatista en España hablando el idioma de Castilla. El vasco y el catalán, si son nacionalistas los dos, hablan idioma distinto del castellano en el respectivo país, y en atroz castellano para entenderse vascos y catalanes. Pero el separatismo de ambos —que ya era laberíntico y balcánico— quedó aniquilado según la preceptiva de uno y otro desde que dieron ministros y diputados al Estado central; desde que pidieron a éste una autono-

mía de entretiempo que el Estado no puede dar ni pactar con vascos y catalanes porque sólo éstos la pueden determinar, y no en Madrid precisamente.

Los ministros de Euzkadi y de Cataluña no tuvieron inconveniente en gobernar desde Madrid a murcianos, andaluces, extremeños y maketos. He aquí las ideas del nacionalismo, convertidas en ruido de cazuelas.

El idioma es un valor de relación, un tránsito natural de palabras, nunca un apéndice del nacionalismo. No es una idea, sino un vehículo de ideas, con frecuencia vehículo de balandronadas. La patria del catalán nacionalista que expresa una insensatez es la misma patria batueca del españolista insensato. La imprenta y la expansión viajera, no las Academias ni los Estados, contribuyeron a propagar ideas. Tan irracional es que un catalán desprecie el castellano hablado como que el españolista castellano vea el idioma catalán con cualidad subalterna y aislante, en vez de estimarle y aprenderle, cosa más noble que denigrarlo.

Sacar a relucir a Felipe V como castellanista cuando no sabía expresarse en castellano, o mentar al archiduque de Austria, su contricante en la guerra de Sucesión, contricante que no sabía una palabra de catalán ni de nada, equivale a desenterrar momias, que ya eran momias antes de morir. Sobre todo equivale a hacer alardes de gigantomaquia. Los nacionalistas se engrían haciendo ver que tal o cual rey era amigo o enemigo de los engreídos representados éstos por los antepasados, que tal vez fueron azotados por los mismos jerarcas que el descendiente cubre de flores.

Las ideas universalistas no se propagan mucho porque los que las practican como costumbres no lo dicen, y buena parte de los que dicen sentir y propagar el universalismo, no lo practican. Si se afirma, por ejemplo, que no es lícito servirse de la riqueza ajena, se expresa una idea universal común a las leyes y a las normas religiosas, común incluso en todas las ideologías de tipo social, que tampoco aceptan la apropiación de lo que es o puede ser riqueza común. Pero observamos que las leyes y preceptos religiosos enumeran tales excepciones respecto al hecho de apropiarse riqueza ajena, que esta idea queda en realidad aniquilada, inexistente. La ley garantiza la libre disposición sin límite de la riqueza acumulada, y la religión la bendice.

El universalismo de la idea adversa a la apropiación de los bienes ajenos entra en colisión con la gigantomaquia de la Historia, que es una colección de enfermedades y entierros en herencia, hecha

indivisa por sus aprovechadores. Y si la Historia enferma alcanza entre archiveros de entierros cierta beligerancia, es porque el elemento popular no conoce las trapazas históricas ni se interesa por ellas. Si las conoce, sabe que la Historia es el inventario de sus sufrimientos.

Franco hizo conmemorar hace unos meses —se escriben estas palabras en julio de 1947— el nacimiento de Castilla distante mil años de nuestro tiempo. Pero el nacimiento de Castilla fue un acto separatista contra León. Que Franco conmemore con mugidos patrióticos un acto separatista, es un motivo de sainete. Al mismísimo conde Fernán González se le desprenderían las quijadas de risa si se viera convertido en adalid de la unidad enferma de la Historia enferma.

Comunicación, intercomunicación

Fuera del sentido moral privado que campea por el mundo, y que desgraciadamente ha sido compatible con la servidumbre voluntaria, un español apenas está de acuerdo con otro español. Cuando está de acuerdo con otro, generalmente el acuerdo es poco durable si fue impuesto o se aceptó con reservas. Aunque tenga proporciones espectaculares, el acuerdo incompleto es poco durable. No tarda en quedar sin efecto, bloqueado por manifestaciones de hostilidad.

Cuando el acuerdo se elabora directa y personalmente por iniciativa de los que pactan, el acuerdo perdura. No sólo perdura, sino que se perfecciona. Pero no esperéis que cunda, no esperéis que circule en la España del pensamiento. Queda, o quedaba en el ámbito vecinal, en la aldea o en la comarca. Los eruditos lo inscriben en libros magistrales, pero pocos ciudadanos leen. De ello resulta que las buenas cualidades vecinales de los españoles permanecen ocultas o semiocultas y, al parecer, sin desarrollar. En cambio, las malas cualidades se desarrollan extraordinariamente por servidumbre del súbdito al Estado, y quedan patentes en todas las Historias, en todos los discursos y en todas las guerras.

La red de comunicaciones modificó el aislamiento desde los primeros años de este siglo, cuando el tránsito y la vida de relación se fueron extendiendo en aras del desinterés, del trabajo buscado y del intercambio no especulativo.

El gran repertorio de hechos que permanecían desconocidos, empezó a tener boga con cierta lentitud y reserva. Los propios aldea-

nos ignoraban mucho de lo que habían hecho ellos mismos, en el sentido de las mejoras llevadas a cabo en el sector familiar agrario cooperativo, relativamente próspero en la labranza sin jornaleros, al revés de la labranza con braceros alquilados, que estaba en los últimos tramos de la ruina por la dosificación de trabajo, cuando no arruinada por completo hacia 1931. En comparación con estos hechos, debidos a una revolución general contra la propiedad, la herencia y la renta, todos los reyes son de la baraja. Ante la envergadura de los acontecimientos de órbita universalista, el dirigismo es un paraguas cuando no llueve. Y hay que decir que la ruina de la propiedad la iniciaron, sin dirigentes, los aldeanos de España.

Puede asegurarse que a partir de 1918, fecha terminal de una guerra, incubadora de otra más general, el ambiente aldeano de España fue recipiente de ideas universalistas, más aún que en tiempos de la Internacional. Pero es obligado y justo añadir que toda comunicación resulta de hecho incompleta si no se convierte en intercomunicación. El pensamiento realizado siente una fatiga que no parece muy propicia a superar la fatiga misma para informar al mundo de lo que se hace en millones de rincones de él. Por otra parte, la realización no es personalista ni ostentosa, sino esforzada, cooperadora y anhelante de perfección, motivos de índole delicada como lo son siempre los que dominan las tonadas coreadas, al revés de la petulancia del solista, al revés del divo ondulado y maquillado.

La aldea leía manifiestos procedentes de la ciudad. A veces, casi siempre, el manifiesto y el discurso eran productos de exportación *standard* o improvisaciones demagógicas, obra de aldeanos llegados a la ciudad, con frecuencia recién llegados, desarraigados del terruño, aquejados de redentorismo, enfermos de improperios y sarcasmos fulgurantes de clara procedencia autoritaria. Procedían del *Antiguo Testamento* aquellos improperios. Eran frases de Apocalipsis, no convicciones serenas de Malatesta.

La aldea, el poblado rural, no escribía ningún manifiesto ni pronunciaba ningún discurso. Oía discursos de corte uniforme, escuchaba lecturas de tono radical, pero no se hacía escuchar. No tenía oradores. Y, sin embargo, contaba con un haber de cosas hechas o emprendidas con tino, silencio y tozudería. La aldea se había anticipado (con hechos aislados) como la ciudad más avanzada (con hechos de conjunto) a la misma Internacional, o mejor, a la Alianza inmortal de Bakunin. Pero no decía nada la aldea de lo que hacía cuando hacía mucho ni cuando hacía poco. La ciudad decía a

la aldea lo que había que hacer, y que muchas veces estaba ya hecho o emprendido.

La corriente desde la ciudad al campo no se vio animada por la corriente desde el campo a la ciudad. Esta falta de intercomunicación tuvo consecuencias de vario resultado. El más visible fue el espectáculo melodramático de las escisiones, que se debieron, no a cambiar de ideas, sino a carecer de ellas, antes y después de la escisión, sus promotores. Eran peones que habían emigrado a la ciudad sin evolucionar ellos integralmente. Padecían lejos de la intemperie saludable del terruño un empacho de literatura de manifiestos, y querían deslumbrar a sus antiguos convecinos. Este empacho conduce fatalmente al caos. Al revés de los aldeanos evolucionados. En la aldea o en la ciudad creían éstos más práctico aprender a leer para que nadie mande, que aprender a mandar adulando al que manda. Los no evolucionados llevaban a la ciudad su propia insuficiencia que, como todas las insuficiencias, desemboca en la política, es decir, en el caos. Los aldeanos estaban con frcuencia de vuelta del caos. No lo sabían decir, pero es igual. No sabían, en ocasiones, lo que querían, pero sabían lo que no querían. Como los partidos, formados sin excepción por rurales sin evolucionar y por demagogos sin desbastar, necesitaban obreristas retardatarios; los obreristas retardatarios llenaron el hueco que había en los partidos. ¿Se puede llamar escisión o deserción al hecho de que un demagogo sirva primero a la demagogia sin partido y luego a la demagogia de partido?

Estas ideas son universalistas. Toda Europa contempla los estragos de la actitud resabida del laborismo y del socialismo, autocondenados a preconizar el cuartel en la vida económica, el cuartel del servicio militar, el cuartel para todos. ¿Cómo se llegó a tal nivel? Por la demagogia nacionalista aliada al obrerismo. Por intercomunicación de sus actividades fundidas ya hoy en un solo estilo, representado por las nacionalizaciones industriales. En realidad, imitan éstas al sovietismo y le dan espacio respirable fuera de la U.R.S.S. Cuando la U.R.S.S. pierde posiciones políticas, se apoderan del control de los talleres nacionalizados. No se sirve ya de los electores, aunque sean obreros, sino que se sirve de los obreros aunque no sean electores.

Referencias a nuestro tiempo

Quiso demostrar Angel Ganivet que si los españoles son capaces de hacer conquistas, son incapaces de conservarlas. Esta idea no puede referirse exclusivamente a España, pero es evidente que España es tal vez escenario adecuado para apoyar la idea de Ganivet.

Don Juan Tenorio es un conquistador que podríamos llamar de profesión, un militante de la conquista. Va de una mujer a otra con pretensiones de gallo. Lo cierto es que sus alardes de gallo acaban en cacareo mayor de gallinácea. Si amontona sacrilegios es para dar a su conversión mayor gloria celeste. No hay en él lo que llaman los teólogos impenitencia final. Ninguna conquista guarda. Ninguna conquista le guarda como conquistador, sino la última como penitente. Parece que tiene prisa la novicia sevillana en llevar al cielo al seductor.

Después de gastar oro comprando terceronas, en realidad comprando el cielo, no contenta él a ninguna mujer. Sus desplantes son tan descomedidos que forzosamente han de conmover al cielo de bambalinas de una novicia descomedida con tercerona de redención.

La mentalidad de Don Juan Tenorio se refleja en nuestro lóbrego mundo político. Todos los gobernantes españoles se han desacreditado en el poder rápidamente a causa del terror, manso o descubierto. Cuando se sostienen por el terror no comprenden que el terror requiere, por su misma naturaleza, llegar a la consecuencia última, es decir, a decapitar a todos los adversarios, a no dejar títere con cabeza. Lo ilógico y torpe es lo que hizo Hitler. Lo verdaderamente demencial es emplear el terror para elevar al rival al poder.

Los partidos españoles parecen inspirados por Don Juan Tenorio, pero no saben comprar ni ganar el cielo, que sería para ellos el poder perpetuo. La misma prosa martirizada que el burlador y Zorrila pueden llamar verso, emplean aquellos partidos poetizando su insignificancia y alternando la balandronada con el lagrimeo. En Francia cuenta la República española cesante con un equipo ministerial de cesantes. ¿Cómo les ha de hacer caso Bevin, si Bevin no es cesante? Les hacía caso cuando era cesante y decía dramáticamente: «Votad a Churchill es votar a Franco». Lo que resultó al votar a Bevin y compadres fue que Bevin y Attlee habían de presidir la liquidación del imperio británico. Con todas sus escuadras y todos sus espías, se ve derrotado por el mundo musulmán sin armas. Pensad en ésto, ami-

gos de la fuerza bruta. El universalismo imperial cargado de cañones y aviones se ve en el ocaso, mientras los pequeños nacionalismos de Europa sólo piensan en ametralladoras. El imperialismo del dólar ganó la guerra no porque tenía dólares, sino porque tenía industria civil eficiente, de la que salen los dólares, y no al revés.

La América dolariana ya había invadido y conquistado Europa desde principios de siglo con cuatro ideas típicamente americanas desarrolladas sin metralletas: el bar, el deporte, el garaje y el cine. El bar es una colonia americana expendedora de venenos y fomentadora de la ociosidad del transeúnte. El deporte, una taquilla abierta a la pasividad atolondrada de las muchedumbres que se llaman deportivas por presenciar, no por hacer deporte. El garaje es un palacio babilónico que guarda pequeños monstruos destinados a atropellar viandantes y destrozar bicicletas, mientras aviva el delirio de la velocidad y prisa que sienten los seres más retardatarios y arruinados del globo, que son los europeos. El cine es la nueva catedral con dioses mayores y menores, con un culto más delirante que todos los cultos religiosos de las catedrales; un exprime nervios de la Europa que vuelve a sentir las sacudidas de la guerra, aquella guerra que no supo hacer y que América hizo para quedarse, no con Hitler, sino con Europa.

El bar, el deporte, el garaje y el cine fueron cuatro ejércitos americanos que consumaron la colonización de Europa precediendo a Einsenhower, y dieron a entender que si la vieja viciosa que es Europa era azotada por Hitler y Mussolini, los americanos no la apartarían de las garras de los dos perdonavidas más que para tragarse lo que Europa puede dar, con capataces y banqueros americanos. Éstos vencieron con un gesto deportivo y cineasta, convirtiendo los países de Europa en gigantescos garajes vecinos del bar. Los gobernantes de Europa, pordioseros todos, se valen del bar, del cine, del deporte y del garaje para entretener a sus súbditos. Y ésta es la política nacionalista de Europa, éste es el universalismo de Europa: Entretener a los súbditos con novedades americanas para vendérselos a los americanos.

Los pequeños nacionalismos, incapaces de comprender el universalismo, viven entregados a la gigantomaquia histórica. Ahí tenemos el catalanismo, representado por uno de los animadores —Rovira Virgili— prodigiosamente activo y estudioso, pero amarrado a condes y reyes cazurros que reñían entre ellos más que catalanes y castellanos entre sí. Tanto reñían los jerarcas de la Esquerra en siglos pasados, que tenían necesidad de buscar pareja fuera de la Esquerra. Violante, hija de Jaime, que se casó con Alfonso X de Castilla, y la

aragonesa Petronila, que se casó con un Berenguer. Todos eran de Esquerra Republicana.

El nacionalismo de Euskadi —tierra eterna con sus joviales dioses milenarios y astrales menos milagrosos que los robles, con su antropología asiática de ojos oblicuos— está amarrado al Vaticano, invención de ayer, con sus dioses lúgubres no ciertamente vascos, con su clientela de banqueros, navieros y fabricantes de jabón, explotadores del maketo al que odian, mientras los jerarcas del nacionalismo de Euskadi alternan en ministerios asimilistas y centralistas con maketos de categoría para arruinar entre todos a los españoles, después de cargar cada uno con la correspondiente joroba de papeles.

Respecto al marxismo español, cuenta con muchos profesionales de la democracia tronada que necesita relleno porque no tiene pulpa, nervio ni médula. Los ugetistas de la mina y del taller, los trabajadores desconocedores de Marx, se entendieron con los apolíticos, las más de las veces desconocedores de Bakunin; unos y otros, aun dando traspiés a causa de los inconvenientes que les ponían, supieron ser leales a las ideas universalistas. Aunque se equivocaran, honestamente a veces en el paso, no se equivocaban en el camino.

Si el socialismo español tuvo un Besteiro que identificaba, como Oscar Wilde y W. Morris, el socialismo con el romanticismo vital; si tiene un Fernando de los Ríos, profesor de iberismo de alta tensión, aunque pésimo ministro, andaluz rondeño como su maestro, F. Giner de los Ríos, cuya pulcra pedagogía, ajena al sufragismo, no tiene tantos discípulos en el socialismo como en la democracia en cuarto menguante de Indalecio Prieto y Trifón Gómez; si cuenta el socialismo con vulgaridades científicas como Vera, profesores de estética como Ovejero, periodistas notorios como Araquistain; escritores jóvenes de prestigio imperecedero y rango humanista como Tomás Meabe; estas figuras son precisamente las que ponen en evidencia al socialismo de envite gubernamental y desbordan su cuadrícula hacia horizontes y sugestiones de tipo universal, comunes a los españoles evolucionados.

Largo Caballero se vio sorprendido desde 1923 a 1930 —época de la dictadura de Primo de Rivera— por la corriente dinámica de los jóvenes socialistas desmandados y no muy propicios al vaivén colaborador que personificaba precisamente Largo Caballero, tal vez sin gran vehemencia, por mandato de los veteranos socialistas familiarizados con la burocracia ministerial de Primo de Rivera, y desde 1931 a 1936 con la furia republicana y socialista que multiplicó el balduque y las leyes draconianas hasta la demencia,

haciendo con Casares y Azaña una República nefrítica que nos molió por última vez a palos.

Largo Caballero, que no tenía espíritu universalista, pero tampoco de burócrata, reaccionó contundentemente, llevado de uno de sus prontos característicos, y se puso a la cabeza de los jóvenes, aunque sin reservas indispensables de precisión —que los jóvenes tampoco contenían— para neutralizar el acecho soviético. En realidad, dio aires a éste. Fue al poder presidencial Largo Caballero en los primeros tiempos de la guerra con un equipo de urgencia, incapaz de reaccionar los *équipiers*, ajenos a la disciplina soviética, contra los ministros comunistas, los únicos militarizados orientalmente desde fuera; incapaces también aquellos *équipiers* de colaborar eficazmente con los comunistas, que socabaron el terreno especulando con la ayuda de Moscú, ayuda teórica que fue después monopolio práctico desde que Negrín empuñó las riendas y empujó a Largo Caballero al ostracismo. La debilidad del socialismo dio impulso pasajero al comunismo débil.

La colaboración política de los socialistas con la burguesía republicana, con el capitalismo estatal de Moscú y con todos los burgueses habidos y por haber, sin exceptuar a los más tontos, demostró que los socialistas no querían ni podían, ni sabían aprender la táctica de conservar el poder. La colaboración sólo tiende a desacreditarlo. El descrédito siguió creciendo con Negrín, y la contienda fue de mal en peor. En la guerra había combatientes universalistas. Pero estos combatientes de ideas universalistas carecían de industria evolucionada, y no podían improvisarla. Ningún héroe puede improvisar una máquina. Es más fácil morir.

La guerra motorizada tiene experiencias fulminantes. Los ingleses perdieron en realidad la guerra, como ha demostrado Stettinius en un libro memorable y cínico, pero útil para conocer los secretos de la última matanza como operaración bancaria del dólar. Tenían los ingleses un equipo ministerial heterogéneo de millonarios y cargadores de sacos. Pero no tenían potencial ofensivo. La URSS, que tenía gobernantes unificados pero carecía de potencial industrial, no de potencial humano, también perdió la guerra, ganada en realidad por mar, tierra y aire por el motorista civil de América, en el que se apoya el dólar, no ganada por el evangelismo doliente de Roosevelt, tan pasado por agua antes ya de la Carta del Atlántico, verdadero torpedero de papel mojado que galvanizó el papanatismo democrático y lo situó

en esa actitud de éxtasis que adoptan los encantadores de serpientes, como Roosevelt para leer la Biblia y hacer adorable la Banca.

No nos cansaremos de repetir, en base de ejemplo comprobable, que los Estados Unidos ganaron la guerra por el desarrollo de su industria. El resto de países, con gobiernos unificados o sin unificar, pero sin industria civil ni inventoria actuante desarrollada, perdieron la guerra. Y aún puede añadirse que los Estados Unidos la ganaron, pero sus banqueros y políticos la ganaron como negocio, sin que los productores obtuvieran absolutamente nada.

Todas estas consideraciones están arraigadas en el pensamiento universal, que va haciendo el balance moral y material de la última guerra. Sin llamarse a la parte, hay que hacerlo, y sin asombrarse demasiado de que la descomposición del mundo sea un hecho patente. ¿Cómo asombrarse al contemplar una decadencia prevista en tantos tonos, en tantos idiomas y en tantas latitudes? ¿O es que era una farsa la predicción pesimista? Nos hemos cansado de decir que el mundo de las nacionalidades caminaba hacia el precipicio, y cuando está en el precipicio se demuestra, en general, una sorpresa infantil. Habíamos quedado en que se derrumbaba el tinglado, y al derrumbarse decimos beatíficamente: «¡Quién lo había de pensar!». Un mundo así, que no espere más que el degolladero.

Esta credulidad es la mayor plaga, el peor tóxico y la más mortífera peste. Si las ideas universales no han tenido tanta fuerza como los decretos de movilización, ni tanta generalidad como las prescripciones fronterizas, ni tantos adherentes como la mendacidad de los partidos, el motivo reside en que la credulidad es una fértil planta parasitaria, y la rebeldía constructiva ha de emplear mucho más tiempo y mucho más esfuerzo en limpiar el camino que en transitarlo. La flora trepadora lo obstruye todo y se propaga con un repentismo de plaga voraz. Las rebeldías vociferantes son transitorias como rebeldías, pero no como lamentos. El rebelde oral prefiere lamentar y minar sus desengaños que evitarlos. Cualquier sentir avanzado de la vida ha de chocar por su rebeldía integral aun cuando sea razonada y tolerante, con el matorral de flora que se acumula en espesas selvas tropicales de credulidad alternada con depresión. Entre la selva intrincada, el que propaga ideas claras, el que difunde experiencias comprobables se ve a veces solo como Robinson, y burlado. Cuando los vociferantes se ven en la alternativa de sacudir su pereza o conservarla adulada y esperanzada por falsos actuistas, vuelven a entregarse a la deforma-

ción. Les interesa más el futurismo complicado que la sencilla verdad elemental de inmediación; les interesa más una abstracción redentorista de espera que una acción inmediata de emulación y ejemplo. La perfección absoluta, la perfección imposible, les hace vibrar como una **idea** lejana, adueñada de su cacumen en sentido totalitario. Sigue el desengaño y la decepción; el vociferante queda sin respiro, pero si no se aparta del doctrinarismo y de la credulidad reverencial para el invisible futuro, maldiciente mirando a la realidad que sólo él hace desagradable, no esperéis que prospere ningún intento progresivo, porque el intento progresivo se malogra con coherentes que sólo aspiran a que se les dé cuerda de vez en cuando, como se da cuerda a los relojes. Hasta hay relojes que andan sin que se les dé cuerda, pero quedan millones de hombres que necesitan lo que no necesitan ya ni siquiera los relojes. La automática avanza más que el hombre.

La cuerda se acaba y el hombre se para. Se le ha conquistado con un resorte y hay que apelar de nuevo al resorte. Cuando el hombre anda, obedece. Así es como acaba, andando tan sólo para obedecer. ¿Qué idea universal es capaz de comprender un despertador parado o andante?

Las ideas universales no prenden por contagio. Expresan el sentir de lo universal experimentado como hecho y costumbre, no como enunciado. Si prenden por contagio, si se pegan sólo como las obleas, se convierten en tópicos, etiquetas de color y consignas. Las ideas universales han de justificarse, no con una capacidad fácil para repetirlas en una tribuna o en un escrito, sino que han de poder ser breves como epílogos o moralejas de hechos vividos, ciertos, estimulantes, congruentes, no fábulas imaginadas. Ninguna conquista moral será valedera sin confianza mutua. Y la confianza mutua, ¿cómo puede darse si el que quiere propagar una idea empieza por no tener confianza en él mismo? Pero el que no tiene confianza en él mismo es el que precisamente alardea de seguridad y firmeza. Esta seguridad y esta firmeza son en extremo contagiosas por lo mismo que se expresan en forma tajante, absolutista y conminatoria; por lo mismo que nacen sin cautela y a borbotones, deslumbrando con fulgores radiantes muy alejados de la duda metódica, de la tarea empecinada, de la pasión descontentadiza y recelosa de sí misma, única pasión legítima porque es poseída y no posesiva.

Ejemplo de la aldea galaica

Se habla constantemente del caciquismo gallego y de sus votos. No salían éstos de la voluntad de los pueblos. Las papeletas entraban en paquetes al tabernáculo sufragista por mano de los caciques y de sus agentes, como ocurría en toda la España rural. La mano del cacique metía y sacaba sufragios, y luego los contabilizaba cada reyezuelo a su gusto, turnando los caciques en el aprovechamiento de los votos y de las trampas.

Pero la vida aldeana tenía otros episodios en verdad memorables, como dos que hemos oído relatar a un bravo galaico de Lanzós, aldea agregada al Municipio de Villalba, en tierras de Lugo.

Era hacia 1915. Lanzós tenía su prado de aprovechamiento común. No había apropiación particular de tierra. Tradicionalmente los aldeanos utilizaban el pasto para el ganado, sin competencia ni exclusivismo.

Se le ocurrió a cierto ricachón acotar una buena porción de prado. Los aldeanos vieron que el ricachón ponía vallas sobre la hierba, y se buscaron para comentar el caso con indignación, pero sin discursos. Ninguno de aquellos aldeanos sabía nada de socialismo ni de anarquismo. El ricachón —que por cierto era tabernero— se había tragado la cuarta parte del terreno comunal, acotando con estacas, barras y palitroques una superficie rectangular.

Los aldeanos se pusieron rápidamente de acuerdo en ir al prado, con las herramientas de labranza más apropiadas para derribar la valla, y la derribaron a media noche. Después de pasar el grupo de expropiadores por el prado, apareció éste una mañana sin valla ni trazas de ella. El ricachón aprendió la lección y no se arriesgó a hacer ninguna denuncia, a pesar de contar con el favor de autoridades y tricornios.

Cuando a uno de los aldeanos le preguntó su nieto, al verle regresar a casa con la herramienta al hombro a hora desusada, el motivo de la novedad, contestó el viejo con la reservada picardía del Noroeste:

—Vengo de matar topos, rapaz.

De la misma aldea habían emigrado muchos labradores a Cuba. Apenas llegaron a La Habana, fundaron «El Progreso de Lanzós», modesta Sociedad sin estatutos, sin sello, sin local y sin Junta. Los asociados —todos los emigrantes que procedían de Lanzós— re-

cordaban que en su aldea, de doscientos hogares escasos, salían los carneros de la escuela cada mañana para entrar los rapaces en el local establo y pasar unas horas rezando.

Los aldeanos cotizaban en La Habana medio dólar al mes, y más adelante un dólar para construir una escuela nueva en Lanzós, organizando además festivales y tómbolas para reunir el dinero necesario y comprar materiales. Los aldeanos que no habían emigrado se comprometieron a trabajar en la construcción del edificio sin cobrar nada.

El plan tuvo realización, a pesar de quererlo estorbar el caciquismo cerril, que hizo llegar dos parejas de tricornio al tajo cuando el edificio que se destinaba a escuela estaba a medio construir. He aquí el diálogo del caso:

—¿Qué hacen aquí?

—Una casa.

—¿Para quién?

—Para todos.

—¿De quién es la casa?

—De todos.

—¿Quién dirige la obra?

—Todos.

—¿Quién paga los jornales?

—Nadie.

—¿Quién los cobra?

—Nadie.

—¿No hay responsable?

—Todos somos responsables.

—Pero, ¿trabajan sin cobrar?

—Sin cobrar.

—¿Se burla usted de nosotros?

—Digo lo que es. Si dijéramos una mentira nos burlaríamos de nosotros mismos, porque nada rebaja tanto como la mentira.

—En mi vida he visto que se trabaje sin cobrar.

—También en las aldeas se ven cosas nuevas y se aprende.

—¿Qué va a ser la casa?

—Una escuela.

—Ya hay escuela en Lanzós.

—Para los carneros, no para los rapaces. A un carnero le basta el establo; a un rapaz, no.

—Por qué no piden una escuela al Estado?

—Porque el Estado nos da ya demasiadas cosas y no queremos que se moleste más. Nos da fuerza pública, que no necesitamos. Nos viste gratis de colorines en el cuartel y nos mantiene allí. ¿Cómo pedir más?

—¿Y las carreteras?

—Las pocas que hay, las hacemos nosotros con pico y pala. El Estado no hace nada.

Todo este diálogo se desarrolló sin dejar de trabajar los aldeanos, y sin dejar los tricornios de asombrarse a cada palabra. Pero el asombro subió de punto en los tricornios, y hasta cambiaron de color, cuando los vecinos útiles de Lanzós, mujeres y hombres, grandes y chicos, acudieron a paso lento con horcas, azadas y garrotes, tan imponentes éstos como un as de bastos agrandado.

La noticia del incidente se había propagado con rapidez. La hueste aldeana avanzaba con la lentitud de los que saben que van a llegar a tiempo, y no desean precipitar los acontecimientos. Además, el gallego conoce por instinto el Código. Lo conoce como conoce los baches de la *corredoira* o camino vecinal: para evitarlos o saltar por encima.

Los cuatro tricornios se agruparon a la defensiva, de espaldas a la pared.

—Vienen a ayudarnos en el trabajo— dijo el albañil.

—¿Con garrotes?— preguntó el tricornio-jefe, muy escamado.

—El garrote téngolo por fuerte. Puede servir de palanca. Hay piedras muy pesadas. Pruebe...

Realmente era una broma pesada invitar a un cabo de tricornios a que diera el callo.

Los aldeanos estaban llegando, y les preguntó el tricornio-jefe, a unos veinte metros de distancia:

—¿A qué vienen?

—¡A trabajar!— dijo el albañil, sin dejar el trabajo.

—¡Deje que contesten ellos!— profirió el cabo.

Éste preguntó al albañil, buscando una víctima:

—Por lo visto, usted es el que manda aquí...

—Aquí no hay mando —contestó el albañil—. Todos esos vienen a trabajar, y a que se nos deje trabajar en paz.

El tricornio-jefe estaba pálido. En un arranque de retroceso muy explicable, se le ocurrió echar agua al vino:

—Aquí no es cosa de discutir la cuestión...

—Callado me estaba— sentenció el albañil.

Como el coro se impacientaba y hasta una vaquera lozana blandía el as de bastos, gritó el cabo:

—¡Al cuartel! Y usted, albañil, venga mañana al cuartel.

—No tendré tiempo.

—Venga hoy por la noche.

—Estaré cansado.

—¡Basta!— gritó el tricornio-jefe.

—Si voy, todos irán.

—¡Todos!— gritó el coro.

La escuadra de tricornios se retiró a buen paso, aplastada por la entereza de los aldeanos, que despidieron a los servidores del cacique con una tempestad de silbidos.

Nótese la agudeza mental del albañil, en contraste con las palabras del civilón. A un galaico es difícil **cogerle** con preguntas, porque pregunta a su vez todo lo que se le ocurre.

El albañil no fue al cuartel, y la construcción del edificio llegó a buen término. Los aldeanos instalaron un reloj espléndido de torre en lo alto de la fachada, y en la parte más visible hicieron grabar esta frase, verdaderamente lapidaria: «No es propiedad del Estado».

Aquí tenéis un caso congruente con millones de casos que podrían alegarse para demostrar que las ideas universalistas, practicadas sin mítines en el campo, no han tenido eco fuera de los pequeños pueblos porque éstos han sido desconocidos, cuando no despreciados. La propaganda social ha ido, en general, a los pueblos a dar lecciones, en vez de estudiar con afecto esos pequeños episodios, que coordinados y vitalizados en vez de ser ignorados, hubieran hecho de los núcleos refractarios, a la autoridad y al monopolio, invencibles diques contra la injusticia, aptos para destruirla antes de centralizarse ésta en frentes adversos y antes de que estos frentes adversos se hubieran saturado de acometividad por otras luchas.

Es justo observar que en la tierra galaica, como en todas, hubo muchos hombres de mente lúcida, admirablemente evolucionados. Uno era José Saavedra. Este inolvidable compañero hablaba en Galicia a los campesinos en el lenguaje mismo de ellos, con sus jiros peculiares y su humor, sin emplear esa dicción *standard* de Apocalipsis, derivada de los profetas, pasando por los sermones de cuaresma y el jacobinismo republicano. Otro era Iturralde, el maestro de El Ferrol, fusilado por instigación de los caciques, y que merecería un especial recuerdo por su labor profunda e inestimable. Representó

Iturralde lo más vivo de las corrientes renovadoras en la Galicia irredenta. Su escuela era modélica y ejemplar, su labor múltiple pero metódica y medida. Colaborador de **Brazo y Cerebro**; conferencista notable; organizador capaz; supo agrupar los valores vivos de El Ferrol en expansión universalista natural, con incentivo pasional propio, y sin otra influencia que la que aportaba un ansia de saber y un afán de dar, gérmenes ambos de las más pura fraternidad.

Vigo o Coruña, puertos de mar afuera, puertas abiertas a todos los continentes, nos ofrecen el goce de produtos varios y exóticos; en sus gentes andariegas aires de toda latitud; ideas y costumbres de todos los climas; sentido fraternal y universalista en su acogida obsequiosa, solidaria, comprensiva.

Nunca se insistirá bastante en decir, respecto a la guerra civil española de 1936, que ésta no hubiera tenido principio de anticiparse en 1931 la España más evolucionada al tener en su haber actuante una Federación de aldeas y urbes, convencidas todas de que la espontaneidad resistente al capital y a la autoridad era ya por entonces digna y capaz, general y eficaz para pasar desde la espontaneidad aislada a la acción conjunta. El desastroso régimen republicano no hubiera incubado el fascismo, que los equipos de oficinistas y nuevos ricos provocaron con una torpeza telúrica, empleando a la vez el látigo contra los trabajadores de todas clases que no eran ministeriales. El mundo del trabajo, ajeno a las trapisondas ministeriales, pudo asaltar con éxito la fortaleza burguesa en vez de dar votos o contemplar como se daban a burgueses sin dinero, que se constituyen atropelladamente en tutores con mandil de un pueblo que estaba derrotando a los burgueses adinerados, y en el campo los había puesto a dieta. La euforia republicana, y tal vez mejor antes, la agonía monárquica, pudieron ser vencidas por nuestro socialismo libertario en acción de tener éste un sentido funcional, y no meramente orgánico; de comprender que la tarea mejor debía consistir en buscar la solidaridad de las aldeas despiertas sin partido, en vez de permanecer ajenos a sus problemas, ignorantes de sus realizaciones y desconocedores de sus anhelos, queriendo ser maestros de los que no necesitan maestros de sociología, sino cooperadores penetrados de sentido igualitario moral. La relación era de actas, no de actos en general. Se había descuidado lo que vale y puede la mano tendida hacia los anónimos, que a millones querían conocer novedades, pero no pensaban haber vivido ociosos como protagonistas de novedad. Para salvar grandes intereses comprometidos por nuestra lucha, se estableció la

República; intereses que incluso para los burgueses monárquicos y para los burgueses republicanos están por encima de la corona y del gorro frigio, siempre contra el universalismo honesto, pero disociado, del ideal libertario.

La guerra de España, desde 1936, continúa siendo una incógnita en vista de que no ha tenido explicación sistemática su desarrollo ni su desenlace. No basta alegar que la contienda se perdió por ayudar italianos y alemanes con dogal al caudillo de dogal y yugo. Habría que situar el problema con sus antecedentes precisos y analizar menudamente el comportamiento de la República de abril con los españoles no vinculados a ningún interés de partido. Entonces se vería que la ofensiva franquista contra la República era una apariencia, que la verdadera ofensiva iba contra el elemento refractario a los atacantes y a la República de oficinistas y polizontes de todas clases. Y como éste tenía los medios de vencer en el primer semestre de la guerra, y prefirió perder antes de consentir que la guerra derivara en revolución efectiva, se consumó el desastre. Hablar de Hitler y Mussolini sin tener en cuenta los problemas de cronología anterior, es hacer el juego a la política republicana, que rehuye la sanción escudándose en la impunidad y en el barullo. En el caso de fuerza mayor sobre todo, caso que la República, con su portentoso surtido de estadistas de café, no quiso ver, temiendo más al triunfo que a la derrota. El ajuste de cuentas hubiera confundido y confundirá a los estadistas republicanos más aún que los deslumbran los gratos azares del exilio dorado a costa de las víctimas de la guerra, trabajadores de todas clases que no veían su República en la República azañista, sino en la fraternidad justiciera, en la elevación de los oficios y en el valor sociable de su vida, que había desbordado los decretos y la servidumbre voluntaria.

Retrocesos, sus causas

El pensamiento universalista no se propaga como un producto de bodegón con anuncio o reclamos. Su carácter es matizado y extrafronterizo. No se puede inyectar a la fuerza. Requiere convencimiento expreso en quien lo difunde, ausencia de interés personal, ejemplos. Requiere, sobre todo, llaneza, virtud como ninguna para sugerir, estimular y persuadir.

Del español se dice que es puntilloso, susceptible y vidrioso. Pero no hay que exagerar ni generalizar. Si su carácter está en lo que podríamos llamar media creencia y se sostiene en actitud preventiva, es porque sospecha reserva o interés en el interlocutor. Si éste se ve acometido de celo excesivo en propagar una idea; si no habla más que de ella en la calle y en casa a toda hora, excluyendo cualquier sugestión marginal; si quiere ser como misionero que trata de encerrar la idea en recetas o píldoras que hay que tomar sin examen previo y, desde luego, prescindiendo del contraste; si repite frases hechas y las dispara con ímpetu caldeado por un ardor capaz de hacer tropical un invierno holandés; si adopta posturas tribunicias; si no toma a su amigo tal como es; si no es tolerante con una observación, aguda o torpe; si quiere anticipar la coacción para apresurar el convencimiento; si parece un corredor de licores fáciles de propagar entre bebedores de paladar exigente y estómago débil; si adjudica a las ideas una milagrería prodigiosa y si manotea como un energúmeno, jamás podrá obtener resultados estimables. Si los obtiene, serán efímeros, tanto si propaga ideas universalistas como de campanario.

Las ideas universalistas han perdido prestigio en labios o plumas de torpeza sectaria. Han perdido prestigio cuando se han apoyado en ese sentimentalismo enfermizo de martirologio ajeno que denota falta de contacto con la ducha y el aire libre, además de sacar de quicio al ser razonable poco amigo de llorar ni de hacer llorar, aunque no predispuesto contra una idea universalista que se traduce de hechos sin aspavientos. Si se habla, por ejemplo, de los héroes de Chicago, el sentimiento de simpatía nace inmediatamente en todo pecho generoso. Esto es evidente. Los ahorcados de Chicago, cuyo sacrificio conmemoran tantos seres patéticos yendo al campo a merendar y a bailar, merecen mucho más de un brindis de pi-nic entre vals y mazurca. Pero aquel sacrificio de Chicago tiene una significación mucho más profunda si se considera que los dignos y abnegados ahorcados sabían que les esperaba la horca, y no sólo por la injusticia de la ley, sino más que nada por la injusticia de que millares y millares de seres que vivían en contacto con ellos no evitaron el crimen de las horcas levantadas. Prefirieron llorar.

Decía Heine que no hay que exaltar el sentimiento que provoca lágrimas con apelaciones patéticas, puesto que las cebollas, sin patetismo alguno, también hacen llorar. La crítica eficiente no puede servirse del lagrimeo ni del sentimiento volandero que ríe a carcajadas media hora después de llorar. La apelación sentimental achica el

temperamento. Conmueve y excita, pero a costa de nublar las entendederas. Hay sentimientos respetables, pero su exageración es fatal porque fatiga y no deja espacio para las reacciones vitales. Los españoles tienden a exagerar sus tragedias. Si un tribuno sirve tal predisposición, hace mala obra. La emoción más limpia, la emoción más íntima se oculta y no se amplifica. Si un discurso se dedica a plantear catástrofes con tono vibrante en vez de aclarar problemas embarullados, puede agradar y hasta entusiasmar. Los problemas seguirán igualmente embarullados, y el entusiasmo contagiado se extinguirá rápidamente mucho antes de sobrevenir la catástrofe. El que narra hechos constructivos y congruentes lo hace sin exaltación. El que promete el reparto del mundo por decreto, lo hace con el aire dramático y cargante de los profetas. El atavismo religioso permanece en lo último de la profunda conciencia. Hemos oído alabar el simbolismo religioso de Dostoiewski a gentes que se creían libres de prejuicios místicos. La religión seguía clavada en la carne. Allí permanecía con salvaje resistencia a las ideas universalistas; allí estaba escondida como una fiera dispuesta a morder. En la caverna alentaba para acometer, y necesitaba acometer para alentar. Si tales gentes se encuentran ante verdades desnudas, ante universalismo laico, trepidan y patalean de rabia. En vez de enterrar a Dostoieswski, se lanzan contra Bakunin, y así se prolongan las confusiones. Nuestra desdichada generación, envenenada por el alcohol religioso, quema los altares de tal o cual confesión para demostrar que quiere libertad de cultos, pero queda el mesianismo en la conciencia. Se queman los altares pero se tiene un altar tan mesiánico en la conciencia como el quemado. Sigue la creencia en milagros. Aplicado este criterio a los problemas sociales, no produce ni produjo ni producirá más que catástrofes.

La persistencia del culto mesiánico produjo el fascismo y el bolchevismo. Hitler y Mussolini, como Lenin, se sirvieron de él, pero no lo inventaron. Estaba en las conciencias, y cada conciencia mesiánica era como el núcleo de un ciclón. Y si el mundo retrocede de ciclón a ciclón, de guerra a guerra, es porque las conciencias permanecen marcadas con signos de esclavitud y creen lo que no ven mientras no creen nunca lo que ven. He aquí las características de la credulidad. En esta credulidad es forzoso y justo incluir a todos los crédulos, de altar o no. La credulidad es un común denominador que engloba a los religiosos de rito externo y a los mesiánicos de rito interno. El universalismo queda paralizado por unos y otros mesiánicos en una querella perpetua que nos tiene amarrados a cadena perpetua. El Estado,

el fascismo, la autoridad y la burguesía se derivan del mesianismo multitudinario. Las doctrinas de mando se apoyan en el hecho cierto de que hay más millones, muchos más millones de seres que piden autoridad cuanto más se desacredita ésta. Las doctrinas de mando obedecen a este hecho. No salen de ninguna cátedra. Salen de la servidumbre voluntaria que ya La Boétie denunció como la peste del planeta. Creer que Hitler obligaba a los alemanes a ser hitlerianos a estacazos es una estupidez. En creer semejante estupidez y otras por el estilo, reside la confusión de nuestro tiempo y el desorden mental que nos lleva al despeñadero. Armados o desarmados, al despeñadero iremos a parar. Las armas no sirvieron de nada a Hitler, que tenía un cerebro de gorila y fue derrotado por la industria de paz, no por el militarismo tal como en sentido hitleriano se entiende este término.

El retroceder de las ideas universalistas está en el hecho de que incluso los núcleos sociales más avanzados se consideraban con derecho a desconocer los resultados de los millones de luchas que se habían dado con éxito promovidas por afines modestos, mientras las luchas de mayor volumen tenían a menudo episodios de retroceso, superávit de literatura deliberante y exceso de multicopistas.

Si se quisiera hoy escribir con método y garantía la Historia social de siglo y medio español desde 1800, nos serviría la magnífica aportación de Max Nettlau, que vivía en Viena. Nos serviría todo lo que hizo y escribió Anselmo Lorenzo, lo de Mella, lo de Prat. Nos serviría la labor de los grupos editoriales como *Tierra y Libertad*, sobre todo en la época primera. Nos serviría la nutrida bibliografía Urales-Gustavo. Nos serviría la labor inicial de los asturianos, la de Sánchez Rosa, el grandioso y nunca bien ponderado *Certamen Socialista*, la vida de Salvochea, el cantonalismo, los documentos de la Internacional, recogidos hasta ahora fragmentariamente en los archivos, pero no en el terreno mismo de la lucha. Todas estas aportaciones nos servirían. Las actas no nos servirían de nada, ni los manifiestos.

Las doctrinas apoyadas en Reclus tienen una independencia integral. Se produjeron al calor de las ideas universalistas, pero ningún organismo obrero universalista de área peninsular promovió su propaganda. Los adherentes animaban y sostenían las Editoriales, pero la iniciativa surgía de grupos independientes. Pensemos ahora si podrían servirnos los textos de prensa afín de carácter orgánico, y concluiremos con una negativa. Salvando excepciones, la prensa ha tenido excesivas preocupaciones orgánicas, y no ha generalizado la

propaganda universalista que pudo apoyarse en la afinidad evidente de los anónimos, cuya labor expuesta metódicamente era capaz incluso de neutralizar la crisis de crecimiento de los sindicatos urbanos que tantas veces se debatieron en conflictos, como los promovidos por el exceso de mano de obra acumulada, conflictos artificiales que suponían un divorcio funcional entre el campo y la ciudad y daban ocasión a las empresas para dividir a los trabajadores en parados y ocupados, ocupados más que nada estos últimos en promover paros para que trabajaran todos los parados.

Estos problemas artificiosos y la obligada defensa contra el terrorismo ocupaban periódicos y manifiestos, actas y circulares, tribunas, comités y asambleas. Los Congresos eran como períodos de reposo. La vitalidad encrespada tenía en ellos como un descanso, y bien merecido por cierto. Pero todos los textos que se emitieron han de revisarse. No para cambiar su raíz, sino para ampliarla, concretizarla y justificarla con la experiencias que tenemos de la guerra civil y de la guerra mundial. Nunca se ha demostrado como se está demostrando ahora el fracaso de la autoridad y la inutilidad de pactar con ella. Nunca se ha visto como ahora el contraste de la política, toda ella sin honradez, con la honradez sin política. Sin política, pero también sin método.

Este método es indispensable que tenga actualidad entre nosotros si queremos llegar a realidades verdaderamente revolucionarias, arrinconando la demagogia que emplean hasta los jesuítas, podando radicalmente la burocracia y exponiendo en términos claros lo que todos los evolucionados hicieron como razón de lo que pueden hacer, fijando lo que ya no es sólo aspiración. Una experiencia: vida cooperativa para la instrucción, para el consumo y para la producción; vida cooperadora para las libertades locales, compatibilidad probada entre el universalismo y la Federación de Autonomías Ibéricas.

Podríamos señalar lo que de acuerdo con el universalismo se produjo en España, tanto en libros como en acción. Y podríamos completar el cuadro subrayando los relieves de lo que el universalismo debe a la España mejor, si estas labores no estuvieran ya hechas y no mal hechas. Se han hecho en los siglos de civilización en el mundo desinteresado, en las altas preocupaciones, en la lucha, en la imprenta, en la vida relacionadora y matizada, en el cruce de pensamientos y sugestiones.

Pensad que por un acto afectivo libre podemos abarcar el mundo entero y comprender que la fraternidad ha de ser, no una norma fría, sino práctica esencial de convivencia. Pensad también que el acto afecti-

vo, por noble y generoso que sea, por amplio que viva en nuestra conciencia, no puede remplazar al conocimiento. Se puede amar al mundo, pero un movimiento afectivo no sirve para conocerlo. Y dentro del mundo, la parcela que presencia nuestras luchas y nuestras inquietudes ha de ser un huerto florido por nuestra actividad, no una estepa reseca por nuestra abulia y con resentimientos de caverna.

Para convertir la estepa en huerto, y el espíritu estepario cerrado en conciencia íntegra y ágil, hemos de proceder con método. Los astrónomos no hubieran hecho nada apreciable de no descubrir el método de rotación de los astros. Los astros, metódicos en la grandiosidad de sus movimientos, han hecho metódicos a los astrónomos. Éstos no han inventado ningún método de rotación. Lo han descubierto. La vida social no puede seguir en el período de la astrología mítica, y ha de vincularse al afán de descubrir, no de inventar. La electricidad existía en todos los siglos y se descubrió recientemente, pero ningún sabio la inventó.

En los hechos sociales que presenciamos hay un inmenso repertorio de valores libertarios. Si sabemos relacionarlos y relacionarlos con ellos, si sabemos abstenernos de dogmatizar y mandar, tales hechos contribuirán a hacernos metódicos y no delirantes. El método no es un freno. Por el contrario, es una comprobación de resultantes y un aumento de potencial. Las victorias irrebatibles, los éxitos de la audacia, las realizaciones grandiosas tienen método. El audaz. El verdaderamente audaz, no el histrión de la audacia, que cree actuar abedeciendo a un **pronto** mítico, a un presentimiento.

La realidad es que la misma audacia, la noble audacia que no gusta de exhibición, es un proceso determinado por fuerzas **domadas** en la intimidad, no por fuerzas **sueltas**, no por fuerzas caprichosas.

En el juego de pelota, el pelotari no es capaz de calcular repentinamente el ángulo de incidencia y el de reflexión de la pelota que devuelve a la pared, ni la velocidad que lleva la pelota misma, ni la fuerza con que la devuelve. Estas particularidades las calcula el pelotari en menos de dos segundos porque es un jugador experimentado y su agilidad tiene cinco, seis o más años de práctica. No juega caprichosamente. Si en un momento determinado es audaz, la audacia no es repentista. Puede ser incluso una reacción contra otra audacia primeriza que fracasó. En la intimidad del pelotari hay una variedad de experiencias que él mismo selecciona para elegir la más conveniente, no para ser audaz sin discernimiento. Todo ésto contradice la afirmación de que la audacia es un movimiento improvisado del ánimo, un hacer impulsivo.

CAPÍTULO XVII

País vasco y Cataluña

PAÍS VASCO

El vasco puro es el navegante; el planetario y aireado; el que no sabe decir *«Aita San Ignacio, agur»;* el pelotari ligero de piernas y de vista; el vaquero no contagiado de pesadez; el versolari de audacias apicaradas más que pícaras; el aclimatado a las artes eternas del hierro y del fuego, ya que la forja y la fragua son motivos esencialmente vascos.

Es el hombre del valle y del caserío, hombre un tanto aturdido por el matriarcado dominante cuando la casera es añeja; silencioso en el hogar, hablador cuando no hay faldas; varón con vagas reminiscencias de antropología asiática, caso de los únicos en el viejo mundo con el Cáucaso, Hungría y alguna zona báltica; es el *chapelaundi* o *boina grande* con ideas grandes, el que suprime, hablando en castellano, la curvatura de éste y se expresa en ángulo recto como si adivinara que el idioma vasco dio al castellano la fonética en *zigzag*, no la ondulación permanente de los tribunos.

El vasco es el descendiente del nómada que llegó por caminos vírgenes en siglos sin tránsito; el mañoso forzado del remo; el emigrante que distribuye leche en Buenos Aires, manzanilla en Andalucía y coscorrones en California.

El que iba a las romerías por el carácter laico que tenían; el erudito sin pedantería que toma el pulso a las palabras con muchas zetas y kas; el que juega con chapa de calderería, hornos y sopletes, como un Vulcano de Euzkalduna; el que canta y bebe a coro sin que el vino domine tanto como la desafinación; el que celebra y anima tradiciones populares fuera del rito; el que lleva la boina de vuelo con gusto (a veces un tanto fanfarrón), y sin darse cuenta lleva la boina pequeña, otras veces, como un solideo; el *aizcolari* o cortapinos que destroza un pino rápidamente a hachazos, y vence al buey abatiendo el testuz de éste sin adorar la fuerza.

Es el aclimatado a cualquier intemperie, casi siempre más saludable que la de su medio; el que cosecha **chacolí** ácido porque la uva sin sol no puede madurar; el que se siente epicúreo del estado llano ante una cazuela de bacalao a la **pil pil**, y dosifica el **chiquito** riojano con angulas; el que sabe hacer buena sidra con manzanas mediocres.

El vasco puro es un costumbrista morigerado para quien los devaneos novelescos y la lírica de volcán carecen de sentido; el **tenorio** es tan extraño a su sensibilidad como un drama balcánico; un pintor vasco —Echevarría— interpretó como nadie el safismo del **Burlador**.

Es el vasco surtidor de apuestas; para probar su confianza o su desconfianza con alguien, propone una apuesta o la acepta; la apuesta es su fuerte o su debilidad, lo mismo da; si pierde, pasa por desinteresado; si gana, por tozudo; el dinero es lo de menos.

Si viaja, hace papel alegre, aunque receloso cuando se siente preventivamente triste, lejos de las amistades del barrio; su barrio es Euzkadi, no la Diputación.

El verdadero vizcaíno, si está entre sus paisanos, parece un vizcaíno integral, pero entre no vizcaínos evoca al lapón en todo, aunque no es rechoncho.

Recordemos los rasgos mongoloides de Baroja y de Unamuno; los modelos de los hermanos Zubiaurre; recordemos las caras que dibujaba Arrús y las de Artefa hace veinte años o así; todo asiático.

El vasco puro es surrealista sin saberlo; imagina contrastes para la crítica con una risa a medio abrir; en las caras llenas de car-

ne, la risa es un poco escandalosa porque el relleno da tanta morbidez a la cara como a la risa; pero el vasco tiene en su risa preventiva un tono de envite mental como si el pensamiento caminara ojos adentro, prescindiendo de cualquier justificante en imágenes cazadas por la óptica.

Los vascos fundamentales no son acérrimos electores de candidaturas, caseras o no, navieros ni clérigos. Podrá el vasco fundamental tener apariencias devotas o patrón de partido, pero éste, como la devoción, quedan siempre en la superficie y en la veleidad. La misma religión romana parece en los vascos un pegote y no una creencia. La retina capta lo externo, pero la retina queda sin huella.

Está acostumbrado el vasco a un léxico que no es tan limitado como se dice, ni tan pobre de recursos como parece a los detractores del habla de los valles. El pensamiento del vasco puede refocilarse ojos adentro; su lenguaje, oído o emitido, tiene escasas referencias retóricas y da plaza a variantes espontáneas, de riqueza mental extraordinariamente suya; la intuición queda más libre, menos contrariada que en los idiomas arios, excesivamente estampillados y oficiosos.

Visitó en cierta ocasión un crucero japonés el puerto de Barcelona; las autoridades asistieron a un banquete a bordo, banquete ofrecido por el comandante del navío; entre los invitados de etiqueta había un matrimonio; catalán era el marido, no lo era la mujer; los licores movilizaron las lenguas, aguándose el protocolo al finalizar el banquete; la oficialidad del barco rodeó o bloqueó a la mujer del invitado catalán con todos los alagos y todas las deferencias de la cortesía oriental; ella, la mujer, no podía explicarse el bloqueo de los pequeños asiáticos; el marido estaba un poco escamado; la mujer, más de un poco apurada, y las otras mujeres en vilo, hasta que un menudo japonés, el más obsequioso de todos, explicó al invitado catalán, en correcto inglés,comprendido por el destinatario, que éste se había casado con una mujer de raza vasca; el marido la creía riojana, pero se enteró bien y resultó que el abolengo era vasco; los japoneses habían visto mejor que el mismo marido que los rasgos de la cara, los ojos y los pómulos de la mujer tenían tipismo asiático, de presencia corriente en Euzkadi.

Iparraguirre fue un rondamundos. En su himno, exaltador del roble de Guernica, están todos los robles del Universo, hermanos del de Guernica. *Munduban frutuba*, no *Guernikako frutuba;* y *Arbola santuba*, árbol santo, no por vasco, sino por árbol. Lo maravilloso, lo sustantivo es el árbol. Lo vasco un adjetivo de situación. La santidad es forestal, laica. Lo vasco es la inmediación geográfica, la toponimia, el área o término territorial. El roble no tiene patria ni cédula más que planetaria en Linneo y en los sucesivos botánicos. Si se le dice al roble que tiene patria, crece; y si no se le dice, también. Le basta ser un elemento de civilización en Guernica o en otro suelo. Iparraguirre da al roble una justificación universal, acorde con la mitología popular de los vascos. Los dioses de éstos transitan de noche por los robledales, y van de caserío en caserío con paraguas. Su divinidad está tan mermada, que no tiene poder para que cese la lluvia, hija del árbol, no de ningún cielo ritual. ¿Y no podría decirse que el paraguas es más simbólico de Euzkadi que Aguirre y el árbol de Guernica?

Astros y bosques viven eternamente en la más bella mitología vasca. El dios Kaneko castiga a los aldeanos ambiciosos y malignos destruyendo sus cosechas a garrotazos, pero es un dios bonachón con los aldeanos sin codicia.

Bolívar, toponimia vasca fluvial, fue uno de los promotores de la lucha en América contra la España de cripta y cirios. Otro vasco rondamundos de tipo asiático, aunque no tanto como Ignacio de Loyola. Los dos tenían siempre ante los ojos al diablo, no al familiar dios Kaneko. Para Bolívar el diablo era el rey de España. Para Loyola, el diablo era Lutero. Para el vasco fundamental, el diablo no existe. Si existe es porque aparece de vez en cuando encarnado en la mujer o en el recaudador. Bolívar se saturó de sentimientos de secesión, como sus afines de ascendencia vasca, radicados y no empobrecidos por cierto, en tierras nuevas, sutilizando a los indios. Era el de Bolívar un criollismo en alza cuando Riego se negó en Cádiz (1819) a embarcar para América con buen contingente de tropas, no queriendo sofocar la resistencia ultramarina contra el despotismo de la corona. Todo lo que sucedió desde la sublevación de Riego hasta la independencia americana fue consecuencia de aquella noble sublevación. Pero quedaban y quedan en América secesiones integrales en potencia respecto a la idea política de Bolívar, secesionista del Escorial fúnebre y también del indio bravo,más genuinamente romántico éste, y más americano que Bolívar.

Ignacio de Loyola, caudillo de las milicias de Cristo, capitán de una hueste que se llama a sí misma «de Jesús escuadrón militar», es un caso muy curioso de petulancia andante. Había leído muchos libros de caballerías. Sus más vehementes biógrafos recuerdan que fue paje del Intendente o Contador de Castilla, y gentilhombre del duque de Nájera en Navarra. Todos estos personajes no tenían más misión que perturbar la vida de Castilla y de Navarra a costa de éstas.

No sabemos qué relación puede haber entre la servidumbre de Loyola cerca de tan empinados jerarcas y los libros de caballerías. El hecho es que Ignacio abandonó el servicio de las armas al ser herido en la Ciudadela de Pamplona y que dejó de ser militar para ganar el cielo, pero sin abandonar la mentalidad caballeresca, procedente de la Media Luna, no del Evangelio.

La ocurrencia de velar las armas en Montserrat le vino de la lectura de los libros de caballería. «Tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadis de Gaula y semejantes libros, y veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas». Estas palabras son repetidas por el jesuíta Cándido de Dalmares, demostrando las manías andantes de Loyola. Al final del libro 4º. del *Amadis*, como corona de la obra y anuncio de su continuación en las *Sergas de Esplandián*, se describe con todo detalle cómo el primogénito de Amadis y Oriana, junto con los cuatro donceles que formaban su corte, fueron armados caballeros.

Desarraigado Ignacio por la profesión de las armas, la servidumbre y los libros de caballería —tres cosas poco vascas por cierto—, se entregó a las fantasías más delirantes. Al revés de Francisco de Sales, que decía: «Un alma es ya suficiente para un prelado».

Tenía Ignacio su heroína lejana. Voto de castidad hizo como don Quijote. ¿Qué Dulcinea era la de Ignacio? Un ídolo palestiniano de existencia incierta, antítesis conceptual de los dioses vascos, una mujer de supuestos atributos celestiales y procedencia judía. Ignacio discutía acaloradamente los privilegios de su dama, como don Quijote discutía los de Dulcinea, con todos los semejantes que topaba. Había adorado Ignacio a su Dulcinea en efigie. Fue en Aranzazu, camino de Cataluña. Ignacio galvanizó la idolatría al icono con faldas, tan extraño a la mentalidad vasca como la melosa devoción propagada por los jesuítas en sus colegios. Recuérdese la despedida al icono con faldas que describe el jesuíta Luis Coloma al principio de su obra *Pequeñeces*. Un adolescente piropea al bello icono virginal con una serie

de expresiones amorosas, inocentemente carnales y claramente lascivas.

Copiaba Ignacio la galantería caballeresca, antídoto del humor vasco para todos los estilos, incluso para el amatorio. Y la reducción a cero del carácter fue copiada por Loyola de la mística del Indostán, mientras los vascos tienen una mitología astral y forestal, con dioses que llevan zuecos y presiden familiarmente el fermento de la sidra, las mareas, la ronda del *chistulari*, el recrío bovino, el plenilunio, los desafíos de poetas de esquina, los aguaceros y la espantadanza, pero no presiden ninguna desgracia, ninguna guerra, ningún velatorio, ninguna plaga.

Ignacio servía los intereses del César hispano, antivasco de raíz. Servía las ordenanzas caballerescas en lo que tienen de superficial. Por entonces vivía en Flandes el filósofo valenciano Vives. ¡Contraste con Loyola! Vives veía pasar sus días de placidez en Brujas, ciudad de gótico florido lindante con el barroco. Se casó en 1524, no con una dama imaginaria, sino con la valencianita Margarita Valldaura. Era el hombre más extraordinario de su tiempo. Había ido a Brujas buscando paz en aquel armonioso resonador de carillones y relojes. Admirado de Tomás Moro y Erasmo, doctor de Oxford, de la Sorbona y de Lovaina, auscultaba el pulso de Europa. No quería, según su frase, «Ser médico de locos». En las disputas de Basilea, de París, de Amberes, los escritos de Vives daban una luz sin igual. Al terminar el trabajo, quemaba en la estancia incienso y enebro. Este último neutralizaba el perfume no evangélico, sino arábigo. Pedía a Margarita que cantara algo al son de la vihuela mientras llegaba el sueño a aquel cerebro cansado, uno de los más claros de Occidente.

Acuden los contertulios: Astudillo, el buen humanista; Martínez, médico levantino, y los fraternales amigos flamencos. Todos beben Rioja y sorben naranjas valencianas, que llegan por los canales. Hablan de las canciones de cuna que compuso Ausías March, y cantan todos a coro. Iba a empezar en Flandes el terror español, alumbrado por cirios. El duque de Alba, que no sabía escribir, iba a llegar para pasar a cuchillo a los flamencos, tan amigos de Vives.

Ardía por entonces la polémica entre Enrique VIII de Inglaterra y la potestad clerical romana. Enrique iba a repudiar a Catalina de Aragón para seguir sus francachelas. Llamado Vives como mediador, tuvo que apartarse de la corrupción. Enrique VIII de Inglatera, como Enrique IV de Francia, cambiaban de religión para mandar y proveer el serrallo, cosa que Felipe II de España hacía sin cambiar de religión

y tal vez sin cambiar de camisa. Vives, la inteligencia poderosa de su tiempo, se consideraba desterrado porque en España dominaban los inquisidores, que estaban a punto de llegar a Flandes para quemarla con fe única en las hogueras.

Nótese el contraste entre el humanista Vives y el intrigante Loyola. Es curioso ver al movedizo vasco con rasgos asiáticos crecerse y tenerse por un Cristo más aniquilador que el mítico, asiático también. Pero lo más curioso es ver que la raíz ignaciana de los Ejércicios arranca de un asiatismo humilde en apariencia, absoluto y disoluto en la base. Sabido es que el famoso Claret fue rechazado por la compañía Vasco Navarra de Jesús, y que no pudo ser jesuíta. Resentido profundamente el padre Claret, fundó otra regla y declaró la guerra al diablo, en competencia con los ignacianos. El padre Claret ha subido a los altares con el título de bienaventurado, beato o semisanto. Y cuando los jesuítas se enteraron del caso, dijeron para su sotana: «La ascensión del padre Claret al santoral prueba que es más fácil entrar en el cielo que en la Compañía de Jesús». La Compañía es el supercielo y Roma una colonia de Loyola.

Sólo un dasarraigado como Loyola, ajeno a la mitología vasca —tal vez asiática, pero epicúrea y llana, no episcopal— podía adentrarse por la mística del Indostán siniestro, no del floreal, ajeno a las castas y a los misterios.

En 1522, fecha de la vela de armas de Ignacio en Montserrat, quedaba en España un regusto de insistentes motivos árabes. La caballería andante fue uno de ellos. Era tan corriente todo lo árabe, que el propio Juan de Mariana, jesuíta y autor de la teoría del regicidio legítimo, afirma que hasta los sermones católicos se hacían en árabe.

Para Loyola, el diablo era Lutero, el Anticristo. Pero encarnado el diablo en Lutero, quedaba Satanás minimizado. Llegó a tales extremos la desencarnación del diablo, que los jesuítas han hecho de él un personaje correcto, indulgente y suave. Cuando una penitente acude a la confesión y se declara poseída del diablo, los ignacianos disuelven la inquietud en una absolución perfumada. La oveja descarriada aprende así a pecar con más incentivo. Los jesuítas que nacieron, según ellos, para apartar la frivolidad de la devoción, contribuyen a dar frivolidad a la vida y a la religión misma. Dan más frivolidad a la vida que cualquier espectáculo mundano. Al propio Cristo falsificaron los jesuítas en la iconografía.

Es curioso observar que los alemanes y los suizos reprodujeron la figura de Cristo rubio en cromos de exportación para España. La

invasión de Cristos rubios, mansos y afeminados, coincide con el principio de la mística racista germánica en la segunda mitad del siglo pasado. Hasta entonces, el Cristo ibérico, a pesar del antecedente flamenco o derivado catalán cuatrocentista, era moreno y semita, no ario. Moreno es el Cachorro de Triana. Lo es el Cristo de Velázquez, como el de Medinaceli, y el castizo de los imagineros. Lo es el de Lepanto, el de El Escorial —que no se enseña a las mujeres—, y no hablemos del de Goya, que es divertido trigueño, y probablemente blasfemo.

Los Cristos tradicionales de España son morenos y flacos. Cuando Alemania constituye el imperio en 1871, se ve España invadida por Cristos arios, robustos, de tez mantecosa y blanda, como el emperador Maximiliano de Méjico. Tienen el color del cabello parecido al del pan a medio tostar. ¿Qué se hizo del Cristo agitanado y macilento? Fue suplantado por un bebedor rubio de cerveza, por un Cristo prusiano.

Obra de ignacianos hijos de aquel andante Loyola, vasco renegado que loyolizó Roma y el cartón piedra y entró a saco con las misiones vociferantes en el viejo solar parroquial, adornando las capillas de culto nuevo con decoraciones de *cabaret*. Lo mismo quiso hacer, adornado con la cruz gamada indostánica, el soez pangermanismo de Europa con la Europa catedralicia y roída.

Tres vascos notorios, tres vascos rondamundos, desfilan por los siglos con aire distinto.

Iparraguirre como universalista —*Munduban frutuba*—, falsificado por el nacionalismo. Bolívar como criollo gubernativo, convertido hoy en moneda. Loyola como cismático separatista de Euzkadi astral y forestal, como fakir y encantador de serpientes con velo, cargadas de iconos y devocionarios, y de contricción sonriente.

De los tres, el vasco fundamental es Iparragarri. Llevaba dentro la grandeza planetaria del roble, la saludable fraternidad de los dioses vascos y la belleza de los astros, luminarias de todos los pueblos.

Los vascos nacionalistas se autoacoquinaron con el *Antiguo Testamento* y con el Nuevo. Se creen la aristocracia del mundo porque adoran una divinidad judía con el hijo alejandrino en unión de la paloma simbólica salida de la jaula de Platón, y pasada por la magia egipcia, como pasa por el De profundis el culto a los muertos.

Se creen hijos de una raza-isla cuando celtas y moros, Rodríguez y Pérez, salen a cada paso entre los *gudaris*; cuando el mundo semita los cruza honorablemente, pero el interés los deslumbra y la idea de patria los sitia. Y es curioso que, en nombre de la ley vieja, adopten la magia españolista, indostánica y cesarista de Loyola, tan forastera en Euzkadi como el latín y la petenera.

El idioma venerable no puede ser una disidencia. Todos los idiomas tienden a expresar ideas universales para tener crédito por lo que dicen, por lo profundo y humano que elaboran.

En Euzkadi, la humanidad está en lo que no es oficial ni oficioso. Está en aquella muchedumbre vestida de azul, metalúrgico que sale de los grandes talleres y pasa por los pequeños con aire apresurado; en la galerna vencida; en la mina poblada por la fatiga; en los libros, vascos o no, escritos sin sumisión a los dogmas patrióticos; en el mar, que no tiene amo ni lo han fabricado los vascos; en la pradera, en el surco y en el caserío sin esclavitud. La raza es un pretexto para endiosarse, cuando el *maketo* y el *belarrinocha* han dado a Euzkadi pirámides de oro como las de Egipto, Sabino Arana Goiri no dio más que proclamas.

En los primeros años de este siglo era moda exaltar todo lo vasco. No era moda muy ajena a las conversaciones veraniegas del Cantábrico. Coincidía, sobre todo, con las iniciativas de asalto del capital vasco, conquistador industrial.

Con el título *Euzkadik Iberia lurraldeko arriak alkartu* (Euzkadi ha unido las tierras de los Pueblos Ibéricos) sostiene José María de Leizaola que Euzkadi ha logrado unir Portugal, Castilla, Euzkadi y Cataluña, sirviéndose de dos grandes empresas: «Hidroeléctrica Ibérica e Hispano-Portuguesa de transportes eléctricos»; ambas constituídas por vascos, y domiciliados en Bilbao.

La primera empezó por crear una red de energía eléctrica para dotar a San Sebastián, Bilbao y Vitoria. En 1907, la red, que apenas desbordaba los límites de Euzkadi, tenía un desarrollo de trescientos kilómetros escasos. Fue el primer transporte de Europa a tan alto voltaje (treinta mil voltios). Buscando nuevas fuentes de energía, construyó los saltos del Cinca y del Cinqueta.

La segunda («Saltos del Duero») fue fundada por Echevarrieta para explotar la energía de aquel río. En 1936, los cables conductores de energía a ciento treinta mil voltios llegaban a Bilbao, donde se encontraban con los de la «Hidroeléctrica Ibérica.» Portugal, Castilla,

Euzkadi y Cataluña, unidas en una red, podían cederse la energía en todo el territorio desde el Atlántico al Mediterráneo. Los trabajos costaron quinientos millones de pesetas de capital vasco. Las instalaciones de ambas empresas llegan a una producción de cuatrocientos veinticinco mil caballos, calculándose que sólo las del Duero alcanzarían seiscientos cincuenta y cinco mil al terminar el programa de construcciones. (Datos de la revista *Iberia*, París, Nº. 1, abril, 1945).

De esta expansión industrial se nutre la política nacionalista de Euzkadi y su capitalismo. Por una parte, se pregona el odio al *maketo*. Por otra, se practica el unitarismo económico, ya consolidado en buena parte con negocios navieros y mineros. Todas estas corrientes y la derivación bancaria vasca, invasora insistente del territorio español, dan idea de la cuantía considerable del ahorro, transformado en trepidante y galopante por el esfuerzo de la España quieta; vivero ésta, sin embargo, de brazos superactivos, explotados con tanta fruición que a ellos se debe la masa acumulada del capital de maniobra.

Tal vez influyó en el predominio de motivos vascos la arremetida del durangués Urgosti al frente de sus innumerables vascos en *El Sol* contra el periodismo de brasero, dominante todavía en el Madrid larresco y mesoneresco hacia 1917.

Salaverría era como un fiel contraste de vasquismo. Tenía la boina una significación mística. Uzcudun reforzó la mítica. Pero, en realidad, sólo tuvo el púgil de Régil nombradía cuando dejó de ser vasco para entregarse a la vida disipada que le inutilizó como profesional del puñetazo afroyanki. Fue abatido por la vida desnivelada fuera del ring. No derribaron a Uzcudun los hombres, sino las mujeres. Y ya derribado, se hizo terrorista.

Los remeros de Ondárroa parecían dioses racistas. Maeztu se tenía por su plenipotenciario. La moda de lo vasco contribuyó a la nombradía de Unamuno, de Baroja, de Ignacio Zuloaga.

Éste movilizó muchas plumas con su *Segoviano*, el retrato toledano de Barrés y el babilónico de la condesa de Noailles, sin olvidar aquellos nubarrones del picador, el barbarizante retrato de Belmonte y el siríaco de Pastora Imperio. La pintura española era casi un cementerio cuando el pintor eibarés empezó a dramatizar todavía más los motivos españolistas literarios —lo que hizo Barrés en su libro sobre el Greco—, mientras los escritores buscaban expresiones gráficas por influencia de la pantalla. Teníamos siempre a la vista regatas en Donostía y azules siderúrgicos. Unamuno, trágico y angustiado como un agonizante genial, pero agonizante y

coleccionista de sobresaltos, vivía en Salamanca dorada por el sol, Sinaí casi acaparado por el vasco, de chaleco tan cumplido hacia el cuello como el de un clérigo protestante.

Oñate, núcleo de vascos estudiosos, estaba en cuarto creciente. Cuando había profesores vascos jueces de Euzkadi, como Aranzadi y Apráiz, constituían hogares de Oñate. Se intentaba la revalorización de Zumalacárregui, del fraile Vitoria, de Azpelicueta. El doctor Moneva, Gracián moderno entre el especialista Eugenio d'Ors y el Ebro, escribía heroicamente *Nabarra* creyendo sembrar indignación, pero indignando sólo a los caracteres de imprenta. En Zaragoza, ciudad santa de madrileñismo, había un club de vascos y catalanes nacionalistas, discípulos de Royo Vilanova. Los coros vascos eran guturales y alpinos, los catalanes suaves y gangosos. Donostia, fraile talentudo, propagaba el canto popular vasco pagano. El maestro Esnaola, Usandizaga y Guridi irrumpían en la escena lírica con sus vascos enterizos, que en la procesión cantaban horriblemente. Hubo que refinarlos. El *zortziko* no sonaba ya como campanada de ermita. El doctor Asuero completaba la expansión vasca con su imperialismo del trigémino, compitiendo en el icono de Begoña y las brujas de Zugarramundi. Por toda España había corredores vascos comisionistas de papel vasco y máquinas de Eibar.

El socialismo de Euzkadi era un hijo adoptivo de Indalecio Prieto, quien acabó cantando el *Guernikako Arbola* con los nacionalistas, pasados los tiempos de Perezagua, cuando nacionalistas y socialistas hacían las elecciones a tiro limpio para mandar más que todos los vascos, fueran o no socialistas o nacionalistas.

Se dio la originalidad del gran paisajista Regoyos, de Mongrovejo, del escritor Tomás Meabe, la captura de giros y neologismos pintorescos de Morlane Michelena, la boga de las historietas de caserío, la moda de veranear en Lagueitio o en Roscenvalles.

La marea vasca contrapesó a la catalana. Ambos tenían en Madrid sus focos de influencia, pero entre los dos había poca relación directa. Los vascos aspiraban a españolizar su capital, los catalanes de Cambó a catalanizar anecdóticamente los ministerios de la corona y al Faraón coronado. Cada núcleo seguía su camino con obstinación. Los vascos creían que Bilbao era un Londres en pequeño; los catalanes que Barcelona era una Marsella grande. Vascos y catalanes tenían, sin embargo, la mirada fija en el Madrid de las concesiones.

Quedaban lejos los tiempos fabulosos de Euzkadi. En naves chicas habían ido los vascos al Pacífico o a la zona polar, tripulando

veleros no mucho más grandes que un ataúd. Marinerazos tremendos de altos, de la estirpe de Balboa y Oguendo. En cambio los barcos que cruzan los mares conocidos, marineritos de juego llevan.

Tal vez Euzkadi guarde una posible expansión de la idea autonómica integral que arranca del individuo. No como elemento ocioso aislado, sino laborioso y sociable. El pueblo vasco es razonador, individualista y un tanto inclinado al humor. Apenas vivieron entre él propagadores de autonomía suelta, sino acérrimos de autonomía gubernativa, que arranca del púlpito de la Diputación o del antro bancario, no del vasco de carne y hueso. El vasco que tiene costumbre, oficio y vocación de menester útil, es probablemente el que dentro de la Península se parece más a ese tipo europeo que podría aclimatarse rápidamente en Manchester, en Lyon o en Milán, sin apariencias de aldeanería.

El viejo idioma de los valles de Euzkadi es uno de los más eficaces para comprender las hablas orientales y su choque con el castellano, choque atenuado por siglos de contactos pacífico, no de pelea.

Si el español no vasco se interesa por el idioma venerable de Euzkadi en vez de denigrarlo; si redice la chacota y la murmuración; si los elementos vitales de Euzkadi son bien comprendidos en vez de confundirse sus expresiones externas, no habrá necesidad de insistir en ninguna aspiración fraternal, porque la fraternidad se producirá espontáneamente de hombre a hombre. Este es el principio para entender lo que es autonomía. Y sólo cuando se entiende se practica.

Amigo vasco, eres vasco de la misma manera que asiático europeo, sin que tu voluntad te hiciera descender de sangre determinada. Pero antes que vasco y europeo, eres hombre. Como hombre tienes más personalidad que como vasco, más fueros y franquicias, más libertad y derechos. El derecho a respirar lo tienes como hombre. El de cultivarte y asociarte, igual. El de luchar por la libertad como cualquier otro hombre de cualquier otro clima, lo mismo. El de hablar tu idioma o hablar otro para entenderte con tus semejantes, no es un derecho específicamente vasco. Es un derecho específicamente humano que nadie te puede discutir. Habla con deferencia otros idiomas y de otros idiomas y así harás estimar el tuyo. No carece de ejecutoria tu idioma natal. Los otros, tampoco. La batalla de las lenguas es un contrasentido. No puede imponerse ni reprimirse una len-

gua que sabes hablar con matices aprendidos sin disciplina ni coacción.

Sé todo lo vasco que quieras, pero no aceptes ninguna estampilla. Puedes unirte a otro vasco y a otro de tu vecindad por pacto libre, y luego tu pueblo o tu ciudad unirse a otro pueblo o a otra ciudad por pacto colectivo, igualmente libre. De tu persona arranca el pacto, no de un partido con otro. Delibera sobre el contenido del pacto con tus iguales. Así es como no habrá ningún privilegio, ninguna jerarquía. La familia no necesita leyes. ¿Por qué ha de necesitarlas la familia social? En la familia puede haber leyes —las de la riqueza, las de la autoridad—, pero nadie las impone a los conjuntos familiares de vida laboriosa, a los conjuntos que viven de su esfuerzo, es decir, al noventa por cien de los vascos.

¿Para qué necesitas el partido? Los partidos dividen, parten, disgregan a los vascos y a los que no lo son. Todo programa de partido, vasco o no, va contra la fraternidad de los vascos. El Estado, vasco o no, te necesita para que hagas puentes; te necesita en fundición, en la máquina de un vapor, en el fondo de una mina. Te necesita para que pagues impuestos. Fuera del Estado te necesita el empresario, compadre del Estado. Todos te necesitan. Tú, en realidad, no necesitas a nadie. ¿Por qué no reflexionas? Los caminos, tú los haces, no el Estado ni la Diputación, que jamás empuñan una herramienta de trabajo.

Si quieres estar en un partido, ve al partido de los que aprenden geometría, al partido de los que se duchan a diario, al partido de la cooperación económica contra los intermediarios, es decir, a los partidos de finalidad solidaria con aspiraciones concretas donde tu personalidad no padece menoscabo, y todo lo que se hace se discute y acuerda antes. No tienes libertad local porque no quieres. El Estado consigue arrebatarla porque no la usas, porque la renuncias en favor de los partidos, como renuncias a tu fuero de productor abdicando de él y de tu fuero de consumidor, dejándote manejar por el comerciante, que te envenena con productos inferiores y caros.

Sé todo lo vasco que quieras. Honra tu idioma sirviéndote de él para expresar altos pensamientos, para curar el odio ciego que te inyectaron, para comunicarte con afines, para cantar el poema de Euzkadi: *Gris nuboso, azul horizonte y verde robledal.* Ama a tu valle, pero el amor al valle, como cualquier amor, es sólo fecundidad, no otra cosa. La fecundidad es tu hija, y no es otra cosa. Y todos los fecundadores son hermanos del valle y hermanos entre sí.

Sé todo lo vasco que quieras, pero olvida las viejas querellas históricas. Euzkadi y el mundo viven a pesar de tales querellas, no por ellas. Tus problemas son parecidos a los que inquietan a millares de seres machacados por el nacionalismo, grande o chico.

Los distintos nacionalismos se desafían, se engañan, se entremuelen unos en otros, se aplastan. En la base de todo los desastres está el nacionalismo. Cuando un nacionalismo tiene poco territorio, se confunde con un nacionalismo de área grande para ser satélite de él. Esto no es más que servidumbre, amigo vasco.

CATALUÑA

Lo primero que salta a la vista en la Cataluña moderna, es la política. Es allí una obsesión. Ninguna zona peninsular hizo tantos ensayos políticos como Cataluña. Ningún pueblo tuvo su cuerda vibrátil, tensa y pronta para la protesta política, como Cataluña. Pero todos sus episodios políticos desembocaron en catástrofes.

Éstas acaparan el período depresivo hasta el recobramiento. Sigue una época delirante y sobreviene otro colapso. Nuevo recobramiento, nuevo colapso. Y así, sucesivamente.

¿Cómo se explica que un pueblo tan bien dotado para el trabajo, la cultura, el arte y la vida sociable, fracase constantemente en sus empresas políticas? Las causas son complejas, aunque inseparables de un hecho repetido.

El hecho es éste: Cataluña emplea en su política procedimientos diametralmente opuestos a los que emplea en todas las manifestaciones restantes de actividad.

¿Obedece esta contradicción, tan visible en la pleamar política del país, a un exceso de vitalidad, a un desbordamiento de energía no empleada en otros cauces? Toda energía desbordante es derrochadora. Es el caso de Cataluña, que se empeña en tener Historia, cuando los pueblos felices, como las mujeres felices, no tienen historia.

Todo lo no político es en Cataluña comedido. La intercomunicación elevada, el vaivén vecinal y corporativo, las modalidades estables conquistadas por avance de costumbres, parecen responder a la inquietud activa contrapesada por el sosiego relativo que se logra con *seny*, con discreción; que se mantiene razonablemente sin aspavien-

tos, y en algunas zonas de las clases modestas evolucionadas puede presentarse como un modelo de convivencia de altura. Pero en cuanto se establece la hidrofobia de un partido político —de izquierdas o de derechas—, las modalidades estables quedan sin uso. Los partidos se sitúan en pie de guerra, en perpetuo desafío. Aparece la gigantomaquia y el patetismo. Siendo los catalanes razonadores, empiezan a cantar himnos con voz temblorosa, a agitar banderas, a dar expansión a cierta impaciencia eruptiva, a tropezar en el pasillo con las sillas, a darse coscorrones en la calle.

Las multitudes se congregan ardorosamente. Con sol o con frío ocupan grandes perspectivas urbanas. Cualquier domingo alcanza proporciones apoteósicas. Los manifestantes vuelven roncos a casa. Una vez en el comedor o en el despacho resuelven sus problemas familiares con parsimonia. Pero en la calle y en el club, en el casino de barriada y en el mitin monstruo, todos los monstruos que desfilan por el escenario parecían poco monstruos. Quien haya vivido en Barcelona los diez años anteriores al 19 de Julio de 1936; quien haya visto de cerca las concentraciones callejeras de carlistas y ateos, y sus abrazos en tiempos de Solidaridad Catalana, ya sabe a qué atenerse; lo mismo que quien recuerde las bacanales radicales y los desfiles electoreros de principios de siglo. El catalanismo fue aliado del lerrouxismo y del Arca de Noé. Eran tiempos manicomiales que forzosamente habían de desembocar en una catástrofe.

Cualquier espectador sin información exacta respecto a la efervescencia catalana; cualquier testigo indocumentado recién llegado, pudo deducir que aquellas multitudes densas habían alcanzado madurez política crítica, dicho sea descendiendo a la terminología convencional. Pero no. Los mismos manifestantes protestarios en la oposición, se echaban a la calle cuando gobernaban. Con el mismo ardor y con más armas que en la oposición, se lanzaban a la pelea cuando mandaban. Es un caso extraordinariamente singular. Contra él se han pronunciado constantemente en Cataluña los partidos que podríamos llamar de entretiempo: «Acció Catalana», equidistante de Izquierdistas y de catalanistas de Cambó, y la corriente mercierana del canónigo Cardó, separatista del carlismo trabucaire y del catalanismo izquierdista. Pero tanto Acció Catalana como Cardó, han carecido de masas.

Los partidos políticos obreristas complicaron la situación con sus desfiles delirantes. Desde los primeros tiempos de la República, cualquier tertulia de café se convertía en vivero de estadistas. En

cualquier saco de viaje, en cualquier maleta desvencijada, residía un partido, un bloque, una célula, un comité, un programa marxista unificador, una escisión. Los partidos izquierdistas y obreristas se unían, se separaban, se unían de nuevo, se adulaban, se espiaban, se atraían, se contraponían, se insultaban. Tenían órganos meteóricos. Pasaban al ostracismo sin gobernar, o a la gobernación desde el exilio. Pero no callaban.

La República despertó el apetito de millares de concejales y consejos en potencia. Fue una incubadora tan pródiga, dio un rendimiento tan grande de oficinistas, que los tinteros iban invadiendo toda Cataluña, noblemente reacia hasta entonces al balduque. Se asaltaban los cargos con tanto desparpajo, que los primates mismos habían de aceptar el hecho consumado del asalto, apuntando una tenue mueca de angustia.

En contraste con la política torrencial dominante, los valores más elevados de Cataluña menguaron. Los empleados imprevistos sobrepasaban en mucho a los empleos disponibles. La erupción fascista de julio del 36 sorprendió a la Cataluña oficial en la tarea de multiplicar cada tintero por cien. El paletismo llevaba papel sellado, como el otro y el otro y el de más allá.

Otro caso expresivo del patetismo catalán, vivo en la Cataluña oficiosa que quiere tener historia, no en la Cataluña hacendosa que justifica los verdaderos fastos históricos, está en la supervivencia de residuos patéticos extraños.

En el complejo político español hay tres jerarcas notorios: Castelar, Polavieja y Cánovas. Castelar fue el *chantre* del *trémolo* cardíaco. Polavieja, **el general cristiano**, un corazonista tenido por providencial. Cánovas alardeaba de espíritu fuerte y nivelado; definía la política como arte de lo posible; en realidad toda su vida fue una serie de prontos, de imprevisiones; el arte de lo posible era para Cánovas anticipar con su pobre mentalidad los límites de lo que él quería a todo trance que fuera posible: gobernar a los españoles más torpes con el concurso de los españoles inteligentes.

El patriotismo patético era común denominador a los tres. Cuando al morir hicieron lo único no censurable de su vida, quedó extinguida la memoria de los tres en todo el suelo ibérico, menos en Barcelona. *La Publicidad* siguió siendo un resonador castelariano cerca de un cuarto de siglo después de morir Castelar. El regionalismo polaviejista tuvo brotes y rebrotes en Barcelona en un espacio de

tiempo parecido, después de morir Polavieja. Respecto a Cánovas, *El Diario de Barcelona* no dejó de ser canovista hasta julio de 1936. No se ha dado parecido anacronismo en diez o doce siglos.

Pi y Margall, catalán, no tuvo en Cataluña ningún resonador, o tuvo pequeños órganos aislados sin influencia. Los discípulos de Pi, sobre todo del Pi traductor de Proudhon, eran en Cataluña los federalistas de las grandes concentraciones obreras apolíticas. Había en el Ampurdán, en Sabadell y en Reus, en las tierras entre Reus y el mar, pequeños núcleos políticos federales. Todos se confundieron en 1931, o después, con el partido nuevo de la Esquerra, conglomerado denso: «Estat Catalá» con Maciá, Dencás, Badía, Gassol y Aiguadé; «Joventut», de Lérida; «Partit Republicá Catalá»; Companys-Aragay con los *rabassaires;* grupo Casanova; «Partit Republicá Socialista del Empordá»; «La Falca», de Terradellas, adherida después; restos de la vieja «Unió Catalanista», de Martí Juliá; «Parti Catalá Proletari», comunizante, con alternativas de adhesión sentimental y pelea, como «Nosaltres Sols»; elementos sueltos de «El Pople Catalá», de Pedro Corominas; algunos militantes de la C.N.T. desprendidos de ésta, como desprendidos otros de «Unió Socialista de Catalunya», fundada por Campalans y Alomar en 1923. Finalmente, se adhirieron algunos intelectuales más. Rovira Virgili, que tiene cierto parecido con Almirall, es uno de los definidores de la «Esquerra». A pesar de que fue retardatario en sumarse a ella, es su doctrinario y, sobre todo, su cronista para la reconstrucción histórica nacionalista con bandera y música.

La guerra fue promotora o animadora de partidos. Recientes o no tan recientes, todos respondían a la voracidad constituyente en función: el «Partido Sindicalista», el P.S.U.C. soviético, el P.O.U.M. con sus múltiples escisionistas, etc. Ningún partido se acordaba de Pi y Margall. Ni de March, condenado a no poder unificar a sus devotos. Todos los partidos de cuño nuevo eran asimilistas, unitarios: La Esquerra unificó contrarios. El Partido Obrero de Unificación Marxista era unificador por definición. El Partido Socialista Obrero Unificado, con sus Juventudes, igual.

El nacionalismo catalán, como todos los nacionalismos, es un producto ideológico. Cuando se traduce en cosas concretas no es ni más ni menos que la equivalencia del concepto de propiedad. No aspira a apropiarse la tierra, sino a dominar a los moradores de ella mediante el sufragio abstracto que es, en puridad, la entrega de unos

hombres a otros, la propiedad de las personas transferida a un partido gratuitamente por la propia víctima cuando vota.

La propiedad de los hombres se confirma con el impuesto. El impuesto es inseparable de la técnica gubernamental. No tiene tope. Es un privilegio absolutista cuya aplicación para el pago resulta siempre forzosa. De ahí que los partidos representen el hecho de cobrar intereses sin tener capital. He aquí la aspiración del nacionalista determinante: gozar de renta careciendo de capital.

No se paga sólo el impuesto, como titular de resguardos. Se paga mucho más de manera indirecta: con el traje se paga la protección arancelaria; con los víveres se pagan los impuestos del expendedor, su instalación, su transporte; con el billete que se toma en la estación se paga la contribución de la empresa, y hasta sus gastos suntuarios completamente inútiles; con la renta y con el alquiler se pagan todas las tasas que abona el propietario; con el jornal se paga (o se cobra de menos) lo que el patrono abona al fisco.

Todos los Estados obtienen, como impuesto sobre el trabajo, aproximadamente el cincuenta por ciento de su haber. La mitad de lo que ingresa el Estado procede de la sangría que hace a los trabajadores. Y estos procedimientos de exacción forzosa, reivindicados y no conseguidos apenas por la Cataluña política, son comunes a todas las naciones, grandes o pequeñas. El Estado vive, pues, de no dejar vivir al súbdito. Que el Estado cobre al patrono lo que éste da de menos al obrero, o que lo cobre a éste directa o indirectamente, es igual. Siempre resulta que el patrono nada paga, y que el Estado, sin poseer un sólo céntimo, goza de rentas mucho más grandes que el capitalista, a la vez que utiliza a éste para no molestarse en recaudar a pequeñas dosis. Es un juego sumamente divertido para los nacionalistas el de sangrar a los súbditos.

El verdadero separatismo habría de consistir en separarse, resuelta y concluyentemente, del sistema injusto que consiste en tolerar capitalistas sin capital (los gobernantes) después de tolerar el privilegio capitalista propiamente dicho. Las reivindicaciones del irredentismo quedarían colmadas obteniendo el monopolio de sangrar a los catalanes, monopolio que los fieles del doctor Sangredo carpetovetónico no quieren dejarse arrebatar. Y todo lo demás es charanga en Barcelona y Madrid.

Cataluña ha tenido hombres decididamente convencidos de que la sumisión al centralismo típico de Madrid es una sumisión degra-

dante. Entre los catalanes convencidos de tal degradación, los hubo separatistas de tipo portugués, de tipo irlandés, y de tipo más moderado, inclinado éste al regateo y a la transacción. Pero hubo también muchos hombres, catalanes o no, que consideraban degradante la sumisión desde el punto de vista individual, no específicamente catalán. ¿Cómo comprender que sólo el catalán tenga graves disidencias con el centro? Sería aprobar un exclusivismo.

El catalán no deslumbrado por sus cronistas oficiosos, deslumbrados a su vez, sabe que el hecho de ser catalán se debe al azar y no a voluntad. Aquellos cronistas deslumbrados difunden el mito de la raza en contradicción de todas horas. «Somos griegos» —dicen para exaltar lo catalán—. El hecho de ser ilustre por nacimiento no convencía ni a los mismos griegos. Su arte y su civilización no dependían de ningún automatismo, ni tampoco de ser griegos zoquetes —como había muchos—, sino de ser griegos elevados, como los no griegos elevados por su esfuerzo, no por el nacimiento.

Otras veces el nacionalista con anhelo de grandezas se cree romano, fenicio o judío, en vista de que estos pueblos tuvieron épocas de discutible esplendor, inventaron los números y el Derecho de herencia. O cree, siendo republicano, que es algo así como familiar de condes y reyes. O supone que estos condes o reyes tenían delicada y desinteresada obsesión de crear una Cataluña unitaria para uso de las generaciones venideras y para que los catalanes no estuvieran sin patria, considerando que no tener patria es peor para los catalanes que no tener ojos, peor que ser huérfano o padecer de reuma articular. Criterio pobre que vemos arraigado en los historiadores oficiosos, siempre jugando con reyes y caballos de espadas. La patria es cantar las cuarenta.

¿Qué les importa a los millones de castellanos sin patria, a los que la patria molesta y sangra, que un catalán se queje amargamente de que en el Juzgado o en la Aduana, o en los periódicos de la tronada patriotería españolista, se le niegue la patria?

Los españoles han de entenderse por encima de juzgados y aduanas. La patria es el buen tiempo que se puede disfrutar. El españolismo es una cosa tan tosca que no se puede combatir con lloriqueos. Basta desempadronarse todos de la patria, y a otra cosa. Entonces cesarán las disidencias. Si contraponemos las dos tendencias del compromiso de Caspe o de la guerra de Sucesión y nos adherimos a una de ellas —sin haber intervenido en nada—, terciamos servilmente en pleitos ajenos y en problemas dinásticos, como criados de algún beligerante.

Se atribuía a Cambó un carácter separatista, cuando fue siempre un centralista y asimilista. Veamos:

1º. La Lliga de Cambó fue aliada de Salmerón, el republicano unionista de Solidaridad Catalana (1906).

2º. Lo fue de los socialistas unionistas en la asamblea de parlamentarios (1917).

3º. Lo fue igualmente de los republicanos unionistas, como de Lerroux, después de estar los dos a matar.

4º. De los ministros del gabinete-cordillera, caciques todos del asimilismo madrileño, que ofrecieron la cartera centralista de Fomento a Cambó a cambio de su defección como autonomista después del movimiento del 17.

5º. Lo fue de Gil Robles, el asimilista en el bienio (1934-36) de la República.

6º. Del «Instituto Agrícola Catalán de San Isidro», que acudió a Madrid con Cambó a pedir armas en los incidentes de la política *rabassaire*.

7º. Con el duque de Alba y el de Maura en la intención de sostener el Estado caótico y centralista rabioso de los últimos tiempos de Alfonso.

8º. De Maura, en el proyecto de Administración Local, intento asimilista en el fondo porque centralizaba los impuestos.

9º. Fue asimilista adherido al pangermanismo en la guerra del 14.

10º. Con los aliados, fue unitarista en los Bancos Suizos, cómplices de ocultismo después de la guerra.

11º. Volvió a serlo con los alemanes, arruinando a muchos tenedores de marcos que convirtieron pesetas en papel mojado por consejo de Cambó.

12º. Insistió en favor del pangermanismo centralista al comprar bienes alemanes procedentes de la liquidación de la guerra como ganga accesible con pesetas-ganga, adquiriendo, no marcos-papel, sino cosas fuera de España y negocios eléctricos en América.

13º. Su punto de vista autonomista se reducía a pedir para Cataluña un régimen equivalente al de la región que tenía menos autonomía de Alemania. Después de Bismarck ningún alemán tenía autonomía frente al Estado. Ni antes tampoco.

14º. Fue Unionista con aliados y germanos en el internacionalismo bancario acumulativo y en las empresas fáciles de rendimiento alto.

15º. Como Ministro de Fomento de Alfonso ideó un proyecto (que no pasó de tal) preconizando el empréstito totalitario que, según afirmaba, hubiera permitido cruzar España de canales y caminos en diez años. El Estado podría reembolsar a los capitalistas del empréstito con el gravámen sobre la riqueza nueva. Un supuesto autonomista confiaba al Estado Central una catarata de millones con iniciativa única y control absoluto de las Obras Públicas. En vez de apartar al Estado de las Obras Públicas, que son un sumidero de millones mal invertidos cuando se invierten, Cambó reforzaba la potencia del Estado Central incontrolado.

16º. Fue partidario de la concentración bancaria contra las ideas de cooperación popular, tan arraigadas en Cataluña.

17º. También fue partidario de la congestión capitalista, opuesta ésta a la circulación de riquezas no controladas por los banqueros.

18º. En el terror oficial del Estado centralista, unido a los burgueses, catalanistas o no, éstos y Cambó estuvieron con armas y dinero contra la verdad y contra los obreros.

19º. Fue constantemente antifederal y anticatalán con Anido, contra la decencia catalana y no catalana.

20º. Mientras duró la guerra del 14, muchos especuladores improvisados quisieron enriquecerse rápidamente vendiendo a comisión a Francia, con frontera asequible y demandas copiosas, (Lerroux también era contrabandista entonces, como Romanones). Aquellos especuladores, cargados de proyectos pero desdinerados, acudían al Banco de Barcelona. Como todos los Bancos predestinados a quebrar, el de Barcelona tenía por Consejero y factótum a Cambó. El Banco no facilitaba dinero sin aval de Cambó. Este accedía, pero no como prestamista, sino llamándose parte en el negocio, que casi siempre era pingüe. Resultado: Cambó, germanófilo, habría créditos en el Banco para favorecer la causa aliada, y del negocio pingüe se apropiaba buena parte; pero al cesar la guerra, muchos especuladores quedaban en descubierto con el Banco que, aún en el caso de cobrar, obtenía únicamente el interés pactado; al Banco no le quedaba más remedio que quebrar, mientras su Consejero hacía negocios fabulosos.

21º. Fue un figurón de la C.H.A.D.E., uno de los negocios acumulativos más grandes de la América Latina.

22º. Quiso unificar la industria corchotaponera de Cataluña con la portuguesa y andaluza para que ningún corcho dejara de darle tributo.

23º. La *Lliga* siempre fue unificadora en sentido dictatorial y en política monetaria. Recuérdese la *Espanya gran* y los consejos de Cambó a Primo de Rivera.

24º. Como Mecenas, hacía falsificar a los clásicos, ateniéndose, él que se tenía por descreído, a los dictados canónicos unitarios.

25º. Las famosas tácticas de la *Lliga* se reducían a revalorizar a los técnicos electoreros (Agulló), a los preceptistas y financieros de calco (Tallada, Ventosa Calvell); a los secretarios inteligentes (S. Ximénez), a los industriales (Rusiñol); pero, en realidad, eran técnicos

tan arrumbados como el improvisado Estelrich, humanista arrumbado al servicio de Cambó. La técnica financiera de Cambó consistía:

a) En considerar que vivía en un país rezagado y, por consiguiente, imbuído de que el Banco no es más que una **guardiola**, una hucha donde va a parar el ahorro de unos cuantos que ahorran porque viven mal, y los beneficios de otros cuantos que viven demasiado bien.

b) Todo o casi todo se acumula en masa monetaria sin distribución ni transformación. El dinero se moviliza en billetes que cada día valen menos, si circulan o no, cuando el oro cada día vale más si circula menos, pero, en realidad, vale sólo para los que los sustraen.

c) El mercantilismo es la base de todo, no la técnica industrial. Y sobre el mercantilismo, la especulación bancaria **en seco**, acumulativa y guardiolesca por el procedimiento de esconder dinero ajeno para que produzca dinero propio, no cosas útiles, para consumir más, vivir más y ser más civilizado por crearse mayor número de necesidades progresivas y más medios de satisfacerlas.

26º. Cambó tenía un criado castellano por el gusto de mandar despóticamente a un castellano no imperialista a lo imperialista castellano y catalán; pero en Madrid se rebajaba Cambó a los centralistas gallegos, extremeños, castellanos, etc.

27º. Se ha dicho que Cambó representaba el capitalismo industrial de Cataluña contra la Castilla agraria y tierras inmediatas, —Aragón y Andalucía—. Todo ésto son frases hechas. En Aragón, Rioja y Navarra hay producción agrícola industrializada —en un territorio aproximadamente igual a la extensión de Cataluña— equivalente en pesetas a toda la producción de las fábricas catalanas. Con la desventaja para Cataluña de que las primeras materias no están en el país, como están en Aragón, Rioja y Navarra. El trigo para las harineras, los productos hortícolas para la industria conservera, la remolacha para azúcar y alcohol, etc. Cambó era un traficante que, para ser rico, hacía quebrar Bancos, los cuales no hubieran existido de no pagarse en Cataluña casi un millón diario de jornales de hambre hasta 1920. Como la C.N.T. no aceptaba este punto de vista, Cambó la quiso

destruir. En el gran combate, la C.N.T. sobrevive, naturalmente, a Cambó.

El superávit político de Cataluña contrasta con sus valores geográficos en acción.

Dentro de su perímetro estricto encontramos una buena parte de suelo ocioso. Corresponde éste exactamente al territorio montañés, dependiente antaño del carlismo.

Encontramos zonas agrícolas evolucionadas —Bajo Llobregat, Priorato para el vino, Costa de la Maresma para horticultura temprana, Poniente y Oriente de Lérida, llanos de Vich, Tortosa, cultivos selectos de Tarragona y su extensión hasta el Bajo Llobregat—. La Costa no ha resuelto el problema magno del agua potable, ni siquiera en Barcelona.

La riqueza potásica de Cataluña es patente, pero deficiente. Podría ir hasta el Ebro desde el Alto Llobregat por Gerri de la Sal, pasando por el confín de Cataluña-Poniente a Peralta de la Sal y Naval de la Sal, que marcan el predominio de venas halladas o posibles.

Barcelona es una sartén al fuego casi dos veces al año, por el hecho de no extenderse por las laderas montañesas la vivienda popular, en vez de construirse Ensanches suntuosos dentro de la cazuela para acumular valor comercial a los solares.

Los ríos son deficitarios en sus tramos bajos por saltos y pantanos, pero no hay corriente eléctrica barata en las urbes ni en los pueblos.

Las sierras secas al sur presiden vergeles, pero los hielan de vez en cuando. Hay contrastes impresionantes entre la Cataluña seca y la húmeda en espacios inmediatos. Hay semiespecies arbóreas de altura y semiespecies tropicales, pero escasean las novedades de tipo integral aclimatado. El secarral de las Garrigas pudo ser secularmente regable: El triángulo olivarero Lérida-Reus-Tortosa es muy próspero.

El termalismo es rico y variado. Hay un triángulo volcánico Tordera-Cadaqués-Olot. Entre Gerona y Figueras brota una fuente de agua ferruginosa caliente (treinta grados), que sale a presión. En la *collada* de Tossas hay fuentes de agua caliza tan fría que quiebra los vasos. Cerca de Guixols, a pocos metros del mar, hay una fuente que sale de la roca granítica. En la montaña de Vallgorguina hay fuentes de agua carbónica. Caldas de Montbuy, de Malavella, de Bohí, Caldetas, pequeña Sierra de Nalech-Vallfogona; en la Conrrería, fuen-

tes *d'En Beta y del Artillé;* lejos, Espluga de Francoli, etc. El agua mana con una liberalidad extraordinaria en la montaña del Cabo de Creus. Hay mica y, probablemente, diamante. Debajo de la potasa no tendría nada de particular que hubiera petróleo. Las excursiones por la Cataluña termal son inolvidables. Las entrañas de Cataluña son más ricas que los catalanes. Hay más riqueza escondida que descubierta.

Hay montañas, valles y recodos de belleza apacible y en Montserrat incomparable, pero canonizada.

Hay pequeña propiedad en los llanos y en la Cataluña media —colinas, colinas—, propiedad de uso, poco expansiva. Latifundio apenas existe más que en los antiguos secanos de Lérida (regados hoy por el canal de Aragón y Cataluña); y, ¿quién lo diría?, en las inmediaciones de Barcelona encontramos todavía labradores virgilianos, en contraste con la modernidad del transporte junto a zonas sin transporte.

El catalán es apacible. Cuando le hostigan los amigos contra el enemigo común, pierde la calma mucho antes que cuando le hostigan los enemigos. Pero recupera la calma en cualquier caso, y como político no sabe conspirar. Si aprende alguna vez a conspirar, será cuando las conspiraciones carezcan de importancia. Le han hecho perder medio siglo en el diálogo Madrid-Barcelona. La batalla de Prats de Molló es la única del mundo que triunfó sin llegar a darse.

«Ya veréis que pocos madrileños halláis en las alturas, en esas regiones elevadas en que se forja el rayo y desde las cuales se reparten mercedes; ya veréis cómo el pobre madrileño trabajador, aplacado y humilde, no puede vivir porque la invasión de provincianos ha encarecido de un modo extraordinario la vida. Inútilmente os cansaréis buscando madrileños en los asuntos oficiales; ni en las esferas del Gobierno, ni entre los opulentos capitalistas, ni entre los políticos más empingorotados. Hallaréis catalanes, muchos catalanes, gallegos y asturianos; muchísimos andaluces, una inundación de andaluces; pero madrileños genuinos, netos y legítimos madrileños, casi es seguro que no hallaréis media docena aunque los busquéis con un candil o con la linterna de Diógenes».

(A. Sánchez Pérez. *La Ilustración Ibérica.* Barcelona, 17 de Diciembre de 1892).

Sabadell es la ciudad de las puertas cerradas. Cada familia, propietaria de una casa baja y del importe de dos o tres salarios, es un pequeño Edén recoleto y apaciguado.

La mujer es ordenadora de pagos. Establece bases de cooperativa doméstica. Es depositaria de trajes planchados y ama de llaves que no se oxidan. Establece turnos para el asueto conveniente. Transige con la escapatoria dominguera. Su idea constante obedece a un criterio de seriedad sin excesiva confianza, nunca confianza sin seriedad.

No desdeña al marido. De ninguna manera. Pero considera que el marido es un ilusionista que pretende —fuera de casa— arreglar el mundo sin contar con el mundo. ¿Para qué más Arcadia que la casera y familiar? Una arcadia a plazos con muchos conejos, con los recibos coleccionados en una carpeta. El café que sorbe el marido en el bar es cada día peor. En casa, el café es irreprochable. Es el argumento que repite la mujer, en frases cortadas y cortantes. Tanto las repite, que el marido acaba por creerlas.

Las calles de Sabadell, rectas y solitarias, se animan al ritmo del horario fabril para empezar y terminar la jornada. En cada calle hay una cincuentena de familias en clausura y velos. La luz de contador se filtra por una pantalla de efecto tamizador. Luz sangrada, estilizada, nunca violenta. Los latidos del mundo llegan a aquella intimidad tamizados; como tamizados llegan la luz eléctrica y la luz del porvenir.

El plato es sustancioso, y a menudo recalentado. Todo se reglamenta con minuciosidad cada sábado al hacerse acopio y recuento de la semana cobrada por los familiares. El cincuenta por ciento se destina indefectiblemente al ahorro. Y no hay que atolondrarse. Para gozar una mesa de centro hay que soñarla seis meses.

A pesar del materialismo aparente de la familia, el cielo sabadellense de la casa de planta baja comprada a plazos, es un cielo poético. Ni sorpresas ni relaciones rencorosas. Tranquila astucia del ama, que esquiva litigios, extasiada ante el bufet nuevo y las sillas de fantasía. Alegría de tener cubiertos todos los riesgos, y de no molestar ni molestarse.

Este ambiente se parece al de las pequeñas ciudades industriales de Flandes, a las del Mediodía francés, llenas de pensamientos rentistas. Se parece a la California no aglomerada. Pero en Sabadell, la pequeña morada autosuficiente no se inclinó al protestantismo. Se reclinó frecuentemente en el espiritismo.

Los espiritistas de Sabadell practican un acomodamiento suave. Creen que saldrán perdiendo al desencarnarse y poblar un espacio extraterrenal. Profesan el espiritismo como entretenimiento para otra vida distante y, probablemente, menos divertida.

Sería injusto no recordar que los espiritistas de Sabadell dieron pruebas de solidaridad con estimables ciudadanos carnales que no eran de su religión, y que muchos de aquellos espíritus templaron la groseria ajena con delicadeza propia. En muchos espiritistas, su doctrina heterodoxa, respecto a los ritos vaticanistas, les llevó por anchos caminos de libre examen al apartamiento del *médium*.

Si tienen vida extralúcida después del sepelio y siguen o no interesados por las eternas querellas de la tierra, a los espiritistas en vida les interesa todo eso mínimamente. Su cielo de Sabadell está comprado a plazos. Como éstos se pagan puntualmente, no hay nada que desnivele la vida llevada con su cuenta y razón; nada que trastorne una existencia cronometrada más por el horario de la fábrica que por los espíritus. Si la mejor manera de descubrir al rival es exponerse a sus golpes, suprimido el rival suprimidos los golpes. Esta es la filosofía de los espiritistas de Sabadell, con su cielo comprado a plazos y su apego a la democracia política.

Companys era diputado por Sabadell y un poco espiritista. Cada año, en el aniversario de la muerte de Maciá, pronunciaba en el cementerio un discurso suave y conciliaddor, de tono distinto al de las usuales arengas de político militante. Un discurso blando que los sabadellenses comentaban cordialmente en su morada cerrada. Con Luis Companys habíamos estado en la cárcel y nos habíamos prestado la estilográfica para escribir, invitándonos mutuamente a café. Era un hombre entero en la cárcel, y bien demostró serlo al ser asesinado por los sayones de Franco. Sus reacciones tenían una viveza matizada. En el poder nada puede hacer un hombre así.

Una tarde le preguntamos en su celda, bromeando:

—¿Por qué no nos dejáis a los de la C.N.T. dentro de vuestros propios medios para hacer la revolución? Vosotros no la haréis...

Companys repitió vivazmente.

—¿Qué dirían en Sabadell?

Dentro del constumbrismo catalán de *terra baixa*, es decir, dentro de la vida relacionada del urbanismo grande o chico, hay, indudablemente, un superávit sentimental. Según el técnico de estadística señor Vandellós, el promedio de la natalidad en la clase media catalana es deficiente. Cuando hay un hijo único, caso frecuente porque el promedio no pasa de dos, se le educa de manera blanda. El *nen* es una institución catalana típica. El *nen* es el *reiét*, el reyezuelo de casa. Habla con la nariz. Tiene caprichos que molestan a los vecinos,

pero encantan a los abuelos y a los padres. No se le deja tocar en tierra al *nen*. Este da a la política, cuando es mayor, un tono subido de rabieta. Es susceptible y vidrioso. Por contraste tiene que bajar el diapasón. Incubada otra rabieta, se dispara con vehemencia, no con sagacidad. Y en política, aun prescindiendo de que ésta fue siempre integralmente infecunda, la susceptibilidad y la vehemencia constituyen el bagage fácil de llevar, bagage único de los que no llevan bagage.

Al parecer, estas consideraciones tienen importancia venial. Pero, advertirlas con el carácter general que tienen, equivale a hallarlas en el costumbrismo casero, que se refleja en la política y en otras manifestaciones más o menos públicas. Probablemente el excesivo mimo que se da en Cataluña de clase media al niño, al adolescente y aun al adulto (que siempre es el *noi*), obedece a los cambios rápidos de fortuna. Los padres han vivido difícilmente en su juventud y, por contraste, todas las contemplaciones les parecen pocas para el vástago; cuando se halla, ya mayor, con los topetazos de la vida, es un suspirante y un vehemente, caminando hacia el fracaso, sobre todo en lo que requiere firmeza de carácter.

Las ideas de patria catalana nacen en un ambiente confortable existente o deseado. Nacen con tanta fruición como el deseo de mazapán en la infancia. La patria es el mazapán, el mimo, el coro de alabanzas y autoalabanzas. «Fuímos a Oriente, tuvimos las primeras leyes del mar; nuestra autonomía tiene tres etapas y vamos a por la segunda, pero esperemos un poco porque la primera ha de reconstruirse...» etc. Y vuelta a empezar. Es un patriotismo paciente que se forma con impaciencias empalmadas. A los patriotas españolistas les dieron enormes, descomunales palizas en Europa, Asia, Africa, América y Oceanía. Los patriotas catalanes, si quieren nación, que se preparen a empalmar impaciencias y a recibir palizas de otros patriotas. El patriotismo es eso.

Las festividades religiosas tienen una significación de repostería en todas partes. En Cataluña, la repostería, y en general el pequeño sibaritismo de los ritos religiosos, es un trasunto del paraíso. Entre todas las religiones se prefiere el turrón, la torta y el bizcocho. Aquellas silenciosas chocolaterías de Barcelona en la calle de Petritol, arcas santas de delectación, parecen edénicas por el continente de la clientela que degusta manjares como si estuviera en el cielo. Los cantes de Pascua tienen siempre motivos carnales y azucarados. La nostalgia del catalán emigrado es cargante. Parece apetecer la falda materna

para cobijarse. Si canta *L'Emigrant*, parece que solloza. Hemos leído narraciones de catalanes sensitivos evocando su niñez con pesebres y pollos asados, pirámides de golosinas y conos de mazapán. Hombres sensatos, pero apegados al hogar en lo que tiene de sentimiento enfermizo y dulzón. Esto mismo se refleja en la política catalana con caracteres acusados, y en todo el costumbrismo medio, incluso en la cortesía insistente del viejo comercio catalán, que tenía dinastías tan familiares con la clientela como con los allegados mismos.

Bravos catalanes curados de mimo: no esperéis simpatía en la adulación ajena. No aspiréis a producir miedo con vuestro nacionalismo, derivado hacia la derecha desde la «Esquerra», hacia el surrealismo, hacia el existencialismo, hacia los negocios. Ya nadie se asusta de oir voces separatistas. Todos los no catalanes que carecemos de patria, sin gritar, os estimamos de veras.

Aunque vuestros líderes políticos se parezcan al manchego Quijote, y un poco a veces al provenzal Tartarín más que a ningún arquetipo catalán, sabéis muchos de vosotros trabajar y avanzar socialmente. No malogréis un mañana que puede ser radiante para todos. Sed separatistas de la injusticia. Afirmad el derecho íntegro a la autonomía incuestionable que empieza en vosotros mismos, no en una oficina, ni a los pies de la virgen de Nuria. Curad vuestro desasosiego, vuestro sentimentalismo, más corrosivo para vosotros que vuestro furor para el adversario. En el mundo del trabajo se quebró el particularismo catalán, orientado por la mirada universal. No penséis en hegemonías derivadas de la institución del heredero, del *hereu*. No conspiréis como políticos, porque no sabéis conspirar. Dejad que vuestros avances tengan todas las expansiones humanas, en vez de entregaros al almíbar casero, a los desfiles y a la retórica de la displicencia alternando con la amenaza. Desentendeos de los españolistas dándoles una paliza como les dieron los cubanos a los portugueses, pero no galvanicéis el patriotismo del Manzanares con el del Llobregat. Parece que os duele el hígado cuando habláis de la patria. Teniendo el hígado sano, siempre estáis llorando o amenazando como los nefríticos. La patria será vuestra ruina, como ha sido la ruina de los polacos, de los franceses, de los italianos, de los húngaros, etc.

Es indignante que a un pueblo animoso y laborioso se le quiera atar a la patria. Catalanes, no os dejéis atar a un cadáver. La patria lo es. La democracia es la mortaja. ¿No estáis viendo en el mundo democrático que no os hacen caso?

El hambre, la falta de vivienda y el trabajo forzado causan tantas víctimas como la guerra, a pesar de que acabó la guerra, lo cual da equivalencia a aquellas tres plagas con el hitlerismo.

Si después de ésto todavía hay que hablar de patria; si después que las patrias y las varas han hundido al mundo otra vez, hemos de estar tres, cuatro o cinco nuevos siglos con la patria a cuestas, con la patria en la calle, con la patria en la escuela, con la patria que produce más víctimas que la tuberculosis pulmonar, el cáncer, la encefalitis letárgica, el alcoholismo y el tifus; que los que creen en la patria mueran con ella y por ella, pero que no confundan la patria con comer fuera de casa y tener policía con porra.

Catalanes: no habéis nacido para las hecatombes en serie. Cataluña es tierra de estar y tierra de volver. Un solo palmo de ella ha servido más que todos los condes y que todos los príncipes.

CAPÍTULO XVIII

Relación sociable de los pueblos ibèricos

¿QUÉ ES RELACIÓN SOCIABLE?

Relación sociable es cualquier especie elevada de intercomunicación. De ser a ser, de grupo a grupo, pero sin objetivo autoritario, sin intervención de ningún poder.

Más que definir la relación sociable, conviene sacarla de los hechos elaborados y perfeccionados, deducidos, no inventados. De los hechos que no tienen fronteras. De los hechos patentes, no sólo capaces de enlazarse con otros, sino enlazados ya y actuantes como ejemplos muchas veces ocultos y no atendidos.

Hay muchas formas de relación sociable: amistad, oficio, parentesco, pacto, afinidad, costumbre, cultura, interés legítimo, tránsito, educación, tolerancia, reciprocidad, buena vecindad, propaganda edificante.

Amistad

La amistad es un valor sociable en su acepción natural. Carece de normas, pero sin necesidad de codificarla, se sabe quien es fiel a ella y quien no lo es.

La amistad sin reglas ha producido más beneficios que todas las reglas sin amistad. Ha producido más beneficios que los preceptos, más que todos los tratados públicos de no agresión. Ha tenido la amistad más espacio y más vigor, más acción y eficiencia civilizadora que las religiones, más campo de acción que el imperialismo, más ductibilidad y llaneza que la filosofía. La amistad resuelve o evita las colisiones sirviéndose del arbitraje.

Es un valor que Aristóteles consideraba de rango moral superior a la misma justicia. Decía que si los hombres fueran capaces de vivir en estado de perfección, no de perfección absoluta, sino ascendente, la justicia sería una institución inútil, mientras que aun viviendo la sociedad en estado de perfección, la amistad no dejaría de ser una de las excelencias de la vida.

La amistad tiene variantes infinitas. Va desde el sentimiento afectivo que acerca seres de distinto sexo a la vida comunicativa extrafamiliar por razones tan variadas como la vida misma. Es permanente en la correspondencia y en la emulación. La sensibilidad se perfecciona entre amigos con pruebas mutuas de desinterés. Está muy lejos del compadrazgo y de la fisgonería. Se une al sufrimiento ajeno para atenuarlo, a la alegría para compartirla. Ella misma se da la iniciativa a la vez que ensancha su capacidad de comprensión para disolver las divergencias.

La amistad, con todo, no merece ser exaltada como un culto. Decían los antiguos que el buen amigo es un don de los dioses. Concepto exagerado, muy explicable a la obsesión de divinizarlo todo, incluso lo que, como la amistad, se guía por merecimientos razonables y no exige cualidades asombrosas, exageradas o extraordinarias. Musa española verdaderamente castiza —la exageración— es la más cargante y llega a extremos manicomiales en la alegría. En la adversidad —sobre todo en la adversidad que no sabe ser pobre con dignidad—, en esa adversidad del ligero en todo, incluso en la altivez, bromista hasta en los entierros, falso, insensato, contabilista, suspirante y emisor de berridos, en toda esa gama de españoles des-

tronados y berreantes, el oficioso exagera sus cuitas mientras las cuece y recuece, pero siempre quedan crudas.

Gentes así son incapaces de amistad, o bien usan mal una amistad que machaca al amigo hasta cuando espía a éste para que se mantenga en el redil. El redil, la cábila, el espíritu de rebaño es un aglutinante corporativo. No tiene ninguna modalidad elevada. Generalmente obedece al espíritu de cuerpo, a un achicamiento de la personalidad, movida y removida por la propia inferioridad que busca otra inferioridad porque las insuficiencias se atraen en razón del ambiente hostil que hallan fuera de ellas mismas, no en razón de ninguna especie de amistad ni compañerismo. Cuando un conglomerado cualquiera se contrae, cuando se cabiliza y se hace el resentido para conservar el espíritu de cuerpo, es que advierte fuera de su perímetro indiferencia o antipatía. Es el caso de los cuerpos que se agrupan en el Estado, pagados y sufridos por sus víctimas, no por el Estado.

Los beneficios de la amistad sociable crean un clima de inteligencia mutua que desborda el marco de las amistades privadas y se traduce en hechos de envergadura: desaparición de querellas seculares; quiebra de resentimientos de secta, de luchas cavernarias entre pueblos o familias. La capacidad para la enemistad, tan fomentada ésta por los partidos, redobla el resentimiento y agranda los pequeños conflictos, embrollla los debates y los envenena.

La amistad sociable disimula el defecto del amigo, más bien quiere minimizar el defecto o tenerlo por inexistente que darlo por excesivamente arraigado. La primera condición para que el defecto desaparezca está en que su actor, su protagonista, no lo hinche. Si lo hincha el contradictor, si le da proporciones exageradas, interviene el amor propio del otro, desenvolviéndose entonces el defecto por oposición. Así hacen nacer la hidropesía del resentimiento los que exageran los defectos del contradictor, quien generalmente es un pobre diablo. Así es cuando se llega a los peores choques, a odiar por odiar, a hacer monstruosa una pequeña divergencia. Sobre todo a dar consignas insociables.

Que la amistad sea austera, sociable y sin rito, comunicativa tanto como discreta, jovial aunque con medida, confidencial y poco exigente. Que tenga muchos caminos abiertos, y los transitará con celeridad. En la amistad falsa está todo lo falso del mundo. Más está todo lo falso en la amistad falsa que en la enemistad no resentida. La amistad imposible no es imposible porque los gobernantes la

repriman. Es imposible porque la hace imposible la frivolidad de todos los hombres oficiosos, peste y plaga mayor del planeta.

Oficio

El oficio, y más que el oficio en general el oficio útil, tiene todas las características que abren camino a la mejora constante del individuo. El que sabe bien su oficio podría reunir una biblioteca si escribiera ordenadamente todo lo que sabe hacer, la manera de aprender el proceso de su formación profesional. La biblioteca de conocimientos propios podría ser tan nutrida como la de un licenciado universitario.

¿Hay relación sociable más provechosa que la que supone el aprendizaje de un oficio o profesión? Es un contacto permanente con maestros. Contribuye a desarrollar las facultades de observación, cálculo, paciencia constructiva, preferencia por la obra bien hecha. Laboriosidad, estímulo y precisión.

Hay oficios cuyos titulares profesionales están en constante relación, pero sin renovar ni airear el fondo humano porque no existe. Un oficinista de plantilla ministerial se parece a otro. Tienen ambos una manera semejante de no comprender nada ajeno a su oficio. Incluso se expresan en lenguaje convenido, deformado por los textos de calco que manejan con automatismo. Llegan a recorrer el mapa de España conociendo sólo lo que en una región y otra se relaciona con la oficina. Viven en constante siesta separados del elemento popular. Iguales trances presiden la vida del viajante de comercio, separado de los clientes por el detallista, de mentalidad reducida como todo intermediario.

Los operarios se familiarizan con el medio propio, con las novedades del taller. Van descubriendo los secretos de la máquina, el avance de las manufacturas y la marcha de los problemas públicos, que a veces se ven dominados por un movimiento denso, moral, unánime. Todo les interesa como perteneciente al mundo propio, un mundo extendido y acogedor. El oficio no adentra a estos hombres en el raquítico concepto de clase. Les da impulso humano más que clasista. Les inspira interés la instrucción general y la cooperación entre iguales. El problema integral de la lucha directa y el crédito de la revolución les interesa más que la misma revolución en abstracto. Sin dejar de reconocer su dignidad de trabajadores, esquivan el sonsonete clasista, cuyas derivaciones han sido siempre autoritarias

y han desembocado en oficinas, donde todos los hombres limitados tienen cabida. Los oficinistas perdieron la guerra del 36.

La relación entre oficios es sociable por excelencia. En la intimidad de los medios obreros, la relación de unos operarios con otros ha hecho quebrar los antagonismos regionales y ha destruido el patriotismno. Si perduró alguna disidencia de tipo regional entre núcleos de trabajadores apolíticos separados por el espacio, la disidencia tuvo más bien sentido de emulación más que de irreductibilidad. Se ha dado algunas veces en medio de crisis de crecimiento, variables en una región y en otra, y aún podría decirse que los promotores de la disidencia han surgido cuando éstos se hallaban afectados por la decrepitud política y el morbo oficinesco.

Parentesco, Pacto, Afinidad, Costumbre

El parentesco es otro de los valores sociales cuando el parentesco no es un cúmulo de intereses o una manera de dominar, creyéndose ciertos familiares seres providenciales para dictar su arbitrariedad y para imponerla. Hay que rectificar el estrago de las leyes dándolas por muertas. Las leyes consideran a la mujer sometida a eterna tutela. Primero los padres o los hermanos mayores en el hogar nativo, después el marido en el de la elección. Los otros estragos, los de la libertad disipada, representan a menudo una posición pendular opuesta. A la falta de la libertad sigue muchas veces, cuando se tiene completa, un empleo pésimo de la libertad. Pero los excesos de la libertad disipada han de curarse con libertad racional.

El parentesco actúa a veces de tribunal ejecutivo. La sangre no autoriza a mandar. La frecuencia de relación entre allegados no será un valor estimable sin aprovechar aquella frecuencia para estrechar los lazos fraternales ante los que la sangre es un mero accidente casual y banal desde el punto de vista sociable y desde todos los puntos de vista. La sangre está también en la herencia maléfica, en los tóxicos del humor. Otras veces la herencia traslada al descendiente una vida saludable. Pero la sangre no une más que convencionalmente a gentes de distinta convicción y de temperamentos dispares, incapaces de amistad verdadera.

El pacto es la materialización del consentimiento libre, del acuerdo deliberado. En el pacto se perfecciona la afinidad, dando a

ésta un rendimiento efectivo, un resultado tangible, comprobable, práctico, mejorable siempre por pactos sucesivos.

La afinidad es más variada y compleja. Si existe afinidad entre seres de supuestas ideas comunes, ¿qué ideas son las comunes? El pacto las concreta.

La afinidad se supone ¿sobre qué? El pacto deliberado responde a este interrogante. Dos seres de supuestas ideas comunes no se separan, en ocasiones, porque no se explican francamente. La explicación puede ser una divergencia pasajera. Si se explican dos divergentes —tras contradicción—, esta contradicción puede llenarse con generosidad mutua o no. Pero mejor es prevenir con lucidez la contradicción y apartarla de cualquier litigio en potencia mediante el pacto concreto. Una cosa es que las divergencias se atenúen con tolerancia y generosidad, y otra muy distinta que las supuestas ideas comunes produzcan afinidad automática. La afinidad no responde a ningún automatismo.

En la supuesta afinidad de ideas actúa muchas veces el temperamento. Verdadera afinidad, la auténtica, es la que existe entre personas o grupos sociales que deciden por pacto el ejercicio más útil: superar las deficiencias del temperamento para hacer algo útil.

Un temperamento linfático, no aireado ni corregido por quien sufre, no curado ni mejorado, dará a sus ideas, sean las que sean, un aire acorde con su manera de ser. Un sectario no educado dará tono sectario a su ideas, y las hará odiosas, tanto si se llama anarquista como si representa el papel de clérigo. La tolerancia, como valor sociable, tiene sus límites. Pero el sectario vive sus deficiencias. Creer que los demás han de estimarle por sus deficiencias es una insensatez.

Entre los actores de un pacto concreto y deliberado, la corrección propia es siempre posible porque se refiere o puede referirse a hechos y no a abstracciones, y queda limitada a veces a pequeños y transitorios fallos. El carácter altanero que no sabe corregirse él mismo está enfermo de egolatría, reflejo de divinidad presunta. La divinidad se ha generalizado hasta el punto de que hay quien niega la divinidad porque la siente en su interior, y no acepta ninguna divinidad contrincante. Reniega del rey porque tiene un rey en el cuerpo. El descreído integral, el adversario de la autoridad no quiere dioses de altar ni altares íntimos, propios o ajenos. Este desengañado vital será capaz de pactar con afines, pero será incapaz de dar por

supuesta la afinidad no demostrada, y también será incapaz de ver afinidad en quien desafina desde el momento que se pone a prueba.

Las costumbres quedan consolidadas entre los hombres por los beneficios que reportan, lo permanente de los hábitos sociables, el interés legítimo del apoyo, la satisfacción de correspondencia y relación, el mismo solaz del ánimo, y los sentimientos de reciprocidad. Suponen todos estos beneficios un volumen de sugestiones tan considerable, que no parece desplazado atribuir a ese conjunto activista, sin leyes escritas ni dogmas —pero cruzado benéficamente por pactos—, la conservación y la mejora del mundo. Hay en el mundo del pacto tal equilibrio, tal deseo de avance, tal caudal moral y tantas sugerencias, que sólo un mundo desequilibrado puede apartarse de la corriente de reciprocidad cuyo cauce conductor es el pacto.

Cultura

La cultura es otro valor sociable, seguramente el mejor, aunque es menos practicado porque requiere acción directa para adquirirla. Podemos heredar una casa de nuestro padre, pero no la sabiduría de nuestro padre. Para adquirir ésta hemos de hacer lo que hizo él: trabajar para sí. Podemos heredar la biblioteca de nuestro padre reunida por él, creyendo que cada libro no es objeto de adorno ni de vanidad, sino herramienta de trabajo. Si nos limitamos a presumir de sabios conociendo los libros por el forro, quebraremos el curso sociable del libro y lo paralizaremos.

En Europa se están dando muchos casos de cultura insociable paralizada. Los gobernantes patrocinan, sin competencia propia, la expansión cultural y atribuyen al Estado el patronato pedagógico absoluto. Pero todos sin excepción facilitan una enseñanza que no sólo es cara, sino que se ofrece como dogma a la clientela no evolucinada, la cual acepta títulos sin discutir libros ni métodos. Los padres y tutores de los estudiantes, en el caso más general —pequeños propietarios, empleados, agricultores, empresarios de transporte, ricos nuevos, artesanos relativamente acomodados, etc.—, aceptan los planes pedagógicos en bloque. No pueden discutirlos. La instrucción instrucción que se da en las escuelas de todos los grados, Universidades y Liceos no tiene contraste ni análisis en el medio familiar. Los padres dan por bueno lo que mal o menos mal se enseña a los hijos. Aquellos padres tienen por verdadero prodigio al retoño que refiere

los episodios de la guerra de Cien Años, guerra que no ha sido aún descifrada por los historiógrafos especialistas, pero que el alumno describe con el desparpajo de quien miente por cuenta ajena, como colecciona y repite todas las mentiras históricas desde Dagoberto y Clovis hasta Napoleón. Ante el asombro de los progenitores, el alumno recita el contenido de los epítomes que carecen de contenido veraz. Después de enseñarse en los prontuarios durante un siglo lo que fue la Revolución francesa de 1789, resulta, según la crítica libertaria y según Mathié y Lefèvre, que no se sabía nada de aquel acontecimiento. Anatole France, Han Ryner y Bernard Shaw han dado versiones de Juana de Arco bien distintas de las alegorías *standard* que se recitan en las escuelas para entretener el infantilismo, escritas por adultos convertidos en niños para regocijo de la familia.

La alta pedagogía dirigente y los profesores explican lo que no ocurrió, o bien ocurrió al revés de lo que dicen, y van edificando mito tras mito. Los alumnos no discuten ni los padres tampoco. Pasan los años. El estudiante ignora tanto lo que fue el pasado como lo que es el presente, que también está falsificado en los prontuarios, y queda preparado para ingresar en un medio político. Todos los partidos tienen su plana mayor de procedencia rural sin evolucionar por sí misma. Se advierte en el ruralismo de la política europea, tal vez Inglaterra fuera, con su política de rapiña, una excepción mientras los laboristas no asaltaron el poder mediante el voto *standard*. Hasta el Congreso de Viena y su época posterior, la tradición política y diplomática tenía la podredumbre de Talleyrand y de Metternich, aristócratas, como después Bismarck.

El advenimiento del socialismo político fue el advenimiento al poder del pequeño propietario, del pequeño periodista, del pequeño profesor ideólogo, del pequeño burócrata y del pequeño tendero, sin contar al pequeño cargador de sacos. Estas gentes menos que mediocres, delirantes y suspirantes, ven la aristocracia de pergaminos universitarios como un palafrenero servil ve al señor. La democracia no es más que una transacción entre el palafrenero y el señor. La altivez de la aristocracia del dinero y del pergamino daría beligerancia al palafrenero si éste no conservase al titular de ministerios su aire de palafrenero y su ignorancia total, incluso de la existencia de problemas públicos. Para intervenir Bevín en la cuestión de Palestina ha tenido que empezar por asombrarse de la existencia de Palestina.

La enseñanza del Derecho no tiene contraste con el medio familiar, en la parentela ni en el espacio inmenso del mundo del

trabajo. Si los familiares se interesan por el retoño que se cree discípulo de Justiniano, es porque el padre fue un desastrado picapleitos. Quiere iniciar al hijo en la picardía del abogado, en el arte de promover expedientes dilatorios, procedimientos interpuestos, enredos combinados, etcétera. Todo para vivir malamente de cuatro pleitos rurales, fomentados cuando no inventados por el letrado. Otras veces el futuro abogado es un futuro empleado. Tanto en el caso de picapleitos rural como en el de oficinista en ciernes, no pidáis al abogado ninguna novedad. Estudió el Derecho como disciplina aislada y aislante.

Las nuevas promociones de Derecho van surgiendo sin conocer absolutamente nada de Derecho sociable, sin saber nada de lo que sabe el cerrajero y sin sospechar siquiera que este cerrajero va creando un Derecho, joven y por ello algo petulante, pero que reducirá a cenizas togas y birretes. El jurista cree que el cerrajero es un delincuente en potencia y un analfabeto, pero el cerrajero sabe y hace más cosas que el letrado. Lucha por el mejor derecho sin cobrar; funda y sostiene un Sindicato sin necesidad de que intervenga ningún abogado; se viste ya mejor que el abogado y hasta gana más que él, tiene más libros que él y discute más que él.

Seríamos injustos no destacando el hecho de contados jueces evolucionados certeramente —aunque tímidamente— hacia nuevos rumbos. Les hemos visto en el Juzgado desastrosamente equipados con mesas negras de velatorio, con criminalistas vestidos de negro igual que los empleados de funeraria. Jueces jóvenes que nos han puesto a veces en libertad deshaciendo en diez minutos una intriga policíaca de tres meses. Jueces a los que se podía hablar francamente de la justicia podrida y de la policía infecta. Jueces que nos interrogaban con curiosidad y se enteraban de lo que los cerrajeros pensaban. Jueces un poco avergonzados de su juventud inútil, pero que tenían que hacer carrera y se creían vencidos por el escalafón.

La filosofía es probablemente, de padres a hijos en la Facultad correspondiente, un refugio para la vieja emoción humanista. El padre, de calidad docente o no, evolucionado en tales enseñanzas, orienta al hijo. No se trata, con todo, del humanismo íntegro de Paul Gille. Más bien se trata de la tradición que culmina en Renan y en los enciclopedistas. Con todo, éstos viven un poco olvidados, y Condorcet más que nadie. El socialista Blum se ve en graves apuros para gobernar y para no gobernar, porque está vencido por el sufragismo de báscula y la Internacional de oficinistas que es el socialismo parlamentario.

El humanismo universitario tiene escasa influencia. De padres a hijos, de pedagogo a pedagogo, apenas desborda la erudición de Paraninfo y tesis archivadas, sin intervención de vida sociable. La contaminación comunista en los medios universitarios, y más en el mundillo del arte surrealista, tendrá escasos lances. El comunismo está más servido por mineros arrepentidos que por intelectuales que desconocen lo que pasa en las minas. Los mineros arrepentidos olvidan su oficio de mineros y los intelectuales lo desconocen. El partido entregado al sufragismo acaba siempre así: comiéndose a los electores después de exprimirlos como limones y utilizarles como masa de maniobra en aventuras electorales y paradas que tienen bien poco de actos sociables.

La Universidad española ha sido casi siempre insociable. La República de 1931 sólo la abrió, como antes la corona, a los ricos nuevos. Los ricos de arraigo y la aristocracia apenas pisaban la Universidad oficial. Tenían fuera de España o bien en Deusto y en el Escorial —de El Escorial salió Azaña— sus viveros de clase desdeñosa. La Institución Libre de Enseñanza que promovió un cierto cambio de costumbres, incluso en situaciones reaccionarias, no pudo generalizar apenas nada porque los discípulos de F. Giner de los Ríos se hicieron pésimos socialistas de partido, en vez de ser buenos pedagogos como su maestro. En vano les recomendó éste al morir, y en vida, el saludable apartamiento de las nóminas oficiales. Como la pequeña burguesía retardataria con ganas de ostentar títulos académicos, el socialismo político se deslumbró con los diplomas y la multiplicación de oficinas. Relación sociable es todo lo contrario.

Interés legítimo

Hay intereses legítimos. Todo lo que hace confortable la vida en sentido material es legítimo. Siempre que sepa ganarse, ya se puede afirmar que se merece. Tal vez el desinterés irracional, la pasividad, el conformismo de vivir en chozas permite continuar el régimen de chozas más que los propios burgueses con su injusticia secular.

No es sociable el conformismo aunque tenga atributos estoicos. Lo verdaderamente sociable es la renovación de la vida. Si en Galicia huía un joven recluta del cuartel embarcando para América y en Alicante embarcaba para Argelia otro recluta, había entre los dos, como entre millares y millares de afines a ellos, una solidaridad ac-

tuante contra la ignominia del cuartel, que convierte a los seres en categorías inferiores a los mulos de carga. Si la propaganda teórica contra el cuartel no se funda en la acción de los desertores, sino en teorías, está llamada a no conseguir nada. Los desertores lo son sin previas ideas antimilitaristas. La propaganda inteligente ha de demostrar que lo que es una acción inteligente —esquivar el cuartel— está de acuerdo con unas determinadas ideas metódicas de libertad integral. Pero los que propagan estas últimas no inventan nada lanzando arengas sin hacer lo que tantos ignorantes hacen sin discursear y provocar un temblor de esferas.

La propaganda genuinamente sociable, servidora del interés legítimo y destinada a los mejores resultados, será la propaganda por el hecho. Los hombres que hacen lo mismo acaban por unirse. Los que piensan lo mismo se bifurcan incesantemente.

Tránsito

He aquí un valor sociable de incalculables beneficios. No se puede catalogar. Son tantos que cualquier español conoce hechos suficientes para probar que el tránsito ha removido y aireado a los españoles acercando unos a otros más que cualquier religión, más que todos los equívocos del partidismo y de la especulación.

Aun el viaje obligado tiene aventuras y movimientos de opción que no afectan obligadamente. Aventuras y movimientos de opción en los que la voluntad sociable se manifiesta y perfecciona con voluntariedad. El carácter se metodiza, el temperamento sale del terruño para observar que hay otros terruños tan dignos como el suyo y otras costumbres estimables distintas a las suyas. El que viaja por cuenta del Estado agarrado a la nómina, no conoce esa ancha vida del emigrante evolucionado, del trotamundos, del nómada animoso que vive por su cuenta en todos los climas, que se adapta al idioma nuevo y al paisaje nuevo con infinita curiosidad.

Recordamos haber conversado con trotamundos inteligentes. Nos dieron siempre impresión optimista. No se trata de optimismo desgarrado y fácil con ellos. Tampoco se trataba de ese nomadismo agitanado que no piensa en mañana y sólo aguarda sugestiones vivas referidas a muertos. Eran trotamundos de vida ordenada con todas las complicaciones suprimidas. Hombres modernos que se aburrían de oír hablar de política o de antipolítica. Sabían cómo se vive regu-

larmente en Italia; lo que son oficios socorridos, independientes y limpios en la Argentina; sabían lo que vale un almuerzo respetable en Londres y lo que se puede sacar de un oficio como el de repujadores; no les asustaba dar lecciones de su idioma, trabajar en un cortijo andaluz, ni cargar carretas de heno en Asturias, ni dibujar postales.

Estas gentes son altamente sociables y tolerantes. Nunca se creen superiores a los sedentarios pasivos, pero lo son. Tampoco dan la vuelta al mundo para deslumbrar a sus paisanos. Y cuando, antes de declinar la vida se fijan en un paisaje, es el predilecto, no el historiado por los mil vanidosos delirantes de pasado ni el manchado por los mercantilistas.

Educación, tolerancia, reciprocidad, buena vecindad.

Educación no es arte de hacer piruetas. No es hipocresía. Educación no es arte de agradar en sentido de coquetería. Educación es el arte de soportarnos sin engañarnos unos a otros. ¿Puede haber ejercicio sociable más útil? Hay quien cree que la educación es un prejuicio burgués. Igual podría decirse que la astronomía, el baño o el cálculo diferencial son prejuicios burgueses. La educación ha de emplearse en los estamentos ajenos a la burguesía. Los burgueses no son educados a veces más que entre ellos. Fuera de su medio son intemperantes.

Hay que insistir en la necesidad de ser educados tanto como en la necesidad de ser limpios. La pobreza de léxico llena una conversación de palabras groseras; el humor no dominado la llena de zafiedad personalista. La educación es una barrera aislante que mantiene alejados a los indeseables, a los infinitamente arrinconados por no aceptar ni emplear más que la intolerancia. La educación valoriza lo que dice el hombre educado y lo hace atractivo. A veces hemos presenciado torneos oratorios destemplados, casi volcánicos. Los oradores no se despachaban, sino más bien se despachaban a su gusto. El conjunto era como una clínica de epilépticos.

De pronto surgía, sin saber cómo ni dónde, una voz templada que decía, sin hacer ningún llamamiento patético, sin rasgar las vestiduras el orador, sin poner por testigo al cielo ni a la tierra ni a las generaciones pasadas, apelando con cierto estilo perentorio a la claridad sin la que la misma fraternidad es una tontería, como lo es la

franqueza: «Si a cualquiera de vosotros se le pregunta por las categorías de Aristóteles, será franco diciendo que las desconoce. Será franco pero también ignorante. Si a cualquiera de vosotros se le dice que tiene sentimientos fraternales respecto a otro hombre cuyas ideas son, al parecer, como las vuestras, pero cuya conducta no sabemos lo que será en un momento dado, que todavía ha de venir, se le dice una tontería. Si las supuestas ideas afines resultan o no dispares, cuando se contrastan con hechos, hemos de verlo, y cuando lo veamos hemos de hablar, no antes, con conocimiento de causa. La fraternidad no puede darse por tal sin pruebas, ni puede haber fraternidad por ideas cuando estas ideas no se comprenden con claridad completa y segura, cuando se exponen a grandes rasgos sin ninguna referencia a hechos, sin ninguna firmeza de comprobación, sin ningún resultado que pueda medirse. Ahora reñís para averiguar quien tiene o sostiene mejor tales o cuales ideas, pero resulta que nadie las comprende para practicarlas, sino para alabarlas y meterlas en actas, actas que se lleva el viento, o que si no se lleva se habría de llevar. No os llaméis hermanos teóricos. Los religiosos se llaman hermanos del hereje incluso cuando lo liquidan».

Realmente la fraternidad es, en ocasiones, un sentimiento de papanatismo. En los discursos no compromete a nada. Es una generosidad en alardes y no en obras. Si no hay un sentido verdaderamente fraternal, lo primero ha de ser crearlo, no suponer que está creado automáticamente. Tener un mismo carnet no supone ser hermano ni tener las mismas ideas. Esta sencilla consideración ha envuelto muchas veces la propaganda en torrentes de humo y ha empujado a un núcleo obrero hacia el precipicio, después de autoinvalidarse para la acción. En vez de propalar estas evidencias tan claras, lo que se hace es repetir los mismos lugares comunes de hace un siglo contra la burguesía. Esto no es más que tolerancia con la burguesía, algo así como el reconocimiento de que es un poder superior. Y no lo es. Mientras no se cambie de tácticas, mientras los pasivos pidan acción a unos cuantos en vez de accionar todos, lo que haya, por encima de todo, será una especie de militantismo en absoluto inoperante. Ya se vio en la guerra. La verdadera educación social no puede partir más que de evidencias, sin rendirse a ninguna trapaza imitadora de las trapazas hitlerianas respecto al militarismo. La guerra universal no la ganaron los comandantes chusqueros. La guerra la ganaron los motoristas capacitados, no los peones de albañil convertidos en coroneles chusqueros.

La tolerancia no puede confundirse con el tiempo perdido en hacer simulacros de paciencia. Hay que saber ser adversario sin veneno en vez de falso amigo. Hay que saber separar lo que es forzoso en una actitud o en una posición, de lo que es voluntario. A veces hay enfermos de resentimiento, sin más idea que patentizarlo, venga o no a cuento en cualquier ocasión, o sin ocasión y con cualquier pretexto. Hay quien aparenta tener nuestras ideas para fisgonear en nuestra vida, en nuestra casa y en otras vidas y casas para permitirse todas las libertades, sin pacto anterior entre él y nosotros. Hay quien se libra a groserías sabiendo que en la grosería será correspondido por la víctima de ella.

Nuestros Torquemadas son peores que Torquemada. Al fin y al cabo Torquemada quemaba con rapidez, mientras que nuestros Torquemadas gustan de quemar, como unos sádicos, a fuego lento. Ahora, que los que se queman son ellos. Pero en ningún medio español se halla la tolerancia y la comprensión como en el obrero no afectado de delirio de grandezas. Si un obrero quiere ser más que otro, si quiere ascender, su vanidad le llevará tal vez a ascender, pero cuanto más alto suba de más alto se caerá, y mejor se romperá la crisma.

La reciprocidad pocas loas necesita. Basta practicarla con honradez. La honradez es la mejor de las habilidades. Se puede ser siempre honrado en el trato con los demás. La honradez de fondo y de procedimiento o táctica está al alcance de todos. La habilidad, no. Hay quien dice «voy a ser hábil y diplomático». Es como si se dice, siendo rubio, «voy a ser moreno». La habilidad, la diplomacia son inaccesibles al torpe. Consisten en tener por torpe al contrincante y en hacerle víctima de engaños y simulaciones. Tanto el hombre honrado como el que no lo es pueden ser hábiles y diplomáticos a su gusto, mientras que se puede ser siempre honrado a voluntad. La honradez está en su voluntad, no en la diplomacia y habilidad para engañar, que muchas veces se transforma en el hecho de ser engañado. Hay una habilidad legítima inteligente y necesaria, pero inseparable a la honradez. Si el mundo está cruzado y crucificado por una red de espionaje, se debe al oportunismo y al dinero. Con éste se puede tener chivatos a millares, pero los chivatos no sirven de nada ni sirvieron nunca más que para vivir sin trabajar ellos y los que pagan. Inglaterra tiene legiones de chivatos, pero de nada le sirvieron en la guerra.

Poned al chivato y poned al espía en presencia de hechos como éstos: En 1940, Inglaterra tenía la más urgente necesidad de recibir

material de guerra de los Estados Unidos. El material de guerra había de ser pagado en dólares porque si los industriales americanos cobraban en libras, éstos no podían hacer uso de esta moneda en los Estados Unidos, ni servirse de ella para comprar mercancías en Inglaterra, puesto que la mayor parte de los productos británicos iban a los frentes de guerra. Mientras duraron las reservas en oro y en dólares en la Gran Bretaña, los ingleses podían comprar material de guerra a América. El sólo medio para Inglaterra de reconstituir su reserva en dólares consistía en exportar mercaderías inglesas a América. Pero como las industrias inglesas se habían vinculado a la guerra, los ingleses no podían exportar para procurarse dólares, de los que tanta necesidad tenían. Hacia enero de 1941, después de agotar Inglaterra sus reservas en dólares y en oro, se vio obligada a suspender sus compras en América. Y este fallo, en plena guerra, equivale en realidad a perderla.

¿De qué servía el espionaje inglés ante una situación tan desesperada? La reciprocidad, la solidaridad americana con Inglaterra era una leyenda. América se constituyó en potencia decisiva por el desarrollo de su industria y no por su cúmulo en dólares. Dio aire a la ley de préstamos y arriendos, fue entidad bancaria que comercializó la victoria y echó en cara a los ingleses su imprevisión y su falta de medios en una guerra que no sabían hacer, y que hubieran perdido sin auxilio americano. En el trance desesperado, los espías no fueron más que estorbos engullendo lo que Inglaterra pudo emplear en ayudar a vencer.

La reciprocidad entre Estados es mentira. Los Estados pueden ser prestamistas unos de otros. Pueden dominar unos a otros con dinero o con armas. Pero no son solidarios nunca más que en empobrecer y machacar las cabezas de los respectivos súbditos después de rellenarlas con estopa. El espía sólo aspira a martirizar por cuenta de quien paga. La reciprocidad del espía con su amo es la reciprocidad del cómplice inútil.

La buena vecindad entre Estados es otra mentira. La buena vecindad entre hombres desligados del Estado, o entre conjuntos geográficos desligados también del Estado, determinados por las mismas necesidades o aspiraciones de los habitantes, es una verdad incuestionable. Los españoles se dividen en furtivos —los que esquivan las mentiras del Estado— y los oficiosos, que las aprueban. No hay división específica, clara y concreta. El español furtivo vencerá al oficioso, haga éste lo que haga, intente lo que intente y trame lo que

trame. Cuando los valores de reciprocidad sin Estado se ensanchen y amplíen, el Estado quedará desarticulado y aniquilado.

Grandezas y miserias de la propaganda

La propaganda es un valor sociable de infinitas variantes. ¿Quién puede dudarlo? La propaganda elocuente puede conquistar a las muchedumbres sugestionadas por la elocuencia. Castelar sugestionaba a veces a la muchedumbre, que se deslumbra fácilmente. Pero Pi y Margall, que era frío y no elocuente, las convencía más que Castelar. Castelar tenía oyentes entusiastas. Nadie tan propicio al deslumbramiento como el vacuo. Pero Castelar contaba con admiradores de su elocuencia en la oposición; no en el poder. Tampoco Pi era conquistador de voluntades en el poder. Malatesta interesaba siempre a la muchedumbre por su vida más que por su palabra. Ya decían los clasicos al definir al orador: «Vir bonus dicendi peritus», varón virtuoso, varón justo, experto de palabra.

Hay oradores que se ven asistidos con vehemencia por el auditorio sin ser comprendidos. Stendhal cita el caso de un jerarca cristiano romano que fue, en los primeros tiempos de nuestra era, a propagar la nueva evangélica a las selvas de la vieja Germania. Hablaba en latín a la muchedumbre. A pesar de que ésta no entendía una palabra de latín, los germanos se convertían a millares.

La elocuencia del jerarca estaba en su prestancia de convencido, en su pobreza patente de vagabundo, en sus ojos de iluminado, en sus actitudes. Comprendían los germanos el desinterés del orador, su carácter de tribuno pasajero que no les imponía célula de adhesión.

Pero aquella ingenua adhesión no forzada de los germanos era pueril. Respondía a la eterna mentalidad inclinada a la magia y a los magos, mentalidad que aún domina en ciertas muchedumbres de sociabilidad deformada por tantas y tantas religiones laicas como han ocupado la plaza de las religiones de altar.

Las gentes pueden conquistarse todavía en bloque con la magia, la demagogia, la etiqueta o la adulación, incluso con el látigo. Pero tales conquistas son efímeras.

La verdadera propaganda no tiene nada que ver con la magia. La labor sociable eficaz reside en el ejemplo palpable. Reside también en la intercomunicación de los seres, uno con uno y no uno ante millares de oyentes que no sienten o no comprenden el vínculo de re-

ciprocidad sociable. Desde luego, si no lo han empleado, les costará mucho comprenderlo y apetecerán la pirotecnia tribunicia, que como en la magia del espíritu santo, basta que el espíritu santo se manifieste para pasar de golpe y porrazo el auditorio a la perfección.

Si el tribuno encuentra adhesión nutrida, la encontrará seguramente para descubrir el Mediterráneo o para lo abstracto; para lo que no se compromete a nada. O bien encontrará conformidad en la parte del auditorio que admira al orador por el desparpajo que no tiene el oyente para expresarse. Este caso es corriente, aunque no tan general como hace medio siglo. Responde al convencimiento de inferioridad del oyente, inferioridad vinculada siempre a la predisposición mágica. El mismo respeto que el fiel al clérigo tiene el ateo a su clérigo. Todo magia.

Sobre las ideas de cualquier signo hay toneladas de literatura y de doctrina que merecen un escrutinio severo.

La propaganda necesita racionalizarse, como la escuela; ser sociable sobre todo. Lo que nuestros maestros han deducido de los hechos, lo que escribieron para humanizar la existencia, es apenas conocido, mal conocido o totalmente desconocido. El adversario, que tampoco conoce ni comprende o no quiere comprender nada, tercia en los debates y éstos acaban en un ambiente de manicomio, si es que se plantean, que no se plantean apenas nunca.

¿Quién que conozca el pequeño y claro libro de Prats *Herejías*, escrito hace treinta años, puede asombrarse de los traspiés que dan los libertarios falsificados? El pequeño libro en cuestión puede leerse y asimilarse en una hora. Las horas invertidas en escuchar discursos contradictorios equivalen a más de un millón en el exilio de Francia, y a más de diez millones en los diez años anteriores de España, con demagogia siempre, y más arremetidas a Franco —que está ausente— y a la burguesía —que está ausente—, que requieren para escuchar más afición a la misa dominguera o pontificial que a nada.

No quiero decir que todos los discursos sean demagógicos. Quiero decir que hay demasiados discursos —aun descontando los demagógicos—, y que al mitin es más fácil ir gastando medio millar de monedas que gastarse una sola en libros cuando no se sabe leer o no se quiere, caso este último más frecuente que el del analfabetismo absoluto. Hay quien se queja de gastar cincuenta francos en la

librería, y ha gastado mil en viaje y fonda para oír unos discursos que ya oyó catorce veces.

Si de todo oratorio se descuenta la demagogia, el discurso repetido y vuelto a repetir en la misma o en distinta tribuna, el discurso incongruente y confusionista, el que no se comprende en absoluto y, sobre todo, el discurso que se reduce a halagar al pueblo más valiente y más inteligente del planeta, que se diga francamente lo que queda. Aprovechable, poco.

Si a cualquiera de los abnegados compañeros que trabajaban para dotar al frente de alimentos, que no facilitaban los gobernantes, se le pidiera que explicara con elocuencia en la tribuna lo que hizo en el pueblo, probablemente no sabría hacerlo. Si le pidieran que explique cómo interpreta el colectivismo de algunos internacionalistas, tal vez no supiera nada o poco. Pero si con el mismo que no sabe explicar nada en estilo tribunicio iniciamos un diálogo cordial, nos dará explicaciones convincentes, incluso por su elocuencia directa sin efectismo. En las tribunas no hará más que titubear, incluso dialogando.

El problema no consiste en preparar oradores, sino que consiste en propagar que una de dos: o todos oradores, o nadie. Al mejor orador de mitin se le pide un discurso o conferencia sobre la manera de montar una central eléctrica, y no sabrá decir nada. Se le pide una disertación sobre astronomía, y tampoco dirá una palabra. Se le pide un discurso concreto sobre lo que pensaba Proudhon, y tampoco dirá nada. Se le pide que demuestre conocimientos de geografía útil, y callará. En todas estas materias, y en el resto de cosas concretas, el orador está a la altura del tragadiscursos de mitin. Pero el mitin tiene una fraseología especial de disco. El que aprende cinco o seis discos, ya tiene discos para toda la vida, para el auditorio y para él. Todo conjunto que crea en esta propaganda irá de hecatombe en hecatombe. Se reunirán miles de oyentes que consideran el mitin como parte de un día de asueto, pero las ideas no ganarán nada. Si queremos abatir a la burguesía con discursos, no lo conseguiremos jamás. La burguesía abate a los hombres dándoles trabajo forzado o de otras mil maneras, pero nunca emplea oradores ni tribunas para estar contra los trabajadores. Por eso los vence.

Hay que cambiar radicalmente de procedimientos. Nuestros maestros no son nunca demagogos hablando ni escribiendo. La propaganda oral demagógica, incluso a veces la no política, procede

en línea recta de los clubs republicanos, de las sociedades secretas burguesas, de la masonería, del espionaje impaciente y del apetito furioso del poder.

Habréis notado que en un Pleno o Congreso que dura tres, cuatro, cinco, diez y más días, las primeras sesiones se desarrollan en medio de una tirantez almidonada. Incluso para determinar sobre cuestiones de detalle o trámite, se advierte cierto recelo. Se multiplican interrupciones, aclaraciones, incidentes previos de orden en el turno de palabras, etcétera. Los temas más concretos se pierden en detalles, los abstractos en humo. Al parecer, hay en el Pleno un empaque oficial, sobre todo al principio; empaque motivado por falta de confianza, no por falta de confianza de presunciones graves, sino por falta de cordialidad sociable compatible con la seriedad.

Todo esto es evidente, y lo hemos observado en más de un cuarto de siglo de periodismo. Como hemos observado que en las últimas sesiones el Pleno se convierte en conjunto expansivo, se permiten rápidas bromas, los rostros se humanizan, el almidón se quiebra, la palabra se hace menos afectada y todos están contentos; todos menos los designados para redactar tal o cual dictamen, que sudan tinta suscribiendo una declaración de principios, que está escrita hace tres cuartos de siglo, o escribiendo dos o tres folios para proponer lo que está propuesto, aceptado y hasta realizado por los representados en el conjunto de la Asamblea deliberante, quedando como última tarea, después de respetar los secretos **a voces**, la renovación de cargos, que lo mismo podría hacerse por elección desde los núcleos locales.

Si el final de cada Pleno se caracteriza por la cordialidad más loable, incluso entre los que pelearon horas o días antes; si en las postrimerías de cada una de nuestras Asambleas deliberantes se volatiliza el almidón de las primeras sesiones; si las más ásperas arremetidas se disuelven como un azucarillo, no parecerá descaminado del todo formular el deseo de que los Plenos habrían de empezar por la última sesión. En la cordialidad que tienen al final se ahorrarían la mitad del tiempo y del dinero y más de la mitad de molestias y controversias que surgen, la mayor parte de las veces, sin justificación. Habría de fijarse también un racionamiento oral y cronometrar los discursos reduciéndolos por acuerdo razonado a un límite prudencial, además de atenerse exactamente todos a la puntualidad para empezar y acabar las sesiones. Y respecto a los cargos, después

de aceptados sus títulos por la asamblea y por los nombrados, habría de inquirirse si los nombrados se avienen unos con otros.

La prosa de los Plenos o Congresos peca de machacona y oficial en el estilo. Peca de un exceso de palabras estereotipadas: tendencias, explotación del hombre por el hombre, actuación, estructuración, postulados. Por contagio con la prosa de manifiesto, las disertaciones escritas que se redactan con prisa y a veces a regañadientes, no tienen mucha originalidad. En ésto retrocedemos con respecto a la mejor prosa de la Internacional. Los apartados del orden del día son siempre provisionales y abundantes. En vez de aligerar la sucesión del debate, la complican con refundiciones que luego tienen desglose o con desglose refundido después. Pero lo más saliente de los Congresos es que no quieren dejar nada sin resolver por anticipado con todo detalle y precisión. En ésto se parecen los Plenos a los Parlamentos políticos, como el procedimiento de nombrar comisiones para elaborar textos de urgencia.

No había ningún texto confederal para orientar las colectividades en uno o en otro sentido. Recuerdo que el Comité de Aragón, Rioja y Navarra propagó desde Caspe, en plena guerra, un guión orientador, bastante mediocre por cierto. Pero en uno de los últimos apartados del guión se reconocía la libertad constituyente de los colectivistas aunque los acuerdos de éstos no coincidieran con el guión. Los colectivistas no tuvieron necesidad de ningún guión ni de ninguna previsión de tal o cual Congreso para desenvolverse bien. Como tampoco el 19 de julio se contaba con ningún guión ni ninguna resolución para luchar, y se luchó.

Si el Congreso Extraordinario del Movimiento Libertario Español C.N.T. en Francia volvió por los fueros de la acción directa contra la podredumbre política, en mayo de 1945, la verdad es que la experiencia —más que principio— de la acción directa estaba en todas las conciencias no perturbadas por los galones. Es inútil alardear de practicismo contra lo que llaman ciertos rellenadores en quiebra de partidos en quiebra, amor a los principios. La acción directa no es un principio. Es una experiencia elevada como tal a principio probado. No es un enunciado teórico.

La ausencia de acción directa en Europa equivale a la ruina de Europa, aniquilada por la guerra. Ésta no es, como dicen los marxistas y sus imitadores, producto de las contradicciones internas del capitalismo. Es producto de la mentalidad inclinada a la magia gubernamental de millones de obreros europeos. Mientras estos millo-

nes de obreros crean en los gobernantes, un cargador de muelle podrá ser alcalde o ministro. La burguesía adorará al nuevo ministro obrerista como redentor, aunque le tendrá siempre por un rastracueros, pero el minero no tendrá casa ni hogar, ni hijos sanos, ni trabajo soportable, ni facilidades para instruirse, ni paz ni pan. Si los marxistas le dicen entonces que espere a que las contradicciones internas del capitalismo acaben con éste y el obrero lo cree, es un perfecto mentecato. El capitalismo privado de Rusia no cayó por su contradicción. Cayó en manos del capitalismo de Estado, del Estado explotador.

Los burgueses dan el gobierno voluntariamente a los cargadores de sacos para que los cargadores de sacos desprecien y domen a sus compañeros de ayer. Las contradicciones de los capitalistas se neutralizan en los gobiernos proletarios o en los gobiernos mixtos, formados éstos finalmente por mentalidades capitalistas sin capital, por los capitalistas de renta y sueldo que dan al capital propiamente dicho el respirar que necesita para continuar. Este es el caso general de Europa. El Vaticano está gobernando Europa con los socialistas. Si éstos se hubieran alejado del poder empleando la acción directa constante, una huelga europea de un mes derribaría el tinglado capitalista y político que con los socialistas está eternizando la iniquidad, los bailes de etiqueta, los viveros burocráticos, el cine negrero, la tuberculosis pulmonar y las Conferencias de tragones, capaces de comerse a su propio padre. Todo el obrerismo colaborador está haciendo el papel de Bertoldo en las antecámaras, el papel de pariente pobre al que se tolera para que rebañe los platos, y al que se manda a paseo si pide demasiadas cosas.

Nuestra propaganda tiene defectos primordiales. Contra la guerra, por ejemplo, se emplea una propaganda que no sirve de nada. Si un trabajador va a la guerra, va porque no está organizado en forma sociable contra la guerra. ¿Y por qué no está organizado contra la guerra? Pues porque tolera él mismo que en la paz colaboren sus representantes con los guerreristas. Si hay guerra, dicen los burgueses y los socialsitas dirigiéndose con desprecio de conocedores, al hombre del trabajo: «Te damos un retiro, te damos a veces faena, te hacemos estatuas al héroe desconocido, la antorcha del fuego sagrado la tenemos encendida, te pagamos el entierro. ¿Todavía no estás conforme, mastuerzo? Si en la paz nos votas o nos delegas para que tutelemos y remediemos tu insuficiencia, cuando entremos en guerra, ¿vas a emboscarte?»

Este es el lenguaje corriente. Y el obrero, en general, no ama mucho la vida; si tuviera un hogar grato, una escuela atractiva, un teléfono, un cuarto de baño, una prole sana, un ambiente sociable, una facilidad para las expansiones del arte, de la cultura y del viaje, una manera normal de educar a los hijos, si tuviera todo eso no iría a la guerra. Para un bohemio que transita por los muelles de Londres o duerme debajo de un puente, alistarse en un regimiento es vivir mejor y no siempre morir. Va contra el que es pobre como él. Así se traba el odio. Pero si el obrero fraternizara con el obrero en la paz y se asociara con su igual para practicar la acción directa, los burgueses ¿qué habían de gobernar? No podrían vivir siquiera si se empeñaban en continuar con su monopolio. No es cierto que la vida grata haga muelle al hombre ni que atenúe en él su vehemencia revolucionaria. En la España rural evolucionada y en la ciudadana los más seguros protagonistas de rebeldía iban mejor vestidos, comían mejor que la clase media y aun que muchos burgueses. No era un caso general, pero sí bastante notorio.

Todo esto apenas se dijo. Se dijo que en la guerra se muere, que el hambre acompaña a la guerra, que ésta es una escuela de crueldad. ¡Buena noticia se da a los crueles que buscan botín, a los errantes, a los ociosos y a los impulsivos! Si al hombre cruel se le reprocha su crueldad, nada le inquieta ni perturba puesto que su gloria y hasta su delirio consiste en ser cruel, en dar miedo. El que quiere inspirar miedo es porque está atacado de miedo, frecuente aliado éste de la crueldad y de la demagogia. Toda la literatura nazi y fascista es una demostración de miedo. Del miedo nace el perdonavidas. El valiente es magnánimo, el cobarde, cruel.

Sobre el origen de la demagogia sería conveniente insistir ampliando los motivos aducidos por Fabbri. El recién llegado a un conjunto libertario, sin más preparación que el extremismo oral, nunca usado por los maestros que desconoce, intenta sobrepasar a todos los que oye en vehemencia palabrera. Pero esta vehemencia palabrera es forzoso que tenga un límite como las tracas. Al carecer de límite el extremista oral, por no apechugar contra la acción contundente, el extremista recién llegado quiere ser más extremista que sus amigos, y apurada la prosa de matarife, se ve obligado a refrenar el extremismo. Para ello acepta un cargo y se convierte en moderado de la noche a la mañana. Tan moderado resulta que inventa partidos en nombre de la unidad obrera, que destruye como si no hubiera bastantes partidos, y aparece igual que ave de corral mojada y atri-

bulada, plañidera y sentimental. En este epílogo están todos los vencidos por sus propias manías de grandeza que ven en los Ministerios cómo todos se burlan de ellos. Los Ministerios tienen una burocracia corporativa, una red de técnicos que son la solera. El recién llegado a titular de un Ministerio que cree haber ascendido al Olimpo, se ve en la picota. Hasta los porteros se ríen de él y le tienen por intruso convidado de piedra.

La propaganda contra la guerra se hizo con muchas contradicciones de base. Los autores de novelas pacifistas como Remarque tronaron contra la guerra después de hacerla y cuando ya no podían hacerla, ni se la dejarían hacer. Es como si un alcoholizado tronara contra el alcohol cuando ya no puede beber.

Nadie dejará de guerrear porque se le diga la perogrullada de que en la guerra se muere y se mata. Propagar los estragos de la guerra nada es para el que la hace sabiendo ya que va a morir y a matar por causa ajena, a bombardear casas y a destruir puertos. Cesará la guerra cuando los combatientes no piensen en morir ni en matar, porque vean en la vida un estímulo de paz progresiva y no un castigo tan feroz o más que la guerra misma. Hay que recordar, además, que la guerra tiene hoy más víctimas desarmadas, más víctimas del terror de la aviación y del hambre que de la metralla. Los militares mueren en minoría en comparación con los combatientes, pero al matar son mayoritarios.

La oposición a la política está bien, como al Estado. Pero será mucho mejor atacar a los ciudadanos que sacar de las urnas al Estado en la espera del advenimiento de un régimen ideal que nunca llega porque, en resumidas cuentas, el Estado se traga todo lo que hay en el país y todo lo que ve y hasta lo que puede, sin exceptuar al elector. Si aumentan los impuestos; si se carga al súbdito con un montón de carnets de comida técnica para no comer; si no se puede transitar ni viajar, ni siquiera pescar sin llevar una papelería en el bolsillo; si el Estado extiende su intervención de incontinente espía y su control absolutista de raíz hitleriana, gravando el trabajo y exigiendo rendimiento inhumano, convertido de hecho el Estado en patrono, ¿quién si no el súbdito elige a sus explotadores? Los electores obreros eligen ellos mismos el patrono peor, que es el Estado, patrimonio hoy de una dictadura de Comités políticos que imponen incluso a los candidatos, esclavos de los Comités de los partidos. Los electores quieren que el diputado les dé destinos y sea su cartero, su recadero, su agente de negocios, su mozo de cuerda y

hasta su nodriza y su amanuense, diciendo pestes de los diputados, y con razón. Pero los electores no vayamos a creer que **hacen el primo** así como así.

La propaganda contra la religión merece ser revisada, aniquilando sobre todo el mesianismo, causa de tantos estragos en el medio religioso como fuera de él. Hemos presenciado públicas controversias entre ateos y creyentes. No pocos pretendidos ateos del público sentían un sosiego, una especie de beatería al revés, al terminar la controversia en sentido favorable al ateísmo, un sosiego manso que no demostraban antes de empezar el acto. En el fondo abrigaban dudas. No eran ateos integrales tranquilos en su descreimiento.

El mesianismo laico, la creencia en estadistas y **conductores de masas** es tan baja como la creencia en cualquier ídolo. Pasemos por alto al ateo que se arrodilla humildemente ante el cura después de zamparse dos o tres frailes, y va a una boda de su propio retoño siguiendo, como diablo convertido, el rito sacramental. Todo esto es tan bufo que no merece siquiera comentario. Pero la religión se mantiene gracias a esos ateos de relleno papista y a la confesión que controla millares de mujeres sin evolucionar, y por medio de ellas domina además a millares de hombres que se creen evolucionados, y que siendo maridos de beata se rinden a ésta. Muchas veces se rinden blasfemando, pero se rinden. ¿Qué le importan las blasfemias al clérigo? Prefiere al blasfemo dominado por la mujer que al no blasfemo que no se deja dominar por ella.

Y vamos a la propaganda de la acción. Un conjunto social refractario a la ley y al capital necesita hombres de acción. ¿Cuántos? Si en la vida económica aspira aquel conjunto a suprimir el aprovechamiento de la riqueza por sus monopolistas privados, sean individuales o bien se agrupen agazapados en el Estado, nadie pone en duda que es precisa la acción revolucionaria para desalojar a todos de sus guaridas. Esto es evidente y no tiene vuelta de hoja puesto que ni el Estado ni los capitalistas sueltos, ni éstos en alianza con el Estado, abandonan voluntariamente sus privilegios. Pero lo cierto es, también, que al instaurar o procurar una economía de equidad en el conjunto de productores, no un grupo de ellos ni una minoría, ha de trabajar de acuerdo, humanizando la faena tanto en la producción como en la distribución, manufacturas, tránsito, etc. En los núcleos obreros genuinamente independientes, ajenos al Estado, el concurso general de los adherentes, y no el de un grupo,

es el que determina los avances y los acuerdos válidos aun dentro del régimen capitalista. En el medio cultural, lo razonable, lo deseable y equitativo es siempre que la corriente elevadora no se estanque en minorías, sino que se generalice y extienda. Pues bien: si la Economía de equidad, la lucha obrera independiente y la cultura son estimables integralmente por expansión y no por reducción, ¿cómo es posible preconizar la lucha armada individual o de pequeñas minorías? Si aspiramos a que todo sea colectivo, ¿por qué exceptuar la acción y querer que sólo ésta quede a cargo y riesgo de unos pocos?

El sacrificio cruento de unos pocos no puede ponerse en duda. Lo que puede ponerse en duda es el heroísmo del conjunto, puesto que de existir este heroísmo del conjunto como existió el 19 de julio no requeriría ni necesitaría valedores individuales. ¿Se han propagado estos puntos de vista? No fue necesario propagarlos el 19 de julio de 1936. Se ha propagado el sacrificio individual o de grupos y la fertilidad de sangre de gesta con el mismo lenguaje que emplea la patriotería y las mismas palabras exaltadas del martirologio cristiano. El deber no es, no puede ser, lo que espera que hagan los demás para subir después a los altares al héroe. Los que no quisieron ni quieren ser héroes profesan el cómodo y socorrido culto al héroe y lo propagan con gestos patéticos heredados del *Antiguo Testamento* que es una especie de mitin monstruo. Así es como nace el santonismo y se generaliza el culto a la pasividad vociferante. Así es como hasta el deporte, actividad sana y civilizada, se ha convertido en competencia de clubs presidida no por el deporte, sino por la taquilla y por unos cuantos jornaleros que se dan de patadas unos a otros mientras el público presencia el deporte, pero no lo hace.

Somos adversarios de la colaboración política y lo proclamaremos en todos los tonos. Pero no somos adversarios de cualquier colaboración en cualquier faena elevadora sociable que prescinda de la autoridad. En el medio rural español hay millones de seres cuya vida anónima no está en contradicción con las esencias libertarias más puras, a pesar de que sería insensato dar calificativo libertario a aquellos millones de seres. Todos éstos son víctimas del Estado y de la plutocracia territorial. A todos aplasta el Estado, a todos se les hace conocer el cuartel, a todos se les encuadra en listas recaudatorias y todos figuran en las nóminas de la muerte. ¡Qué aprovechable terreno perdido por la propaganda! De todos estos millones de seres, los evolucionados y los inquietos por realidades, no por autopías, han sabido erguirse por ellos mismos, valerse de ellos mismos, sin con-

ductores y sin Apocalipsis, rehacer la vida económica propia, arruinar a la propiedad ociosa y figurar en la primera vanguardia de los frentes. ¿Por qué no ver en ellos y en sus obras una de las bases más firmes de sociabilidad? ¿Por qué las ideas más honorables no se refieren a la acción conjunta de esos millones de seres que tienen cosas hechas y mejoradas sin el auxilio exterior; que han repoblado los montes, refinado los cultivos, iniciado la instrucción libre y acreditado la moral al mismo tiempo? ¿Por qué la propaganda ha de referirse a ideas sin experimentar y no a hechos?

En esta serie de ensayos se dan explicaciones al respecto, explicaciones referentes a hechos dispersos en el ancho espacio Ibérico, pero congruentes en la intención progresista y en los resultados alejados de esas odas a la desesperación y ese miedo a los cuentos de miedo que se recitan en las tribunas adornadas con gestos destemplados y actitudes de melodrama, cuando no son balandronadas, verdaderos desafíos al buen sentido y a la misma vehemencia revolucionaria.

La mujer interviene escasamente en la lucha social. Pero es preciso no caer en injusticia. La educación de la mujer es pésima, aunque no es más avanzada la del hombre petulante. Si sólo se quiere que la mujer sea guapa, lo será hasta cierto delirio insípido que aparece inocentón con una fatuidad poco imponente para el hombre evolucionado; pero la belleza de la mujer tendrá un horario de retoque incompatible con toda labor seria, incompatible incluso con la crianza de la prole. El cine, el deporte presenciado, el bar, la moda y sus cambiantes, el peinado, que exige más horas y dinero que una carrera universitaria, la tertulia, la ropa, todas esas necesidades extremadas hasta la obsesión de carnaval, requieren ocho horas diarias de ajetreos. Si en el estado llano ha penetrado la frivolidad femenina, no de la burguesía, sino de las artistas de cine, de su vida y de sus divorcios, es porque los hombres no dan tampoco grandes ejemplos de seriedad; se ondulan el pelo a veces y quieren una mujer peripuesta más que una mujer convencida, una sosa **niña bien**, más que una compañera.

¡Qué los dioses nos libren de una mujer emancipada! Esta frase llegó a escribirse en nuestros medios de propaganda. La frase salida del subconsciente, pinta con viveza lo que es el hombre disipado por el pavor insuperable, por el escalofrío que sentiría ante la mujer emancipada que le obligaría a penosas pruebas de convicción y consecuencia y a no estar pendiente de la raya del pantalón.

La mujer sin carácter propio unida al hombre sin carácter propio, la mujer y el hombre planchados, retocados y en perpetuo besuqueo, dan ese conjunto bobalicón que tan bien describe Dostoiewski en *El eterno marido* y que vemos entregados al soñadero del cine, conocedor de las mismas costumbres insípidas contagiadas con la misma inconsciencia que se contagia la insípida moda. La mujer vulgar, como el hombre afín, saben muchas cosas completamente inútiles, pero acaparadoras de la vida entera. Rizar las pestañas, arquear las cejas y depilarlas, profesar la idolatría de la plancha, maquillarse, pintarse los labios y las uñas, acertar con un rosa propio para las mejillas, condensar la ilusión más furiosa y el centro del mundo en un tricot que no puede comprar ni hacer, pero que quiere tener a toda costa; apetecer la posesión de un bolso como se apetece la felicidad, usar los guantes y el paraguas en todo, menos para abrigarse y protegerse contra las lluvias, ser novia del espejo, tomar un aperitivo de química mortífera, adelgazar hasta quedar laminada como tal o cual *vedette* de cine, sentir la magia del peinado con más furia que siente la magia del esposo divino una monja con la cabeza afeitada, llamar la atención con un perro imperialista; todo eso o parte de eso con mil y otras impertinencias, destruya o no destruya la moral, la más de las veces la estorba, pero lo cierto es que ocupa siempre toda la vida y la hace inservible para cualquier intento elevado.

El baño diario, el ejercicio, el cuidado racional de la salud y de la piel requieren para la mujer una hora diaria larga o dos cortas. El embadurnamiento con sus derivados, requieren en total una jornada de ocho horas.

Hace medio siglo no estaba generalizado el baño como hoy, pero la mujer no imitaba, siendo pobre, a la mujer de escenario que vivía de exhibirse, pero sólo se exhibía en el teatro con cierto escándalo. La exhibición, generalizada hoy escandalosamente y sin miras estéticas fuera de la escena, está convirtiendo la calle en escenario con millares de vedettes en constante éxtasis. ¿Qué propaganda será lo bastante inteligente para dar a la frivolidad una lanzada segura? ¿Bastaría con que los hombres se apartaran de toda mujer que necesite ocho horas diarias para embadurnarse y fuera inaccesible a la razón? Es difícil decirlo. Como es fácil comprender que abundan casos opuestos de modestia y aun de elegancia espontánea en el campo femenino. Abundando en el elemento popular puro la mujer que trabaja y que no tiene nada que envidiar a ningún maniquí.

Las oficinas se han multiplicado en toda Europa con amplitud tal, que al paso que vamos, las mujeres jóvenes quedarán casi todas sentadas cada una en el taburete correspondiente de mecanografía. Tanto aptas como no, pasarán las horas empolvándose, arreglándose el pelo y desarreglándolo otra vez para que éste rice, discutiendo con sus amigas de los devaneos insulsos de Hollywood y tecleando a ratos perdidos sobre folios inútiles los textos más inútiles de la burocracia, cuyo ideal es generalizar la empleomanía, rivalizando los partidos en la caza de plazas para contar con electoras.

La propaganda previsora haría bien diciendo a las enfermas y enfermos de empleomanía que los destinos son verdaderas plagas, que los cargos son cargas para el que las paga en realidad, no para el Estado. Para el que paga a cambio de quedar empapelado, empolvado, espiado, controlado, vejado, archivado, filiado, vuelto a filiar, fichado, arrumbado en armarios y cajones, aplastado en carpetas, retratado y sangrado.

¿No vemos que el voto femenino coincide con el asalto de cargos burocráticos por las mujeres? ¿Y no vemos que la prisa que se da el Estado en organizar colonias de vacaciones y en gratificar con miles de pesetas los partos, sean como sean, para que las madres se libren del peso de los menores y los entreguen a una vida de asilados?

El Estado no favorece el urbanismo ni la vida aireada, y luego lleva desde la urbe al campo a los niños para matarlos de **hambre** favoreciendo la irresponsabilidad maternal y paternal que se deshace del hijo como de una carga después de traerle al mundo sin permiso del crío, pero con la mira de explotar a éste indecorosamente como surtidor de pensiones y cliente tan forzoso del cuartel como del taller, si tras una niñez triste y una juventud sin alicientes queda el menor con vida, cosa difícil por cierto en nuestra sociedad.

La rutina de la propaganda standard contribuye a desviar la intercomunicación sociable de los seres. En la propaganda es donde incluso los que se tienen por afines aparecen más disociados entre ellos y más dislocados cada uno. De ahí que los discursos se comenten en broma y que el Estado aproveche la insuficiencia sociable de los más para fomentar el parasitismo y el vicio.

La cultura como tema de orador y como acción directa

Hemos escuchado centenares de ardientes discursos preconizando la capacitación. Hasta en las más alegres y fraternales excursiones colectivas al campo surgen oradores juveniles que discursean largamente acerca de la necesidad que tienen todos los oyentes de capacitarse, incluso el orador. Es posible que un joven inteligente de nuestro tiempo prefiera un domingo primaveral de montaña al baile en chiquero infecto o al mitin en sala cerrada. Pero si la montaña se convierte en púlpito para emitir un nuevo sermón de la montaña y otro y otro, se puede opinar, sin necesidad de ser un selvático, que la montaña es por sí misma más elocuente sin hablar que todos los oradores del mundo habidos y por haber, capacitados o sin capacitar.

¿Qué voluntad sociable puede haber en el afán de hallar doscientos excursionistas hambrientos de oratoria para que hablen dos o tres? Si se hubiera trabado entre todos ellos, entre todos los excursionistas o entre algunos una intercomunicación sociable o cultural antes de la excursión, aquella intercomunicación habría dado rendimiento. La excursión no sería entonces un programa futurista y nuevamente oral de capacitación que no compromete a nada, sino una explicación sencilla de resultados estimulantes. El orador generalmente aspira a orientar a los oyentes. La oratoria ha sido con frecuencia —la oratoria mala y afectada— un empeño de orientar a los oyentes más afectados, que de todas maneras siguen sin capacitarse. ¿De dónde arranca ese delirio por los malos discursos? De no contar con actos, sino con actas. Si se escribiera el acta de una excursión, sería otro manifiesto.

La escasa sociabilidad entre los españoles oficiosos viene de que se quiere improvisar una relación teórica entre ellos cuando hay tantos ejemplos prácticos de sociabilidad espontánea y de sociabilidad procurada, ejemplos aislados, incluso mal conocidos por sus mismos promotores, pero ejemplos positivos.

¿Por qué la propaganda sociable no ha de partir de casos así? ¿Por qué, por ejemplo a los aldeanos, no se les dice: «Eso que hacéis es lo que propagamos. No hay más que extenderlo como ejemplo, coordinarlo con otros ejemplos a millones, darle el valor que tiene y no abrumaros con pedantería doctrinal que no queréis descifrar, y hacéis bien. En vuestra propia familia tenéis ejemplos de solidaridad.

No hay que ampliar vuestro régimen familiar en el que nadie se lucra y todos trabajan según sus fuerzas y consumen según sus necesidades. Si con todas las deficiencias imaginables sabéis lo que puede una vida solidaria, extended esta solidaridad pura sin que deje de ser pura; hacedla más densa, sed audaces de dignas audacias, curad el odio que os coloca en situación desventajosa para vosotros mismos; hinchados del odio ciego que ciega, seréis más enemigos de vosotros mismos que los guardias lo son de vuestra vida. Y si pensáis bien lo que vale la unión espontánea, sabéis que es preferible la desunión a la unión forzada, tan pregonada ésta por los empresarios de unión en provecho de unos cuantos oficinistas de profesión o de vocación. Conservad la lucidez activa con la moral íntegra y no creáis en nadie que no trabaje. Sea quien sea, si no trabaja es vuestro enemigo mortal y, además, habéis de mantenerlo. Si mantenéis a alguien, que sea el amigo desvalido, no el enemigo que es siempre el redentor, el pedante, el vocinglero y el ocioso».

Esta propaganda es invencible. Si se extendiera, en cuatro o cinco años quemaría burgueses y autoritarios junto con redentores y chupatintas en una hoguera inmensa.

Las virtudes sociales sólo pueden propagarse con esos métodos directos, los únicos esencialmente revolucionarios porque pasan de conciencia a conciencia sin intermediarios, de tú a tú y porque presentan buena parte del trabajo hecho.

La preparación cultural no necesita alharacas ni himnos. La harenga se aviene mal con el trabajo silencioso que requiere toda instrucción de base. El carácter primitivo y el analfabeto mismo son preferibles al pedante letrado y al presumido. Pero el analfabeto no ha de creerse en un estado de perfección por el hecho de ser analfabeto. Ha de salir de lo que debe considerar un atolladero. Y ha de curtir su aspereza.

Habéis observado que a un español iletrado áspero que tenga deseos de convivir con vosotros y ser sociable, no se le puede convencer con suavidad. Para que os entienda y os crea, si es áspero de temple, habréis de ser un tanto ásperos con él. Toda la delicadeza que a su intimidad podríais hacer llegar en forma sociable, delimitada por la corrección más deferente, sería para él, al principio, incomprensible y poco grata. Si no os ponéis a su nivel oral, de carácter, de llaneza, de ánimo, perderéis el tiempo. Le inspiraréis miedo y más corrientemente desprecio. La propaganda no surtirá ningún efecto; tengáis las ideas que tengáis os abandonará o tratará con despego o con sorna, forma ésta muy española que se da a la decepción.

Lo mismo que el contagio idealista ha de tratar al catecúmeno áspero con cierta aspereza para hacer posible el diálogo, con amabilidad para que la aspereza se vaya atenuando y reduciendo por tiempos de diálogo áspero en estilo menguante, el contagio cultural ha de iniciarse con el catecúmeno que necesita partir de cero, partiendo de cero con toda claridad y sin ningún desdoro. Todo ésto no puede hacerse con un bloque de seres porque cada uno tiene su temperatura de fusión. Lo verdaderamente sociable es dar a estos ejercicios de conciencia un tono de natural y paciente adaptación en el intercambio y no creerse inferior a nadie porque nadie hay inferior a otro. Pero un doctor será inferior a un analfabeto si el doctor carece de comprensión. Si entre los analfabetos abundan los intolerantes y los indolentes, también abundan entre los doctores y entre los que valen más que los doctores: los doctos, como los estudiosos están por encima de los estudiantes.

El contacto de conciencia a conciencia no es más lento en resultados efectivos ni mucho menos el contacto de conciencia que irradia el auditorio en bloque. Conciencia a conciencia resulta una intercomunicación que tiene dos influencias para ganar cada una de éstas lo que merece, siempre una a una y cada una ganada por otra. Estas conciencias, una a una, son seguras y crecen en progresión geométrica. Las no seguras, las paralizadas, son las que ganan o se creen ganar en bloque y a miles en un acto de propaganda oral corriente. De cien oyentes, uno se fija en el gesto, otro en el matiz, otro en la parte sintética, otro en la audacia de un párrafo, otro en la tranquila serenidad de la invocación, otro en la pasión, otro en el traje, otro en el sentimentalismo, otro en el vendaval de un pasaje, otro en el alegre exordio, en la anécdota. Todas estas variadas maneras de interpretación se dan respecto a un mismo discurso y en cada temperamento cae el discurso de manera distinta. En la noble familiaridad de la confidencia, tan distinta del acto público que es un espectáculo repetido, la palabra es certera cuando está caldeada por el entusiasmo, breve para lo breve, austera para lo austero, animada y vivaz, sin recursos de escena, sin grandilocuencia ni efectismo, con cierta tendencia a las pequeñas descargas de humor nunca insistente ni lúgubre ni repentista en las transiciones.

El hombre verdaderamente inquieto por su porvenir y por el de sus hijos, no gusta de doctrinas totalitarias. Gusta de experiencias desinteresadas, comprobables y graduables. No quiere oír a los obsesionados por una idea buena o mala, pero que domina con regusto místico la vida toda, y a fuerza de sutilidades doctrinales achica las facultades creadoras, dando a la curiosidad una sola dirección. Se

observó siempre que el propagandista teórico obsesionado agota sus disponibilidades en poco tiempo porque el cansancio natural y la depresión suceden a la efervescencia artificial de la misma manera que el alcohol anima a su consumidor, pero no tarda en rebajarlo y deprimirlo.

Al hombre inquieto pero débil no se le debe atemorizar con expresiones de fortaleza tonante ni con relatos de novela policíaca. Lo sociable será hacer nacer en él la confianza en él mismo y no ensanchar su capacidad de percepción con artificios ni procedimientos misteriosos, sino subrayar las pruebas que en toda vida hay de buen instinto para que se desenvuelva más que nada por sus propios medios y recursos. El desenvolvimiento de la personalidad le dará medios de remediar los fallos y, después, de evitarlos. Entonces el hombre inquieto será unidad sociable en acción. Si ve en el amigo desinterés, será desinteresado. Si ve interés constante y sonante no se aburrirá ni volverá a la abulia, pero tendrá que invertir mucho tiempo en librarse del tóxico. Que la decepción no tapone el camino, que no se puedan cruzar ni interponer en la ruta esas eternas cuestiones previas que llegan a hacer de muchas vidas una serie de posiciones en cuestiones previas no sólo empalmadas con otras, sino embarulladas también unas con otras hasta el punto de que es preciso emplear más tiempo en aclarar que en construir. Se emplea más tiempo en las estaciones que en el camino.

La relación sociable de los pueblos ibéricos, la intercomunicación esencial está en marcha. Con deficiencias y con interrupciones, pero en marcha. Faltaba método. No siempre faltaba entusiasmo. Los desplazamientos en busca de trabajo habían producido muy buenos efectos de intercomunicación, cuando obedecían a propósitos que superaban la tarea de tener pan. La aldea se volcaba en la ciudad. Si en algunos producía ésta cierto deslumbramiento, en los más evolucionados producía, entre otros beneficios, el de una aclimatación nueva, independiente de cualquier rutina. Muchos aprendían oficios. Otros aprendieron a leer. Otros lucharon en los sindicatos con tal tozudería que en una huelga de autobuses de Barcelona, cierto maño empleado se negó a volver al trabajo cuando la asamblea de huelguistas acordó reanudarlo. Prefirió el maño cambiar de oficio a cambiar de propósito.

Hay que reconocer que están superados aquellos tiempos del **Despierta mujer**, consigna literaria en los medios obreros refractarios, que hace veinticinco años era ya vieja. Toda aquella balumba sentimental es preciso que ceda al positivismo, al realismo de las luchas ganadas a millones, pero desconocidas en el gran ambiente distraído.

CAPÍTULO XIX

Por una Iberia vertebrada

LA UNIFORMIDAD NACIONAL Y SU CONTRASTE

Un empleado de Hacienda salta desde Oviedo a Sevilla sin alterar su función. El militar cambia de guarnición sin alterar el género de actividad cuartelera. El servicio policíaco es idéntico en cualquier pueblo, sea chico o grande. La enseñanza tiene escasas variantes desde el punto de vista oficial. Los impuestos se exigen con la misma pauta, cóbrense donde se cobren. Las leyes se dictan y aplican a rajatabla contra todos los españoles, aunque éstos no las acepten ni aprueben, aunque no las conozcan. Se trata de supuestos servicios nacionales, flacos servicios por cierto, que disponen de millones de víctimas.

La lotería también es nacional, como la guerra y las quintas. Todo lo nacional es por el estilo: común denominador de toque, uniformismo, exigencia exterior. Puede aceptarse o no, pero siempre es ajena a la iniciativa vecinal.

Lo mismo puede decirse de los partidos. Todos son nacionales y nacionalistas, pero lo cierto es que sitúan a unos españoles frente a otros y que tienden a acapararlos atribuyendo a cada elector una cualidad abstracta, uniforme y confusa. Tal elector millonario es un voto. Tal otro, que no tiene donde caerse muerto, es un voto. El clérigo es un voto, como lo es el quincallero y el fundidor. Proviene esta escandalosa uniformidad de que el sufragio llamado universal considera que los hombres son iguales, no en cuanto al derecho de vivir, que se tiene sin papeleta, sino en cuanto al derecho de votar. Con tanta democracia altisonante, resulta que el sufragio da potestad ciega en la urna para que de ésta salga el nombre que interesa al partido, nombre que dependerá de un Comité y no de los electores. Y como el Comité depende del jefe elegido, los electores no son más que autómatas que bailan al son que les tocan.

Todas estas contradicciones son aceptadas por los partidos, sin exceptuar uno solo. Lo nacional, lo típicamente español, consiste en dar por buena una ley electoral que hace depender brutalmente el éxito de la mayoría conseguida mediante dinero, amenazas, promesas, reparto de credenciales, voto de muertos enterrados y vivos sin enterrar, pucherazos y estacazos. Esto, y no más, han sido siempre las elecciones. Si hay electores de buena fe que espontáneamente dan el voto para ser trasquilados en nombre de la nación, ¿por qué se quejan de que los tundan en el cuartel, los lleven a la guerra, los desangren con tributos y sean vendidos como cosas?

Los negocios se promueven con parecido automatismo. Sus protagonistas saben que tienen o tendrán mano de obra. Es decir, que contarán con asistencia útil para acumular riqueza y dar a ésta el destino más arbitrario y extravagante. Lo mismo les da someter a hombres rubios que a hombres morenos, a menores, adultos o mujeres, a operarios con partido o sin partido. El que trabaja es para el patrono lo que para el político el votante. Un hombre igual a un voto y un trabajador sumando o factor de provecho particular. Se multiplican brazos por cosas y resulta un producto de cosas. Las cualidades diferenciales del hombre que trabaja, su voluntad vital, sus ideas más íntimas y lógicas, sus deseos, todo queda apabullado por el salario, todo queda igualado por el jornal. Deducidas a duras penas las horas de reposo y comida, el productor está más atado y pegado al salario que un siervo de la Edad Media al señor. Este caso no es privativo de España, naturalmente, pero de España hablamos y a España nos referimos por el momento, ya que allí se considera el

jornal frecuentemente como un maná celestial, y embota el sentido de iniciativa.

Los reclutas, los fieles de una creencia y los clientes del droguero, son también cosas. El general y el comisario policíaco suman números —cada uniformado es un número—, de la misma manera que el droguero suma la aportación en numerario de los clientes, sean los que sean y vengan de donde vengan. El clérigo hace recuento de los devotos, sobre todo de las devotas que manejan a sus allegados, resultando todos sometidos en bloque o autosometidos a la uniformidad intangible del rito. En realidad, el sometimiento se refiere más a cosas materiales y temporales que a sutilezas dogmáticas, más a demostraciones espectaculares de presencia que a ningún sentimiento religioso. Las miras profanas cuentan sobre todo en la propaganda de los tonsurados uniformemente acelerada y no tan ladina como se cree en el envite, sino confiada en la sugestión, que tiene la magia terrenal de obedecer para atraer adeptos nominales, no evolucionados por ellos mismos.

Comparemos ahora el uniformismo de la especulación, el de los equívocos nacionales y el de la magia de tinte religioso nominal, profunda y deliberadamente profano, con los valores libres y espontáneos, con la iniciativa personal, familiar o de grupo sociable.

En esta comarca hay menos analfabetos que en aquélla porque los habitantes de ésta han querido acabar con el oprobio secular.

En tal pueblo el vicio del juego pertenece al pasado muerto, prefiriéndose la verde-pradera al tapete verde.

Aquí hay duchas y bibliotecas, allá se trabaja con denuedo, mejorando la tierra desvinculada de la gran propiedad.

En otra parte, el nivel moral popular se inhibió prácticamente del templo y de la urna, al paso que arruinó a los propietarios y se dignificó ensayando con éxito los beneficios de la faena en común o en privado, pero siempre sin asalariados.

En tal parte hubo una lucha empecinada contra el caciquismo, se acreditó la hermandad artesana y el empleo modernizado de abonos y máquinas.

En tal otro paraje creció el movimiento refractario del desertor, rehuyendo el cuartel y trabajando para sí, en vez de entregarse atado de pies y manos al salario.

En aquella localidad se inutilizó el comercio especulativo con la cooperativa de consumo.

En la vecina se formalizó una razonable huelga de contribuyentes, o se hicieron caminos, lavaderos, escuelas y otras mejoras, sin confiar en el Estado ni en el Municipio intervenido por los partidos.

En determinado pueblo se negaron las rentas y se despreciaron los destinos oficiales, o se propagó el saludable deporte sin taquilla y el trabajo independiente, no para tener más dinero sino para vivir mejor y educar a los hijos con responsabilidad, ayudándose unos lugareños a otros en vez de murmurar del vecino y cortarle unos cuantos trajes cada temporada.

En otro terminaron las pedreas, que habían sido batallas campales, removidos los ánimos por quince o veinte siglos de salvajismo sin corregir y sin desbastar.

Y luego se retuvieron y mejoraron —no sin graves incidentes— antiguos derechos de pastoreo y cultivo libres de pago. Se atenuó el rigor de la legislación civil, que en algunas regiones deshereda automáticamente a los hijos tardanos o contribuye al menosprecio de la mujer —eternamente tutelada— que, según la rutina clásica del Código, era lo que valía su peculio y tenía que prolongar indefinidamente la viudez si quería comer. Los segundones hallaron fuera del medio natal expansión, a menudo más conveniente que en el precario acomodo rural.

Se asaltaron montes redondos, cuyo dueño los retenía por robo al común de vecinos. Se invalidaron las trapazas de la ley hipotecaria, repertorio de fórmulas para improvisar en muchos casos una posesión a título enteramente lucrativo. Los actos llamados de jurisdicción voluntaria dejaron en buena parte de encuadrarse en la ley. El formulismo notarial quedó en desuso. El pacto libre, la comunidad de intereses legítimos, elaborados, los transportes desligados del raíl por el caucho, las ventas y compras en común, el fomento de semilleros y parcelas de experimentación, las granjas llevadas con pulcritud, las plantaciones nuevas, la aclimatación de novedades arbóreas, la generalización del riego, el ensayo de especies industriales y otros avances, dieron a la España hacendosa una fisonomía nueva. Se crearon pequeños y no tan pequeños hogares de cultura, de arte, de vida aireada, de esfuerzo solidario.

Todo lo positivo y progresivo que se hizo en el campo español, libre de Franco, en los años de guerra civil, se debió esencialmente a que el estado llano había creado un clima mucho más favorable a la socialización de base que al colectivismo. En el curso del medio siglo anterior, el panorama del progreso conseguido tuvo espléndidas no-

vedades, no iniciadas ni puestas en marcha por ningún partido ni por ninguna organización obrera, sino por espontánea acción del pueblo, alentada después por la C.N.T., sin procurar sistematizarla ni apoyarse en ella para ampliarla al conjunto y fundar un movimiento de envergadura, una situación de ofensiva irrefrenable.

De darse cauce general al sistema de expropiación que se iba acreditando y extendiendo con la negación de renta y dosificación de trabajo, de haberse articulado en sentido funcional aquellas reivindicaciones prácticamente consumadas, en vez de emitir toneladas de doctrina, nos hubiéramos ahorrado el desastre de 1936-1939. El movimiento revolucionario hubiera tenido realidad porque hubiera tenido base de hechos y recursos. Éstos se encontraban en la cueva del Estado y allí siguieron ocultos para que todo se perdiera, consiguiendo Negrín que la primera víctima de la guerra fuera la verdad.

Como los hechos realizados por los anónimos eran desconocidos o menospreciados, no se tuvieron en cuenta. Sólo se advirtió la pesadez de los diálogos bizantinos, la matraca de las notas oficiosas, la trituradora doctrinaria y las trapazas ministeriales.

En cada región había claras pruebas de avance, debido a la intercomunicación libre, al desprecio de la política y de la mentalidad de campanario.

Estas pruebas no llegaron a alcanzar generalidad porque hay una miopía pertinaz voluntaria que no ve lo que otros hacen cuando dejan de andar por caminos trillados. Por otra parte, es más fácil descender por un plano inclinado —el doctrinarismo—, que siempre conduce a la sima, que subir por esfuerzo propio. Las cimas son menos habitables que las depresiones para un pueblo con siglos de servidumbre y hambre acumulada. Las regiones ibéricas sólo vieron en las alturas del poder y de la riqueza ejemplos malévolos que estimulaban a los españoles a no desarrollar las buenas cualidades y a expansionar las malas hasta el infinito. Pero el progreso auténtico, el verdadero y efectivo sin recaídas, estaba neutralizando, ya antes de la República del 31, el marasmo español de manos y mentes muertas.

Los avances eran diversos, aislados, sin relación unos con otros. Lo mismo el régimen coronado que el frigio reprimían o no aquellos avances, pero en todo caso los falsificaban. Cuando no los reprimían conociéndolos, la pasividad no era conformidad, sino miedo. La República quiso uniformar el descontento clásico en provecho propio. Cuando vio que no podía, se entregó a las ofensivas más de-

senfrenadas. El fascismo se intercaló en la lucha y cayó la República. Había que salvar los intereses particularistas. Estaban éstos por encima de la corona y del gorro frigio, por encima del propio Franco, como no tardaremos en ver.

Pero quedaba y queda en España medio siglo largo de dignas pruebas contra el despotismo político y económico; medio siglo dilatado de diversidad resistente contra el patrón uniforme de la ley, el frontalismo oficial, el trabajo forzado y la riqueza de rapiña. Los cambios políticos no significan nada si se contrastan con aquellas pruebas, llevadas a cabo por conciencias despiertas y manos laboriosas.

Si estos valores llegan a vertebrarse no podrán tener adversarios triunfantes. ¿Es posible la vertebración de España? Aterrizando al suelo liso y llano, hablando un lenguaje claro, traduciendo la voluntad popular sin deformarla, olvidando para siempre el empalago doctrinario, que es asfixiante y prende en cabezas predispuestas al estilo más tronado, entre sentimental y burocrático, creemos que sí. El juego combinado de anatemas y amenazas alternando con depresiones del ánimo, dio de sí una confusión francamente intolerable. Es hora de salir del atolladero y prevenirse con armas lógicas contra el fácil sentimiento de entrega.

Antes de tronar la primera guerra grande había en Alemania un régimen imperial, una monarquía prusiana. Por el mismo tiempo había en Rusia un monarca y otro en España. En los tres países cayeron las coronas.

En los tres se estableció un régimen sucesorio de apelativo republicano y democrático: la República de Weimar en Alemania, la de Kerensky en Rusia, la de abril en España.

En los tres países sucedió, a la llamada República democrática, el régimen total: en Alemania se impuso Hitler; en Rusia, Lenin con Trotski y después Stalin; en España, Franco.

En cada país representaban las coronas o decían representar abolengo divino. Sin embargo, resultaron de pronto melladas y descalabradas. Poco tardaron en quedar reducidas a chatarra.

El paso de la monarquía al régimen total fue en los tres países un entreacto más o menos corto, más o menos accidentado y trepidante, pero siempre, sin excepción, un entreacto democrático.

Podemos, pues, enunciar una ley constante por lo que respecta a la zona territorial más dilatada de Europa, diciendo que el régimen democrático es antesala de una situación política total y que las democracias europeas desembocan en la dictadura.

Recuérdese que Portugal pasó por los mismos trances y que en Italia el régimen total convivió con la corona mientras ésta quiso. Después de simbolizar la dinastía saboyana —nominalmente— el credo democrático doctrinario, alentó a Mussolini y se entregó finalmente a los aliados, declarándose republicano el dictador cuando no tenía a quien dictar.

Desde el Congreso de Viena, que liquidó el decadente andamiaje imperial de Napoleón, los países europeos vivieron, en general, sometidos a distintas ideologías de derecho divino o de Santa Alianza con breves intervalos de reforma seguidos de represiones, en parte triunfantes éstas por el hecho, entre otros, de que los elementos refractarios integrales, en primer lugar los internacionalistas, no se vieron secundados más que teóricamente por los demócratas y liberales de oposición que carecían de pueblo. Y aún puede agregarse que aquellos demócratas y liberales, como Pi y Margall en España, arremetieron desde el poder de manera desaforada contra sus propios correligionarios.

No se interrumpió la represión. Disimulada o no, en forma contundente o menos contundente, el Estado clásico español alargó en las colonias el período agónico de las luchas civiles de la península, y después se armó hasta los dientes para reflejar en todo momento su mentalidad provocadora de estados de excepción y su sed de violencia contra los movimientos sociales. Lo mismo la corona que las dos Repúblicas —la de 1873 y la de 1931— interpretaron los movimientos avanzados, que carecían de armas, como casos de guerra. Estos hechos demuestran que lo mismo el Estado coronado que el frigio estaban desbordados por la razón sin armas y por la moral sin batallones. Todo lo que los gobernantes de cualquier signo querían era contestar a un anhelo justo con policías y cañones.

Desde el Congreso de Viena a la segunda guerra grande, la actitud de todos los gobernantes, sin excepción, consistió en reprimir y castigar a los resistentes sociales. Esta política constante no podía menos que favorecer la tendencia al Estado total en el continente

europeo y el establecimiento de las dictaduras, tal como las hemos visto tronar.

Pero, ¿no es sintomático que el antecedente más próximo de las dictaduras, el régimen inmediatamente anterior haya sido la Democracia? Parece que ésta incuba fatalmente un sistema total de autoridad, que las palancas de mando pasan de manos democráticas a manos totalitarias sin apenas transición, que hay algo así como un estatuto obligado en el orden o desorden sucesorio para pasar las riendas de un pulso a otro. El fenómeno se ha repetido hasta la saciedad en Europa. No tenemos más remedio que estudiar lo que más nos importa: nuestra actitud dentro del complejo de sucesión. A pesar de sus contradicciones y de sus recaídas, es un sistema que en todo caso nos vende y nos compra como cosas.

Lo que primero salta a la vista es que nos hemos opuesto a un régimen y a otro, que nos hemos alzado contra todos los sistemas de gobernar y que, a pesar de ello, estamos más gobernados que nunca. No hemos tenido éxito. ¿Por qué?

Decir que estamos desunidos para justificar las derrotas, es una cosa infantil. Desunidos están los contrarios, y no han perdido la partida. Decir que los contrarios tienen la fuerza es una perogrullada, puesto que el problema de base consiste en saber, no en qué manos está la fuerza, sino por qué, cómo y desde cuándo está la fuerza en tales manos y si es fuerza propia o ajena. Decir que la derrota no es definitiva, sino eventual, que lo pasado es el episodio de una pelea secular y que de todas maneras la victoria final es nuestra, significa endosar a los siglos venideros lo que debemos hacer nosotros mismos; significa sustraernos a la lucha directa, personal y eficaz; significa la contradicción, francamente grave, de apetecer un régimen colectivo para la economía y para todos los aspectos de la vida de relación y formular, en cambio, la evasiva de que sólo la acción ha de ser obra del individuo o del pequeño grupo; significa agarrarse a la rutina del menor esfuerzo, esperar acontecimientos favorables de la arbitrariedad ajena y suponer —como norma revolucionaria precisamente— que el deber de la acción es lo que se espera que hagan los demás.

Todos estos sofismas, ya patentizados por Malatesta, han tenido y tienen curso corriente en las inhibiciones colectivas de fondo, en los hechos palpables y comprobables. En realidad pesan tales sofismas en nuestro mundo decadente mucho más que la fuerza, mucho más que el despotismo del capital y con más estragos que el estruen-

do de las armas. Moldean una mentalidad predispuesta a la magia y a la planificación, castran el brío, desentonan el ánimo, favorecen el charlatanismo redentorista, propagan la confusión, entretienen las miserables disputas personalistas, minimizan todos los problemas hasta meterlos en un tintero, prescinden de los valores básicos para dar base a cualquier minucia, resumen una cuestión que conviene examinar con lucidez mental a las inmediatas y fáciles consignas sentimentales, adoptadas a la ligera para rivalizar con núcleos bullangueros y estridentes cuya finalidad es en absoluto opuesta a la nuestra.

Estamos invertebrados. Los Estados lo están igualmente pero tienen la fuerza. Por consiguiente —dicen los sofistas— nos conviene, más que nada, tener la fuerza. Argumento militarista, muy propio de los que aspiran al Estado y a la imposición, inaceptable en labios de un libertario y en labios de un sindicado que ha votado miles de veces una huelga sin tener armas. ¿No habíamos quedado en que la producción es el sostén del mundo? ¿No sabíamos y sabemos que ningún Estado con cien mil cañones y tres millones de metralletas es capaz de producir un kilo de trigo? ¿No estamos convencidos de que una huelga del transporte desorganiza por completo la vida del sistema capitalista, paraliza todas las ramas de la producción con el tránsito suprimido, sin necesidad de tener ni un mal pistolón? ¿No estamos ya prácticamente documentados respecto a la inutilidad funcional del esquirolaje?

La huelga del cuartel, la huelga del impuesto, la huelga del tribuno rural en especie o en metálico y la huelga electoral podrían producir la caída total del régimen. Un cuerpo de ejército pude ocupar los talleres. Lo que no puede hacer es ponerlos en marcha ni obligar a que el productor los ponga contra la voluntad del propio productor. Y ésto es definitivo. Todas las teorías, todos los sofismas caen ante la acción solidaria de los brazos laboriosos. Contra esta solidaridad, los fusiles no pueden nada. El que cree lo contrario tiene una mentalidad militar y no una mentalidad de civilizado. El que crea lo contrario, aspira a llevar galones. Nunca los obreros, como tales, pudieron luchar en guerra abierta con armas contra el Estado. El integralismo pacifista consiste en que no haya soldados. Si los hay, éstos son los traidores. La rebeldía vertebrada consiste en destruir hasta la raíz el cuartel en la mente de sus habituales, en negar la contribución de sangre como preconizaba Salvochea. Oponer una fuerza débil en armas contra el cuartel cuajado de armas y de

incondicionales, equivale a perder, a sacrificar vidas sin provecho y multiplicar las hecatombes.

La propaganda social no vertebró, no articuló la rebeldía. Más bien podríamos decir que la militarizó precisamente cuando todos los Estados multiplicaban hasta el infinito la técnica de matar en volumen y en mecánica destructiva. Lo militares de profesión pasan el tiempo de paz hablando de guerra, y cuando llega la guerra se sirven de los paisanos para hacerla. Juego de ladinos que los paisanos pueden inutilizar negando la contribución de sangre.

Como dice Victoria Zeda en *Cultura Proletaria* de Nueva York (13 de noviembre 1948): «No busquéis la paz en Congresos, Juntas, Comisiones y cuantas zarandajas imaginan los escamoteadores de esa paz mentida, porque mediante la guerra se realizan los negocios y las cuchipandas monstruosas de hipocresía y venalidad, soportables sólo por una ignorancia servil. La paz vendrá, y es de Perogrullo comprenderlo, cuando no se hagan más instrumentos de matanza. Quien los construye eres tú, productor, proletario, esclavo de la fábrica y del taller. En tus manos está la paz, y basta de lamentos.»

¿Se quiere que los Estados y los empresarios de guerra, se quiere que armamentistas y gobernantes dejen de ser lo que son? Todos ellos van a lo suyo. Los capitalistas no cuentan más que con el provecho que les da la servidumbre voluntaria de los productores; y resulta contraproducente halagar a éstos en vez de ponerlos claramente en presencia de su responsabilidad, de la misma manera que resulta grotesco el pacifismo de los que hacen la guerra y sólo se declaran pacifistas cuando la pierden (caso de **¡Abajo las armas!**). Combatir la guerra diciendo que produce millones de víctimas, es un contrasentido. ¿Quién las produce más que el combatiente? Si éste se alista para matar, nada tiene de extraño que muera. El matón no puede esperar otra cosa. La literatura sollozante que brota de la guerra es un oprobio.

Consumada la hecatombe en 1939, ¿todavía no ven claro los electores el origen de sus penalidades y la causa de sus desgracias? Apenas instaurada la República en abril de 1931, empezó a tronar el antagonismo político. Izquierdas y derechas se dedicaron a organizar la respectiva clientela y a llevarla a las urnas. En las elecciones inmediatamente anteriores a la República triunfaron las izquierdas y se repartieron el presupuesto. Desacreditadas las izquierdas, triunfaron las derechas. Desacreditadas éstas en el poder, volvieron a triun-

far las izquierdas. Y las derechas, todas las derechas de España, con la promoción de carlistas y falangistas, militares y negociantes, se echaron a la calle en vista de que habían perdido las elecciones.

El levantamiento de las derechas no tuvo otro origen inmediato y determinante más que la derrota electoral. Parece que esta verdad se olvida y, sin embargo, de ella se deriva la hecatombe. Se puede recordar perfectamente que, una vez consumada aquella hecatombe, los partidos se dedicaron con toda impunidad a insinuar primero y remachar después el deseo de volver a España, de conseguir el derrocamiento de Franco mediante apoyos de la política internacional para heredar el control político. Se formaron equipos gubernamentales. Hubo crisis y más crisis. Se lanzaron proclamas y arengas optimistas. Se agotaron y reprodujeron las socorridas nóminas. Todo se hizo, menos explicar los motivos que tuvo la República para constituirse como reñidero y manicomio de partidos promotores de luchas incesantes.

¿Por qué no se ha puesto en claro la actividad de todos y cada uno de los partidos causantes de la impopularidad de la República desde el 31 al 36? ¿Y por qué no se rinden cuentas acerca de la manera desastrosa que se condujo la guerra? Estos son los temas básicos, los verdaderamente importantes y esenciales, los que convencerían al elemento popular español que tuvo la candidez de votar, y los situaría al margen de los propios partidos. Precisamente porque se trata de temas candentes, permanecen y permanecerán en secreto. Nueva burla al elemento popular que en la guerra no buscaba prebendas, que luchó y ayunó careciendo de medios ofensivos retenidos por el Estado.

Otro motivo de incongruencia reside en la infiltración sutil del veneno político en capas densas de opinión que nominalmente aparecen adheridas a convicciones adversas a los partidos.

Los núcleos políticos del exilio entretienen a sus adherentes y a los no adherentes con esperanzas oficiosas empalmadas con desengaño. Pues no es así. Existe una tendencia, muchas veces inconfesada y disimulada, a la credulidad. Se advierte inconfundiblemente en los diálogos, en los hechos, en las determinaciones más sinceras, en los retrocesos de humor reproducidos invariablemente cada temporada, en las reservas, en millares de episodios patentes, incluso en bromas amargas y en penalidades que se revisten con ropaje festivo para despistar y despistarse.

Nadie ignora que en los campos franceses de concentración, cuando la guerra caminaba aceleradamente hacia el desastre ale-

mán, veíamos internados españoles (teóricamente convencidos de la inocuidad política) que confiaban en hacer las maletas inmediatamente para volver a España. En cartas y comunicados de prensa leemos con mucha frecuencia que conviene estrechar el contacto de codos en vista del inminente, del pronto retorno a España.

Buen número de excelentes personas que con sus familiares tenían trabajo en Francia en regulares condiciones como titulares de cultivo, abandonaron las tierras y vendieron todo lo que pudieron porque, dos o tres meses después, pensaban volver como turistas a España. Y hace repetidos años, desde 1944, que se viene propalando lo mismo al iniciarse la primavera o el verano. Llega el invierno, el entusiasmo se congela, pero la primavera reverdece las esperanzas hasta el invierno siguiente. La radio con sus emisiones, todas interesadas en reproducir la voz de su amo, los rumores optimistas, nunca confirmados, los bulos y las mentiras más burdas ocupan el lugar de la verdad, la deforman y falsifican, la suplantan por completo. Así es cómo los partidos manipulan a los españoles, incluso a los que no están en ningún partido. El problema español está por ello cada día más turbio. Lo más sensible es que se apartan las mentes y las voluntades del apoyo personal a la resistencia activa del interior.

Esta es la tremenda contradicción de la época. Juegan en ella imponderables, cuya existencia es patente. La dispersión familiar aviva la querencia y el recuerdo de la tierra. Se piensa que los menores dejados allá se educan en un ambiente tóxico. Por otra parte, el exiliado veterano, inadaptado por lo común al país de forzada residencia, inadaptado incluso al idioma, ve que la juventud se adapta fácilmente. El anhelo de España del veterano no lo ve éste en el propio hogar. Se aviva el sentimiento y la desazón hasta lindar con el arranque desesperado de cruzar el mar para no esperar en Europa un porvenir próximo escasamente halagüeño. Se vive en constante disgusto y en agria controversia con los propios y extraños, soñando en España como los judíos en la que llaman tierra de promisión.

No se sabe si calificar de patriotismo una corriente sentimental semejante, manifestada con variantes múltiples. Lo evidente es que nada tiene que ver con la serenidad que los españoles habrían de exigirse a sí mismos ni con la interpretación en frío de los problemas actuales. Los partidos especulan con la prevención airada de los ánimos, alternando con la eterna credulidad, y tratan de propagar lo que a ellos les conviene: la capitulación.

La postura política del mundo, incluyendo la de los afines españoles en los partidos, es una baja maniobra contra el pueblo español. Este es exactamente, sin interés sucesorio, el verdadero, el auténtico adversario de Franco. No lo son los partidos. Tampoco podría serlo un partido ideal que adoptara cualquier consigna política.

El exilio español está desvertebrado. Los partidos consiguen que incluso los españoles sin fe en la política adopten las consignas más conformistas y más desarticuladas de aquellos partidos.

¿Por qué está desvertebrado el exilio español? Con respecto al sector más avanzado, podríamos decir que su dispersión consiste en adaptarse de hecho a la posición partidista, como se adaptó desgraciadamente en la guerra. Aunque lo hizo con desinterés, sumándose a los interesados en perder la contienda. El hecho es que cuando un desinteresado cae, y no como aliado, sino como sometido en la órbita del interesado, el resultado no puede ser bueno.

¿Por qué cayeron tantos millares de hombres desinteresados en la órbita secularmente opuesta? Cayeron porque no se vertebraron ante los esfuerzos de la España mejor, cuyos promotores habían sido ilegalistas, furtivos, negadores íntegros de la ley, y se vieron de repente en el trágico trance de ser ministerialistas. El Estado estaba en ruinas. Los partidos no tenían base de sustentación. Los estadistas corrían de un lado para otro asustados, como roedores que barruntan un naufragio. La potencia ofensiva de Franco no se hubiera manifestado sin las complacencias de la República con los jerarcas militares, ya que mal podía salir el movimiento de los cuarteles si la República los hubiera cerrado en 1931, licenciando a los profesionales y a los reclutas. Con la supresión de la servidumbre cuartelera, los jerarcas del sable hubieran quedado en cuadro. Y una de dos: o se disuelve el ejército, o el ejército lo disuelve todo.

En problema tan grave como el que planteó contundentemente la agresión militar del 18 de julio, es indispensable estudiar el origen de los hechos para calibrar las responsabilidades sin atenerse infantilmente a un momento determinado porque éste obedece a hechos anteriores, a torpezas de origen como las que pudo permitirse la República de partidos y oficinistas de todas clases, en vista de que incluso la España progresiva estaba desvertebrada para la revolución integral.

¿Estaba vertebrada España?

No. Estaba en camino de vertebrarse por acción de los mejores españoles. Se daban afinidades perfectas, actuantes cada una en ella misma y dentro de ella misma. Pero no habían tenido las actividades aisladas entronque con sus iguales, porque en un cuarto de siglo cada modalidad de evolución había tenido que conseguirse localmente con un dispendio considerable de energías, y éstas no podían atender muchas preocupaciones externas al núcleo local o comarcal evolucionado.

Consideremos objetivamente la fuerza inmensa que tienen las afinidades constructivas en cada vértebra separada de la vida española, y lo que fuera de la vértebra española significaba su afín. Imaginemos la envergadura del problema social y de sus imponderables. Empecemos por anotar que sería curioso contar con un índice justificador lo más completo posible de las réplicas que dan a las ideologías ciertos elementos de acentuada movilidad que se llaman imponderables y que estaban en ejercicio constante.

El imponderable más destacado es la inteligencia que no opera sobre frases hechas, sino sobre recursos directos e iniciativas de cifra y prueba. La inteligencia pura fue, al margen de los dogmas económicos, la que iba a producir en España una revolución clara, integral y sin vuelta atrás, una revolución que podríamos llamar racionalizada, no nacionalizada.

A tal revolución iban contribuyendo los trabajadores del agro porque la hacían implacablemente, sin acuerdos previos. La iban haciendo con actos, con actos que tenían congruencia.

Imaginad que uno de los previsores del mañana que se llaman sociólogos, de buenas a primeras profetizase el porvenir. ¿Quién le podría contradecir dentro de cien o quinientos años si se equivoca? Para un hombre así no hay perspectivas. No arranca del hoy y prescinde del hoy para dar como acróbata un brinco de dos o tres centurias. Esta incongruencia ha producido estragos y resbalones innumerables.

Contra las incongruencias de los profetas, los imponderables aparecen súbitamente interrumpiendo los delirios. Pero los profetas no se enteran.

No es que los imponderables carezcan de realidad. Lo que ocurre es que cuando los sociólogos van a parar al caos, los imponderа-

bles vuelven de él decididos a ganar el tiempo perdido. Futuristas y tradicionalistas zarandean a sus contemporáneos con trompetería histórica o arengas para el año 2000. Y ocurre que dejan hueco el hoy a disposición del fascismo. En Italia se hace una revolución deficiente con la ocupación de las fábricas, y la deficiencia la ocupa Mussolini. El comunismo político amenaza en Alemania, y los hitlerianos atacan en bloque ocupando la oquedad de las amenazas y, sobre todo, las insuficiencias.

Vertebración de España

Para favorecerla es preciso contar con voluntades decididas capaces de rehuir el doctrinarismo estático y paralítico, capaces de contrastar y coordinar hechos con hechos y expresar el contraste y la coordinación mediante doctrinas experimentadas, no mediante teorías volanderas que invariablemente resbalan por distintos planos inclinados hacia la capitulación, la reforma y el conformismo. Si un régimen sucede a otro, tanto éste como el anterior, lo que hacen en realidad es ponernos a régimen y equipararnos a cosas.

Si se objeta que no hay un sistema ejemplar integral y general establecido, se dice una insensatez, puesto que lo absolutamente perfecto no existió ni puede existir. Siempre hay un más allá que procurar. Un medio social inconmovible sería la anquilosis y la petrificación. De la misma manera que no puede haber meta definitiva, sino rutas infinitas, hay realidades que ya, desde siglos remotos, dan fundamento y camino abierto a las mejores voluntades activistas sin vuelta atrás.

Cada hora transcurre traducida en capacidades afirmativas. Millares de seres se aprestan a diario a hacer habitable el mundo, a dar pruebas de abnegación, a asimilarse tesoros imperecederos como la cultura —que al revés de la riqueza contante y sonante, sólo puede adquirirse por esfuerzo personal directo—; a emplear la libertad y no a malgastarla, a apoyar la causa humanitaria sin falso altruismo ni falsa modestia; a pactar, a hermanarse, a dar cauces a la equidad, a la amistad, a la sugestión sentimental desligada del interés, a ahondar el cauce de los conocimientos científicos, a aplicar los resultados del saber puro, a transitar por caminos que enseñan a desligarse de la borrachera patriótica; a aprender enseñando y a enseñar aprendiendo; a rebelarse con hechos contra el dogmatismo, el sectarismo,

la magia y la hipocresía; a adoptar la sencillez en la vida y la firmeza de convicciones.

Todos estos valores necesitan vertebrarse y fortalecerse mutuamente para mejorarse en una concordia que abrasaría todas las injusticias y arrinconaría la autoridad aniquilándola. Pero nada progresivo podrá tener efectividad si no se desarman las mentes; si no se libertan de las idolatrías, religiosas o laicas, que sostienen el dolor universal; si no se acostumbran los seres a tratar los problemas concretos como tales, descontando de la mística los delirios más insensatos.

Nadie puede negar que la cultura popular había tenido también realizaciones y pruebas convincentes con resultados estimables. Pero la literatura social carecía en general de sugestión. No tenía referencias a hechos vivos. Iba reproduciendo axiomas y a veces se contagiaba de cierto gusto milagrero y gregario. El anatema y el improperio se repetían sin originalidad, como la apelación al martirio. Parecía desearse el martirio para tener ocasión de protestar. Los exaltadores del martirio ajeno gritaban más que la propia víctima y exaltaban la memoria de ésta, cosa más fácil que imitarla.

Creemos francamente que estos excesos de misticismo habrían de ceder a otras protestas más contundentes. La mística exaltadora del martirio tiene origen religioso y se funda en la creencia de un cielo, al que ascienden los mártires según la ortodoxia religiosa. Pero el mártir social no va al cielo. Con todo, el luchador social no rehuye el martirio, pero muchas veces el mártir social es víctima de la inhibición de sus afines. Cuando un brazo vengador abate al tirano y el vengador es sacrificado, ¿qué puede pensarse de sus afines —millones a veces— que no sacrifican la vida ni nada? El sacrificio individual puede ser noble, pero no es noble la inhibición colectiva que podría evitar el sacrificio individual.

La propaganda social no será congruente y eficaz mientras no difunda que la valentía para el sacrificio de uno no tendría que darse si se generalizara la acción colectiva, que ningún individuo puede reemplazar ni suplantar porque tal patraña equivaldría a aceptar la teoría de la redención del género humano mediante la muerte de un dios.

Anotemos que el anhelo de instrucción necesita ejercerse con sucesión razonada. Es preciso leer con método. Que cualquier dificultad en la lectura encuentre al lector en traje de faena para superarla. Leer no es un pasatiempo. Leer es trabajar con herramienta útil, vertebrar lo sabido con lo que se aprende, enriquecerse indefinidamente acumulando saber con esfuerzo.

Hay escasa afición a leer en período de excepción, pero hemos observado que la afición a leer decrece mayormente en período de excepción, cuando se debaten problemas artificiales y simbólicos, no en períodos de excepción con lucha densa y activa. Y se lee con más fruición todo lo que atañe al ataque personal que otra cosa. Si queréis que una asamblea que dormita o bosteza se levante con viveza, no tenéis más que suscitar una cuestión personal. Las cuestiones personales crean problemas inexistentes y los embrollan de tal manera que no hay medio de aclarar nada, disolviéndose las asambleas por cansancio.

Tales incongruencias pesan sobre la vida de relación hasta aplastarla o reducirla a perpetuo reñidero, a perpetuo secreteo y a perpetuo diálogo burocrático. Todo esto se da por contagio de los partidos y de los Parlamentos, que viven de cara a los tinteros.

Rompiendo resueltamente con el pasado, partiendo de cero, dando al escarmiento su cualidad remediable y la debida enmienda, es evidente que la vertebración de España puede ser posible arrancando de sus núcleos naturales de población, células vivas de convivencia, sin encerrarse en programas exclusivos y partiendo de hechos sociables deliberados. Ninguna ideología tiene monopolio de aciertos ni solvencia futurista ni carácter infalible. Los hombres son los que emiten ideas, pero de las ideas no nacen hombres. Las ideas son corolarios de hechos, consecuencia y explicación de éstos, relatos de una experiencia, pruebas de voluntad activa, ejecutorias de una realización cuya base no es otra que el instinto sociable razonado, la moral universal, la convicción de equidad.

En la vida relacionada, en la expansión comunicativa, hay millones y millones de hechos que no se producen por azar. En esta no producción por azar residen los valores sociables. Su explicación perfila un ideal, lo concreta en sencillos enunciados, lo afirma y lo impulsa, pero no puede sustituir el enunciado de acción a la acción.

Una frase no sustituye a un hecho. Un escrito o un discurso no reemplazan a una acción, como el acta no vale lo que el acto, ni un pan pintado equivale a un pan cocido en el horno.

De la misma manera puede decirse que la convivencia vecinal no puede encerrarse en fórmulas, y que los formularios y recetarios doctrinales que equiparan por pasiva a un pueblo del norte a otro del sur, son falsos. Responden al sentido político de que los hombres son cosas. Un hombre igual a otro, un poblado igual a otro, con los mismos amos y sometidos semejantes. Esta doctrina es la misma que la de los presidios y la de los asilos. Así pues, conviene favorecer el concepto opuesto no teniendo en cuenta ninguna teoría de redención, sino observando que los intentos más levantados de vertebración respondieron a hechos como los siguientes:

1º. Afluencia de todas las iniciativas sociables, en el plano local, a la práctica de la autonomía vertebrada.

2º. Esta autonomía consiste en que cada localidad determina por sí y para sí sin ingerencia exterior.

3º. Pone al Estado ante hechos consumados vertebrados, tanto en sentido negativo como positivo.

4º. Entre los hechos consumados negativos y vertebrados están: la negación del tributo de sangre, la negación de brazos al poseedor de la tierra, la negación del impuesto al recaudador y al arbitrista, la negación de moneda al comerciante. La negación del tributo de sangre aniquila el cuartel. La negación de brazos al propietario aniquila la herencia, la renta y la propiedad. La negación de impuestos aniquila al Estado. La negación de apoyo al comerciante aniquila la especulación y, automáticamente, inutiliza la moneda. Un sindicato, una colectividad, una cooperativa de producción pueden acordar —incluso dentro del régimen actual— la negación de mano de obra. Si en diez mil municipios se deja la gran propiedad yerma, los mismos diez mil municipios pueden expropiar después los yermos por utilidad pública. No hay fuerza capaz de impedir tal expropiación si es articulada y vertebrada, como puede serlo después la racionalización del cultivo, en común o no; pero sin asalariados y turnos para el empleo de máquinas, con supresión de ventas y compras de tie-

rras, comercio de cúmulo monetario y tributos, que se sustituyen por reparto de trabajo entre vecinos útiles.

5º. Los hechos positivos vertebrados consisten en realizar la socialización de la tierra avanzando por el camino de la mejora, distribuyendo sus productos al paso que se libertan del comerciante y se atiende a las necesidades, incluso a las nuevas, de seguro deseables por los entendimientos evolucionados.

6º. En el período inicial, antes de ser expropiada la riqueza ociosa —tierras yermas—, la cooperativa de producción se basta en principio —como la de consumo—, y más teniendo en cuenta la incorporación de la artesanía modernizada y el apoyo de la técnica afín de fueros, mientras las industrias se preparan a la gerencia de los productores, favorecida por el contingente de primeras materias entregadas a los talleres cooperativos. Además, el transporte-clave estaría administrado por gestión de los transportistas mismos, sin intromisión de ninguna empresa.

He aquí las líneas generales experimentadas en buena parte, líneas que no son ni fueron más que la vertebración de las fuerzas activas, que irán completándose racionalmente, porque la función crea el órgano y no al revés.

Lo orgánico no puede ser la oficina, sino el cereal, que nace del cultivo funcional. Lo orgánico es el mineral extraído de las entrañas de la tierra por la función activa de los brazos y de las máquinas, teniendo siempre en cuenta que —como dijo un agudo filósofo— el producto más valioso que sale de una mina —aunque sea de oro— no es el oro, sino el minero.

CAPÍTULO XX

Conclusiones

NUEVA MALDICIÓN DEL PRACTICISMO

Llegamos al término de la serie propuesta a libre plática con este capítulo, último de los comprendidos en el conjunto del libro *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*.

Es de rigor que nos dispongamos a hacer un breve resumen de la obra, concretando el trabajo de cada capítulo en las conclusiones correspondientes.

Empezaremos por insistir en la afirmación de que el primer capítulo, que lleva por título «Nueva Maldición del Practicismo», establece, respecto al tema general, las conclusiones siguientes:

1ª. Todas las disidencias, todas las escisiones que se dieron en el medio español de raíz apolítica responden de manera tácita o expresa a la sugestión soviética.

2ª. El practicismo, el titulado realismo, no es más que la persistencia de abstracciones derivadas del equívoco político y adaptadas al oportunismo de cada momento, sin que pueda deducirse de la literatura de tipo autoritario y pretensión reformadora más que su coincidencia con partidos en ejercicio y, como tales, en completo descrédito.

3ª. Hay un contraste entre la lucha directa popular contra los privilegios de la riqueza y del mando y la pretendida lucha de unos gremio políticos con otros. El contraste está precisamente en los resultados de la acción directa, porque sus beneficios quedan consolidados como realidades prácticas y no como abstracciones ni perversiones.

4ª. La demagogia de los partidos sólo prendió en mentalidades no evolucionadas, automáticamente afectas a cualquier solución mágica y teórica ajena a la experiencia y a la prueba.

5ª. La coalición de partidos, consigna general de Europa por confusión entre ellos o dominio alterno, significa que un solo partido se ve impotente contra los refractarios. Por ello los partidos se apoyan unos en otros para gobernar después de injuriarse gravemente en las campañas electorales, llamarse ladrones, embusteros, explotadores y cosas por el estilo. Y todo para gobernar juntos.

6ª. El comunismo ruso fue extremista contra Kerensky, no colaborador. El comunismo es hoy colaborador y patriota con demócratas como Kerensky, gobernando con ellos y aun con elementos confesionales vaticanistas, mientras éstos y el socialismo no soviético se avienen a la tolerancia ministerial con los soviets.

España social y federal

1ª. Frente a la confusión de los doctrinarios ha demostrado Rocker que la nación no es más que una consecuencia del Estado.

2ª. La nacionalidad es un hecho fortuito. Se debe al azar del nacimiento. En caso de ser elegida, viene a ser como prenda de quita y pon, lo que contradice la pretendida divinización de la patria y de la raza.

3ª. Es patente el convencionalismo nacionalista, que tiende a la unidad y al centralismo. El nacionalismo es tan convencional como el racismo, desviaciones de la magia del nacimiento, teoría de pueblos salvajes.

4ª. España es un mosaico de razas, idiomas, costumbres. Históricamente, las naciones son el radio de acción de los Estados por la impunidad legislativa y, sobre todo, ejecutiva. El Estado no ejecuta el Derecho, como dicen los epítomes universitarios, sino que ejecuta al Derecho.

5ª. Precisa una revisión nacional, no para reconstruir la nación, sino para destruir sus residuos. Rousseau emitió la teoría del pacto social abstracto que ha desembocado en un autoritarismo concreto. De hecho, se lo adjudicarán los gobernantes, dando a cambio libertades abstractas de imposible realización o, en todo caso, contrarias sistemáticamente.

6ª. El individuo es el que puede pactar con libertad fuera del Estado. La familia es una extensión del individuo y se funda en el pacto entre individuos por mutuo consentimiento y de acuerdo libre. La familia es, pues, una célula de convivencia, porque los familiares conviven sin necesidad de leyes.

7ª. El Municipio, libertado del Estado, puede ser en la realidad vecinal un conjunto que, como la familia, se funda en acuerdo libre, pacto y ayuda mutua.

8ª. El factor geográfico se armoniza por ley natural con los pactos concretos libres entre vecinos, lo mismo que el factor puramente económico, ya que la realidad económica es por esencia un valor concreto, no mágico.

9ª. La desvinculación patrimonial, es decir, el paso de la propiedad-renta a la de uso directo, demuestra que el trabajo no forzado ha ido destruyendo el sentido de riqueza privilegiada y acumulada.

10ª. El saber reclusiano se identifica con las corrientes científicas renovadoras y va estableciendo una temática afín con todos los esfuerzos, dispersos o no, pero congruentes en la valoración del medio geográfico como habitación humana y posible expansión acelerada del esfuerzo puro.

11ª. Estamos cansados de negar. Vivimos en una atmósfera viciada por filtraciones autoritarias, pero negar indefinidamente y nada más, negar y no hacer, es un contrasentido. Para hacer necesitamos comprender que sólo una libertad conquistada hace posible otra libertad de más envergadura. Ningún estamento político da libertad. Ésta ha de ser ganada directamente. Si es regalada es un engaño, como quien recibe un pan pintado que no puede comer.

El municipio español desde la época de Roma

1ª. Los Municipios romanos merecieron el más completo descrédito por su base burocrática.

2ª. Las primitivas asociaciones españolas de tipo libre, una vez caído el imperio romano, vivieron con cierta libertad mientras no apareció el guerrero, el legislador y el recaudador, las tres plagas del Estado.

3ª. El pastoreo se impuso al cultivo y las tierras comunales se entregaron a los magnates, pero los agricultores constituyen en muchos casos Municipios libres y cooperativas productoras, mientras las razas se fundían en un ambiente de laboriosidad, fuera de las guerras.

4ª. El Estado español legisló en sentido centralista y uniforme, entrometiéndose en la vida local para destruir sus valores, confundiendo a los pueblos con las lejanas colonias de trabajo forzado.

5ª. La servidumbre del Municipio oficial continuó produciendo estragos y ultrajes hasta julio de 1936. Ningún régimen dejó en libertad a los pueblos. Consideraba siempre el régimen —lo mismo la corona que el gorro frigio— que en pueblos y ciudades no había más que menores de edad. Un grupo de ciudadanos podía constituir una

sociedad de baile, pero no podía constituir un Municipio para resolver asuntos propios. El Estado aplicaba implacablemente su señorío fiscal absoluto y su terrorismo para considerar a los españoles como cosas, llevarlos a la guerra, cargar su economía deficitaria con impuestos y prestaciones, desatender la higiene y la enseñanza, como las obras públicas y el urbanismo, quedando todo al servicio de las clases monopolizadoras del mando y de la riqueza. Cobraba el Estado los impuestos a los hacendados, pero en realidad los productores directos habían de pagarlo todo en renta, alquiler y compra al comercio especulativo. El Municipio era un retén de espionaje policíaco contra los vecinos. Cualquier Ayuntamiento que quedara nombrado —siempre mediante intervención de los partidos—, nada podía hacer por los habitantes de la demarcación administrativa. Los ensayos de libertad municipal —incompletos y apresurados— quedaron destruidos por la guerra del 36.

La federación local es el Municipio

1ª. Toda especie de autonomía local fue suprimida por el Estado o las invasiones —patrocinadas por el Estado— por el criterio unitario patente en todas las instituciones oficiales.

2ª. Los partidos españoles llamados republicanos fueron, en general, centralistas y asimilistas. Se exceptúa el federalismo de Pi y Margall, aunque su animador teórico combatió a los propios afines como gobernante y se desacreditó en el poder.

3ª. El federalismo, apartado ya de la etiqueta republicana, se condensó en los núcleos de resistencia obrera desde los tiempos de la Primera Internacional. A través de las vicisitudes de ésta y a pesar de las represiones constantes, el sentido federalista informó las viejas sociedades obreras refractarias y marcó la divisoria en el antagonismo Marx-Bakunin para situarse con entera convicción junto al maestro libertario; propagó incansablemente la descentralización en el régimen funcional de los Sindicatos a partir de la coordinación de éstos en la Confederación Nacional del Trabajo y se atuvo a la idea descentralizadora para la instrucción y la economía, incluso para la

convivencia en todos los aspectos dentro del Municipio manumitido del Estado.

4ª. En general, la idea de los internacionalistas acerca del Municipio libre puede concretarse diciendo que era para ellos una célula federable, implicando aceptación voluntaria de obligaciones no impuestas, sino libremente consentidas y deliberadas para la vida en común.

5ª. El Estado es una abstracción, excepto para sus atributos represivos. El Municipio, una realidad. El Estado tiene definiciones doctrinales. Hay Estado socialsita —aunque nominal—, presidencialista, democrático no presidencialista, absoluto, etc. El Municipio tiene un sentido indestructible de **común de vecinos**, de calle asfaltada, de caminos, de alumbrado, de servicios, de escuelas, de vivienda confortable. Todo esto pueden procurarlo y mejorarlo los vecinos. Lo que fuera de la vida material importa esencialmente, como pactar la libertad de conciencia, de asociación, etc., es propio asimismo de que lo determinen los vecinos por ellos mismos, entre ellos.

6ª. El intervencionismo del Estado en los aspectos primordiales de la vida, en actos, situaciones y circunstancias de toda índole, demuestra la convicción paternalista de sus doctrinarios, alternada con violencias y coacciones incesantes. Y demuestra igualmente que los teóricos de la llamada ciencia social a base de la inviolabilidad del Estado, quedaban enormemente rezagados con respecto a los obreros de su época. Al interpretar la divinidad paternalista del Estado, en realidad aplicaban los doctores la idea de la Divinidad. Al atribuir al Estado la represión con sangre de toda divergencia, lo que hacían era perpetuar la mentalidad de la caverna y el deslumbramiento mágico.

El Municipio mandatario de su Asamblea abierta

1ª. En un conjunto vecinal se marca y subraya con sencilla elocuencia la diferencia entre los viejos usos y los nuevos, propuestos éstos por la Asamblea pública para la marcha normal de un Municipio, tan libre de la tutela del Estado como de otra cualquiera.

2ª. Construcción de un camino. Se discute abiertamente el pro y el contra de la mejora. Todos los vecinos opinan y se manifiestan con libertad y llaneza, sin pretensiones de sabiduría ni alardes pedantes. Se valoriza la prestación personal acordada en turno equitativo y se habla sin malignidad, con objectividad y tolerancia. Todos están en pro del trabajo cooperador para la obra útil, posible, duradera y aprovechable para el conjunto.

3ª. Solución de un litigio de riego, rechazándose el caduco sistema de multas y favoreciéndose, en cambio, la emulación que fomenta el descenso de transgresiones.

4ª. Discusión para establecer industrias nuevas, poniendo en juego la producción directamente obtenida en el término. El superávit de ésta puede equivaler y equivale a la compensación necesaria de los productores industriales para contar con maquinaria. Seamos gerentes —dicen los aldeanos— de nuestra economía y consigamos el bienestar con nuestros propios medios, contando con la colaboración próxima o lejana de los que piensan lo mismo y esperan la nuestra.

5ª. Organización de una biblioteca pública. Afanes del elemento juvenil y del adulto, ávidos de saber. Despertar de conciencias. Orden en la lectura. La biblioteca no es un almacén, no es un depósito de papel impreso. Colaboración de los trabajadores que interviene en la construcción. Expansión de temas pedagógicos. Atención para el criterio diferencial de los pequeños escolares respecto a la estima merecida por el pedagogo. Progresión de los sentimientos humanitarios.

6ª. Se prescinde de toda penalidad contra el pastoreo de abuso, pero subsiste la coacción moral para evitarlo.

7ª. Explicación para comprender los remedios más efectivos y prácticos para atenuar el paludismo y suprimirlo, más que con remedios de farmacopea, con obras de carácter público tan saludables como cubrir los pantanos. Estadística de la baja de enfermos por fiebre endémica que se curan sin recurrir a la quinina.

8ª. Viejos cultivos de buen rendimiento remozados y puestos al día. Convicción favorable al trabajo no forzado. Tractores en vez de motor de sangre. Aprovechamiento de las condiciones naturales del suelo y del clima. Remedio del analfabetismo y del paro sin necesidad de esperar leyes del exterior. Avance industrial. Cooperación decidida. Colaboración de la técnica consultiva sin que ésta signifique determinación o categoría, sino consejo y ejemplo experimentado. Suprimir la droga con la medicina de la educación.

9ª. Procedimiento para generalizar y humanizar el asueto y el descanso.

10ª. Afirmación de la lucha contra el monopolio de la tierra y de la distribución. Ejemplo de dosificación del trabajo contra la propiedad privada. Se explica que el 19 de julio fue una continuación de la lucha iniciada bastantes años antes por los trabajadores evolucionados, y no un arranque o principio de actividad. Fue una revolución continuada y complementada, no una revolución que empieza. Fue una realidad demostrada con múltiples variantes antes y después del 19 de julio del 36. Desaparición de las viejas rutinas. Capacidad constructiva.

Excursión reclusiana por la España fluvial

1ª. Actualidad de Reclus. Anatema contra la libertad ociosa. Claridad de paisaje del río y su poder. Una diagonal ibérica: el Ebro. Estudio de su caudal, de la riqueza dormida entre estepas. Valor de tres bases vitales de Cataluña: el Pirineo, el Mediterráneo y el Ebro. Pirineo: guión entre dos mares. Mediterráneo: prólogo de mares y tierras. El Ebro: diagonal hidrográfica —como el Pirineo orográfico— de mar a mar. Estos valores no tienen origen, contextura ni destino que puedan considerarse en relación con ninguna institución política, con ninguna atribución de riqueza exclusiva, con ningún mando, con ningún dueño. Afluentes, riegos, porvenir. Interpretación del romanticismo puro, al que podríamos llamar forestal, tan distinto del pasional. Las descripciones del grandioso paisaje americano dieron contraste vital a pintores y escritores del Viejo Contienente plagado

de guerras, dinastías asmáticas en pugna y conflictos fronterizos que se iban eternizando. Reclus se sintió atraído por la grandiosidad del paisaje americano. La magia y la brujería huyen del río y se propagan en regiones desérticas. Influencia de la botánica y de la humedad en el carácter lo hacen flexible.

2ª. Pequeño mapa de la España fluvial. La meseta y sus bordes hacia el mar. Erosión. Rapidez de la corriente. El Genil, Nilo ibérico, río de la nieve. Punto de vista del geógrafo Dantín Cereceda sobre la cordillera bética. Guadalquivir y afluentes. Ríos autónomos. El Duero se bebe al Pisuerga, que baja del norte y el Adaja, que sube del sur. El Tajo, aurífero de profecía. El Guadiana y su botánica espléndida. Ríos cortos y rápidos del norte. El Miño lleva la fama y el Sil el agua. Ríos catalanes industrializados. El Turia y el Júcar, multimillonarios en naranjas. Alcanadre matapanizos. Ríos como cintas de bazar. El Jalón, río de la fruta según los árabes. El Huerva, río del aceite mahometano. El Segre, río sangrado.

3ª. Federación de los ríos. Pueblos federados como ribereños. Los canales y su mal de piedra. Los grandes ríos son transversales, excepto el Ebro. Necesidad de caminos laterales y de cruce.

4ª. Desde el río de la barca hasta el río motorizado. Viejos y nuevos tiempos. Cálculo de los labradores para el aprovechamiento del riego. Sentidos y contrasentidos del clima. El río y la civilización.

Excursión reclusiana por la España árida

1ª. Ejemplo de dos reclusianos anónimos. En pleno secano el esfuerzo empecinado hace brotar una viña, que liberta de la miseria a los cultivadores.

2ª. Se puede superar la aridez porque no hay imperativos geográficos inconmovibles. El trabajo constante hizo en muchas zonas agrícolas que la botánica del progreso tuviera rendimiento progresivo. Como se alteró el régimen de monocultivo cerealista. No puede haber economía cerrada. Avance de la viticultura. Desde 1906 a 1930 aumentó la producción anual de vino desde ocho a veintinueve millones

de hectólitros. Queda marcado el esfuerzo que se notó en España una vez terminadas las guerras coloniales. La superficie destinada a viñedo se dedujo de la destinada a cereal, cuya cosecha es aleatoria y poco favorecida. Se fueron extendiendo las modalidades de cooperación. Propósitos logrados y comprobables.

3ª. Palabras de un español de procedencia esteparia en un campo de castigo francés inmediato al Pirineo en el curso de la Segunda Guerra Mundial (Vernet d'Ariege). Panorama de aquel microcosmos de refractarios activos contra el fascismo (1943). Entre ellos se destaca el hombre del agro español imbuido de altas preocupaciones humanas, labrador que labra, conocedor de la realidad, intérprete de hechos y acontecimientos ajenos al tropel de simulacros que la literatura oficial llama culminantes sin serlo. Estudio objetivo de la lucha en el campo contra monopolistas y rentistas. Ocaso del sentido patrimonial. Motivos que condujeron al proletariado agrario a abandonar el jornal a medida que se acreditaban los ensayos de cooperación. Pelea callada de los aldeanos contra la propiedad, la renta señorial y la herencia. Quiebra de los patrimonios por negación de renta y dosificación o abandono de trabajo. La quiebra de la propiedad presidió el levantamiento franquista de 1936, cuyos protagonistas eran propietarios de latifundios o fincas labradas, pero en general cultivadas como hace diez siglos. Necesidad de coordinar la economía agraria con las libertades locales federadas y su complemento de avance técnico, sentimiento igualitario y distribución racional.

4ª. Altibajos del clima ibérico, corrientes dominantes, lluvias, temperatura. Influencia del desierto y de la humedad. Africa y el Atlántico soplan sobre España, la resecan o la ponen a remojo. El secano ha sido calumniado. Da productos de sabor único. Flora esteparia. Civilización de la miel. Industria de la estepa y su aprovechamiento. Aceite de monte. Hay especies florales en la estepa que podrían producir sosa cáustica capaz de remediar el déficit de jabón. Ya se intentó en los años de guerra civil. Contrastes. No todo el terreno estepario o semiestepario es desaprovechado. La iniciativa popular ha conseguido regenerar las estepas en parte. Trigo-semilla de secano. Su riqueza de gluten. Influencia saludable de la tierra seca. La potasa en los secanos, complemento —en la tierra profunda— de la sal en la superficie. Acción del agua en las capas bajas.

5ª. En el mapa de un pueblo español de secano pueden estudiarse, como beneficios auténticos, los conseguidos por el elemento popular, desengañado de la magia celeste y de la magia terrestre mediante el trabajo inteligente y la convicción de que la libertad sentida no espera decretos.

El avance social del pueblo en cuestión se debió:

a) A la desaparición gradual del salario.

b) A la nivelación de los campos.

c) Al trabajo cooperador familiar.

d) A las plantaciones, sobre todo de viñedo y almendro. Como el almendro está muy expuesto a las heladas porque florece pronto, se utilizó la especie llamada **desmayo**, cuya flor nace vuelta hacia abajo.

e) Cese de la emigración por necesidad. Quedó muy atenuada la emigración voluntaria.

f) Desaparición por total descrédito de núcleos políticos que prometían prometían lo que no daban, o si daban algo lo habían previamente sustraído con creces.

g) Ocaso de la religión. La juventud se desentendió de ella sin necesidad de propagandas anticlericales.

h) Aparición del libro social, del texto humanista, de la técnica adelantada.

i) Deseo actuante de no confiar en ningún partido; anatema contra la política y el poder.

j) Expansión de los sentimientos de laboriosidad, pacto y ayuda mutua.

k) Fraternidad del elemento productor y verdadero frente único sin cabecillas ni burócratas.

6ª. Ensayo sobre la significación del carácter estepario no evolucionado y su corrección en las costumbres por las corrientes vitales de justicia. Vemos que el estoicismo, el pundonor y la voluntariedad son valores integrales y progresivos. Representan: riqueza moral, noble empeño, iniciativa, amor al trabajo, pensamiento, previsión y afán de no aceptar más favor que el solidario compensado con otro, quedando ambos como exponentes de vida de altura y cooperación moral, de beneficios indestructibles, piezas maestras, pilares de la nueva vida ya en marcha tras tremendas convulsiones recientes. Son valores de coherencia en medio de un mundo sometido a dispersión mental. Además, son rasgos de individualidad curada de autoridad y ambición acumulativa.

Las costas de la Península Ibérica

1ª. El navegante se guía por los astros y prescinde de itinerarios fronterizos. Vive una intemperie de sal y yodo. Alienta a pleno pulmón y acaba andando como los barcos. Es maravilloso hallar un marino universalista de todos los cuadrantes.

2ª. Gibraltar-Portugal-Pirineo. Vertiente atlántica. Atracción del mundo de anclas y mástiles. Esquina galaica. Industrias del mar, trabajadores del mar, federación de hombres de mar. Regusto y nostalgia del mar. Mentalidad de un piloto vasco, extraño ingenio ibérico que hallaba más divertida la mecánica celeste que los grandes —¡y tan pequeños!— acontecimientos.

3ª. Mediterráneo. Invención y audacia, comercio no especulativo. Vida comunitaria. Novedades de indumentaria y costumbres, de aparatos de precisión.

4ª. El mar, agente descentralizador. Frente del mar contra el centro político. Porvenir de una autonomía ibérica con acento marino. España vive de espaldas al mar como vive de espaldas a la ciencia. Las costas de España no son el límite de España, sino puertas abiertas al mundo.

Cultura metódica de base funcional

1ª. Gorelik tiene una página maestra sobre la educación de la infancia. Juego y trabajo como sugestiones, correctoras ellas mismas de cualquier exceso o de cualquier defecto. En realidad, estas palabras, **exceso y defecto**, son convencionales y no expresan más que puntos de vista incompletos. El trabajo corrige el pulso inhábil que tiende a la exactitud. El juego es una actividad de diálogo en cierta manera. En la imprentilla escolar pone el niño en orden las letras sirviéndose del componedor. Se trata de trabajo, del servicio que presta una pequeña herramienta. El chico está poseído, herramienta en mano, del compromiso tremendo de situar bien las letras, calcular los espacios, no olvidar los acentos, las comas, etc. En el juego hay generalmente un fragor colectivo. El chiquillo se codea, no con un componedor, sino con otro chiquillo. Si en el juego hay una pelota y varios jugadores, éstos se disputan la pelota entre ellos. Realmente el juego y el trabajo dan idea de lo que es aprender, más que los libros y que los maestros.

2ª. En definitiva, la educación es un servicio mutual, un intercambio de sugestiones, no un descubrimiento de arriba hacia abajo.

3ª. Las condiciones de la escuela están bien previstas cuando la enseñanza es una vocación y no un oficio, cuando se aparta de cualquier secta, cuando atiende primordialmente a los escolares, más inteligentes y avisados para elegir maestro que todos los tribunales de oposición. La escuela ha de tener calidad de taller, con pantalla de cine, gráficas a medio hacer, dependencias deportivas, huerto, laboratorio sin exceso de aparatos, cuadernos de cosas hechas, etc. En la escuela así, los chiquillos son mejores autores de libros que los pedagogos más célebres. Con camaradería y ausencia de **acusicas**, los castigos no tendrán sentido.

4ª. Si las escuelas no llenan su cometido, tenemos motivos vehementes para sospechar que la deficiencia obedece al analfabetismo paternal, que acepta sin discernimiento para el hijo una educación degradante y pedante porque el padre no sabe nada de nada y cree que la ignorancia es una especie de doctorado. Si envía al chico a la escuela es para que deje en paz a los adultos.

Economía federable

1ª. Un episodio de la economía del dólar en crisis por exceso de acumulación y desarrollo de las causas que produjeron o motivaron aquella crisis paralela al cultivo de la subclase dentro de la clase y en concepto de la misma clase.

2ª. Excesos de las erupciones a que se entregan los Estados con sus monopolios. Quiebras con fabulosas ganancias. Represión de todo movimiento favorable a la economía federable por la economía dirigida. La única economía intangible ha de ser independiente del Estado y del capital, con técnica congruente, relación múltiple y federable. También ha de ser intervenida solidariamente por usuarios y productores, coordinada con la distribución, moralizada, graduada para servir y no para ser servida y sin categorías artificiales. Se insiste en que la Economía no puede ser ofrecimiento de lo que no se tiene y se insiste también en que no es una disciplina oculta ni mágica. Por el contrario: se reduce a cifras en su aspecto moral tanto como en su aspecto inmoral y tiene relación con todas las ciencias del experimento.

Sentido actual de la Cooperativa

1ª. Las Cooperativas de consumo han vivido bajo el signo del equívoco cuando se apartaron de su misión esencial: suprimir intermediarios. Pero han sufrido ataques en buena parte injustificados. En una sociedad como la que vivimos las cooperativas son siempre incompletas. Tienen defectos y taras, como tienen defectos los hombres que las organizan. Pero pueden ser un principio de independencia respecto al comercio privado si la Cooperativa no es un comercio privado.

2ª. Se perfila una Cooperativa próspera, aunque superable, sin dependientes y sin local. Será más difícil que si un régimen adverso por completo a la idea de cooperación, como el que vivimos, no sabe eludir el peso muerto del comercio; podemos entendernos después a pesar de que teórica y tal vez practicamente —al menos en apariencia— se ofrezcan facilidades. El verdadero, el auténtico cooperador no

descansa hasta remediar los estragos de la especulación. Esté donde esté, se encuentre donde se encuentre, y sin pretensiones redentoristas, lo que hace, a veces cachazudamente, es acreditar la cooperación cooperando con buena voluntad en su propio ambiente.

3ª. Las bases concretas de la Cooperativa socializada se estudian en el apartado correspondiente de esta obra, relacionada con la producción socializada previamente, almacenaje y conservación, distribución propiamente dicha, tránsito, conservación, intercambio, etc.

4ª. La Cooperativa en el Municipio no puede ser una dependencia de éste, sino una institución cuyas gestiones competen a los cooperadores y a sus Asambleas.

Arte accesible

En este capítulo se ha propuesto el autor resumir sin perjuicio de la claridad, lo que en nuestra época tiene sugestión de arte.

El arte ha sido uno de los valores más rebajados. Entre críticos y comerciantes, ministros y Academias, entre pedantes y lisonjeros, el arte y los artistas han venido a ser temas para pasar el rato y para demostrar vanidad. El aristócrata hereda obras de arte tan caras —según la cotización comercial— como las que están en los museos. Pero surge el rico nuevo, que no puede contar con galerías de cuadros clásicos —o en todo caso los tiene falsificados— y desea vehementemente llamar la atención. Entonces aparece un artista que pinta de una manera enteramente distinta y aun opuesta a la manera clásica, y en unos años se hace millonario. Es pintor de cámara y tiene más orgullo que un emperador.

Cualquier arte es actualmente objeto de mercado. Y no sólo eso. Escuelas y modas se suceden, se contraponen, se complementan, se oponen y se destruyen, resultando que hay tanta diferencia entre un Picasso de la época rabiosa y un clásico, como entre un clásico y un primitivo, o como entre un primitivo y una decoración de cueva prehistórica.

No hay que dar al arte valor monetario como estimativa de calificación y mérito. Picasso vendía sus cuadros a precios fabulosos entre millonarios comunistas y afines. Ahora resulta, según los soviets, que Picasso es un pintor burgués y le comprarán cuadros los americanos. Quien conozca el mercantilismo del arte puede estar en posesión de historietas y secretos para no necesitar otro regocijo en todos los días de su vida. Hay quien pone los ojos en blanco ante un cuadro y tiene que disculpar una ausencia inmediata para bostezar a sus anchas.

Un cuadro puede tener valor en pesetas o en dólares. Es evidente, porque el cuadro se vende. Pero si el cuadro se vende por mil dólares y es un huerto que en el mercado vale doscientos dólares, ¿qué podemos pensar del mercado del cuadro? Pues que es una cosa convencional y que ni los cuadros ni los huertos habrían de venderse, como tampoco habrían de venderse los hijos, aunque a veces se vendan los hijos, los cuadros y los huertos. Sobre esta idea gira el estudio dedicado en este apartado al arte.

Cifra y prueba de la vida local española

El fenómenno de la vuelta al campo es tema de obsesión en los gobernantes. Toda Europa está ahora mismo, a fines del 1947, entregada a planes de recuperación de mano de obra en el campo, a reformas agrarias. En Palestina la base de su colonización, tan duramente reprimida por los ingleses, es la vuelta al campo para constituir un Estado sobre la áspera Judea y la riente —ahora no tan riente— Galilea.

En España todos los partidos han procurado favorecer la corriente de la vuelta a la tierra. En el estudio correspondiente se exponen tres casos de vuelta a la tierra, pero no por consejo de ningún partido sino para demostrar que el campesino va sabiendo a qué atenerse respecto a consejos y consignas. Para demostrar que tanto si el campesinado decide volver al campo desde la urbe como si decide no moverse de la tierra, ya no será fácil jugar con él; obrará por su cuenta y por su interés.

La evolución del medio rural ha tenido períodos del mayor interés, períodos que constan especificados en el capítulo correspondiente. Si el

avance no dio más de sí se debió, en parte, a deficiencias de la propaganda social que, contra un azote como el capitalismo, emite la necesidad de dar quince o veinte mil mítines. La declamación y la circular van suplantando a la acción. Las actas suplantan a los actos.

Carta Municipal acordada

El socialismo político es tal por su tendencia sufragista. Ésta va destruyendo el resto de actividades del socialismo, y no queda nada. No queda nada porque no había nada en la constitución de los partidos socialistas. Y como no había nada, de la nada sale el sufragio, que es la nada propiamente dicha. El vacío absoluto.

El sufragio ha sido en todo el mundo la guerra grande y pequeña, civil o internacional. El sufragio puso veneno en los antagonistas de los partidos españoles acumulados en la República hasta que chocaron.

¿No es hora de prescindir del sufragio? ¿No hay bastante con lo que hemos visto? Pero confesemos que el antisufragismo teórico, el que desdichadamente se estila, no bastará en la insuficiencia para abatir a su enemigo. Lo que hará, predicando sin hacer nada, es darle fuerza.

Ejemplo: el Estado favorece el aumento rápido de población concediendo cuotas de nacimiento, pensiones familiares, etc. Los partidos rivalizan en ofrecer tales pensiones y donativos. El hombre no cree en el Estado ni en el sufragio; se rinde a la pensión que dan los partidos a cambio del voto. En el fondo es así, puesto que los partidos no tendrían electores sin darles pensiones por guerra, por familia numerosa, por invalidez etc. Ahora, todo esto se va costeando por los gobiernos, que quedarían en cuadro sin el grifo de las pensiones. Se puede vivir sin trabajar fabricando un hijo cada dos años y brujulear en la ociosidad como un millonario. ¡Con seis u ocho hijos se puede vivir en una especie de Potosí! El hecho de que muchos trabajadores se resignen con un jornal de hambre es que ingresan un suplemento por los hijos.

En la Carta Municipal que se expone quedan subrayados los aspectos más importantes de la vida local, aspectos perfilados por los mismos interesados valiéndose de sus recursos y no del sufragio. Todo tiene calidad histórica porque todo tuvo espacio y realidad en España desde 1936 a 1939. En el conjunto de aquella renovación tan

a fondo hay materia de estudio suficiente para los españoles que sientan altas preocupaciones de verdadera paz en el trabajo.

Urbanismo

Todas las modalidades de la vida en común se exponen en el capítulo dedicado a Urbanismo, desde los peligros de la calle a la casa funcional, pasando por el conjunto urbano y su paisaje inmediato, circunvalación, confort térmico, cementerios, estatuas, arcos y obeliscos, fuentes, orientación, suministros, etc., etc.

Se demuestra que la descongestión humana fue iniciada en grandes centros como Londres por los elementos laboriosos, que todas las instituciones oficiales y confesionales fracasaron al querer resolver el problema de la vivienda, que éste es inseparable de la nueva vida, capaz de servirse humanamente de las condiciones más favorables en un mañana sin el azote del casero y de la renta urbana.

Se anota la quiebra de un Banco nutrido por capital de propietarios urbanos, cuando los inquilinos se apoyaron mutuamente contra la usura y llegaron incluso a suprimir los desahucios y el código, faltándoles solidaridad de otros gremios cuando más la necesitaban.

Es preciso propagar el hogar confortable, bello y bien orientado, la casa funcional con sol y sencillez decorativa. En la casa donde no entra el sol entra el médico.

Las ideas universales en el pensamiento español

España fue una encrucijada de pueblos nómadas, de razas caminantes, de tribus agitanadas que se instalan en tierra de azar y quedan allí. No precisamente como un conjunto sedentario, sino porque se desparraman andando el tiempo por el mundo los españoles aclimatados a medias en España. Se desparraman más para olvidar su fe que para imponerla. Por más que se diga, la fe no es un artículo de fe sino un artículo de exportación. Lo esencial era invocar a los santos y blasfemar a renglón seguido.

En la producción literaria, correcta de los pasados textos históricos, vemos la picaresca y la mística en consorcio, vemos el cirio

junto al arcabuz, la hoguera lindando con el sacrilegio y el Cristo con pistolas, gestos desaforados de aliento alternativamente demoníacos y conventual. Si España cuenta con un héroe como don Quijote, bien se echa de ver que sus andanzas caballerescas no son de imperio sino de vengador furtivo, de luchador sin rey que va por los caminos libertando cautivos, evocando ante simples cabreros la edad dorada sin tuyo ni mío, apoyando a la pastora Marcela, disputando con el bachiller y el cura.

Oriente y Occidente se cruzan en España como el aliento caldeado del Sahara y la galerna atlántica. Mahoma, Moisés y Cristo hacen buenas migas con Epicuro, lejos de todos los altares en el ambiente Ibérico. Las religiones solares de América quedan neutralizadas por el extremeño aclimatado a la vida de intemperie en la inmensidad americana. La espada se quiebra, el cirio se apaga, España queda lejos, la oración se convierte en seguidillas. Y una sabiduría de intuición de raza vieja nutre el pensamiento español de universalidad burlona frente a la epopeya.

País Vasco y Cataluña

Estas dos zonas periféricas en sus modernas interpretaciones de autonomía son gravementes deficitarias. Se fijan en la autonomía abstracta, en la jurisdicción de tal o cual oficina desprendida en lo externo de un cierto sistema central. No se fijan en la autonomía concreta, interna, del vasco y del catalán entre ellos, sino entre ellos y las oficinas; creen en las cédulas, en las listas de sufragio, en las nóminas de partido. Y, desde luego, creen en las riquezas mal adquiridas, de las que cualquier partido encubre el origen y la persistencia injusta.

Que un nacionalista vasco crea en la Diputación y no en los dioses vascos es un contrasentido. Que crea en el dios barbudo del Antiguo Testamento y no en el símbolo de la grandeza vasca que es Kameko, resulta otro contrasentido. Y que un nacionalista catalán busque la autonomía en Madrid y no en otro catalán, francamente es una **castellanada**.

Relación sociable de los pueblos ibéricos

Queda demostrado que aun descontando deficiencias y aislamientos en la relación sociable de los pueblos ibéricos, tiene aquella relación sociable un derecho legítimo para enfrentarse victoriosa y decididamente con la España de estampilla.

La cultura, la amistad y todos los valores de solvencia semejantes aparecen vivos, concertados, favorecidos por la relación creciente. Se ve que la autonomía que tiene por naturaleza mejorar su contextura, multiplica sus determinaciones mejor fundadas y sus pactos. Incluso el interés legítimo va creando una red de intereses igualmente legítimos, nunca desacordes con la moral, la pedagogía, la estética y las modalidades afectivas.

Las conciencias no pueden ganarse en masa. Si se gana una muchedumbre en masa, en masa se pierde al sobrevenir la más leve decepción, que sobreviene siempre. Si una conciencia gana otra conciencia sin invadirla ni apabullarla, sin aturdirla ni minimizarla, la conciencia ganada gana otra a su vez y la red de conciencias ganada es inaccesible entonces a la decepción. Hay gran densidad, más profundidad y más seguridad en un grupo de conciencias ganadas individualmente una a una, que en una muchedumbre vibrante de entusiasmo contagiado, expuesto a todos los corrosivos, huidizo al primer sobresalto, negador mañana de lo afirmado ayer, oportunista sin saber que el adversario lo es también y que las luchas se eternizan en el choque de oportunismos que aplazan y postergan lo que no es oportunista sino permanente, diáfano, sugestivo, congruente y fértil.

Por una Iberia vertebrada

¿Qué fenómeno primordial se observa en el vivir español? Su desarticulación, el desconocimiento de afinidades entre ellas, el aislamiento de hermandades y coincidencias, la incongruencia como base de relación política, el autoritarismo como base de relación oficial, el interés como base de relación económica,los antagonismos históricos subsistentes a través del espacio y del tiempo, la plebeya chacota populachera contra el **forastero**, el verbalismo frívolo y la uniformidad en los plagios del españolismo frontal.

Todo esto carece ya de base para asentar una convivencia presentable. Nuevos valores, nuevas formas y nuevos estilos van surgiendo al margen de la España legal en la España moral y vital, una España furtiva, privada, con un cúmulo de preocupaciones que se atropellan unas a otras. Este encontronazo puede ser un peligro si no se procede con cautela rigurosa para avanzar poco o mucho, pero sin retroceso ni recaída.

El cálculo de reacciones del enemigo ha de ser probablemente la garantía más levantada para acertar, persistir y triunfar. También la seguridad de merecer el triunfo único, que es el que no produce deslumbramiento porque articula sus pruebas con otras pruebas victoriosas, cuando éstas acuden solicitadas a compenetrarse con sus iguales, a mejorarse por estímulo y a hacerse todas invencibles. Este es el destino superior de las venideras victorias silenciosas y definitivas: su enlace, su vida vertebrada y arrolladora.

CONCLUSIONES

Hemos llegado a la meta de nuestro propósito: demostrar que España puede apoyarse en sus valores más activos para consolidarse y conseguir que la formidable reserva de fuerza inteligente en actividad pueda romper el círculo de hierro de los intereses y de la autoridad para perfilar una vida nueva.

Todo lo que haya en ésta de impulso puro y eficacia, todo lo que sirva de razón y motivo activista, todo lo que, en definitiva, ha de ser constructivo y avanzado, se deberá a la capacidad de autonomía integral para la cultura, para la economía y para el heroísmo preciso. Las fuerzas regresivas no se baten en definitiva retirada porque la oposición es insuficiente, porque tiene proporciones limitadas impuestas por la misma limitación de los contrarios y, sobre todo, porque no hay lucha que pueda desarrollarse con entera virtualidad si el antagonista desinteresado atiende más que nada a la controversia intrascendente y emplea el tiempo de construir y dar ejemplo en responder a flaquezas con flaquezas.

Nuestra fuerza está desbordada, pero es una fuerza. Carece de método, pero tiene un sentido moral de grandeza insólita, de perspectivas ilimitadas, de generosidad íntima, de ejemplos concluyentes para la acción. Nada ni nadie podrá reducirla. Está en las conciencias y en las mentes, en las determinaciones y en las experiencias. Hay que calibrarla y extenderla, darle realidad sistemática y congruencia, vuelo extrafronterizo y proporciones visibles. Estos estudios plantean la necesidad y la urgencia de incorporarlas a nuestra vida, a lo mejor de nuestra vida.

EL PORQUÉ Y EL CÓMO DE ESTA OBRA

Nos hallamos en 1944. El resultado de la guerra se hace cada día más preciso. La Resistencia da prueba de valor concreto, hostigando a los alemanes, ya en franca derrota. Se organizan vigorosamente todos los núcleos de los distintos sectores políticos de izquierda que por toda Europa intentaban lograr una merecida revancha. En cuanto a los españoles, la esperanza les impulsaba a repetir la aspiración de cada año pasado en el exilio: «Para Navidad estaremos en España.» «No cabe duda alguna; Franco caerá ante nuestro esfuerzo concertado. Los grupos de Resistentes entrarán, armas en mano, en España. Un régimen, por lo menos republicano, sucederá al fascismo.»

En 1945, la ilusión aportada tras la derrota del naci-fascismo se diluía en promesas incumplidas. Los grupos armados que se batieron el cobre depositan las armas en el **vestuario**. Apenas se concedió una cierta razón de ser a quienes habían confiado en continuar la lucha hasta derrocar a Franco. Se **toleró**, pura y simplemente, la continuidad de los organismos constituídos en la clandestinidad. Los libertarios españoles se habían reorganizado desde sus primeros pasos en Francia, a pesar de las condiciones dificilísimas a las que se les sometió, sin ningún recurso de reclamo: perseguidos, encarcela-

dos, conducidos a campos de castigo en territorio galo y en África; y a los de exterminio en Alemania y Austria. Felipe Alaiz fue confinado en el campo de Vernet d'Ariége, sujeto a un régimen especial, como Arturo Koestler, escapado de la prisión franquista.

Desde los campos de concentración se establecieron enlaces y puentes de paso a España, cayendo presos y siendo fusilados quienes no se sometieron a la situación creada. Se fueron vertebrando contactos orgánicos de campo a campo y de región a región en los países de exilio, Francia, África del Norte, Inglaterra... A México, Venezuela, Santo Domingo, Chile, llegaron también grupos de refugiados... En cada país se constituyeron lazos orgánicos y se realizaron reuniones importantes como en el Cantal, Muret, etc. El Congreso de París, celebrado del 1 al 12 de mayo de 1945, ofreció la extraordinaria presencia de cuatrocientas cincuenta Federaciones Locales, funcionando de manera regular, con la existencia de tres órganos de prensa semanales: *Ruta* y *Solidaridad Obrera*, en París, y *CNT* en Toulouse. Las Ediciones *Tierra y Libertad*, del Comité Regional Nº. 7 (correspondiente a Burdeos) presentaron ya entonces doce títulos diferentes y un servicio de paquetería y de distribución esparcidos por toda Francia. El Nº. 11 correspondió a «Nueva maldición del practicismo, primer capítulo de *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas (F.A.I.)*, de Felipe Alaiz. El primer folleto de esta editorial fue titulado «El Movimiento Libertario saluda a sus hermanos caídos en la lucha.» Título que mereció la crítica cordial de Felipe Alaiz: «Los anarquistas no han de crear santones.» Pocos meses después, *Tierra y Libertad* requería la participación de imprentas esparcidas en otras ciudades como Bayona, Tarbes, Burdeos, Rennes y París, conservando la de Toulouse. Esta diversificación de imprentas, permitió obtener mayores posibilidades de crédito y de movilidad en la producción.

Téngase en cuenta que *Tierra y Libertad* llegó a publicar una cincuentena de títulos entre los años 44 y 49, con un tiraje que osciló entre tres y diez mil ejemplares, según la importancia del tema. El propósito era el de constituir un fondo importante para ser utilizado en momento propicio.

Se carecía de originales al comenzar la obra. Hablando de ello con Arístides Lapeyre, éste ofreció su rica biblioteca. Sin embargo, los editores se veían obligados a reproducir cosas conocidas, aunque valiosas, cuando la importancia real de una obra de tal género —y sobre todo en tales circunstancias— era la de descubrir y publicar trabajos inéditos.

Vista la situación, y planteado el caso a Felipe Alaiz, éste propuso escribir él mismo algún folleto que iría enriqueciendo el haber editorial. Acogidas con júbilo sus decisiones, se le pidió que aportara algo nuevo. ¿Por qué no un libro, en el que se recogiera lo esencial de recientes realizaciones positivas en suelo ibérico? Algo que aportara **cifra y prueba** (frase alaizana) de la capacidad creadora del pueblo español, así como los fallos y deficiencias, llamadas a servir de lección retrospectiva. (¿Quién, en aquellos momentos, se hubiere atrevido a vaticinar cuatro décadas de exilio?).

Así se fue discutiendo y trazando el plan de la obra, estableciendo los veinte títulos que hoy sirven de índice y que entonces sirvieron de base de trabajo. En realidad, la obra se fue construyendo a medida que se editaban los fascículos, tema tras tema, a lo largo de cinco años.

El primer capítulo se inspiró en un trabajo de R. Rocker: *La maldición del practicismo*, que fue publicado con anterioridad a *Hacia una Federación...*

Alaiz establece en principio una crítica acerba, denunciando las carencias de buena parte del supuesto militante libertario, receptáculo de una pronunciada influencia marxista. A lo largo de la obra aparecen las críticas analizadas con crudeza, destinadas a **despertar** a la base militante. Estigmatiza actos y prácticas orgánicas que califica de onerosas y perjudiciales al desarrollo del Movimiento. La actitud crítica de Felipe Alaiz se muestra positiva a lo largo de los temas tratados, y llega a ser ejemplar y constructiva al historiar el pasado de la organización obrera y sus actitudes concretas.

En cuanto a actividades futuras, tomando base en el pasado reciente, véase cómo describe el mecanismo minucioso de una vida cooperadora y de la función constructiva de un pueblo laborando en común y rigiendo sus propios destinos por medio de su Asamblea o de su Municipio. Un verdadero **programa** para un futuro **despierto**, afirmado en un esfuerzo fraternal. Los capítulos cuarto y quinto son en este caso de un valor ejemplar.

La «Excursión Reclusiana por la España fluvial» revela el espíritu observador de quien nos presenta un paisaje magnífico de nuestra tierra en un desarrollo activo conjugado con la naturaleza.

Pero no es nuestra intención presentar ni analizar una obra que se debe, en primer lugar, al lector, para que éste, por sí mismo, descubra sus primicias.

Nos hemos limitado a presentar los aspectos que corresponden a la realización de *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas (F.A.I.)*. Su correspondencia general, matizada con detalles personalistas que revelan su originalidad profunda, su fuerza de emotividad y su extraordinario venero de sugerencias, podría servir de base a la redacción de un gran volumen en cuya preparación habrían de intervenir, sin remilgos, todos aquellos que participaron de una manera u otra en las actividades esenciales de la vida asaz agitada de Alaiz, atormentada con los constantes apuros económicos, de los que no logró nunca liberarse, a causa de su integridad moral y de la fidelidad a sus ideas. Poco le hubiera costado medrar. Hubiera bastado poner precio a su pluma...

Felipe Alaiz, periodista y escritor

En la *Adunata dei Refrattari*, de Nueva York, volumen XXXVIII, Nº 22, del 20 de mayo 1959, Ugo Fedeli dedicó una página entera al recuerdo de Felipe Alaiz, entonces recientemente fallecido. Ambos se conocieron en ocasión del Primer Congreso Anarquista Internacional de postguerra, celebrado en París, en 1949, que culminó con la constitución de la Comisión de Relaciones Internacionales Anarquistas (C.R.I.A.). Entre otras cosas, Ugo Fedeli escribió lo que sigue:

«Después de la guerra mundial, Alaiz nos dio la medida de su capacidad y de su valer prolífico. Además de colaborar regularmente en varias publicaciones que se imprimían en Francia, durante varios años dirigió *CNT* y condensó su pensamiento y su experiencia en una obra verdaderamente importante que tiene por título general *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas (F.A.I)*, compuesta por una veintena de capítulos que constituyen una obra completa y armónica sobre las condiciones generales de España y las posibilidades de renovación y de creación, para todos, de una vida nueva y mejor.»

Brevísima nota biográfica y bibliográfica

Felipe Alaiz nació en Belver del Cinca, provincia de Huesca, el 23 de mayo de 1887. Falleció en el Hospital Broussais (París) el 18 de abril de 1959. Cumple estudios en Huesca y en Lérida, y luego en las Universidades de Madrid y de Barcelona. Completó materias en París, donde cursó particularmente el Derecho Romano. Se sintió profundamente atraído por el periodismo, y fue José Ortega y Gasset quien determinó personalmente en su verdadera vocación, al introducirle en *El Sol*, de Madrid. Su carrera de **periodista burgués** fue tan intensa como breve. Participa muy pronto de manera notable y decisiva en la prensa anarquista, a la que llega con importante bagaje inédito y con una pluma sin par, dentro y fuera del anarquismo militante.

No en vano él mismo se vanagloriaba del valor, del estilo, la profundidad, la riqueza y la proliferación de su pluma: **La primera del Movimiento**, gustaba repetir sin falsa modestia. Corriente era la escena de un Alaiz deslizándose entre las cajas y las máquinas de una imprenta, leyendo con fruición la página editorial que acababa de redactar para el número que se estaba preparando sobre la plancha, comentando con incontenible gozo y con voz entrecortada con franca risa, los párrafos más salientes del artículo. «Escúchadme, soy todo un tío»...

En efecto, Alaiz era capaz de abordar y resolver las materias más profundas, en filosofía, sociología, pedagogía, arte y literatura. En 1947 abordó el teatro, escribiendo *La Jueza*, comedia social en tres actos, que fue representada en Toulouse, en el cine Espoir, el 5 de marzo 1947. La pieza es aún inédita. Existe un sólo ejemplar, manuscrito, de puño y letra de Alaiz. Se trata de 98 páginas, en un cuaderno de escolar. A disposición de quien se comprometa a editarlo.

Sólo se le conoció a Felipe Alaiz un libro: *Quinet o El aprendiz de mirar*, con pronunciada tendencia autobiográfica. *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas (F.A.I.)* será su segundo y más importante título, por su amplitud y contenido. Las circunstancias han querido que el autor no haya conocido la edición completa de su obra.

Los dos volúmenes de *Tipos españoles*, publicados por *Umbral*, en París (1962-1965), reproducen colaboraciones extraídas de *La Revista Blanca*, de *Ruta* y de *CNT*, de Toulouse.

Dejó Alaiz editados un puñado de folletos de innegable importancia. Entre ellos cuentan *El problema de la tierra*, *La expropiación invisible*, *El trabajo será un derecho*, *Vida y muerte de Ramón Acín*, *El arte de escribir sin arte*, *Las juventudes libertarias en su lucha por la libertad*, *Sugestión de España ante el mundo*, *Indalecio Prieto, padrino de Negrín y campeón anticomunista*, *Bevin*, *Azaña*. A esta lista, probablemente incompleta, agregaremos en tono menor algunos cuentos como *Brujerío*, *El aparecido*, *El Cardenal*, *Elisabet*, *María se me fugó de la novela*...

Obras inacabadas

Alaiz nos tenía acostumbrados a la repetida mención de sus obras que —según él decía— llevaba en curso de realización. La expresión de los títulos, así como el número de páginas, en ocasiones nos dejaba perplejos.

Sea lo que fuere, no nos hallamos hoy en condiciones de verificar la existencia real de *El trigo* o de *La monografía del trigo*, o el *Refranero del trigo*, de *Geodesia de Cataluña*, *España vista por la duquesa de Abrantes*, *Proudhon en esquemas*, *Grandeza y miseria del siglo XIX español*, *Colores de la indumentaria rusa*, *Ensayo de toponimia ibérica*, *Estudios de filología románica*, *Lord Byron y su influencia en el romanticismo español*, *Historia de la literatura desde el Cid hasta hoy*, *Diccionario de modismos entre Aragón y Cataluña*, *Reclus*, *Historia de la literatura castellana*, *Informe sobre aduanas y la producción textil*, *Panoramas regionales*, títulos todos extraídos de su abundante correspondencia con diversos amigos.

La experiencia recogida en varios años de actuación nos permite afirmar que de haber contado Alaiz con una colaboración directa, continuada (Alcaraz fue algo así como su secretario en la época de *CNT* en Toulouse), varios de estos estudios, que son hoy una incógnita, habrían sido editados. «Repetidas veces —comenta su íntimo y leal amigo y compañero Ildefonso— salíamos juntos desde Toulouse a Burdeos, llevando en cartera o *in mente* algunos de los capítulos de *Hacia una Federación*... Quedaba en mi casa hasta dar fin al texto que llevaba entre manos. Gustaba Alaiz conversar sobre el

trabajo en curso y dictarlo para pasarlo directamente a la máquina, y de ahí a la imprenta. Era para él un estímulo eficaz. En 1949 nos poníamos de acuerdo con la revisión de los últimos capítulos, los que finalmente quedaron inéditos, y que el lector verá ahora por primera vez.»

Felipe Alaiz no fue un dogmático ni un doctrinario. Lo probará a través de toda su obra y de su actitud, ajena a todo sectarismo. Lejos de todo canon limitativo ha de considerársele como un humanista en el más amplio sentido de la palabra.

He aquí, según Peirats, lo que Alaiz decía de sí mismo: «Y en cuanto a crítica, creo que no hay (insiste en no ser falsamente modesto) quien me quiebre la pluma. Y todo porque he creído que la anarquía no es un régimen sino que es una conducta en cualquier régimen».

ÍNDICE

Pág.

Presentación 7
Prólogo 11

CAPÍTULO I.
Nueva Maldición del practicismo 15

CAPÍTULO II.
España social federal 45

CAPÍTULO III.
El municipio español desde la época de Roma 69

CAPÍTULO IV.
La federación local es el Municipio 93

CAPÍTULO V.
El Municipio mandatario de su Asamblea abierta 125

CAPÍTULO VI.
Excursión reclusiana por la España fluvial 149

CAPÍTULO VII.
Excursión reclusiana por la España árida 173

CAPÍTULO VIII.
Las costas de la península ibérica 201

CAPÍTULO IX.
Cultura metódica de base funcional 227

CAPÍTULO X.
Economía federable 259

CAPÍTULO XI.
Sentido actual de la Cooperativa 283

CAPÍTULO XII.
Arte accesible 315

CAPÍTULO XIII.
Cifra y prueba de la vida local española 345

CAPÍTULO XIV.
Carta municipal acordada 367
Acuerdos articulados 395

CAPITULO XV.
Urbanismo 425

CAPÍTULO XVI.
Las ideas universales en el pensamiento español 469

CAPÍTULO XVII.
País vasco y Cataluña 493

CAPÍTULO XVIII.
Relación sociable de los pueblos ibéricos 523

CAPÍTULO XIX.
Por una Iberia vertebrada 555

CAPÍTULO XX.
Conclusiones 575

El porqué y el cón o de esta obra 597

EDICIONES MADRE TIERRA

Parque Vosa, 12 - Bajo
Tfno. 6143808
28933 Móstoles (Madrid)

Filosofía, Economía Libertaria, Educación Antiautoritaria, Ecología, Sociología, Historia Social, Teatro.

CATÁLOGO —MARZO 1993—

DISTRIBUIDORES:

CATALUÑA
MADE
Carrer San Pere i Miquel Nº. 16-18
Tfno. (93) 3576350
08032 Barcelona.

ZONA CENTRO
TRILCE
C/ Manuel Arranz, 17
Tfno. 5520713
Madrid.

RESTO DE ESPAÑA
LAMSA
C/ Puerto Rico, 29
Tfno. 3454954
Madrid.

VARIAS COLECCIONES

I.S.B.N.

84-87169-29-5
Hispania y el Descubrimiento de América.
Francisco Olaya Morales.

84-87169-37-6
Cuando la razón se hace palabra.
Carlos Díaz.

84-87169-36-8
El Comportamiento Humano según Claude Lévi-Strauss.
Julián Alvarez Martínez.

84-87169-35-X
La política como justicia y pudor.
Carlos Díaz.

84-87169-32-5
Releyendo el anarquismo.
Carlos Díaz.

84-87169-23-6
De la razón dialógica a la razón profética.
Carlos Díaz.

84-87169-34-1
La Ideología Anarquista.
Angel J. Cappelletti.

84-87169-38-4
Urbanismo y Ecología en Cataluña.
Eduard Masjuan Bracons. Introd. de Joan Martínez Alier.

84-87169-41-4
La idea revolucionaria (El anarquismo organizado en Andalucía y Cádiz.)
José Luis Gutiérrez Molina.

84-87169-43-0
Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas.
Felipe Alaiz.

84-87169-51-1
Victor García, «El Marco Polo de la Anarquía».
Carlos Díaz.

84-86864-08-9
Utopías y Anarquismo.
Victor García.

84-87169-05-8
El apoyo mutuo, «factor de la evolución».
P. Kropotkin. Introd. de Angel J. Cappelletti.

84-87169-06-6
Por tierras de moros (El exilio español en el Magreb.)
José Muñoz Congost.

El Estado en la historia.
Gastón Leval.

84-87169-01-5
La C.N.T. en la revolución española. Tomo I.
José Peirats Valls.

84-87169-02-3
La C.N.T. en la revolución española. Tomo II.
José Peirats Valls.

84-87169-03-1
La C.N.T. en la revolución española. Tomo III.
José Peirats Valls.

84-87169-08-2
El oro de Negrín.
Francisco Olaya Morales.

84-87169-12-0
Hechos y figuras del anarquismo hispanoamericano.
Angel J. Cappelletti.

84-87169-11-3
La intervención extranjera en la guerra civil.
Francisco Olaya Morales.

84-86864-02-X (Rústica.)
84-87169-07-4 (Tapa dura.)
Economía Libertaria.
Abraham Guillén.

84-86864-04-60
Economía Autogestionaria.
Abraham Guillén.

84-87169-10-4
Socialismo Libertario.
Abraham Guillén.

84-87169-09-0
Desde nuestra escuela «Paideia».
Josefa Martín Luengo.

84-87169-04-X
Breviario del pensamiento educativo libertario.
Tina Tomasi.

CUADERNOS LIBERTARIOS

84-87169-13-9
Nada más realista que el anarquismo.
Francisco Carrasquer.

84-87169-15-5
Anarquismo.
José Peirats Valls.

84-87169-18-X
La Insumisión.
Leon Tolstoi.

84-87169-14-7
Breve historia de la C.N.T.
José Peirats Valls.

84-87169-16-3
La responsabilidad del proletariado ante la guerra.
Rudolf Rocker.

84-87169-17-1
Ecología Libertaria.
Murray Boockhin.

84-87169-39-2
El anarquismo y los problemas contemporáneos.
Murray Boockhin, Noam Chomsky, Colin Ward, John P. Clark, Angel J. Cappelletti.

84-87169-40-6
La caída de la Casa Lenin.
Antonio López Campillo.

84-87169-19-8
La pretendida destrucción del Estado.
José Peirats Valls.

84-87169-20-1
La gran revolución.
P. Kropotkin.

84-86864-09-7
De la impostura política.
William Godwin.

84-86864-10-0
El Estado y su papel histórico.
P. Kropotkin.

84-87169-52-X
Anarquismo, libertad y poder.
William O. Reichert.

TEATRO

OBRAS DE AUTORES LATINOAMERICANOS

84-87169-47-3
Alfonso y Clotilde.
Carlos Manuel Varela (Uruguay)
La carreta del combate, «Entre el sueño y la razón».
Francisco Henao (Colombia)

84-87169-48-1
En busca de América escondida.
Iván B. Montoya (Colombia)
El mago en el perfecto camino.
Ricardo Prieto (Uruguay)

84-87169-49-X
El campanario.
Mª. Magdalena Plata Ventura (República Dominicana)
Eulalia.
Phánor Terán Cabrera (Colombia)

84-87169-50-3
El enmaletado.
Orlando Cajamarca (Colombia)
Réquiem por la lluvia.
José Martínez Queirolo (Ecuador)
PEDAGOGIA TEATRAL

84-87169-45-7
Utilicemos los espacios.
Phánor Terán Cabrera.

84-87169-46.5
La formación de grupos de teatro estudiantiles, barriales, comunales.
Phánor Terán Cabrera.

COLECCIÓN CREADORES

84-87169-30-9
Trampa para ratas.
Carlos Lorenzo.

84-87169-28-7
Clases de lenguaje.
Liliana Aguilar.

84-87169-22-8
La Semana Trágica y otros relatos.
José Peirats Valls.

84-87169-31-7
Entre dos tiempos.
Juan Gómez Casas.

84-87169-44-9
Aprendizaje y comunicación «Metodología y experiencia de taller literario».
Liliana Aguilar.

LIBROS EN COEDICIÓN

84-398-3478-0
Nacionalimperialismo y movimiento obrero en Europa.
Juan Gómez Casas.

84-87169-24-4
Escritores por la paz.
Varios autores.

84-398-2555-2
Relanzamiento de la C.N.T. (1975–1979)
Juan Gómez Casas.

Nuestros cuerpos, nuestras vidas.
Colectivo de Mujeres de Boston.

Felipe Aláiz nació en Belver de Cinca (Huesca) en 1887. Escritor y periodista, formó parte activa del Movimiento Libertario, muriendo en el exilio en Francia en 1969.

Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas se editó en Francia a partir de 1945 en veinte folletos, (tres de los cuales, que ahora aportamos, no llegaron a publicarse). En aquellos momentos los exiliados españoles habían participado activamente en la liberación de Francia de la ocupación nazi y tenían propuestas muy claras para su país.

Aunque los años han pasado, después del fracaso de los regímenes autoritarios, el federalismo está plenamente vigente, por lo que reeditamos esta obra dándole su verdadero sentido de liberación individual, local, regional, política y económica, y asentando los pilares de la sociedad sobre bases de solidaridad y apoyo mutuo.

Madre Tierra

ISBN : 84 - 87169 - 43 - 0

9 788487 169434